MANUEL CASTELLS

LA ERA DE LA INFORMACIÓN

ECONOMÍA SOCIEDAD Y CULTURA

EL PODER DE LA IDENTIDAD

VOL. II

sociología
y
política

traducción de
CARMEN MARTÍNEZ GIMENO

LA ERA DE LA INFORMACIÓN:
Economía, sociedad y cultura

Volumen II:

EL PODER DE LA IDENTIDAD

por

MANUEL CASTELLS





siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.
LAVALLE 1634 PISO 11-A C-1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada de patricia reyes baca

primera edición en español, 1999
tercera edición en español, 2001

isbn 968-23-2167-0 (obra completa)
isbn 968-23-2169-7 (volumen 2)

primera edición en inglés, 1997

título original: *the information age: economy, society and culture.*
vol. ii: *the power of identity*

Para Irene Castells Oliván,
historiadora de utopías

ÍNDICE

ÍNDICE RESUMIDO DE LOS VOLÚMENES I Y III

A lo largo de este volumen se han hecho referencias a los temas presentados en el volumen I y el volumen II. A continuación se presenta un esbozo de su contenido.

LISTA DE CUADROS

LISTA DE FIGURAS

LISTA DE ESQUEMAS

AGRADECIMIENTOS

Las ideas y los análisis presentados en este volumen son el resultado de veinticinco años de estudios sobre movimientos sociales y procesos políticos que he realizado en varias áreas del mundo, aunque ahora se han reelaborado e integrado en una teoría más amplia sobre la Era de la Información, presentada en los tres volúmenes de este libro. Diversas instituciones académicas fueron los entornos esenciales para el desarrollo de mi labor en este campo específico de la investigación. La más importante de todas fue el Centre d'Étude des Mouvements Sociaux de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, fundado y dirigido por Alain Touraine, donde trabajé como investigador de 1965 a 1979. Otras instituciones de investigación que me ayudaron en mi estudio sobre los movimientos sociales y políticos fueron el Centro Interdisciplinario de Desarrollo Urbano de la Universidad Católica de Chile; el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México; el Centro de Estudios Urbanos de la Universidad de Hong Kong; el Instituto de Sociología de Nuevas Tecnologías de la Universidad Autónoma de Madrid; la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Hitotsubashi de Tokio. La elaboración y redacción finales del material que se presenta se realizó en la década de los noventa en el que ha sido, desde 1979, mi hogar intelectual, la Universidad de California en Berkeley. Muchas de las ideas se discutieron y pulieron en mi seminario de doctorado

sobre la Sociología de la Sociedad de la Información. Por ello, doy las gracias a mis alumnos, una fuente constante de inspiración y crítica para mi trabajo. Este volumen se ha beneficiado de la excepcional ayuda en la investigación de Sandra Moog, alumna de doctorado de Sociología de Berkeley y una futura universitaria destacada. Po Lan-chih, alumna de doctorado en planificación urbana y regional de Berkeley, también proporcionó una valiosa colaboración en la investigación. Al igual que en el caso de los restantes volúmenes de este libro, Emma Kiselyova fue de gran ayuda al facilitarme el acceso a lenguas que desconozco, así como por su análisis y comentarios de varias secciones del volumen.

Diversos colegas leyeron borradores de todo el volumen o de capítulos específicos, los comentaron extensamente y me ayudaron a corregir algunos errores y a ajustar el análisis, aunque, como es natural, asumo plena responsabilidad de la interpretación final. Vaya mi gratitud a Ira Katznelson, Ida Susser, Alain Touraine, Anthony Giddens, Martin Carnoy, Stephen Cohen, Alejandra Moreno Toscano, Roberto Laserna, Fernando Calderón, Rula Sadik, You-tien Hsing, Shujiro Yazawa, Chu-joe Hsia, Nancy Whittier, Barbara Epstein, David Hooson, Irene Castells, Eva Serra, Tim Duane y Elsie Harper-Anderson. Deseo manifestar un agradecimiento especial a John Davey, director editorial de Blackwell, que con su visión experta me proporcionó sugerencias precisas sobre varias secciones clave del volumen.

Con todo ello quiero expresar que, como en el resto de los volúmenes de este libro, el proceso de pensar y escribir es en buena medida una empresa colectiva, si bien se acaba asumiendo en la soledad de la autoría.

Berkeley, California
Noviembre de 1996

INTRODUCCIÓN: NUESTRO MUNDO, NUESTRAS VIDAS

Alzad vuestros rostros, tenéis una necesidad imperiosa
de esta brillante mañana que amanece para vosotros.
La historia, a pesar de su desgarrador dolor
no puede borrarse y si se afronta con
valor, no es necesario vivirla de nuevo.

Alzad los ojos
a este día que se abre para vosotros.
Volved a concebir
sueños.

Maya Angelou, «On the pulse of Morning[1]»

La oposición entre globalización e identidad está dando forma a nuestro mundo y a nuestras vidas. La revolución de las tecnologías de la información y la reestructuración del capitalismo han inducido una nueva forma de sociedad, la sociedad red, que se caracteriza por la globalización de las actividades económicas decisivas desde el punto de vista estratégico, por su forma de organización en redes, por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individualización, por una cultura de la virtualidad real construida mediante un sistema de medios de comunicación omnipresentes, interconectados y diversificados, y por la transformación de los cimientos materiales de la vida, el espacio y el tiempo, mediante la constitución de un espacio de flujos y del tiempo atemporal, como expresiones de las actividades dominantes y de las elites gobernantes. Esta nueva forma de organización social, en su globalidad penetrante, se difunde por todo el mundo, del mismo modo que el capitalismo industrial y su enemigo gemelo, el estatismo industrial, lo hicieron en el siglo XX, sacudiendo las instituciones, transformando las culturas, creando riqueza e induciendo pobreza, espoleando la codicia, la innovación y la esperanza,

[1] Poema para la investidura del presidente de los Estados Unidos, 22 de enero de 1993.

mientras que a la vez impone privaciones e instila desesperación. Feliz o no, es, en efecto, un nuevo mundo.

Pero esta no es toda la historia. Junto con la revolución tecnológica, la transformación del capitalismo y la desaparición del estatismo, en el último cuarto de siglo hemos experimentado una marejada de vigorosas expresiones de identidad colectiva que desafían la globalización y el cosmopolitismo en nombre de la singularidad cultural y del control de la gente sobre sus vidas y entornos. Estas expresiones son múltiples, están muy diversificadas y siguen los contornos de cada cultura y de las fuentes históricas de la formación de cada identidad. Incluyen los movimientos proactivos que pretenden transformar las relaciones humanas en su nivel más fundamental, como el feminismo y el ecologismo, pero también todo un conjunto de movimientos reactivos que construyen trincheras de resistencia en nombre de Dios, la nación, la etnia, la familia, la localidad, esto es, las categorías fundamentales de la existencia milenaria, ahora amenazadas bajo el asalto combinado y contradictorio de las fuerzas tecnoeconómicas y los movimientos sociales transformadores. Atrapado entre estas dos tendencias opuestas, se pone en entredicho al estado-nación, arrastrando en su crisis a la noción misma de democracia política, fundamentada en la construcción histórica de un estado-nación soberano y representativo. Generalmente, los nuevos y poderosos medios de comunicación tecnológicos, tales como las redes de telecomunicaciones interactivas mundiales, son utilizados por varios contendientes, amplificando y agudizando su lucha, como, por ejemplo, cuando Internet se convierte en un instrumento de los ecologistas internacionales, los zapatistas mexicanos, o la milicia estadounidense, respondiendo con sus mismas armas a la globalización informatizada de los mercados financieros y al procesamiento de la información.

Éste es el mundo explorado en este libro, centrado sobre todo en los movimientos y políticas sociales que resultan de la interacción de la globalización inducida por la tecnología, el poder de la identidad (de género, religiosa, nacional, étnica, territorial, sociobiológica) y las instituciones del estado. Invito al lector a este viaje intelectual por los paisajes de las luchas sociales y los conflictos políticos contemporáneos. Comenzaré con unas cuantas observaciones que pueden ser de ayuda durante el recorrido.

Este libro no trata de libros. Por lo tanto, no expondré las teorías que existen sobre cada tema, ni citaré toda fuente posible sobre las materias que se presentan. En efecto, sería pretencioso intentar ofrecer, aunque fuera de modo superficial, la relación erudita de todo el ámbito de temas que abarca. Las fuentes y autores que utilizo para cada tema son materiales que considero importantes para construir las hipótesis que propongo, así como para apuntar el significado de estos análisis para una teoría más amplia del cambio social en la sociedad red. Los lectores interesados en la

bibliografía y en su valoración crítica deben consultar los abundantes y buenos libros de texto que existen sobre cada materia.

El método que he seguido pretende comunicar una teoría mediante el análisis de la práctica, en observaciones sucesivas de los movimientos sociales en diversos contextos culturales e institucionales. Así pues, se utiliza el análisis empírico fundamentalmente como un instrumento de comunicación y como un método para disciplinar mi discurso teórico, para hacer difícil, si no imposible, decir algo que la acción colectiva observada desmienta en la práctica. Sin embargo, he tratado de proporcionar unos cuantos elementos empíricos, dentro de las limitaciones espaciales de este volumen, para hacer plausible mi interpretación y para permitir al lector juzgar por sí mismo.

En este libro existe una obsesión deliberada con el multiculturalismo, con la exploración del planeta, en sus manifestaciones sociales y políticas diversas. Este planteamiento proviene de mi punto de vista de que el proceso de globalización tecnoeconómica que está moldeando nuestro mundo está siendo desafiado, y acabará siendo transformado, desde una gran diversidad de fuentes, según culturas, historias y geografías diferentes. Así pues, el recorrido temático entre Estados Unidos, Europa Occidental, Rusia, México, Bolivia, el mundo islámico, China o Japón que hago en este volumen tiene la finalidad específica de utilizar la misma estructura analítica para comprender procesos sociales muy diferentes que, cuando menos, se interrelacionan en su significado. También me gustaría, dentro de los límites obvios de mi conocimiento y experiencia, acabar con el planteamiento etnocéntrico que aún domina gran parte de las ciencias sociales en el momento preciso en que nuestras sociedades han quedado interconectadas globalmente y entrelazadas culturalmente.

Unas palabras sobre teoría. La teoría sociológica que informa este libro se diluye, para facilitar su digestión, en la presentación de los temas de cada capítulo. También se mezcla con el análisis empírico hasta donde es posible. Sólo cuando sea inevitable someteré al lector a una breve digresión teórica, ya que, para mí, la teoría social es una herramienta para comprender el mundo, no un fin para el autodisfrute intelectual. En la conclusión al volumen, trataré de ceñir el análisis de un modo más formal y sistemático, reuniendo los diferentes hilos tejidos en cada capítulo. Sin embargo, puesto que el libro se centra en los movimientos sociales y existe un gran desacuerdo sobre el significado del concepto, adelanto mi definición como las acciones colectivas conscientes cuyo impacto, tanto en caso de victoria como de derrota, transforma los valores y las instituciones de la sociedad. Como no existe un sentido de la historia que no sea la historia que sentimos, *desde una perspectiva analítica*, no hay movimientos sociales «buenos»y «malos», progresistas o regresivos. Todos son síntomas de quiénes somos y caminos de nuestra transformación, ya que la transformación puede conducir por igual hacia una gama completa de

cielos, infiernos o infiernos celestiales. Ésta no es una observación fortuita, ya que en nuestro mundo los procesos de cambio social toman con frecuencia formas de fanatismo y violencia que no solemos asociar con el cambio social positivo. Y, no obstante, éste es nuestro mundo, éstos somos nosotros, en nuestra pluralidad contradictoria, y esto es lo que hemos de entender, incluso para afrontarlo y superarlo. En cuanto al significado de *esto* y *nosotros*, por favor, anímese a seguir leyendo.

1

PARAÍSOS COMUNALES: IDENTIDAD Y SENTIDO EN LA SOCIEDAD RED

PREÁMBULO

La capital está establecida cerca de la montaña Zhong;
Los palacios y fortalezas son brillantes y resplandecientes;
Los bosques y jardines son fragantes y floridos;
Los epidendrum y las casias se complementan en belleza.
El palacio prohibido es magnífico;
Los edificios y pabellones tienen cien pisos.
Los salones y puertas son bellos y lustrosos;
Las campanas y carillones suenan musicalmente.
Las torres llegan hasta el cielo;
Sobre los altares se queman los animales de sacrificio.
Limpios y purificados,
Ayunamos y nos bañamos.
Somos respetuosos y devotos en el culto,
Dignos y serenos en la oración.
Suplicando con fervor,
Cada uno busca la felicidad y la dicha.
Los pueblos incivilizados de la frontera ofrecen tributo,
Y todos los bárbaros son sumisos.
No importa que el territorio sea muy vasto,
Todos acabarán estando bajo nuestro dominio.

Hong Xiuquan

Éstos eran los términos del «Relato de las mil palabras escrito imperialmente», compuesto por Hong Xiuquan, el guía y profeta de la rebelión de Taiping, tras establecer su reino celestial en Nanjing en 1853[1]. La sublevación de Taiping Tao (Camino de la Gran Paz) aspiraba a crear un reino comunal fundamentalista neocristiano en China. Durante más de una década, el reino se organizó en conformidad con la revelación de la

[1] Citado por Spence, 1960, págs. 190 y 191.

Biblia que, según su propio relato, Hong Xiuquan recibió de su hermano mayor, Jesucristo, después de haber sido iniciado al cristianismo por los misioneros evangélicos. Entre 1845 y 1864, las oraciones, enseñanzas y ejércitos de Hong sacudieron a China y al mundo, ya que obstaculizaron el creciente control extranjero del Imperio Medio. El reino de Taiping pereció como vivió, a sangre y fuego, causando la muerte de 20 millones de chinos. Anhelaba establecer un paraíso terrenal combatiendo a los demonios que se habían apoderado de China, de modo que «toda la gente pueda vivir junta en dicha perpetua, hasta que por fin sean elevados al Cielo para presentarse ante su Padre» [2]. Era un tiempo de crisis para las burocracias estatales y las tradiciones morales, de globalización del comercio, de tráfico de drogas, de rápida industrialización que se extendió por el mundo, de misiones religiosas, de campesinos empobrecidos, de crisis de las familias y comunidades, de bandidos locales y ejércitos internacionales, de difusión de la imprenta y analfabetismo generalizado, un tiempo de incertidumbre y desesperanza, de crisis de identidad. Era otro tiempo. ¿O no lo era?

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD

La identidad es la fuente de sentido y experiencia para la gente. Como escribe Calhoun:

> No conocemos gente sin nombre, ni lenguas o culturas en las que no se establezcan de alguna manera distinciones entre yo y el otro, nosotros y ellos. [...] El conocimiento de uno mismo —siempre una construcción pese a que se considere un descubrimiento— nunca es completamente separable de las exigencias de ser conocido por los otros de modos específicos [3].

Por identidad, en lo referente a los actores sociales, entiendo el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido. Para un individuo determinado o un actor colectivo puede haber una pluralidad de identidades. No obstante, tal pluralidad es una fuente de tensión y contradicción tanto en la representación de uno mismo como en la acción social. Ello se debe a que la identidad ha de distinguirse de lo que tradicionalmente los sociólogos han denominado roles y conjuntos de roles. Los roles (por ejemplo, ser trabajadora, madre, vecina, militante socialista, sindicalista, jugadora de baloncesto, feligresa y fumadora al mismo tiempo) se definen por normas es-

---

[2] Spence, 1996, pág. 172.
[3] Calhoun, 1994, págs. 9 y 10.

tructuradas por las instituciones y organizaciones de la sociedad. Su peso relativo para influir en la conducta de la gente depende de las negociaciones y acuerdos entre los individuos y esas instituciones y organizaciones. Las identidades son fuentes de sentido para los propios actores y por ellos mismos son construidas mediante un proceso de individualización[4]. Aunque, como sostendré más adelante, las identidades pueden originarse en las instituciones dominantes, sólo se convierten en tales si los actores sociales las interiorizan y construyen su sentido en torno a esta interiorización. Sin duda, algunas autodefiniciones también pueden coincidir con los roles sociales, por ejemplo, cuando ser padre es la autodefinición más importante desde el punto de vista del actor. No obstante, las identidades son fuentes de sentido más fuertes que los roles debido al proceso de autodefinición e individualización que suponen. En términos sencillos, las identidades organizan el sentido, mientras que los roles organizan las funciones. Defino *sentido* como la identificación simbólica que realiza un actor social del objetivo de su acción. También propongo la idea de que, *en la sociedad red,* por razones que desarrollaré más adelante, para la mayoría de los actores sociales, el sentido se organiza en torno a una identidad primaria (es decir, una identidad que enmarca al resto), que se sostiene por sí misma a lo largo del tiempo y el espacio. Aunque este planteamiento se aproxima a la formulación de la identidad de Erikson, me centraré fundamentalmente en la identidad colectiva y no en la individual. Sin embargo, el individualismo (diferente de la identidad individual) también puede ser una forma de «identidad colectiva», como se analiza en la «cultura del narcisismo» de Lasch[5].

Es fácil estar de acuerdo sobre el hecho de que, desde una perspectiva sociológica, todas las identidades son construidas. Lo esencial es cómo, desde qué, por quién y para qué. La construcción de las identidades utiliza materiales de la historia, la geografía, la biología, las instituciones productivas y reproductivas, la memoria colectiva y las fantasías personales, los aparatos de poder y las revelaciones religiosas. Pero los individuos, los grupos sociales y las sociedades procesan todos esos materiales y los reordenan en su sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados en su estructura social y en su marco espacial/temporal. Propongo como hipótesis que, en términos generales, quién construye la identidad colectiva, y para qué, determina en buena medida su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifican con ella o se colocan fuera de ella. Puesto que la construcción social de la identidad siempre tiene lugar en un contexto marcado por las relaciones de poder, propongo una distinción entre tres formas y orígenes de la construcción de la identidad.

[4] Giddens, 1991.
[5] Lasch, 1980.

— *Identidad legitimadora*: introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales, un tema central en la teoría de la autoridad y la dominación de Sennett[6], pero que también se adecua a varias teorías del nacionalismo[7].

— *Identidad de resistencia*: generada por aquellos actores que se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad, como Calhoun propone cuando explica el surgimiento de las políticas de identidad[8].

— *Identidad proyecto*: cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social. Es el caso, por ejemplo, de las feministas cuando salen de las trincheras de resistencia de la identidad y los derechos de las mujeres para desafiar al patriarcado y, por lo tanto, a la familia patriarcal y a toda la estructura de producción, reproducción, sexualidad y personalidad sobre la que nuestras sociedades se han basado a lo largo de la historia.

Naturalmente, las identidades que comienzan como resistencia pueden inducir proyectos y, también, con el transcurrir de la historia, convertirse en dominantes en las instituciones de la sociedad, con lo cual se vuelven identidades legitimadoras para racionalizar su dominio. En efecto, la dinámica de las identidades a lo largo de esta secuencia muestra que, desde el punto de vista de la teoría social, ninguna identidad puede ser una esencia y ninguna identidad tiene, *per se*, un valor progresista o regresivo fuera de su contexto histórico. Un asunto diferente, y muy importante, son los beneficios de cada identidad para la gente que pertenece a ella.

En mi opinión, cada tipo de proceso de construcción de la identidad conduce a un resultado diferente en la constitución de la sociedad. *Las identidades legitimadoras generan una sociedad civil*, es decir, un conjunto de organizaciones e instituciones, así como una serie de actores sociales estructurados y organizados, que reproducen, si bien a veces de modo conflictivo, la identidad que racionaliza las fuentes de la dominación estructural. Esta afirmación puede resultar sorprendente para algunos lectores, ya que la sociedad civil sugiere por lo general una connotación positiva de cambio social democrático. Sin embargo, ésta es de

[6] Sennett, 1986.
[7] Anderson, 1983; Gellner, 1983.
[8] Calhoun, 1994, pág. 17.

hecho la concepción original de la sociedad civil, según la formuló Gramsci, padre intelectual de este ambiguo concepto. En efecto, en la concepción de Gramsci, la sociedad civil está formada por una serie de «aparatos», como la(s) Iglesia(s), los sindicatos, los partidos, las cooperativas, las asociaciones cívicas, etc., que, por una parte, prolongan la dinámica del estado pero, por otra, están profundamente arraigados entre la gente [9]. Precisamente este doble carácter de la sociedad civil es el que la hace un terreno privilegiado para el cambio político al posibilitar la toma del estado sin lanzar un asalto directo y violento. La conquista del estado por las fuerzas del cambio (digamos las fuerzas del socialismo en la ideología de Gramsci), presentes en la sociedad civil, se hace posible, precisamente, por la continuidad que existe entre las instituciones de la sociedad civil y los aparatos de poder del estado, organizados en torno a una identidad similar (ciudadanía, democracia, politización del cambio social, restricción del poder al estado y sus ramificaciones, y demás). Donde Gramsci y Tocqueville ven democracia y civilidad, Foucault o Sennett, y antes de ellos Horkheimer o Marcuse, ven dominación interiorizada y legitimación de una identidad normalizadora sobreimpuesta e indiferenciada.

El segundo tipo de construcción de la identidad, la *identidad para la resistencia*, conduce a la formación de *comunas* o *comunidades*, en la formulación de Etzioni [10]. Puede que éste sea el tipo más importante de construcción de la identidad en nuestra sociedad. Construye formas de resistencia colectiva contra la opresión, de otro modo insoportable, por lo común atendiendo a identidades que, aparentemente, estuvieron bien definidas por la historia, la geografía o la biología, facilitando así que se expresen como esencia las fronteras de la resistencia. Por ejemplo, el nacionalismo basado en la etnicidad, como Scheff propone, «surge con frecuencia de un sentimiento de alienación, por una parte, y resentimiento contra la exclusión injusta, ya sea política, económica o social» [11]. El fundamentalismo religioso, las comunidades territoriales, la autoafirmación nacionalista o incluso el orgullo de la autodenigración, al invertir los términos del discurso opresivo (como en la «cultura *queer* [homosexual]» de algunas tendencias del movimiento gay) son todos expresiones de lo que denomino *la exclusión de los excluso-res por los excluidos*. Es decir, la construcción de una identidad defensiva en los términos de las instituciones/ideologías dominantes, invirtiendo el juicio de valor mientras que se refuerza la frontera. En este caso, surge el tema de la comunicabilidad recíproca entre estas identidades excluidas/excluyentes. La respuesta a esta cuestión, que sólo

[9] Buci-Glucksman, 1978.
[10] Etzioni, 1993.
[11] Scheff, 1994, pág. 281.

puede ser empírica e histórica, determina si las sociedades siguen siendo tales o se fragmentan en una constelación de tribus, a las que algunas veces se vuelve a llamar eufemísticamente comunidades.

El tercer proceso de construcción de la identidad, la identidad proyecto, produce *sujetos*, según los define Alain Touraine:

Denomino sujeto al deseo de ser un individuo, de crear una historia personal, de otorgar sentido a todo el ámbito de las experiencias de la vida individual [...] La transformación de los individuos en sujetos es el resultado de la combinación necesaria de dos afirmaciones: la de los individuos contra las comunidades y la de los individuos contra el mercado [12].

Los sujetos no son individuos, aun cuando estén compuestos por individuos. Son el actor social colectivo mediante el cual los individuos alcanzan un sentido holístico en su experiencia [13]. En este caso, la construcción de la identidad es un proyecto de una vida diferente, quizás basado en una identidad oprimida, pero que se expande hacia la transformación de la sociedad como la prolongación de este proyecto de identidad, como en el ejemplo arriba mencionado de una sociedad postpatriarcal, liberando a las mujeres, los hombres y los niños mediante la afirmación de la identidad de las mujeres. O, en una perspectiva muy diferente, la reconciliación final de todos los seres humanos como creyentes, hermanos y hermanas, bajo la guía de la ley divina, ya sea de Alá o Jesús, como resultado de la conversión religiosa de las sociedades ateas, contrarias a la familia y materialistas, incapaces por otra parte de satisfacer las necesidades humanas y cumplir el designio de Dios.

Cómo se construyen los diferentes tipos de identidades, por quiénes y con qué resultados no puede abordarse en términos generales y abstractos: depende del contexto social. La política de la identidad, como escribe Zaretsky, «debe situarse en la historia» [14].

Así pues, nuestra exposición ha de referirse a un contexto específico, el ascenso de la sociedad red. La dinámica de la identidad en este contexto puede comprenderse mejor si se contrasta con la caracterización efectuada por Giddens de la identidad en la «modernidad tardía», periodo histórico que, creo, está llegando a su fin, con lo cual no pretendo sugerir que estemos en cierto sentido llegando al «fin de la historia», como se postuló en algunas divagaciones postmodernas. En una vigorosa teorización, cuyas líneas principales comparto, Giddens afirma que «la identidad propia no es un rasgo distintivo que posee el individuo. Es el yo entendido reflexivamente por la persona en virtud de su biografía». En efecto, «ser un ser humano es comprender [...] tanto lo que se está ha-

[12] Touraine, 1995, págs. 29 y 30. La traducción es mía.
[13] Touraine, 1992.
[14] Zaretsky, 1994, pág. 198.

ciendo como por qué se está haciendo [...] En el contexto del orden postradicional, el yo se convierte en un proyecto reflexivo»[15].

¿Cómo incorpora la «modernidad tardía» este proyecto reflexivo? Según lo expone Giddens,

uno de los rasgos distintivos de la modernidad es la interconexión creciente entre los dos extremos de la extensionalidad y la intencionalidad: las influencias globalizadoras, por una parte, y las disposiciones personales, por la otra [...] Cuanto más pierden su dominio las tradiciones y la vida diaria se reconstituye en virtud de la interacción dialéctica de lo local y lo global, más se ven forzados los individuos a negociar su elección de tipo de vida entre una diversidad de opciones [...] La planificación de la vida organizada de forma reflexiva [...] se convierte en el rasgo central de la estructuración de la identidad propia[16].

Aunque estoy de acuerdo con la caracterización teórica de Giddens de la construcción de la identidad en el periodo de la «modernidad tardía», sostengo, basándome en los análisis presentados en el volumen primero de este libro, que el ascenso de la sociedad red pone en tela de juicio los procesos de construcción de la identidad durante ese periodo, con lo que induce nuevas formas de cambio social. Ello se debe a que la sociedad red se basa en la disyunción sistémica de lo local y lo global para la mayoría de los individuos y grupos sociales. Y, añadiría, por la separación en diferentes marcos temporales del poder y la experiencia (vol. I, caps. 6 y 7). Así pues, la planificación reflexiva de la vida se vuelve imposible, excepto para la elite que habita el espacio atemporal de los flujos de las redes globales y sus localidades subordinadas. Y la construcción de la intimidad basada en la confianza requiere una redefinición de la identidad completamente autónoma frente a la lógica interconectora de las instituciones y organizaciones dominantes.

En estas nuevas condiciones, las sociedades civiles se reducen y desarticulan porque ya no hay continuidad entre la lógica de la creación de poder en la red global y la lógica de la asociación y la representación en las sociedades y culturas específicas. Así que la búsqueda de sentido tiene lugar en la reconstrucción de identidades defensivas en torno a los principios comunales. La mayoría de la acción social se organiza en la oposición que existe entre los flujos no identificados y las identidades aisladas. En cuanto a la génesis de las identidades proyecto, aún se da, o puede darse, dependiendo de las sociedades. Pero propongo la hipótesis de que la constitución de sujetos, en el núcleo del proceso de cambio social, toma un camino diferente al que conocíamos durante la modernidad y la modernidad tardía, a saber, *los sujetos, cuando se construyen, ya no*

[15] Giddens, 1991, págs. 53, 35, 32.
[16] Giddens, 1991, págs. 1, 5.

lo hacen basándose en las sociedades civiles, que están en proceso de desintegración, sino como una prolongación de la resistencia comunal. Aunque en la modernidad (temprana o tardía) la identidad proyecto se constituyó a partir de la sociedad civil (como en el caso del socialismo, que se basó en el movimiento obrero), en la sociedad red, la identidad proyecto, en caso de que se desarrolle, surge de la resistencia comunal. Éste es el sentido real de la nueva primacía de la política de la identidad en la sociedad red. El análisis de los procesos, las condiciones y los resultados de la transformación de la resistencia comunal en sujetos transformadores es el ámbito preciso para una teoría del cambio social en la era de la información.

Una vez alcanzada una formulación tentativa de mi hipótesis, iría contra los principios metodológicos de este libro avanzar más por el camino de la teorización abstracta, que podría convertirse rápidamente en comentario bibliográfico. Trataré de sugerir las implicaciones precisas de mi análisis, centrándome en varios procesos clave de construcción de la identidad colectiva seleccionados por su importancia particular para el proceso de cambio social en la sociedad red. Comenzaré con el *fundamentalismo religioso*, tanto en sus versiones islámica como cristiana, si bien ello no supone que otras religiones (por ejemplo, el hinduismo, el budismo, el judaísmo) sean menos importantes o menos proclives al fundamentalismo. Continuaré con el *nacionalismo*, considerando, tras un repaso del tema, dos procesos muy diferentes pero significativos: el papel del nacionalismo en la desintegración de la Unión Soviética y en las repúblicas postsoviéticas, y la formación y resurgimiento del nacionalismo catalán. Luego pasaré a la *identidad étnica*, centrándome en la identidad afroamericana contemporánea. Y terminaré considerando, brevemente, la *identidad territorial*, basándome en mi observación de los movimientos urbanos y las comunidades locales de todo el mundo. Para concluir, intentaré una síntesis sucinta de las principales líneas de indagación que surgirán del examen de los diversos procesos contemporáneos de (re)construcción de la identidad basada en la resistencia comunal.

LOS PARAÍSOS DE DIOS: EL FUNDAMENTALISMO RELIGIOSO Y LA IDENTIDAD CULTURAL

Es un atributo de nuestra sociedad, y me atrevería a decir de la naturaleza humana, si tal entidad existiera, encontrar consuelo y refugio en la religión. El miedo a la muerte, el dolor de la vida, necesitan a Dios y la fe en Dios, sean cuales fueren sus manifestaciones, sólo para que la gente pueda continuar. En efecto, fuera de nosotros, Dios no tendría dónde vivir.

El fundamentalismo religioso es algo más. Y sostengo que ese «algo más» es una fuente muy importante de construcción de la identidad en la sociedad red por razones que serán más evidentes, espero, en las páginas siguientes. En cuanto a su contenido real, las experiencias, opiniones, historia y teorías son tan diversas como para desafiar una síntesis. Por suerte, a finales de la década de 1980, la American Academy of Arts and Sciences emprendió un importante proyecto comparativo que pretendía observar los fundamentalismos en varios contextos sociales e institucionales[17]. Así, sabemos que el «fundamentalismo es siempre reactivo, reaccionario»[18], y que

> los fundamentalistas son selectivos. Quizás consideren que están adoptando todo el pasado completo, pero en realidad dedican sus energías a aquellos rasgos que mejor refuercen su identidad, conserven unido su movimiento, construyan defensas en torno a sus fronteras y mantengan a distancia a los otros [...] Los fundamentalistas luchan bajo Dios —en el caso de la religión teísta— o bajo los signos de alguna referencia transcendente[19].

Para ser más preciso —y coherente con los ensayos reunidos en el Proyecto de los «Fundamentalismos Observados»—, definiré el *fundamentalismo*, según mi propio entendimiento, como *la construcción de la identidad colectiva a partir de la identificación de la conducta individual y las instituciones de la sociedad con las normas derivadas de la ley de Dios, interpretada por una autoridad definida que hace de intermediario entre Dios y la humanidad.* Así, como escribe Marty, «es imposible que los fundamentalistas razonen o resuelvan nada con la gente que no comparte su sometimiento a una autoridad, ya sea una Biblia inerrable, un papa infalible, los códigos de la *sharia* en el islam o las implicaciones de la *halaká* en el judaísmo»[20].

Por supuesto, el fundamentalismo religioso ha existido durante toda la historia humana, pero parece ser sorprendentemente fuerte e influyente como fuente de identidad en este fin de milenio. ¿Por qué es así? Mis análisis del fundamentalismo islámico y del fundamentalismo cristiano en esta sección tratarán de proponer algunas pistas para comprender una de las tendencias más definitorias en la creación de nuestra época histórica[21].

---

[17] Marty y Appleby, 1991.
[18] Marty, 1988, pág. 20.
[19] Marty y Appleby, 1991, págs. ix y x.
[20] Marty, 1988, pág. 22.
[21] Véase también Misztal y Shupe, 1992a.

La umma *contra el* yahilfia: *el fundamentalismo islámico*

El único camino para acceder a la modernidad es nuestra propia senda, la que ha sido trazada para nosotros por nuestra religión, nuestra historia y nuestra civilización.

Rached Gannouchi[22]

La década de 1970, fecha del nacimiento de la revolución de las tecnologías de la información en Silicon Valley, y punto de partida de la reestructuración capitalista global, tuvo un significado diferente para el mundo musulmán: marcó el inicio del siglo XIV de la Hégira, un periodo de renacimiento, purificación y fortalecimiento islámicos, como al comienzo de cada nuevo siglo. En efecto, en las dos décadas siguientes se extendió por todas las tierras musulmanas una auténtica revolución cultural/religiosa, a veces victoriosa, como en Irán, a veces sometida, como en Egipto, en ocasiones desencadenante de la guerra civil, como en Argelia, o reconocida formalmente en las instituciones del estado, como en Sudán o Bangladesh, pero la mayoría de las veces estableciendo una difícil coexistencia con un estado-nación formalmente islámico, plenamente integrado en el capitalismo global, como en Arabia Saudí, Indonesia o Marruecos. En general, se está luchando por la identidad cultural y el destino político de casi mil millones de personas en las mezquitas y los barrios de las ciudades musulmanas, atestadas por la urbanización acelerada y desintegradas por el fracaso de la modernización. El fundamentalismo islámico, como identidad reconstruida y proyecto político, se encuentra en el centro de un proceso muy decisivo, que en buena medida condiciona el futuro del mundo[23].

Pero, ¿qué es el fundamentalismo islámico? Islam, en árabe, significa estado de sometimiento y un musulmán es aquel que se ha sometido a Alá. Por lo tanto, según la definición de fundamentalismo que presenté anteriormente, parecería que todo el islam es fundamentalista: las sociedades y sus instituciones estatales deben organizarse en torno a unos principios religiosos incontestados. Sin embargo, diversos estudiosos destacados[24] sostienen que, aunque la primacía de los principios religiosos, según se formulan en el Corán, son comunes a todo el islam, las sociedades e instituciones islámicas también se basan en una interpretación multívoca. Además, en las sociedades islámicas más tradicionales, la preeminencia de los principios religiosos sobre la autoridad política era puramente for-

[22] Rached Gannouchi, entrevista con *Jeune Afrique*, julio de 1990. Gannouchi es un importante intelectual del movimiento islamista tunecino.

[23] Hiro, 1989; Balta, 1991; Sisk, 1992; Choueri, 1993; Juergensmayer, 1993; Dekmejian, 1995.

[24] Véase, por ejemplo, Basam Tibi, 1988, 1992a; Aziz Al Azmeh, 1993; Farhad Khosrokhavar, 1995, entre otros.

mal. En efecto, la *sharia* (la ley divina, formada por el Corán y los *hadices*) se relaciona en la lengua árabe clásica con el verbo *šara'a*, caminar hacia una fuente. Así pues, para la mayoría de los musulmanes, la *sharia* no es una orden rígida e invariable, sino una guía para caminar hacia Dios, con las adaptaciones requeridas por cada contexto histórico y social[25]. En contraste con esta apertura del islam, el fundamentalismo islámico supone la fusión de la *sharia* y el *fiqh*, o interpretación y aplicación por los juristas y autoridades, bajo el dominio absoluto de la *sharia*. Naturalmente, el significado real depende del proceso de interpretación y de quién interpreta. Por lo tanto, hay una amplia gama de matices entre el fundamentalismo conservador, como el representado por la Casa de Saúd, y el fundamentalismo radical, como el elaborado en los escritos de Al Mawdudi o Sayyid Qtub en las décadas de 1950 y 1960[26]. También existen considerables diferencias entre la tradición shií, que inspiró a Jomeini, y la tradición suní, que constituye la fe de cerca del 85% de los musulmanes, incluidos movimientos revolucionarios como el Front Islamique de Salvation (FIS) de Argelia o el Takfir wal-Hijrah de Egipto. No obstante, en la visión de los escritores que constituyen el pensamiento islamista de este siglo, como Hassan al Banna y Sayyid Qtub de Egipto, Ali al Nadawi de India o Sayyid Abul al Mawdudi de Pakistán, la historia del islam se ha reconstruido para mostrar el sometimiento perenne del estado a la religión[27]. Para un musulmán, el apego fundamental no es a la *watan* (tierra natal), sino a la *umma* o comunidad de creyentes, todos igualados en su sumisión a Alá. Esta confraternidad universal reemplaza a las instituciones del estado-nación, que se ve como una fuente de división entre los creyentes[28]. Porque para que viva la *umma* y se expanda hasta abarcar a toda la humanidad, ha de cumplir una tarea divina: emprender una vez más la lucha contra el *yahilíia* (el estado de ignorancia o la falta de observancia de las enseñanzas de Dios) en el que las sociedades han vuelto a caer. Para regenerar a la humanidad, la islamización debe avanzar primero en las sociedades musulmanas que se han secularizado y se han apartado de la estricta obediencia a la ley de Dios, luego en el mundo entero. Este proceso debe comenzar con un renacimiento espiritual basado en *al sirat al mustaqin* (camino recto), construido según el modelo de la comunidad organizada por el profeta Mahoma en Medina. No obstante, para vencer a las fuerzas impías, quizás sea necesario emplear la *yihad* (lucha en nombre del islam) contra los infieles, que puede incluir, en los casos extremos, el recurso a la guerra santa. En la tradición shií, el martirio, restableciendo el sacrificio del imán Alí en 681, constituye, en efecto,

25 Garaudy, 1990.
26 Carre, 1984; Choueri, 1993.
27 Hiro, 1989; Al Azmeh, 1993; Choueri, 1993; Dekmejian, 1995.
28 Oumlil, 1992.

el núcleo de la pureza religiosa. Pero el conjunto del islam comparte la alabanza de los sacrificios necesarios para responder a la llamada de Dios (*al da'wah*). Como afirmó Hassan al Bana, fundador y dirigente de la Hermandad Musulmana, asesinado en 1949: «El Corán es nuestra constitución, el Profeta es nuestro guía; la muerte por la gloria de Alá es nuestra mayor ambición» [29]. El fin último de todas las acciones humanas debe ser el establecimiento de la ley de Dios sobre el conjunto de la humanidad, con lo que se pondrá fin a la oposición actual entre *Dar al Islam* (el mundo musulmán) y *Dar al Harb* (el mundo no musulmán).

En este marco cultural/religioso/político, la identidad islámica se construye en virtud de una deconstrucción doble, efectuada por los actores sociales y por las instituciones de la sociedad.

Los actores sociales deben deconstruirse como sujetos, ya sea como individuos, como miembros de un grupo étnico o como ciudadanos de una nación. Además, las mujeres deben someterse a sus hombres guardianes, ya que se las induce a que se realicen primordialmente en el marco de la familia: «Los hombres son los protectores y mantenedores de las mujeres porque Dios ha otorgado a los unos mayor (fuerza) que a las otras y porque las mantienen con sus medios» [30]. Como escribe Bassam Tibi, «el principio de la subjetividad de Habermas es una herejía para los fundamentalistas islámicos» [31]. Sólo en la *umma* puede el individuo ser plenamente él mismo, como parte de la confraternidad de los creyentes, mecanismo básico igualador que proporciona sostén y solidaridad mutuos y un sentido compartido. Por otra parte, el mismo estado-nación debe negar su identidad: *al dawla islamiyya* (el estado islámico), basado en la *sharia*, tiene prioridad sobre el estado-nación (*al dawla qawmiyya*). Esta proposición es particularmente efectiva en el Oriente Próximo, región donde, según Tibi, «el estado-nación es ajeno y virtualmente impuesto a sus partes [...] La cultura política del nacionalismo secular no es sólo una novedad en el Oriente Próximo, sino que incluso permanece en la superficie de las sociedades implicadas» [32].

Sin embargo, y esto es esencial, el fundamentalismo islámico no es un movimiento tradicionalista. A pesar de todos los esfuerzos de exégesis para arraigar la identidad islámica en la historia y los textos sagrados, los islamistas, por motivo de la resistencia social y la sublevación política, prosiguieron con una reconstrucción de la identidad cultural que, de hecho, es hipermoderna [33]. Como escribe Al Azmeh, «la politización de lo sagrado, la sacralización de la política y la transformación de las institu-

---

29 Citado por Hiro, 1989, pág. 63.

30 Corán, sura IV, v. 34 (trad. de Abdullah Yusuf Alí, 1988. Véase Hiro, 1989, pág. 202); Delcroix, 1995; Gerami, 1996.

31 Tibi, 1992b, pág. 8.

32 Tibi, 1992b, pág. 5.

33 Gole, 1995.

ciones islámicas pseudolegales en "devociones sociales" son todos medios de ejecutar la política del ego auténtico, una política de identidad y, por lo tanto, los medios para la formación misma, de hecho la invención, de esta identidad»[34].

Pero si el islamismo (aunque basado en los escritos de los reformistas y renovadores islámicos del siglo XIX, como Al Afghani) es esencialmente una identidad contemporánea, ¿por qué ahora? ¿Por qué ha detonado en las dos últimas décadas, tras haber sido repetidamente sometido por el nacionalismo en el periodo postcolonial, como ejemplifican la represión de los Hermanos Musulmanes en Egipto y Siria (incluida la ejecución de Qtub en 1966), el ascenso de Sukarno en Indonesia o el Front de Libération Nationale en Argelia[35]?

Para Tibi, «el ascenso del fundamentalismo islámico en el Oriente Próximo se interrelaciona con la exposición de esta parte del mundo del islam, que se percibe como una entidad colectiva, a los procesos de globalización, al nacionalismo y el estado-nación como principios de organización globalizados»[36].

En efecto, la explosión de los movimientos islámicos parece relacionarse, tanto con la crisis de las sociedades tradicionales (incluido el debilitamiento del poder del clero tradicional) como con el fracaso del estado-nación, creado por los movimientos nacionalistas, para lograr la modernización, desarrollar la economía y distribuir los beneficios del crecimiento económico entre la población en general. Así pues, la identidad islámica es (re)construida por los islamistas en oposición al capitalismo, al socialismo y al nacionalismo, árabe o cualquier otro, que considera ideologías fracasadas del orden postcolonial.

Un caso que viene a propósito, es por supuesto, el de Irán[37]. La Revolución Blanca del sha, lanzada en 1963, fue un intento muy ambicioso de modernizar la economía y la sociedad, con el respaldo de los Estados Unidos, y con el proyecto deliberado de conectarse con el nuevo capitalismo global que estaba en marcha. Al hacerlo, socavó las estructuras básicas de la sociedad tradicional, de la agricultura al calendario. En efecto, surgió un importante conflicto entre el sha y los *ulemas* sobre el tiempo cuando, el 24 de abril de 1976, el primero cambió el calendario islámico por el preislámico de la dinastía aqueménida. Cuando Jomeini aterrizó en Teherán el 1 de febrero de 1979 para encabezar la revolución, volvió como representante del imán Nacoste, Señor del Tiempo (*wali al zaman*) para afirmar la preeminencia de los principios religiosos. La revolución is-

[34] Al Azmeh, 1993, pág. 31.

[35] Piscatori, 1986; Moen y Gustafson, 1992; Tibi, 1992a; Burgat y Dowell, 1993; Juergensmayer, 1993; Dekmejian, 1995.

[36] Tibi, 1992b, pág. 7.

[37] Hiro, 1989; Bakhash, 1990; Esposito, 1990; Khosrokhavar, 1995.

lámica se opuso a la vez a la institución de la monarquía (Jomeini: «El islam se opone fundamentalmente a toda noción de monarquía»)[38]; al estado-nación (artículo 10 de la nueva Constitución iraní: «Todos los musulmanes forman una única nación»); y a la modernización como una expresión de la occidentalización (el artículo 43 de la Constitución iraní estipula la «prohibición de la extravagancia y el derroche en todos los asuntos relacionados con la economía, incluidos el consumo, la inversión, la producción, la distribución y los servicios»). Los *ulemas*, los blancos principales de las reformas institucionales del sha, conservaron su poder como los intermediarios entre la *sharia* y la sociedad. La radicalización del régimen islámico, tras el ataque de Irak en 1980 y la atroz guerra que siguió, llevó a la purificación de la sociedad y al establecimiento de jueces religiosos especiales para reprimir los actos impíos tales como «el adulterio, la homosexualidad, el juego, la hipocresía, la compasión por los ateos y los hipócritas, y la traición»[39]. Siguieron cientos de encarcelamientos, flagelaciones y ejecuciones por distintos motivos. El círculo del terror, dirigido particularmente hacia los izquierdistas críticos y las guerrillas marxistas, cerró el círculo de la lógica fundamentalista en Irán.

¿Cuáles son las bases sociales del fundamentalismo? En Irán, donde otras fuerzas revolucionarias participaron en las largas y cruentas movilizaciones para derrocar la sangrienta dictadura Pahlevi, los dirigentes fueron los clérigos y en las mezquitas se reunieron los comités revolucionarios que organizaron la insurgencia popular. En cuanto a los actores sociales, la fuerza del movimiento estaba en Teherán y otras grandes ciudades, sobre todo entre los estudiantes, los intelectuales y los comerciantes y artesanos de los bazares. Cuando el movimiento llegó a las calles, se unieron las masas de inmigrantes rurales recientes que construyeron sus poblados de chabolas en Teherán en la década de 1970, después de que la modernización de la agricultura los expulsara de sus aldeas.

Los islamistas de Argelia y Túnez parecen presentar un perfil similar, según algunos datos dispersos: el apoyo al FIS se originó en un grupo heterogéneo de intelectuales cultos, profesores de universidad y funcionarios de nivel bajo, a quienes se unieron los pequeños comerciantes y los artesanos. Sin embargo, estos movimientos, ocurridos en la década de 1980, también tuvieron sus raíces sociales en el éxodo rural. Una encuesta realizada en Túnez descubrió que el 48% de los padres de los militantes eran analfabetos, ya que emigraron a las ciudades en la década de 1970 desde las regiones rurales empobrecidas. Los propios militantes eran jóvenes: en Túnez, la edad media de 72 militantes sentenciados en un importante juicio celebrado en 1987 era de 32 años[40]. En Egipto, el isla-

[38] Hiro, 1989, pág. 161.
[39] Documentos oficiales presentados en la prensa, citado por Hiro, 1989, pág. 190.
[40] Datos aportados por Burgat y Dowell, 1993.

mismo predomina entre los estudiantes universitarios (la mayor parte de los sindicatos de estudiantes han estado bajo dirección fundamentalista islámica desde mediados de la década de 1980) y recibe respaldo de empleados gubernamentales, sobre todo maestros, al tiempo que desarrolla una influencia creciente en la policía y el ejército[41].

Las bases sociales del fundamentalismo radical parecen derivarse de la combinación del éxito de la modernización dirigida por el estado durante las décadas de 1950 y 1960 y el fracaso de la modernización económica en la mayoría de los países musulmanes durante las décadas de 1970 y 1980, cuando sus economías no pudieron adaptarse a las nuevas condiciones de la competencia global y la revolución tecnológica del último periodo. Así pues, una joven población urbana, con un alto nivel educativo como resultado de la primera ola de modernización, se vio frustrada en sus expectativas cuando la economía entró en crisis y se consolidaron las nuevas formas de dependencia cultural. A su descontento se unieron las masas empobrecidas, expulsadas de las zonas rurales a las ciudades por la modernización desequilibrada de la agricultura. Esta mezcla social se hizo explosiva por la crisis del estado-nación, cuyos empleados, incluido el personal militar, sufrieron el descenso de su nivel de vida y perdieron la fe en el proyecto nacionalista. La crisis de legitimidad del estado-nación fue el resultado de su corrupción generalizada, ineficacia y dependencia de las potencias extranjeras y, en el Oriente Próximo, de la repetida humillación militar a manos de Israel, seguida de la reconciliación con el enemigo sionista. La construcción de la identidad islámica contemporánea avanzó como una reacción contra la modernización inalcanzable (ya fuera capitalista o socialista), las perversas consecuencias de la globalización y el derrumbamiento del proyecto nacionalista postcolonial. Por ello, el desarrollo diferencial del fundamentalismo en el mundo islámico parece estar ligado a las variaciones de la capacidad del estado-nación de integrar en su proyecto tanto a las masas urbanas, mediante el bienestar económico, como al clero musulmán, mediante la sanción oficial de su poder religioso bajo la égida del estado, como había ocurrido en el califato omeya o en el imperio otomano[42]. Así pues, aunque Arabia Saudí es formalmente una monarquía islámica, los *ulemas* están en la nómina de la Casa de Saúd, que logró, al mismo tiempo, ser la guardiana de los santos lugares y del petróleo occidental. Indonesia y Malaisia parecen ser capaces de integrar las presiones islamistas dentro de sus estados-nación autoritarios al asegurar un rápido crecimiento económico y, por lo tanto, ofrecer algunas perspectivas prometedoras a sus súbditos, aunque las ciudades indonesias están acumulando tensiones sociales. Por otra parte, los proyectos nacionalistas de Egipto, Argelia y Túnez algunos de los paí-

41 Hiro, 1989; Dekmejian, 1995.
42 Balta, 1991.

ses musulmanes más occidentalizados, se derrumbaron en general en la década de 1980, con lo que dieron paso a tensiones sociales que fueron recogidas predominantemente por los islamistas en versiones moderadas (Hermandad Musulmana), radicales (*Jama'ah al Islamiyya*) o democrático-radicales (FIS de Argelia)[43]. En la década de 1990, el desafío de Hamás al protoestado palestino constituido en torno a Yasser Arafat, en colaboración con Israel, quizás constituya uno de los cismas más dramáticos entre el nacionalismo árabe (cuyo epítome es el movimiento palestino) y el fundamentalismo radical islámico.

Cuando se invalidaron las victorias electorales de los islamistas, como en Argelia en diciembre de 1991, mediante la represión militar, sobrevinieron la violencia generalizada y la guerra civil[44]. Hasta en el país musulmán más occidentalizado, Turquía, la herencia nacionalista secular de Kemal Ataturk sufrió un desafío histórico cuando, en las elecciones de 1995, los islamistas se convirtieron en la primera fuerza política del país, en virtud del voto de los intelectuales radicalizados y los pobres urbanos, y formaron gobierno en 1996.

El islamismo político y la identidad fundamentalista islámica parecen estar expandiéndose en la década de los noventa en una variedad de contextos sociales e institucionales, siempre relacionados con las dinámicas de la exclusión social y la crisis del estado-nación. Así pues, la segregación social, la discriminación y el desempleo entre la juventud francesa de origen magrebí, entre los jóvenes turcos nacidos en Alemania, entre los paquistaníes de Gran Bretaña o entre la juventud de los guetos estadounidenses (por ejemplo, los seguidores de Farrakhan), provocó el surgimiento de una nueva identidad islámica entre la juventud desafecta, en una espectacular transferencia del islamismo radical a las zonas socialmente excluidas de las sociedades capitalistas avanzadas[45]. Por otra parte, el derrumbamiento del estado soviético desencadenó la aparición de movimientos islámicos en el Cáucaso y Asia Central, e incluso la formación de un Partido de Renacimiento Islámico en Rusia, amenazando con hacer realidad los temores de que se extiendan las revoluciones islámicas de Afganistán e Irán a las antiguas repúblicas soviéticas[46].

Mediante una variedad de procesos políticos, dependiendo de las dinámicas de cada estado-nación y la forma de articulación global de cada economía, ha surgido un proyecto fundamentalista islámico en todas las sociedades musulmanas, y entre las minorías musulmanas de las sociedades no musulmanas. Se está construyendo una nueva identidad, no mediante el retorno a la tradición, sino mediante la elaboración de los mate-

---

[43] Sisk, 1992.
[44] Nair, 1996.
[45] Luecke, 1993; Kepel, 1995.
[46] Mikulsky, 1992.

riales tradicionales para formar un nuevo mundo divino y comunal, donde las masas desposeídas y los intelectuales desafectos puedan reconstruir el sentido en una alternativa global al orden global exclusionista [47]. Además, como escribe Khosrokhavar:

Cuando el proyecto de constituir individuos que participen plenamente en la modernidad revela su absurdo en la experiencia real de la vida cotidiana, la violencia se convierte en la única forma de autoafirmación del nuevo sujeto [...] La neocomunidad se convierte entonces en una necrocomunidad. La exclusión de la modernidad adquiere un significado religioso: de este modo, la autoinmolación se convierte en la vía para luchar contra la exclusión [48].

Mediante la negación de la exclusión, incluso en la forma extrema del autosacrificio, surge una nueva identidad islámica en el proceso de construir la *umma*, el paraíso comunal para los verdaderos creyentes.

¡Dios me salve a mí!: el fundamentalismo cristiano estadounidense

Hemos llegado a una oscura era electrónica, en la que las nuevas hordas paganas, con todo el poder de la tecnología a sus órdenes, están a punto de arrasar las últimas fortalezas de la humanidad civilizada. Ante nosotros se extiende una visión de muerte. Cuando dejamos atrás las orillas del hombre occidental cristiano, sólo se extiende por delante un mar oscuro y turbulento de desesperación... a menos que contraataquemos.

Francis Schaeffer, *Time for Anger* [49]

El fundamentalismo cristiano es un rasgo perenne en la historia estadounidense, desde las ideas de federalistas postrevolucionarios como Timothy Dwight y Jedidiah Morse, hasta la escatología premilenarista de Pat Robertson, a través de los renovadores religiosos de 1900 como Dwight L. Moody y los reconstruccionistas de la década los setenta inspirados por Rousas J. Rushdoony [50]. Una sociedad constantemente en la frontera del cambio social y la movilidad individual está abocada a dudar de forma periódica de los beneficios de la modernidad y la secularización, anhelando la seguridad de los valores e instituciones tradicionales basados en la verdad eterna de Dios. En efecto, el mismo término de «funda-

[47] Tibi, 1992a, b; Gole, 1995.

[48] Khosrokhavar, 1995, págs. 249 y 250. La traducción es mía.

[49] Schaeffer, 1982, pág. 122. Francis Schaeffer es uno de los principales inspiradores del fundamentalismo cristiano estadounidense. Su *Christian Manifesto*, publicado en 1981, poco después de su muerte, fue el folleto más influyente en el movimiento antiabortista de la década de los ochenta en los Estados Unidos.

[50] Marsden, 1980; Ammerman, 1987; Misztal y Shupe, 1992b; Wilcox, 1992.

mentalismo», ampliamente utilizado en todo el mundo, se originó en los Estados Unidos, en referencia a una serie de diez volúmenes titulados *The Fundamentals*, publicados privadamente por dos hermanos, hombres de negocios, entre 1910 y 1915, para reunir los textos sagrados editados por los teólogos evangélicos conservadores a finales de siglo. Aunque la influencia fundamentalista ha variado en diferentes periodos históricos, nunca se ha eclipsado. Y en las décadas de los ochenta y los noventa, sin duda experimentó un vertiginoso aumento. Aunque la desintegración de la Mayoría Moral de Jerry Falwell en 1989 condujo a algunos observadores a anunciar el declive del fundamentalismo (paralelo al fin del Satán comunista, cuya oposición era una importante fuente de legitimación y financiación para los fundamentalistas), en seguida se hizo evidente que era la crisis de una organización y de una aventura política más que la de la identidad fundamentalista [51]. En la década de los noventa, a raíz de la victoria presidencial de Clinton en 1992, el fundamentalismo llegó al primer plano de la escena política, esta vez en la forma de la Coalición Cristiana encabezada por Pat Robertson y Ralph Reed, que afirman tener un millón y medio de miembros organizados y cuentan con una considerable influencia política entre el electorado republicano. Además, las ideas y la visión del mundo de los fundamentalistas parecen encontrar un eco considerable en los Estados Unidos del *fin-de-siècle*. Por ejemplo, según una encuesta de Gallup sobre una muestra nacional de 1979, uno de cada tres adultos declaraba que había tenido una experiencia de conversión religiosa; casi la mitad de ellos creían que la Biblia era infalible; y más del 80% pensaba que Jesucristo era divino [52]. Sin duda, los Estados Unidos siempre han sido, y siguen siendo, una sociedad muy religiosa, mucho más, por ejemplo, que Europa Occidental o Japón. Pero este sentimiento religioso parece tomar un tono cada vez más restaurador, deslizándose hacia una poderosa corriente fundamentalista. Según Simpson:

> el fundamentalismo, en su sentido original, es un conjunto de creencias y experiencias cristianas que incluyen 1) reconocimiento de la inspiración literal y completa de la Biblia y su infalibilidad; 2) salvación personal mediante Cristo y su aceptación como Salvador personal (naciendo de nuevo) a causa de su eficaz expiación sustitutiva del pecado con su muerte y resurrección; 3) la esperanza del regreso antes del milenio de Cristo a la tierra desde el cielo; 4) el respaldo a doctrinas cristianas ortodoxas protestantes tales como el nacimiento de la Virgen y la trinidad [53].

No obstante, el fundamentalismo cristiano es una tendencia tan amplia y diversificada que desafía una definición simple que transcienda las

[51] Lawton, 1989; Moen, 1992; Wilcox, 1992.
[52] Lienesch, 1993, pág. 1.
[53] Simpson, 1992, pág. 26.

divisiones existentes entre los evangélicos pentecostales y carismáticos, los premilenaristas y postmilenaristas, los pietistas y los activistas. Por suerte, contamos con una excelente síntesis académica bien documentada de Michael Lienesch sobre los escritos y doctrinas de los fundamentalistas estadounidenses, basándome en la cual, y con el respaldo de otras fuentes que confirman en términos generales sus datos y argumentos, trataré de reconstruir los rasgos principales de la identidad fundamentalista cristiana [54].

Como escribe Lienesch, «en el centro del pensamiento conservador cristiano, dando forma a su sentido del ser, se encuentra el concepto de la conversión, el acto de fe y perdón mediante el cual los pecadores son llevados del pecado a un estado de salvación eterna» [55]. A través de esta experiencia personal de nacer de nuevo, toda la personalidad se reconstruye y se convierte en «el lugar de comienzo para la construcción de un sentido no sólo de autonomía e identidad, sino también de orden social y de propósito político» [56]. La vinculación entre personalidad y sociedad pasa por la reconstrucción de la familia, la institución central de la sociedad, que antes era el refugio contra el mundo duro y hostil y ahora está desmoronándose en nuestra sociedad. Esta «fortaleza de la vida cristiana» ha de reconstruirse afirmando el patriarcado, es decir, la santidad del matrimonio (excluyendo el divorcio y el adulterio) y, sobre todo, la autoridad de los hombres sobre las mujeres (como está establecido literalmente en la Biblia: Génesis 1; Efesios 5, 22-23) y la estricta obediencia de los hijos, si es necesario imponiéndola mediante zurras. En efecto, los hijos nacen en el pecado: «Es muy beneficioso para el padre cuando se da cuenta de que es natural que su hijo tenga deseo del mal» [57]. Por lo tanto, es esencial para la familia educar a los hijos en el temor de Dios y el respeto a la autoridad paterna, y contar con el respaldo pleno de una educación cristiana en la escuela. Como una consecuencia obvia de esta visión, las escuelas públicas se convierten en el campo de batalla entre el mal y el bien, entre la familia cristiana y las instituciones del laicismo.

Numerosas recompensas terrenales esperan al cristiano que se atreve a defender estos principios y escoge los planes de Dios sobre su propia planificación imperfecta de la vida. Para comenzar, una magnífica vida sexual en el matrimonio. Los autores de grandes ventas Tim y Beverly La Haye proponen sus manuales sobre el sexo como «plenamente bíblicos y muy prácticos» [58], y muestran, con el apoyo de ilustraciones, todos los goces de la sexualidad que, una vez santificados y canalizados hacia la procreación, están de estricto acuerdo con el cristianismo. En tales condicio-

---

[54] Zeskind, 1986; Jelen, 1989, 1991; Barron y Shupe, 1992; Lienesch, 1993; Riesebrodt, 1993; Hicks, 1994.
[55] Lienesch, 1993, pág. 23.
[56] Lienesch, 1993, pág. 23.
[57] Beverly La Haye, citado en Lienesch, 1993, pág. 78.
[58] Citado en Lienesch, 1993, pág. 56.

nes, los hombres pueden volver a serlo; en vez de los «cristianillos» actuales, los hombres deben parecer hombres y actuar como tales, otra tradición cristiana: «Jesús no era amariconado» [59]. En efecto, la canalización de la sexualidad agresiva masculina en un matrimonio satisfactorio es esencial para la sociedad, tanto para el control de la violencia como porque es la fuente de la «ética laboral protestante» y, por lo tanto, de la productividad económica. En este planteamiento, la sublimación sexual es el cimiento de la civilización. En cuanto a las mujeres, la biología las determina a ser madres y el complemento emocional de los hombres racionales (según Phyllis Schlafly). Su sumisión las ayudará a lograr un sentimiento de autoestima. Las mujeres afirman su identidad independiente de los hombres mediante el sacrificio. Así, Beverly La Haye escribe: «no tengas miedo de dar y dar y dar» [60]. El resultado será la salvación de la familia, «esa pequeña mancomunidad, de cuyos cimientos se levantan todas las sociedades» [61].

Con la salvación garantizada, mientras se observe estrictamente la Biblia como cristiano y se cuente con una familia patriarcal estable como sólida base para la vida, los negocios también marcharán bien, siempre que el gobierno no interfiera en la economía, deje a su suerte a los pobres indignos, y ponga los impuestos dentro de unos límites razonables (en torno a un 10% de los ingresos). En efecto, a los fundamentalistas cristianos no parece preocuparles la contradición que existe entre ser teócratas morales y libertarios económicos [62]. Es más, Dios ayudará al buen cristiano en su vida mercantil: después de todo, tiene que mantener a su familia. El mismo dirigente de la Coalición Cristiana, Pat Robertson, afamado telepredicador, ofrece con su propio relato una prueba viviente de ello. Tras su conversión, armado de su confianza en sí mismo como cristiano, fue a comprar una empresa: «Dios me ha enviado aquí para comprar su canal de televisión» y ofreció una suma, basada en la «cifra de Dios»: «El Señor habló: "No pases de dos millones y medio"» [63]. Después de todo, resultó ser un buen negocio, por el cual Pat Robertson da las gracias a Dios semanalmente en su programa de television «Club 700».

No obstante, no se puede llevar una vida cristiana de forma individual porque las instituciones de la sociedad y, sobre todo, el gobierno, los medios de comunicación y los sistemas de educación pública están controlados por humanistas de diversos orígenes, asociados, según las diferentes versiones fundamentalistas, con comunistas, banqueros, herejes y judíos. Los enemigos más insidiosos y peligrosos son las feministas y los homose-

[59] Edwin L. Cole, citado en Lienesch, 1993, pág. 63.
[60] Beverly La Haye, citado en Lienesch, 1993, pág. 77.
[61] Lienesch, 1993, pág. 77.
[62] Hicks, 1994.
[63] Comunicado por Pat Robertson y citado en Lienesch, 1993, pág. 40.

xuales porque son quienes están socavando la familia, la principal fuente de estabilidad social, de vida cristiana y de realización personal. Phyllis Schlafly se ha referido a «la enfermedad llamada liberación de las mujeres»[64]. La lucha contra el aborto simboliza todas las luchas para preservar la familia, la vida y el cristianismo, tendiendo un puente a las otras fes cristianas. Éste es el motivo por el cual el movimiento pro vida (antiaborto) es la expresión más militante e influyente del fundamentalismo cristiano en los Estados Unidos.

La lucha debe intensificarse y han de lograrse los compromisos políticos necesarios con la política institucional porque se está acabando el tiempo. Se aproxima «el fin de los tiempos» y tenemos que arrepentirnos y limpiar nuestra sociedad para estar preparados para la Segunda Venida de Jesucristo, que abrirá una nueva era, un nuevo milenio de paz y prosperidad sin precedentes. No obstante, es un paso peligroso porque tendremos que sufrir la atroz Batalla de Armagedón, que se originará en el Oriente Próximo y luego se expandirá a todo el mundo. Israel y la Nueva Israel (Estados Unidos) acabarán prevaleciendo sobre sus enemigos, pero a un coste terrible y sólo contando con la capacidad de nuestra sociedad para regenerarse. Por ello, la transformación de la sociedad (mediante la política cristiana de base) y la regeneración del yo (mediante una vida familiar pía) son tanto necesarias como complementarias.

¿Quiénes son los fundamentalistas estadounidenses contemporáneos? Clyde Wilcox proporciona algunos datos interesantes sobre las características demográficas de los evangélicos, comparados con el conjunto de la población, en 1988[65]. Teniendo en cuenta las características de los evangélicos doctrinales, parecería que tienen menor educación, son más pobres, más influyentes entre las amas de casa, residen con mayor frecuencia en el sur, son significativamente más religiosos y el cien por ciento de ellos considera que la Biblia es infalible (comparado con el 27% de la población en general). Según otras fuentes[66], la reciente expansión del fundamentalismo cristiano es particularmente vigorosa en los suburbios del nuevo sur y suroeste y de California del Sur, entre la clase media-baja y los trabajadores de servicios, emigrados recientes a los nuevos suburbios de las áreas metropolitanas en rápida expansión. Esto lleva a Lienesch a plantear la hipótesis de que quizás represente «la primera generación modernizada de emigrantes tradicionales recientes que mantienen los valores rurales en una sociedad urbana secular»[67]. Sin embargo, parece que los valores, creencias y posiciones políticas son más importantes que las características demográficas, ocupacionales o residenciales, para estimu-

[64] Citado por Lienesch, 1993, pág. 71.
[65] Wilcox, 1992.
[66] Citado por Lienesch, 1993.
[67] Lienesch, 1993, pág. 10.

lar el fundamentalismo cristiano. Tras revisar un conjunto considerable de datos disponibles sobre el tema, Wilcox concluye que «demuestran que las mejores predicciones del apoyo a la Derecha Cristiana son las identidades, las doctrinas, las conductas, las afiliaciones y las creencias políticas religiosas» [68]. El fundamentalismo no parece ser una racionalización de intereses de clase o de posicionamiento territorial. Más bien actúa sobre el proceso político en defensa de los valores morales cristianos [69]. Como la mayoría de los fundamentalismos en la historia, es un movimiento reactivo, que pretende construir una identidad social y personal basándose en imágenes del pasado y proyectándolas en un futuro utópico para superar los insoportables tiempos presentes.

Pero es una reacción ¿a qué? ¿Qué es insoportable? Dos parecen ser las fuentes más inmediatas del fundamentalismo cristiano: la amenaza de la globalización y la crisis del patriarcado.

Como escriben Misztal y Shupe, «la dinámica de la globalización ha promovido la dinámica del fundamentalismo de modo dialéctico» [70]. Lechner elabora más las razones de esta dialéctica:

> En el proceso de globalización, las sociedades han quedado institucionalizadas como hechos globales. Como organizaciones, operan en términos seculares; en sus relaciones, siguen reglas seculares; apenas ninguna tradición religiosa atribuye un significado transcendente a las sociedades mundanas en su forma presente [...] Para los parámetros de la mayoría de las tradiciones religiosas, el societalismo institucionalizado supone la idolatría. Pero ello significa que la vida dentro de la sociedad también se ha convertido en un desafío para la religión tradicional [...] Precisamente porque el orden social es un orden normativo institucionalizado, es plausible que surja cierta búsqueda de una base «última», de alguna realidad transcendente más allá de este mundo en relación con la cual éste pueda definirse con mayor claridad [71].

Además, mientras que la amenaza comunista proporcionó una base para que se estableciera la identificación entre los intereses del gobierno estadounidense, el cristianismo y los Estados Unidos como la nación elegida, el derrumbamiento de la Unión Soviética y el surgimiento de un nuevo orden global crearon una incertidumbre amenazadora sobre el control del destino de los Estados Unidos. Un tema recurrente del fundamentalismo cristiano estadounidense durante la década de los noventa es la oposición al control del país por un «gobierno mundial» que suplante al gobierno federal (al que considera cómplice de esta tendencia), promulgado por la ONU, el Fondo Mone-

---

[68] Wilcox, 1992, pág. 223.
[69] Jelen, 1991.
[70] Misztal y Shupe, 1992a, pág. 8.
[71] Lechner, 1991, págs. 276 y 277.

tario Internacional y la Organización Mundial de Comercio, entre otros organismos internacionales. En algunos escritos escatológicos, este nuevo «gobierno mundial» se asimila con el Anticristo, y sus símbolos, incluido el microchip, son la Marca de la Bestia que anuncia el «fin de los tiempos». La construcción de la identidad fundamentalista cristiana parece ser un intento de reafirmar el control sobre la vida y sobre el país, en respuesta directa a los procesos incontrolables de la globalización que cada vez se sienten más en la economía y los medios de comunicación.

No obstante, probablemente la fuente más importante del fundamentalismo cristiano en las décadas de los ochenta y los noventa sea la reacción contra el cuestionamiento del patriarcado, derivado de las revueltas de los años sesenta y expresado en los movimientos de mujeres, de lesbianas y de gays [72]. Además, la batalla no es sólo ideológica. La familia patriarcal estadounidense está sin duda en crisis, según todos los indicadores de divorcio, separación, violencia en la familia, hijos nacidos fuera del matrimonio, matrimonios aplazados, disminución de la maternidad, estilos de vida de soltería, parejas gays y lesbianas, y un rechazo extendido a la autoridad patriarcal (véase el capítulo 4). Existe una reacción obvia por parte de los hombres para defender sus privilegios, a los que conviene más la legitimidad divina, una vez que su papel menguante como los únicos ganadores del pan debilitara las bases materiales e ideológicas del patriarcado. Pero hay algo más, compartido por hombres, mujeres y niños. Un miedo profundamente asentado a lo desconocido, que se vuelve más amedrentador cuando tiene que ver con la base cotidiana de la vida personal. Incapaces de vivir bajo el patriarcado secular, pero aterrorizados por la soledad y la incertidumbre en una sociedad individualista y ferozmente competitiva, donde la familia, como mito y realidad, representaba el único paraíso seguro, muchos hombres, mujeres y niños rezan a Dios para que los vuelva al estado de inocencia en el que puedan contentarse con el patriarcado benevolente bajo las reglas divinas. Y al rezar juntos se hacen capaces de vivir juntos otra vez. Por ello, el fundamentalismo estadounidense está profundamente marcado por las características de su cultura, por su individualismo familiarista, por su pragmatismo y por la relación personalizada con Dios y con el designio de Dios, como una metodología para resolver los problemas personales en una vida cada vez más imprevisible e incontrolable. Como si el devoto fundamentalista fuera a recibir por la gracia de Dios la restauración del desaparecido modo de vida estadounidense, a cambio del compromiso por parte del pecador de arrepentirse y dar testimonio cristiano.

---

[72] Lamberts-Bendroth, 1993.

NACIONES Y NACIONALISMOS EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN: ¿COMUNIDADES IMAGINADAS O IMÁGENES COMUNALES?

Sólo cuando todos —todos— hayamos recuperado la memoria, podremos unos y otros dejar de ser nacionalistas.

Rubert de Ventós, *Nacionalismos*[73]

La era de la globalización es también la del resurgimiento nacionalista, expresado tanto en el desafío a los estados-nación establecidos, como en la extensa (re)construcción de la identidad atendiendo a la nacionalidad, siempre afirmada contra lo ajeno. Esta tendencia histórica ha sorprendido a algunos observadores, después de que se hubiera declarado la defunción del nacionalismo de una muerte triple: la globalización de la economía y la internacionalización de las instituciones políticas; el universalismo de una cultura en buena parte compartida, difundida por los medios de comunicación electrónicos, la educación, la alfabetización, la urbanización y la modernización; y el asalto teórico al concepto mismo de naciones, declaradas «comunidades imaginadas»[74] en las versiones tibias de la teoría antinacionalista o incluso «invenciones históricas arbitrarias» en la enérgica formulación de Gellner[75], que surgen de un movimiento nacionalista dominado por la elite en su camino para construir el estado-nación moderno. En efecto, para Gellner, «los nacionalismos son simplemente aquellos tribalismos o, a este respecto, cualquier otro tipo de grupo, que mediante suerte, esfuerzo o circunstancia, logran convertirse en una fuerza efectiva en las circunstancias modernas»[76]. Lograrlo significa, tanto para Gellner como para Hobsbawm[77], la construcción de un estado-nación moderno y soberano. Por lo tanto, en este planteamiento, los movimientos nacionalistas, como racionalizadores de los intereses de una cierta elite, inventan una identidad nacionalista que, si tiene éxito, es conservada por el estado-nación y luego difundida mediante la propaganda entre sus súbditos, hasta el punto de que los «nacionales» estarán dispuestos a morir por sus naciones. Hobsbawm acepta las pruebas históricas del nacionalismo que surgió de abajo arriba (al compartir atributos lingüísticos, territoriales, étnicos, religiosos y políticos históricos), pero lo denomina «protonacionalismo», puesto que sólo cuando se constituye el estado-nación, adquieren existencia las naciones y el nacionalismo, ya sea como expresión de este estado-nación o como un desafío a él en nombre de un futuro estado. Ahora bien, la explosión de los nacionalismos en este fin de milenio, en estrecha relación con el debilitamiento de los esta-

---

[73] Rubert de Ventós, 1994, pág. 241.
[74] Anderson, 1983.
[75] Gellner, 1983, pág. 56.
[76] Gellner, 1983, pág. 87.
[77] Hobsbawm, 1992.

dos-nación existentes, no encaja bien en este modelo teórico que asimila naciones y nacionalismos al surgimiento y la consolidación del estado-nación moderno tras la Revolución francesa, que funcionó en gran parte del mundo como modelo para su fundación. No importa. Para Hobsbawn, este resurgimiento aparente es, en realidad, el producto histórico de los problemas nacionales no resueltos, creados en la reestructuración territorial de Europa entre 1918 y 1921 [78]. Sin embargo, como escribe David Hooson en su prólogo a la investigación global que editó sobre *Geography and National Identity*:

La última mitad del siglo XX pasará a la historia como una nueva era de multiplicación de nacionalismos desenfrenados de una naturaleza más duradera que las terribles tiranías ya desaparecidas que también han caracterizado nuestro siglo [...] El impulso de expresar la identidad propia y de hacerla reconocer tangiblemente por los otros cada vez es más contagioso y ha de reconocerse como una fuerza elemental hasta en el mundo encogido de alta tecnología, aparentemente homogeneizante, de finales del siglo XX [79].

Y, como Eley y Suny escriben en el prólogo a su importante antología, *Becoming National*:

¿El acento en la subjetividad y la conciencia elimina toda base «objetiva» para la existencia de la nacionalidad? Sin duda, un planteamiento tan radicalmente subjetivista sería absurdo. Los nacionalismos con mayor éxito presuponen cierta comunidad de territorio, lengua o cultura anterior, que proporciona la materia prima para el proyecto intelectual de la nacionalidad. No obstante, no debemos «naturalizar» esas comunidades anteriores como si siempre hubieran existido de algún modo esencial o simplemente hubieran prefigurado una historia aún por llegar [...] La cultura es, con mayor frecuencia, no lo que la gente comparte, sino aquello por lo que elige combatir [80].

En mi opinión, la incongruencia entre cierta teoría social y la práctica contemporánea proviene del hecho de que el nacionalismo, y las naciones, tienen vida propia, independiente de la condición de estado, si bien incorporada en construcciones culturales y proyectos políticos. Pese a lo atractiva que pueda resultar la influyente noción de «comunidades imaginadas» es obvia o inadecuada desde el punto de vista empírico. Obvia para un científico social si quiere decir que todo sentimiento de pertenencia, todo culto a los iconos, se construye desde la cultura. Las naciones no serían una excepción a esto. La oposición entre comunidades «reales» e «imaginadas» es de escaso uso analítico más allá del laudable esfuerzo de desmitificar las ideologías del nacionalismo esencialista *à la Michelet*.

[78] Hobsbawm, 1992, págs. 173-202.
[79] Hooson, 1994b, págs. 2 y 3.
[80] Eley y Suny, 1996, pág. 9.

Pero si el significado de la afirmación es, como resulta explícito en la teoría de Gellner, que las naciones son puros artefactos ideológicos, construidos mediante la manipulación arbitraria de mitos históricos por parte de los intelectuales para el interés de las elites social y económica, entonces los datos históricos parecen desmentir un deconstruccionismo tan excesivo [81]. Sin duda, la etnicidad, la religión, la lengua, el territorio, *per se*, no son suficientes para construir naciones e inducir el nacionalismo. Sí lo es la experiencia compartida: tanto los Estados Unidos como Japón son países con una fuerte identidad nacional y la mayoría de sus ciudadanos nacionales experimentan y expresan fuertes sentimientos patrióticos. No obstante, Japón es una de las naciones más homogéneas desde el punto de vista étnico de la tierra, mientras que los Estados Unidos es una de las más heterogéneas. Pero en ambos casos, existe una historia y un proyecto compartidos y sus narrativas históricas se construyeron sobre una experiencia social, étnica, territorial y de género diversificada, pero común a la gente de cada país por muchas razones. Otras naciones y nacionalismos no alcanzaron la condición de estados-nación modernos (por ejemplo, Escocia, Cataluña, Quebec, Kurdistán, Palestina) y sin embargo muestran, y algunos lo han hecho durante varios siglos, una fuerte identidad cultural/territorial que se expresa como un carácter nacional.

Así pues, cuando se investiga el nacionalismo contemporáneo, deben destacarse cuatro puntos analíticos principales con referencia a las teorías sociales del nacionalismo. Primero, el nacionalismo contemporáneo puede, o no, orientarse hacia la construcción de un estado-nación soberano y, por lo tanto, las naciones son, desde el punto de vista histórico y analítico, entidades independientes del estado [82]. Segundo, las naciones y los estados-naciones no están históricamente limitados al estado-nación moderno constituido en Europa en los doscientos años posteriores a la Revolución francesa. La experiencia política actual parece rechazar la idea de que el nacionalismo se vincule exclusivamente al periodo de formación del estado-nación moderno, con su clímax en el siglo XIX, repetido en el proceso de descolonización de mediados del siglo XX por la importación del estado-nación occidental al Tercer Mundo [83]. Afirmar tal cosa, como se ha puesto de moda, es simple eurocentrismo, como sostiene Chatterjee [84]. Panarin afirma:

El malentendido del siglo fue la confusión de la autodeterminación de los pueblos con la autodeterminación de la nación. La transferencia mecánica de ciertos prin-

---

[81] Moser, 1985; Smith, 1986; Johnston *et al.,* 1988; Touraine, 1988; Pérez-Argote, 1989; Chatterjee, 1993; Blas Guerrero, 1994; Hooson, 1994b; Rubert de Ventós, 1994; Eley y Suny, 1996.

[82] Keating, 1995.

[83] Badie, 1992.

[84] Chatterjee, 1993.

cipios de Europa Occidental al suelo de culturas no europeas con frecuencia generó monstruos. Uno de esos monstruos fue el concepto de soberanía nacional trasplantado a suelo no europeo [...] El sincretismo del concepto de nación en el léxico político de Europa impide a los europeos hacer diferenciaciones extremadamente importantes referentes a la «soberanía del pueblo», la «soberanía nacional» y los «derechos de una etnia»[85].

En efecto, el análisis de Panarin queda justificado por el desarrollo de los movimientos nacionalistas en muchas zonas del mundo, que siguen una amplia variedad de orientaciones culturales y proyectos políticos hacia el fin del siglo XX.

Tercero, el nacionalismo no es necesariamente un fenómeno de elite y, de hecho, el actual suele ser una reacción contra las elites globales. Sin duda, como en el caso de todos los movimientos sociales, los dirigentes tienden a tener más educación y conocimientos (especialmente de informática en nuestro tiempo) que las masas populares que se movilizan en torno a los objetivos nacionalistas, pero ello no reduce el atractivo y significado del nacionalismo a la manipulación de las masas por parte de las elites en su interés propio. Como escribe Smith con obvio pesar:

Mediante una comunidad de historia y destino, pueden mantenerse vivos los recuerdos y las acciones conservan su gloria. Porque sólo en la cadena de las generaciones de aquellos que comparten un lazo histórico y cuasi familiar pueden los individuos esperar lograr un sentimiento de inmortalidad en épocas de horizontes puramente terrenales. En este sentido, la formación de las naciones y el surgimiento de los nacionalismos étnicos parece más probable que responda a la institucionalización de la «religión sustituida» que a una ideología política y, por lo tanto, será mucho más durable y potente de lo que nos interesa admitir[86].

Cuarto, debido a que el nacionalismo contemporáneo es más reactivo que proactivo, tiende a ser más cultural que político y, por ello, se orienta más hacia la defensa de una cultura ya institucionalizada que hacia la construcción o defensa de un estado. Cuando se crean, o recrean, nuevas instituciones políticas, son trincheras defensivas de la identidad, más que plataformas de lanzamiento de la soberanía política. Por ello, pienso que un punto teórico de partida muy apropiado para comprender el nacionalismo contemporáneo es el análisis realizado por Kosaku Yoshino del nacionalismo cultural en Japón:

El nacionalismo cultural pretende regenerar la comunidad nacional mediante la creación, conservación o fortalecimiento de una identidad cultural del pueblo

[85] Panarin, 1994/1996, pág. 37.
[86] Smith, 1989/1996, pág. 125.

cuando se siente que falta o está amenazada. El nacionalismo cultural considera a la nación un producto de su historia y cultura únicas, y como una solidaridad colectiva dotada de atributos únicos. En pocas palabras, al nacionalismo cultural le preocupa el carácter distintivo de la comunidad cultural como la esencia de la nación [87].

Así pues, el nacionalismo se construye por la acción y reacción social, tanto por parte de las elites como de las masas, como sostiene Hobsbawn, contradiciendo la importancia otorgada por Gellner a la «cultura elevada» como el origen exclusivo del nacionalismo. Pero, contra la opinión de Hobsbawn o Anderson, el nacionalismo, como fuente de identidad, no puede reducirse a un periodo histórico particular y a las operaciones del estado-nación moderno. Reducir las naciones y nacionalismos al proceso de construcción del estado-nación hace imposible explicar el ascenso simultáneo del nacionalismo y el declive del estado moderno.

Rubert de Ventós, en una versión depurada y puesta al día de la perspectiva clásica de Deutsch [88], ha sugerido una teoría más compleja que contempla el surgimiento de la identidad nacional mediante la interacción histórica de cuatro series de factores: *factores primarios*, como la etnicidad, el territorio, la lengua, la religión, y cosas semejantes; *factores generativos*, como el desarrollo de las comunicaciones y la tecnología, la formación de las ciudades, el surgimiento de ejércitos modernos y monarquías centralizadas; *factores inducidos*, como la codificación del lenguaje en gramáticas oficiales, la expansión de las burocracias y el establecimiento de un sistema de educación nacional; y *factores reactivos*, es decir, la defensa de las identidades oprimidas y los intereses sometidos por un grupo social dominante o un aparato institucional, desencadenando la búsqueda de identidades alternativas en la memoria colectiva del pueblo [89]. Qué factores desempeñan los diversos papeles en la formación de cada nacionalismo y de cada nación depende de los contextos históricos, de los materiales que tiene a su disposición la memoria colectiva y de la interacción de las estrategias de poder en conflicto. Así pues, el nacionalismo se construye cultural y políticamente, pero lo que importa realmente, tanto desde la perspectiva teórica como desde la práctica, es, lo mismo que en todas las identidades, cómo, a partir de qué, por quién y para qué se construye.

En este *fin de siècle*, la explosión de los nacionalismos, algunos de ellos deconstruyendo estados multinacionales, otros construyendo entidades plurinacionales, no está asociada con la formación de los estados modernos clásicos y soberanos. Más bien el nacionalismo parece ser una im-

---

[87] Yoshino, 1992, pág. 1.
[88] Deutsch, 1953; Rubert de Ventós, 1994.
[89] Rubert de Ventós, 1994, págs. 139-200.

portante fuerza que subyace en la constitución de cuasi-estados; es decir, entidades políticas que comparten la soberanía, ya sea en el federalismo avanzado (como en la (re)constitución canadiense en proceso, o en la «nación de nacionalidades» proclamada en la Constitución española de 1978, y ampliamente extendida en su práctica en la década de los noventa); o el multilateralismo internacional (como en la Unión Europea o en la renegociación de la Comunidad de Estados Independientes de las repúblicas ex soviéticas). Los estados-nación centralizados, que se resisten a esta tendencia de movimientos nacionalistas en búsqueda de un carácter casi estatal como una nueva realidad histórica (por ejemplo, Indonesia, Nigeria, Sri Lanka e incluso India), pueden caer víctimas de este error mortal de asimilar la nación al estado, como descubrió un estado tan fuerte como Pakistán tras la secesión de Bangladesh.

Para explorar la complejidad de la (re)construcción de la identidad nacional en nuestro nuevo contexto histórico, me extenderé brevemente sobre dos casos que representan los dos polos de la dialéctica que propongo como característica de este periodo: la deconstrucción de un estado multinacional centralizado, la antigua Unión Soviética, y la formación siguiente de lo que considero que son cuasi-estados-nación; y el surgimiento del cuasi-estado nacional en Cataluña a través del doble movimiento de federalismo en España y de confederalismo en la Unión Europea. Tras ilustrar el análisis con estos dos casos específicos, ofreceré algunas sugerencias sobre las nuevas vías históricas del nacionalismo como fuente renovada de identidad colectiva.

Las naciones contra el estado: la desintegración de la Unión Soviética y la Comunidad de Estados Imposibles (Sojuz Nevozmoznij Gosudarstv)

El pueblo ruso de las ciudades y las aldeas, bestia medio salvaje, estúpido, casi aterrador, morirá para hacer sitio a una nueva raza humana.

Maxim Gorki, «Sobre el campesinado ruso» [90]

La revuelta de las naciones constituyentes contra el estado soviético fue un factor importante, si bien no el único, en el sorprendente derrumbamiento de la Unión Soviética, como sostienen Helene Carrere d'Encausse y Ronald Grigor Suny [91], entre otros estudiosos. Voy a analizar (en el volumen III) el complejo entrelazamiento de elementos económicos, tecnológicos, políticos y de identidad nacional que, *juntos*, explican uno de los acontecimientos más extraordinarios de la historia, ya que la Revo-

---

[90] 1992, en *SSR vnutrennie protivorechiia*, Tchalidze Publications, 1987, pág. 128, según cita de Carrere d'Encausse, 1993, pág. 173.

[91] Carrere d'Encausse, 1993; Suny, 1993.

lución rusa ha abierto y cerrado el espacio político del siglo XX. No obstante, al exponer la formación de la identidad nacional y sus nuevos contornos en la década de los noventa, es esencial referirse a la experiencia soviética y sus secuelas, porque es un terreno privilegiado para observar la interacción de las naciones y el estado, dos entidades que, en mi opinión, son distintas histórica y analíticamente. En efecto, la revuelta nacionalista contra la Unión Soviética fue particularmente significativa porque era uno de los pocos estados modernos construido de forma explícita como un estado plurinacional, con nacionalidades afirmadas tanto para los individuos (cada ciudadano soviético tenía adjudicada la nacionalidad escrita en su pasaporte) como en la administración territorial de la Unión Soviética. El estado soviético estaba organizado en un complejo sistema de 15 repúblicas federales, a las que se sumaban repúblicas autónomas dentro de las repúblicas federales, territorios (*krai*) y distritos autóctonos autónomos (*okrag*), comprendiendo además cada república varias provincias (*oblasti*). Cada república federal, así como las repúblicas autónomas dentro de ellas, se basaba en un principio de nacionalidad territorial. Esta construcción institucional no era una simple ficción. Ciertamente, se reprimieron con rudeza las expresiones de los nacionalistas autónomos que contradecían la voluntad del Partido Comunista Soviético, sobre todo durante el periodo estalinista, y millones de ucranianos, estonios, letones, lituanos, alemanes del Volga, tártaros de Crimea, chechenos, meshchers, inguches, balcarios, karachái y kalmikos fueron deportados a Siberia y Asia Central para impedir su colaboración con los invasores alemanes o con otros enemigos potenciales, o simplemente para despejar la tierra para proyectos estratégicos del estado. Pero también lo fueron millones de rusos por diversas razones, con frecuencia designados al azar. No obstante, la realidad de los gobiernos basados en la nacionalidad fue más allá de los nombramientos simbólicos de las elites nacionales para los puestos dirigentes en el gobierno de las repúblicas [92]. Las políticas indigenistas (*korenizatsiya*) fueron apoyadas por Lenin y Stalin hasta la década de 1930 y renovadas en la de 1960. Fomentaron las lenguas y costumbres autóctonas, aplicaron programas de «acción positiva», favorecieron el reclutamiento y la promoción de nacionalidades no rusas dentro del estado y de los aparatos del partido de las repúblicas, así como en las instituciones educativas, y fomentaron el desarrollo de elites culturales nacionales, naturalmente con la condición de subordinarse al poder soviético. Como Suny escribe:

Hasta qué punto los largos y difíciles años de gobierno del Partido Comunista continuaron realmente la «creación de naciones» del periodo prerrevolucionario es algo que está perdido en la vigorosa retórica nacionalista [...] Ello aumentó la

---

[92] Slezkine, 1994.

solidaridad étnica y la conciencia nacional en las repúblicas no rusas, aun cuando frustró la plena articulación de una planificación nacional al requerir la conformidad a un orden político impuesto[93].

Las razones de esta aparente apertura a la autodeterminación nacional (encarnada en la Constitución soviética en el derecho de las repúblicas a separarse de la Unión) subyacen en la historia y la estrategia del estado soviético[94]. El federalismo plurinacional soviético fue el resultado de un compromiso que siguió a los intensos debates políticos e ideológicos mantenidos durante el periodo revolucionario. Originalmente, la posición bolchevique, en línea con el pensamiento marxista clásico, negó la importancia de la nacionalidad como criterio significativo para construir el nuevo estado: el internacionalismo proletario se ideó para sustituir las diferencias «artificiales» o «secundarias» entre las clases obreras, manipuladas en sus sangrientas confrontaciones interétnicas por los intereses imperialistas, como mostró la Primera Guerra Mundial. Pero en enero de 1918, la urgencia de encontrar alianzas militares en la guerra civil y en la resistencia contra la invasión extranjera, convenció a Lenin de la necesidad de lograr el apoyo de las fuerzas nacionalistas de fuera de Rusia, sobre todo de Ucrania, tras observar la vitalidad de la conciencia nacional. El Tercer Congreso Panruso de los Soviets adoptó la «Declaración de los Derechos de los Pueblos Obreros y Explotados», transformando las ruinas del imperio ruso en la «unión fraternal de Repúblicas Soviéticas de Rusia que se reunían libremente de forma interna». A esta «federalización interna» de Rusia los bolcheviques añadieron, en abril, la petición de una «federalización externa» de otras naciones, nombrando explícitamente a los pueblos de Polonia, Ucrania, Crimea, Transcaucasia, Turquestán, Kirguizistán «y otros»[95]. El debate crítico versó sobre el principio bajo el cual se reconocería la identidad nacional en el nuevo estado federal. Los partidarios de la confederación y otras tendencias socialistas querían que las culturas nacionales se reconocieran en toda la estructura del estado, sin distinguirlas territorialmente, ya que el fin de la revolución era, precisamente, transcender las ancestrales ataduras de la etnicidad y el territorio en nombre del nuevo socialismo universalista basado en la clase. A este planteamiento, Lenin y Stalin opusieron el principio de la territorialidad como la base del carácter de nación. El resultado fue la estructura nacional de múltiples capas del estado soviético: la identidad nacional se reconoció en las instituciones de gobierno. Sin embargo, en aplicación del principio del centralismo democrático, esta diversidad de súbditos territoriales estaría bajo el control de los aparatos dominantes

---

93 Suny, 1993, págs. 101, 130.
94 Pipes, 1954; Conquest, 1967; Carrere d'Encausse, 1987; Suny, 1993; Slezkine, 1994.
95 Singh, 1982, pág. 61.

del Partido Comunista Soviético y del estado soviético. De este modo, la Unión Soviética se construyó en torno a una identidad doble: por una parte, las identidades étnicas/nacionales (incluida la rusa); por la otra, la identidad soviética como el cimiento de la nueva sociedad: *sovetskii narod* (el pueblo soviético) sería la nueva identidad cultural que habría de lograrse en el horizonte histórico de la construcción comunista.

También hubo razones estratégicas en esta conversión de los internacionalistas proletarios en nacionalistas territoriales. A. M. Salmin ha propuesto un interesante modelo para interpretar la estrategia leninista-stalinista que subyace en el federalismo soviético[96]. La Unión Soviética era un sistema institucional centralizado, pero flexible, cuya estructura debía permanecer abierta y adaptable a recibir a nuevos países como miembros de la Unión, a medida que la causa del comunismo avanzara por todo el mundo. Se diseñaron cinco círculos concéntricos que al mismo tiempo constituirían zonas de seguridad y olas de expansión del estado soviético como vanguardia de la revolución. La primera fue Rusia y sus repúblicas satélites, organizada en la RSFSR. Paradójicamente, Rusia, y la Federación Rusa, fue la única república sin un partido comunista autónomo, sin presidente del Soviet Supremo republicano y con el menor desarrollo de las instituciones republicanas: fue el dominio exclusivo del Partido Comunista Soviético. Para hacer más seguro este bastión, Rusia no tenía fronteras terrestres con el mundo capitalista potencialmente agresor. Así pues, en torno a ella se organizaron repúblicas soviéticas en los límites distantes de la Unión Soviética, de modo que a la larga protegieran, a la vez, el poder soviético y su independencia nacional. Éste es el motivo por el que algunas zonas con base étnica, como Azerbaiyán, se convirtieron en repúblicas soviéticas, pues eran frontera con el mundo exterior, mientras que otras, con una composición étnica igualmente característica, como Chechenia, se mantuvieron en la Federación Rusa, ya que geográficamente estaban más cerca del núcleo. El tercer anillo de la geopolítica soviética lo constituyeron las democracias del pueblo bajo el poder militar soviético: éste fue en principio el caso de Jorezm, Bujara, Mongolia y Tanu-Tura, y se convirtió en el precedente para la incorporación de Europa Oriental después de la Segunda Guerra Mundial. El cuarto círculo lo formarían los países socialistas distantes, como, años más tarde, Cuba, Corea del Norte o Vietnam. China nunca se consideró parte de esta categoría debido a la profunda desconfianza de la futura potencia. Por último, los gobiernos progresistas aliados y los movimientos revolucionarios de todo el mundo constituían el quinto círculo y su potencialidad dependería de que fueran capaces de mantener el equilibrio entre su internacionalismo (esto es, su postura pro soviética) y su representatividad nacional. Esta tensión constante entre el universalismo de la clase obrera de la utopía comunista y

[96] Salmin, 1992.

los intereses geopolíticos basados en las identidades étnicas/nacionales de los aliados potenciales fue la que determinó la esquizofrenia de la política soviética hacia la cuestión nacional.

El resultado de estas contradicciones a lo largo de toda la atormentada historia de la Unión Soviética fue una unión incoherente de retazos de pueblos, nacionalidades e instituciones estatales [97]. Las más de cien nacionalidades y grupos étnicos de la Unión soviética se dispersaron a lo largo de su inmensa geografía, siguiendo estrategias geopolíticas, castigos y recompensas colectivos, y caprichos individuales. De este modo, Nagorno-Karabaj, poblada por armenios, fue incluida por Stalin en Azerbaiyán para complacer a Turquía, poniendo a sus enemigos ancestrales bajo el control azerí (los azeríes son un pueblo turco); los alemanes del Volga acabaron en Kazajstán, en cuyos territorios septentrionales son ahora la fuerza económica impulsora, respaldados por subsidios germanos para mantenerlos fuera de Alemania; los asentamientos cosacos proliferaron en Siberia y el Lejano Oriente; los osetos se dividieron entre Rusia (norte) y Georgia (sur), mientras que los inguches se distribuyeron entre Chechenia, Osetia Septentrional y Georgia; Crimea, tomada por Rusia a los tártaros en 1783, y desde donde estos últimos fueron deportados por Stalin durante la Segunda Guerra Mundial, fue transferida por Jruschov (que era ucraniano) a Ucrania en 1954 para conmemorar los 300 años de amistad ruso-ucraniana, según se cuenta, después de una noche de borrachera. Además, se enviaron rusos a todo el territorio de la Unión Soviética, por lo general como trabajadores cualificados o pioneros voluntarios, a veces como gobernantes y otras como exiliados. Así pues, cuando se desintegró ésta, el principio de la nacionalidad territorial atrapó en las nuevas repúblicas independientes a decenas de millones de repentinos «nacionales extranjeros». El problema parece ser particularmente agudo para los 25 millones de rusos que viven fuera de las nuevas fronteras rusas.

Una de las mayores paradojas del federalismo soviético es que Rusia fue probablemente la nacionalidad más discriminada. La Federación Rusa tuvo mucha menor autonomía política del estado central soviético que cualquier otra república. Los análisis realizados por los economistas regionales demostraron que, en términos generales, hubo una transferencia neta de riqueza, recursos y formación de Rusia al resto de las repúblicas (Siberia, que es la zona más rusa desde el punto de vista étnico de la Federación Rusa, fue la fuente fundamental de las exportaciones y, por lo tanto, de divisas para la Unión Soviética) [98]. En cuanto a la identidad nacional, fueron la historia, la religión y la identidad tradicional rusas las que se convirtieron en el blanco principal de la represión cultural sovié-

---

[97] Kozlov, 1988; Suny, 1993; Slezkine, 1994.

[98] Granberg y Spehl, 1989; Granberg, 1993.

tica, como documentaron en la década de 1980 escritores e intelectuales rusos como Lijachev, Belov, Astafiev, Rasputín, Solujin o Zalygin[99]. Después de todo, la nueva identidad soviética había de construirse sobre las ruinas de la identidad histórica rusa, con algunas excepciones tácticas durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Stalin necesitó movilizar todo contra los alemanes, incluida la memoria de Alexander Nevsky. Así pues, aunque hubo en efecto una política de rusificación de la cultura por toda la Unión Soviética (de hecho, contradictoria con la tendencia paralela de *korenizatsiya*) y los rusos étnicos tomaron el control del partido, el ejército y la KGB (aunque Stalin era georgiano y Jruschov, ucraniano), la identidad rusa como identidad nacional fue reprimida en mucho mayor grado que el resto de las nacionalidades, alguna de las cuales revivieron simbólicamente en virtud del federalismo plurinacional.

Esta constitución paradójica del estado soviético se expresó en la revuelta contra la Unión Soviética, utilizando el respiro proporcionado por la *glasnost* de Gorbachov. Las repúblicas bálticas, anexionadas a la fuerza en 1940 desafiando el derecho internacional, fueron las primeras en reclamar su derecho a la autodeterminación. Pero las siguió de cerca un fuerte movimiento nacionalista ruso que, de hecho, fue la fuerza movilizadora más vigorosa contra el estado soviético. Fue la fusión de la lucha por la democracia y la recuperación de la identidad nacional rusa bajo el liderazgo de Yeltsin en 1989-1991 la que creó las condiciones para la desaparición del comunismo soviético y la desintegración de la Unión Soviética[100]. En efecto, las primeras elecciones democráticas del jefe del estado en la historia rusa, con el triunfo de Yeltsin el 12 de junio de 1991, marcaron el comienzo de la nueva Rusia y, con ello, el fin de la Unión Soviética. La bandera tradicional rusa encabezó la resistencia al golpe comunista en agosto de 1991. Y fue la estrategia de Yeltsin de desmantelar el estado soviético, mediante la concentración del poder y los recursos en las instituciones republicanas, la que condujo al acuerdo con otras repúblicas, en primer lugar con Ucrania y Bielorrusia, en diciembre de 1991, para poner fin a la Unión Soviética y transformar a las ex repúblicas soviéticas en estados soberanos, confederados de forma flexible en la Comunidad de Estados Independientes (*Sojuz Nezavisimyj Gosudarstv*). El asalto al estado soviético no fue dirigido sólo por los movimientos nacionalistas: se enlazó con las demandas de los demócratas y con los intereses de las elites políticas de diversas repúblicas, labrando un espacio propio entre las ruinas de un imperio que se desmoronaba. Pero tomó una forma nacionalista y recibió el apoyo popular en nombre de la nación. Lo que interesa destacar es que el nacionalismo fue mucho menos activo en las repúblicas con etnias más

[99] Carrere d'Encausse, 1993, cap. 9.
[100] Castells, 1992b; Carrere d'Encausse, 1993.

distintivas (por ejemplo, en Asia Central) que en los estados bálticos y Rusia [101].

Los primeros años de existencia de este nuevo conglomerado de estados independientes revelaron la fragilidad de su construcción, así como el carácter duradero de las nacionalidades con base histórica de un lado a otro de las fronteras heredadas de la desintegración de la Unión Soviética [102]. La guerra de Chechenia se convirtió en el problema más espinoso de Rusia. Las repúblicas bálticas practicaron la discriminación contra su población rusa, induciendo nuevos conflictos interétnicos. Ucrania contempló la revuelta pacífica de la mayoría rusa en Crimea contra el gobierno ucraniano y continuó experimentando la tensión entre el fuerte sentimiento nacionalista de Ucrania occidental y los sentimientos paneslávicos de la oriental. Moldavia se desgarró entre su identidad histórica rumana y el carácter ruso de su población oriental, que trató de crear la República de Dniester. Georgia explotó en una sangrienta confrontación entre sus múltiples nacionalidades (georgianos, abjazos, armenios, osetos, adjaros, meshchers, rusos). Azerbaiyán continuó luchando intermitentemente contra los armenios en Bakú y Nagorno-Karabaj. Y las repúblicas musulmanas de Asia Central se vieron desgarradas entre sus lazos históricos con Rusia y la perspectiva de unirse al torbellino fundamentalista islámico que se extendía desde Irán y Afganistán. Como resultado, Tayikistán sufrió una guerra civil a gran escala y otras repúblicas islamizaron sus instituciones y educación para integrar el islamismo radical antes de que fuera demasiado tarde. Así pues, los datos históricos parecen mostrar que el reconocimiento artificial e indiferente de la cuestión nacional por parte del marxismo-leninismo no sólo no resolvió los conflictos históricos, sino que en realidad los hizo más virulentos [103]. Varios temas clave de importancia teórica que se reflejan en este extraordinario episodio y sus secuelas en la década de los noventa merecen un comentario.

En primer lugar, uno de los estados más poderosos en la historia de la humanidad no fue capaz, tras setenta y cuatro años, de crear una nueva identidad nacional. *Sovestskii narod* no era un mito, a pesar de lo que dice Carrere d'Encausse [104]. Tuvo cierta realidad en las mentes y vidas de las generaciones nacidas en la Unión Soviética, en la realidad de la gente que formó familias con miembros de otras nacionalidades y que vivió y trabajó a lo largo de todo el territorio soviético. La resistencia al inexorable poderío nazi reunió a los pueblos en torno a la bandera soviética. Una vez que remitió el terror estalinista, a finales de los años cincuenta, y cuando las condiciones materiales mejoraron, en los años sesenta, se de-

---

[101] Carrere d'Encausse, 1993; Starovoytova, 1994.
[102] Hooson, 1994b; Lyday, 1994; Stebelsky, 1994; Jazanov, 1995.
[103] Twinning, 1993; Panarin, 1994; Jazanov, 1995
[104] Carrere d'Encausse, 1993, pág. 234.

sarrolló un cierto orgullo por formar parte de una nación superpoderosa. Y, pese al cinismo y repliegue generalizados, la ideología de la igualdad y la solidaridad humana echó raíces en la ciudadanía soviética, de modo que, en general, comenzó a surgir una nueva identidad soviética. Sin embargo, era tan frágil y dependía tanto de la falta de información sobre la situación real del país y del mundo, que no resistió los golpes del estancamiento económico y del conocimiento de la verdad. En la década de los ochenta, los rusos que se atrevían a proclamarse «ciudadanos soviéticos» eran ridiculizados como *sovoks* por sus compatriotas. Aunque *sovetskii narod* no era un proyecto de identidad abocado necesariamente al fracaso, se desintegró antes de que pudiera asentarse en las mentes y las vidas de la gente de la Unión Soviética. De este modo, la experiencia soviética desdice la teoría según la cual el estado puede construir la identidad nacional por sí mismo. El estado más poderoso, utilizando el aparato ideológico más ubicuo de la historia durante más de siete décadas, fracasó en su intento de recombinar los materiales históricos y los mitos proyectados para crear una nueva identidad. Pueden imaginarse comunidades, pero no necesariamente creerse.

En segundo lugar, el reconocimiento formal de las identidades nacionales en la administración territorial del estado soviético, así como las políticas de «indigenización», no lograron integrar estas nacionalidades en el sistema soviético, con una excepción significativa: las repúblicas musulmanas de Asia Central, precisamente aquellas que se distinguían más de la cultura eslava dominante. Estas repúblicas dependían tanto del poder central para su supervivencia cotidiana que sólo en los últimos momentos de la desintegración de la Unión Soviética sus elites se atrevieron a encabezar el movimiento de independencia. En el resto de la Unión Soviética, las identidades nacionales no pudieron encontrarse expresadas en las instituciones artificialmente construidas del federalismo soviético. Viene al caso lo ocurrido con Georgia, un rompecabezas multiétnico que se construyó basándose en un reino histórico. Los georgianos representan en torno al 70% de los cinco millones y medio de población. En general, pertenecían a la Iglesia Ortodoxa de Georgia. Pero tenían que coexistir con los osetos, en su mayoría ortodoxos rusos, cuya población se divide entre la República Autónoma de Osetia Septentrional (en Rusia) y el Oblast Autónomo de Osetia Meridional (en Georgia). En el extremo noroccidental de Georgia, estaban los abjazos, un pueblo turco musulmán suní, que alcanza sólo en torno a las 80.000 personas, pero que constituían el 17% de la República Socialista Autónoma de Abjasia, creada dentro de Georgia como un contrapunto al nacionalismo georgiano. Y se logró: en la década de los noventa, los abjazos, con el apoyo de Rusia, lucharon para conseguir la cuasi independencia de su territorio, pese a ser una minoría de la población. La segunda república autónoma de Georgia, Adjaria, también es musulmana suní, pero georgianos desde el punto de vista

étnico, con lo que apoyan a Georgia mientras buscan su autonomía. Los inguches musulmanes están en conflicto con los osetos en las zonas fronterizas entre Georgia, Osetia y Chechenia-Inguchetia. Además, los turcos meshchers, deportados por Stalin, están volviendo a Georgia, y Turquía ha expresado su disposición para protegerlos, provocando la desconfianza de la población armenia de Georgia. El resultado neto de esta historia de enmarañamiento territorial fue que, en 1990-1991, cuando Gamsajurdia encabezó un movimiento nacionalista radical georgiano y proclamó la independencia sin considerar los intereses de las minorías nacionales y sin respetar las libertades civiles, desencadenó una guerra civil (en la que murió), tanto entre sus fuerzas y los demócratas georgianos, como entre las fuerzas georgianas, abjazas y osetas. La intervención de Rusia y el papel pacificador de Shevardnadze, elegido presidente en 1991 como último recurso para salvar al país, llevó a la región una paz inestable, sólo para contemplar cómo la vecina Chechenia explotaba en una atroz y debilitadora guerra de guerrillas. Así pues, el fracaso en la integración de las identidades nacionales en la Unión Soviética no provino de su reconocimiento, sino del hecho de que su institucionalización artificial, al seguir una lógica burocrática y geopolítica, no prestó atención a la identidad histórica y cultural/religiosa real de cada comunidad nacional y su especificidad geográfica. Ello autoriza a Suny a hablar de «la venganza del pasado» [105] o a David Hooson a escribir:

> La cuestión de la identidad es claramente la más insistente que ha salido a la superficie tras la larga congelación [de la antigua Unión Soviética]. Pero no basta con tratarlo como un asunto puramente étnico o cultural. Implica una rebúsqueda de las regiones reales de las culturas, economías y entornos que significan algo (o, en algunos casos, todo) para los pueblos que las habitan. El proceso de cristalización de estas regiones, más allá de las fronteras francas e imperfectas de las «repúblicas» actuales, promete ser largo y doloroso, pero inevitable y en última instancia acertado [106].

En tercer lugar, el vacío ideológico creado por el fracaso del marxismo-leninismo para adoctrinar realmente a las masas fue reemplazado, en los años ochenta, cuando el pueblo fue capaz de expresarse, por la única fuente de identidad que se conservaba en la memoria colectiva: la *identidad nacional*. Por ello, la mayoría de las movilizaciones antisoviéticas, incluidos los movimientos democráticos, se llevaron a cabo bajo las respectivas banderas nacionales. Es cierto, como se ha sostenido, y yo he sostenido, que las elites políticas de Rusia y las repúblicas federales utilizaron el nacionalismo como la última arma contra la ideología comunista en declive, para debilitar al estado soviético y tomar el poder en las insti-

[105] Suny, 1993.
[106] Hooson, 1994a, pág. 140.

tuciones de cada república[107]. Sin embargo, utilizaron esta estrategia porque era efectiva, porque la ideología nacionalista resonaba más en las mentes del pueblo que los atractivos abstractos de la democracia o las virtudes del mercado, con frecuencia asimilado con la especulación en la experiencia personal de la gente. Por lo tanto, el resurgimiento del nacionalismo no puede explicarse por la manipulación política; más bien su uso por parte de las elites es una prueba de la perdurabilidad y vitalidad de la identidad nacional como principio movilizador. Cuando, tras setenta y cuatro años de repetición incesante de la ideología socialista oficial, la gente descubrió que el rey estaba desnudo, la reconstrucción de su identidad sólo podía efectuarse en torno a las instituciones básicas de su memoria colectiva: la familia, la comunidad, el pasado rural, a veces la religión y, sobre todo, la nación. Pero no se quiso que la nación fuera el equivalente de la condición de estado y la oficialidad, sino una autoidentificación personal en su confuso mundo actual: soy ucraniano, soy ruso, soy armenio, se convirtió en el grito de reagrupación, el cimiento perenne a partir del cual reconstruir la vida en colectividad. Por ello, la experiencia soviética es un testimonio de la perdurabilidad de las naciones más allá, y a pesar, del estado.

Quizás la mayor paradoja de todo sea que cuando, al final de este recorrido histórico, surjan los nuevos estados-nación para afirmar sus identidades reprimidas, *no es probable que puedan funcionar realmente como estados soberanos plenos*. Ello se debe, en primer lugar, al entrelazamiento de un mosaico de nacionalidades e identidades históricas dentro de las fronteras actuales de los estados independientes[108]. El tema más obvio son los 25 millones de rusos que viven bajo una bandera diferente. Pero la Federación Rusa (aunque poblada ahora por un 82% de rusos étnicos) también está compuesta por más de 60 grupos étnicos/nacionales diferentes, algunos de los cuales están asentados sobre una gran riqueza de recursos naturales y minerales, como es el caso de los sajalo-yakutos o los tártaros. En lo que respecta al resto de las repúblicas, además del ilustrativo caso de Georgia, los kazajos son sólo una minoría en Kazajstán; Tayikistán tiene un 62% de tayikos y un 24% de uzbecos; los kirguises suponen sólo el 52% de la población de Kirguizistán; Uzbekistán tiene un 72% de uzbekos y una amplia diversidad de nacionalidades diferentes; el 14% de los residentes de Moldavia son ucranianos y el 13%, rusos. Los ucranianos representan sólo el 73% de la población de Ucrania. Los letones son el 52% de Letonia y los estonios, el 62% de Estonia. Así pues, toda definición estricta de intereses nacionales en torno a la nacionalidad dominante desde el punto de vista institucional conduciría a conflictos graves en todo el continente eurásico, como reconoció Shevardnadze, ex-

[107] Castells, 1992b; Hobsbawm, 1994.
[108] Twinning, 1993; Hooson, 1994b.

plicando su disposición a colaborar con Rusia, tras su hostilidad inicial. Además, la interpenetración de las economías y la infraestructura compartida, de la red eléctrica a los oleoductos y el suministro de agua, hace extremadamente costoso el desenmarañamiento de los territorios de la antigua Unión Soviética y otorga mayor importancia a la colaboración. Aún más en un proceso de integración multilateral en la economía global, que requiere enlaces interregionales para operar con eficacia. Naturalmente, los temores profundamente arraigados hacia una nueva forma de imperialismo ruso se cernirán durante mucho tiempo sobre la evolución futura de estos nuevos estados. Por ello, no habrá una reconstrucción de la Unión Soviética, prescindiendo de quién gobierne en Rusia. No obstante, el reconocimiento pleno de la identidad nacional no puede expresarse en la independencia plena de los nuevos estados, *precisamente debido a la fuerza de las identidades que transcienden las fronteras estatales.* Por este motivo, propongo como el futuro más probable y sin duda prometedor la noción de una Comunidad de Estados Inseparables (*Sojuz Nerazdelimyj Gosudarstv*); es decir, de una red de instituciones con la suficiente flexibilidad y dinámica para articular la autonomía de la identidad nacional y compartir la instrumentalidad política en el contexto de la economía global. De lo contrario, la afirmación de un poder estatal absoluto sobre un mapa fragmentado de identidades históricas sería una caricatura del nacionalismo europeo del siglo XIX: conduciría en la práctica a una Comunidad de Estados Imposibles (*Sojuz Nevozmoznyj Gosudarstv*).

Naciones sin estado: Catalunya

El estado debe diferenciarse fundamentalmente de la nación porque el estado es una organización política, un poder independiente en lo externo, un poder supremo en lo interno, con fuerzas materiales de recursos humanos y dinero para mantener su independencia y autoridad. No podemos identificar el uno con la otra, como era habitual, incluso por parte de los mismos patriotas catalanes que hablaban o escribían de la nación catalana en el sentido de un estado catalán independiente [...] Catalunya continuó siendo Catalunya tras siglos de haber perdido su autogobierno. Por lo tanto, hemos alcanzado una idea clara y precisa de la nacionalidad, el concepto de una unidad social primaria y fundamental, destinada a ser en la sociedad mundial, en la Humanidad, lo que el hombre es para la sociedad civil.

Enric Prat de la Riba, *La nacionalitat catalana*[109]

Si el análisis de la Unión Soviética muestra la posibilidad de que los estados, a pesar de ser poderosos, no logren producir naciones, la experiencia de Cataluña nos permite reflexionar sobre las condiciones bajo las

109 Publicado originalmente en 1906; esta edición es de 1978, págs. 49 y 50.

que existen las naciones y se (re)construyen en la historia, sin un estado-nación y sin buscar establecerlo[110]. En efecto, como declara el presidente actual y dirigente nacionalista de Cataluña durante el último cuarto del siglo XX, Jordi Pujol, «Cataluña es una nación sin estado. Pertenecemos al estado español, pero no tenemos ambiciones secesionistas. Esto debe afirmarse claramente [...] El caso de Cataluña es peculiar: tenemos nuestra lengua y cultura propias, somos una nación sin un estado»[111]. Para aclarar esta aserción y para extendernos en sus implicaciones analíticas más amplias, resulta necesario un breve recordatorio histórico. Puesto que no todos los lectores conocen la historia catalana, expondré, de forma sucinta, los elementos históricos que autorizan a hablar de la continuidad de Cataluña como una realidad nacional distintiva, vivida materialmente y atestiguada, entre otros indicadores, por la persistencia de su lengua y su amplio uso contemporáneo en circunstancias adversas[112].

Su nacimiento oficial como nación suele fecharse en 988, cuando el conde Borrell cortó finalmente los lazos con los restos del Imperio Carolingio que, hacia el año 800, había tomado las tierras y los habitantes de esta frontera meridional del imperio bajo su protección para contrarrestar la amenaza de los invasores árabes a la Septimania. A finales del siglo IX, el conde Guifrè el Pelòs, que había combatido con éxito la dominación árabe, recibió del rey francés los condados de Barcelona, Urgell, Cerdanya-Conflent y Girona. Sus herederos se convirtieron en condes por derecho propio, sin necesidad de ser nombrados por los reyes franceses, con lo que se aseguró la hegemonía del Casal de Barcelona sobre las tierras limítrofes que se llamarían Cataluña en el siglo XII. Así pues, mientras que la mayoría de la España cristiana participó en la «Reconquista» contra los árabes durante ocho siglos, construyendo en el proceso el reino de Castilla y León, Cataluña, tras un periodo de dominación árabe en los siglos VIII y IX, evolucionó de sus orígenes carolingios para convertirse, entre comienzos del siglo XIII y mediados del XV, en un imperio mediterráneo. Se extendió hasta Mallorca (1229), Valencia (1238), Sicilia (1282), parte de Grecia, con Atenas (1303), Cerdeña (1323) y Nápoles (1442), incluyendo también territorios franceses más allá de los Pirineos, particularmente el Rosellón y la Cerdaña. Aunque Cataluña poseía un interior rural significativo, era sobre todo un imperio comercial, gobernado por la alianza de la nobleza y la elite comerciante urbana, según líneas similares a las de las repúblicas mercantiles del norte de Italia. Preocupados por la

---

110 Keating, 1995.

111 1986; citado en Pi, 1996, pág. 254.

112 Para fuentes históricas, véase el compendio de historia catalana en Vilar, 1987-1990; y el número especial de *L'Avenç: Revista d'Història*, 1996. Véanse también Vicens Vives y Llorens, 1958; Vicens Vives, 1959; Vilar, 1964; Jutglar, 1966; Solé Tura, 1967; McDonogh, 1986; Rovira i Virgili, 1988; Azevedo, 1991; Nadal, Farreras y Wolff, 1992; García-Ramón y Nogué-Font, 1994; Keating, 1995; Salrach, 1996.

potencia militar de Castilla, los prudentes catalanes aceptaron la fusión propuesta por el pequeño pero bien situado reino de Aragón en 1137. Hasta finales del siglo XV, tras la fusión voluntaria con la Castilla protoimperial mediante el matrimonio de Fernando, rey de Aragón, Cataluña y Valencia, con Isabel, reina de Castilla, en aplicación del Compromiso de Caspe (1412), Cataluña no dejó de ser una entidad política soberana. Se suponía que la unión de las dos naciones iba a respetar la lengua, las costumbres y las instituciones, así como a compartir la riqueza. No obstante, el poder y la riqueza de la corona española y su nobleza terrateniente, así como la influencia de la Iglesia fundamentalista construida en torno a la Contrarreforma, encauzaron el curso histórico en una dirección diferente, subyugando a los pueblos no castellanos, en Europa y en la Península Ibérica, así como en América. Cataluña, como el resto de Europa, fue excluida del comercio con las colonias americanas, una importante fuente de riqueza para el reino español. Reaccionó desarrollando su propia industria de bienes de consumo y comerciando en su entorno regional, con lo cual desencadenó un proceso de industrialización y acumulación de capital incipientes desde la segunda mitad del siglo XVI. Mientras tanto, Castilla, tras aplastar, en 1520-1523, las ciudades libres castellanas (Comunidades) donde estaban surgiendo una clase artesana y una protoburguesía, prosiguió construyendo una economía rentista para financiar un estado guerrero-teocrático con las ganancias de sus colonias americanas y con los impuestos sobre sus súbditos. La colisión de la cultura y las instituciones se aceleró en el siglo XVII, cuando Felipe IV, necesitado de ingresos fiscales adicionales, incrementó el centralismo, provocando la insurrección de Portugal y Cataluña (donde tuvo lugar la Revuelta de los Segadores) en 1640. Portugal, con el apoyo de Inglaterra, recuperó su independencia. Cataluña fue derrotada y perdió la mayoría de sus libertades. De nuevo, entre 1705 y 1714, luchó por su autonomía respaldando la causa de los Austrias contra Felipe V, de la dinastía borbónica, en la Guerra de Sucesión española. Un indicio del carácter catalán es que su derrota y la entrada de los ejércitos de Felipe V en Barcelona el 11 de septiembre de 1714 ahora se celebra como el día nacional de Cataluña. Perdió todas sus instituciones políticas de autogobierno, establecidas desde la Edad Media: el gobierno municipal basado en los consejos democráticos, el parlamento, el gobierno soberano catalán (*Generalitat*). Las nuevas instituciones, establecidas por el Decreto de Nueva Planta emitido por Felipe V, concentraron la autoridad en las manos del mando militar, o capitán general de Cataluña. Siguió un largo periodo de franca represión institucional y cultural por parte de los poderes centrales, que, como han documentado los historiadores, pretendieron deliberadamente la eliminación gradual de la lengua catalana, que primero fue prohibida en la administración, luego en las transacciones comerciales y, por último, en las escuelas, reduciendo su práctica a los dominios de la fa-

milia y la Iglesia [113]. Una vez más, los catalanes reaccionaron desentendiéndose de los asuntos estatales y volviendo al trabajo, según se dice, justo dos días después de la ocupación de Barcelona, en una actitud concertada. Así, Cataluña se industrializó a finales del siglo XVIII y fue, durante más de un siglo, la única zona realmente industrial de España.

La fortaleza económica de la burguesía catalana y el nivel educativo y cultural relativamente alto de la sociedad en general contrastaron durante todo el siglo XIX con su marginalidad política. Luego, cuando la política económica de Madrid comenzó a amenazar a la industria catalana aún frágil, que requería proteccionismo, se desarrolló un vigoroso movimiento nacionalista catalán desde finales del siglo XIX, inspirado por ideólogos elocuentes como el nacionalista pragmático Enric Prat de la Riba o los federalistas Valentí Almirall y Francesc Pi y Margall, cantado por poetas nacionales como Joan Maragall, recogido por historiadores como Rovira i Virgili, y respaldado, más tarde por la obra de filólogos como Pompeu Fabra, que codificó la lengua catalana moderna en el siglo XX. No obstante, la clase política de Madrid nunca aceptó realmente la alianza con los nacionalistas catalanes, ni siquiera con la Lliga Regionalista, un partido claramente conservador, probablemente el primer partido político moderno de España, creado en 1901 como reacción al control de las elecciones por parte de los caciques locales en nombre del gobierno central. Por otra parte, la expansión de un vigoroso movimiento de clase obrera, sobre todo anarcosindicalista, en el primer tercio del siglo XX, empujó a los nacionalistas catalanes, dominados en general por su ala conservadora hasta los años veinte, a contar con la protección de Madrid contra las demandas de los trabajadores y las amenazas de revolución social [114]. Sin embargo, cuando se proclamó la república en España en 1931, los republicanos de izquierda (Esquerra republicana de Catalunya) fueron capaces de tender un puente entre la clase obrera catalana, la pequeña burguesía y los ideales nacionalistas, y se convirtieron en la fuerza dominante del nacionalismo catalán. Bajo el liderazgo de Lluís Companys, abogado laboralista elegido presidente de la *Generalitat* restaurada, Esquerra estableció una alianza con los republicanos, socialistas y comunistas, y con los sindicatos obreros (anarquistas y socialistas). En 1932, bajo la presión popular reflejada en un referéndum, el gobierno español aprobó un Estatuto de Autonomía que restablecía las libertades, el autogobierno y la autonomía cultural/lingüística de Cataluña. Sin duda, la satisfacción de las demandas nacionalistas de ésta y el País Vasco por parte de la República española fue uno de los principales desencadenantes de la insurrección militar que provocó la guerra civil de 1936-1939. Tras la guerra civil, la represión sistemática de las instituciones, la lengua,

[113] Ferrer i Girones, 1985.
[114] Solé Tura, 1967.

la cultura, la identidad y los dirigentes políticos catalanes (comenzando con la ejecución de Companys en 1940, después de haber sido entregado a Franco por la Gestapo) se convirtió en el sello distintivo de la dictadura de Franco. Incluyó la eliminación deliberada de los maestros catalanes de las escuelas para que fuera imposible la enseñanza en catalán. En un movimiento correspondiente, el nacionalismo se convirtió en el grito de unión para las fuerzas antifranquistas, en Cataluña al igual que en el País Vasco, hasta el punto de que todas las fuerzas políticas democráticas, de los cristianodemócratas y liberales a los socialistas y comunistas, también eran nacionalistas catalanas. Ello significó, por ejemplo, que todos los partidos políticos en Cataluña, tanto en la clandestinidad como desde el establecimiento de la democracia española en 1977, fueran y sean catalanes y no españoles, aunque en la mayoría de los casos están federados con partidos similares de España, si bien conservan su autonomía como partidos (por ejemplo, el Partit Socialista de Catalunya está vinculado al PSOE español; el Partit Socialista Unificat de Catalunya, con los comunistas, etc.). La única excepción es el conservador Partido Popular creado en los años ochenta. En 1978, el artículo 2 de la nueva Constitución española declaró a España una «nación de nacionalidades» y, en 1979, el Estatuto de Autonomía de Cataluña proporcionó la base institucional para la autonomía catalana, dentro del marco de España, incluyendo la declaración del bilingüismo oficial y estableciendo el catalán como «la lengua propia de Cataluña». En las elecciones regionales, la coalición nacionalista catalana (Convergencia i Uniò), encabezada por el más popular líder contemporáneo de Cataluña, un médico culto y cosmopolita de orígenes modestos, Jordi Pujol, obtuvo la mayoría cinco veces consecutivas, y sigue en el poder en 1997. La *Generalitat* fue fortalecida y se convirtió en una institución dinámica que persigue una política autónoma en todos los frentes, incluido el ámbito internacional. En la década de 1990, Jordi Pujol es el presidente de la Asociación de Regiones Europeas. La ciudad de Barcelona también se movilizó, liderada por otra figura carismática, el alcalde socialista catalán Pasqual Maragall, profesor de economía urbana y nieto del gran poeta nacional catalán. Barcelona se proyectó en el mundo, utilizando diestramente los Juegos Olímpicos de Verano de 1992 para surgir internacionalmente como un importante centro metropolitano, enlazando la identidad histórica con la modernidad informacional. Significativamente, en los años noventa Pasqual Maragall ha sido presidente de la Federación Europea de Municipios y del Comité de Regiones de Europa, cámara regional consultiva de la Unión Europea.

En los años noventa, la coalición nacionalista catalana llegó a desempeñar un importante papel en la política española. La incapacidad del Partido Socialista (1993) o del Partido Popular (1996) para obtener la mayoría absoluta en las elecciones generales hizo de Jordi Pujol el socio indispensable de cualquier coalición parlamentaria de gobierno. Primero

apoyó a los socialistas y luego a los conservadores, con un precio. Cataluña recibió la gestión del 30% de su impuesto sobre la renta, así como la competencia exclusiva en educación (que se imparte en catalán en todos los niveles), salud, medioambiente, comunicaciones, turismo, cultura, servicios sociales y la mayoría de las funciones policiales. Lentamente, pero de forma segura, Cataluña, junto con el País Vasco, están forzando a España a convertirse, a su pesar, en un estado federal muy descentralizado, ya que el resto de las regiones reclaman el mismo grado de autonomía y recursos que obtienen catalanes y vascos. Y, no obstante, con la excepción de un pequeño, democrático y pacífico movimiento proindependentista, en su mayoría apoyado por intelectuales jóvenes, los catalanes y la coalición nacionalista catalana rechazan la idea del separatismo, declarando que sólo necesitan instituciones para existir como nación, no para convertirse en un estado-nación soberano[115].

¿Qué es, entonces, esta nación catalana, capaz de sobrevivir a siglos de negación y que, pese a todo, se abstiene de entrar en el ciclo de construir un estado contra otra nación, España, que también se convirtió en parte de la identidad histórica de Cataluña? Para Prat de la Riba, probablemente el ideólogo más lúcido del nacionalismo conservador catalán en su estadio formativo, «Cataluña es la larga cadena de generaciones, unidas por la lengua y la tradición catalanas, que se sucedieron en el territorio donde vivimos»[116]. Jordi Pujol también insiste en la lengua como el cimiento de la identidad catalana, al igual que la mayoría de los observadores: «La identidad de Cataluña es, en buena medida, lingüística y cultural. Cataluña nunca ha reclamado una especificidad étnica o religiosa ni ha insistido en la geografía o ha sido estrictamente política. Hay muchos componentes en nuestra identidad, pero la espina dorsal son la lengua y la cultura»[117]. En efecto, durante más de 2.000 años, el territorio de Cataluña fue una tierra de paso y migraciones entre varios pueblos europeos y mediterráneos, por lo que sus instituciones se forjaron en interacción con diversas culturas, de las que ya estaba claramente diferenciada a comienzos del siglo XII, cuando el nombre de Cataluña aparece por primera vez[118]. Según el historiador francés más importante de la historia catalana, Pierre Vilar, lo que distinguió a los catalanes como pueblo desde una época muy temprana (en los siglos XIII y XIV) fue la lengua, claramente distinta del castellano o el francés, con una literatura desarrollada ya en el siglo XIII, ejemplificada por los escritos de Raimon Llull (1235-1315), utilizando el *catalanesc*, que evolucionó del latín de forma paralela al español y el provenzal. La lengua como identidad se volvió

---

[115] Keating, 1995.
[116] Prat de la Riba, 1894, citado en Solé Tura, 1967, pág. 187. La traducción es mía.
[117] Pujol, 1995, citado en Pi, 1996, pág. 176. La traducción es mía.
[118] Salrach, 1996.

particularmente importante en la segunda mitad del siglo XX, cuando la tasa de natalidad tradicionalmente baja de los catalanes en los tiempos modernos, emparejada a la industrialización diferencial de Cataluña, condujo a una migración masiva del sur de España empobrecido, con lo que los hablantes catalanes, aún en lucha contra la prohibición de su lengua, se vieron sumergidos por una oleada tras otra de trabajadores de lengua castellana que se establecieron en Cataluña, sobre todo en los barrios de las afueras de Barcelona. Así pues, una vez que recuperó su autonomía con la Constitución española de 1978, en 1983 el Parlamento catalán votó por unanimidad una Ley de Normalización Lingüística que introdujo la enseñanza del catalán en todas las escuelas y universidades públicas, así como su utilización en las administraciones, en los lugares públicos, las calles, las carreteras y la televisión pública [119]. La política explícita era alcanzar con el tiempo la plena integración de la población no catalana a la cultura catalana, de modo que no se crearan guetos culturales que probablemente fracturarían la sociedad en líneas de clase. Por lo tanto, en esta estrategia, el estado se utiliza para reforzar/producir a la nación, sin reclamar la soberanía del estado español.

¿Por qué es tan importante la lengua en la definición de la identidad catalana? Una respuesta es histórica: ha sido, durante cientos de años, el signo de identificación de ser catalán, junto con las instituciones políticas democráticas de autogobierno cuando no fueron suprimidas. Aunque los nacionalistas catalanes definen como catalán a todo aquel que vive y trabaja en Cataluña, también añaden «y quiere ser catalán». Y el signo de «querer ser» es hablar la lengua o tratar de hacerlo (de hecho, «tratar de hacerlo» es incluso mejor porque es un signo real de disposición de serlo). Otra respuesta es política: es el modo más fácil de extender y reproducir la población catalana sin recurrir a criterios de soberanía territorial que colisionarían necesariamente con la territorialidad del estado español. No obstante, una respuesta adicional y más fundamental quizás esté ligada a lo que representa la lengua como un sistema de códigos, cristalizando históricamente una configuración histórica que permite compartir símbolos sin adorar otros iconos que los que surgen en la comunicación de la vida cotidiana. Muy bien pudiera ser que las naciones sin estados se organizaran en torno a comunidades lingüísticas —una idea que desarrollaré más adelante— aunque, como es obvio, una lengua común no hace una nación. Sin duda, las naciones latinoamericanas pondrían objeciones a este planteamiento, al igual que el Reino Unido y los Estados Unidos. Pero, por el momento, quedémonos en Cataluña.

Espero que, tras este recordatorio histórico, pueda concederse que no es una identidad inventada. Al menos durante mil años, una comunidad humana determinada, organizada primordialmente en torno a la lengua,

[119] Puiggene i Riera *et al.*, 1991.

pero también con una buena medida de continuidad territorial, y con una tradición de democracia política y autogobierno autóctonos, se ha identificado como nación en diferentes contextos, contra adversarios diferentes, formando parte de diferentes estados, contando con su estado propio, buscando la autonomía sin amenazar al estado español, integrando a los inmigrantes, soportando la humillación (de hecho, conmemorándola todos los años) y existiendo aún como Cataluña. Algunos analistas han intentado identificar el catalanismo con las aspiraciones históricas de una burguesía industrial frustrada, asfixiada por una monarquía española burocrática y precapitalista [120]. Sin duda, éste fue un elemento importante presente en el movimiento catalanista de finales del siglo XIX y en la formación de la Lliga [121]. Pero el análisis de clase no puede explicar la continuidad del discurso explícito de la identidad catalana a lo largo de la historia, pese a todos los esfuerzos del centralismo español para erradicarla. Prat de la Riba negó que Cataluña fuera reducible a los intereses de clase, y estaba en lo cierto, aunque su Lliga fuera primordialmente un partido burgués [122]. El catalanismo se ha solido asociar con el romanticismo del siglo XIX, pero también se conectó con el movimiento modernista de finales de siglo, orientado hacia Europa y el movimiento internacional de ideas, y ausente del regeneracionismo tradicional español en busca de una nueva fuente de valores transcendentes tras la pérdida de los restos del imperio en 1898. Comunidad cultural, organizada en torno a la lengua y una historia compartida, Cataluña no es una entidad imaginada, sino un producto histórico constantemente renovado, aun cuando los movimientos nacionalistas construyan/reconstruyan sus iconos de autoidentificación con códigos específicos de cada contexto histórico y en relación con sus proyectos políticos.

Una caracterización decisiva del nacionalismo catalán es la concerniente a su relación con el estado-nación [123]. Al declarar a Cataluña al mismo tiempo europea, mediterránea e hispánica, los nacionalistas catalanes, aunque rechazan el separatismo de España, buscan un nuevo tipo de estado. Sería uno de geometría variable, que uniría el respeto por el estado español heredado de la historia con la creciente autonomía de las instituciones catalanas para dirigir los asuntos públicos y la integración tanto de España como de Cataluña en una entidad más amplia, Europa, que se traduce no sólo en la Unión Europea, sino en varias redes de gobiernos regionales y municipales, así como en asociaciones cívicas, que multiplican las relaciones horizontales por toda Europa bajo el débil armazón de los estados-nación modernos. No son sólo tácticas hábiles de la

---

[120] Jutglar, 1966.
[121] Solé Tura, 1967.
[122] Prat de la Riba, 1906.
[123] Keating, 1995; Pi, 1996; Trias, 1996.

década de los noventa. Provienen de las centenarias posturas proeuropeas de las elites catalanas, en contraste con el espléndido aislamiento cultural practicado por la mayoría de las elites castellanas en la mayor parte de los periodos históricos. También está explícito en el pensamiento de algunos de los escritores o filósofos catalanes más universales, como Josep Ferrater Mora, quien pudo escribir en 1960: «La catalanización de Cataluña quizás sea la última oportunidad histórica para hacer de los catalanes "buenos españoles" y para hacer de los españoles "buenos europeos"» [124]. Y ello porque sólo una España que sea capaz de aceptar su identidad plural —siendo Cataluña una de las más distintivas— podría abrirse plenamente a una Europa democrática y tolerante. Y, para que suceda, los catalanes tienen primero que sentirse a gusto dentro de la soberanía territorial del estado español, siendo capaces de pensar y hablar en catalán y así crear su comuna dentro de una red más amplia. Esta diferenciación entre la identidad cultural y el poder del estado, entre la soberanía incontestable de los aparatos y la interconexión de las instituciones que comparten el poder, es una innovación histórica en relación con la mayoría de los procesos de construcción de los estados-nación, plantada sólidamente en suelo inestable. Parece relacionarse mejor que las nociones tradicionales de soberanía con una sociedad basada en la flexibilidad y la adaptabilidad, con una economía global, con la interconexión de los medios de comunicación, con la variación y la interpenetración de las culturas. Al no buscar un nuevo estado, sino luchar para conservar su nación, los catalanes quizás hayan recorrido un ciclo completo desde sus orígenes como pueblo de identidad cultural/lingüística y comercio sin fronteras, y de instituciones de gobierno flexibles, rasgos todos que parecen caracterizar a la era de la información.

Las naciones de la era de la información

Nuestra digresión sobre los dos extremos opuestos de Europa aporta algún conocimiento sobre la nueva función de las naciones y el nacionalismo como fuente de significado en la era de la información. En aras de la claridad, definiré las naciones, de acuerdo con los argumentos y las explicaciones presentadas anteriormente, como *comunas culturales construidas en las mentes de los pueblos y la memoria colectiva por el hecho de compartir la historia y los proyectos políticos.* La cantidad de historia que debe compartirse para que una colectividad se convierta en una nación varía con los contextos y periodos, como también son variables los ingredientes que predisponen a la formación de tales comunas. Así pues, la nacionalidad catalana se fue destilando a lo largo de mil años de compartir,

[124] Ferrater Mora, 1960, pág. 120.

mientras que los Estados Unidos de América forjaron una identidad nacional muy fuerte pese, o debido, a su multietnicidad en sólo dos siglos. Lo que resulta esencial es la distinción histórica entre naciones y estados, que sólo llegaron a fundirse, y no en el caso de todas las naciones, en la era moderna. De este modo, desde la posición ventajosa que nos confiere la perspectiva de nuestro fin de milenio, sabemos de naciones sin estados (por ejemplo, Cataluña, el País Vasco, Escocia o Quebec), de estados sin naciones (Singapur, Taiwan o Sudáfrica) o de estados plurinacionales (la antigua Unión Soviética, Bélgica, España o el Reino Unido, y quizás serbios, croatas y musulmanes bosnios en una futura Bosnia-Herzegovina), de estados uninacionales (Japón), de naciones divididas por estados (Corea del Sur y Corea del Norte) y de estados que comparten naciones (suecos en Suecia y Finlandia, irlandeses en Irlanda y el Reino Unido). Lo que está claro es que la ciudadanía no es igual a la nacionalidad, al menos a la nacionalidad exclusiva, ya que los catalanes se sienten catalanes en primer lugar pero, al mismo tiempo, la mayoría se declaran españoles e incluso también europeos. Por lo tanto, la asimilación de naciones y estados al compuesto estado-nación, más allá de un contexto histórico determinado, es desmentida por la observación cuando se construyen los registros en un recorrido largo y con una perspectiva global. Parece que la reacción racionalista (marxista o de otro tipo) contra el idealismo alemán (Herder, Fichte) y contra la hagiografía nacionalista francesa (Michelet, Renan) oscureció la comprensión de la «cuestión nacional», por lo que causa perplejidad cuando se observa el poder y la influencia del nacionalismo al final de este siglo.

Dos fenómenos, como se ha ilustrado en esta sección, parecen ser característicos del periodo histórico actual: en primer lugar, la desintegración de los estados plurinacionales que tratan de seguir siendo plenamente soberanos o negar la pluralidad de sus constituyentes nacionales. Éste fue el caso de la antigua Unión Soviética, de la antigua Yugoslavia, de la antigua Etiopía, de Checoslovaquia y quizás lo sea, en el futuro, de Sri Lanka, India, Indonesia, Nigeria y otros países. El resultado de esta desintegración es la formación de *cuasi-estados nacionales*. Son estados-nación porque reciben los atributos de la soberanía en virtud de una identidad nacional constituida en la historia (por ejemplo, Ucrania). Pero son *cuasi* porque el conjunto enmarañado de relaciones con su matriz histórica los fuerza a compartir la soberanía con su antiguo estado o con una configuración más amplia (por ejemplo, la CEI; las repúblicas de Europa Oriental asociadas con la Unión Europea). En segundo lugar, observamos el desarrollo de las naciones que se detienen en el umbral de la condición de estado, pero obligan a su estado matriz a adaptarse y ceder soberanía, como en el caso de Cataluña, el País Vasco, Flandes, Valonia, Escocia, Quebec y, potencialmente, Kurdistán, Cachemira, Punjab o Timor Oriental. Denomino a estas entidades *cuasi-estados nacionales* por-

que no son estados plenamente desarrollados, pero obtienen una parte de autonomía política basándose en su identidad nacional.

Los atributos que refuerzan la identidad nacional en este periodo histórico varían, aunque, en todos los casos, presuponen una historia compartida a lo largo del tiempo. Sin embargo, *plantearía la hipótesis de que la lengua, sobre todo una plenamente desarrollada, es un atributo fundamental de autorreconocimiento y para el establecimiento de una frontera nacional invisible menos arbitraria que la territorialidad y menos exclusiva que la etnicidad.* Ello se debe, en una perspectiva histórica, a que proporciona el vínculo entre la esfera pública y la esfera privada, y entre el pasado y el presente, prescindiendo del reconocimiento real de una comunidad cultural por parte de las instituciones del estado. Y no deben descartarse los datos históricos porque Fichte utilizase este argumento para construir el nacionalismo pangermánico. Pero también existe una poderosa razón para el surgimiento en nuestras sociedades de un nacionalismo basado en la lengua. Si el nacionalismo es frecuentemente una reacción contra una identidad autónoma amenazada, en un mundo sometido a la homogeneización cultural por la ideología de la modernización y el poder de los medios de comunicación globales, la lengua, como expresión directa de la cultura, se convierte en la trinchera de la resistencia cultural, el último bastión del autocontrol, el refugio del significado identificable. Por lo tanto, después de todo, las naciones no parecen ser «comunidades imaginadas» construidas al servicio de los aparatos de poder. Más bien son producto de una historia compartida y luego se expresan verbalmente en las imágenes de las lenguas comunales cuya primera palabra es *nosotros*, la segunda es *nuestro* y la tercera, desgraciadamente, *ellos*.

LA DESVINCULACIÓN ÉTNICA: RAZA, CLASE E IDENTIDAD EN LA SOCIEDAD RED

Os veo, 100 Hombres Negros. [...] Os veo encarcelados. Os veo enjaulados. Os veo domados. Veo vuestro dolor. Os veo luchando. Os veo alerta. Veo lo que queréis. Veo lo que necesitáis. Os veo rechazados. Veo vuestra Sangre. Veo vuestra Enfermedad. Te veo, Hermano. Te veo sobrio. Te veo amado. Veo tu paz. Veo tu hogar. Te veo escuchar. Veo tu amor. Te veo en él. Te veo fiel. Te veo impacientado. Te veo puesto a prueba. Veo tu cambio. Te veo. Te veo. Te veo... Definitivamente, quiero ser tú.

Peter J. Harris, *Praisesong for the Anonymous Brothers*[125]

¿Usted también quiere ser él? ¿De verdad? La etnicidad ha sido una fuente fundamental de significado y reconocimiento a lo largo de toda

[125] De Wideman y Preston, 1995, pág. xxi.

la historia humana. Es una estructura básica de la diferenciación y el reconocimiento sociales, así como de la discriminación, en muchas sociedades contemporáneas, de los Estados Unidos a África Subsahariana. Ha sido, y sigue siendo, la base de levantamientos en busca de justicia social, como en el caso de los indios mexicanos de Chiapas en 1994, así como el fundamento irracional de la limpieza étnica, como la practicada por los serbios de Bosnia en 1994. Y es, en buena medida, la base cultural que induce las transacciones interconectadas y basadas en la confianza en el nuevo mundo empresarial, de las redes empresariales chinas (vol. I, cap. 3) a las «tribus» étnicas que determinan el éxito en la nueva economía global. En efecto, como Cornel West escribe: «En esta era de globalización, con sus impresionantes innovaciones científicas y tecnológicas en información, comunicación y biología aplicada, centrarse en los efectos persistentes del racismo parece desfasado y anticuado [...] No obstante, la raza —en el lenguaje codificado de la reforma de la asistencia social, la política de inmigración, el castigo de los delitos, la acción afirmativa y la privatización de los suburbios— sigue teniendo un significado central en el debate político» [126]. Sin embargo, si raza y etnicidad son centrales —para la dinámica de los Estados Unidos y de otras sociedades—, sus manifestaciones parecen estar profundamente alteradas por las tendencias actuales de la sociedad [127]. Sostengo que aunque la raza tiene importancia, probablemente más que nunca como fuente de opresión y discriminación [128], la etnicidad se está fragmentando como fuente de sentido e identidad, no para fundirse con otras identidades, sino bajo principios más amplios de autodefinición cultural, como la religión, la nación o el género. Para proporcionar los argumentos que apoyan esta hipótesis, expondré brevemente la evolución de la identidad afroamericana en los Estados Unidos.

La condición contemporánea de los afroamericanos se ha transformado en las tres últimas décadas debido a un fenómeno fundamental: su profunda división a lo largo de líneas de clase, como se muestra en el trabajo pionero de William Julius Wilson [129], cuyas implicaciones hicieron añicos para siempre el modo en que los Estados Unidos ven a los afroamericanos y, lo que es aún más importante, el modo en que los afroamericanos se ven a sí mismos.

Apoyada por una corriente de investigación durante la década pasada, la tesis de Wilson y su desarrollo señalan una espectacular polarización entre los afroamericanos. Por una parte, espoleada por el movimiento en favor de los derechos civiles de los años sesenta y sobre todo gracias a los

[126] West, 1996, pág. 107 y 108.
[127] Appiah y Gates, 1995.
[128] Wieviorka, 1993; West, 1995.
[129] Wilson, 1987.

programas de acción afirmativa, ha surgido una clase media afroamericana numerosa y con una buena educación, que ha hecho avances significativos en la estructura del poder político, de los cargos en ayuntamientos a la presidencia del Mando Conjunto del Estado Mayor del Ejército, y, en cierta medida, en el mundo de las grandes empresas. De este modo, cerca de un tercio de los afroamericanos ahora forman parte de la clase media estadounidense, aunque los hombres, a diferencia de las mujeres, siguen ganando mucho menos dinero que sus semejantes blancos. Por otra parte, cerca de un tercio de afroamericanos, comprendido el 45% de los niños afroamericanos que viven en el umbral de pobreza o por debajo de él, están mucho peor en la década de los noventa que lo estaban en la de los sesenta. Wilson y otros investigadores como Blakely y Goldsmith o Gans atribuyen la formación de esta «infraclase» al efecto combinado de una economía de la información desequilibrada, de la segregación espacial y de una política pública errada. El crecimiento de la economía de la información exige un mayor nivel de educación y reduce la disponibilidad de trabajos manuales estables, perjudicando la entrada de los negros en el mercado laboral. Los negros de clase media huyen del centro de las ciudades, dejando tras de sí, atrapadas, a las masas de pobres urbanos. Para cerrar el círculo, la nueva elite política negra encuentra apoyo entre los votantes pobres urbanos, pero sólo mientras pueda proporcionar programas sociales, que están en función de lo molestos, moral o políticamente, que resulten los pobres urbanos para la mayoría blanca. Así, el nuevo liderazgo político negro se basa en su capacidad para actuar de intermediario entre el mundo de las grandes empresas, la clase política y los pobres impredecibles de los guetos. Entre estos dos grupos, el otro tercio de afroamericanos se esfuerza para no caer en el infierno de la pobreza, aferrándose a los puestos de trabajo en servicios, de forma desproporcionada en el sector público, y a los programas educativos y de formación laboral que proporcionan algunos conocimientos para sobrevivir en una economía en proceso de desindustrialización [130]. El castigo para quienes no lo logran es cada vez más atroz. Entre los de menor educación, los negros varones que residían en el centro de las ciudades en 1992, apenas un tercio tenía trabajo a tiempo completo. E incluso entre los que trabajaban, el 15% estaba por debajo del nivel de pobreza. El valor medio neto del patrimonio del quinto de los negros más pobres en 1995 era exactamente cero. Un tercio de las familias negras pobres habitan en viviendas que no alcanzan las condiciones básicas establecidas, lo que quiere decir, entre otros criterios, «que muestran huellas de ratas». La relación entre los delitos urbanos y los de los suburbios residenciales ha aumentado de 1,2 a 1,6 entre 1973 y 1992. Y, por supuesto, los residentes del centro de

---

[130] Wilson, 1987; Blakely y Goldsmith, 1993; Carnoy, 1994; Wacquant, 1994; Gans, 1995; Hochschild, 1995; Gates, 1996.

las ciudades son los que más padecen estos delitos. Además, la población masculina negra y pobre está sometida a un encarcelamiento masivo o vive bajo el control del sistema penal (en espera de juicio, en libertad condicional). Aunque los negros representan en torno al 12% de la población estadounidense, en la década de los noventa suponen más del 50% de los internos de las prisiones [131]. La tasa general de encarcelamiento para los estadounidenses negros en esta década fue de 1.860 por 100.000, es decir 6,4 veces más elevada que la de los blancos. Y, sí, los afroamericanos tienen ahora más educación, pero en 1993 recibieron un diploma universitario 23.000 hombres negros mientras que 2,3 millones fueron encarcelados [132]. Si añadimos a todas las personas supervisadas por el sistema penal de los Estados Unidos en 1996, se alcanzan 5,4 millones. Los negros representaban el 53% de los presos en 1991 [133]. Los porcentajes de encarcelamiento y vigilancia son mucho más altos entre los negros pobres y asombrosos, entre los jóvenes negros. En ciudades como Washington D.C., en los grupos de edad de 18-30 años, la mayoría de los hombres negros están en prisión o en libertad bajo fianza. Las mujeres y las familias han de adaptarse a esta situación. El argumento tristemente famoso del varón ausente en la familia afroamericana pobre se explica en parte por el hecho de que muchos hombres pobres pasan considerables periodos de su vida en la cárcel, así que las mujeres han de estar preparadas para criar a los hijos por sí mismas o para dar a luz bajo su propia responsabilidad.

Éstos son hechos bien conocidos, cuyas raíces sociales en el nuevo contexto tecnológico y económico trataré de analizar en el volumen III. Pero en este punto de mi análisis, me interesan las consecuencias de una divisoria de clases tan profunda sobre la transformación de la identidad afroamericana.

Para comprender esta transformación desde la década de los sesenta, debemos retroceder hasta las raíces históricas de esta identidad: como sostiene Cornel West, los negros de los Estados Unidos son, precisamente, africanos y americanos. Su identidad se constituyó como pueblo secuestrado y esclavizado bajo la sociedad más libre de la época. Así, para conciliar la contradicción obvia entre los ideales de libertad y la economía basada en la esclavitud, muy productiva, Estados Unidos tuvo que negar la humanidad de los negros porque sólo a los no humanos podía negárseles la libertad en una sociedad constituida sobre el principio de que «todos los hombres nacen iguales». Como escribe Cornel West: «Este asalto inexorable a la humanidad negra produjo la condición fundamental de la cultura negra —la de la *invisibilidad de los negros* y su *falta de nom-*

[131] Tonry, 1995, pág. 59.
[132] Gates, 1996, pág. 25.
[133] Véase el volumen III, cap. 2.

bre» [134]. Así pues, la cultura negra, siguiendo el análisis de West, tuvo que aprender a salir adelante con su negación sin caer en la autodestrucción. Y lo hizo. De las canciones al arte, de las iglesias comunales a la hermandad, la sociedad negra surgió con un profundo sentido del significado colectivo, que no se perdió durante los masivos éxodos rurales hacia los guetos del norte y se tradujo en una creatividad extraordinaria en el arte, la música y la literatura, y en un vigoroso movimiento político multifacético, cuyos sueños y potencial fueron personificados por Martin Luther King en los años sesenta.

No obstante, la divisoria fundamental que introdujo entre los negros el éxito parcial del movimiento en defensa de los derechos civiles ha transformado este panorama cultural. Pero, ¿de qué modo? A primera vista, parecería que la clase media negra, levantada sobre su prosperidad económica e influencia política relativas, podría asimilarse a la corriente principal, constituyéndose en una nueva identidad, como afroamericanos, y desplazándose hacia una posición similar a la de los italoamericanos o chinoamericanos. Después de todo, los chinoamericanos fueron muy discriminados durante la mayor parte de la historia de California y pese a ello, en los últimos años, han alcanzado una posición social bastante respetada. Por lo tanto, en esta perspectiva, los afroamericanos podrían convertirse en otro segmento distintivo del tapiz multiétnico de la sociedad americana. Por otra parte, la «infraclase» se volvería más pobre que los negros.

No obstante, esta tesis de una evolución cultural dual no parece sostenerse cuando se contrasta con los datos disponibles. El influyente estudio de Jennifer Hochschild sobre la transformación cultural de negros y blancos en relación con el «sueño americano» de igualdad de oportunidades y movilidad social muestra exactamente lo contrario [135]. Los negros de clase media son precisamente quienes sienten mayor amargura por la ilusión frustrada de este sueño y se consideran más discriminados por la permanencia del racismo, mientras que la mayoría de los blancos creen que los negros están resultado indebidamente favorecidos por las políticas de acción afirmativa y se quejan por la inversión de la discriminación. Por otra parte, los negros pobres, aunque son plenamente conscientes del racismo, parecen creer en el sueño americano en mayor medida que la clase media negra y, en todo caso, son más fatalistas e individualistas acerca de su destino (siempre fue así), aunque una perspectiva temporal en la evolución de las encuestas de opinión parece indicar que también los negros pobres están perdiendo la fe que tuvieran en el sistema. De todos modos, el hecho importante que destaca en el esfuerzo realizado por Hochschild para analizar una profusión de datos empíricos es que, en general, los afroame-

[134] West, 1996, pág. 80.
[135] Hochschild, 1995.

ricanos ricos no se sienten bien recibidos en la corriente mayoritaria de la sociedad. Y, en efecto, no lo son. No sólo continúa dominando la hostilidad racial entre los blancos, sino que los logros de los hombres negros de clase media los siguen dejando por detrás de los blancos en educación, ocupación e ingresos, como muestra Martin Carnoy [136].

Por lo tanto, la raza importa mucho [137]. Pero, al mismo tiempo, la divisoria de clase entre los negros ha creado unas condiciones de vida tan fundamentalmente diferentes, que existe una hostilidad creciente, entre los pobres, contra aquellos antiguos hermanos que los han excluido [138]. La mayoría de los negros de clase media se esfuerzan por escapar no sólo de la realidad del gueto, sino del estigma que los ecos del gueto moribundo proyecta sobre ellos a través de su piel. Lo hacen, sobre todo, aislando a sus hijos de las comunidades de negros pobres (trasladándose a los barrios residenciales de las afueras, llevándolos a escuelas privadas de predominio blanco), mientras, al mismo tiempo, reinventan una identidad afroamericana que revive los temas del pasado, africano o estadounidense, pero que guarda silencio sobre la tragedia del presente.

En un movimiento paralelo, los guetos de fin de milenio desarrollan una nueva cultura, compuesta por aflicción, rabia y reacción individual contra la exclusión colectiva, donde el hecho de ser negros importa menos que las situaciones de exclusión, que crean nuevos vínculos, por ejemplo, las bandas territoriales, que comienzan en las calles y se consolidan en las cárceles [139]. De esta cultura surge el rap, no el jazz. Esta nueva cultura también expresa la identidad y también tiene sus raíces en la historia negra y en la venerable tradición estadounidense de racismo y opresión racial, pero incorpora nuevos elementos: la policía y el sistema penal como instituciones centrales, la economía delictiva como fuente de trabajo, las escuelas como terreno contestado, las iglesias como islas de conciliación, las familias centradas en la madre, los barrios ruinosos, la organización social basada en las bandas y la violencia como modo de vida. Éstos son los temas del arte y literatura negros que surge de la nueva experiencia de los guetos [140]. Pero no es de ningún modo la misma identidad que la que surge en la clase media afroamericana mediante la reconstrucción cuidadosa de la humanidad de la raza.

No obstante, aun aceptando su división cultural, ambas identidades afrontan las que parecen ser dificultades insuperables para su constitución. En el caso de los afroamericanos pudientes, se debe a las contradicciones siguientes [141]: sienten el rechazo del racismo institucional, así que

[136] Carnoy, 1994.
[137] West, 1996.
[138] Hochschild, 1995; Gates, 1996.
[139] Sánchez Jankowski, 1991, 1996.
[140] Wideman y Preston, 1995; Giroux, 1996.
[141] Hochschild, 1995.

sólo pueden integrarse en la corriente mayoritaria estadounidense como líderes de su estirpe, como el «Décimo Capacitado» que Du Bois, el principal intelectual negro de principios de siglo, consideraba que eran los salvadores necesarios de la «raza negra», así como de todas las razas [142]. Pero la divisoria social, económica y cultural entre el «Décimo Capacitado» y una proporción significativa y creciente de negros estadounidenses es tal que tendrían que negarse a sí mismos y a sus hijos cumpliendo tal papel para convertirse en parte de una coalición pluriclasista y multirracial de cambio social progresista. En su soberbio librito que debate esta cuestión, Henry Louis Gates jr. y Cornel West parecen pensar, de una parte, que no hay otra alternativa, pero, aun así, tienen dudas razonables sobre la viabilidad de tal opción. Gates escribe: «La crisis real del liderazgo negro es que la misma idea de ese liderazgo está en crisis» [143]. Y West:

> Puesto que una alianza multirracial de la clase media progresista, de los sectores liberales de la elite empresarial y de la energía subversiva proveniente de abajo es el único vehículo mediante el cual cierta forma de responsabilidad democrática radical puede redistribuir recursos y riqueza, y reestructurar la economía y el gobierno de modo que todos se beneficien, los significativos esfuerzos secundarios del Décimo Capacitado por sí solo en el siglo XXI serán tristemente inadecuados y completamente frustrantes [144].

En efecto, el propio Du Bois se trasladó de Estados Unidos a Ghana en 1961 porque: «Ya no puedo aguantar más el trato de este país [...] Animaos y seguid luchando, pero tened en cuenta que los negros estadounidenses no pueden ganar» [145].

¿Llevará este fracaso de los esfuerzos para la plena integración a un renacimiento del separatismo negro en los Estados Unidos? ¿Podría ser ésta la nueva base de la identidad, en línea directa con los movimientos radicales de la década de los sesenta, como ejemplificaron los Panteras Negras? Así parecería, al menos entre la juventud militante, si hemos de prestar atención al culto renovado a Malcolm X, la creciente influencia de la Nation of Islam de Farrakhan o, más aún, el impacto extraordinario de la «Marcha del Millón de Hombres» de 1995 en Washington D.C., organizada en torno a la expiación, la moralidad y el orgullo de los hombres negros. No obstante, estas nuevas manifestaciones de identidad cultural-política revelan más grietas entre los afroamericanos y en realidad se organizan en torno a principios de autoidentificación que no son étnicos sino religiosos (islam, iglesias negras) y están fuertemente sesgados en cuanto al género (orgullo masculino, responsabilidad masculina, subordi-

---

142 Gates y West, 1996, pág. 133.
143 Gates, 1996, pág. 38.
144 West, 1996, pág. 110.
145 Gates y West, 1996, pág. 111.

nación femenina). El impacto de la «Marcha del Millón de Hombres» y su desarrollo predecible en el futuro transciende las líneas de clase, pero reduce la base de género de la identidad afroamericana y difumina las líneas entre autoidentificación religiosa, racial y de clase. En otras palabras, no se basó en la identidad, sino en el reflejo de una identidad en desaparición. ¿Cómo puede ser que, mientras que la sociedad está recordando a los negros cada minuto que son negros (por tanto, un tipo humano diferente y estigmatizado, proveniente, en un largo viaje, de la carencia de humanidad), los propios negros estén viviendo tantas vidas diferentes como para no ser capaces de compartir y, en lugar de ello, ser cada vez más violentos mutuamente? Este anhelo por la comunidad perdida es el que está surgiendo en los Estados Unidos negros en la década de los noventa, quizás porque la herida más profunda infligida a los afroamericanos en la década pasada haya sido la pérdida gradual de la identidad colectiva, que lleva a la deriva individual cuando aún se padece un estigma colectivo.

Éste no es un proceso necesario. Movimientos sociopolíticos como la *Rainbow Coalition* de Jessie Jackson, entre otros, continúan empeñados en unir las iglesias, minorías, comunidades, sindicatos y mujeres negras bajo una bandera común para luchar desde la política por la justicia social y la igualdad racial. No obstante, es un proceso de construcción de una identidad política que sólo si logra éxito a largo plazo podría crear una identidad cultural colectiva que sería necesariamente nueva tanto para los blancos como para los negros, si ha de superar el racismo a la vez que mantiene las diferencias culturales e históricas. Cornel West, aunque reconoce «una esperanza no desesperada sino inesperada», propone una «democracia radical» para transcender tanto las divisiones raciales como el nacionalismo negro[146]. Pero en las trincheras de los guetos, y en las salas de juntas de las empresas, la identidad histórica afroamericana se está fragmentando e individualizando, sin que aún se haya integrado en una sociedad abierta y multirracial.

Así pues, formulo la hipótesis de que la etnicidad no proporciona la base para paraísos comunales en la sociedad red, porque se fundamenta en lazos primordiales que pierden significado, cuando se separan de su contexto histórico, como cimiento para la reconstrucción del sentido en un mundo de flujos y redes, de recombinación de imágenes y de reasignación de significado. Los materiales étnicos se integran en comunas culturales que son más vigorosas y están definidas con mayor amplitud que la etnicidad, tales como la religión o el nacionalismo, como afirmaciones de la autonomía cultural en un mundo de símbolos. O, también, la etnicidad se convierte en el cimiento de trincheras defensivas que luego se territorializan en comunidades locales o incluso en bandas para defender su te-

[146] West, 1996, pág. 112.

rritorio. Entre las comunas culturales y las unidades territoriales de autodefensa, las raíces étnicas se retuercen, se dividen, se reprocesan, se mezclan, estigmatizadas o recompensadas de modo diferencial según una nueva lógica de informalización/globalización de las culturas y las economías que hace compuestos simbólicos con las identidades difusas. La raza importa, pero ya casi no construye sentido.

IDENTIDADES TERRITORIALES: LA COMUNIDAD LOCAL

Uno de los debates más antiguos en la sociología urbana hace referencia a la pérdida de la comunidad como resultado, primero de la urbanización y, luego, de la suburbanización. Hace algún tiempo, la investigación empírica, sobre todo la realizada por Claude Fischer y Barry Wellman [147], parece haber jubilado la noción simplista de una covariación sistemática de espacio y cultura. La gente se socializa e interactúa en su entorno local, ya sea en el pueblo, la ciudad o los suburbios residenciales, y construye redes sociales entre sus vecinos. Por otra parte, las identidades de base local se combinan con otras fuentes de significado y reconocimiento social en un patrón altamente diversificado que permite interpretaciones alternativas. Así que donde, en los años recientes, Etzioni ve el renacimiento de la comunidad en buena medida de base local, Putnam observa la desintegración de la visión de Tocqueville de una intensa sociedad civil en los Estados Unidos, donde las asociaciones de voluntariado han perdido miembros y actividad de forma sustancial durante la década de los ochenta [148]. Los informes sobre otras zonas del mundo son igualmente conflictivos en sus valoraciones. Sin embargo, no pienso que sea inexacto decir que los entornos locales, *per se*, no inducen un modelo específico de conducta o, a este respecto, una identidad distintiva. No obstante, lo que los autores comunalistas sostendrían, y que es coherente con mi propia observación transcultural, es que la gente se resiste al proceso de individualización y atomización social, y tiende a agruparse en organizaciones territoriales que, con el tiempo, generan un sentimiento de pertenencia y, en última instancia, en muchos casos, una identidad cultural y comunal. Introduzco la hipótesis de que para que esto suceda es necesario un proceso de movilización social. Es decir, la gente debe participar en movimientos urbanos (no muy revolucionarios) mediante los cuales se descubren y defienden los intereses comunes, se comparte en cierta medida la vida y puede producirse nuevo sentido.

Sé algo sobre el tema, ya que he pasado una década de mi vida estu-

---

[147] Wellman, 1979; Fischer, 1982.

[148] Etzioni, 1993; Putnam, 1995.

diando los movimientos sociales urbanos a lo largo del mundo [149]. Resumiendo mis datos, así como la literatura pertinente, propuse que los movimientos urbanos (los procesos de movilización social intencionales, organizados en un territorio determinado, orientados hacia fines relacionados con lo urbano) se centraban en tres conjuntos principales de objetivos: demandas urbanas sobre las condiciones de vida y el consumo colectivo, afirmación de la identidad cultural local y conquista de la autonomía política local y la participación ciudadana. Diferentes movimientos combinaban estos tres conjuntos de fines en proporciones diversas y los resultados de sus esfuerzos eran igualmente distintos. No obstante, en muchos casos, prescindiendo de los logros explícitos del movimiento, su propia existencia producía sentido, no sólo para quienes participaban en el movimiento, sino para la comunidad en general. Y no sólo durante su lapso de vida (usualmente breve), sino en la memoria colectiva de la localidad. En efecto, sostuve y sostengo que esta producción de sentido es un componente esencial de las ciudades a lo largo de la historia, ya que el entorno construido, con su significado, es resultado de un proceso conflictivo entre los intereses y valores de actores sociales opuestos.

Añadí algo más referente al momento histórico de mi observación (finales de los años setenta, comienzos de los ochenta), pero proyectando mi opinión hacia el futuro: los movimientos urbanos se iban a convertir en fuentes cruciales de resistencia a la lógica unilateral del capitalismo, el estatismo y el informacionalismo. Era sobre todo porque el fracaso de los movimientos y políticas (por ejemplo, el movimiento obrero, los partidos políticos) en contrarrestar la explotación económica, la dominación cultural y la opresión política había dejado a la gente sin otra elección que rendirse o reaccionar atendiendo a la fuente más inmediata de autorreconocimiento y organización autónoma: su localidad. Así fue como surgió la paradoja de una política cada vez más local en un mundo estructurado por procesos cada vez más globales. Había producción de sentido e identidad: mi barrio, mi comunidad, mi ciudad, mi escuela, mi árbol, mi río, mi playa, mi capilla, mi paz, mi entorno. Pero era una identidad defensiva, una identidad de atrincheramiento de lo conocido contra el carácter impredecible de lo desconocido e incontrolable. Indefensa de improviso frente a un torbellino global, la gente se encerró en sí misma; lo que tuvieran o lo que fueran se convirtió en su identidad. En 1983 escribí:

> Los movimientos urbanos afrontan los temas reales de nuestro tiempo, si bien no en la escala ni en los términos adecuados para la tarea. Y, sin embargo, no tienen elección, ya que son la última reacción a la dominación y explotación renovada que inundan nuestro mundo. Pero son más que una última postura simbólica y un grito desesperado: son síntomas de nuestras propias contradicciones y, por lo

---

[149] Castells, 1983.

> tanto, capaces en potencia de superarlas [...] Producen nuevo sentido histórico —en la zona crepuscular de pretender construir dentro de los muros de una comunidad local una nueva sociedad que saben inalcanzable. Y lo hacen alimentando los embriones de los movimientos sociales del mañana dentro de las utopías locales que los movimientos urbanos han construido para no rendirse al barbarismo [150].

¿Qué ha pasado desde entonces? Por supuesto, la respuesta empírica es extraordinariamente diversa, sobre todo si observamos a lo largo de las culturas y zonas del mundo [151]. Sin embargo, en aras del análisis, me aventuraría a sintetizar las principales trayectorias de los movimientos urbanos durante las décadas de los ochenta y los noventa bajo cuatro epígrafes.

En primer lugar, en muchos casos los movimientos urbanos, y sus discursos, actores y organizaciones, se han integrado en la estructura y la práctica de los gobiernos locales, ya sea de forma directa o indirecta, mediante un sistema diversificado de participación ciudadana y desarrollo comunitario. Esta tendencia, aunque liquida los movimientos urbanos como fuente de cambio social alternativo, ha reforzado considerablemente al gobierno local e introducido la posibilidad del estado local como instancia significativa de reconstrucción del control político y el significado social. Volveré a este hecho fundamental en el capítulo 5, cuando analice la transformación general del estado.

En segundo lugar, las comunidades locales y sus organizaciones han alimentado las bases de un movimiento medioambiental amplio e influyente, sobre todo en los barrios de clase media, y en los suburbios, las zonas residenciales más alejadas y el campo urbanizado (véase el cap. 3). Sin embargo, estos movimientos son con mucha frecuencia defensivos y reactivos, centrándose en la conservación más estricta de su espacio y entorno inmediato, como ejemplifica, en los Estados Unidos, la actitud «en mi patio trasero, no», mezclando en el mismo rechazo los desechos tóxicos, las plantas nucleares, los proyectos de vivienda pública, las prisiones y los asentamientos de hogares móviles. Estableceré una distinción importante, que desarrollaré en el capítulo 3 cuando analice el movimiento ecologista, entre la búsqueda del control del espacio (una reacción defensiva) y la búsqueda del control del tiempo; es decir, la conservación de la naturaleza y del planeta para las generaciones futuras, a muy largo plazo, por lo que se adopta un tiempo cosmológico y se rechaza el planteamiento de tiempo inmediato del desarrollo instrumentalista. Las identidades que surgen de estas dos perspectivas son completamente diferentes, ya que los espacios defensivos conducen al individualismo colectivo y la sincronización ofensiva hace accesible la reconciliación entre cultura y naturaleza, con lo que se introduce una nueva filosofía holística de la vida.

---

150 Castells, 1983, pág. 331.

151 Massolo, 1992; Fisher y Kling, 1993; Calderón, 1995; Judge *et al.*, 1995; Tanaka, 1995; Borja y Castells, 1996; Hsia, 1996; Yazawa (en preparación).

En tercer lugar, un vasto número de comunidades pobres de todo el mundo han participado en una supervivencia colectiva, como en el caso de las cocinas comunales que florecieron en Santiago de Chile o en Lima durante la década de los ochenta. Ya sea en los asentamientos ilegales de América Latina, en el centro de las ciudades estadounidenses o en los barrios de clase obrera de las ciudades asiáticas, las comunidades han construido sus «estados de bienestar» propios (en ausencia de las políticas públicas responsables) basándose en redes de solidaridad y reciprocidad, con frecuencia en torno a iglesias o apoyadas por organizaciones no gubernamentales con financiación internacional (ONG), y a veces con la ayuda de los intelectuales de izquierda. Estas comunidades locales organizadas han desempeñado, y continúan desempeñando, un importante papel en la supervivencia diaria de una proporción significativa de la población urbana mundial, en el umbral de la hambruna y la epidemia. Esta tendencia la ilustró, por ejemplo, la experiencia de asociaciones comunales organizada por la Iglesia católica en São Paulo en la década de los ochenta [152], o por las ONG de patrocinio internacional en Bogotá durante la década de los noventa [153]. En la mayoría de los casos, surge una identidad comunal, aunque es muy frecuente que quede absorbida dentro de la fe religiosa, hasta el punto de que arriesgaría la hipótesis de que este tipo de comunitarismo es, sobre todo, una comuna religiosa, ligada a la conciencia de ser los explotados o los excluidos. Así pues, la gente que se organiza en comunidades locales pobres puede sentirse revitalizada y reconocida como seres humanos mediante la redención religiosa.

En cuarto lugar, este relato tiene un lado oscuro, concerniente a la evolución de los movimientos urbanos, sobre todo en las zonas urbanas segregadas, una tendencia que preví hace tiempo:

> Si no se escuchan las peticiones de los movimientos urbanos, si siguen cerrados los nuevos caminos políticos, si los nuevos movimientos sociales centrales (feminismo, nuevo movimiento obrero, autogestión, comunicación alternativa) no se desarrollan plenamente, volverán los movimientos urbanos —utopías reactivas que trataron de iluminar la senda que no podían recorrer—, pero esta vez como sombras urbanas ávidas de destruir los muros cerrados de su ciudad cautiva [154].

Afortunadamente, el fracaso no fue total y la expresión diversificada de las comunidades locales organizadas proporcionó caminos para la reforma, la supervivencia y la autoidentificación, pese a la falta de movimientos sociales importantes, capaces de articular el cambio en la nueva sociedad que ha surgido en las dos últimas décadas. No obstante, las duras medidas de ajuste económico de los años ochenta, la extendida crisis

---

152 Cardoso de Leite, 1983; Gohn, 1991.
153 Espinosa y Useche, 1992.
154 Castells, 1983, pág. 327.

de legitimidad política y el impacto exclusionista del espacio de los flujos sobre el espacio de los lugares (véase el volumen I) afectaron a la vida social y la organización en las comunidades locales pobres. En las ciudades estadounidenses, surgieron las bandas como una forma importante de asociación, trabajo e identidad para cientos de miles de jóvenes. En efecto, como Sánchez Jankowski ha mostrado en su amplio estudio sobre las bandas [155], éstas desempeñan un papel estructurador en muchas zonas, lo que explica el sentimiento ambiguo de los residentes locales hacia ellas, en parte temerosos, pero también, en parte, capaces de relacionarse con la sociedad de bandas mejor que con las instituciones oficiales, que sólo suelen estar presentes en sus manifestaciones represivas. Las bandas, o su equivalente funcional, no son de ningún modo un *graffiti* estadounidense. Las pandillas de la mayoría de las ciudades latinoamericanas son un elemento clave de sociabilidad en los barrios pobres, al igual que lo son en Yakarta, Bangkok, Manila, Mantes-la-Jolie (París) o la Meseta de Orcasitas (Madrid). Las bandas son una vieja historia en muchas sociedades, sobre todo en los Estados Unidos (recuérdese *Street Corner Society* de William White). No obstante, hay algo nuevo en las bandas de la década de los noventa, que caracteriza a la construcción de la identidad como el espejo distorsionante de la cultura informacional. Es lo que Magaly Sánchez e Yves Pedrazzini, basándose en su estudio de los *malandros* (chicos malos) de Caracas, llaman la *cultura de la urgencia* [156]. Es una cultura del fin inmediato de la vida, no de su negación, sino de su celebración. Por lo tanto, todo ha de probarse, sentirse, experimentarse, lograrse, antes de que sea demasiado tarde, ya que no hay mañana. ¿Es en realidad tan diferente de la cultura del narcisismo consumista descrito por Lasch? ¿Han entendido los chicos malos de Caracas u otros lugares más de prisa que el resto de nosotros qué ocurre en nuestra sociedad? ¿Es la nueva identidad de las bandas la cultura del hiperindividualismo comunal? Individualismo porque, en el modelo de gratificación inmediata, sólo el individuo puede ser una unidad contable apropiada. Comunalismo porque, para que este hiperindividualismo sea una identidad —es decir, se socialice como un valor, no sólo como un consumo sin sentido—, necesita un medio de apreciación y apoyo mutuo: una comuna, como en la época de White. Pero, a diferencia de la de éste, esta comuna puede estallar en cualquier momento, es una comuna del fin de los tiempos, es una comuna del tiempo atemporal, que caracteriza a la sociedad red. Y existe, y explota, territorialmente. Las culturas locales de urgencia son la expresión invertida de la atemporalidad global.

Así pues, las comunidades locales, construidas mediante la acción colectiva y conservadas mediante la memoria colectiva, son fuentes específi-

155 Sánchez Jankowski, 1991.

156 Sánchez y Pedrazzini, 1996.

cas de identidades. Pero estas identidades, en la mayoría de los casos, son reacciones defensivas contra las imposiciones del desorden global y el cambio de ritmo rápido e incontrolable. Construyen refugios, sí, pero no paraísos.

CONCLUSIÓN: LAS COMUNAS CULTURALES DE LA ERA DE LA INFORMACIÓN

La transformación de nuestra cultura y nuestra sociedad tendrá que ocurrir en diversos niveles. Si sólo sucediera en las mentes de los individuos (como ya ha pasado en cierta medida), sería impotente. Si obedeciera sólo a la iniciativa del estado, sería tiránica. La transformación personal numerosa es esencial, y no debe ser sólo una transformación de la conciencia, sino que también ha de implicar la acción individual. Pero los individuos necesitan el alimento de los grupos que llevan consigo una tradición moral que refuerza sus aspiraciones propias.

Robert Bellah *et al., Habits of the Heart*[157]

Nuestro viaje intelectual por los paisajes comunales proporciona algunas respuestas preliminares a las preguntas suscitadas al comienzo de este capítulo sobre la construcción de la identidad en la sociedad red.

Para aquellos actores sociales excluidos de la individualización, o que se resisten a ella, de la identidad unida a la vida en las redes globales de poder y riqueza, las comunas culturales de base religiosa, nacional o territorial parecen proporcionar la principal alternativa para la construcción de sentido en nuestra sociedad. Estas comunas culturales se caracterizan por tres rasgos principales. Aparecen como reacciones a las tendencias sociales imperantes, a las que se opone resistencia en nombre de las fuentes autónomas de sentido. Son, desde el principio, identidades defensivas que funcionan como refugio y solidaridad, para proteger contra un mundo exterior hostil. Están constituidas desde la cultura; esto es, organizadas en torno a un conjunto específico de valores, cuyo significado y participación están marcados por códigos específicos de autoidentificación: la comunidad de creyentes, los iconos del nacionalismo, la geografía de la localidad.

La etnicidad, aunque es un rasgo fundamental de nuestras sociedades, sobre todo como fuente de discriminación y estigma, no puede inducir por sí misma comunas. Más bien, es probable que se incorpore a la religión, la nación y la localidad, cuya especificidad tiende a reforzar.

La constitución de estas comunas culturales no es arbitraria. Utiliza las materias primas de la historia, la geografía, la lengua y el entorno. Así que se construyen, pero materialmente, en torno a reacciones y proyectos determinados por la historia y la geografía.

---

157 Bellah *et al.*, 1985, pág. 286.

El fundamentalismo religioso, el nacionalismo cultural, las comunas territoriales son, en general, reacciones defensivas. Reacciones contra tres amenazas fundamentales, percibidas en todas las sociedades por la mayoría de la humanidad en este fin de milenio. Reacción contra la globalización, que disuelve la autonomía de las instituciones, las organizaciones y los sistemas de comunicación donde vive la gente. Reacción contra la interconexión y la flexibilidad, que difumina los límites de la pertenencia y la participación, individualiza las relaciones sociales de producción y provoca la *inestabilidad estructural del trabajo, el espacio y el tiempo*. Reacción contra la crisis de la familia patriarcal, raíz de la transformación de los mecanismos de construcción de la seguridad, la socialización, la sexualidad y, por lo tanto, de los sistemas de la personalidad. Cuando el mundo se vuelve demasiado grande para ser controlado, los actores sociales pretenden reducirlo de nuevo a su tamaño y alcance. Cuando las redes disuelven el tiempo y el espacio, la gente se ancla en los lugares y recuerda su memoria histórica. Cuando el sustento patriarcal de la personalidad se quiebra, la gente afirma el valor transcendente de la familia y la comunidad, como voluntad de Dios.

Estas reacciones defensivas se convierten en fuentes de sentido e identidad mediante la construcción de nuevos códigos culturales a partir de materiales históricos. Como los nuevos procesos de dominación a los que reacciona la gente están insertos en los flujos de información, la construcción de la autonomía ha de basarse en la inversión de estos flujos. Dios, patria, familia y comunidad proporcionarán códigos eternos e indestructibles en torno a los cuales se organizará una contraofensiva a la cultura de la virtualidad real. La verdad eterna no puede virtualizarse. Está incorporada en nosotros. Por lo tanto, contra la informacionalización de la cultura, se informacionalizan los cuerpos. Es decir, los individuos llevan sus dioses en su corazón. No razonan, creen. Son la manifestación corporal de los valores eternos de Dios y, como tales, no pueden disolverse, perderse en el torbellino de los flujos de información y las redes transorganizativas. Por ello, la lengua y las imágenes comunales son tan esenciales para restaurar la comunicación entre los cuerpos autonomizados, escapando al dominio de los flujos ahistóricos, pero tratando de restablecer nuevos modelos de comunicación significativa entre los creyentes.

Esta forma de construir la identidad gira esencialmente en torno al principio de la *identidad de resistencia*, como se definió al comienzo de este capítulo. La *identidad legitimadora* parece haber entrado en una crisis fundamental debido a la rápida desintegración de la sociedad civil heredada de la era industrial y al declive del estado-nación, la principal fuente de legitimidad (véase el cap. 5). En efecto, las comunas culturales que organizan la nueva resistencia surgen como fuentes de identidad al separarse de las sociedades civiles y las instituciones estatales a partir de

las cuales se originaron, como es el caso del fundamentalismo islámico que se desprendió de la modernización económica (Irán) y del nacionalismo de los estados árabes; o de los movimientos nacionalistas, que desafían al estado-nación y a las instituciones estatales de las sociedades donde nacen. Esta negación de las sociedades civiles y las instituciones políticas, donde surgen comunas culturales, lleva al cierre de las fronteras de la comuna. En contraste con las sociedades civiles diferenciadas y pluralistas, las comunas culturales muestran escasa diferenciación interna. En efecto, su fuerza y su capacidad para proporcionar refugio, consuelo, certidumbre y protección proviene precisamente de su carácter comunal, de su responsabilidad colectiva, que borra los proyectos individuales. Así pues, en el primer estadio de la reacción, la (re)construcción del sentido por parte de las identidades defensivas se desprende de las instituciones de la sociedad y promete reedificarla de arriba abajo, mientras se atrincheran en un paraíso comunal.

Es posible que de esas comunas puedan surgir nuevos sujetos —esto es, nuevos agentes de transformación social—, con lo que se construirá un nuevo sentido en torno a la *identidad proyecto*. En efecto, sostendría que, dada la crisis estructural de la sociedad civil y el estado-nación, quizás ésta sea la principal fuente potencial de cambio social en la sociedad red. En cuanto a cómo y por qué estos nuevos sujetos proactivos podrían formarse a partir de estas comunas culturales reactivas, será el núcleo del análisis de los movimientos sociales en la sociedad red que desarrollaré a lo largo de este volumen.

Pero ya podemos decir algo atendiendo a las observaciones y exposiciones presentadas en este capítulo. El surgimiento de identidades proyecto de tipos diferentes no es una necesidad histórica. Muy bien pudiera ser que la resistencia cultural permaneciera encerrada en las fronteras de las comunas. Si esto es así, y donde y cuando lo sea, el comunalismo cerrará el círculo de su fundamentalismo latente sobre sus propios componentes, provocando un proceso que quizás transforme los paraísos comunales en infiernos celestiales.

2

LA OTRA CARA DE LA TIERRA: MOVIMIENTOS SOCIALES CONTRA EL NUEVO ORDEN GLOBAL

Tu problema es el mismo que tienen muchos. Se refiere a la doctrina económica y social conocida como «neoliberalismo» [...] ¡Es un problema metateórico! Sí, ustedes parten de que el «neoliberalismo» es una doctrina. Y por «ustedes» me refiero a los que insisten en esquemas rígidos y cuadrados como su cabeza. Ustedes piensan que el «neoliberalismo» es una doctrina del capitalismo para enfrentar las crisis económicas que el mismo capitalismo atribuye al «populismo». [...] Bien, resulta que el «neoclasicismo» no es una teoría para enfrentar o explicar la crisis. ¡Es la crisis misma hecha teoría y doctrina económica! Es decir, que el «neoliberalismo» no tiene la más mínima coherencia, no tiene planes ni perspectiva histórica. En fin, pura mierda teórica.

Durito hablando al Subcomandante Marcos en la Selva Lacandona, 1994[1].

GLOBALIZACIÓN, INFORMACIONALIZACIÓN Y MOVIMIENTOS SOCIALES[2]

La globalización y la informacionalización, instituidas por las redes de riqueza, tecnología y poder, están transformando nuestro mundo. Están ampliando nuestra capacidad productiva, nuestra creatividad cultural y nuestro potencial de comunicación. Al mismo tiempo, están privando de sus derechos ciudadanos a las sociedades. Como las instituciones del estado y las organizaciones de la sociedad civil se basan en la cultura, la his-

[1] Durito es un personaje habitual en los escritos del Subcomandante Marcos, el portavoz de los zapatistas. Es un escarabajo, pero muy listo; de hecho, es el consejero intelectual de Marcos. El problema es que siempre teme ser aplastado por los numerosos guerrilleros que lo rodean, así que pide a Marcos que mantenga a la guerrilla con poca gente. Este texto de Durito aparece en Ejército Zapatista de Liberación Nacional/Subcomandante Marcos, 1995, págs. 58 y 59.

[2] Este capítulo se ha beneficiado de los valiosos intercambios intelectuales realizados en el Seminario Internacional sobre Globalización y Movimientos Sociales, organizado por el International Sociological Association Research Commmittee on Social Movements, que se celebró en Santa Cruz (California) del 16 al 19 de abril de 1996. Agradezco a los organizadores del seminario, Barbara Epstein y Louis Maheu, su amable invitación.

toria y la geografía, la aceleración repentina del tempo histórico y la abstracción del poder en una red de ordenadores están desintegrando los mecanismos de control social y representación política existentes. Con la excepción de una pequeña elite de *globopolitas* (mitad seres, mitad flujos), en todo el mundo las personas sufren una pérdida de control sobre sus vidas, sus entornos, sus puestos de trabajo, sus economías, sus gobiernos, sus países y, en definitiva, sobre el destino de la tierra. Así pues, siguiendo una antigua ley de la evolución social, la resistencia se enfrenta a la dominación, la movilización reacciona contra la impotencia y los proyectos alternativos desafían a la lógica imbuida en el nuevo orden global, que en todo el planeta se percibe cada vez más como un desorden. Sin embargo, estas reacciones y movilizaciones, como con frecuencia sucede en la historia, se presentan en formatos inusuales y avanzan por vías inesperadas. Este capítulo y el siguiente exploran esas vías.

Para ampliar el alcance empírico de mi estudio, a la vez que mantengo su enfoque analítico, compararé tres movimientos que se oponen de forma explícita al orden global de la década de los noventa, provenientes de contextos culturales, económicos e institucionales extremadamente diferentes y mediante ideologías claramente opuestas: los zapatistas de Chiapas (México), la milicia estadounidense, y *Aum Shinrikyo*, una secta japonesa.

En el capítulo siguiente, analizaré el movimiento ecologista, del que cabría afirmar que es el más ubicuo e influyente de nuestro tiempo. A su modo y mediante la cacofonía creativa de sus múltiples voces, también desafía el desorden ecológico global, el riesgo del ecosuicidio, producido por el desarrollo global incontrolado y por la liberación de fuerzas tecnológicas sin precedentes, sin comprobar si son sostenibles social y medioambientalmente. Pero su especificidad cultural y política, y su carácter de movimiento social proactivo más que reactivo, aconsejan un tratamiento analítico separado, como algo distinto de los movimientos defensivos construidos en torno a las trincheras de identidades específicas.

Antes de adentrarnos en el núcleo del tema, permítaseme introducir tres breves comentarios metodológicos que son necesarios para comprender los análisis que se van a presentar en las páginas siguientes[3].

En primer lugar, *los movimientos sociales* han de comprenderse en sus propios términos: a saber, *son lo que dicen ser*. Sus prácticas (y sobre todo sus prácticas discursivas) son su autodefinición. Este planteamiento nos evita la complicada tarea de interpretar la «verdadera» conciencia de los movimientos, como si sólo pudieran existir revelando las contradicciones

[3] Para una exposición teórica de los movimientos sociales con relevancia directa para la investigación que se presenta, véanse Castell, 1983; Dalton y Kuechler, 1990; Epstein, 1991; Riechmann y Fernández Buey, 1994; Calderón, 1995; Dubet y Wieviorka, 1995; Maheu, 1995; Melucci, 1995; Touraine, 1995; Touraine *et al.*, 1996; Yazawa, 1996.

estructurales «reales». Como si, para nacer, tuvieran que cargar por necesidad con esas contradicciones, como llevan sus armas y enarbolan sus banderas. Una operación de investigación diferente y necesaria es establecer la relación entre los movimientos, según los definen su práctica, sus valores y sus discursos, y los procesos sociales a los que parecen estar asociados: por ejemplo, la globalización, la informacionalización, la crisis de la democracia representativa y el dominio de la política simbólica en el espacio de los medios de comunicación. En mi análisis trataré de realizar ambas operaciones: la caracterización de cada movimiento, atendiendo a su propia dinámica específica, y su interacción con los procesos más amplios que provocan su existencia y resultan modificados por la misma. La importancia que otorgo al discurso de los movimientos se reflejará en lo que escriba. Al presentar y analizar los movimientos, seguiré muy de cerca sus propias *palabras*, no sólo las ideas, según se recogen en los documentos sobre los que he trabajado. Sin embargo, para ahorrar al lector los detalles minuciosos de las citas, he optado por presentar referencias genéricas a los materiales de los que se han obtenido los discursos, dejando que el lector interesado encuentre en ellos las palabras precisas de las que da cuenta este texto.

En segundo lugar, los movimientos sociales pueden ser socialmente conservadores, socialmente revolucionarios, ambas cosas a la vez o ninguna. Después de todo, hemos llegado a la conclusión (espero que para siempre) de que no existe una direccionalidad predeterminada en la evolución social, que el único sentido de la historia es la historia que sentimos. Por lo tanto, desde una perspectiva analítica, no hay movimientos sociales «malos» ni «buenos». Todos son síntomas de nuestras sociedades y todos chocan con las estructuras sociales, con intensidades variables y resultados que deben establecerse mediante la investigación. Así pues, me gustan los zapatistas, no me gusta la milicia estadounidense y me horroriza *Aum Shinrikyo*. No obstante, todos son, como sostendré, signos significativos de nuevos conflictos sociales y embriones de resistencia social y, en algunos casos, de cambio social. Sólo explorando con una mente abierta el nuevo paisaje histórico, seremos capaces de encontrar senderos luminosos, abismos oscuros y resquicios confusos en el camino hacia la nueva sociedad que surge de las crisis actuales.

En tercer lugar, para poner cierto orden en una masa de materiales muy diversos sobre los movimientos sociales que van a examinarse en este capítulo y los siguientes, me resultó útil clasificarlos según la tipología clásica de Alain Touraine, que define un movimiento social mediante tres principios: la *identidad* del movimiento, el *adversario* del movimiento y la visión o modelo social del movimiento, que yo denomino *objetivo social*[4]. En mi adaptación personal (que considero coherente con la teoría

[4] Touraine, 1965, 1966. De hecho, su formulación utiliza una terminología ligeramente

de Touraine), la *identidad* hace referencia a la autodefinición del movimiento, de lo que es, en nombre de quién habla. El *adversario* hace referencia al principal enemigo del movimiento, según lo identifica éste de forma explícita. El *objetivo social* hace referencia a la visión del movimiento del tipo de orden social, u organización social, que desearía obtener en el horizonte histórico de su acción colectiva.

Una vez aclarado el punto de partida, emprendamos este viaje a la otra cara de la tierra, la que rechaza la globalización en aras del capital y la informacionalización en aras de la tecnología. Y donde los sueños del pasado y las pesadillas del futuro habitan en un mundo caótico de pasión, generosidad, prejuicio, miedo, fantasía, violencia, estrategias fallidas y golpes de suerte. Humanidad, al fin y al cabo.

Los tres movimientos que he seleccionado para comprender el levantamiento contra la globalización son extremadamente diferentes en su identidad, sus objetivos, su ideología y su relación con la sociedad [5]. Éste es precisamente el interés de la comparación porque son similares, pese a todo, en su oposición explícita al nuevo orden global, identificado como el enemigo en su discurso y en su práctica. Y es probable que todos ellos tengan repercusiones importantes en sus sociedades, de forma directa o indirecta. Los zapatistas ya han transformado México, provocando una crisis en la política corrupta y la economía injusta prevalecientes, mientras plantean propuestas para la reconstrucción democrática que se están debatiendo ampliamente en México y en todo el mundo. La milicia estadounidense, el componente más militante de un movimiento sociopolítico más extenso que se identifica a sí mismo como Los Patriotas (o Falsos Patriotas, como los denominan sus críticos), tiene raíces mucho más profundas en la sociedad estadounidense de lo que suele reconocerse y puede provocar acontecimientos impredecibles y significativos en la tensa escena política estadounidense, como sostendré más adelante. *Aum Shinrikyo*, aunque sigue siendo una secta marginal en la sociedad japonesa, dominó la atención de los medios de comunicación y el debate público durante más de un año (en 1995-1996) y ha actuado como un síntoma de heridas inadvertidas y dramas profundos desarrollados tras el telón de la serenidad japonesa. Lo que trato de establecer al reunir en el análisis estas rebeliones diferentes y dinámicas es precisamente la diversidad de las fuentes de la resistencia al nuevo orden global. Junto con el recordatorio de que la ilusión neoliberal del

---

diferente, en francés: *principe d'identité, principe d'opposition, principe de totalité*. He decidido que resultaría más claro para una audiencia internacional emplear palabras más llanas para decir lo mismo, a riesgo de perder el auténtico sabor francés.

[5] Este análisis comparativo se basa en un estudio conjunto realizado con Shujiro Yazawa y Emma Kiselyova en 1995. Para una primera elaboración de este estudio, véase Castells *et al.*, 1996.

fin de la historia ha terminado, cuando las sociedades apelan a su especificidad histórica y se vengan de su dominación por los flujos globales.

LOS ZAPATISTAS DE MÉXICO: LA PRIMERA GUERRILLA INFORMACIONAL[6]

El Movimiento Civil Zapatista es un movimiento que opone la solidaridad social a la delincuencia organizada desde el poder del dinero y del gobierno.

Del Manifiesto fundacional del Movimiento Civil Zapatista, San Cristóbal de las Casas, agosto de 1995. Citado de Ejército Zapatista de Liberación Nacional, 1995, pág. 286.

Lo nuevo en la historia política de México, es que el proceso se revierta contra el poder a partir de que se genera una forma de comunicación alterna. [...]

Lo nuevo en la guerra política de Chiapas fue el surgimiento de distintos centros emisores que interpretaron los hechos de forma variadísima. La información pública que llegaba a la sociedad, a través de los medios de comunicación y por las otras vías alternas que hoy permite la tecnología, fue superior a la que podían controlar las estrategias de comunicación convencionales. Marcos opinaba, la iglesia opinaba, opinaban los periodistas independientes, las organizaciones no gubernamentales y algunos intelectuales, desde la selva, desde la Ciudad de México o desde las capitales financieras y políticas del mundo. Esas opiniones alternas, potenciadas por medios de comunicación abiertos, o por medios cerrados que resintieron la competencia de los medios abiertos, pusieron en entredicho las formas tradicionales de construcción de «lo cierto», y dieron cabida también, dentro del régimen político, a opiniones distintas. [...] La opinión del PRI se fragmentó.

Moreno Toscano, *Turbulencia política*, pág. 82.

México, la nación que generó el prototipo de la revolución social del siglo XX, es ahora el escenario del prototipo de la guerra red social y transnacional del siglo XXI.

Rondfeldt, Rand Corporation, 1995

[6] El análisis del movimiento zapatista que se presenta tiene una gran deuda, como es con frecuencia el caso en este libro, con la contribución de dos mujeres. La profesora Alejandra Moreno Toscano, distinguida historiadora urbana y antigua Secretaria de la Seguridad Social de México D.F., fue ayudante de Manuel Camacho, el representante presidencial durante el periodo crítico de las negociaciones entre el gobierno mexicano y los zapatistas en los primeros meses de 1994. Me proporcionó documentos y perspicaces opiniones, y me ayudó decisivamente a comprender el proceso general de la política mexicana en 1994-1996. Para su análisis (el planteamiento más inteligente que he leído), véase Moreno Toscano, 1996. En segundo lugar, María Elena Martínez Torres, una de mis alumnas de doctorado de Berkeley, era una minuciosa observadora del campesinado chiapaneco. Durante nuestra interacción intelectual, me proporcionó sus propios análisis (Martínez Torres, 1994, 1996). Naturalmente, admito la responsabilidad exclusiva de la interpretación y los posibles errores en las conclusiones presentadas en este libro. Las fuentes adicionales que se han utilizado para el movimiento zapatista son: García de León, 1985; Arquilla y Rondfeldt, 1993; Collier y Lowery Quaratiello, 1994; Ejército Zapatista de Liberación Nacional, 1994, 1995; Trejo Delarbre, 1994a, b; Collier, 1995; Hernández Navarro, 1995; Nash *et al.*, 1995; Rojas, 1995; Rondfeldt, 1995; Tello Díaz, 1995; Woldenberg, 1995.

El 1 de enero de 1994, el primer día del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), unos 3.000 hombres y mujeres, organizados en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, ligeramente armados, se hicieron con el control de los principales municipios adyacentes a la Selva Lacandona, en el estado sureño mexicano de Chiapas: San Cristóbal de las Casas, Altamirano, Ocosingo y Las Margaritas. La mayoría de ellos eran indios de varios grupos étnicos, aunque también había mestizos, y algunos de sus dirigentes, y en particular su portavoz, el Subcomandante Marcos, eran intelectuales urbanos. Los dirigentes escondían sus rostros bajo pasamontañas. Cuando el ejército mexicano envió refuerzos, las guerrillas se retiraron a la selva en buen orden. Sin embargo, varias docenas de ellos, así como civiles y diversos soldados y policías, murieron en el enfrentamiento o fueron ejecutados sumariamente por los soldados poco después. La repercusión del alzamiento en México y la amplia simpatía que la causa zapatista inspiró de inmediato en el país y en el mundo convencieron al presidente mexicano, Carlos Salinas de Gortari, de que había que negociar. El 12 de enero, Salinas anunció un alto el fuego unilateral y nombró «comisionado para la paz» a Manuel Camacho, respetado político mexicano, en determinado momento considerado su probable sucesor, pero que había renunciado al gobierno cuando Salinas frustró sus esperanzas presidenciales (véase mi análisis sobre la crisis política mexicana en el capítulo 5). Manuel Camacho y su asesora intelectual de confianza, Alejandra Moreno Toscano, viajaron a Chiapas, se reunieron con el influyente obispo católico Samuel Ruiz y entablaron serias conversaciones de paz con los zapatistas, que en seguida reconocieron la sinceridad del diálogo, aunque se mantuvieron justificablemente cautelosos ante la represión potencial o la manipulación. Camacho leyó a los insurgentes un texto en tzotzil, también difundido en tzeltal y chol: era la primera vez que un alto cargo mexicano reconocía las lenguas indias. El 27 de enero, se firmó un acuerdo que establecía un alto el fuego, la liberación de los prisioneros de ambas partes y el establecimiento de un proceso de negociación sobre una agenda amplia de reforma política, derechos de los indios y demandas sociales.

¿Quiénes son los zapatistas?

¿Quiénes eran esos insurgentes, desconocidos hasta entonces para el resto del mundo, pese a dos décadas de amplias movilizaciones campesinas en las comunidades de Chiapas y Oaxaca? Eran campesinos, en su mayoría indios, tzeltales, tzotziles y choles, generalmente de las comunidades establecidas desde la década de los cuarenta en la selva lacandona de la frontera con Guatemala. Estas comunidades se fundaron con el respaldo gubernamental para encontrar un modo de salir de la crisis social

creada por la expulsión de los acasillados (campesinos sin tierras que trabajan para los terratenientes) de las fincas y ranchos propiedad de terratenientes medianos y grandes, en general mestizos. Durante siglos, los indios y los campesinos han sufrido el abuso de los colonizadores, burócratas y colonos. Y durante décadas, se los ha mantenido en una inseguridad constante, ya que la posición de sus asentamientos cambiaba frecuentemente, de acuerdo con los intereses del gobierno y los terratenientes. En 1972, el presidente Echeverría decidió crear la «reserva de la biosfera» de Montes Azules y devolver la mayor parte de la selva a las 66 familias de la tribu lacandona original, así que ordenó la reubicación de 4.000 familias que se habían reasentado en esta zona, tras su expulsión de sus comunidades originales. Tras las tribus lacandonas y el repentino amor a la naturaleza estaban los intereses de la compañía forestal Cofolasa, apoyada por la compañía de desarrollo gubernamental NAFINSA, que recibió los derechos de explotación forestal. La mayoría de los colonos se negaron a la reubicación y comenzó una lucha de veinte años por su derecho a la tierra, que aún persistía cuando Salinas asumió la presidencia en 1988. Salinas acabó aceptando los derechos de algunos colonos, pero restringió su generosidad a aquellos pocos que apoyaban al PRI (Partido Revolucionario Institucional), el partido del gobierno. En 1992, un nuevo decreto abolió los derechos legales de las comunidades indias que se habían reasentado por segunda vez. Ahora el pretexto era la Conferencia de Río sobre el Medio Ambiente y la necesidad de proteger la selva tropical. También se restringió el forraje del ganado en la zona para ayudar a los rancheros de Chiapas, que competían con el ganado de contrabando procedente de Guatemala. El golpe final a la frágil economía de las comunidades campesinas llegó cuando las políticas de liberalización mexicanas de la década de los noventa, en preparación para el TLC, incrementaron las importaciones de maíz y eliminaron la protección del precio del café. La economía local, basada en la silvicultura, el ganado, el café y el maíz, quedó desmantelada. Además, la posición de la tierra comunal se hizo incierta tras la reforma realizada por Salinas del histórico artículo 27 de la Constitución mexicana, que ponía fin a la posesión comunal de la propiedad agrícola por parte de los ejidos, en favor de la plena comercialización de la propiedad individual, otra medida directamente relacionada con el alineamiento de México con la privatización de acuerdo con el TLC. En 1992 y 1993, los campesinos se movilizaron pacíficamente contra esas políticas. Pero después de que su enérgica marcha de Xi' Nich, que llevó a miles de campesinos de Palenque a la Ciudad de México, quedara sin respuesta, cambiaron de táctica. A mediados de 1993, en la mayoría de las comunidades lacandonas no se plantó maíz, se dejó el café en las matas, los niños abandonaron las escuelas y se vendió el ganado para comprar armas. El encabezamiento de la Proclama de los insurgentes del 1 de enero de 1994 decía: «¡Hoy decimos BASTA!»

Esas comunidades campesinas, en su mayoría indias, a las que se unieron otros asentamientos de la región de Los Altos, no estaban solas en las luchas sociales que habían acometido desde comienzos de la década de los setenta. Estaban respaldadas, y hasta cierta medida organizadas, por la Iglesia católica, bajo la iniciativa del obispo de San Cristóbal de las Casas, Samuel Ruiz, relacionado con la teología de la liberación. Los sacerdotes no sólo apoyaban y legitimaban las demandas de los indios, sino que los ayudaron a formar cientos de cuadros de los sindicatos campesinos. Estos cuadros compartían la pertenencia a la iglesia y a los sindicatos. Más de cien *tuhuneles* (ayudantes de los sacerdotes) y más de mil catequistas constituían la espina dorsal del movimiento, que se desarrolló en la forma de sindicatos campesinos, cada uno de ellos basado en una comunidad (ejido). El fuerte sentimiento religioso de los indios se reforzó por la educación, la información y el respaldo de la Iglesia, llevando a frecuentes conflictos entre la iglesia local, por una parte, y los rancheros y el aparato político priísta de Chiapas, por otra. No obstante, aunque la Iglesia fue decisiva en la educación, organización y movilización de las comunidades campesinas indias durante muchos años, Samuel Ruiz y sus ayudantes se opusieron con fuerza a la lucha armada y no se encontraban entre los rebeldes, en contra de las acusaciones de los rancheros chiapanecos. Los cuadros que organizaron la insurrección armada provenían, en su mayoría, de las propias comunidades indias, sobre todo de las filas de los hombres y mujeres jóvenes que habían crecido en el nuevo clima de zozobra económica y lucha social. Otros cuadros provenían de los grupos maoístas formados en el México urbano (sobre todo en la Ciudad de México y Monterrey) en la década de los setenta, en la estela del movimiento estudiantil de 1968 aplastado en la matanza de Tlatelolco. Las Fuerzas de Liberación Nacional parecen haber sido activas en la zona durante largo tiempo, aunque los relatos difieren en este punto. En cualquier caso, sea cual fuere el origen, parece que, tras una serie de reveses en las zonas urbanas, unos cuantos revolucionarios, hombres y mujeres, emprendieron la larga marcha de establecer su credibilidad entre los sectores más oprimidos del país, mediante un trabajo político paciente, compartiendo sus privaciones y luchas. Marcos parece haber sido uno de esos militantes, que llegó a la región a comienzos de la década de los ochenta según las fuentes gubernamentales, tras terminar sus estudios de sociología y comunicación en México y París, y enseñar ciencias sociales en una de las mejores universidades de México D.F.[7] Sin duda, es un intelectual muy culto

[7] El gobierno mexicano declara haber identificado al Subcomandante Marcos y los principales dirigentes de los zapatistas, y parece ser verosímil. Los medios de comunicación han informado sobre ello ampliamente. Sin embargo, puesto que los zapatistas siguen siendo insurgentes en el momento en que escribo este texto, no considero apropiado aceptar esas declaraciones como un hecho.

que habla varias lenguas, escribe bien, es extraordinariamente imaginativo, tiene un gran sentido del humor y se encuentra cómodo en su relación con los medios de comunicación. Estos intelectuales revolucionarios, debido a su honestidad y dedicación, fueron bien recibidos por los sacerdotes y, durante largo tiempo, pese a las diferencias ideológicas, trabajaron juntos organizando a las comunidades campesinas y respaldando sus luchas. Sólo después de 1992, cuando las promesas de reformas continuaron sin cumplirse y cuando la situación de las comunidades lacandonas se hizo más extrema debido al proceso general de modernización económica de México, los militantes zapatistas establecieron su propia estructura e iniciaron la preparación para la guerra de guerrillas. En mayo de 1993 tuvo lugar la primera escaramuza con el ejército, pero el gobierno mexicano minimizó el incidente para evitar problemas en la ratificación del TLC por el Congreso de los Estados Unidos. Sin embargo, debe destacarse que el liderazgo de los zapatistas es genuinamente campesino y sobre todo indio. Marcos y otros militantes urbanos no podían actuar por cuenta propia[8]. El proceso de deliberación, así como la negociación con el gobierno, contó con la plena participación de las comunidades. Esto resultaba crucial puesto que, una vez que se hubiera tomado una decisión, toda la comunidad tenía que seguirla, hasta el punto de que, en unos pocos casos, se expulsó a vecinos por su negativa a participar en el levantamiento. No obstante, durante los dos años y medio del proceso de sublevación abierta, la abrumadora mayoría de las comunidades lacandonas y la mayoría de los indios de Chiapas mostraron su apoyo a los insurgentes, siguiéndolos a la selva cuando el ejército tomó sus aldeas en febrero de 1995.

El sistema de valores de los zapatistas: identidad, adversarios y objetivos

Las causas profundas de la rebelión resultan obvias, *pero ¿cuáles son las demandas, objetivos y valores de los insurgentes? ¿Cómo se ven a sí mismos y cómo identifican a su enemigo?* Por una parte, se sitúan en continuidad histórica con quinientos años de lucha contra la colonización y la opresión. En efecto, el momento decisivo del movimiento campesino fue la manifestación masiva en San Cristóbal de las Casas el 12 de octubre de 1992, protestando por el quinto centenario de la conquista española de América con la destrucción de la estatua del conquistador de Chiapas, Diego de Mazariegos. Por otra parte, ven la reencarnación de esta opresión en la forma actual del nuevo orden global: el TLC y las reformas liberalizadoras emprendidas por el presidente Salinas, que no logró incluir a los campesinos e indios en el proceso de modernización. Los cambios

[8] Moreno Toscano, 1996.

del histórico artículo 27 de la Constitución mexicana, que había otorgado satisfacción formal a las demandas de los revolucionarios agraristas encabezados por Emiliano Zapata, se convirtieron en el símbolo de la exclusión de las comunidades campesinas por el nuevo orden de librecomerciantes. A esta crítica, compartida por todo el movimiento, Marcos y otros añadieron su propio desafío al nuevo orden global: la proyección del sueño socialista revolucionario más allá del fin del comunismo y la desaparición de los movimientos guerrilleros en Centroamérica. Como escribió Marcos con ironía:

No hay para qué luchar. El socialismo ha muerto. Viva el conformismo y la reforma y la modernidad y el capitalismo y los crueles etcéteras que a esto se asocian y siguen. [...] Que haya sensatez. Que nada pase en el campo y en la ciudad, que todo siga igual. El socialismo ha muerto. Viva el capital. Radio, prensa y televisión lo proclaman, lo repiten algunos ex socialistas, ahora sensatamente arrepentidos[9].

Así, la oposición zapatista al nuevo orden global es doble: luchan contra las consecuencias excluyentes de la modernización económica; pero también desafían la inevitabilidad de un nuevo orden geopolítico bajo el cual el capitalismo se acepta de forma universal.

Los insurgentes afirmaban su orgullo indio y luchaban por el reconocimiento de los derechos indios en la Constitución mexicana. Sin embargo, no parece que la defensa de la identidad étnica sea un elemento decisivo en el movimiento. De hecho, las comunidades lacandonas habían sido creadas por reasentamientos forzados que dispersaron las identidades originales de diferentes comunidades y las reunieron como campesinos. Además, parece que, como escribe Collier:

Antes, la identidad étnica *dividía* unas de otras a las comunidades indígenas de las tierras altas centrales de Chiapas. Los acontecimientos recientes acentuaron una transformación: ahora, a raíz de la rebelión zapatista, las gentes de diversas proveniencias indígenas están destacando lo que comparten en la reivindicación de la explotación económica, social y política[10].

---

[9] EZLN, 1994, pág. 61.

[10] Collier, 1995, pág. 1; Martínez Torres (1994) plantea un argumento similar. En el Manifiesto emitido por los zapatistas por Internet en noviembre de 1995, para conmemorar el duodécimo aniversario de la fundación de su organización, destacaron mucho su carácter de movimiento mexicano para la justicia y la democracia, más allá de la defensa de la identidad india: «El país que queremos, lo queremos para todos los mexicanos, y no sólo para los indios. La Democracia, Libertad y Justicia que queremos, las queremos para todos los mexicanos, y no sólo para los indios. No queremos separarnos de la Nación Mexicana, queremos ser parte de ella, queremos ser aceptados como iguales, como personas con dignidad, como seres humanos [...] Aquí estamos, hermanos, los muertos de siempre. Muriendo de nuevo, pero ahora para vivir». (EZLN, Comunicado por Internet, 17 de noviembre de 1995).

Así pues, esta nueva identidad india se construyó mediante su lucha y llegó a incluir a varios grupos étnicos: «Lo que tenemos en común es la tierra que nos dio la vida y la lucha»[11].

Los zapatistas no son subversivos, sino rebeldes legitimados. Son *patriotas mexicanos*, levantados en armas contra las nuevas formas de dominación extranjera del imperialismo estadounidense. Y son *demócratas*, apelando al artículo 39 de la Constitución mexicana, que proclama «el derecho del pueblo de alterar o modificar la forma de su gobierno». Por lo tanto, dirigen un llamamiento a los mexicanos para que apoyen la democracia poniendo fin al régimen *de facto* de gobierno unipartidista basado en el fraude electoral. Este llamamiento, proveniente de Chiapas, el estado mexicano con el mayor voto a los candidatos del PRI, impuestos tradicionalmente por los caciques locales, encontró un fuerte eco en los sectores de clase media urbana de una sociedad mexicana que ansiaba la libertad y estaba cansada de la corrupción sistémica. Que el alzamiento ocurriera precisamente en el año de las elecciones presidenciales, y en unas elecciones que se suponía que iban a liberalizar el dominio del PRI sobre el estado, es un signo de la habilidad táctica de los zapatistas y fue un importante factor para protegerlos de la represión directa. El presidente Salinas quería afianzar su legado como modernizador económico y como liberalizador político, no sólo para hacerse un lugar en la historia, sino con miras a su próximo puesto: su candidatura a la secretaría general de la Organización Mundial de Comercio recién constituida, precisamente la institución que articulaba el nuevo orden económico mundial. En estas circunstancias, un economista formado en Harvard difícilmente podía lanzar una resuelta represión militar contra un genuino movimiento indio y campesino que luchaba contra la exclusión social.

La estrategia de comunicación de los zapatistas: Internet y los medios de comunicación

El éxito de los zapatistas se debió en gran medida a su estrategia de comunicación, hasta el punto de que cabe denominarlos la *primera guerrilla informacional*. Crearon un suceso en los medios de comunicación para difundir su mensaje, mientras trataban desesperadamente de no verse arrastrados a una guerra sangrienta. Por supuesto, hubo muertes reales y armas reales, y Marcos y sus camaradas estaban dispuestos a morir. No obstante, la guerra real no era su estrategia. Los zapatistas utilizaron las armas para hacer una declaración, luego explotaron la posibilidad de su

[11] Declaración de los zapatistas, 25 de enero de 1994; citado por Moreno Toscano, 1996, pág. 92.

sacrificio ante los medios de comunicación mundiales para obligar a la negociación y presentar un número de demandas razonables que, como parecen indicar las encuestas de opinión, encontraron un amplio respaldo en la sociedad mexicana en general [12]. La comunicación autónoma era un objetivo fundamental para los zapatistas:

Cuando las bombas caían sobre las montañas del sur de San Cristóbal de las Casas, cuando nuestros combatientes resistían en Ocosingo los ataques de los federales, cuando nuestras tropas se reagrupaban después del ataque al cuartel de Rancho Nuevo, cuando nos fortificábamos en Altamirano y Las Margaritas, cuando el aire olía a pólvora y sangre, el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN me llamó y me dijo, palabra más, palabra menos: «Tenemos que decir nuestra palabra y que otros la escuchen. Si no lo hacemos ahora, otros tomarán nuestra voz y la mentira saldrá de nuestra boca sin nosotros quererlo. Busca por dónde puede llegar nuestra verdad a otros que quieren escucharla» [13].

La habilidad de los zapatistas para comunicarse con el mundo y con la sociedad mexicana, y para cautivar la imaginación del pueblo y de los intelectuales, impulsó a un grupo insurgente local y débil a la primera fila de la política mundial. En este sentido, Marcos fue esencial. No poseía el control organizativo de un movimiento que estaba arraigado en las comunidades indias y no mostró ningún signo de ser un gran estratega militar, aunque demostró inteligencia al ordenar la retirada cada vez que el ejército iba a trabar combate con ellos. Pero fue extraordinariamente capaz para establecer un puente comunicativo con los medios de comunicación, mediante sus escritos bien construidos y su afortunada puesta en escena (el pasamontañas, la pipa, el marco de las entrevistas), como en el caso del pasamontañas, que desempeñó un papel tan importante en la popularización de la imagen de los revolucionarios: a lo largo de todo el mundo, cualquiera se podía convertir en zapatista poniéndose un pasamontañas. Además (aunque esto puede que sea una teorización excesiva), las máscaras son un ritual recurrente en las culturas indias mexicanas precolombinas, de modo que la rebelión, el igualamiento de los rostros y la puesta en escena histórica retrospectiva actuaron al unísono en la representación teatral de la revolución más innovadora. En esta estrategia fue esencial el uso que hicieron los zapatistas de las telecomunicaciones, los vídeos y la comunicación a través del ordenador, tanto para difundir sus mensajes desde Chiapas al mundo (aunque probablemente no se transmitieron

---

[12] De acuerdo con una encuesta de opinión realizada el 8 y 9 de diciembre de 1994, el 59% de los residentes en Ciudad de México tenía una «buena opinión» de los zapatistas y el 78% pensaba que sus demandas estaban justificadas (publicado en el periódico *Reforma*, 11 de diciembre de 1994).

[13] Marcos, 11 de febrero de 1994; citado por Moreno Toscano, 1996, pág. 90.

desde la selva), como para organizar una red mundial de grupos de solidaridad que cercaron literalmente las intenciones represivas del gobierno mexicano; por ejemplo, durante la invasión armada de las zonas insurgentes el 9 de febrero de 1995. Es interesante subrayar que en el origen del empleo por parte de los zapatistas de Internet se encuentran dos hechos ocurridos en la década de los noventa: la creación de La Neta, una red de comunicación informática alternativa en México y Chiapas; y su uso por grupos de mujeres (sobre todo por «De mujer a mujer») para enlazar a las ONG de Chiapas con otras mujeres mexicanas, así como con redes de mujeres de los Estados Unidos. La Neta[14] se originó en la conexión en 1989-1993 entre las ONG mexicanas respaldadas por la Iglesia católica y el Institute for Global Communication de San Francisco, apoyado por avezados expertos informáticos que donan su tiempo y experiencia para buenas causas. En 1994, con la ayuda de una donación de la Fundación Ford, La Neta pudo establecer un nodo en México con un servidor de Internet privado. En 1993, La Neta se estableció en Chiapas, con el propósito de mantener en línea a las ONG locales, incluido el Centro para los Derechos Humanos Bartolomé de las Casas y una docena de otras organizaciones, que pasaron a desempeñar un importante papel en la información del mundo durante el levantamiento zapatista. El uso extenso de Internet permitió a los zapatistas difundir información y su llamamiento por todo el mundo al instante, y establecer una red de grupos de apoyo que ayudaron a crear un movimiento de opinión pública internacional, que hizo literalmente imposible al gobierno mexicano utilizar la represión a gran escala. Las imágenes y la información de los zapatistas y su entorno actuaron vigorosamente sobre la economía y política mexicanas. Como escribe Martínez Torres:

> El ex presidente Salinas creó una «economía de burbuja» que durante varios años permitió la ilusión de una prosperidad basada en la afluencia masiva de inversiones especulativas en bonos del gobierno de elevado interés, que vía el déficit comercial y una deuda en espiral, permitieron que la clase media y la obrera disfrutaran por un tiempo de una multitud de artículos de consumo importados. No obstante, tan fácil como era atraer la entrada de los inversores, cualquier pérdida de confianza de éstos podía en potencia convertirse en pánico y hacer que se retiraran de los bonos mexicanos, con la posibilidad de causar el derrumbamiento del sistema. En efecto, la economía mexicana [en 1994] era un enorme juego de confianza. Puesto que la confianza se crea básicamente por la manipulación de la información, puede destruirse exactamente del mismo modo. En el nuevo orden mundial donde la información es el bien más valioso, esa misma información puede ser mucho más poderosa que las balas[15].

---

[14] Parece necesario aclarar el significado múltiple de La Neta para los lectores no mexicanos. Además de ser el femenino español figurado de The Net, *la neta* es, en el lenguaje coloquial mexicano, «la pura verdad».

[15] Martínez Torres, 1996, pág. 5.

Ésta fue la clave del éxito de los zapatistas. No que sabotearan deliberadamente la economía. Pero estaban protegidos de la represión abierta por su conexión permanente con los medios de comunicación y sus alianzas a escala mundial a través de Internet, forzando a la negociación y poniendo el tema de la exclusión social y la corrupción política a la vista y oídos de la opinión pública mundial.

Los expertos de la Rand Corporation, que habían previsto la posibilidad de las «guerras red» desde 1993, coinciden con este análisis [16]: «Las fuerzas revolucionarias del futuro puede que estén compuestas cada vez más por extensas redes multiorganizacionales que no tengan una identidad nacional particular, reclamen surgir de la sociedad civil e incluyan a grupos e individuos agresivos, expertos en el uso de tecnología avanzada para las comunicaciones, así como de municiones» [17]. Los zapatistas parecen haber hecho realidad las pesadillas de los expertos del nuevo orden global.

La relación contradictoria entre movimiento social e institución política

Sin embargo, aunque la repercusión de las demandas de los zapatistas trastornó el sistema político mexicano, e incluso su economía, acabó enredándose en su propia relación contradictoria con el sistema político. Por una parte, los zapatistas pedían la democratización del sistema político, reforzando demandas similares formuladas dentro de la sociedad mexicana. Pero no eran capaces de precisar el significado de su proyecto político, aparte de la condena obvia del fraude electoral. Mientras tanto, se había socavado el control del PRI de forma irreversible, divididos en grupos que estaban literalmente matándose entre sí (véase cap. 5). Las elecciones presidenciales de agosto de 1994 fueron razonablemente limpias, otorgando a Zedillo, un oscuro candidato del PRI que había pasado a primer plano debido a circunstancias accidentales, un triunfo alimentado por el miedo a lo desconocido. Es irónico que las reformas políticas del proceso electoral, en parte resultado de la presión zapatista, contribuyeran a la legitimación de las elecciones, tras el acuerdo del 27 de enero de 1994 entre todos los candidatos presidenciales. El PRD, partido de oposición de izquierda, cuyo dirigente había sido rechazado por los zapatistas, fue castigado en las elecciones por haber solicitado el apoyo de Marcos. En agosto de 1994, los zapatistas convocaron una Convención Democrática Nacional en un lugar de la selva lacandona que llamaron Aguascalientes, por el nombre del lugar histórico donde, en 1915, los dirigentes revolucionarios (Villa, Zapata y Orozco) se reunieron para establecer la Conven-

[16] Rondfeldt, 1995.
[17] Arquilla y Rondfeldt, 1993.

ción Revolucionaria. A pesar de la participación masiva de las organizaciones populares, los partidos de izquierda, los intelectuales y los medios de comunicación, Aguascalientes se agotó en el simbolismo del acontecimiento, siendo incapaz esta reunión efímera de traducir el nuevo lenguaje zapatista a la política de izquierda tradicional. Así pues, en mayo de 1995, en medio de unas prolongadas negociaciones con el gobierno en San Andrés Larrainzar, los zapatistas organizaron una consulta popular sobre la posibilidad de convertirse en una fuerza política civil. Pese a las dificultades obvias (seguían siendo una organización insurgente), casi dos millones de personas participaron en la consulta a lo largo de todo México, apoyando la propuesta en su vasta mayoría. Por lo tanto, en enero de 1996, para conmemorar los dos años de su levantamiento, los zapatistas decidieron transformarse en un partido político, buscando la participación plena en el proceso político. Sin embargo, también decidieron mantener las armas hasta que se alcanzara un acuerdo con el gobierno sobre todos los puntos en discusión. En enero de 1996 se logró un importante acuerdo sobre un futuro reconocimiento constitucional de los derechos de los indios, pero las negociaciones sobre la reforma política y los asuntos económicos seguían en curso cuando se escribió este texto (a finales de 1996). Un tema difícil parece ser la demanda de las comunidades indias de mantener la propiedad de su tierra, incluidos los recursos del subsuelo, una demanda categóricamente rechazada por el gobierno mexicano puesto que se cree que Chiapas es rica en hidrocarburos. En cuanto a la reforma política, la falta de disposición del PRI para dejar de dominar el poder hacía el acuerdo muy difícil.

El futuro potencial del partido político zapatista es incierto. Por una parte, a finales de 1996, Marcos seguía siendo uno de los dirigentes más populares de México. Por otra, gran parte de su popularidad está vinculada a su posición como mito revolucionario. Como político dispuesto al compromiso, quizás pierda mucho de su encanto, algo de lo que él parece darse buena cuenta. Así que, en el momento en que se escribió esto, Marcos y sus compañeros dudaban proseguir con la plena institucionalización de su postura política, aunque éste es el resultado probable de su levantamiento, si bien en el contexto de una transformación aún incierta del sistema político mexicano.

No obstante, cualquiera que sea el futuro de los zapatistas, su sublevación cambió a México, desafiando la lógica unilateral de la modernización, característica del nuevo orden global. Al actuar sobre las fuertes contradicciones que existían en el interior del PRI entre los modernizadores y los intereses de un aparato de partido corrupto, el debate desencadenado por los zapatistas ayudó de forma considerable a romper el dominio priísta sobre México. Quedaron expuestas todas las debilidades de la economía mexicana, boyante y eufórica en 1993, justificando los argumentos de los críticos estadounidenses del TLC. Sector ausente en los

procesos de modernización actuales de América Latina, el campesinado indio (en torno al 10% de la población mexicana) cobró vida de repente. Una reforma constitucional, en proceso de aprobación en noviembre de 1996, reconocía el carácter pluricultural de México y otorgaba nuevos derechos a los indios, incluida la publicación de libros de texto en 30 lenguas indias para su utilización en las escuelas públicas. Los servicios de salud y educación mejoraron en varias comunidades indias y estaba en proceso de ponerse en práctica un autogobierno limitado.

La afirmación de la identidad cultural india, si bien de un modo reconstruido, se conectó con su revuelta contra el abuso escandaloso. Pero su lucha por la dignidad se vio decisivamente ayudada por la afiliación religiosa expresada en la profunda corriente de catolicismo populista de América Latina, así como por el último grito de la izquierda marxista de México. Que esta izquierda, construida sobre la idea del proletariado que lucha por el socialismo con sus fusiles, se transformara en un movimiento campesino indio de los excluidos en lucha por la democracia, en nombre de los derechos constitucionales, vía Internet y los medios de comunicación de masas, muestra la profundidad de la transformación de las sendas de la liberación en América Latina. También muestra que el nuevo orden global produce múltiples desórdenes locales, causados por las fuentes, arraigadas en la historia, de resistencia a la lógica de los flujos globales de capital. Los indios de Chiapas que luchan contra el TLC valiéndose de su alianza con militantes ex maoístas y teólogos de la liberación son una expresión característica de la vieja búsqueda de la justicia social en condiciones históricas nuevas.

EL LEVANTAMIENTO EN ARMAS CONTRA EL NUEVO ORDEN MUNDIAL: LA MILICIA ESTADOUNIDENSE Y EL MOVIMIENTO PATRIOTA EN LOS AÑOS NOVENTA [18]

En pocas palabras, el Nuevo Orden Mundial es un sistema utópico en el que la economía estadounidense (junto con la de todas las demás naciones) será «globali-

[18] La principal fuente de información sobre la milicia estadounidense y los «patriotas» es el Southern Poverty Law Center, con sede en Montgomery (Alabama). Esta destacada organización ha mostrado un valor y efectividad extraordinarios al proteger a los ciudadanos contra los grupos xenófobos y racistas en los Estados Unidos desde su fundación en 1979. Como parte de su programa, ha establecido un *Klanwatch/Militia Task Force* (Equipo Operativo de Observación del Klan/Milicia) que proporciona información y análisis precisos para comprender y contraatacar a los grupos extremistas antigubernamentales y antipersonas nuevos y antiguos. Para la información más reciente, utilizada en mi análisis, véase Klanwatch/Militia Task Force (1996, en adelante citada como KMTF). Stern (1996) proporciona un relato bien documentado sobre la milicia estadounidense durante la década de los noventa. También he empleado el excelente análisis realizado por mi alumno de doctorado Matthew Zook sobre los grupos de la milicia e Internet en 1996 (Zook, 1996). Otras fuentes

todo»; los niveles salariales de todos los trabajadores estadounidenses y europeos se harán descender hasta los de los trabajadores del Tercer Mundo; las fronteras nacionales dejarán de existir para todos los supuestos prácticos; y un flujo creciente de inmigrantes del Tercer Mundo a los Estados Unidos y Europa habrá producido una mayoría no blanca en todas las zonas del mundo que antes eran blancas; una elite formada por financieros internacionales, los dueños de los medios de comunicación de masas y los gestores de las compañías multinacionales, tendrá la última palabra; y las fuerzas de paz de la ONU se utilizarán para evitar que nadie opte por salirse del sistema.

William Pierce, *National Vanguard*[19]

Internet fue una de las principales razones para que los movimientos de milicia se expandieran más de prisa que ningún otro grupo xenófobo en la historia. Su carencia de un centro organizado fue más que superado por la comunicación instantánea y el potencial de rumores de este nuevo medio. Cualquier miembro de la milicia en la remota Montana que tuviera un ordenador y un módem podía ser parte de una red mundial que compartía sus pensamientos, aspiraciones, estrategias de organización y temores: una familia global.

Kenneth Stern, *A Force upon the Plain*, pág. 228

La explosión de una camioneta cargada con explosivos hechos con fertilizantes en Oklahoma City el 19 de abril de 1995, no sólo hizo saltar por los aires un edificio del gobierno federal, matando a 169 personas, sino que también puso al descubierto una poderosa corriente soterrada de la sociedad estadounidense, hasta entonces relegada a los grupos propagadores de prejuicios y la marginalidad política tradicionales. Timothy McVeigh, culpable de haber colocado la bomba, acostumbraba a llevar con él la novela de William Pierce sobre una célula clandestina, *The Patriots*, que coloca una bomba en un edificio federal: se dice que McVeigh llamó al número privado de Pierce horas antes de la explosión real de Oklahoma. Se descubrió que McVeigh y su compinche armado, Terry Nichols, estaban relacionados con la Milicia de Michigan. La explosión ocurrió en el segundo aniversario del asalto de Waco, en el que la mayoría de los miembros del culto davidiano y sus niños resultaron muertos a conse-

adicionales utilizadas específicamente en el análisis que se presenta en este capítulo son J. Cooper, 1995; Anti-Defamation League, 1994, 1995; Armond, 1995; Armstrong, 1995; Bennett, 1995; Berlet y Lyons, 1995; *Broadcasting and Cable*, 1995; *Business Week*, 1995d; Coalition for Human Dignity, 1995; Cooper, 1995; Heard, 1995; Helvarg, 1995; Jordan, 1995; Ivins, 1995; Maxwell y Tapia, 1995; Sheps, 1995; *The Nation*, 1995; Orr, 1995; Pollith, 1995; Ross, 1995; *The Gallup Poll Monthly*, 1995; *The New Republic*, 1995; *The New York Times Sunday*, 1995a, b; *The Progressive*, 1995; *Time*, 1995; WEPIN Store, 1995; Dees y Corcoran, 1996; Winerip, 1996.

[19] Cita del artículo del partidario de la supremacía blanca William Pierce en el número de marzo de 1994 de su periódico *National Vanguard*, citado por KMTF, 1996, pág. 37. Pierce es el director de la National Alliance y autor de la novela muy vendida *The Turner Diaries*.

cuencia del asedio establecido por los agentes federales, un acontecimiento denunciado, como llamada a las armas, por los grupos de las milicias en todo Estados Unidos[20].

Los grupos de la milicia no son terroristas, pero algunos de sus miembros quizás estén organizados en una forma de movimiento diferente pero relacionada ideológicamente, los «patriotas clandestinos». Se constituyen en células autónomas y clandestinas que establecen sus blancos propios de acuerdo con opiniones que dominan todo el movimiento. Se cree que entre 1994-1996 estos grupos fueron responsables de diversas explosiones de bombas, robos de bancos, sabotajes ferroviarios y otros actos violentos, y la intensidad y capacidad mortífera de sus acciones va en aumento. Se han robado toneladas de explosivos de los almacenes comerciales y ha desaparecido armamento militar de los arsenales militares, incluidos misiles portátiles Stinger. Se han descubierto intentos para desarrollar armas bacteriológicas. Y decenas de miles de «patriotas» a lo largo de todo Estados Unidos están armados con armas de guerra y se someten a un entrenamiento regular en tácticas de guerrilla[21].

La milicia es el ala más militante y organizada de un movimiento mucho más amplio, autoproclamado «patriota»[22], cuya galaxia ideológica engloba organizaciones conservadoras extremistas, como la John Birch Society; todo un conjunto de grupos tradicionales partidarios de la supremacía blanca, neonazis y antisemitas, incluido el Ku-Klux-Klan y el Posse Comitatus; grupos religiosos fanáticos como Christian Identity, una secta antisemita emanada del British Israelism de la Inglaterra victoriana, y grupos contrarios al gobierno federal, como los movimientos de los derechos de los condados, la coalición antiecologista defensora del «uso sensato de la naturaleza», la National Taxpayers' Union y los defensores de los tribunales de «derecho consuetudinario». La galaxia de los patriotas también se extiende, en formas flexibles, a la poderosa Coalición Cristiana, así como a diversos grupos militantes «pro vida», y cuenta con la simpatía de muchos miembros de la Asociación Nacional del Rifle y de los defensores de la posesión de armas. La influencia directa de los patriotas quizás alcance a cinco millones de personas en los Estados Unidos, según fuentes bien informadas[23], aunque el mismo carácter del movimiento, con sus fronteras borrosas y la falta de una pertenencia organizada, hace

---

20 La Milicia de Texas emitió el llamamiento siguiente unos cuantos días antes del 19 de abril de 1995, segundo aniversario del incidente de Waco: «Todos los ciudadanos con capacidad física han de reunirse con sus armas para celebrar su derecho a guardar y portar armas y a reunirse como milicias en defensa de la República» (citado en el editorial de *The Nation*, 1995, pág. 656).

21 KMTF, 1996.

22 KMTF, 1996; Stern, 1996.

23 Berlet y Lyons, 1995; KMTF, 1996; Winerip, 1996.

imposible un cálculo estadístico preciso. De todos modos, su influencia puede contarse en millones, no en miles, de partidarios. Lo que estos grupos dispares, antes sin relación alguna, acabaron compartiendo en la década de los noventa fue su enemigo común declarado: el gobierno federal, como representante del «Nuevo Orden Mundial», establecido contra la voluntad de los ciudadanos estadounidenses. Según la opinión dominante en todo el movimiento patriota, este Nuevo Orden Mundial, dirigido a destruir la soberanía estadounidense, ha sido promulgado por una conspiración de intereses financieros y burócratas globales que se han apoderado del gobierno federal de los Estados Unidos. En el centro de este nuevo sistema están la Organización Mundial de Comercio, la Comisión Trilateral, el Fondo Monetario Internacional y, sobre todo, la ONU, cuyas «fuerzas de paz» son consideradas un ejército mercenario internacional, encabezado por la policía de Hong Kong y las unidades gurkha, dispuesto a suprimir la soberanía del pueblo. Cuatro acontecimientos parecieron confirmar esta conspiración para los patriotas: la aprobación del TLC en 1993; la aprobación de Clinton al proyecto de ley Brady en 1994, que establecía controles limitados sobre la venta de algunos tipos de armas automáticas; el cerco al partidario de la supremacía blanca Randy Weaver en Idaho, que acabó con la muerte de su esposa a manos del FBI, en 1992; y el asedio trágico de Waco, que llevó a la muerte de David Koresh y sus seguidores en 1993. Una lectura paranoica de estos hechos condujo a la convicción de que el gobierno estaba procediendo al desarme de los ciudadanos, para subyugarlos después, sometiendo a los estadounidense a la vigilancia de cámaras ocultas y helicópteros negros e implantado biochips en los recién nacidos. A esta amenaza global a los puestos de trabajo, la intimidad, la libertad y el modo de vida americano, oponen la Biblia y la Constitución estadounidense original, expurgada de sus enmiendas. De acuerdo con estos textos, ambos recibidos de Dios, afirman la soberanía de los ciudadanos y su expresión directa en los gobiernos de los condados, y no reconocen la autoridad del gobierno federal, sus leyes, sus tribunales, ni la validez del Banco de la Reserva Federal. La elección es dramática. En palabras de la Milicia de Montana, creada en febrero de 1994 e inspiración organizativa para todo el movimiento: «Únete al ejército y sirve a la ONU o únete a la Milicia y sirve a América» (lema de la página de la Milicia de Montana en la WWW). Consideran que los agentes federales, sobre todo los de la Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego (Bureau of Alcohol, Tobacco and Firearms), ocupan la primera línea de la represión contra los estadounidenses en nombre del gobierno mundial emergente. Ello justifica, en opinión de la milicia, que los agentes federales sean blancos potenciales del movimiento. Así pues, según expresó el popular Gordon Liddy en una de sus tertulias radiofónicas: «Tienen un gran blanco [en el pecho]: ATF. No disparéis ahí porque llevan un chaleco antibalas debajo. Los disparos a la cabeza, los disparos a la cabeza. ¡Matad a esos hijos

de puta!»[24]. En algunos segmentos de este movimiento patriota tan diverso, también existe una potente mitología arraigada en opiniones escatológicas del mundo y profecías sobre el Fin de los Tiempos (véase cap. 1). Siguiendo el libro del Apocalipsis, capítulo 13, los predicadores como el teleevangelista Pat Robertson, dirigente de la Coalición Cristiana, recuerdan a los cristianos que se les puede pedir que se sometan a la satánica «Marca de la Bestia», identificada de formas diversas como los nuevos códigos del papel moneda, los códigos de barras de los supermercados o la tecnología del microchip[25]. Resistir el nuevo orden global impío, que llegará al Fin de los Tiempos, se considera un deber cristiano y un derecho de los ciudadanos estadounidenses. No obstante, el colorido siniestro de la mitología del movimiento a veces oscurece su perfil y llega a minimizar su significado político y social. Por eso es importante prestar atención a la diversidad del movimiento, mientras se sigue destacando su carácter común subyacente.

Las milicias y los patriotas: una red de información multitemática

Las milicias, ciudadanos que se organizan y arman para defender su país, religión y libertad, son instituciones que desempeñaron un papel importante durante el primer siglo de la existencia de los Estados Unidos[26]. Las milicias estatales fueron reemplazadas por los guardias nacionales estatales en 1900. Sin embargo, en la década de los noventa, comenzando con la Milicia de Montana, los grupos populistas de derecha han formado «milicias desorganizadas», utilizando cierta ambigüedad legal en las leyes federales para sortear la prohibición legal de formar unidades militares fuera del control gubernamental. El rasgo más distintivo de los grupos de milicia es que están armados, a veces con armas de guerra, y se estructuran en una cadena de mando de estilo militar. A finales de 1995, el equipo de investigación KMTF pudo contar 441 milicias activas en los 50 estados, con campos de entrenamiento paramilitar en al menos 23 estados (véase la figura 2.1). Es difícil calcular el número de los miembros de las milicias. Berlet y Lyons se aventuraron a evaluarlo, en 1995, entre 15.000 y 40.000[27]. A decir de todos, están creciendo rápidamente. No existe una organización nacional. La milicia de cada estado es independiente, y a veces hay varios grupos de milicias no relacionados en el mismo estado: 33 en Ohio, con unos 1.000 miembros y cientos de miles de simpatizantes, según las fuentes policiales[28]. La Milicia de Montana es

[24] Stern, 1996, pág. 221.
[25] Berlet y Lyons, 1995.
[26] Whisker, 1992; J. Cooper, 1995.
[27] Berlet y Lyons, 1995.
[28] Winerip, 1996.

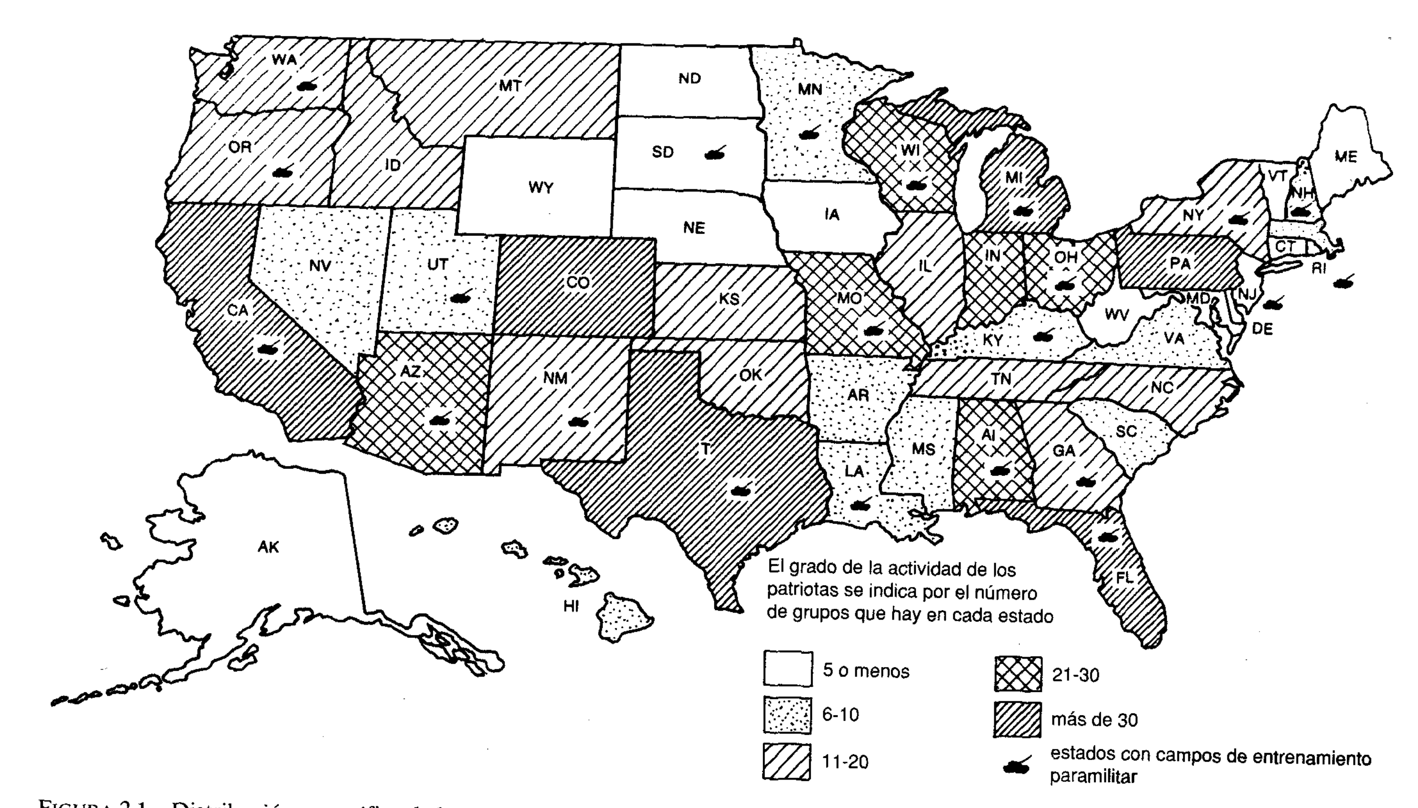


FIGURA 2.1 Distribución geográfica de los grupos patriotas en los Estados Unidos por su número y campos de entrenamiento paramilitar en cada estado, 1996.

Fuente: Southern Poverty Law Center, Klanwatch/Militia Task Force, Montgomery (Alabama), 1996.

el ejemplo fundador, pero la mayor es la Milicia de Michigan, con varios miles de miembros activos. Su ideología, más allá de la oposición común al nuevo orden mundial y al gobierno federal, está muy diversificada. Sus miembros son en su gran mayoría varones blancos cristianos. Sin duda, incluyen un número significativo de racistas, antisemitas y sexistas en sus filas. No obstante, la mayoría de los grupos de milicia no se definen como racistas o sexistas, y algunos de ellos (por ejemplo, la Milicia de Michigan) hacen una declaración antirracista explícita en su propaganda. En el análisis efectuado por Zook de las páginas de las milicias en la Worl Wide Web, centrándose en 11 de las más populares, siete de las páginas particulares hacían declaraciones antirracistas, cuatro no mencionaban la raza y ninguna contenía racismo abierto [29]. Dos páginas tomaban posturas antisexistas, dos declaraban que las mujeres eran bien recibidas y el resto no mencionaba el sexo. De hecho, la Milicia de Michigan se negó a apoyar a los «hombres libres de Montana» durante su cerco en un rancho en 1996 porque eran racistas. Y una de las páginas de la milicia, «E Pluribus Unum», parte de la Milicia de Ohio, la dirige una pareja fundamentalista cristiana afroamericana. Sin duda, estas declaraciones podrían ser falsas, pero dada la importancia de aparecer en Internet para contactar con nuevos miembros, sería incoherente tergiversar la ideología a la que se atrae a nuevos reclutas. Parece que la milicia y los patriotas, aunque incluyen grupos tradicionales propagadores de prejuicios, racistas y antisemitas, tienen una circunscripción ideológica mucho más amplia, y ésta es precisamente una de las razones de su nuevo éxito. A saber, su habilidad para lograr extenderse por el espectro ideológico para unir todas las fuentes de desafección contra el gobierno federal. Como dice el informe del KMTF:

> A diferencia de sus predecesores facciosos partidarios de la supremacía blanca, los patriotas han sido capaces de superar las diferencias ideológicas menores, en favor de una unidad amplia sobre la agenda antigubernamental. Como resultado, han creado la fuerza insurgente más atractiva de la historia reciente, hogar de una amplia variedad de grupos antigubernamentales, cuyas funciones organizativas son muy diversas [30].

Dos componentes en rápida expansión del movimiento patriota son el movimiento de los derechos de los condados y el de los tribunales de «derecho consuetudinario». El primero es un ala militante de la coalición defensora del «uso sensato de la naturaleza», que tiene influencia creciente en los estados del Oeste. La coalición se opone a la reglamentación medioambiental impuesta por el gobierno federal y apela a la «costumbre y

---

[29] Zook, 1996.
[30] KMTF, 1996, pág. 14.

la cultura» de la tala, la minería y el pastoreo en las tierras públicas. La zonificación del uso de la tierra se equipara al socialismo y se considera que la gestión del ecosistema es una parte del nuevo orden mundial[31]. En consecuencia, el movimiento afirma el derecho de los sheriffs de los condados a detener a los funcionarios encargados de las propiedades federales, lo que provocó diversos incidentes violentos. Se insta a la gente y a las comunidades a reconocer exclusivamente la autoridad de sus cargos elegidos en el ámbito del municipio y el condado, rechazando los derechos del gobierno federal a legislar sobre su propiedad. Setenta condados han aprobado ordenanzas de «uso sensato» que reclaman el control local sobre la tierra pública, y las acciones violentas han intimidado a los ecologistas y los gestores de tierras federales desde Nuevo México y Nevada hasta el norte de Idaho y Washington. Se han establecido tribunales de derecho consuetudinario en 40 estados, respaldados por un despliegue de libros y vídeos que declaran proporcionar una base legal para que la gente rechace el sistema judicial e implante sus propios «jueces», «juicios» y «jurados». Incluso se ha establecido un «Tribunal Supremo de Derecho Consuetudinario» nacional con 23 jueces, que se basan en la Biblia y en su propia interpretación de la ley. Los partidarios del derecho consuetudinario se declaran a sí mismos «soberanos», esto es, hombres libres y, en consecuencia, se niegan a pagar impuestos y la seguridad social, obtener el carnet de conducir y someterse a los demás controles gubernamentales no contemplados en el cuerpo legal original estadounidense. Para proteger su soberanía y tomar represalias contra los cargos públicos, suelen cursar embargos comerciales contra cargos y jueces públicos seleccionados, creando una confusión de pesadilla en diversos tribunales de los condados. Como una extensión del movimiento del derecho consuetudinario, está creciendo rápidamente una red de personas, de Montana a California, que rechazan la autoridad del Banco de la Reserva Federal para imprimir dinero y emiten sus propios documentos bancarios, incluidos cheques de caja, con una tecnología de reproducción tan buena que con frecuencia se han hecho efectivos, provocando una serie de detenciones por falsificación y fraude. Estas prácticas están haciendo del movimiento en favor del derecho consuetudinario el de mayor capacidad de confrontación de todos los grupos patriotas, y originaron el cerco de un grupo de «hombres libres» en un rancho de Jordan (Montana), sitiados durante tres meses por el FBI en 1996.

Un movimiento tan diverso, casi caótico, no puede tener una organización estable, ni siquiera una instancia coordinadora. No obstante, la homogeneidad de su visión central del mundo y, sobre todo, su identificación de un enemigo común son inequívocas. Ello se debe a que sí existen vínculos entre grupos e individuos, pero se realizan a través de los medios

[31] Helvarg, 1995.

de comunicación (radio sobre todo), libros, folletos, giras de charlas y prensa alternativa, mediante el fax y a través de Internet [32]. Según el KMTF, «el ordenador es la pieza más vital del equipo en el arsenal del movimiento patriota» [33]. En Internet hay varios *bulletin board systems*, páginas personales y grupos de charla de la milicia; por ejemplo, el grupo MAM de Usenet, establecido en 1995. Se han propuesto diversas razones para que se dé un uso tan extendido de Internet por parte de los hombres de la milicia. Una es que, como escribe Stern, «Internet es la cultura perfecta para criar el virus de la teoría de la conspiración. Los mensajes aparecen en la pantalla sin que sea fácil separar la basura de lo creíble [...] Para los entusiastas de la conspiración, como los miembros de la milicia, las declaraciones sin verificar provenientes del ciberespacio reafirman sus conclusiones proporcionando una corriente interminable de "pruebas" adicionales» [34]. Además, el espíritu de frontera característico de Internet encaja bien con los "hombres libres", que se expresan y hacen sus declaraciones sin mediación o control gubernamental. Lo que es más importante, la estructura de red de Internet reproduce exactamente la interconexión autónoma y espontánea de los grupos de la milicia, y de los patriotas en general, sin fronteras y sin un plan definido, pero compartiendo un objetivo, un sentimiento y, sobre todo, un enemigo. El movimiento medra y se organiza principalmente en Internet (respaldada por el fax y el correo directo). Fue mediante la Associated Electronic Network News, organizada por los Thompson en Indianapolis, como se difundió una teoría de la conspiración según la cual la bomba de Oklahoma era una provocación del gobierno federal, similar al incendio del Reichstag por parte de Hitler, para destruir la milicia. Otros *bulletin board systems* como la «Red de Paul Revere», enlazan a grupos de todo el país, intercambian información, hacen circular rumores y coordinan acciones. Por ejemplo, informes confidenciales comunican a los curiosos que Gorbachov, tras pronunciar un discurso en California diciendo que «estamos entrando en el nuevo orden mundial», se había ido a ocultar en una base naval de California del Sur para supervisar el desmantelamiento de las fuerzas armadas estadounidenses en preparación de la llegada del ejército del orden mundial. En efecto, su llegada tuvo lugar en mayo de 1996, cuando se estableció una base permanente en Nuevo México para entrenar a cientos de pilotos alemanes en colaboración con la aviación estadounidense. O eso pensaron los miles de espectadores que desbordaron con sus llamadas la centralita del Pentágono después de que la CNN informara de la apertura de esa base.

Las tertulias radiofónicas también son importantes. Los 20 millones

32 KMTF, 1996; Stern, 1996; Zook, 1996.

33 KMTF, 1996, pág. 16.

34 Stern, 1996, pág. 228.

de audiencia de Rush Limbaugh en 600 emisoras de todo el país es un instrumento de influencia política sin paralelo en los Estados Unidos de los años noventa. Aunque no respalda a la milicia, sus temas («femi-nazis», «eco-wacos») resuenan en el movimiento. Otros programas de radio populares están en tono más directo con los patriotas: el programa de llamadas de Gordon Liddy o *The Intelligence Report*, presentado por el partidario de la supremacía blanca Mark Koernke. Los canales de cable alternativos, que emiten temas similares a audiencias similares, incluyen la National Empowerment Televisión, Jones Intercable y Paragon Cable (propiedad de Time Warner) en Florida, que presenta *Race & Reason*, un programa racista y antisemita. Una miríada de periódicos y boletines, como *Spotlight* de Washington D.C. o el opúsculo partidario de la supremacía blanca *The Turner Diaries*, se añaden a una red extensa y muy descentralizada de medios de comunicación alternativos. Esta red difunde información seleccionada, divulga el resentimiento de la gente, divulga ideas de extrema derecha, esparce rumores de conspiraciones y suministra la mitología escatológica que se ha convertido en el bagaje cultural del populismo de derechas del fin de milenio. Así pues, mientras el FBI busca en vano pruebas de una conspiración organizada para derrocar al gobierno por la fuerza, la conspiración real, sin nombres (o con múltiples nombres) y sin organización (o con cientos de ellas) fluye en las redes de información, alimentando la paranoia, conectando la ira y quizás derramando sangre.

Las banderas de los patriotas

A pesar de su diversidad, el movimiento patriota, con la milicia al frente, tiene algunos objetivos, creencias y enemigos comunes. Este conjunto de valores y objetivos es el que construye una visión del mundo y, en definitiva, define el mismo movimiento.

Existe una opinión subyacente sobre el mundo y la sociedad, simple pero vigorosa, que el movimiento patriota expresa de formas diferentes. Según esa visión, los Estados Unidos están divididos en dos tipos de personas: productores y parásitos. Los productores, la gente trabajadora, están oprimidos entre dos capas de parásitos: los cargos corruptos del gobierno, las elites empresariales ricas y los banqueros, por encima; y la gente estúpida y vaga, indigna de la asistencia que recibe de la sociedad, por debajo. La situación está empeorando por el proceso actual de globalización, conducido por la ONU y las instituciones financieras internacionales, en nombre de las elites empresariales y las burocracias gubernamentales, que amenazan con transformar a la gente corriente en meros esclavos de una economía de plantación a escala mundial. Dios prevalecerá, pero para ello los ciudadanos deben desenfundar sus revólveres

para luchar por «el futuro de la propia América»[35]. Desde esta visión del mundo, surge un conjunto específico de objetivos para el movimiento, que organizan su práctica.

En primer lugar, la milicia, y los patriotas en general, son movimientos extremadamente libertarios (y, en este sentido, muy diferentes de los nazis o fascistas tradicionales que abogan por un estado fuerte). Su enemigo es el gobierno federal. A su parecer, las unidades básicas de la sociedad son el individuo, la familia y la comunidad local. Más allá de ese nivel inmediato de reconocimiento cara a cara, el gobierno sólo se tolera como la expresión directa de la voluntad de los ciudadanos; por ejemplo, los gobiernos de los condados, con cargos electos que pueden conocerse y controlarse personalmente. Se sospecha de los niveles más elevados del gobierno y el gobierno federal se denuncia francamente como ilegítimo, ya que ha usurpado los derechos ciudadanos y ha manipulado la Constitución para transgredir el mandato original de los padres fundadores de los Estados Unidos. Para los hombres de la milicia, Thomas Jefferson y Patrick Henry son los héroes, y Alexander Hamilton, el villano obvio. Este rechazo de la legitimidad del gobierno federal se expresa en actitudes y acciones concretas y vigorosas: rechazo de los impuestos federales, la regulación medioambiental y la planificación del uso de la tierra, soberanía de los tribunales de derecho consuetudinario, invalidación del jurado (a saber, toman sus decisiones como jurados no de acuerdo con la ley, sino con sus conciencias), preeminencia de los gobiernos de los condados sobre las autoridades más elevadas y aversión a los organismos que se ocupan de la aplicación obligatoria de las leyes federales. En el límite, el movimiento llama a la desobediencia civil contra el gobierno, respaldándola, cuando sea necesario, con los rifles de los ciudadanos que se atienen al «derecho natural».

Aunque el gobierno federal y sus departamentos de seguridad del estado son los enemigos inmediatos, y la causa inmediata de la movilización de los patriotas, una amenaza más siniestra se cierne en el horizonte: el nuevo orden mundial. Noción popularizada por el teleevangelista Pat Robertson, extrapolándola de la ideología de Bush del fin de la historia tras la guerra fría, implica que el gobierno federal está trabajando activamente para lograr un único gobierno mundial en colaboración con Rusia (sobre todo con Gorbachov, considerado la clave estratégica del complot). Se supone que este proyecto lo están llevando a cabo los intermediarios de las organizaciones internacionales: la ONU, la nueva Organización Mundial de Comercio y el Fondo Monetario Internacional. La situación de las tropas militares estadounidenses bajo el mando de la ONU y la firma del TLC se consideran sólo el primer paso hacia ese nuevo orden, con frecuencia asociado explícitamente con la llegada de la

[35] M. Cooper, 1995.

Era de la Información. Se estima que su impacto real sobre el pueblo estadounidense es su empobrecimiento económico en beneficio de las empresas y los bancos multinacionales, y la pérdida de sus derechos civiles a manos de las burocracias políticas globales.

Junto con estas fibras libertarias y localistas, el movimiento se hace eco de un tercer tema importante: una reacción violenta contra las feministas (no contra las mujeres, mientras se mantengan en su papel tradicional), gays y minorías (como beneficiarias de la protección del gobierno). Existe una característica claramente predominante en el movimiento patriota: en su gran mayoría, son varones blancos heterosexuales. El Varón Blanco Airado (que da nombre a una organización patriota, *Angry White Male*) parece haberse reunido en esta mezcla de reacciones al empobrecimiento económico, la reafirmación de valores y privilegios tradicionales y la violenta reacción cultural. Los tradicionales valores nacionales y familiares (es decir, el patriarcado) se afirman contra los que se consideran privilegios excesivos concedidos por la sociedad a las minorías de género, culturales y étnicas, como ejemplifican la acción afirmativa y la legislación antidiscriminatoria. Aunque estos temas conectan con un rechazo mucho más antiguo a la igualdad racial por parte de los grupos partidarios de la supremacía blanca y las coaliciones antiimigración, resulta nuevo su carácter abarcador, sobre todo por el rechazo explícito de los derechos de las mujeres, y su fijación hostil contra los valores liberales difundidos por los medios de comunicación convencionales.

Un cuarto tema presente en la mayor parte del movimiento es la afirmación intolerante de la superioridad de los valores cristianos, por lo que se vincula estrechamente con el movimiento fundamentalista cristiano, analizado en el capítulo 1. La mayoría de los patriotas parecen suscribir la pretensión de que los valores y rituales cristianos, según los interpretan sus defensores, deben hacerse cumplir en todas las instituciones de la sociedad; por ejemplo, la oración obligatoria en las escuelas públicas y la revisión de bibliotecas y medios de comunicación para censurar lo que se considere anticristiano o contrario a los valores familiares. El extendido movimiento en contra del aborto, con asesinos fanáticos en sus márgenes, es el instrumento organizativo más tristemente famoso. El fundamentalismo cristiano parece dominar en todo el movimiento. Puede resultar paradójica esta conexión entre un movimiento extremadamente libertario, como la milicia, y el fundamentalismo cristiano, que aspira a una teocracia y, por lo tanto, buscaría la imposición gubernamental de los valores morales y religiosos sobre sus ciudadanos. Sin embargo, sólo es una contradicción en el horizonte histórico, ya que en la década de los noventa los fundamentalistas y libertarios estadounidenses convergen en la destrucción de un gobierno federal que se percibe apartado de Dios y del Pueblo.

Armas y Biblias muy bien podría ser el lema del movimiento[36]. Las armas fueron el punto de cohesión a cuyo alrededor se unió la milicia en 1994 en respuesta al proyecto de ley Brady. Se formó una vasta coalición contra este intento y los siguientes de controlar las armas. En torno al poderoso grupo de presión de la Asociación Nacional del Rifle, que controla muchos votos del Congreso, se fusionaron habitantes de las zonas rurales de todo el país, los dueños de las armerías, los libertarios extremistas y los grupos de milicia, para hacer de la defensa del derecho constitucional de portar armas la última trinchera de la defensa de unos Estados Unidos como deben ser. Las pistolas equivalen a la libertad. El Salvaje Oeste cabalga de nuevo, tanto en las calles de Los Ángeles como en las granjas de Michigan. Dos de los rasgos más profundos de la cultura estadounidense, su individualismo arisco y su desconfianza hacia los gobiernos despóticos, de los que muchos inmigrantes escapan para llegar a los Estados Unidos, proporcionan el sello de autenticidad a la resistencia contra las amenazas generadas por la informacionalización de la sociedad, la globalización de la economía y la profesionalización de la política.

¿Quiénes son los patriotas?

Un componente del movimiento sin duda lo forman los agricultores empobrecidos del Medio Oeste y el Oeste, apoyados por una amalgama heterogénea de sociedades rurales, desde propietarios de cafés hasta clérigos tradicionalistas. Pero sería inexacto considerar que el atractivo del movimiento se limita al mundo rural que la modernización tecnológica ha dejado atrás. No existen datos demográficos sobre la composición del movimiento, pero una simple mirada a la distribución geográfica de la milicia (fig. 2.1) muestra su diversidad territorial y, por lo tanto, social. Los grupos de estados que presentan mayor actividad de la milicia incluyen zonas tan diversas como Pensilvania, Michigan, Florida, Texas, Colorado y California, siguiendo más o menos los estados más populosos (menos Nueva York, más Colorado), pero eso es precisamente lo importante: la milicia parece estar donde está la gente, en todo el país, no sólo en Montana. Si consideramos que la Coalición Cristiana forma parte del movimiento, los patriotas están presentes en los suburbios de las grandes áreas metropolitanas (la Coalición Cristiana se acerca al millón y medio de miembros). Algunos grupos de milicia, por ejemplo en Nueva Hampshire y en California, parecen alistar a sus miembros entre los profesionales de la informática. Así pues, no parece que los patriotas tengan una base de clase o sea un movimiento con especificidad territorial. Más bien son, fundamentalmente, un movimiento cultural y político, defensores de

---

[36] Maxwell y Tapia, 1995.

las tradiciones del país contra los valores cosmopolitas, y del autogobierno local contra la imposición del orden global. Sin embargo, si la clase no es importante en la composición del movimiento, sí lo es la identificación de sus enemigos. Las elites empresariales; los banqueros; las grandes firmas, ricas, poderosas y arrogantes, y sus abogados; y los científicos e investigadores, son sus enemigos. No como clase, sino como representantes de un orden mundial no estadounidense. En efecto, la ideología no es anticapitalista, sino, más bien, una defensa del capitalismo libre, opuesta a una manifestación corporativa del capitalismo estatal que parece estar próxima al socialismo. Así pues, un análisis de clase de los patriotas no parece encarar la esencia del movimiento. Se trata de una sublevación política que transciende las líneas de clase y la diferenciación regional. Y se relaciona con la evolución social y política de la sociedad estadounidense en general.

La milicia, los patriotas y la sociedad estadounidense en la década de los noventa

El populismo de derechas no es una novedad en los Estados Unidos; de hecho, es un fenómeno que ha desempeñado un papel importante en la política a lo largo de toda la historia del país[37]. Además, ha habido airadas reacciones populares ante la penuria económica, tanto en los Estados Unidos como en Europa, en formas diferentes, desde el fascismo y el nazismo clásicos, hasta los movimientos xenófobos y ultranacionalistas de los años recientes. Una de las condiciones que puede ayudar a explicar la rápida expansión de la milicia, además de Internet, son los crecientes problemas económicos y de desigualdad social en los Estados Unidos. Los ingresos medios de los hombres se han deteriorado de forma sustancial en las dos últimas décadas, sobre todo durante los años ochenta. Las familias apenas mantienen los niveles de vida de hace un cuarto de siglo, contando con la contribución de dos asalariados en lugar de uno. Por otra parte, el 1% de los hogares de ingresos más altos aumentaron su renta media de 327.000 dólares a cerca de 567.000 dólares entre 1976 y 1993, mientras la renta media familiar permanece en torno a 31.000 dólares. Los altos cargos ejecutivos cobran 190 veces más que el promedio de sus trabajadores[38]. Para el trabajador y pequeño empresario estadounidenses, la era de la globalización y la informacionalización ha sido de un declive relativo, y a veces absoluto, de sus niveles de vida, invirtiendo la tendencia histórica de que cada generación mejoraba el bienestar material de las generaciones anteriores. De vez en cuando, la cultura del nuevo

[37] Lipset y Raab, 1978.
[38] *The New York Times*, 1995b.

rico global añade el insulto al daño. Por ejemplo, Montana, el semillero de la nueva milicia, es también uno de los destinos favoritos de los nuevos multimillonarios, a quienes les gusta adquirir miles de hectáreas de tierra prístina para construir ranchos desde donde dirigen sus redes globales. Los rancheros de la zona odian a estos recién llegados[39].

Además, en el momento en que se vuelve indispensable como instrumento de seguridad financiera y psicológica, la familia tradicional se está desmoronando, a raíz de la guerra de sexos provocada por la resistencia del patriarcado a los derechos de las mujeres (véase capítulo 4). Los desafíos culturales al sexismo y a la ortodoxia heterosexual confunden a la masculinidad. Además, una nueva ola de inmigración, esta vez desde América Latina y Asia, y la creciente multietnicidad de los Estados Unidos, aunque en continuidad con la historia del país, se añaden al sentimiento de pérdida de control. Los cambios de la agricultura y la manufactura a los servicios y de la manipulación de bienes al procesamiento de la información, socavan los conocimientos adquiridos y las subculturas del trabajo. Y el fin de la guerra fría, con el derrumbamiento del comunismo, elimina la fácil identificación del enemigo externo, dificultando las posibilidades de unir a los Estados Unidos en una causa común. La era de la información se convierte en la era de la confusión y, de este modo, en la era de la afirmación fundamental de los valores tradicionales y los derechos inflexibles. Las reacciones burocráticas, y algunas veces violentas, de los organismos encargados de aplicar la ley ante varias formas de protesta profundizan la ira, agudizan los sentimientos y parecen justificar el llamamiento a las armas, poniendo a la nueva milicia estadounidense en confrontación directa con el orden global emergente.

LOS LAMAS DEL APOCALIPSIS: *AUM SHINRIKYO*[40]

La meta final de las técnicas corporales que Aum *trata de desarrollar mediante el yoga y la austeridad es un modo de comunicación sin ningún instrumento. Puede obtenerse la comunicación teniendo resonancia con los cuerpos de los otros sin depender de la conciencia de la identidad del yo, sin utilizar el instrumento del lenguaje.*

Masachi Osawa, *Gendai*, octubre de 1995[41]

---

[39] Stevens, 1995.

[40] El análisis de *Aum Shinrikyo* presentado aquí reproduce esencialmente la contribución a nuestro estudio conjunto y el artículo de Shujiro Yazawa, que realizó la mayor parte de la investigación sobre *Aum*, aunque yo también estudié el movimiento en colaboración con él, en Tokio durante 1995. Las fuentes que se han utilizado directamente en el análisis, además de los informes de los periódicos y revistas, son Aoyama, 1991; Asahara, 1994, 1995; *Vajrayana Sacca*, 1994; Drew, 1995; Fujita, 1995; *Mainichi Shinbun*, 1995; Miyadai, 1995; Ohama, 1995; Osawa, 1995; Nakazawa *et al.*, 1995; Shimazono, 1995; Yazawa, 1996.

[41] Traducido por Yazawa, 1996.

El 20 de marzo de 1995, un ataque con gas sarin en tres vagones diferentes del metro de Tokio mató a 12 personas, hirió a más de 5.000 y sacudió los cimientos de una sociedad japonesa aparentemente estable. La policía, utilizando la información de un incidente similar que había ocurrido en Matsumoto en junio de 1994, determinó que el ataque había sido realizado por miembros de *Aum Shinrikyo*, una secta religiosa que se encontraba en el centro de una red de actividades comerciales, organizaciones políticas y unidades paramilitares. Su objetivo último, según su propio discurso, era sobrevivir al apocalipsis inminente, salvar a Japón, y en última instancia al mundo, de la guerra de exterminio que sería el resultado inevitable de los esfuerzos competidores de las empresas japonesas y el capitalismo estadounidense para establecer un nuevo orden mundial y un gobierno mundial unido. Para vencer en Armagedón, *Aum* prepararía un nuevo tipo de ser humano, arraigado en la espiritualidad y el perfeccionamiento mediante la meditación y el ejercicio. No obstante, para hacer frente a la agresión de los poderes mundiales, *Aum* tenía que defenderse aceptando el desafío de las nuevas armas de exterminio. El desafío llegó en seguida. El fundador y gurú de la secta, Shoko Asahara, fue detenido y sometido a juicio (probablemente para ser sentenciado a muerte), junto con sus seguidores más destacados. Sin embargo, la secta continúa existiendo legalmente, aunque sus creyentes están esparcidos por todo Japón y apenas tienen presencia pública.

El debate sobre los orígenes, el desarrollo y los objetivos de *Aum* continuó durante casi dos años en los medios de comunicación japoneses. Suscitó preguntas fundamentales sobre el estado real de la sociedad japonesa. ¿Cómo podían ser posibles tales actos en una de las sociedades más ricas, menos desiguales, más seguras, más homogéneas desde el punto de vista étnico y más integradas culturalmente del mundo? Al público le resultaba especialmente sorprendente el hecho de que la secta tuviera adeptos sobre todo entre los científicos e ingenieros de algunas de las mejores universidades japonesas. Ocurrido en un periodo de incertidumbre política, tras la crisis del Partido Democrático Liberal, que había gobernado durante casi cinco décadas, el acto aparentemente sin sentido se consideró un síntoma. ¿Pero un síntoma de qué? Para comprender un hecho tan complejo, con implicaciones fundamentales pero no obvias, debemos reconstruir la evolución de la secta, comenzado con la biografía de su fundador, que desempeñó un papel crucial.

Asahara y el desarrollo de Aum Shinrikyo

Asahara nació ciego en el seno de una familia pobre de la prefectura de Kumamoto. Asistió a una escuela especial para invidentes y, tras terminar sus estudios allí, se preparó para los exámenes de admisión en la

Universidad de Tokio. Su proyecto explícito era convertirse en primer ministro. Tras suspender el examen, abrió una farmacia y se especializó en la venta de medicinas chinas tradicionales. Algunas de ellas eran de uso discutible y su carencia de licencia acabó llevando a su detención. Después de casarse y tener un hijo, en 1977 su interés cambió a la religión. Se educó en el sento y trató de desarrollar un método para el cuidado de la salud basado en el taoísmo. El cambio decisivo en su vida llegó cuando se unió al culto agon, un grupo religioso que predicaba la perfección mediante la práctica de la austeridad[42]. Las prácticas esenciales del grupo eran la meditación, el ejercicio físico, el yoga y el budismo esotérico. Asahara combinó las enseñanzas del agon con sus propias ideas sobre la creación de un nuevo mundo religioso. En 1984, abrió una escuela de yoga en Shibuya (Tokio). Al mismo tiempo, estableció *Aum* como una empresa (*Aum* en sánscrito significa «sabiduría profunda»). Desarrolló la reputación de su escuela de yoga haciendo declaraciones en los medios de comunicación sobre sus poderes sobrenaturales, demostrados por su capacidad de flotar en el aire (lo que respaldaba con fotos que le mostraban en acción, una primera aventura en efectos especiales visuales, que señalaron el futuro hincapié de *Aum* en la tecnología de los medios de comunicación). Afirmando que Dios le había ordenado construir una utopía con unos pocos elegidos, en 1985 el maestro de yoga se convirtió en dirigente religioso que instruía a sus discípulos de la escuela en la búsqueda de la perfección mediante la dura práctica de la austeridad. En 1986 Asahara creó la secta religiosa formal *Aum Shinsen*, con unos 350 miembros. La mayoría de ellos fueron investidos sacerdotes, a diferencia de otras sectas, donde sólo una pequeña minoría de miembros pueden dedicarse plenamente a la práctica de la austeridad y la meditación. Esta elevada proporción de sacerdocio fue muy importante para el futuro de *Aum*, ya que tuvo que encontrar medios sustanciales de apoyo financiero para un número tan grande de sacerdotes. Así pues, *Aum* pidió la donación de todos los bienes a sus reclutados (a veces por la fuerza), puso precio a sus enseñanzas y seminarios de formación, e invirtió en diversos negocios. Entre sus actividades comerciales, creó una cadena de tiendas muy rentable (Mahaposha) que vendía ordenadores personales a precios reducidos y se especializó en la distribución de *software* pirata. Con los beneficios de estas tiendas de ordenadores, financió diversos establecimientos de comida y bebida, y otros negocios. En 1987, se cambió el nombre a *Aum Shinrikyo* (palabra japonesa que significa «verdad»). Un año después, como primer paso hacia la utopía, levantó su sede en una aldea de la falda del monte Fuji. Pese a cierta resistencia de las autoridades, acabó obteniendo el reconocimiento como sociedad religiosa sin ánimo de lucro,

[42] La austeridad supone un ejercicio físico extenuante y la privación de alimento y placeres corporales como forma regular de existencia.

exenta de impuestos. Una vez consolidada la posición de *Aum* y con el respaldo de unos 10.000 miembros, Asahara decidió entrar en la política para transformar la sociedad. En 1990, junto con otros 25 miembros de *Aum*, se presentó al Congreso, pero apenas obtuvo votos. Declaró que habían sido robados. Esta decepción política fue un momento decisivo para la ideología de *Aum*, que abandonó sus intentos de participar en el proceso político. Los esfuerzos futuros se dirigirían hacia el enfrentamiento con el gobierno. Poco después, los residentes locales se opusieron ferozmente a un intento de construir un nuevo local de la secta en Naminomura y, tras algunos incidentes, los miembros de *Aum* fueron detenidos. Los medios de comunicación se hicieron eco de rumores sobre secuestros y extorsiones de antiguos miembros de la secta. Cuando un grupo de sus víctimas formó una asociación, su abogado desapareció. La secta entró en un frenesí paranoico, sintiéndose acosada por la policía, el gobierno y los medios de comunicación.

En este contexto, Asahara comenzó a destacar la línea de pensamiento escatológico que había estado presente en los temas de la secta desde su inicio. Refiriéndose a las profecías de Nostradamus, predijo que, en torno al año 2000, estallaría la guerra nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y que, como resultado, el 90 por ciento de los habitantes de las ciudades moriría. Por lo tanto, los mejores debían prepararse para sobrevivir al desastre. Para hacerlo, sería necesario el ejercicio físico duro, la austeridad y la meditación, siguiendo sus enseñanzas, a fin de crear una raza de superhombres. Los salones de meditación de *Aum* serían el lugar de nacimiento de una nueva civilización después de Armagedón. Pero la perfección espiritual no bastaría. El enemigo utilizaría todo tipo de nuevas armas: nucleares, químicas, bacteriológicas. Por lo tanto, *Aum*, como última oportunidad para la supervivencia de la humanidad, debía estar preparado para esta terrible guerra del fin de los tiempos. En consecuencia, estableció varias empresas para comprar y procesar materiales para el desarrollo de armas químicas y biológicas. Importó un helicóptero y varios vehículos blindados, comprados en el mercado negro ruso, y comenzó a aprender a diseñar y producir armas de alta tecnología, incluidas armas dirigidas por láser[43].

Siguiendo una evolución lógica, en 1994 *Aum* decidió convertirse en un contraestado. Formó ministerios y oficinas, reflejando la estructura del estado japonés, y nombró a miembros para cada ministerio y organismo, para construir un gobierno en la sombra, con Asahara en la cúspide de este contraestado sagrado. El papel de esta organización sería conducir a la secta y a los pocos supervivientes elegidos en la batalla final contra las fuerzas del mal, a saber, el gobierno mundial unido (dominado por las empresas multinacionales) y sus agentes directos: los imperialistas estado-

[43] Drew, 1995.

unidenses y la policía japonesa. En junio de 1994, se efectuó un primer experimento con gas neurotóxico en Matsumoto, matando a varias personas. Las investigaciones policiales sobre la secta y las informaciones en los medios de comunicación provocaron entre sus miembros el sentimiento de que la confrontación era inevitable y que estaban ocurriendo los primeros episodios que anunciaban el cumplimiento de la profecía. El ataque al metro de Tokio, unos cuantos meses después, propulsó a *Aum*, a Japón, y quizás al mundo, a una nueva era de crítica mesiánica respaldada potencialmente por armas de exterminio masivo.

Creencias y metodología de Aum

Las creencias y enseñanzas de *Aum Shinrikyo* son complejas y han venido cambiando según ha evolucionado la secta. No obstante, es posible reconstruir la esencia de su visión y práctica atendiendo a los documentos e informes disponibles. En la raíz de su objetivo y método, destaca la noción de liberación (*gedatsu*), que es, según uno de sus mejores observadores:

> Disolver la integridad del cuerpo como individuo para superar su localidad. Los creyentes deben transcender la frontera entre el cuerpo y su mundo externo diferenciando el cuerpo infinitamente. Mediante el ejercicio continuo es posible alcanzar el punto en el que el cuerpo puede sentirse como un fluido, gas u onda de energía. El cuerpo trata de integrarse como individuo porque tenemos conciencia del yo en la parte interior del cuerpo integrado. Es esta parte interior del cuerpo la que organiza el yo. Por lo tanto, desintegrar nuestros cuerpos hasta el grado de que sintamos nuestros cuerpos como fluido o gas significa la desorganización de nosotros mismos. Ésta es la liberación[44].

La liberación significa libertad y felicidad verdaderas. Los humanos han perdido sus yoes y se han vuelto impuros. El mundo real es en realidad una ilusión y la vida que suele vivir la gente está llena de cargas y dolores. Darse cuenta de esta dura realidad y aceptarla permite afrontar la muerte en la verdad. Para alcanzar esta verdad, mediante la liberación, *Aum* desarrolló una tecnología de meditación y austeridad (*mahayana)* con indicadores precisos del grado de perfección logrado por cada creyente en diversos estadios.

Sin embargo, para la mayoría de los seguidores, la liberación es incierta. Por lo tanto, dos elementos adicionales proporcionan coherencia al método y visión de *Aum:* por una parte, la fe en los poderes superiores del gurú, que garantiza la salvación una vez que se alcance cierto estadio

[44] Osawa, 1995.

de perfección; por otra parte, un sentimiento de apremio derivado de la crisis catastrófica inminente de la civilización. Según el planteamiento de *Aum*, existe un vínculo directo entre el fin del mundo y la salvación de los creyentes, que se están preparando para el apocalipsis mediante la adquisición de poderes sobrenaturales. En este sentido, *Aum* es a la vez un culto místico y una empresa práctica que proporciona entrenamiento de supervivencia para el día del juicio final del año 2000, a un precio.

Aum *y la sociedad japonesa*

La mayoría de los sacerdotes de *Aum* eran jóvenes licenciados universitarios. En 1995, el 47,5% de sus sacerdotes tenían entre 20 y 30 años y el 28%, entre 30 y 40; el 40% eran mujeres. De hecho, un objetivo explícito de *Aum* era «disolver las diferencias de género» cambiando «el mundo interno del género». En ausencia de un movimiento feminista potente en Japón (aún ahora), *Aum* obtuvo cierta influencia entre las mujeres universitarias, frustradas por una sociedad extremadamente patriarcal. Una elevada proporción de los hombres eran licenciados en ciencias naturales de prestigiosas universidades[45]. El atractivo de *Aum* para la juventud con educación superior fue un choque para el público japonés. Según Yazawa[46], este atractivo puede comprenderse mejor por la alienación de la juventud japonesa a raíz de la derrota de los vigorosos movimientos sociales de los años sesenta. En lugar de valores sociales transformadores, se prometió la Sociedad de la Información. Pero esta promesa se quedó corta en cuanto a innovación cultural y satisfacción espiritual. En una sociedad sin contendientes sociales movilizados y sin valores de transformación cultural, una nueva generación ha crecido desde los años setenta en la abundancia material pero sin significado espiritual. Fue seducida a la vez por la tecnología y el esoterismo. Muchos creyentes de *Aum* eran personas que no podían encontrar un espacio para sus deseos de cambio y sentido en la estructura burocratizada de las escuelas, administraciones y empresas, y se revolvían contra las estructuras familiares tradicionales y autoritarias. No tenían un objetivo en sus vidas y ni siquiera un espacio físico para expresarse en la conurbación congestionada de las ciudades japonesas. Lo único que les quedaba eran sus propios cuerpos. Para muchos de estos jóvenes, su deseo era vivir en un mundo diferente utilizando la ciencia y la tecnología para ayudar a sus cuerpos a transcender los límites naturales y sociales. En el concepto de Yawaza, el suyo era un deseo basado en la «informacionalización del cuerpo», lo que significaba la transformación del potencial físico humano por la fuerza de las ideas, las creencias y la

---

45 *Mainichi Shinbun*, 1995.
46 Castells *et al.*, 1996; Yazawa, 1996.

meditación. Ahí es donde la metodología de la liberación de *Aum* encaja particularmente bien. La promesa de la liberación era que la gente podría sentirse a sí misma y a los otros al mismo tiempo. Se restauraba la comunidad y la pertenencia, pero como una expresión del yo, mediante la perfección y el control de los límites propios del cuerpo, no como resultado de la imposición externa, permitiendo la comunicación sin un instrumento a través de la conexión directa con los otros cuerpos. Esta nueva forma de comunicación sólo se consideraba posible entre cuerpos que ya hubieran superado su localidad. El cuerpo de Asahara, al haber escapado ya de su localidad, sería el catalizador que induciría la liberación de los otros. Como resultado, se formó gradualmente una comunidad virtual de cuerpos comunicantes, con Asahara como su centro único[47].

Algunas de estas ideas y prácticas no son inusuales en el yoga y el budismo tibetano. Lo específico de la versión de *Aum* de la comunicación incorpórea mediante el yoga y la meditación era, por una parte, su ejecución tecnológica (por ejemplo, mediante el uso extensivo de vídeos de entrenamiento y de aparatos de estimulación electrónica). En algunos casos, se realizaron experimentos mediante cascos electrónicos sujetos a las cabezas de los seguidores para permitirles recibir ondas comunicativas directamente del cerebro del gurú (una ayudita tecnológica a la teoría de la comunicación incorpórea). Las ideas de Asahara acabaron desarrollándose en la identidad de su yo o «yo verdadero», en el que los yoes de todos sus discípulos se disolverían al final. Los canales de comunicación con el mundo exterior se cerraron, ya que se le declaró el enemigo que conducía hacia Armagedón. La red interna se estructuró en una organización jerárquica, en la que la comunicación venía del vértice, sin canales horizontales de comunicación entre los creyentes. En este planteamiento, el mundo exterior era irreal y la realidad virtual, generada por una combinación de tecnología y técnicas de yoga, era el mundo real. El mundo exterior irreal iba evolucionando hacia su apocalipsis. El mundo interior, de realidad virtual, comunicado internamente, era la realidad fundamental, que se preparaba para la salvación.

En el estadio último del discurso de *Aum*, tomó forma una predicción social más precisa: el cambio social futuro sería causado por un ciclo de recesión económica, luego una depresión, seguida por la guerra y la muerte. Los desastres naturales y la depresión económica dominarían Japón en los últimos años del milenio. Las razones: la competencia intensificada de otros países asiáticos que utilizarían su ventaja comparativa de bajos costes salariales. Para responder a este reto, Japón desarrollaría su industria militar y trataría de imponer su voluntad sobre Asia, en interés de las compañías japonesas, que pugnaban por crear un gobierno mundial bajo el control de las empresas multinacionales. En respuesta, los Estados

[47] Osawa, 1995.

Unidos entrarían en guerra contra Japón para proteger a sus vasallos asiáticos y para proseguir con su propio proyecto de gobierno mundial. La guerra se dilataría y se utilizaría todo tipo de armas de alta tecnología. Sería una guerra de exterminio, que podría conducir al fin de la humanidad. En este relato, la visión de *Aum* reflejaba, de modo distorsionado y esquemático, los temores de la sociedad japonesa de perder su posición de ventaja competitiva en la economía mundial, de un conflicto potencial con los Estados Unidos y de las consecuencias catastróficas de las nuevas tecnologías incontroladas.

Lo que distinguió a *Aum* fue su respuesta a estas amenazas. Para estar preparados para esa guerra, y para sobrevivirla (como en algunas películas populares de ciencia ficción de los años noventa), se requeriría tanto el renacimiento de la espiritualidad como el dominio de la tecnología de las armas avanzadas, sobre todo de las armas biológicas, químicas y dirigidas por láser. Como ya se ha mencionado, *Aum* trató de adquirir estas armas y de contratar científicos capaces de desarrollarlas en los Estados Unidos, Israel y Rusia. Mientras perseguía la perfección espiritual y unía a sus miembros en un cuerpo espiritual colectivo, se equipó para luchar en la guerra de supervivencia y la declaró por adelantado contra quienes apoyaban al gobierno mundial unido que se cernía en el horizonte.

Aunque distorsionados, los temores e ideas de *Aum* eran similares a los que aparecen en muchas de las subculturas de la juventud japonesa. Según Shinji Miyadai, dos percepciones del mundo podían encontrarse entre ellas[48]. La primera era la de una «vida diaria interminable» sin objetivo, metas ni felicidad. La segunda era la de la comunidad posible sólo en el caso de una guerra nuclear que obligara a los supervivientes a unirse. Al construirse sobre ambas ideas —esto es, buscando la felicidad en el yo interior y preparándose para la comuna posterior a la guerra nuclear—, *Aum* conectaba directamente con estas expresiones de desesperación cultural de la juventud alienada en una sociedad sobreorganizada. En este sentido, *Aum* no era un acto de locura colectiva, sino la manifestación hiperbólica ampliada de los rebeldes educados, manipulados por un gurú mesiánico, en la encrucijada entre meditación y electrónica, comercio y espiritualidad, política informacional y guerra de alta tecnología. *Aum* parece haber sido un esperpento de la Sociedad de la Información japonesa, reflejando su estructura de gobierno, su conducta empresarial y su culto a la tecnología avanzada, mezclado con la espiritualidad tradicional. Quizás la razón por la que Japón se obsesionó con *Aum* fuera el reconocimiento de cuán verdaderamente japonesa era esa visión del apocalipsis en primer plano.

[48] Miyadai, 1995.

EL SENTIDO DE LAS SUBLEVACIONES CONTRA EL NUEVO ORDEN GLOBAL

Tras analizar tres movimientos contra la globalización, en sus prácticas, sus discursos y sus contextos, me aventuraré a compararlos, tratando de extraer conclusiones para el análisis más amplio del cambio social en la sociedad red. Utilizaré mi adaptación de la tipología de Touraine para interpretar los movimientos en relación con las mismas categorías analíticas. Considerados desde esta perspectiva, los tres movimientos analizados coinciden en la identificación de su adversario: el nuevo orden global, designado por los zapatistas como la conjunción del imperialismo estadounidense y el gobierno corrupto e ilegítimo del PRI en el TLC; encarnado por las instituciones internacionales, sobre todo por la ONU y el gobierno federal estadounidense en el planteamiento de la milicia estadounidense; mientras que para *Aum* la amenaza global proviene de un gobierno mundial unificado que representa los intereses de las empresas multinacionales, el imperialismo estadounidense y la policía japonesa. Así pues, los tres movimientos se organizan primordialmente en torno a su oposición a un adversario que es, en general, el mismo: los agentes del nuevo orden global, que buscan establecer un gobierno mundial que someterá la soberanía de todos los países y pueblos.

A ese enemigo, cada movimiento opone un principio específico de identidad, que refleja las agudas diferencias entre las tres sociedades de las que proceden: en el caso de los zapatistas, se consideran a sí mismos indios y mexicanos oprimidos que luchan por su dignidad, sus derechos, su tierra y la nación mexicana; en el caso de la milicia, son ciudadanos estadounidenses en lucha por su soberanía y sus libertades, según se expresan en la Constitución estadounidense original y divina. En cuanto a *Aum*, su principio de identidad es más complejo: es en realidad su identidad individual, expresada en sus cuerpos, aunque tales cuerpos se comparten mutuamente en la mente del gurú: es la combinación de la individualidad física y la comunidad espiritual reconstruida. En cada uno de los tres casos, se apela a la autenticidad en su principio de identidad, pero con manifestaciones diferentes: una comunidad amplia, de raíces históricas (los indios de México, como parte de los mexicanos); comunidades locales/regionales de ciudadanos libres; y una comunidad espiritual de individuos liberados de la dependencia de sus cuerpos. Estas identidades se basan en la especificidad cultural y en el deseo de controlar su destino propio. Y se oponen al adversario global en nombre de un objetivo social más elevado, que en los tres casos conduce a la integración de la identidad específica y al bienestar de la sociedad en general: México, Estados Unidos, la humanidad superviviente. No obstante, se busca esta integración mediante la consecución de valores diferentes para cada movimiento: justicia social y democracia para todos los mexicanos; libertad individual del dominio del gobierno para todos los ciudadanos estadouni-

denses; y transcendencia de la materialidad mediante la liberación espiritual en el caso de *Aum*. Sin embargo, estos objetivos sociales son los elementos más débiles de cada uno de los tres movimientos: son sobre todo movilizaciones basadas en la identidad en reacción a un adversario claramente identificado. Son reactivas y defensivas, más que provisoras de un proyecto social, aun cuando proponen visiones de una sociedad alternativa. El esquema 2.1 enumera los elementos que definen a cada movimiento.

ESQUEMA 2.1 Estructura de los valores y creencias de los movimientos insurgentes contra la globalización

Movimiento	*Identidad*	*Adversario*	*Objetivo*
Zapatistas	Indios mexicanos oprimidos y excluidos	Capitalismo global (TLC), gobierno ilegal del PRI	Dignidad, democracia, tierra
Milicia estadounidense	Ciudadanos estadounidenses originales	Nuevo orden mundial, gobierno federal de los Estados Unidos	Libertad y soberanía de los ciudadanos, comunidades locales
Aum Shinrikyo	Comunidad espiritual de cuerpos entregados de creyentes	Gobierno mundial unido, policía japonesa	Supervivencia al apocalipsis

El vigoroso impacto de cada uno de estos movimientos ha obedecido, en buena medida, a su presencia en los medios de comunicación y a su uso efectivo de la tecnología de la información. Se busca o encuentra la atención de los medios realizando, en la tradición anarquista francesa, revivida brevemente en Mayo del 68, *l'action exemplaire*: una acción espectacular que, por su gran atractivo, incluso mediante el sacrificio, atrae la atención de la gente hacia las demandas del movimiento y pretende en última instancia despertar a las masas, manipuladas por la propaganda y sometidas por la represión. Al forzar a un debate sobre sus reivindicaciones e inducir la participación de la gente, los movimientos esperan presionar a los gobiernos e instituciones, e invertir el curso del sometimiento al nuevo orden social.

Por ello, las armas son esenciales en los tres movimientos, no como un fin, sino como un signo de libertad y como un dispositivo para desencade-

nar los acontecimientos y llamar la atención de los medios de comunicación. Esta estrategia orientada a los medios fue particularmente explícita y realizada con gran acierto en el caso de los zapatistas, que se esmeraron en minimizar la violencia y utilizaron los medios de comunicación e Internet para llegar a todo el mundo. Pero los efectos teatrales de la milicia y la explotación deliberada de las tácticas violentas, o su amenaza, para atraer la atención de los medios de comunicación son también un componente clave de los patriotas estadounidenses. Incluso *Aum*, que no confiaba en los medios, prestó una atención considerable a los debates en televisión y las informaciones de la prensa, dedicando a algunos de sus miembros mejores a esas tareas. Y sus ataques con gas parecen haber tenido el doble propósito de verificar la profecía del día del juicio final y de difundir al mundo sus advertencias a través de los medios de comunicación. Parecería que los nuevos movimientos de protesta lanzan sus mensajes y proyectan sus demandas en la forma de la política simbólica característica de la sociedad informacional (véase cap. 6). Su capacidad de comunicación mediática es una herramienta de lucha fundamental, mientras que sus manifiestos y sus armas son los medios para crear un acontecimiento del que merezca la pena informar.

Las nuevas tecnologías de comunicación son fundamentales para la existencia de estos movimientos: son su infraestructura organizativa. Sin Internet, el fax y los medios de comunicación alternativos, los patriotas no serían una red influyente, sino una serie de reacciones desconectadas e impotentes. Sin la capacidad de comunicación que permitió a los zapatistas llegar al México urbano y al mundo en tiempo real, habrían continuado siendo una fuerza guerrillera aislada y localizada, como muchas otras que siguen luchando en América Latina. *Aum* no utilizó demasiado Internet, simplemente porque apenas estaba presente en Japón a comienzos de los años noventa. Pero sí utilizó mucho el fax, el vídeo y los ordenadores como herramientas cruciales para construir una red organizativa muy controlada pero descentralizada. Además, trataban de lograr un importante avance tecnológico (si bien esotérico) mediante el desarrollo de la comunicación directa de un cerebro a otro, estimulada electrónicamente. Las células revolucionarias de la era de la información se construyen sobre flujos de electrones.

Junto a su similitud, los tres movimientos también muestran profundas diferencias, vinculadas con sus orígenes históricos/culturales y con el grado de desarrollo tecnológico de sus sociedades. Debe establecerse una clara distinción entre el proyecto político articulado de los zapatistas, la confusión y paranoia de la mayoría de los grupos de la milicia y la lógica apocalíptica de *Aum*. También hay una diferencia esencial entre el componente escatológico de la milicia y *Aum*, y la ausencia de planteamientos referentes al fin de los tiempos en los zapatistas. Así pues, son los contextos sociales, las culturas y los procesos históricos específicos, y los grados

de concienciación política, los que determinan las diferencias sustanciales en los procesos de sublevación, aun cuando se hayan desencadenado por una causa similar.

Los tres movimientos han interactuado estrechamente con los procesos políticos de las sociedades en las que tuvieron lugar. Los zapatistas lanzaron deliberadamente su ataque el año de las elecciones presidenciales y desempeñaron un papel fundamental en la profundización de las contradicciones que existían dentro del PRI y obligando a la apertura del sistema político mexicano (véase cap. 5). *Aum* surgió durante un periodo en el que, en 1993, el hasta entonces estable sistema político japonés se estaba desmoronando. Al expresar, de forma espectacular, la alienación de una nueva generación de profesionales y científicos, *Aum* amplificó y aceleró el debate en Japón sobre el modelo social del periodo posterior al hipercrecimiento, en el que se había alcanzado la riqueza material y se habían superado las amenazas de dominación extranjera. Tras décadas de modernización acelerada por oleadas de intervención estatal y movilización nacional, Japón tenía que afrontarse como sociedad, después de que la gente se diera cuenta de que también podía sufrirse alienación, violencia y terrorismo realizados por japoneses contra japoneses.

La milicia estadounidense también se desarrolló en un contexto de amplia alienación política y sentimiento antigubernamental en los Estados Unidos, un sentimiento que a nivel electoral también se expresó en la explotación por parte del Partido Republicano de la «revolución neoconservadora» (véase cap. 5). Una parte significativa de este nuevo voto conservador tenía su origen en el fundamentalismo cristiano y otros sectores de opinión relacionados con el movimiento patriota, como se manifestó en la aplastante victoria en el Congreso de los republicanos en 1994 y en el impacto relativo de la campaña de Buchanan durante las primarias presidenciales republicanas de 1996. Existe, en efecto, una cierta conexión entre el deterioro de las condiciones de vida en los Estados Unidos, la erosión de la política de partidos tradicional, el desarrollo del libertarismo y populismo de derechas dentro de la política establecida, la reacción violenta de los valores tradicionales contra los procesos de cambio social y desintegración familiar, y el surgimiento del movimiento patriota. Estos vínculos son esenciales para comprender la nueva relación entre la sociedad estadounidense y su sistema político [49].

Así pues, los nuevos movimientos sociales, en su diversidad, reaccionan contra la globalización y contra sus agentes políticos, y actúan sobre el proceso continuo de informacionalización cambiando los códigos culturales de la base de las nuevas instituciones sociales. En este sentido, sur-

---

[49] Balz y Brownstein, 1996.

gen de las profundidades de las formas sociales históricamente agotadas, pero afectan de forma decisiva, en un modelo complejo, a la sociedad que se está creando.

CONCLUSIÓN: EL DESAFÍO A LA GLOBALIZACIÓN

Los movimientos sociales que he analizado en este capítulo y en el anterior son muy diferentes. Y, no obstante, bajo formas distintas que reflejan su raíces sociales y culturales diversas, todos ellos desafían los procesos actuales de globalización en nombre de sus identidades construidas, afirmando representar los intereses de su país o incluso de la humanidad.

Los movimientos que he estudiado, en este y otros capítulos de este volumen, no son los únicos que se oponen a las consecuencias sociales, económicas, culturales y medioambientales de la globalización. En otras regiones del mundo, por ejemplo en Europa, surgen desafíos similares a la reestructuración capitalista y la imposición de nuevas reglas en nombre de la competencia global, basados en el movimiento obrero. Por ejemplo, la huelga francesa de diciembre de 1995 fue una manifestación vigorosa de esa oposición, en el ritual más clásico francés de los sindicatos al frente de los obreros y estudiantes en las calles, representando a la nación. Las encuestas de opinión mostraron un fuerte apoyo a la huelga entre la población general, pese a los inconvenientes diarios causados por la falta de transporte público. No obstante, puesto que se dispone de un excelente análisis sociológico sobre este movimiento [50], cuyas líneas principales de interpretación comparto, refiero al lector a él para diversificar más el cuadro transcultural del rechazo al proceso de globalización. Este y otros movimientos que salpican todo el mundo están poniendo fin a la fantasía neoliberal de crear una nueva economía global, independiente de la sociedad, mediante el empleo de la arquitectura de redes informáticas. El gran plan exclusionista (explícito o implícito) de concentrar la información, producción y mercados en un segmento valioso de la población, disponiendo del resto de formas diferentes, más o menos humanas según el carácter de cada sociedad, está desatando, en expresión de Touraine, un *grand refus*. Pero la transformación de este rechazo en la reconstrucción de nuevas formas de control social sobre las nuevas formas de capitalismo, globalizado e informatizado, requiere que el sistema político y las instituciones estatales procesen las demandas de los movimientos sociales. La capacidad o incapacidad del estado para afrontar las lógicas conflictivas del capitalismo global, los movimientos sociales basados en la identidad y los movimientos defensivos de los trabajadores y consumido-

---

[50] Touraine *et al.*, 1996.

res, condicionará en buena medida el futuro de la sociedad en el siglo XXI. No obstante, antes de examinar la dinámica del estado en la era de la información, hemos de analizar el desarrollo reciente de otros tipos de movimientos sociales que son proactivos más que reactivos: el ecologismo y el feminismo.

3

EL REVERDECIMIENTO DEL YO: EL MOVIMIENTO ECOLOGISTA

El planteamiento verde de la política es una especie de celebración. Reconocemos que cada uno de nosotros es parte de los problemas del mundo y también somos parte de la solución. Los peligros y las posibilidades de curación no están fuera de nosotros. Comenzamos a trabajar allí donde estamos. No hay necesidad de esperar hasta que las condiciones sean ideales. Podemos simplificar nuestras vidas y vivir de un modo que afirme los valores ecológicos y humanos. Llegarán condiciones mejores porque hemos empezado [...] Por lo tanto, puede decirse que la meta fundamental de la política verde es lograr una revolución interior, «el reverdecimiento del yo».

Petra Kelly, *Thinking Green*[1]

Si hemos de evaluar los movimientos sociales por su productividad histórica, por su repercusión en los valores culturales y las instituciones de la sociedad, el movimiento ecologista del último cuarto de este siglo se ha ganado un lugar destacado en el escenario de la aventura humana. En los años noventa, el 80% de los estadounidenses y más de dos tercios de los europeos se consideran ecologistas; es difícil que un partido o candidato sea elegido para un cargo sin «reverdecer» su programa; tanto los gobiernos como las instituciones internacionales multiplican programas, organismos especiales y legislación para proteger la naturaleza, mejorar la calidad de vida y, en definitiva, salvar la Tierra, a largo plazo, y a nosotros, a corto plazo. Las empresas, incluidas algunas contaminantes tristemente famosas, han incluido el ecologismo en su agenda de relaciones públicas, así como entre sus nuevos mercados más prometedores. Y a lo largo de todo el globo, la antigua oposición simplista entre desarrollo para los pobres y conservación para los ricos se ha transformado en un debate pluralista sobre el contenido real del desarrollo sostenido para cada país, ciudad y región. Sin duda, la mayoría de nuestros problemas fundamentales sobre el medio ambiente permanecen, ya que su trata-

[1] En *Essays by Petra Kelly (1947-1992)* (Kelly, 1994, págs. 39 y 40. En esta cita, se refiere al «reverdecimiento del yo» de Joanna Macy (Macy, 1991).

miento requiere una transformación de los modos de producción y consumo, así como de nuestra organización social y vidas personales. El calentamiento global se cierne como una amenaza letal, aún arde la selva tropical, las sustancias químicas tóxicas impregnan las cadenas alimentarias, un mar de pobreza niega la vida y los gobiernos juegan con la salud de la gente, como ejemplificó la locura de Major con las vacas británicas. No obstante, el hecho de que todos estos temas y muchos otros estén en el debate público y de que haya surgido una conciencia creciente sobre su carácter global interdependiente crea la base para su tratamiento y, quizás, para una reorientación de las instituciones y políticas hacia un sistema socioeconómico responsable en cuanto al medio ambiente. El movimiento ecologista multifacético que ha surgido desde finales de los años sesenta en la mayor parte del mundo, con fuertes pilares en los Estados Unidos y la Europa del Norte, se encuentra en buena medida en el origen de la inversión espectacular de los modos en que concebimos la relación entre economía, sociedad y naturaleza, induciendo, así, una nueva cultura[2].

Sin embargo, resulta algo arbitrario hablar del movimiento ecologista, puesto que su composición es muy diversa y sus expresiones varían mucho de un país a otro y entre las diferentes culturas. Así pues, antes de valorar su potencial transformador, trataré de presentar una diferenciación tipológica de diversos componentes del ecologismo y utilizaré ejemplos de cada tipo para bajar de las nubes el argumento. Luego proseguiré con una elaboración más amplia de la relación entre los temas ecologistas y las dimensiones fundamentales sobre las que se efectúa la transformación estructural en nuestra sociedad: las luchas sobre el papel de la ciencia y la tecnología, sobre el control del espacio y el tiempo, y sobre la construcción de nuevas identidades. Una vez caracterizados los movimientos ecologistas en su diversidad social y en su comunidad, analizaré sus medios y modos de actuar en la sociedad en general, explorando el tema de su institucionalización y su relación con el estado. Por último, abordaré la vinculación creciente entre los movimientos ecologistas y las luchas sociales, tanto local como globalmente, así como la perspectiva cada vez más popular de la justicia medioambiental.

LA CACOFONÍA CREATIVA DEL ECOLOGISMO: UNA TIPOLOGÍA

La acción colectiva, la política y los discursos que se agrupan bajo el nombre de ecologismo son tan diversos que ponen en entredicho la idea de un movimiento. Y, no obstante, yo sostengo que es precisamente esta

---

[2] Para un visión general sobre el movimiento ecologista, véanse, entre otras fuentes, Holliman, 1990; Gottlieb, 1993; Kaminiecki, 1993; Shabecoff, 1993; Dalton, 1994; Alley *et al.*, 1995; Diani, 1995; Brulle, 1996; Wapner, 1996.

diversidad de teorías y prácticas la que caracteriza al ecologismo como una nueva forma de movimiento descentralizado, multiforme, articulado en red y omnipresente. Es más, como trataré de mostrar, hay algunos temas fundamentales que caracterizan la mayoría, si no toda, la acción colectiva relacionada con el medio ambiente. Sin embargo, en aras de la claridad, parece útil proceder al análisis de este movimiento siguiendo una distinción y una tipología.

La distinción se establece entre el medioambientalismo y la ecología. Por *medioambientalismo* hago referencia a todas las formas de conducta colectiva que, en su discurso y práctica, aspiran a corregir las formas de relación destructivas entre la acción humana y su entorno natural, en oposición a la lógica estructural e institucional dominantes. Por *ecología*, en mi planteamiento sociológico, entiendo una serie de creencias, teorías y proyectos que consideran a la humanidad un componente de un ecosistema más amplio y desean mantener el equilibrio del sistema en una perspectiva dinámica y evolucionista. En mi opinión, el medioambientalismo es la ecología puesta en práctica, y la ecología es el medioambientalismo en teoría, pero en las páginas siguientes restringiré el uso del término ecología a las manifestaciones explícitas y conscientes de esta perspectiva holística y evolucionista.

ESQUEMA 3.1 Tipología de los movimientos ecologistas

Tipo (ejemplo)	*Identidad*	*Adversario*	*Objetivo*
Conservación de la naturaleza (Grupo de los Diez, EE. UU.)	Amantes de la naturaleza	Desarrollo incontrolado	Naturaleza original
Defensa del espacio propio («En mi patio trasero, no»)	Comunidad local	Contaminadores	Calidad de vida/salud
Contracultura, *ecología profunda* (Earth First!, ecofeminismo)	El yo verde	Industrialismo, tecnocracia, patriarcado	Ecotopía
Salvar al planeta (Greenpeace)	Ecoguerreros internacionalistas	Desarrollo global incontrolado	Sostenibilidad
Política verde (Die Grünen)	Ciudadanos concienciados	*Establishment* político	Contrapoder

En cuanto a la tipología, recurriré de nuevo a la útil caracterización que hace Alain Touraine de los movimientos sociales, presentada en el capítulo 2, para diferenciar cinco tipos principales de movimientos ecologistas *según se han manifestado en las prácticas observadas* en las dos últimas décadas en el ámbito internacional. Sugiero que esta tipología tiene un valor general, aunque la mayoría de los ejemplos se han extraído de las experiencias estadounidense y alemana porque cuentan con los movimientos ecologistas más desarrollados del mundo y porque tuve un acceso más fácil a esa información. Acéptese el descargo habitual por el reduccionismo inevitable de esta, y todas, las tipologías, que espero compensar con los ejemplos que introducirán la carne y hueso de los movimientos reales en esta caracterización algo abstracta.

Para emprender nuestro breve viaje por el calidoscopio del ecologismo valiéndonos de la tipología propuesta, se necesita un mapa. El esquema 3.1 lo proporciona, pero requiere cierta explicación. Cada tipo se define, desde el punto de vista analítico, por una combinación específica de tres características que definen a un movimiento social: *identidad, adversario* y *objetivo*. Para cada tipo, identifico el contenido preciso de las tres características resultado de la observación, utilizando varias fuentes a las que hago referencia. De acuerdo con ellas, otorgo un nombre a cada tipo y proporciono ejemplos de los movimientos que encajan mejor en cada uno. Como es natural, en cualquier movimiento u organización determinados, puede haber una mezcla de características, pero, para fines analíticos, elijo aquellos movimientos que parecer aproximarse más al tipo ideal en su práctica y discurso reales. Tras observar el esquema 3.1, les invito a una breve descripción de cada uno de los ejemplos que ilustran los cinco tipos para que las distintas voces del movimiento puedan oírse a través de su cacofonía.

La *conservación de la naturaleza*, bajo sus diferentes formas, fue el origen del movimiento ecologista en los Estados Unidos, según lo establecieron organizaciones tales como el Sierra Club (fundado en San Francisco en 1891 por John Muir), Audubon Society o la Wilderness Society[3]. A comienzos de los años ochenta, diversas organizaciones ecologistas antiguas y nuevas se unieron en una alianza conocida como el Grupo de los Diez, que incluyó, además de las organizaciones ya citadas, a National Parks and Conservation Association, National Wildlife Federation, Natural Resources Defense Council, la Izaak Walton League, Defenders of Wildlife, Environmental Defense Fund y Environmental Policy Institute. Pese a las diferencias de planteamiento y su ámbito específico de actuación, lo que une a estas organizaciones y muchas otras creadas según líneas similares, es su defensa pragmática de las causas conservacionistas en todo el sistema institucional. En palabras de Michael McCloskey, pre-

---

[3] Allen, 1987; Scarce, 1990; Gottlieb, 1993; Shabecoff, 1993.

sidente del Sierra Club, su planteamiento puede caracterizarse como «salir del paso»: «Provenimos de una tradición montañera en la que primero se decide que se va a escalar la montaña. Se tiene una noción de la ruta general, pero los asideros para manos y pies se encuentran según se sube y hay que adaptarse y cambiar constantemente»[4]. La cima que hay que escalar es la conservación de la vida natural, en sus formas diferentes, dentro de unos parámetros razonables de lo que puede lograrse en el sistema económico e institucional presente. Sus adversarios son el desarrollo incontrolado y las burocracias irresponsables, como la Oficina Federal de Reclamación, que no se preocupa de proteger nuestra reserva natural. Se definen como amantes de la naturaleza y apelan a ese sentimiento en todos nosotros, prescindiendo de las diferencias sociales. Operan mediante las instituciones y utilizan a menudo la influencia política con gran destreza y determinación. Se basan en un amplio apoyo popular, así como en las donaciones de las elites acomodadas de buena voluntad y de las empresas. Algunas organizaciones, como el Sierra Club, son muy grandes (en torno a 600.000 miembros) y están estructuradas en organizaciones locales, cuyas acciones e ideologías varían considerablemente y no siempre encajan con la imagen del «ecologismo establecido». La mayor parte del resto, como el Environmental Defense Fund, se centran en las campañas políticas, el análisis y la difusión de información. Suelen practicar una política de coalición, pero se cuidan de no alejarse de su objetivo medioambiental, desconfiando de las ideologías radicales y la acción espectacular que está en desacuerdo con la mayoría de la opinión pública. Sin embargo, sería un error oponer los conservacionistas establecidos a los ecologistas verdaderos y radicales. Por ejemplo, uno de los dirigentes históricos del Sierra Club, David Brower, se convirtió en fuente de inspiración para los ecologistas radicales. De forma recíproca, Dave Foreman, de Earth First! formó parte, en 1996, de la junta directiva del Sierra Club. Existe una gran ósmosis en las relaciones entre los conservacionistas y los ecologistas radicales, ya que las ideologías tienden a ocupar un segundo lugar en su preocupación compartida por la destrucción incesante y multiforme de la naturaleza, pese a los agudos debates y conflictos dentro de un movimiento tan grande y diversificado.

La *movilización de las comunidades locales en defensa de su espacio*, contra la intrusión de los usos indeseables, constituye la forma de acción ecologista de desarrollo más rápido y la que quizás enlaza de forma más directa las preocupaciones inmediatas de la gente con los temas más amplios del deterioro medioambiental[5]. Con frecuencia etiquetados, con cierta malicia, como el movimiento «en mi patio trasero, no», se desarrolló en los Estados Unidos en primer lugar bajo la forma del movimiento

[4] Citado en Scarce, 1990, pág. 15.
[5] Gottlieb, 1993; Szasz, 1994; Epstein, 1995.

contra los tóxicos, originado en 1978 durante el vergonzoso incidente de Love Canal sobre vertidos industriales tóxicos en Niagara Falls (Nueva York). Lois Gibbs, el ama de casa que se hizo famosa debido a su lucha por defender la salud de su hijo, así como el valor de su hogar, acabó estableciendo, en 1981, la Citizen's Clearinghouse for Hazardous Waste. Según los recuentos de la Clearinghouse, en 1984 había 600 grupos locales que luchaban contra los vertidos tóxicos en los Estados Unidos, que aumentaron a 4.687 en 1988. Con el tiempo, las comunidades también se movilizaron contra la construcción de autopistas, el desarrollo excesivo y la localización de instalaciones peligrosas en su proximidad. Aunque el movimiento es local, no es necesariamente localista, ya que suele afirmar el derecho de los residentes a la calidad de vida en oposición a los intereses de las empresas o burocracias. Sin duda, la vida en sociedad se compone de equilibrios entre gente como residentes, trabajadores, consumidores, personas que se desplazan al trabajo y otros viajeros. Pero lo que estos movimientos cuestionan es, por una parte, el sesgo de la localización de materiales o actividades indeseables en comunidades de renta baja y zonas habitadas por minorías; y por la otra, la falta de transparencia y participación en la toma de decisiones sobre el uso del espacio. Así pues, los ciudadanos demandan la extensión de la democracia local, una planificación urbana responsable y equidad para compartir las cargas del desarrollo urbano/industrial, a la vez que se impide la exposición a vertidos o instalaciones peligrosos. Como concluye Epstein en su análisis del movimiento:

> La demanda del movimiento sobre tóxicos/justicia medioambiental de un estado que tenga mayor poder para regular las empresas, un estado que sea responsable ante el público más que ante las empresas, parece muy apropiada y probablemente constituya una base para la exigencia más amplia de que se reafirme y extienda el poder estatal sobre las empresas y que se ejerza en nombre del bienestar público y sobre todo del bienestar de quienes son más vulnerables[6].

En otros casos, en los suburbios de clase media, las movilizaciones de sus residentes se centraron más en conservar su *status quo* contra el desarrollo indeseado. No obstante, prescindiendo de su contenido de clase, todas las formas de protesta aspiran a establecer un control sobre el entorno en nombre de la comunidad local y, en este sentido, las movilizaciones defensivas locales son, sin duda, un importante componente del movimiento ecologista más amplio.

El ecologismo también ha alimentado algunas de las contraculturas que brotaron de los movimientos de los años sesenta y setenta. Por contracultura entiendo el intento deliberado de vivir de acuerdo con normas

---

[6] Epstein, 1995, pág. 20.

diferentes y hasta cierto punto contradictorias de las aplicadas institucionalmente por la sociedad y de oponerse a esas instituciones basándose en principios y creencias alternativos. Algunas de las corrientes contraculturales más fuertes de nuestras sociedades se expresan bajo la forma de guiarse sólo por las leyes de la naturaleza, afirmando, de este modo, la prioridad del respeto a la naturaleza sobre cualquier otra institución humana. Por eso creo que tiene sentido incluir bajo la noción de *ecologismo contracultural* expresiones tan aparentemente distintas como los ecologistas radicales (tales como Earth First! o Sea Shepherds), el movimiento para la liberación de los animales y el ecofeminismo[7]. De hecho, a pesar de su diversidad y falta de coordinación, la mayoría de estos movimientos comparten las ideas de los pensadores de la «ecología profunda», representados, por ejemplo, por el escritor noruego Arne Naess. Según éste y George Sessions, los principios básicos de la «ecología profunda» son:

1) El bienestar y florecimiento de la vida humana y no humana en la Tierra tienen valor en sí mismos. Estos valores son independientes de la utilidad del mundo no humano para los objetivos humanos. 2) La riqueza y diversidad de las formas de vida contribuyen a la percepción de estos valores y son también valores en sí mismos. 3) Los humanos no tienen derecho a reducir esta riqueza y diversidad, salvo para satisfacer necesidades vitales. 4) El florecimiento de la vida y cultura humanas es compatible con un descenso sustancial de la población humana. El florecimiento de la vida no humana requiere ese descenso. 5) La interferencia humana actual en el mundo no humano es excesiva y la situación empeora por momentos. 6) Por lo tanto, deben cambiarse las políticas. Estas políticas afectan a las estructuras económicas, tecnológicas e ideológicas básicas. El estado de cosas resultante será profundamente diferente del presente. 7) El cambio ideológico consiste fundamentalmente en apreciar la calidad de vida (vivir en situaciones de valor inherente) más que adherirse a un nivel de vida cada vez más alto. Habrá una profunda conciencia de la diferencia entre grande y excelente. 8) Quienes suscriben los puntos precedentes tienen la obligación directa o indirecta de tratar de llevar a cabo los cambios necesarios[8].

Para responder a esa obligación, a finales de la década de los setenta, varios ecologistas radicales, encabezados por David Foreman, un ex marine convertido en ecoguerrero, crearon en Nuevo México y Arizona Earth First!, un movimiento intransigente que utilizó la desobediencia civil e incluso el «ecosabotaje» contra la construcción de presas, la tala y

[7] Para consultar fuentes, véase Adler, 1979; Spretnak, 1982; Manes, 1990; Scarce, 1990; Davis, 1991; Dobson, 1991; Epstein, 1991; Moog, 1995.

[8] Naess y Sessions, 1984, reproducido en Davis, 1991, págs. 157 y 158.

otras agresiones a la naturaleza, con lo que se enfrentó a procesos y cárcel. El movimiento, y otras organizaciones diversas que siguieron su ejemplo, estaba completamente descentralizado, formado por «tribus» autónomas que se reunían de forma periódica, según los ritos y fechas de los indios norteamericanos, para decidir sus acciones. La ecología profunda era la base ideológica del movimiento y figura de forma prominente en *The Earth First! Reader*, publicado con un prefacio de David Foreman [9]. Pero igualmente influyente, si no más, fue la novela de Abbey *The Monkey Wrench Gang*, acerca de un grupo contracultural de ecoguerrillas que se convirtieron en modelos para muchos ecologistas radicales. En efecto, *monkeywrenching* (utilizar la llave inglesa) se convirtió en un sinónimo de ecosabotaje. En la década de los noventa, el movimiento para la liberación de los animales, centrado en la oposición abierta a la experimentación con animales, parece ser el ala más militante del fundamentalismo ecológico.

El ecofeminismo se distancia claramente de las tácticas «machistas» de algunos de estos movimientos, pero comparte el principio del respeto absoluto por la naturaleza como la base para la liberación tanto del patriarcado como del industrialismo. Consideran a las mujeres víctimas de la misma violencia patriarcal que se inflige a la naturaleza. Y, por lo tanto, el restablecimiento de los derechos naturales es inseparable de la liberación de la mujer. En palabras de Judith Plant:

> A lo largo de la historia, la mujer no ha tenido un poder real en el mundo exterior, ni lugar en la toma de decisiones. La vida intelectual, el trabajo de la mente, no ha sido tradicionalmente accesible a las mujeres. Las mujeres han solido ser pasivas, al igual que la naturaleza. Sin embargo, hoy la ecología habla en favor de la tierra, en favor del «otro», en las relaciones humanas/medioambientales. Y el ecofeminismo, al hablar en favor de los otros originales, pretende comprender las raíces interconectadas de toda dominación y los modos de resistencia al cambio [10].

A algunas ecofeministas también las inspiró la polémica reconstrucción histórica de Carolyn Merchant, que se remonta a las sociedades prehistóricas y naturales, libres de la dominación masculina, de una edad de oro matriarcal, donde había armonía entre naturaleza y cultura, y donde tanto hombres como mujeres adoraban a la naturaleza en forma de diosa [11]. También ha habido, sobre todo durante la década de los setenta, una interesante conexión entre el ecologismo, el feminismo espiritual y el neopaganismo, algunas veces expresada en la militancia ecofeminista y la acción directa no violenta de brujas pertenecientes a la Congregación de Brujería [12].

---

[9] Davis, 1991.
[10] Plant, 1991, pág. 101.
[11] Merchant, 1980; véase también Spretnak, 1982; Moog, 1995.
[12] Adler, 1979; Epstein, 1991.

Así pues, mediante formas variadas, de las tácticas ecoguerrilleras al espiritualismo, pasando por la ecología profunda y el ecofeminismo, los ecologistas radicales vinculan la acción medioambiental y la revolución cultural, ampliando el alcance de un movimiento ecologista abarcador, en su construcción de la *ecotopía.*

Greenpeace es la organización ecologista mayor del mundo y probablemente la que más ha popularizado los temas medioambientales globales mediante sus acciones no violentas orientadas a los medios de comunicación [13]. Fundada en Vancouver en 1971, en torno a la protesta antinuclear frente a la costa de Alaska, estableció después su sede en Amsterdam, convirtiéndose en una organización transnacional interconectada que, en 1994, contaba con 6 millones de miembros a lo largo de todo el mundo y unos ingresos anuales de más de 100 millones de dólares. Su perfil tan característico como movimiento ecologista se deriva de tres componentes principales. En primer lugar, un sentimiento de urgencia en cuanto a la desaparición inminente de la vida en el planeta, inspirado por una leyenda india norteamericana: «Cuando la tierra esté enferma y los animales hayan desaparecido, llegará una tribu de pueblos de todos los credos, colores y culturas que crean en los hechos, no en las palabras, y que devolverán a la Tierra su antigua belleza. La tribu se llamará los "Guerreros del Arco iris"» [14]. En segundo lugar, una actitud de inspiración cuáquera de atestiguar, como principio de acción y como estrategia de comunicación. En tercer lugar, una actitud pragmática y comercial, en buena medida influida por el dirigente histórico y presidente de la junta directiva de Greenpeace, David McTaggart, de «hacer las cosas». No hay tiempo para discusiones filosóficas: los temas clave deben identificarse utilizando el conocimiento y las técnicas de investigación en todo el planeta; han de organizarse campañas sobre objetivos específicos; seguirán acciones espectaculares destinadas a atraer la atención de los medios de comunicación, con lo que un tema determinado se expondrá a la mirada pública y se obligará a las empresas, gobiernos e instituciones internacionales a tomar una determinación o afrontar más publicidad perjudicial. Greenpeace es a la vez una organización muy centralizada y una red global descentralizada. Está controlada por un consejo de representantes de los países, un pequeño comité ejecutivo y unos fideicomisarios regionales para Norteamérica, América Latina, Europa y el Pacífico. Sus recursos se organizan en campañas, cada una de ellas dividida por temas. A mediados de los años noventa, las principales campañas eran: sustancias tóxicas, energía y atmósfera, temas nucleares y ecología marina/terrestre. Sus sedes, situadas en 30 países del mundo, sirven para coordinar las campañas

[13] Hunter, 1979; Eyerman y Jamison, 1989; DeMont, 1991; Horton, 1991; Ostertag, 1991; Melchett, 1995; Wapner, 1995, 1996.

[14] Greenpeace Environmental Fund, citado en Eyerman y Jamison, 1989, pág. 110.

globales y recaudar fondos y apoyo nacional/local, pero la mayor parte de la acción aspira a obtener una repercusión global, ya que los principales problemas medioambientales son globales. Greenpeace considera su adversario a un modelo de desarrollo caracterizado por la falta de preocupación acerca de sus consecuencias sobre la vida del planeta. Por consiguiente, se moviliza para aplicar el principio de la sostenibilidad medioambiental como principio general, al que todas las demás políticas y actividades deben subordinarse. Debido a la importancia de su misión, los «guerreros del arco iris» no están inclinados a participar en debates con los otros grupos ecologistas y no se recrean en la contracultura, pese a las variaciones personales en las actitudes de sus numerosos miembros. Son internacionalistas resueltos y consideran al estado-nación el principal obstáculo para lograr el control sobre el desarrollo actual, desenfrenado y destructivo. Están en guerra contra un modelo de desarrollo ecosuicida y pretenden obtener resultados inmediatos de cada frente de acción, desde la conversión del sector frigorífico alemán a una tecnología de «congelación verde», ayudando así a proteger la capa de ozono, hasta influir en la restricción de la pesca de ballenas y la creación de un refugio para ellas en la Antártida. Los «guerreros del arco iris» se encuentran en la encrucijada de la ciencia para la vida, la tecnología de la comunicación de redes globales y la solidaridad intergeneracional.

A primera vista, la *política verde* no parece ser un tipo de movimiento por sí mismo, sino más bien una estrategia específica, a saber, entrar en el ámbito de la política electoral en nombre del ecologismo. No obstante, un examen más atento del ejemplo más importante de la política verde, Die Grünen, muestra claramente que, en su origen, no era la política habitual[15]. El Partido Verde alemán, constituido el 13 de enero de 1980 a partir de una coalición de movimientos populares, no es un movimiento ecologista estrictamente hablando, aun cuando puede que haya sido más efectivo para el avance de la causa medioambiental que ningún otro movimiento europeo en su país. La principal fuerza subyacente en su formación fueron las «iniciativas ciudadanas» de finales de los años setenta, organizadas sobre todo en torno a las movilizaciones pacifistas y antinucleares. Reunió, excepcionalmente, a los veteranos de los movimientos de los años sesenta con las feministas, que se descubrieron como tales al reflexionar precisamente sobre el sexismo de los hombres revolucionarios de la década de los sesenta, y con la juventud y las clases medias cultas preocupadas por la paz, la energía nuclear, el entorno (la muerte de los bosques, *Waldsterben*), el estado del mundo, la libertad individual y la democracia de base.

---

[15] Véanse, entre un océano de fuentes sobre el Partido Verde alemán, Langguth, 1984; Hulsberg, 1988; Wiesenthal, 1993; Scharf, 1994; y, sobre todo, Poguntke, 1993 y Frankland, 1995.

La creación y el rápido éxito de Los Verdes (entraron en el parlamento nacional en 1983) tuvieron su origen en circunstancias muy excepcionales. En primer lugar, no había expresiones políticas reales para la protesta social en Alemania más allá de los tres partidos principales que se habían alternado en el poder y que incluso formaron una coalición en los años sesenta: en 1976, más del 99% de los votos fueron a los tres partidos (democristianos, socialdemócratas y liberales). Por lo tanto, existía un voto desafecto potencial, sobre todo entre la juventud, que esperaba la posibilidad de expresarse. Los escándalos sobre la financiación política (el caso Flick) habían puesto en entredicho la reputación de todos los partidos políticos y sugerido que se sostenían con las aportaciones de la industria. Además, lo que los politólogos denominan la «estructura de oportunidades políticas» apoyaba la estrategia de formar un partido y mantener la unidad entre sus constituyentes: entre otros elementos, el movimiento podía obtener cuantiosos fondos gubernamentales si llegaba, con arreglo a la ley electoral alemana, al 5% de los votos, porcentaje necesario para entrar en el parlamento. Esto contribuyó a unir a Los Verdes, antes fraccionados. La mayor parte de los votantes verdes eran jóvenes, estudiantes, profesores o miembros de otras categorías alejadas de la producción, ya fueran desempleados (pero subsidiados por el gobierno) o trabajadores gubernamentales. Su agenda incluía ecología, paz, defensa de las libertades, protección de las minorías y los inmigrantes, feminismo y democracia participativa. Dos tercios de los dirigentes del Partido Verde eran participantes activos en varios movimientos sociales en los años ochenta. En efecto, Die Grünen se presentaba, en palabras de Petra Kelly, como un «partido antipartido» que pretendía «una política basada en una nueva concepción del poder, un "contrapoder" que es natural y común a todos, que ha de ser compartido por todos y utilizado por todos para todos» [16]. En consecuencia, los representantes elegidos para los cargos rotaban y tomaban la mayoría de las decisiones en asamblea, siguiendo la tradición anarquista que inspiró a Los Verdes más de lo que admitirían. La prueba de fuego de la política pragmática deshizo estos experimentos unos cuantos años después, sobre todo tras el fracaso electoral de 1990, motivado fundamentalmente por su total incomprensión de la importancia de la unificación alemana, en una actitud coherente con su oposición al nacionalismo. El conflicto latente entre los *Realos* (dirigentes pragmáticos que trataban de potenciar la agenda verde mediante las instituciones) y los *Fundis* (leales a los principios básicos de la democracia de base y el ecologismo) estalló abiertamente en 1991, dejando el control del partido a una alianza de centristas y pragmáticos. Reorientado y reorganizado, el Partido Verde alemán recobró su fortaleza en la década de los noventa, volvió al parlamento y obtuvo posiciones fuertes en los gobiernos locales y

[16] Kelly, 1994, pág. 37.

regionales, sobre todo en Berlín, Frankfurt, Bremen y Hamburgo, algunas veces gobernando en alianza con los socialdemócratas. No obstante, no era el mismo partido: se había convertido en un partido político. Además, este partido ya no poseía el monopolio de la agenda medioambiental puesto que los socialdemócratas, e incluso los liberales, se abrieron mucho más a las nuevas ideas planteadas por los movimientos sociales. Y lo que es más, la Alemania de la década de los noventa era un país muy diferente. No había peligro de guerra, sino de declive económico. El desempleo generalizado entre los jóvenes y la reducción del estado de bienestar se convirtieron en temas más acuciantes para los votantes verdes «canosos» que la revolución cultural. El asesinato de Petra Kelly en 1992, probablemente a manos de su compañero, que luego se suicidó, tocó una fibra sensible, sugiriendo los límites de la huida de la sociedad en la vida cotidiana, mientras se dejan intactas estructuras fundamentales económicas, políticas y psicológicas. Sin embargo, mediante la política verde, el Partido Verde se consolidó como la izquierda coherente de la Alemania de fin de siglo y la generación rebelde de los años setenta siguió conservando la mayoría de sus valores mientras envejecía y los transmitió a sus hijos a través de su modo de vida. Así pues, del experimento de la política verde surgió una Alemania muy diferente, tanto desde el punto de vista cultural como desde el político. Pero la imposibilidad de integrar partido y movimiento sin conducir al totalitarismo (leninismo) o al reformismo a expensas del movimiento (socialdemocracia) recibió otra confirmación histórica como ley de hierro del cambio social.

EL SENTIDO DEL REVERDECIMIENTO: TEMAS SOCIALES Y DESAFÍO ECOLOGISTA

La conservación de la naturaleza, la búsqueda de la calidad medioambiental y un planteamiento ecológico de la vida son ideas decimonónicas que, en su expresión más definida, permanecieron durante largo tiempo confinadas a las elites ilustradas de los países dominantes [17]. Con frecuencia fueron el dominio exclusivo de una alta burguesía abrumada por la industrialización, como en el caso de los orígenes de la Audubon Society en los Estados Unidos. Otras veces, un componente comunal y utópico fue la cuna de los primeros ecologistas políticos, como en el caso de Kropotkin, que enlazó para siempre el anarquismo y la ecología, en una tradición bien representada en nuestro tiempo por Murray Bookchin. Pero en todos los casos, y durante más de un siglo, se mantuvo como una tendencia intelectual restringida, que aspiraba

[17] Bramwell, 1989, 1994.

fundamentalmente a influir en la conciencia de las personas influyentes que podían fomentar la legislación conservacionista o donar sus bienes a la buena causa de la naturaleza. Aun cuando se forjaron alianzas sociales (por ejemplo, entre Robert Marshall y Catherine Bauer en los Estados Unidos durante los años treinta), sus resultados políticos se presentaron de un modo en que las preocupaciones económicas y de bienestar social eran lo primordial [18]. Aunque hubo pioneros influyentes y valerosos, como Alice Hamilton y Rachel Carson en los Estados Unidos, hasta finales de los años sesenta no surgió un movimiento de masas, tanto en las bases como en la opinión pública, en los Estados Unidos, Alemania y Europa Occidental, que luego se difundió rápidamente al resto del mundo. ¿Por qué fue así? ¿Por qué las ideas ecologistas prendieron de repente en las secas praderas del sin sentido planetario? Propongo la hipótesis de que existe una correspondencia directa entre los temas planteados por el movimiento ecologista y las dimensiones fundamentales de la nueva estructura social, la sociedad red, que surgió a partir de los años setenta: la ciencia y la tecnología como medios y objetivos básicos de la economía y la sociedad; la transformación del espacio y del tiempo; y la dominación de la identidad cultural por los flujos globales y abstractos de riqueza, poder e información, que construyen la virtualidad real mediante las redes de medios de comunicación. Sin duda, en el universo caótico del ecologismo podemos encontrar todos estos temas en general y ninguno de ellos en particular. Sin embargo, sostengo que hay implícito un discurso ecológico coherente que transciende diversas orientaciones políticas y orígenes sociales dentro del movimiento y que proporciona el marco desde el cual se destacan temas diferentes en momentos distintos y para fines diversos [19]. Naturalmente, existen conflictos pronunciados y fuertes desacuerdos entre los componentes del movimiento ecologista. No obstante, estos desacuerdos suelen ser más sobre tácticas, prioridades y lenguaje que sobre la ofensiva básica de vincular la defensa de entornos específicos a nuevos valores humanos. A riesgo de simplificar demasiado, sintetizaré las principales líneas del discurso presente en el movimiento ecologista en cuatro temas principales.

En primer lugar, *una conexión ambigua y profunda con la ciencia y la tecnología.* Bramwell escribe: «El desarrollo de las ideas verdes fue la revuelta de la ciencia contra la ciencia que se produjo a finales del siglo XIX en Europa y Norteamérica» [20]. Esta revuelta se intensificó y difundió en

---

[18] Gottlieb, 1993.

[19] Para los datos sobre la presencia e importancia de estos temas en los movimientos ecologistas de varios países, véanse Dickens, 1990; Dobson, 1990; Scarce, 1990; Epstein, 1991; Zisk, 1992; Coleman y Coleman, 1993; Gottlieb, 1993; Shabecoff, 1993; Bramwell, 1994; Porrit, 1994; Riechmann y Fernández Buey, 1994; Moog, 1995.

[20] Bramwell, 1994, pág. vii.

los años setenta de forma simultánea a la revolución de la tecnología de la información y al extraordinario desarrollo del conocimiento biológico gracias a la modelización informática que tuvo lugar en el periodo subsiguiente. En efecto, la ciencia y la tecnología desempeñaron un papel fundamental, si bien contradictorio, en el movimiento ecologista. Por una parte, existe una profunda desconfianza hacia la bondad de la tecnología avanzada, que lleva en algunas manifestaciones extremas a ideologías neoluditas, como la representada por Kirpatrick Sale. Por otra parte, el movimiento se apoya en buena medida en la reunión, el análisis y la difusión de información científica sobre la interacción de los artefactos fabricados por el hombre y el medio ambiente, a veces con un alto grado de complejidad. Las principales organizaciones ecologistas suelen tener científicos en su plantilla y en la mayoría de los países existe una estrecha conexión entre los científicos y académicos y los activistas ecologistas.

El ecologismo es un movimiento basado en la ciencia. A veces no es una ciencia muy rigurosa, pero no obstante pretende conocer qué le pasa a la naturaleza y los humanos, revelando la verdad que ocultan los intereses creados del industrialismo, el capitalismo, la tecnocracia y la burocracia. Aunque critican el dominio de la vida por la ciencia, los ecologistas utilizan la ciencia para oponerse a la ciencia en nombre de la vida. No abogan por la negación del conocimiento, sino por un conocimiento superior: la sabiduría de una visión holística, capaz de superar los planteamientos fragmentarios y las estrategias miopes conducentes a la satisfacción de los instintos básicos. En este sentido, el ecologismo aspira a retomar el control sobre los productos de la mente humana antes de que la ciencia y la tecnología tengan vida propia y las máquinas acaben imponiendo su voluntad sobre nosotros y la naturaleza, un temor ancestral de la humanidad.

Las luchas sobre la transformación estructural equivalen a luchar por la redefinición histórica de las dos expresiones materiales fundamentales de la sociedad: espacio y tiempo. Y, en efecto, *el control del espacio y el predominio de la localidad* es otro importante tema recurrente en varios componentes del movimiento ecologista. En el volumen I, capítulo 6 propuse la idea de que estaba surgiendo una oposición fundamental en la sociedad red entre dos lógicas espaciales, la del espacio de los flujos y la del espacio de los lugares. El espacio de los flujos organiza la simultaneidad de las prácticas sociales a distancia, por medio de las telecomunicaciones y los sistemas de información. El espacio de los lugares privilegia la interacción social y la organización institucional atendiendo a la contigüidad física. Lo que distingue a la nueva estructura social, la sociedad red, es que la mayoría de los procesos dominantes, que concentran poder, riqueza e información, se organizan en el espacio de los flujos. La mayor parte de la experiencia y el sentido humanos siguen teniendo una base local. La disyunción entre las dos lógicas espaciales es un mecanismo fundamental de dominio en nuestras sociedades porque desplaza el núcleo de

los procesos económicos, simbólicos y políticos del ámbito donde puede construirse sentido social y puede ejercerse control político. Así pues, el hincapié de los ecologistas en la localidad y en el control de la gente de sus espacios vitales es un reto a una palanca básica del nuevo sistema de poder. Aun en las expresiones más defensivas, como en las luchas denominadas «en mi patio trasero, no», para afirmar la prioridad de la vida local sobre los usos de un espacio determinado por parte de «intereses de fuera», como las compañías que vierten tóxicos o los aeropuertos que extienden sus pistas, tiene el significado profundo de negar las prioridades abstractas de los intereses técnicos o económicos sobre las experiencias reales de los usos reales de la gente. Lo que desafía el localismo ecologista es la pérdida de conexión entre estas funciones o intereses diferentes bajo el principio de la representación mediatizada por la racionalidad abstracta y técnica que ejercen los intereses comerciales incontrolados y las tecnocracias irresponsables. Así pues, la lógica del argumento evoluciona hasta el anhelo de un gobierno a pequeña escala, que privilegie la comunidad local y la participación ciudadana: *la democracia de base es el modelo político implícito en la mayor parte de los movimientos ecologistas.* En las alternativas más elaboradas, el control del espacio, la afirmación del lugar como fuente de significado, se vinculan con los ideales de autogestión de la tradición anarquista, incluida la producción a pequeña escala y la búsqueda de la autosuficiencia, que conducen a la asunción de la austeridad, la crítica del consumo conspicuo y la sustitución del valor de cambio del dinero por el valor de uso de la vida. Sin duda, las personas que protestan contra los vertidos tóxicos en su vecindad no son anarquistas y pocas de ellas estarían realmente dispuestas a transformar todo el entramado de su vida tal cual es. Pero la lógica interna del argumento, la conexión entre la defensa del lugar propio contra los imperativos del espacio de los flujos y el fortalecimiento de las bases económicas y políticas de la localidad, permiten la identificación repentina de algunas de estas vinculaciones en la conciencia pública cuando sucede un acontecimiento simbólico (como la edificación de una central nuclear). De este modo, se crean las condiciones para la convergencia de los problemas de la vida diaria y los proyectos para una sociedad alternativa: así se hacen los movimientos sociales.

Junto al espacio, *el control del tiempo está en juego en la sociedad red y el movimiento ecologista es, probablemente, el actor más importante en la proyección de una temporalidad nueva y revolucionaria.* Este tema es tan importante como complejo y requiere una elaboración pausada. En el volumen I, capítulo 7, propuse una distinción (basándome en los debates actuales en sociología e historia, así como en las filosofías del tiempo y el espacio de Leibniz e Innis) entre tres formas de temporalidad: el tiempo de reloj, el tiempo atemporal y el tiempo glacial. El *tiempo de reloj*, característico del industrialismo, tanto para el capitalismo como para

el estatismo, se caracterizaba/caracteriza por la secuencia cronológica de los acontecimientos y por la disciplina de la conducta humana a un horario predeterminado que apenas permite la experiencia fuera de la dimensión institucionalizada. El *tiempo atemporal*, que caracteriza los procesos dominantes de nuestra sociedad, se da cuando las características de un contexto determinado, a saber, el paradigma informacional y la sociedad red, provocan una perturbación sistémica en el orden secuencial de los fenómenos realizados en ese contexto. Esta perturbación puede comprimir la ocurrencia de los fenómenos para lograr la instantaneidad (como en las «guerras instantáneas» o las transacciones financieras en fracciones de segundo) o introducir una discontinuidad aleatoria en la secuencia (como en el hipertexto de los medios de comunicación integrados y electrónicos). La eliminación de las secuencias crea una cronología indiferenciada, con lo cual se aniquila el tiempo. En nuestras sociedades, la mayoría de los procesos centrales dominantes se estructuran en el tiempo atemporal, pero la mayoría de la gente está dominada por el tiempo de reloj.

Existe una forma más de tiempo, concebida y propuesta en la práctica social: *el tiempo glacial*. En la formulación original de Lash y Urry, la noción de tiempo glacial implica que «la relación entre los humanos y la naturaleza es a muy largo plazo y evolutiva. Retrocede desde la historia humana inmediata y se proyecta a un futuro totalmente inespecificable»[21]. Desarrollando su elaboración, propongo la idea de que el movimiento ecologista se caracteriza precisamente por el proyecto de introducir una perspectiva de «tiempo glacial» en nuestra temporalidad, tanto en cuanto a la conciencia como a la política. El pensamiento ecológico considera la interacción de todas las formas de la materia en una perspectiva evolucionista. La idea de limitar el uso de los recursos a los de carácter renovable, central para el ecologismo, se predica precisamente en virtud de la noción de que la alteración del equilibrio básico del planeta y del universo puede, *con el tiempo*, deshacer el delicado equilibrio ecológico, con consecuencias catastróficas. La noción holística de la integración de humanos y naturaleza, representada en los autores de la «ecología profunda», no hace referencia a un culto ingenuo de los prístinos paisajes naturales, sino a la consideración fundamental de que la unidad de experiencia importante no es cada individuo ni las comunidades humanas existentes en la historia. Para fundirnos con nuestro yo cosmológico, primero debemos cambiar la noción de tiempo, para sentir el «tiempo glacial» discurrir en nuestras vidas, percibir la energía de las estrellas fluir en nuestra sangre y asumir que los ríos de nuestros pensamientos se sumergen incesantemente en los océanos ilimitados de la materia viva multiforme. En términos personales muy directos, el tiempo glacial significa

[21] Lash y Urry, 1994, pág. 243.

medir nuestra vida por la vida de nuestros hijos y de los hijos de los hijos de nuestros hijos. Así, gestionar nuestras vidas e instituciones para ellos, tanto como para nosotros, no es un culto de la Nueva Era, sino la forma más tradicional de cuidar de nuestros descendientes, es decir, de la carne de nuestra carne. Proponer el desarrollo sostenible como solidaridad intergeneracional une el sano egoísmo con el pensamiento sistémico en una perspectiva evolucionista. El movimiento antinuclear, una de las fuentes más poderosas del movimiento ecologista, basa su crítica radical de la energía nuclear en los efectos a largo plazo de los desechos radiactivos, además de los problemas de seguridad inmediatos, con lo que se ocupa de la seguridad de generaciones a miles de años de nosotros. Hasta cierto punto, el interés en la conservación de las culturas indígenas y el respeto a las mismas extienden hacia atrás la preocupación por todas las formas de la existencia humana provenientes de tiempos diferentes, afirmando que nosotros somos ellos y ellos, nosotros. Es esta *unidad de la especie y de la materia como un todo, y de su evolución espaciotemporal*, la que proclaman de forma implícita el movimiento ecologista y, de forma explícita, los pensadores de la ecología profunda y el ecofeminismo[22]. La expresión material que unifica las diferentes demandas y temas del ecologismo es su temporalidad alternativa, que exige la asunción por parte de las instituciones de la sociedad de la lenta evolución de nuestra especie en su entorno, sin un final para nuestro ser cosmológico, mientras el universo siga expandiéndose desde el momento/lugar de su comienzo común. Más allá de las orillas temporales del tiempo de reloj sometido, que sigue experimentando la mayor parte de la gente del mundo, tiene lugar la lucha histórica por la nueva temporalidad entre la aniquilación del tiempo en los flujos recurrentes de las redes informáticas y la percepción del tiempo glacial en la asunción consciente de nuestro yo cosmológico.

Mediante estas batallas fundamentales sobre la apropiación de ciencia, espacio y tiempo, los ecologistas inducen la creación *de una nueva identidad,* una identidad biológica, *una cultura de la especie humana como componente de la naturaleza.* Esta identidad sociobiológica no supone la negación de las culturas históricas. Los ecologistas respetan las culturas populares y se recrean en la autenticidad cultural de diversas tradiciones. No obstante, su enemigo objetivo es el nacionalismo estatal, porque el estado-nación, por definición, está destinado a afirmar su poder sobre un territorio determinado. Por lo tanto, rompe la unidad de la humanidad, así como la interrelación de los territorios, que impide que compartamos plenamente nuestro ecosistema global. En palabras de David McTaggart, dirigente histórico de Greenpeace International: «La mayor amenaza que debemos afrontar es el nacionalismo. En el próximo siglo, vamos a hacer

---

[22] Diamond y Orenstein, 1990; McLaughlin, 1993.

frente a temas que no pueden resolverse nación por nación. Lo que tratamos de hacer es trabajar juntos internacionalmente, pese a siglos de prejuicio nacionalista» [23]. En lo que sólo es una contradicción aparente, los ecologistas son, a la vez, localistas y globalistas: globalistas en la gestión del tiempo, localistas en la defensa del espacio. El pensamiento y la política evolucionistas requieren una perspectiva global. La armonía de la gente con su entorno comienza en su comunidad local.

Esta *nueva identidad como especie*, que es una identidad sociobiológica, puede superponerse fácilmente a las tradiciones históricas, los lenguajes y los símbolos culturales multifacéticos, pero es difícil que se mezcle con la identidad nacionalista estatal. Así pues, hasta cierto punto, el ecologismo supera la oposición entre la cultura de la virtualidad real, que subyace en los flujos globales de riqueza y poder, y la expresión de las identidades fundamentalistas culturales o religiosas. Es la única identidad global que se plantea en nombre de todos los seres humanos, prescindiendo de sus ligaduras específicas sociales, históricas o de género, o de su fe religiosa. Sin embargo, puesto que la mayoría de la gente no vive su vida de forma cosmológica y la asunción de una naturaleza compartida con los mosquitos aún plantea algunos problemas tácticos, el asunto esencial en cuanto a la influencia de la nueva cultura ecológica es su capacidad para tejer los hilos de las culturas singulares en un hipertexto, compuesto por la diversidad histórica y la comunidad biológica. Denomino a esta cultura *la cultura verde* (por qué inventar otro término cuando millones de personas ya la llaman así) y la defino en los términos de Petra Kelly: «Hemos de aprender a pensar y actuar desde nuestros corazones, a reconocer la interconexión de todas las criaturas vivientes y a respetar el valor de cada hilo de la vasta trama de la vida. Es una perspectiva espiritual y la base de toda la política verde [...] la política verde requiere de nosotros que seamos tiernos y subversivos a la vez» [24]. La ternura de la subversión, la subversión de la ternura: estamos muy lejos de la perspectiva instrumentalista que ha dominado la era industrial, tanto en su versión capitalista como en la estatista. Y estamos en contradicción directa con la disolución del significado en los flujos del poder sin rostro que constituyen la sociedad red. La cultura verde, según se propone en un movimiento ecologista multifacético, es el antídoto de la cultura de la virtualidad real que caracteriza los procesos dominantes de nuestras sociedades.

Así pues, es la ciencia de la vida contra la vida bajo la ciencia; el control local sobre los lugares contra un espacio de los flujos incontrolable; la percepción del tiempo glacial contra la aniquilación del tiempo y la esclavitud continuada al tiempo de reloj; la cultura verde contra la virtualidad real. Éstos son los retos fundamentales del movimiento ecologista a las

[23] Entrevista en Ostertag, 1991, pág. 33.
[24] Kelly, 1994, pág. 37.

estructuras dominantes de la sociedad red. Y por ello afronta los temas que la gente percibe vagamente como la materia con la que están hechas sus nuevas vidas. Resta decir que entre este «furioso fuego verde» y los hogares de la gente se yerguen altos los bastiones de la sociedad, obligando a los ecologistas a una larga marcha a través de las instituciones, de la que, como en el caso de todos los movimientos sociales, no salen ilesos.

EL ECOLOGISMO EN ACCIÓN: LLEGAR A LAS MENTES, DOMAR AL CAPITAL, CORTEJAR AL ESTADO, BAILAR CON LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Gran parte del éxito del movimiento ecologista obedece al hecho de que, más que ninguna otra fuerza social, ha sido capaz de adaptarse lo mejor posible a las condiciones de la comunicación y la movilización en el nuevo paradigma informacional[25]. Aunque gran parte del movimiento se basa en las organizaciones populares, la acción ecologista opera utilizando acontecimientos recogidos por los medios de comunicación. Creando acontecimientos que llamen la atención de los medios, los ecologistas son capaces de alcanzar a una audiencia mucho más amplia que sus partidarios directos. Además, la presencia constante de temas medioambientales en los medios les ha prestado una legitimidad mayor que la de cualquier otra causa. La orientación hacia los medios resulta obvia en los casos de activismo ecologista global como Greenpeace, cuya lógica se orienta hacia la creación de acontecimientos para movilizar la opinión pública sobre temas específicos con el fin de presionar sobre los poderes sociales. Pero también es el pan de cada día de las luchas ecologistas de ámbito local. Las noticias locales de televisión, radio y prensa son la voz de los ecologistas, hasta el punto de que las grandes empresas y los políticos suelen quejarse de que son los medios de comunicación, más que los ecologistas, los responsables de la movilización medioambiental. La relación simbiótica entre los medios y el ecologismo proviene de varias fuentes. En primer lugar, las tácticas de acción directa no violenta, que dominaron el movimiento desde comienzos de los años setenta, proporcionaron un buen material de información, sobre todo cuando las noticias requieren imágenes frescas. Muchos activistas ecologistas han practicado con gran imaginación las tácticas anarquistas francesas de *l'action exemplaire*, un acto espectacular que impresiona, provoca el debate e induce la movilización. El autosacrificio, como soportar la detención y la cárcel, arriesgar la vida en el océano, encadenarse a los árboles, utilizar sus cuerpos para bloquear una construcción indeseable o los transportes

[25] Véanse Epstein, 1991; Horton, 1991; Ostertag, 1991; Costain y Costain, 1992; Gottlieb, 1993; Kanagy *et al.*, 1994.

perniciosos, interrumpir las ceremonias oficiales y tantas otras acciones directas, emparejadas con la contención y la no violencia manifiesta, introduce una actitud de testimonio que restaura la confianza y realza los valores éticos en una era de cinismo generalizado. En segundo lugar, la legitimidad de los temas suscitados por los ecologistas, al conectar directamente con los valores humanistas básicos que aprecia la mayoría de la gente y con frecuencia distantes de la política partidista, preparó el terreno para que los medios de comunicación asumieran el papel de la voz del pueblo, con lo que aumentaron su propia legitimidad y los periodistas se sintieron a gusto con ello. Además, en las noticias locales, la información sobre los peligros para la salud o los trastornos medioambientales en la vida de la gente plantea los problemas sistémicos de un modo más vigoroso que cualquier discurso ideológico tradicional. Con frecuencia, los propios ecologistas alimentan a los medios con imágenes preciosas que dicen más que un grueso informe. Así, los grupos ecologistas estadounidenses han distribuido cámaras de vídeo a los grupos de base de todo el mundo, de Connecticut a Amazonia, para que filmen las violaciones explícitas de las leyes medioambientales, utilizando después la infraestructura tecnológica del grupo para procesar y difundir las imágenes acusatorias.

Los ecologistas también han estado a la vanguardia de las nuevas tecnologías de comunicación como herramientas organizativas y movilizadoras, sobre todo en el uso de Internet [26]. Por ejemplo, una coalición de grupos ecologistas de los Estados Unidos, Canadá y Chile, formada en torno a Friends of the Earth, Sierra Club, Greenpeace, Defenders of Wildlife, Canadian Environmental Law Association y otros, se movilizó contra la aprobación del Tratado de Libre Comercio debido a que carecía de suficientes provisiones de protección al medio ambiente. Utilizaron Internet para coordinar acciones e información y crearon una red permanente que trazó las líneas de batalla de la acción ecologista transnacional en todo el continente americano durante los años noventa. Los nodos de la World Wide Web se están convirtiendo en lugares de encuentro para los ecologistas de todo el mundo, al igual que las páginas establecidas en 1996 por organizaciones como Conservation International y Rainforest Action Network para defender la causa de los pueblos indígenas de las selvas tropicales. Food First, una organización con base en California, se ha enlazado con una red de grupos ecologistas de los países en desarrollo, conectando los problemas medioambientales y de la pobreza. De este modo, a través de la red, fue capaz de coordinar su acción con Global South, una organización con base en Tailandia, que proporciona una perspectiva ecologista desde el Asia de industrialización reciente. Mediante estas redes, los grupos de base de todo el mundo son

[26] Bartz, 1996.

capaces de actuar globalmente, en un momento dado, en el ámbito donde se crean los problemas principales. Parece que está surgiendo una elite informatizada como núcleo global y coordinador de grupos populares de acción ecologista de todo el mundo, un fenómeno que no es completamente distinto del papel desempeñado por los obreros tipógrafos y los periodistas al comienzo del movimiento obrero, orientando, a través de la información a la que tenían acceso, a las masas analfabetas que formaban la clase obrera del inicio de la industrialización.

El ecologismo no es sólo un movimiento de concienciación. Desde sus comienzos, se ha centrado en hacer que las cosas cambien en la legislación y el gobierno. En efecto, el núcleo de las organizaciones ecologistas (como el denominado Grupo de los Diez de los Estados Unidos) dirige sus esfuerzos a presionar para obtener legislación y a apoyar o oponerse a candidatos políticos atendiendo a su postura sobre ciertos temas. Hasta las organizaciones orientadas a acciones no tradicionales, como Greenpeace, han dedicado cada vez más su atención a presionar a los gobiernos e instituciones internacionales para obtener leyes, decisiones y la aplicación de decisiones sobre temas específicos. De forma similar, a nivel local y regional, los ecologistas han hecho campaña en favor de nuevas formas de planificación urbana y regional, medidas de salud pública y el control del desarrollo excesivo. Es este pragmatismo, esta actitud orientada a un tema concreto, la que ha otorgado al ecologismo la delantera sobre la política tradicional: la gente siente que puede hacer que las cosas sean diferentes aquí y ahora, sin mediación o demora. No existe distinción entre los medios y los fines.

En algunos países, sobre todo de Europa, los ecologistas han entrado en la competición política, presentado candidatos para cargos con éxito diverso [27]. Los datos muestran que a los partidos verdes les va mucho mejor en las elecciones locales, donde aún existe una vinculación directa entre el movimiento y sus representantes políticos. También obtienen resultados bastante buenos en las elecciones internacionales, por ejemplo, al Parlamento Europeo, porque, al ser una institución que sólo ostenta un poder simbólico, los ciudadanos se sienten cómodos al ver sus principios representados, con un pequeño coste de pérdida de influencia sobre la toma de decisiones. En la política nacional, los politólogos han expuesto que la suerte de los partidos verdes está menos influida por las convicciones medioambientales de la gente que por las estructuras institucionales específicas que encuadran las oportunidades de competencia política [28]. En pocas palabras, cuanto más accesibles sean los temas medioambientales y el voto de protesta en el marco de los partidos establecidos, menores son las posibilidades para los verdes;

[27] Poguntke, 1993; Dalton, 1994; Diani, 1995; Richardson y Rootes, 1995.
[28] Richardson y Rootes, 1995.

cuanto mayores sean las oportunidades para un voto simbólico, sin consecuencias para elegir un líder político, mejores serán los resultados de los candidatos verdes. En efecto, parece que Alemania fue la excepción, no la regla, en el desarrollo de la política verde, como sostuve anteriormente. En general, parece que existe una tendencia mundial hacia el reverdecimiento de las corrientes mayoritarias de la política, si bien con frecuencia de un verde muy pálido, junto con la autonomía sostenida del movimiento ecologista. En cuanto al propio movimiento, su relación con la política cada vez mezcla más el *lobby,* las campañas específicas en favor o en contra de los candidatos y la influencia sobre los votantes mediante movilizaciones orientadas a un tema concreto. A través de estas tácticas diversas, el ecologismo se ha convertido en una importante fuerza de opinión pública, con la que en muchos países tienen que contar los partidos y candidatos. Por otra parte, la mayoría de las organizaciones ecologistas se han institucionalizado mucho, esto es, han aceptado la necesidad de actuar en el marco de las instituciones existentes y dentro de las reglas de la productividad y de una economía de mercado global. Así pues, la colaboración con las grandes empresas se ha convertido en la regla más que en la excepción. Las empresas suelen financiar diversas actividades medioambientales y se han vuelto extremadamente conscientes de su imagen verde, hasta el punto de que los temas medioambientales son ahora imágenes normales en la publicidad empresarial. Pero no todo es manipulación. Las empresas de todo el mundo también se han visto influidas por el ecologismo y han tratado de adaptar sus procesos y productos a la nueva legislación, los nuevos gustos y los nuevos valores, tratando, como es natural, de obtener beneficios al mismo tiempo. Sin embargo, debido a que las unidades de producción reales de nuestra economía ya no son empresas individuales sino redes transnacionales integradas por varios componentes (véase vol. I, cap. 3), la transgresión medioambiental se ha descentralizado a las pequeñas empresas y los países de industrialización reciente, con lo que se ha modificado la geografía y topología de la acción medioambiental en los años venideros.

En general, con el aumento extraordinario de la conciencia, influencia y organización medioambientales, el movimiento se ha diversificado cada vez más, desde el punto de vista social y temático, alcanzando de las salas de juntas de las empresas a los callejones periféricos de las contraculturas, pasando por los ayuntamientos de las ciudades y las cámaras parlamentarias. En el proceso, se han distorsionado los temas y, en algunos casos, manipulado. Pero ésta es la marca de cualquier movimiento social importante. En efecto, el ecologismo es un importante movimiento social de nuestro tiempo, ya que abarca una diversidad de causas sociales bajo la bandera general de la justicia medioambiental.

JUSTICIA MEDIOAMBIENTAL: LA NUEVA FRONTERA DE LOS ECOLOGISTAS

Desde los años sesenta, el ecologismo no se ha interesado sólo en observar pájaros, salvar selvas y limpiar el aire. Las campañas en contra del vertido de desechos tóxicos, a favor de los derechos del consumidor, las protestas antinucleares, el pacifismo, el feminismo y otros muchos temas han confluido con la defensa de la naturaleza para arraigar el movimiento en un paisaje amplio de derechos y demandas. Hasta tendencias contraculturales como la meditación de la Nueva Era y el neopaganismo se mezclaron con el resto de los componentes del movimiento ecologista en las décadas de los setenta y los ochenta.

En los años noventa, mientras que algunos temas importantes como la paz y la protesta antinuclear han pasado a segundo plano, en parte debido al éxito de las protestas y en parte debido al fin de la guerra fría, una variedad de temas sociales se han convertido en parte de un movimiento cada vez más diversificado[29]. Las comunidades pobres y las minorías étnicas se han movilizado contra la discriminación medioambiental, pues se ven expuestas más a menudo que la población en general a las sustancias tóxicas, la contaminación, los peligros para la salud y la degradación de los lugares donde viven. Los trabajadores se han rebelado contra las causas de los accidentes laborales, viejas y nuevas, del envenenamiento químico al estrés provocado por los ordenadores. Los grupos de mujeres han mostrado que, siendo generalmente quienes gestionan la vida familiar diaria, son las que sufren de forma más directa las consecuencias de la contaminación, del deterioro de las instalaciones públicas y del desarrollo incontrolado. La falta de techo es una de las causas principales del declive de la calidad de la vida urbana. Y, a lo largo de todo el mundo, se ha denunciado una y otra vez que la pobreza es una causa de degradación medioambiental, de la roza de las selvas a la contaminación de los ríos, lagos y océanos, y las epidemias arrasadoras. En efecto, en muchos países en vías de industrialización, sobre todo de América Latina, han florecido los grupos ecologistas y se han vinculado con los grupos defensores de los derechos humanos, los grupos de mujeres y las organizaciones no gubernamentales, formando coaliciones poderosas que van más allá de la política institucional, pero que de ningún modo prescinden de ella[30].

Así pues, el concepto de justicia medioambiental, como una noción amplia que afirma el valor de uso de la vida, de todas las formas de vida, contra los intereses de la riqueza, el poder y la tecnología, cada vez es más influyente tanto en las mentes como en las políticas a medida que el movimiento medioambiental entra en un nuevo estadio de desarrollo.

---

[29] Gottlieb, 1993, págs. 207-320; Szasz, 1994; Epstein, 1995; Brulle, 1996.

[30] Athanasiou, 1996; Borja y Castells, 1997.

A primera vista, parecerían tácticas oportunistas. Dado el éxito y la legitimidad de la etiqueta ecologista, otras causas menos populares se envuelven en nuevas ideologías para obtener apoyo y atraer la atención. Y, en efecto, algunos de los grupos de conservación de la naturaleza del movimiento ecologista cada vez recelan más de un enfoque tan amplio que pueda desviar al movimiento de sus verdaderos objetivos. Después de todo, los sindicatos han luchado por la legislación sobre salud laboral desde los comienzos de la industrialización, y la pobreza es, y era, un tema importante por derecho propio, sin tener que pintar de verde su oscuridad siniestra. No obstante, lo que está pasando en el ecologismo va más allá de las tácticas. El planteamiento ecológico de la vida, de la economía y de las instituciones de la sociedad destaca el carácter holístico de todas las formas de la materia y de todo el procesamiento de la información. Así pues, cuanto más sabemos, más percibimos las posibilidades de nuestra tecnología y más nos damos cuenta de la gigantesca y peligrosa brecha que existe entre el incremento de nuestras capacidades productivas y nuestra organización social primitiva, inconsciente y, en definitiva, destructiva. Éste es el hilo objetivo que teje la conexión creciente de las revueltas sociales, locales y globales, defensivas y ofensivas, reivindicativas y culturales, que surgen en torno al movimiento ecologista. Ello no quiere decir que hayan surgido de repente unos nuevos ciudadanos internacionalistas de buena voluntad y generosos. Aún no. Como se expone en este volumen, antiguas y nuevas divisiones de clase, género, etnicidad, religión y territorialidad actúan dividiendo y subdiviendo temas, conflictos y proyectos. Pero sí quiere decir que las conexiones embriónicas entre los movimientos populares y las movilizaciones de orientación simbólica en nombre de la justicia medioambiental llevan la marca de los proyectos alternativos. Estos proyectos esbozan una superación de los movimientos sociales agotados de la sociedad industrial, para reanudar, en formas históricamente apropiadas, la antigua dialéctica entre dominación y resistencia, entre *Realpolitik* y utopía, entre cinismo y esperanza.

4

EL FIN DEL PATRIARCADO: MOVIMIENTOS SOCIALES, FAMILIA Y SEXUALIDAD EN LA ERA DE LA INFORMACIÓN

Si todos los que me han pedido ayuda
en este mundo,
todos los santos inocentes,
las esposas destrozadas y los lisiados,
los encarcelados, los suicidas,
si todos ellos me hubieran mandado un copec,
me habría hecho «más rica
que todo Egipto»...
Pero no me mandaron copecs,
sino que compartieron conmigo su fuerza,
y por eso nada en el mundo
es más fuerte que yo,
y puedo soportar todo, incluso esto.

Anna Ajmatova, *Selected Poems*[1].

El patriarcado es una estructura básica de todas las sociedades contemporáneas. Se caracteriza por la autoridad, impuesta desde la instituciones, de los hombres sobre las mujeres y sus hijos en la unidad familiar. Para que se ejerza esta autoridad, el patriarcado debe dominar toda la organización de la sociedad, de la producción y el consumo a la política, el derecho y la cultura. Las relaciones interpersonales y, por tanto, la personalidad, están también marcadas por la dominación y la violencia que se originan en la cultura y las instituciones del patriarcado. No obstante, desde el punto de vista analítico y político, es esencial no olvidar su enraizamiento en la estructura familiar y en la reproducción sociobiológica de la especie, modificadas por la historia (cultura). Sin la familia patriarcal, el patriarcado quedaría desenmascarado como una dominación arbitraria y acabaría siendo derrocado por la rebelión de «la mitad del cielo» mantenida bajo sometimiento a lo largo de la historia. En este fin de milenio, la familia patriarcal, piedra angular del patriarcado, se ve

[1] Ajmatova, 1985, pág. 84.

desafiada por los procesos interrelacionados de la transformación del trabajo y de la conciencia de las mujeres. Las fuerzas impulsoras que subyacen en estos procesos son el ascenso de una economía informacional global, los cambios tecnológicos en la reproducción de la especie humana y el empuje vigoroso de las luchas de las mujeres y de un movimiento feminista multifacético, tres tendencias que se han desarrollado desde finales de los años sesenta. La incorporación masiva de las mujeres al trabajo *remunerado* aumentó su poder de negociación frente a los hombres y socavó la legitimidad de su dominio como proveedores de la familia. Además, impuso una carga insoportable a las vidas de las mujeres por su cuádruple turno diario (trabajo remunerado, tareas del hogar, cuidado de los hijos y turno nocturno para el esposo). Primero la contracepción, después la fertilización in vitro y la manipulación genética que se vislumbra en el horizonte están otorgando a la mujer y a la sociedad un control creciente sobre la oportunidad y frecuencia de los embarazos. En cuanto a las luchas de las mujeres, no esperaron hasta este fin de milenio para manifestarse. Han caracterizado todo el trayecto de la experiencia humana, si bien en formas diversas que suelen estar ausentes de los libros de texto y los registros escritos[2]. He sostenido que muchas luchas urbanas históricas y contemporáneas fueron, en realidad, movimientos de mujeres relacionados con las demandas y la gestión de la vida cotidiana[3]. Y el feminismo como tal tiene una antigua historia, como ejemplifican las sufragistas de los Estados Unidos. No obstante, creo que es justo decir que sólo en el último cuarto de este siglo hemos presenciado lo que supone una insurrección masiva de las mujeres contra su opresión en todo el mundo, si bien con intensidad diferente según la cultura y el país. La repercusión de estos movimiento se ha sentido con intensidad en las instituciones de la sociedad y, de forma más fundamental, en la conciencia de las mujeres. En los países industrializados, una gran mayoría de mujeres se consideran iguales a los hombres, con sus mismos derechos y, además, el del control sobre sus cuerpos y sus vidas. Esta conciencia se está extendiendo rápidamente por todo el planeta. Es la revolución más importante porque llega a la raíz de la sociedad y al núcleo de lo que somos[4]. Y es irreversible. Decir esto no significa que los problemas de discriminación, opresión y maltrato de las mujeres y sus hijos hayan desaparecido o ni siquiera disminuido en intensidad de forma sustancial. De hecho, aunque se ha reducido algo la discriminación legal, y el mercado de trabajo muestra tendencias igualadoras a medida que aumenta la educación de las mujeres, la violencia interpersonal y el maltrato psicológico se generalizan, debido precisamente a la ira de los hombres, individual y co-

[2] Rowbotham, 1974.
[3] Castells, 1983.
[4] Mitchell, 1966.

lectiva, por su pérdida de poder. No es, y no será, una revolución de terciopelo. El paisaje humano de la liberación de la mujer y de la defensa de los privilegios del hombre está lleno de cadáveres de vidas destrozadas, como pasa en todas las auténticas revoluciones. Sin embargo, pese a la severidad del conflicto, la transformación de la conciencia de las mujeres y los valores sociales en la mayoría de las sociedades en menos de tres décadas es asombrosa y tiene consecuencias fundamentales para toda la experiencia humana, del poder político a la estructura de la personalidad.

Sostengo que el proceso que resume y concentra esta transformación es la crisis de la familia patriarcal. Si ésta se desmorona, de forma gradual pero segura, todo el sistema del patriarcado, y el conjunto de nuestras vidas, se transformarán. Es una perspectiva pavorosa, y no sólo para los hombres. Por eso, el desafío al patriarcado es uno de los factores inductores más fuertes de los movimientos fundamentalistas que aspiran a restaurar el orden patriarcal, como los estudiados en los capítulos previos de este volumen. En efecto, su reacción violenta podría alterar los procesos actuales de cambio cultural, ya que ninguna historia está escrita de antemano. No obstante, los indicadores presentes señalan un declive sustancial de las formas tradicionales de la familia patriarcal. Comenzaré mi análisis centrándome en algunos de estos indicadores. Las estadísticas, por sí solas, no pueden contar la historia de la crisis del patriarcado, pero cuando los cambios son tan amplios como para reflejarse en las estadísticas nacionales comparadas, cabe asumir con certeza su profundidad y rapidez.

Pero aún tenemos que explicar el momento histórico de esta transformación. ¿Por qué ahora? Las ideas feministas han estado presentes al menos durante un siglo, si no más, aunque en su traducción histórica específica. ¿Por qué prendieron en nuestro tiempo?

Propongo la hipótesis de que la razón se encuentra en una combinación de cuatro elementos: primero, la transformación de la economía y del mercado laboral, en estrecha asociación con la apertura de las oportunidades educativas para las mujeres[5]. Por lo tanto, trataré de presentar algunos de los datos que muestran esa transformación, vinculándolos con las características de la *economía informacional* global y la empresa red, presentadas en el volumen I. Segundo, la transformación tecnológica de la biología, la farmacología y la medicina que ha permitido un control creciente sobre el embarazo y la reproducción de la especie humana, como sostuve en el volumen I, capítulo 7. Tercero, en este contexto de transformación económica y tecnológica, el patriarcado ha sufrido el impacto del desarrollo del movimiento feminista, en el periodo subsiguiente a los movimientos sociales de la década de los sesenta. No es que el feminismo

[5] Saltzman-Chafetz, 1995.

fuera un componente distintivo de estos movimientos. De hecho, comenzó después, a finales de los años sesenta o comienzos de los setenta, entre las mujeres que habían formado parte del movimiento, como una reacción al sexismo e incluso al maltrato (véase más adelante) que habían tenido que sufrir en el movimiento. Pero el contexto de la formación del movimiento social, que destacó «lo personal como político» y presentó temas multidimensionales, abrió la posibilidad de pensar fuera de los caminos instrumentales de los movimientos dominados por los hombres (como el movimiento obrero o la política revolucionaria) y avanzar hacia un planteamiento más experimental de las fuentes reales de opresión según se sentían, antes de que pudieran ser domesticadas por el discurso de la racionalidad. El cuarto elemento inductor del desafío al patriarcado es la rápida difusión de las ideas en una cultura globalizada y en un mundo interrelacionado, donde la gente y la experiencia viajan y se mezclan, tejiendo un hipertapiz de voces de mujeres a lo largo de la mayor parte del planeta. Así pues, tras investigar la transformación del trabajo de la mujer, analizaré la formación de un movimiento feminista muy diversificado y los debates que surgen de la experiencia colectiva de construcción/reconstrucción de la identidad de las mujeres.

La repercusión de los movimientos sociales, y sobre todo del feminismo, en las relaciones de género desencadenó una vigorosa onda expansiva: se puso en entredicho la heterosexualidad como norma. Para las lesbianas, la separación de los hombres como los sujetos de su opresión era la consecuencia lógica, si no inevitable, de su consideración de que el dominio masculino era la fuente de los problemas de las mujeres. Para los hombres gays, el cuestionamiento de la familia tradicional y las relaciones conflictivas entre hombres y mujeres representó una oportunidad para explorar otras formas de relaciones interpersonales, incluidas nuevas formas de familia, las familias gays. Para todos, la liberación sexual, sin límites institucionales, se convirtió en la nueva frontera de la expresión personal. No en la imagen homófoba de una promiscuidad absoluta, sino en la afirmación del yo y en la experimentación con la sexualidad y el amor. La repercusión de los movimientos de gays y lesbianas sobre el patriarcado es, por supuesto, devastadora. No es que las formas de dominación interpersonal dejen de existir. La dominación, como la explotación, siempre se renuevan en la historia. Pero el patriarcado, que ha existido probablemente desde los albores de los tiempos humanos (pese a lo que diga Carolyn Merchant), se ha visto definitivamente sacudido por el debilitamiento de la norma heterosexual. Así pues, exploraré los orígenes y el horizonte de los movimientos de gays y lesbianas, viajando de San Francisco a Taipei, para destacar su creciente diversidad cultural y geográfica.

Por último, abordaré el tema de la transformación de la personalidad en nuestra sociedad, resultado de la transformación de la estructura familiar y de las normas sexuales, pues creo que cabe sostener que las familias

constituyen el mecanismo de socialización básico y la sexualidad tiene algo que ver con la personalidad. Se trata de ver cómo nos transforma la interacción del cambio estructural y los movimientos sociales, esto es, de la sociedad red y el poder de la identidad.

La crisis de la familia patriarcal

Por la crisis de la familia patriarcal hago referencia al debilitamiento de un modelo de familia basado en el ejercicio estable de la autoridad/dominación sobre toda la familia del hombre adulto cabeza de familia. En la década de los noventa, es posible encontrar indicadores de esa crisis en la mayoría de las sociedades, sobre todo en los países más desarrollados. No es obvia la utilización de indicadores estadísticos muy desiguales como prueba de un rasgo, el patriarcado, que es político, cultural y psicológico. No obstante, puesto que la conducta y cultura de la población suelen evolucionar a un paso muy lento, la observación de tendencias que afectan la *estructura y dinámica de la familia patriarcal en las estadísticas nacionales* comparadas es, en mi opinión, un poderoso signo del cambio y, sostengo, de la crisis de los modelos patriarcales, antes estables. Resumiré el argumento antes de proceder a una rápida exploración estadística.

La disolución de los hogares de las parejas casadas, por divorcio o separación, es un primer indicador de desafección a un modelo de familia que se basaba en el compromiso, a largo plazo, de sus miembros. Sin duda, puede haber un patriarcado sucesivo (de hecho, ésta es la regla): la reproducción del mismo modelo con diferentes participantes. Sin embargo, las estructuras de dominación (y los mecanismos de confianza) se han visto debilitadas por la experiencia, tanto de las mujeres como de los hijos, atrapados con frecuencia en lealtades en conflicto. Es más, con una frecuencia cada vez mayor, la disolución de los hogares de parejas casadas lleva a la formación de hogares unipersonales o a hogares de un solo progenitor, en general mujeres, poniendo fin en este caso a la autoridad patriarcal de la familia, aun cuando la estructura de dominación se reproduzca mentalmente en el nuevo hogar.

En segundo lugar, la frecuencia creciente de las crisis matrimoniales y la dificultad cada vez mayor para hacer compatibles matrimonio, trabajo y vida parecen asociarse con otras dos fuertes tendencias: el retraso de la formación de parejas y la vida en común sin matrimonio. De nuevo, la falta de sanción legal debilita la autoridad patriarcal, tanto desde el punto de vista institucional como psicológico.

En tercer lugar, como resultado de estas diferentes tendencias, junto con factores demográficos como el envejecimiento de la población y las tasas de mortalidad diferentes según el sexo, surge una variedad creciente de estructuras de hogares, con lo que se diluye el predominio del modelo

clásico de la familia nuclear tradicional (parejas casadas en primeras nupcias y sus hijos) y se debilita su reproducción social. Proliferan los hogares unipersonales y los de un solo progenitor.

En cuarto lugar, en las condiciones de inestabilidad familiar y con una autonomía cada vez mayor de las mujeres en su conducta reproductiva, la crisis de la familia patriarcal se extiende a la crisis de los patrones sociales de reemplazo generacional[6]. Por una parte, cada vez nacen más niños fuera del matrimonio y suelen quedarse con sus madres (aunque hay una proporción creciente de parejas no casadas que se ocupan de forma conjunta de un hijo). Así pues, está asegurada la reproducción biológica, pero fuera de la estructura familiar tradicional. Por otra parte, las mujeres, con mayor conciencia y frente a tiempos duros, limitan el número de hijos y retrasan el primero. Por último, en algunos círculos reducidos, cuyo tamaño parece estar aumentando, las mujeres dan a luz hijos sólo para ellas o adoptan niños ellas solas.

En conjunto, estas tendencias, al reforzarse unas a otras, ponen en tela de juicio la estructura y los valores de la familia patriarcal. No es necesariamente el fin de la familia, ya que se están experimentando otras estructuras familiares y se puede acabar reconstruyendo cómo vivimos con el otro, cómo procreamos y cómo educamos, de modos diferentes, quizás mejores[7]. Pero las tendencias que menciono señalan el fin de la familia como la hemos conocido hasta ahora. No sólo de la familia nuclear (un artefacto moderno), sino la basada en la dominación patriarcal que ha sido la regla durante milenios.

Echemos una ojeada a algunas estadísticas básicas. Aquí haré hincapié en un planteamiento comparativo, mientras que reservaré para la última parte del capítulo una revisión más sistemática de la crisis de la familia patriarcal en los Estados Unidos, donde el proceso parece estar más adelantado[8]. Aunque las tendencias indicadas son más pronunciadas en los países desarrollados, existe un cambio general en la misma dirección en gran parte del mundo. Así pues, me basaré en buena medida en el informe elaborado en 1995 por el Population Council sobre la transformación de las familias en el mundo[9], que complementaré con otras fuentes que cito. Me centraré en el periodo 1970-1995 por las razones que se presentan más adelante en este mismo capítulo.

---

[6] En la Unión Europea, en 1995, la tasa de nacimientos era la más baja en tiempos de paz del siglo XX: sólo había 290.000 nacimientos más que muertes. En Alemania e Italia, había más muertes que nacimientos. La población de Europa Oriental descendió aún más, sobre todo en Rusia (*The Economist*, 19 de noviembre de 1996).

[7] Stacey, 1990.

[8] Véanse ONU, 1970-1995, 1995; Saboulin y Thave, 1993; Valdés y Gomariz, 1993; Cho y Yada, 1994; OCDE, 1994b; Alberdi, 1995; Bruce *et al.*, 1995; De Vos, 1995; Mason y Jensen, 1995.

[9] Bruce *et al.*, 1995.

CUADRO 4.1 Tasa de cambio en la tasa bruta de divorcio para los países seleccionados, 1971-1990.

	1971	*1990*	*Tasa de cambio 1971-1990* *Tasa*	*%*
Canadá	1,38	2,94	1,56	113
Francia	0,93	1,86	0,93	100
Italia	0,32	0,48	0,16	50
Japón	0,99	1,27	0,28	28
Reino Unido	1,41	2,88	1,47	104
Estados Unidos	3,72	4,70	0,98	26
URSS	2,63	3,39	0,76	29
México	0,21	0,54	0,33	157
Egipto	2,09	1,42	–0,67	–32

Fuente: ONU, *Demographic Yearbook,* 1970-1995.

CUADRO 4.2 Tendencias en las tasas de divorcio de cada 100 matrimonios en países desarrollados.

País	*1970*	*1980*	*1990*
(ant.) Alemania Or.	12,2	22,7	29,2
Canadá	18,6	32,8	38,3
Checoslovaquia	21,8	26,6	32,0[a]
Dinamarca	25,1	39,3	44,0
Estados Unidos	42,3	58,9	54,8[b]
Inglaterra y Gales	16,2	39,3	41,7[a]
Francia	12,0	22,2	31,5[a]
Grecia	5,0	10,0	12,0
Hungría	25,0	29,4	31,0
Italia	5,0	3,2	8,0
Países Bajos	11,0	25,7	28,1
Suecia	23,4	42,2	44,1

Nota: Las tasas que se muestran son un índice sintético calculado mediante la suma de las tasas de divorcio de vigencia específica de cada año. (La fuente original identifica incorrectamente las tasas como «de cada 1.000 matrimonios».)
[a] 1989.
[b] 1995.

Fuente: Alain Monnier y Catherine de Guibert-Lantoine (1993), «La conjoncture démographique: l'Europe et les pays développés d'outre-mer», *Population* 48(4), páginas 1.043-1.067.
Recopilado y elaborado por Bruce *et al.*, 1995.

El cuadro 4.1 muestra, con una excepción, un incremento considerable en la tasa bruta de divorcios de los países seleccionados: se duplica con creces en el Reino Unido, Francia, Canadá y México entre 1971 y

1990. Los incrementos menos pronunciados en los Estados Unidos (aún un +26%) y la URSS (+29%) durante ese periodo se deben al hecho de que presentaban las tasas más elevadas en 1971. Resulta muy interesante que el único país musulmán que he seleccionado, con fines comparativos, muestre un descenso en la tasa de divorcio (que probablemente refleje las tendencias hacia la islamización de la sociedad), aunque siga siendo más elevada, en 1990, que la de Italia, México o Japón.

El cuadro 4.2 muestra las tasas de divorcio por cada 100 matrimonios de los países altamente industrializados seleccionados. Existe una discrepancia entre los niveles de divorcio para cada país, pero se da una tendencia ascendente general entre 1970 y 1980 y entre 1980 y 1990, de nuevo con la excepción de los Estados Unidos en 1990, en parte porque casi el 55% de los matrimonios acabaron en divorcio en este país en 1990.

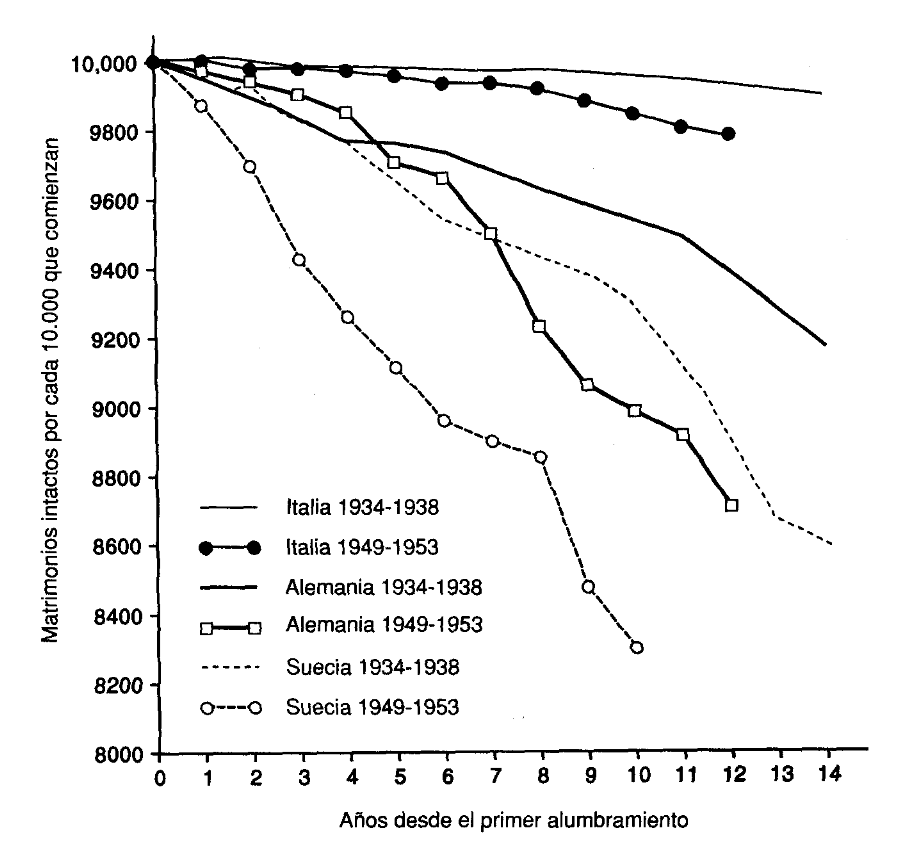


FIGURA 4.1 Curvas de supervivencia del matrimonio para Italia, Alemania Occidental y Suecia: madres nacidas en 1934-1938 y 1949-1953.

Fuente: Blossfeld *et al.*, 1995.

CUADRO 4.3 Porcentaje de primeros matrimonios disueltos por separación, divorcio o muerte entre mujeres de 40-49 años en países en vías de desarrollo.

Región/país	*Fecha*	*%*
Asia		
Indonesia	1987	37,3
Sri Lanka	1987	25,6
Tailandia	1987	24,8
América Latina/Caribe		
Colombia	1986	32,5
República Dominicana	1986	49,5
Ecuador	1987	28,9
México	1987	25,5
Perú	1986	26,1
Oriente Próximo/África del Norte		
Egipto	1989	22,8
Marruecos	1987	31,2
Túnez	1988	11,1
África subsahariana		
Ghana	1988	60,8
Kenia	1989	24,2
Senegal	1986	42,3
Sudán	1989/1990	28,2

Fuentes: ONU, 1987, cuadro 47 en *Fertility Behaviour in the Context of Development: Evidence from the World Fertility Survey* (Nueva York, ONU) y tabulaciones procedentes de investigaciones demográficas y sanitarias compiladas y elaboradas por Bruce *et al.*, 1995.

Las separaciones *de facto* no se incluyen en las estadísticas, ni tampoco las tasas de disolución de las uniones libres. Sin embargo, sabemos por las investigaciones que los hogares de unión libre son más proclives a separarse que las parejas casadas [10] y que las separaciones están en relación directa con la tasa de divorcio, con lo que en realidad aumenta la cifra general, y la proporción, de hogares disueltos [11]. Una investigación global sobre los patrones de divorcio descubrió que una proporción creciente de éstos afecta a parejas con hijos pequeños, aumentando la probabilidad de que la disolución material conduzca a la paternidad de un solo progenitor [12]. La figura 4.1 muestra la tasa decreciente de supervivencia

[10] Bruce *et al.*, 1995.

[11] Alberdi, 1995.

[12] Goode, 1993.

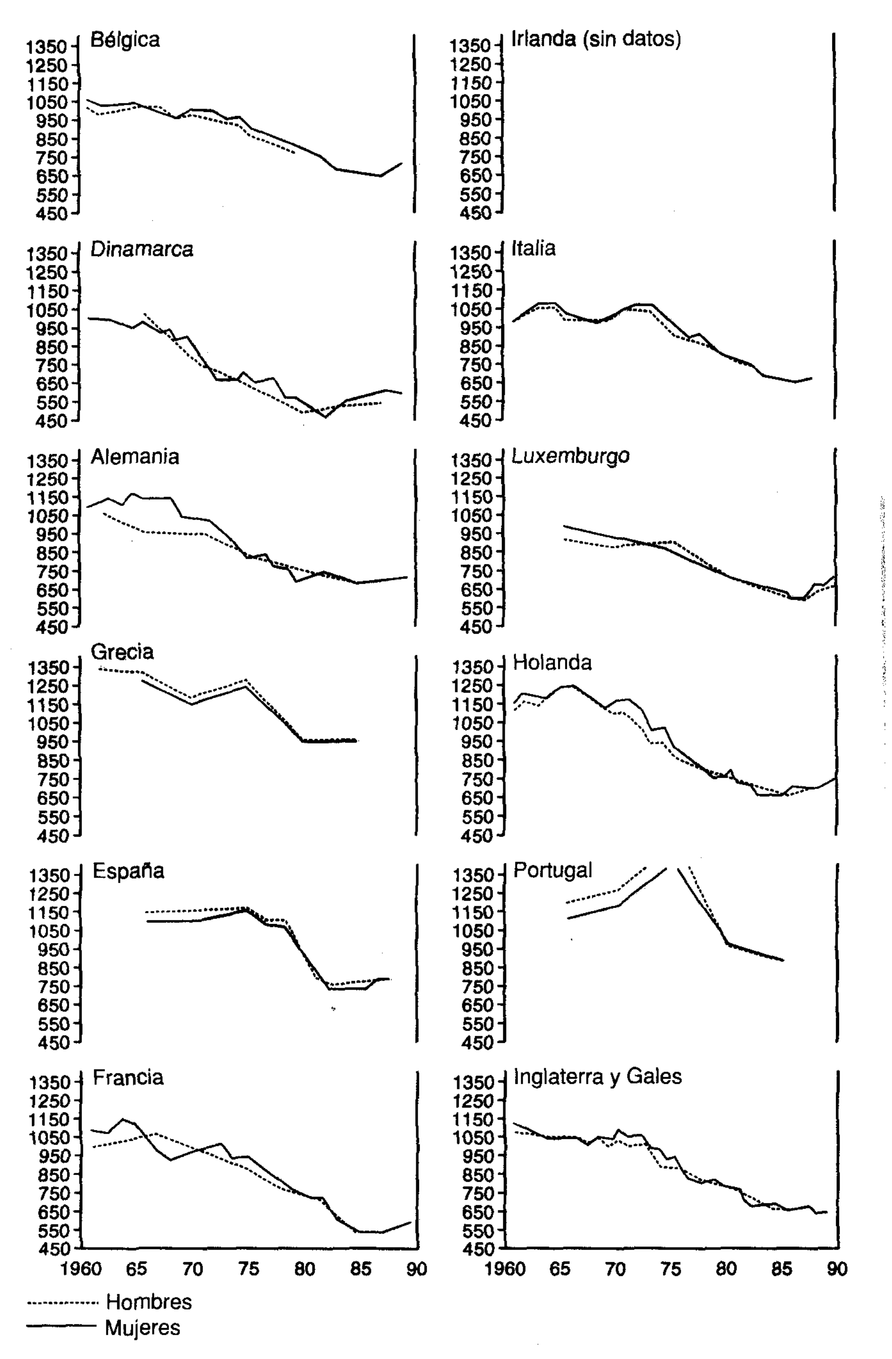


FIGURA 4.2 Evolución del primer matrimonio en algunos países de la Unión Europea desde 1960. *Fuente*: Alberdi, 1995.

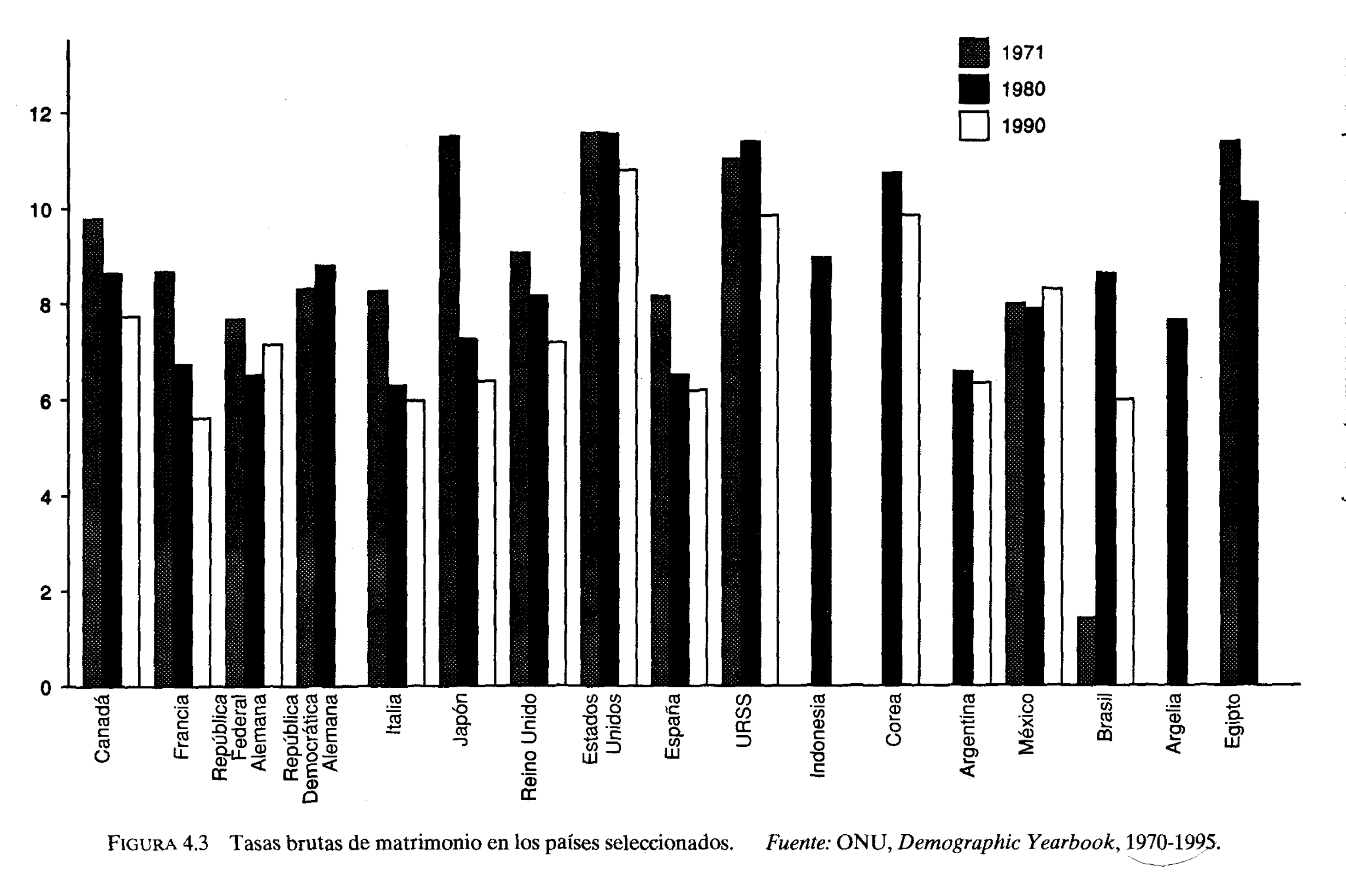


FIGURA 4.3 Tasas brutas de matrimonio en los países seleccionados. *Fuente:* ONU, *Demographic Yearbook*, 1970-1995.

CUADRO 4.4 Tendencias porcentuales de las mujeres de 20-24 que nunca se han casado.

Región/país	*Fecha anterior*	*%*	*Fecha posterior*	*%*
	Países en vías de desarrollo			
Asia				
Indonesia	1976	20	1987	36
Pakistán	1975	22	1990/91	39
Sri Lanka	1975	61	1987	58
Tailandia	1975	42	1987	48
América Latina/Caribe				
Colombia	1976	44	1986	39
República Dominicana	1975	27	1986	39
Ecuador	1979	43	1987	41
México	1976	34	1987	42
Perú	1978	49	1986	56
Oriente P./África del N.				
Egipto	1980	36	1989	40
Marruecos	1980	36	1987	56
Túnez	1978	57	1988	64
África subsahariana				
Ghana	1980	15	1988	23
Kenia	1978	21	1989	32
Senegal	1978	14	1986	23
	Países desarrollados			
Checoslovaquia	1970	35	1980	33
Austria	1971	45	1980	57
Francia	1970	46	1980	52
España	1970	68	1981	59
Estados Unidos	1970	36	1980	51

Fuentes: para los países en vías de desarrollo, ONU, 1987, cuadro 43 en *Fertility Behaviour in the Context of Development: Evidence from the World Fertility Survey*, Nueva York, ONU, y Charles F. Westoff, Ann K. Blanc y Laura Nyblade (1994), *Marriage and Entry into Parenthood* (Demographic and Health Surveys Comparative Studies nº 10, Calverton, Maryland, Macro International Inc); para los países desarrollados: compilado por la División Estadística de la ONU (1995), *The World's Women 1970-1995: Trends and Statistics*, Nueva York, ONU.
Compilado y elaborado por Bruce *et al.*, 1995.

del matrimonio entre cohortes de mujeres mayores y más jóvenes para Italia, Alemania Occidental y Suecia[13].

[13] Blossfeld, 1995.

Esta tendencia no se limita en absoluto a los países industrializados. El cuadro 4.3, para los países en vías de desarrollo seleccionados, muestra tasas de disolución, por causas diferentes, del primer matrimonio de mujeres de 40-49 años: con la excepción de Túnez, oscila entre el 22,8% y el 49,5%, con un pico del 60,8% en Ghana.

CUADRO 4.5 *Nacimientos fuera del matrimonio como porcentaje de todos los nacimientos por regiones (medias nacionales).*

Región/país (núm. de países)	*1970*	*1980*	*1990*
	Países desarrollados		
Canadá	n.d.	13,2	21,1[a]
Europa Oriental (6)	7,1	9,0	12,9
Europa del Norte (6)	8,8	19,5	33,3
Europa del Sur (5)	4,1	5,4	8,7
Europa Occidental (6)	5,6	8,3	16,3
Japón	1,0[b]	1,0[c]	1,0[d]
Oceanía (2)	9,0[b]	13,4[c]	20,2[e]
Estados Unidos	5,4[b]	14,2[c]	28,0
(antigua) URSS (14)	8,2	8,8	11,2
	Países en vías de desarrollo		
África (12)	n.d.	4,8[f]	n.d.
Asia (13)	n.d.	0,9[f]	n.d.
América Latina/Caribe (13)	n.d.	6,5[f]	n.d.

n.d.= no disponible.
[a] 1989 [c] 1975 [e] 1985.
[b] 1965 [d] 1988 [f] 1975-1980 (media).

Fuentes: para Europa Oriental, del Norte, del Sur y Occidental, (antigua) Unión Soviética y Canadá, Council of Europe (1993), *Recent Demographic Developments in Europe and North America*, 1992 (Estrasburgo: Council of Europe Press); para Estados Unidos, Oceanía y Japón, ONU (1992), *Patterns of Fertility in Low Fertility Settings* (Nueva York, ONU), y US Department of Health and Human Services (1993), *Monthly Vital Statistics Report* 42(3) suplemento; para los países en vías de desarrollo, ONU (1987), *Fertility Behaviour in the Context of Development*, Nueva York, ONU. Compilado y elaborado por Bruce *et al.*, 1995.

En la década de los noventa, se ha estabilizado en Europa el número de divorcios frente a los matrimonios, pero se debe fundamentalmente a la reducción del número de matrimonios desde 1960, así que la cifra total y la proporción de hogares con dos progenitores casados ha descendido de forma considerable [14]. La figura 4.2 muestra la tendencia general a la reducción de los primeros matrimonios en los países de la Unión Europea

[14] Alberdi, 1995.

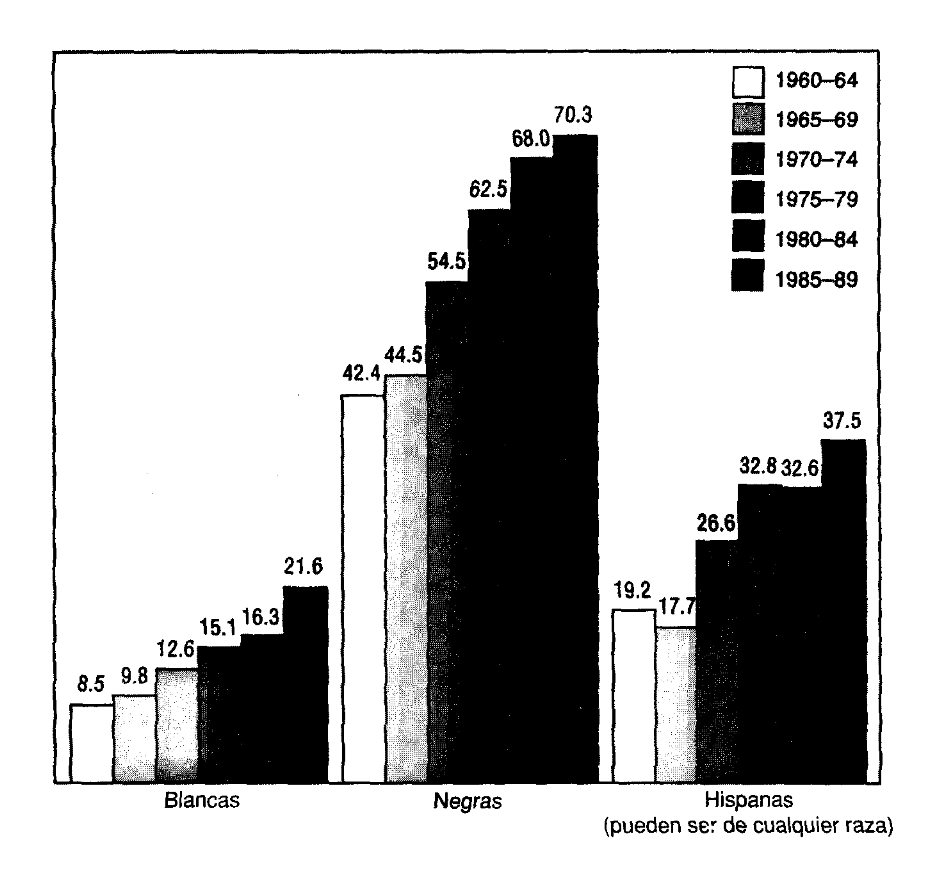


FIGURA 4.4 Porcentaje de mujeres (15-34 años) con un primer alumbramiento después de su primer matrimonio, por raza y origen étnico, en los Estados Unidos, 1960-1989.

Fuente: Oficina del Censo de los Estados Unidos, 1992a.

y la figura 4.3 presenta la evolución de la tasa bruta de matrimonios para los países seleccionados en zonas diferentes del mundo. Con la excepción de México y Alemania, hay un descenso durante el periodo de veinte años, con una caída significativa en Japón.

El retraso en la edad de matrimonio también es una tendencia casi universal y particularmente importante en el caso de las mujeres jóvenes. El cuadro 4.4 muestra el porcentaje de las mujeres de 20-24 años que nunca se han casado. Las fechas posteriores son muy diversas, así que es difícil establecer comparaciones, pero, con la excepción de Ghana y Senegal, entre un tercio y dos tercios de las mujeres jóvenes no se han casado; con la excepción de España y Sri Lanka, la proporción de mujeres no ca-

sadas de 20-24 años ha aumentado desde 1970. En el ámbito mundial, la proporción de mujeres casadas de quince años y mayores descendió del 61% en 1970 al 56% en 1985[15].

Una proporción creciente de niños nacen fuera del matrimonio en los países desarrollados (cuadro 4.5) y la observación más importante concierne a la tendencia: en los Estados Unidos, la proporción saltó del 4,5% del total de nacimientos en 1970 al 28% en 1990. El fenómeno presenta una diferenciación étnica: alcanza el 70,3% para las mujeres afroamericanas de la cohorte de 15-34 años (figura 4.4). En los países escandinavos, los embarazos de hijos fuera del matrimonio en los años noventa suponen cerca del 50% del total de embarazos[16].

CUADRO 4.6 Tendencias en los hogares monoparentales, como porcentaje del total de hogares con hijos dependientes y al menos un progenitor residente, en países desarrollados.

País	*Comienzos de los setenta*	*Mediados de los ochenta*
(ant.) Alemania Occ.	8,0	11,4
Australia	9,2	14,9
Francia	9,5	10,2
Japón	3,6	4,1
Suecia	15,0	17,0
Reino Unido	8,0	14,3
Estados Unidos	13,0	23,9
(ant.) Unión Soviética	10,0	20,0

Nota: Los hogares de un solo progenitor son aquellos con hijos dependientes y un progenitor residente.

Fuente: Ailsa Burns (1992), «Mother-headed families; an international perspective and the case of Australia», *Social Policy Report* 6(1).
Compilado y elaborado por Bruce *et al.*, 1995.

CUADRO 4.7 Tendencias porcentuales de los hogares cuya cabeza de familia *de jure* es una mujer.

Región/país	*Fecha anterior*	*%*	*Fecha posterior*	*%*
Datos de investigación demográfica				
Asia				
Indonesia	1976	15,5	1987	13,6
Sri Lanka	1975	15,7	1987	17,8
Tailandia	1975	12,5	1987	20,8

[15] ONU, 1991.
[16] Alberdi, 1995; Bruce *et al.*, 1995.

CUADRO 4.7 *(Cont.)*

Región/país	*Fecha anterior*	*%*	*Fecha posterior*	*%*
América Latina/Caribe				
Colombia	1976	17,5	1986	18,4
República Dominicana	1975	20,7	1986	25,7
Ecuador	1979	15,0	1987	14,6
México	1976	13,5	1987	13,3
Perú[a]	1977/78	14,7	1986	19,5
Trinidad y Tobago	1977	22,6	1987	28,6
Oriente P./África del N.				
Marruecos	1979/80	11,5	1987	17,3
África subsahariana				
Ghana	1960	22,0	1987	29,0
Sudán	1978/79	16,7	1989/90	12,6
	Datos del censo			
Asia				
Hong Kong	1971	23,5	1991	25,7
Indonesia	1971	16,3	1980	14,2
Japón	1980	15,2	1990	17,0
Corea	1980	14,7	1990	15,7
Filipinas	1970	10,8	1990	11,3
América Latina/Caribe				
Brasil	1980	14,4	1989	20,1
Costa Rica	1984	17,5	1992	20,0
Panamá	1980	21,5	1990	22,3
Perú	1981	22,1	1991	17,3
Uruguay	1975	21,0	1985	23,0
Venezuela	1981	21,8	1990	21,3
África subsahariana				
Burkina Faso	1975	5,1	1985	9,7
Camerún	1976	13,8	1987	18,5
Mali	1976	15,1	1987	14,0

Nota: *de jure*= cabeza de familia «usual».
[a] *de facto*= cabeza de familia el día de la entrevista.

Fuentes: Encuestas demográficas: para Ghana, Cynthia B. Lloyd y Anastasia J. Gage-Brandon (1993), «Women's role in maintaining households: family welfare and sexual inequality in Ghana», *Population Studies* 47(1), págs. 115-131; para Ecuador, Keiko Ono-Osaku, y A. R. Themme (1993), «Comparative analysis of recent changes in households in Latin America», en IUSSP, *Proceedings of Conference on the Americas, Vera Cruz*; para todos los demás países, Mohamed Ayad *et al.* (1994), *Demographic Characteristics of Housesholds*, Demographic and Health Surveys Comparative Studies nº 14, Calverton, Maryland, Macro International Inc; censos: ONU (1995), *The World's Women 1970-1995: Trends and Statistics*, Nueva York, ONU.
Compilado y elaborado por Bruce *et al.*, 1995.

CUADRO 4.8 Indicadores de cambios recientes en la formación de la familia y el hogar: países occidentales seleccionados, 1975-1990.

Región y país	*Mujeres 20-24 en unión libre ca. 1985-90 (%)*	*Nacimientos extramaritales ca. 1988 (%)*	*Incremento de nacimientos extramaritales 1975-88 (%)*	*Hogares de un solo progenitor con hijos ca. 1985 (%)*
Escandinavia				
Islandia	—	52	19	—
Suecia	44	52	19	32
Dinamarca	43	45	23	26
Noruega	28	34	23	23
Finlandia	26	19	9	15
Europa del N.				
Países Bajos	23	11	8	19
Reino Unido	24	25	16	14
Francia	24	26	18	10
Alemania Oc.	18	10	4	13
Austria	—	23	8	15
Suiza	—	6	2	9
Luxemburgo	—	12	8	18
Bélgica	18	10	7	15
Irlanda	4	13	8	7
Europa del S.				
Portugal	7	14	7	—
España	3	8	6	11
Italia	3	6	3	16
Grecia	1	2	1	—
Malta	—	2	1	—
Chipre	—	1	0	—
Norteamérica				
Estados Unidos	8	26	12	28
Canadá	15	21	14	26
Oceanía				
Australia	6	19	7	15
Nueva Zelanda	12	25	9	—

Fuentes: Consejo de Europa (varios números); European Values Studies, 1990 Round; Moors y Van Nimwegen, 1990; ONU (varios años, 1990; comunicación personal de Larry Bumpass (Estados Unidos), Peter McDonald, Lincoln Day (Australia), Thomas Burch (Canadá), Ian Pool (Nueva Zelanda).
Compilado por Lesthaeghe, 1995.

Como resultado tanto de las separaciones como de la maternidad individual, la proporción de hogares de un solo progenitor con hijos dependientes (por lo general, con una mujer como cabeza de familia) aumentó, entre comienzos de los años setenta y mediados de los ochenta, en los países desarrollados (cuadro 4.6) y la tendencia ascendente ha continuado en la década de los noventa en los Estados Unidos (véase más adelante). Para los países en vías de desarrollo, puede detectarse una tendencia similar según las estadísticas sobre los hogares cuya cabeza de familia *de jure* es una mujer. El cuadro 4.7 muestra una tendencia general ascendente en la proporción de hogares cuya cabeza de familia es una mujer entre mediados de los años setenta y mediados/finales de los ochenta (con algunas excepciones, por ejemplo, Indonesia), destacando Brasil con más del 20% de sus hogares en esta categoría en 1989, por encima del 14% de 1980.

CUADRO 4.9 Porcentaje de hogares de una persona sobre el total de hogares de los países seleccionados, 1990-1993.

País	*Año*	*Total hogares (en miles)*	*Hogares de una persona (en miles)*	*%*
Alemania[a]	1993	36.230	12.379	34,2
Bélgica	1992	3.969	1.050	26,5
Dinamarca[b]	1993	2.324	820	35,3
Francia	1992	22.230	6.230	28,0
Grecia	1992	3.567	692	19,4
Gran Bretaña	1992	23.097	6.219	26,9
Irlanda	1991	1.029	208	20,2
Italia	1992	19.862	4.305	21,7
Luxemburgo	1992	144	34	23,6
Países Bajos	1992	6.206	1.867	30,1
Portugal	1992	3.186	399	12,5
España	1992	11.708	1.396	11,9
Estimaciones				
Finlandia	1993	2.120	716	33,8
Austria	1993	3.058	852	27,9
Suecia	1990	3.830	1.515	39,6
Estados Unidos	1993	96.391	23.642	24,5
Japón	1993	41.826	9.320	22,3

[a] Datos del microcenso, abril de 1993.
[b] No se incluyen los datos de las islas Feroe y Groenlandia.

Fuente: Statistisches Bundesamt (1995), *Statistisches Jahrbuch 1995 fuer das Ausland*, Wiesbaden, Metzer and Poeschell.

Uniendo los diversos indicadores de la formación de hogares, Lesthaeghe confeccionó el cuadro 4.8 para los países de la OCDE, cuyos datos contrastan la Europa del Norte y Norteamérica con la Europa del Sur, donde mejor resisten las estructuras de la familia tradicional. Aun así, excepto en Irlanda y Suiza, los hogares de un solo progenitor con hijos a mediados de los años ochenta representaban entre el 11 y el 32% del total.

El cuadro 4.9 muestra el porcentaje de los hogares de un solo miembro para los países seleccionados a comienzos de los años noventa. Merece una observación detenida: con la excepción de la Europa del Sur, oscila entre el 20% y el 39,6% del total, con el 26,9% para el Reino Unido, el 24,5% para los Estados Unidos, el 22,3% para Japón, el 28,0% para Francia, y el 34,2% para Alemania. Obviamente, la mayoría de estos hogares están formados por un anciano solo, por lo cual el envejecimiento de la población explica buena parte del fenómeno. De todos modos, el hecho de que entre un quinto y más de un tercio de los hogares sean de una sola persona pone en entredicho la difusión del modo de vida patriarcal. De paso, la resistencia de las familias patriarcales tradicionales en Italia y España se cobra su tributo: las mujeres la contrarrestan dejando de tener hijos, de tal modo que ambos países son los que presentan la tasa de fecundidad más baja del mundo, por debajo de la tasa de reemplazo generacional (1,2 para Italia; 1,3 para España)[17]. Además, en España la edad de emancipación es también la más alta de Europa: veintisiete años para las mujeres, veintinueve para los hombres. El desempleo generalizado entre los jóvenes y la aguda crisis de la vivienda contribuyen a mantener unida a la familia tradicional, al coste de crear muy pocas familias y detener la reproducción de los españoles[18].

De hecho, ésta es la consecuencia más evidente de la crisis de la familia patriarcal: el abrupto descenso de las tasas de fecundidad en los países desarrollados, por debajo de la tasa de reemplazo generacional (véase la figura 4.5 para los países europeos). En Japón, la tasa de fecundidad total ha estado por debajo del nivel de reemplazo desde 1975, alcanzando 1,54 en 1990[19]. En los Estados Unidos, la tasa total de fecundidad ha descendido de forma pronunciada en las tres últimas décadas, desde su pico histórico más alto a finales de los años cincuenta, para alcanzar un nivel inferior a la tasa de reemplazo durante las décadas de los setenta y los ochenta, hasta estabilizarse a comienzos de los años noventa en torno al nivel de reemplazo de 2,1. Sin embargo, el número de nacimientos aumentó debido a la llegada de las cohortes del *baby boom* a la edad de la procreación (fig. 4.6). El cuadro 4.10 muestra la tasa total de fecundidad por regiones principales del mundo, con

---

[17] Alberdi, 1995.
[18] Leal *et al.,* 1996.
[19] Tsuya y Mason, 1995.

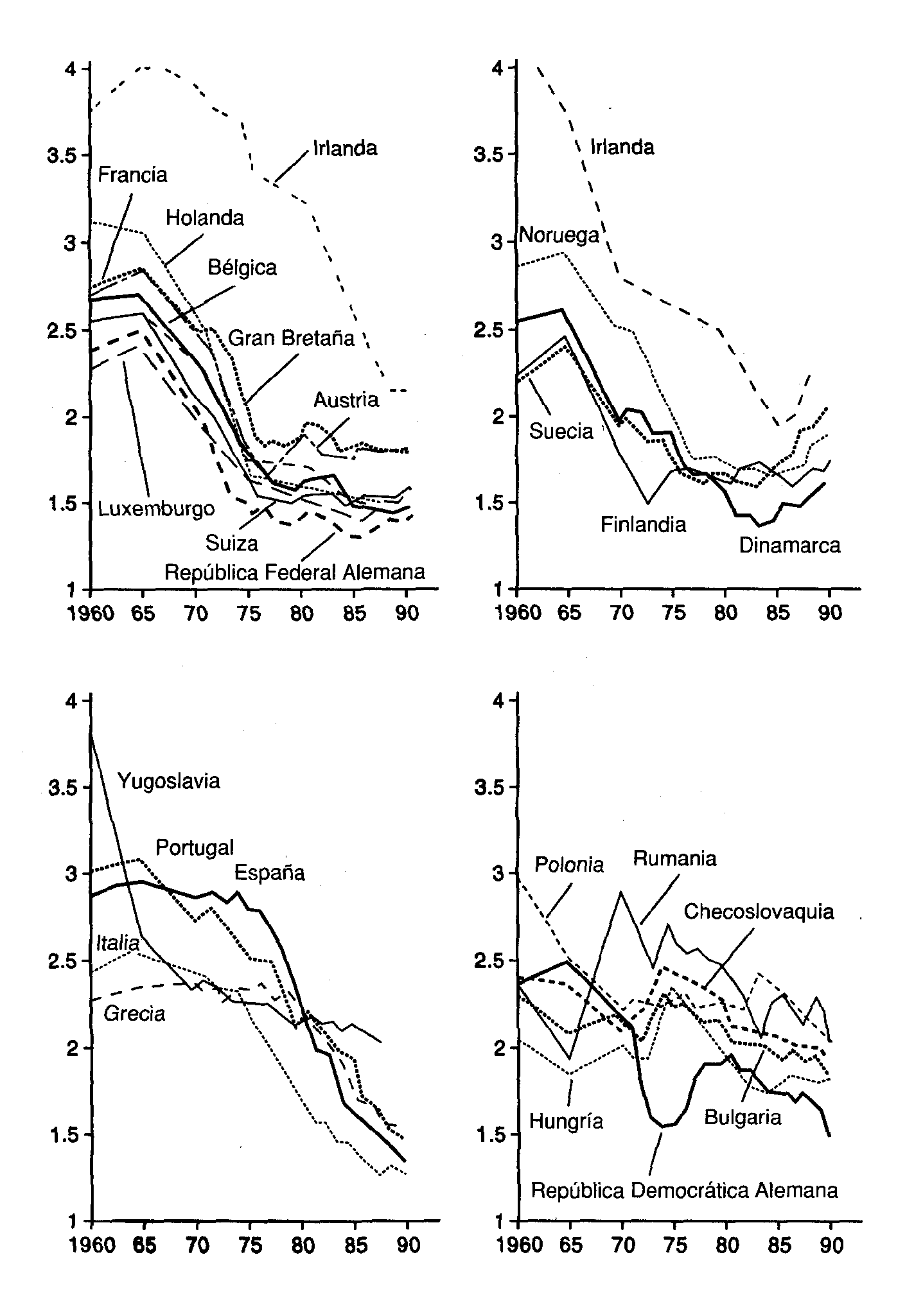


FIGURA 4.5 Índice sintético de fecundidad en los países europeos desde 1960.

Fuente: Alberdi, 1995.

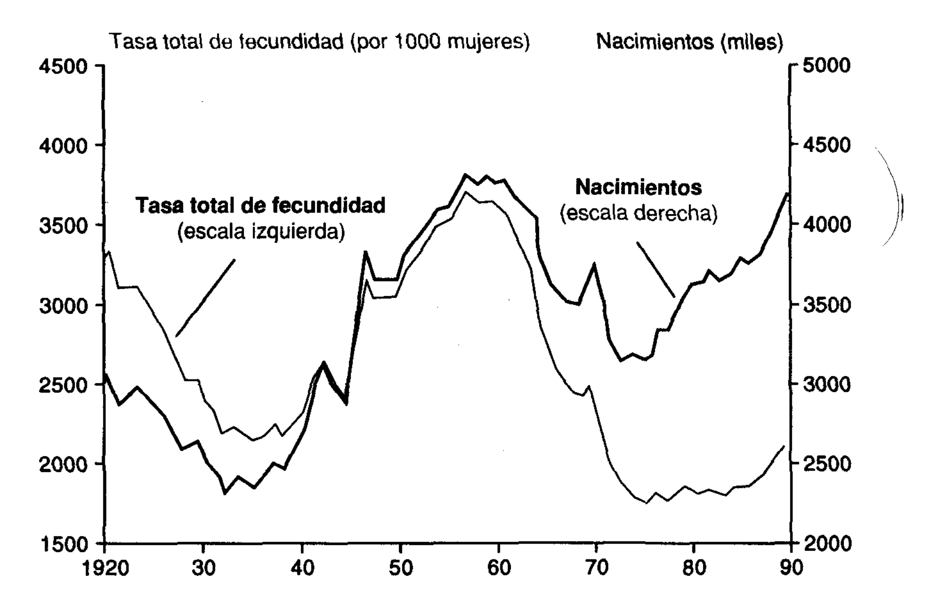


FIGURA 4.6 Tasa total de fecundidad y número de nacimientos en los Estados Unidos, 1920-1990 (tasa total de fecundidad = número de hijos que las mujeres tendrían al final de su periodo fértil basado en las tasas de nacimientos por edades de un solo año).

Fuente: Oficina del Censo de los Estados Unidos, 1992a.

proyecciones hasta mediados de los años noventa. En general, ha descendido en las dos últimas décadas y en las regiones más desarrolladas ha caído por debajo de la tasa de reemplazo y ahí permanece. Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que no hay una ley de hierro de la población. Anna Cabré ha expuesto la relación que existe entre la recuperación de la tasa de fecundidad en Escandinavia durante los años ochenta, la generosa política social y la tolerancia de la sociedad en esta privilegiada zona del mundo[20]. Por ello, más del 50% de los niños se concibieron en una relación extramarital. En condiciones de respaldo psicológico y material, y sin sufrir sanciones en su vida laboral, las mujeres escandinavas volvieron a tener hijos y sus países presentaron en la década de los ochenta la tasa de fecundidad más elevada de Europa. Sin embargo, el cuadro reciente no es tan rosa. Las restricciones en el estado de bienestar escandinavo redujeron el apoyo y, en consecuencia, a comienzos de los años noventa, las tasas de fecundidad se estabilizaron en los niveles de reemplazo[21]. Asimismo, en diversos países, sobre

[20] Cabré, 1990; Cabré y Domingo, 1992.
[21] Alberdi, 1995.

todo en los Estados Unidos, la tasa total de fecundidad está ascendiendo por la población inmigrante, con lo cual se está reforzando la multietnicidad y el multiculturalismo. Una de las diferencias socioculturales más importantes podría ser la conservación del patriarcado entre las comunidades inmigrantes de las minorías étnicas, en contraste con la desintegración de las familias tradicionales entre los grupos étnicos autóctonos (negro y blanco) en las sociedades industrializadas. Por supuesto, esta tendencia se autorreproduce, aun contando con una reducción de la tasa de nacimientos de las minorías inmigrantes tan pronto como mejoran su economía y su educación.

CUADRO 4.10 Tasa total de fecundidad por principales regiones del mundo.

	1970-75	*1980-85*	*1990-95*[a]
Mundo	4,4	3,5	3,3
Regiones desarrolladas	2,2	2,0	1,9
Regiones subdesarrolladas	5,4	4,1	3,6
África	6,5	6,3	6,0
Asia	5,1	3,5	3,2
Europa	2,2	1,9	1,7
América	3,6	3,1	—
Latina	—	—	3,1
del Norte	—	—	2,0
Oceanía	3,2	2,7	2,5
URSS	2,4	2,4	2,3

[a] 1990-1995 son proyecciones.

Fuentes: ONU, *World Population Prospects*, estimaciones efectuadas en 1984; Naciones Unidas, *World Population at the Turn of the Century*, 1989, pág. 9; Fondo de Población de Naciones Unidas, *The State of World Population: Choices and Responsibilities*, 1994.

En general, parece que en la mayoría de los países desarrollados, con las excepciones importantes de Japón y España, la familia patriarcal está en proceso de convertirse en una forma minoritaria del modo de vida de la gente. En los Estados Unidos, sólo en torno a un cuarto de los hogares totales en los años noventa cumple con el tipo ideal de una pareja casada con hijos (véase más adelante). Si añadimos la calificación «con los hijos biológicos de la pareja», la proporción desciende notablemente. Sin duda, no todo es liberación de las mujeres. La estructura demográfica tiene algo que ver: otro cuarto de los hogares de los Estados Unidos son de una sola persona y en su mayoría son de gente anciana, sobre todo de mujeres que han sobrevivido a sus esposos. No obstante, un estudio estadístico reali-

zado por Antonella Pinelli sobre las variables que condicionan la nueva conducta demográfica en Europa, concluye que:

vemos que la inestabilidad matrimonial, la unión libre y los nacimientos extramaritales se dan donde se otorga un alto valor a los aspectos no materiales de la calidad de vida y donde las mujeres disfrutan de independencia económica y un poder político relativamente grande. Debe hacerse hincapié en las condiciones de las mujeres. El divorcio, la unión libre y la fertilidad extramarital están más extendidos allí donde las mujeres disfrutan de independencia económica y están en posición de afrontar la posibilidad de ser una madre sola sin convertirse, por esta razón, en un sujeto social en riesgo[22].

Sin embargo, sus conclusiones han de corregirse con la observación de que ésta es sólo parte de la historia. Los niños nacidos fuera del matrimonio en los Estados Unidos son tanto resultado de la pobreza y la falta de educación como de la autoafirmación de las mujeres. No obstante, la tendencia general, como muestran unas cuantas ilustraciones estadísticas, se dirige al debilitamiento y la disolución potencial de las formas de familia tradicional de dominio patriarcal incuestionado, con la mujer y los hijos agrupados en torno al esposo/padre.

En los países en vías de desarrollo, operan tendencias similares en las áreas urbanas, pero las estadísticas nacionales, que principalmente son reflejo de sociedades rurales tradicionales (sobre todo en África y Asia), minimizan el fenómeno, pese a lo cual aún se pueden detectar algunas huellas. La excepción española está ligada fundamentalmente al desempleo de los jóvenes y a una severa escasez de vivienda, que impide la formación de nuevos hogares en las grandes áreas metropolitanas[23]. En cuanto a Japón, las tendencias culturales, como la vergüenza que despiertan los nacimientos extramaritales, ayudan a consolidar el patriarcado, aunque las tendencias recientes parecen estar erosionando la ideología patriarcal y la relegación de las mujeres al mercado laboral secundario[24]. Pero mi hipótesis sobre la excepcionalidad japonesa en la conservación de la estructura patriarcal es que se debe, sobre todo, a la ausencia de un movimiento feminista significativo. Como tal movimiento está aumentando en los años noventa, me atrevo a pronosticar que en este asunto, como en tantos otros, el fin de la singularidad japonesa es, hasta cierto punto, cuestión de tiempo. Sin negar su especificidad cultural, las fuerzas que operan en la estructura de la sociedad y en las mentes de las mujeres son tales que hasta el propio Japón tendrá que habérselas con el desafío al patriarcado por parte de las mujeres trabajadoras[25].

---

22 Pinelli, 1995, pág. 88.
23 Leal *et al.*, 1996.
24 Tsuya y Mason, 1995.
25 Gelb y Lief-Palley, 1994.

Si las tendencias actuales continúan expandiéndose por todo el mundo, y mi hipótesis es que así será, las familias, según las hemos conocido, se convertirán, en diversas sociedades, en una reliquia histórica no demasiado lejos en el horizonte temporal. Y el tejido de nuestras vidas se habrá transformado, puesto que ya sentimos, a veces dolorosamente, las palpitaciones de este cambio. Pasemos ahora a analizar las tendencias que subyacen en las raíces de esta crisis y, esperemos, también en la fuente de nuevas formas de convivencia entre mujeres, niños, animales domésticos e incluso hombres.

MUJER Y TRABAJO

El trabajo, la familia y los mercados laborales han sufrido una profunda transformación en el último cuarto de este siglo debido a la incorporación masiva de las mujeres al *trabajo remunerado*, en la mayoría de los casos fuera de su hogar[26]. En el conjunto mundial, 854 millones de mujeres eran económicamente activas en 1990, representando el 32,1% de la mano de obra global. Entre las mujeres mayores de quince años, el 41% eran económicamente activas[27]. En los países de la OCDE, la tasa media de participación de las mujeres en la mano de obra ascendió del 48,3% en 1973 al 61,6% en 1993, mientras que la de los hombres descendió del 88,2% al 81,3% (véase el cuadro 4.11). En los Estados Unidos, la tasa de participación laboral de las mujeres ascendió del 51,1% en 1973 al 70,5% en 1994. Las tasas de aumento del empleo para 1973-1993 también indican una tendencia ascendente general para las mujeres (invertida en algunos países europeos en la década de los noventa) y un diferencial positivo frente a los hombres (cuadro 4.12). Cabe observar tendencias similares en todo el mundo. Pasando a la clasificación estadística de «tasa de actividad económica» de la ONU (cuyos porcentajes son más bajos que los de la participación en la mano de obra), los cuadros 4.13 y 4.14 muestran una tendencia ascendente similar en la tasa de actividad económica de las mujeres, con la excepción parcial de Rusia, que ya tenía un elevado nivel en 1970.

La entrada masiva de las mujeres en la mano de obra remunerada se debe, por una parte, a la informacionalización, la interconexión y la globalización de la economía y, por la otra, a la segmentación por géneros del mercado laboral, que aprovecha las condiciones sociales específicas de las mujeres para incrementar la productividad, el control de gestión y, en definitiva, los beneficios[28]. Estudiemos algunos indicadores estadísticos[29].

---

[26] Kahne y Giele, 1992; Mason y Jensen, 1995.

[27] ONU, 1995.

[28] Kahne y Giele, 1992; Rubin y Riney, 1994.

[29] Véase Blumstein y Schwartz, 1983; Cobble, 1993; OCDE, 1993-1995, 1994a, b, 1995; Mason y Jensen, 1995; ONU, 1995.

CUADRO 4.11 Tasas de participación en la mano de obra por sexo (%).

	Hombres						*Mujeres*					
	1973	*1979*	*1983*	*1992*	*1993*	*1994*[a]	*1973*	*1979*	*1983*	*1992*	*1993*	*1994*[a]
Alemania	89,6	84,9	82,6	79,0	78,6	—	50,3	52,2	52,5	61,3	61,4	—
Australia	91,1	87,6	85,9	85,3	85,0	84,9	47,7	50,3	52,1	62,3	62,3	63,2
Austria	83,0	81,6	82,2	80,7	80,8	—	48,5	49,1	49,7	58,0	58,9	—
Bélgica	83,2	79,3	76,8	72,6	—	—	41,3	46,3	48,7	54,1	—	—
Canadá	86,1	86,3	84,7	78,9	78,3	—	47,2	55,5	60,0	65,1	65,3	—
Dinamarca	89,6	89,6	87,6	88,0	86,0	—	61,9	69,9	74,2	79,0	78,3	—
España	92,9	83,1	80,2	75,1	74,5	73,9	33,4	32,6	33,2	42,0	42,8	43,9
Estados Unidos	86,2	85,7	84,6	85,3	84,9	85,4	51,1	58,9	61,8	69,0	69,0	70,5
Finlandia	80,0	82,2	82,0	78,5	77,6	77,1	63,6	68,9	72,7	70,7	70,0	69,8
Francia	85,2	82,6	78,4	74,7	74,5	—	50,1	54,2	54,3	58,8	59,0	—
Grecia	83,2	79,0	80,0	73,0	73,7	—	31,1	32,8	40,4	42,7	43,6	—
Irlanda[b]	92,3	88,7	87,1	81,9	—	—	34,1	35,2	37,8	39,9	—	—
Italia	85,1	82,6	80,7	79,1	74,8	—	33,7	38,7	40,3	46,5	43,3	—
Japón	90,1	89,2	89,1	89,7	90,2	90,1	54,0	54,7	57,2	62,0	61,8	61,8
Luxemburgo	93,1	88,9	85,1	77,7	—	—	35,9	39,8	41,7	44,8	—	—
Noruega	86,5	89,2	87,2	82,6	82,0	82,3	50,6	61,7	65,5	70,9	70,8	71,3
Nueva Zelanda	89,2	87,3	84,7	83,0	83,3	—	39,2	45,0	45,7	63,2	63,2	—
Países Bajos	85,6	79,0	73,7	80,8	—	—	29,2	33,4	40,3	55,5	—	—
Portugal	—	90,9	86,9	82,3	82,5	82,8	—	57,3	56,7	60,6	61,3	62,2
Reino Unido	93,0	90,5	87,5	84,5	83,3	81,8	53,2	58,0	57,2	64,8	64,7	64,5
Suecia	88,1	87,9	85,9	81,8	79,3	78,1	62,6	72,8	77,6	77,7	75,7	74,6
Suiza	100,0	94,6	93,5	93,7	92,5	91,0	54,1	53,0	55,2	58,5	57,9	56,9
Norteamérica	86,2	85,8	84,6	84,6	84,2	—	44,7	48,6	49,8	56,9	60,6	—
Europa OCDE[d]	88,7	84,8	82,3	79,2	80,1	—	44,7	48,6	49,8	56,9	60,6	—
Total OCDE[d]	88,2	85,9	84,3	82,9	81,3	—	48,3	53,1	55,1	61,9	61,6	—

[a] Estimaciones del Secretariado

[b] 1991 en lugar de 1992 para Irlanda y Luxemburgo.

[c] Los datos de la mano de obra incluyen un número considerable de personas de menos de quince años.

[d] Países citados solamente.

Fuente: OCDE, *Employment Outlook*, 1995.

Cuadro 4.12 Empleo total por sexo (tasa de crecimiento medio anual en porcentajes).

	Hombres						*Mujeres*					
	1973-75	*1975-79*	*1979-83*	*1983-91*	*1992*	*1993*	*1973-75*	*1975-79*	*1979-83*	*1983-91*	*1992*	*1993*[a]
Alemania	–2,5	0,3	–0,5	0,8[e]	–0,3	—	–1,0	0,9	–0,0	2,0[e]	1,7	—
Australia	–0,3	0,6	–0,1	1,5[d]	–0,3	0,0	2,0	1,7	2,0	3,9[d]	0,6	0,8
Austria	–1,1	0,8	0,9	0,7	0,8	—	–1,2	1,0	0,8	2,1	3,3	—
Bélgica	–0,4	–0,4	–1,8	0,0	–1,1	—	0,8	0,9	0,2	2,0	0,5	—
Canadá	1,9	1,8	–0,6	1,1	–1,2	1,2	4,7	4,5	2,6	2,8	–0,4	1,1
Dinamarca	–1,8	0,7[b]	–1,7	0,9	—	—	–0,5	3,6[b]	1,9	–0,1	–6,5	–6,3
España	–0,2	–1,7[b]	–1,8	0,8	–3,2	–5,4	–1,5	–1,3[b]	–1,7	3,0	0,3	–2,4
Estados U.	–0,6	2,5	–0,3	1,3	0,3	1,3	2,0	5,0	1,7	2,4	0,9	1,5
Finlandia	0,7	–0,6[b]	0,9	–0,5	–7,6	–5,9	2,0	–0,0[b]	1,9	–0,1	–6,5	–6,3
Francia	–0,4	–0,2	–0,7	–0,1	–1,2	—	0,8	1,6	0,7	1,4	0,5	—
Grecia	–0,5	0,8	0,6	0,1	—	—	1,6	1,1	4,1	0,7	—	—
Irlanda	–0,2	1,5	–1,4	–0,5	—	—	1,6	2,0	1,9	1,1	—	—
Italia	0,6	–0,1	0,0	0,1	–1,1	—[h]	2,4	2,7	1,3	1,6	0,3	—[h]
Japón	0,5	0,7	0,8	1,1	1,1	0,6	–1,7	2,0	1,7	1,7	1,0	–0,3
Luxemburgo	1,0	–0,7	–0,7	2,3[f]	—	—	4,6	1,5	1,8	3,3[f]	—	—
Noruega	0,9	1,1	–0,2	–0,4	–0,5	–0,5	2,9	4,4	1,8	1,4	–0,1	0,5
Nueva Zelanda	2,1	0,2	–0,3	–1,0[d]	0,4	—	5,2	2,7	0,8	1,3[d]	0,6	—
Países Bajos	–1,5	0,3	–0,8	2,1	1,3	—	2,9	2,7	4,0	5,3	3,2	—
Portugal	–1,3[a]	0,3	0,4[c]	1,0	—[g]	–2,8	–1,5[a]	0,9	1,1[c]	3,0	—[g]	–1,2
Reino Unido	–1,0	–0,2	–2,3	0,4	–3,3	–2,8	1,5	1,2	–1,0	2,3	–1,0	–1,3
Suecia	1,0	–0,3	–0,6	0,1[c]	–5,1	–7,9	4,2	2,0	1,3	0,9[c]	–3,5	–6,2
Suiza	–2,8	–0,5	0,8	0,8	–2,1	–2,5	–1,9	0,6	2,0	1,6	–2,4	–2,5
Norteamérica	–0,4	2,4	–0,4	1,2	0,2	1,3	2,2	4,9	1,8	2,4	0,8	1,5
Europa OCDE[i]	–0,8	–0,2	–0,8	0,4	–2,0	—	1,2	1,4	0,5	2,0	–0,3	—
Total OCDE[i]	–0,4	0,9	–0,3	0,9	–1,4	—	1,0	2,8	1,2	2,2	–0,1	—

[a] Interrupción en la serie entre 1973 y 1974. [b] Interrupción en la serie entre 1975 y 1976. [c] Interrupción en la serie entre 1982 y 1983.
[d] Interrupción en la serie entre 1985 y 1986. [e] Interrupción en la serie entre 1986 y 1987. [f] Los datos se refieren a 1983-1990.
[g] Interrupción en la serie entre 1991 y 1992. [h] Interrupción en la serie entre 1992 y 1993. [i] Sólo los países citados.

Fuente: OCDE, *Employment Outlook*, 1995.

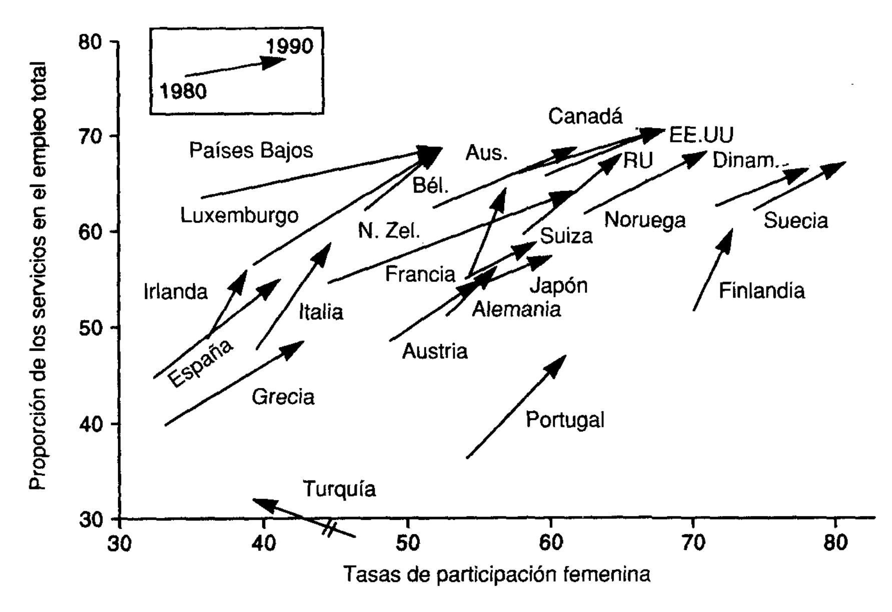


FIGURA 4.7 Aumento del empleo en el sector servicios y de las tasas de participación femenina, 1980-1990.

Fuente: OCDE (1994b), Anexo estadístico, cuadros A y D.

Cuando analicé la transformación de la estructura del empleo en la economía informacional (vol. I, cap. 4), expuse el incremento del empleo en servicios y, dentro de los servicios, el papel estratégico desempeñado por dos categorías distintivas de servicios: los servicios a la empresa y los servicios sociales, característicos de la economía informacional, como previeron los primeros teóricos del postindustrialismo. La figura 4.7 muestra la convergencia entre el incremento de los servicios y el del empleo femenino en 1980-1990. La figura 4.8a presenta la concentración de mujeres en empleos de servicios en diferentes zonas del mundo. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que, en la mayor parte del mundo, la mayoría del trabajo sigue siendo agrícola (pero no por mucho tiempo) y, por lo tanto, la mayor parte de las mujeres aún trabajan en la agricultura: el 80% de las mujeres económicamente activas del África subsahariana y el 60% del sur de Asia. En el conjunto mundial, en torno a la mitad de las mujeres económicamente activas están en el sector servicios[30] La proporción es mucho más elevada en la mayoría de los países desarrollados y ha venido creciendo a lo largo del tiempo, hasta alcanzar en torno al 85% de la

---

[30] ONU, 1991.

CUADRO 4.13 Tasa de actividad económica, 1970-1990.

			1970	*1975*	*1980*	*1985*	*1990*
OCDE							
Alemania	(14+)	Total	43,9	43,4	44,9		49,6
		Hombres	59,2	57,1	58,4		60,8
		Mujeres	30,0	30,9	32,6		39,2
Canadá	(15+)	Total	40,9(71)	44,6(76)			
		Hombres	53,3	55,6			
		Mujeres	28,4	33,8			
EE. UU.	(16+)	Total	41,8	44,5	49,1		
		Hombres	53,9	55,6	56,8		
		Mujeres	30,2	33,9	41,8		44,4(92)
F. Rusa	(16+)	Total	48,4		51,7(79)		50,2
		Hombres	52,1		55,7		55,0
		Mujeres	45,3		48,1		45,8
Francia	(15+)	Total	42,0(71)	42,6	43,3	43,4(86)	44,8
		Hombres	55,2	55,1	54,4	52,6	51,6
		Mujeres	29,4	30,5	32,7	34,6	38,2
Italia	(14+)	Total	36,6	35,4	40,2	41,1	42,0
		Hombres	54,7	52,2	55,2	54,6	54,3
		Mujeres	19,3	19,4	26,0	28,2	30,3
Japón	(15+)	Total	51,0	48,6	48,4	51,5	51,7
		Hombres	63,4	62,3	60,2	63,6	62,4
		Mujeres	39,1	35,2	36,8	39,8	41,3
Reino Unido	(16+)	Total	42,5		47,3(81)		50,3
		Hombres	51,7		59,4		58,4
		Mujeres	33,0		35,8		42,6
Asia							
China	(15+)	Total		52,3(82)			
		Hombres		57,3			
		Mujeres	44,25	47,0			
Corea	(15+)	Total	33,0	38,5	37,9		
		Hombres	42,8	46,9	46,3		
		Mujeres	23,2	30,0	29,3		
India	(15+)	Total	32,9(71)				37,5(91)
		Hombres	52,5				51,6
		Mujeres	11,9				22,3
Indonesia	(15+)	Total	34,9(71)		35,5		
		Hombres	47,3		48,1		
		Mujeres	22,8		23,5		
América Latina							
Argentina	(14+)	Total	38,5		38,5	37,5	38,1
		Hombres	57,9		55,1	55,3	55,4
		Mujeres	19,4		22,0	19,9	21,0
Brasil	(10+)	Total	31,7		36,3		41,9
		Hombres	10,5		53,1		56,3
		Mujeres	13,1		19,8		27,9
México	(12+)	Total	26,9	27,6	33,0		29,6
		Hombres	43,6	42,9	48,2		46,2
		Mujeres	10,2	12,0	18,2		13,6

CUADRO 4.13 *(Cont.)*

			1970	1975	1980	1985	1990
África							
Argelia	(6+)	Total	21,7(66)				23,6
		Hombres	42,2				42,4
		Mujeres	1,8				4,4
Nigeria	(14+)	Total					30,3
		Hombres					40,7
		Mujeres					19,7
Oriente Próximo							
Egipto	(6+)	Total	27,9(71)	30,2(76)			31,6
		Hombres	51,2	54,2			49,3
		Mujeres	4,2	5,5			13,5

Nota: Tasa de actividad económica= población económicamente activa/población total.

Fuente: OIT, *Yearbook of Labour Statistics*, 1970-1994.

CUADRO 4.14 Índice de aumento de la tasa de actividad económica de las mujeres, 1970-1990.

	1970	1990	Crecimiento (%)
Francia	29,4	38,2	29,9
Alemania	30,0	39,2	30,7
Italia	19,3	30,3	57,0
Japón	39,1	41,3	5,6
Reino Unido	33,0	42,6	29,1
Estados Unidos	30,2	44,4	47,0
Rusia	45,3	45,8	1,1
India	11,9	22,3	87,4
Argentina	19,4	21,0	8,2
México	10,2	13,6	33,3
Brasil	13,1	27,9	113,0
Argelia	1,8	4,4	144,4
Egipto	4,2	13,5	221,4

Nota: Tasa de actividad económica= población económicamente activa/población total.

Fuente: OIT, *Yearbook of Labour Statistics*, 1970-1994.

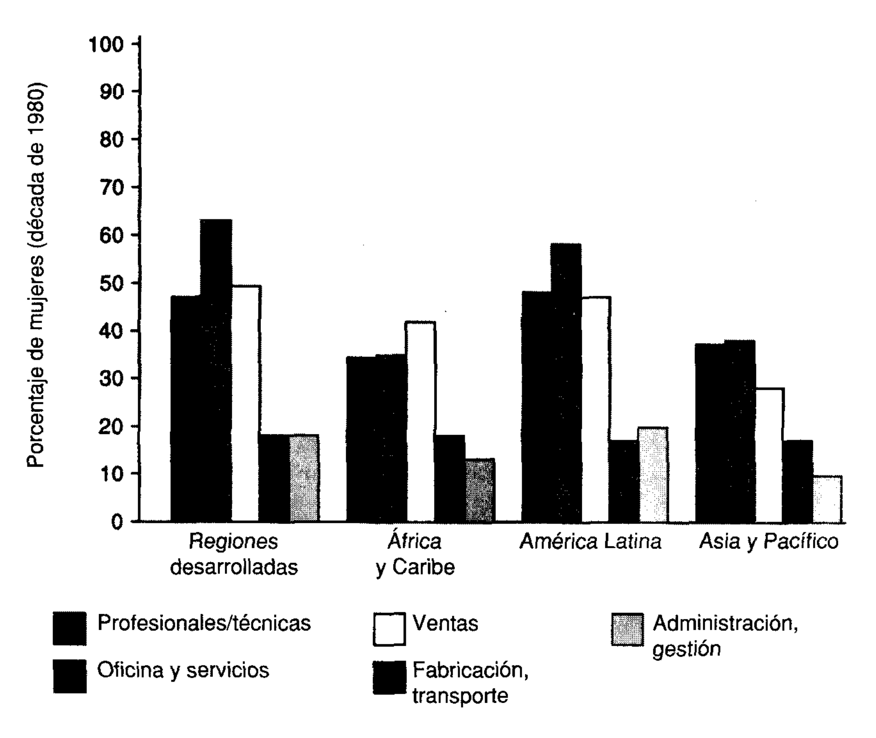


FIGURA 4.8a Porcentaje de mujeres en la mano de obra por tipo de empleo

Fuente: Preparado por la Oficina de Estadística del Secretariado de la ONU (1991) a partir del *Yearbook of Labour Statistics* (varios años) de la Oficina Internacional de Trabajo.

mano de obra femenina en los Estados Unidos y el Reino Unido. Sin embargo, el aspecto más significativo es en qué tipo de servicios trabajan. Como muestra el cuadro 4.15, en la mayoría de los países desarrollados, el grueso del empleo femenino se encuentra en los servicios sociales y los servicios personales. No obstante, si calculamos la tasa de crecimiento de cada tipo de servicio en el empleo femenino total, para el periodo de 1973-1993 (cuadro 4.16), observamos un incremento espectacular en servicios a las empresas, seguido a cierta distancia por los servicios sociales/personales. El empleo en comercio y restaurantes es el segmento menos dinámico en la evolución del empleo de las mujeres en los países avanzados. Así pues, existe una correspondencia directa entre el tipo de servicios vinculados a la informacionalización de la economía y la expansión del empleo de las mujeres en los países avanzados. Se llega a una conclusión similar observando la evolución cambiante del empleo femenino por ocupaciones, entre 1980 y 1989, en los países de la OCDE seleccionados (cua-

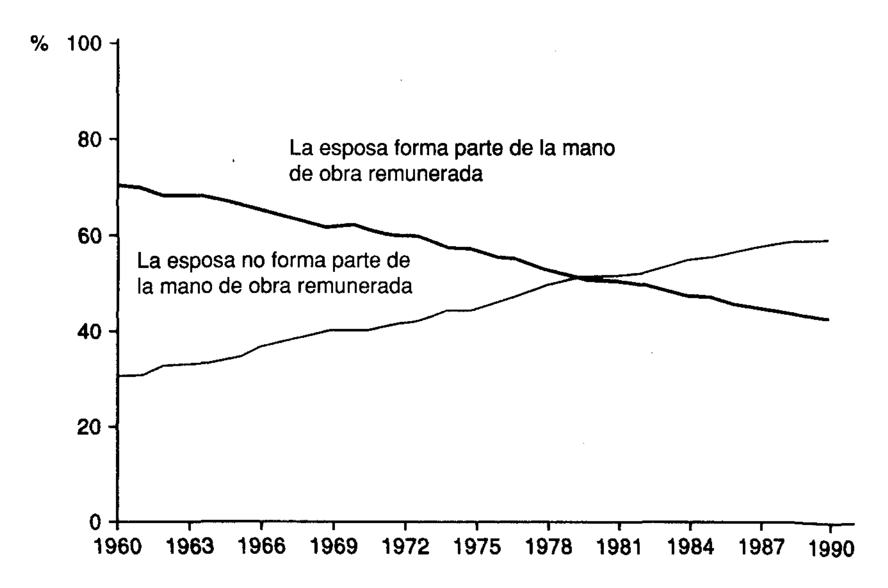


FIGURA 4.8b Familias de parejas casadas en las que la esposa forma parte de la mano de obra, en los Estados Unidos, 1960-1990 (no se dispone de datos para 1983).

Fuente: Oficina del Censo de los Estados Unidos, 1992a.

dro 4.17). En general, las categorías profesional/técnica y administrativa/ejecutiva han aumentado más de prisa que el resto, aunque las trabajadoras de oficina siguen suponiendo en general el grupo mayor. Las mujeres no se ven relegadas a los puestos de trabajo en servicios menos cualificados: se las emplea en toda la estructura de cualificación y el aumento de los puestos de trabajo de las mujeres es mayor en el extremo superior de la estructura ocupacional. Por ello, precisamente, existe discriminación: porque realizan trabajos de cualificación similar a los hombres con un salario más bajo, con una gran inseguridad laboral y con menores posibilidades de hacer carrera hasta el nivel máximo.

La globalización también ha desempeñado un papel importante en la inclusión de la mujer en la mano de obra en todo el mundo. La industria electrónica, internacionalizada desde finales de los años sesenta, empleó sobre todo a mujeres jóvenes no cualificadas en Asia[31]. Las maquiladoras del norte de México cuentan fundamentalmente con mano de obra femenina. Y las economías de industrialización reciente han introducido en el trabajo remunerado a mujeres mal pagadas en casi todos los niveles de la estructura ocupacional[32]. Al mismo tiempo, una proporción considerable

[31] Salaff, 1981, 1988.
[32] Standing, 1990.

CUADRO 4.15 Empleo femenino en servicios por actividades y grado de intensidad informacional como porcentaje del empleo total, 1973-1993.

		Servicios de finanzas, seguros, inmobiliarios y empresariales	Servicios sociales y personales a la comunidad	Transporte, almacenamiento y comunicaciones	Comercio mayorista y minorista, restaurantes y hoteles	Actividades sin definir adecuadamente	Total
(Grado de intensidad informacional)		*1*	*2*	*2*	*3*		
Canadá	1975	11,2	40,2	4,0	25,8		81,2
	1983	12,1	40,9	4,2	25,4		82,6
	1993	13,6	43,9	3,7	24,8		86,0
EE. UU.	1973	9,1	41,5	3,5	23,9		78,0
	1983	11,9	41,9	3,3	24,5		81,6
	1993	12,6	46,6	3,5	22,7		85,3
Japón	1973	3,4	22,0	2,0	24,7	0,2	52,3
	1983	6,9	24,1	1,9	27,1	0,2	60,3
	1993	9,4	26,9	2,5	27,5	0,4	66,7
Alemania	1973						
	1983	8,2	34,2	3,3	22,5		68,2
	1993	10,3	38,4	3,6	22,4		74,6
Italia	1977	1,7	31,0	1,8	18,8		53,3
	1983	3,1	34,6	2,0	21,0		60,6
	1993	8,1	36,4	2,7	22,6		69,8
R. Unido	1973	7,4	36,0	2,8	24,7		70,7
	1983	9,8	42,2	2,8	25,0	0,1	79,9
	1993						84,9
España	1977	2,1	28,2	1,5	24,4		56,3
	1983	3,0	35,8	1,7	24,4		64,9
	1993	6,3	41,8	2,2	26,9		77,2

Fuente: OCDE, *Labour Force Statistics*, 1995, elaboración propia.

CUADRO 4.16 Tasas de crecimiento para cada categoría de empleo femenino en servicios como porcentaje del empleo femenino total, 1973-1993[a].

País	*Servicios empresariales (%)*	*Servicios sociales y personales (%)*	*Transporte, almacenamiento, comunicación (%)*	*Comercio, hoteles, restaurantes (%)*
EE. UU.	38,5	12,2	0	–5,0
Japón	176,5	22,2	25	1,3
Alemania (1983-93)	25,6	12,3	9	–0,4
Italia (1977-93)	376,5	17,4	50	–3,9
Reino Unido	32,4	17,2	0	1,2
España (1977-93)	200,0	48,2	47	10,2

[a] Siempre que no se indiquen otras fechas de cálculo.

Fuente: Elaboración de los datos del cuadro 4.15.

del empleo urbano para las mujeres en los países en vías de desarrollo sigue estando en el sector informal, sobre todo en el suministro de comida y servicios para los habitantes de las metrópolis[33].

¿Por qué las mujeres? En primer lugar porque, en contraste con las informaciones erróneas publicadas en los medios de comunicación, en general ha habido una creación sostenida de puestos de trabajo en el mundo durante las tres últimas décadas, con la excepción de Europa (véase vol. I, cap. 4). Pero, incluso en Europa, la participación de la mujer en la mano de obra ha aumentado, mientras que la del hombre ha descendido. Por lo tanto, la entrada de las mujeres en el mercado de trabajo no es sólo una respuesta a la demanda laboral. Asimismo, el desempleo de las mujeres no siempre es tan elevado como el de los hombres: en 1994 era inferior al de los hombres en los Estados Unidos (6% frente a 6,2%) y en Canadá (9,8% frente a 10,7%); y era mucho más bajo que el de los hombres en 1993 en el Reino Unido (7,5% frente al 12,4%). Por otra parte, era ligeramente superior en Japón y España, y considerablemente más alto en Francia e Italia. Así pues, el aumento de la tasa de participación de las mujeres en la mano de obra es independiente de su diferencial de desempleo frente a los hombres y del aumento de la demanda de mano de obra.

[33] Portes *et al.*, 1989.

CUADRO 4.17 Distribución del empleo femenino por ocupación[a], 1980 y 1989 (%).

País[bc]	*Profesional técnica y afines*	*Administrativa ejecutiva*	*Oficina y afines*	*Vendedoras*	*Trabajadoras servicios*	*Agricultura y afines*	*Producción y afines*
Alemania							
1980	14,1	1,3	30,7	12,9	16,3	6,9	15,9
1986	16,2	1,5	29,8	12,8	16,1	5,5	13,3
Índice(1980=100)	118,0	115,0	99,0	102,0	102,0	83,0	86,0
Bélgica							
1993	25,9	1,4	24,4	13,7	18,6	2,8	13,2
1988	28,2	1,4	27,3	14,6	14,4	2,1	11,6
Índice(1983=100)	118,0	113,0	122,0	116,0	84,0	86,0	95,0
Canadá							
1980	19,1	5,4	34,5	10,0	18,3	2,8	9,9
1989	20,9	10,7	30,5	9,9	17,0	2,2	8,9
Índice(1980=100)	143,0	185,0	114,0	123,0	122,0	98,0	113,0
España							
1980	8,7	0,2	13,2	15,4	25,6	18,2	18,7
1989	15,2	0,4	18,2	15,4	25,2	11,1	14,4
Índice(1980=100)	202,0	280,0	160,0	116,0	114,0	70,0	89,0
Estados Unidos							
1980	16,8	6,9	35,1	6,8	19,5	1,2	13,8
1989	18,1	11,1	27,8	13,1	17,7	1,1	11,1
Índice(1980=100)	136,0	202,0	99,0	243,0	115,0	115,0	101,0

Finlandia							
1980	19,8	1,4	21,8	8,6	22,3	10,5	15,5
1989	31,2	1,9	22,7	11,5	16,2	6,5	10,0
Índice(1980=100)	172,0	147,0	113,0	145,0	79,0	66,0	70,0
Grecia							
1981	10,7	0,7	12,9	9,0	9,7	41,6	15,5
1989	14,4	0,8	14,6	10,8	11,5	34,0	13,9
Índice(1981=100)	156,0	130,0	131,0	138,0	137,0	95,0	104,0
Japón							
1980	9,6	0,5	23,1	14,3	12,7	13,1	26,5
1989	11,4	0,8	26,4	14,4	11,4	8,8	26,5
Índice(1980=100)	173,0	132,0	116,0	104,0	77,0	116,0	250,0
Noruega							
1980	23,6	2,2	19,2	12,8	24,9	5,9	11,2
1989	28,3	3,5	19,8	12,4	22,3	3,9	9,4
Índice(1980=100)	141,0	188,0	121,0	114,0	106,0	78,0	99,0
Suecia							
1980	30,6	0,8	21,6	8,7	22,8	3,0	12,4
1989	42,0	n.d.	21,9	9,3	13,2	1,8	11,7
Índice(1980=199)	154,0	n.d.	114,0	120,0	65,0	66,0	106,0

[a] Principales grupos de la International Standard Classification of Occupations (ISCO).

[b] *No todos los países publican los datos de acuerdo con ISCO.* **Se omiten los países** *en los que los* **sistemas de clasificación ocupacional** han cambiado durante el periodo considerado.

[c] El índice indica el aumento en cifras totales de empleados en la ocupación durante la década.

Fuente: OIT, *Yearbook of Labour Statistics* (varios años).

Si la demanda de mano de obra, en términos puramente cuantitativos, no explica que se acuda a las mujeres, su atractivo para quienes las emplean debe explicarse por otras características. Creo que está bien establecido en la literatura que es la vinculación social con el género de las labores que realizan la que las hace, en conjunto, una bolsa de trabajo atractiva[34]. Sin duda, no tiene nada que ver con las características biológicas: las mujeres han demostrado que pueden ser bomberas y estibadoras en todo el mundo, y el agotador trabajo que realizaron en las fábricas marcó la industrialización desde sus comienzos. Tampoco, a este respecto, tiene nada que ver el empleo de mujeres jóvenes en la electrónica con el mito de su destreza con los dedos, sino con la aceptación social de que desgasten sus ojos en diez años de ensamblaje a través del microscopio. Los antropólogos han documentado cómo en los orígenes del empleo de las mujeres en las fábricas electrónicas del sureste asiático se encuentra el modelo de la autoridad patriarcal, que se extendía del hogar familiar a la fábrica, mediante el acuerdo de los directivos de la compañía y el paterfamilias[35].

Tampoco parece que la razón para contratar mujeres tenga que ver con su falta de sindicalización. La causalidad aparentemente funciona al revés: las mujeres no están sindicalizadas porque suelen estar empleadas en sectores donde apenas hay sindicalización, como servicios privados a las empresas o fabricación electrónica. Aún así, constituyen el 37% de los afiliados a sindicatos en los Estados Unidos, el 39% en Canadá, el 51% en Suecia y el 30% en África, de media[36]. Las obreras de la confección en los Estados Unidos y España, las mujeres de las maquiladoras mexicanas y las maestras y enfermeras de todo el mundo se han movilizado en defensa de sus reivindicaciones, con mayor vehemencia que los sindicatos de la siderurgia o la química, dominados por los hombres. La supuesta sumisión de las trabajadoras es un mito duradero de cuya falacia se han comenzado a dar cuenta los directivos, bien a pesar suyo[37]. Así pues, ¿cuáles son los principales factores inductores de la explosión del empleo femenino?

El primer factor y el más obvio es la posibilidad de pagar menos por un trabajo similar. Con la expansión de la educación universal, incluida la universitaria, sobre todo en los países más desarrollados, las mujeres formaron una bolsa de cualificación que fue aprovechada de inmediato por los empresarios. El diferencial de salario de las mujeres frente a los hombres persiste en todo el mundo, mientras que, como hemos visto, en los países desarrollados, las diferencias en el perfil ocupacional son pequeñas. En los Estados Unidos, las mujeres ganaban un 60-65% de los sala-

---

[34] Spitz, 1988; Kahne y Giele, 1992; OCDE, 1994b.
[35] Salaff, 1981.
[36] ONU, 1991.
[37] Cobble, 1993.

rios de los hombres en los años sesenta y su porcentaje mejoró hasta el 72% en 1991, pero la principal razón de ello fue el descenso del salario real de los hombres [38]. En el Reino Unido, los ingresos de las mujeres eran el 69,5% del de los hombres a mediados de los años ochenta. El 73,6% en Alemania en 1991, superando el 72% de 1980. Para Francia, las cifras correspondientes son el 80,8% y por encima del 79%. El salario medio de las mujeres es el 43% del de los hombres en Japón, el 51% en Corea, el 56% en Singapur, el 70% en Hong Kong y varía en una amplia escala entre el 44% y el 77% en América Latina [39].

Quiero destacar que, en la mayoría de los casos, las mujeres no están sufriendo descualificación ni se las está confinando a puestos de trabajo insignificantes, sino más bien lo contrario. Con frecuencia, se las asciende a puestos que requieren una preparación amplia, iniciativa y educación, a medida que las nuevas tecnologías demandan una mano de obra autónoma, capaz de adaptarse y reprogramar sus propias tareas, como en el caso específico de los seguros y la banca que resumí en el volumen I, capítulo 4. De hecho, ésta es la segunda razón importante para contratar mujeres, a un precio de ganga: su capacidad de relacionarse, cada vez más necesaria en una economía informacional, donde la administración de las cosas queda en segundo plano frente a la gestión de la gente. En este sentido, hay una extensión de la división sexual del trabajo entre la producción tradicional de los hombres y la creación de hogar y relaciones sociales de las mujeres bajo el patriarcado. Sucede que la nueva economía requiere cada vez más las destrezas que estaban confinadas al ámbito privado de las relaciones para llevarlas a la primera línea de la gestión y el procesamiento de la información y la gente.

Pero hay algo más que creo que probablemente es el factor más importante en la expansión del empleo de las mujeres en los años noventa: su flexibilidad como trabajadoras [40]. En efecto, las mujeres representan el grueso del empleo a tiempo parcial y temporal, y una proporción aún pequeña, pero creciente, del empleo autónomo (cuadros 4.18 y 4.19). Relacionando esta observación con los análisis presentados en el volumen I, capítulos 3 y 4, sobre la interconexión de la actividad económica y la flexibilización del trabajo como rasgos importantes de la economía informacional, parece razonable sostener que la flexibilidad laboral de las mujeres en horario, tiempo y entrada y salida del mercado laboral encaja con las necesidades de la nueva economía [41]. Esta coincidencia también está relacionada con el género. Puesto que el trabajo de las mujeres se ha considerado tradicionalmente complementario de los ingresos del hombre en la familia, y las muje-

---

[38] Kim, 1993.
[39] ONU, 1995.
[40] Susser (en prensa).
[41] Thurman y Trah, 1990; Duffy y Pupo, 1992.

CUADRO 4.18 Volumen y composición del empleo a tiempo parcial, 1973-1994 (%).

	Empleo a tiempo parcial como proporción del empleo total											
	Hombres						*Mujeres*					
	1973	*1979*	*1983*	*1992*	*1993*	*1994*	*1973*	*1979*	*1983*	*1992*	*1993*	*1994*
Alemania[a]	1,8	1,5	1,7	2,6	2,9	—	24,4	27,6	30,0	30,7	32,0	—
Australia	3,7	5,2	6,2	10,6	10,3	10,9	28,2	35,2	36,4	43,3	42,3	42,6
Austria	1,4	1,5	1,5	1,6	1,7	—	15,6	18,0	20,0	20,5	22,8	—
Bélgica	1,0	1,0	2,0	2,1	2,3	2,5	10,2	16,5	19,7	28,1	28,5	28,3
Canadá	4,7	4,7	7,6	9,3	9,8	9,5	19,4	23,2	26,1	25,8	26,2	26,1
Dinamarca	—	5,2	6,6	10,1	11,0	—	—	46,3	44,7	36,7	37,3	—
España	—	—	—	2,0	2,4	2,6	—	—	—	13,7	14,8	15,2
E. Unidos[b]	8,6	9,0	10,8	10,8	10,9	11,5	26,8	26,7	28,1	25,4	25,3	27,7
Finlandia	—	3,2	4,5	5,5	6,2	6,0	—	10,6	12,5	10,4	11,1	11,2
Francia	1,7	2,4	2,5	3,6	4,1	4,6	12,9	17,0	20,1	24,5	26,3	27,8
Grecia	—	—	3,7	2,8	2,6	3,1	—	—	12,1	8,4	7,6	8,0
Irlanda	—	2,1	2,7	3,9	4,8	—	—	13,1	15,5	18,6	21,3	—
Islandia	—	—	—	9,2	9,9	—	—	—	—	49,8	47,5	—
Italia	3,7	3,0	2,4	2,8	2,5	2,8	14,0	10,6	9,4	11,5	11,0	12,4
Japón	6,8	7,5	7,3	10,6	11,4	11,7	25,1	27,8	29,8	34,8	35,2	35,7
Luxemburgo	1,0	1,0	1,0	1,2	1,0	—	18,4	17,1	17,0	16,5	18,3	—
México[c]	—	—	—	18,7	19,6	—	—	—	—	36,1	36,6	—
Noruega[d]	8,6	10,6	11,5	9,8	9,8	9,5	47,8	51,7	54,9	47,1	47,6	46,5
N. Zelanda	4,6	4,9	5,0	10,3	9,7	9,7	24,6	29,1	31,4	35,9	35,7	36,6
Países Bajos[e]	—	5,5	7,2	13,3	13,6	14,7	—	44,0	50,1	62,1	63,0	64,8
Portugal	—	2,5	—	4,1	4,5	4,7	—	16,5	—	11,3	11,1	12,1
Suecia[f]	—	5,4	6,3	8,4	9,1	9,7	—	46,0	45,9	41,3	41,4	41,0
Suiza	—	—	—	8,3	8,6	8,8	—	—	—	53,7	54,1	55,4
Turquía	—	—	—	11,3	17,9	—	—	—	—	37,0	40,4	—
Reino Unido	2,3	1,9	3,3	6,2	6,6	7,1	39,1	39,0	42,4	43,5	43,8	44,3

CUADRO 4.18 Continuación.

	Empleo a tiempo parc. como propor. del empleo total						Propor. mujeres a tiempo parcial					
	1973	1979	1983	1992	1993	1994	1973	1979	1983	1992	1993	1994
Alemania[a]	10,1	11,4	12,6	14,4	15,1	—	89,0	91,6	91,9	89,3	88,6	—
Australia	11,9	15,9	17,5	24,5	23,9	24,4	79,4	78,7	78,0	75,0	75,3	74,2
Austria	6,4	7,6	8,4	9,0	10,1	—	85,8	87,8	88,4	89,6	89,7	—
Bélgica	3,8	6,0	8,1	12,4	12,8	12,8	82,4	88,9	84,0	89,7	98,3	88,1
Canadá	9,7	12,5	15,4	16,7	17,2	17,0	68,4	72,1	71,3	69,7	68,9	69,4
Dinamarca	—	22,7	23,8	22,5	23,3	—	—	86,9	84,7	75,8	74,9	—
España	—	—	—	5,8	6,6	6,9	—	—	—	77,0	75,6	74,9
E. Unidos[b]	15,6	16,4	18,4	17,5	17,5	18,9	66,0	68,0	66,8	66,4	66,2	67,3
Finlandia	—	6,7	8,3	7,9	8,6	8,5	—	74,7	71,7	64,3	63,1	63,6
Francia	5,9	8,1	9,6	12,5	13,7	14,9	82,3	82,1	84,3	83,7	83,3	82,7
Grecia	—	—	6,5	4,8	4,3	4,8	—	—	61,2	61,3	61,6	58,9
Irlanda	—	5,1	6,6	9,1	10,8	—	—	71,2	71,6	72,5	71,7	—
Islandia	—	—	—	27,8	27,3	—	—	—	—	82,1	80,4	—
Italia	6,4	5,3	4,6	5,8	5,4	6,2	58,3	61,4	64,8	68,8	70,5	71,1
Japón	13,9	15,4	16,2	20,5	21,1	21,4	70,0	70,1	72,9	69,3	67,7	67,5
Luxemburgo	5,8	5,8	6,3	6,9	7,3	—	87,5	87,5	88,9	88,9	91,2	—
México[c]	—	—	—	24,0	24,9	—	—	—	—	46,3	46,1	—
Noruega[d]	23,0	27,3	29,6	26,9	27,1	26,5	76,4	77,0	77,3	80,1	80,5	80,6
Nueva Zelanda	11,2	13,9	15,3	21,6	21,2	21,6	72,3	77,7	79,8	73,3	74,2	74,9
Países Bajos[e]	—	16,6	21,4	32,5	33,4	35,0	—	76,4	77,3	75,2	75,7	75,1
Portugal	—	7,8	—	7,3	7,4	8,0	—	80,4	—	68,2	66,3	67,1
Suecia[f]	—	23,6	24,8	24,3	24,9	24,9	—	87,5	86,6	82,3	81,3	80,1
Suiza	—	—	—	27,8	28,1	28,9	—	—	—	83,1	82,5	82,7
Turquía	—	—	—	19,3	24,8	—	—	—	—	59,3	50,2	—
Reino Unido	16,0	16,4	19,4	22,8	23,3	23,8	90.9	92,8	89,8	84,9	84,5	83,6

[a] Hasta 1990 los datos se refieren a Alemania Occidental; a partir de entonces, a toda Alemania. [b] Desde 1993, interrupciones en las series. [c] 1991 en lugar de 1992. [d] Desde 1987, interrupciones en las series. [e] Desde 1985, interrupciones en las series. [f] Desde 1986 y 1992, interrupciones en las series.

Fuente: OCDE, *Employment Outlook*, 1995.

CUADRO 4.19 Porcentaje del empleo autónomo en el empleo total por sexo y actividad.

	Actividades no agrícolas				*Actividades de servicios (1990) ambos sexos*			
	Empleo femenino		*Empleo masculino*		*Comercio por mayor y por menor, restaurantes y hoteles*	*Transporte, almacenamiento y comunicaciones*	*Serv. financieros, inmobiliarios y empresariales*	*Serv. comunitarios, sociales y personales*
	1979	*1990*	*1979*	*1990*	*(CISI 6)*	*(CISI 7)*	*(CISI 8)*	*(CISI 9)*
Alemania	4,8	5,4	9,4	9,7	15,7	6,6	17,1	5,5
Australia	10,0	9,6	13,9	14,4	15,5	14,5	14,0	6,6
Austria	—	—	—	—	13,7	3,6	10,0	5,0
Bélgica	8,8	10,3	12,6	16,7	36,0	5,5	21,7	8,2
Canadá	6,0	6,4	7,2	8,3	7,2	6,4	10,4	8,5
Dinamarca	—	2,8	—	10,4	13,3	6,9	9,6	3,2
España	12,5	13,9	17,1	19,2	34,0	26,8	13,7	6,0
E. Unidos	4,9	5,9	8,7	8,7	8,5	4,6	11,4	7,3
Finlandia	4,2	5,6	7,9	11,5	16,0	11,2	10,5	4,0
Francia	—	5,5	—	11,9	19,2	4,8	9,2	5,3
Grecia	25,7	15,4	34,0	32,7	48,0	25,5	35,9	9,4
Irlanda	—	6,1	—	16,8	24,4	13,7	13,6	6,8
Italia	12,8	15,1	21,7	25,8	45,8	14,1	8,9	15,5
Japón	12,9	9,3	14,6	12,1	15,0	4,8	8,1	12,0
Luxemburgo	—	5,8	—	7,9	17,5	3,8	7,0	3,7
Noruega	3,4	3,6	8,9	8,8	7,5	9,3	6,7	4,4
N. Zelanda	—	11,8	—	24,0	18,2	11,1	19,2	9,6
P. Bajos	—	7,3	—	9,6	13,4	3,3	11,9	7,8
Portugal	—	12,3	—	18,3	38,3	8,6	13,7	4,6
Reino U.	3,2	7,0	9,0	16,6	15,9	10,5	14,2	7,8
Suecia	6,2	3,9	2,5	10,1	13,6	8,8	11,6	3,7

Fuente: OCDE, *Employment Outlook*, 1991, cuadro 2.12; 1992, cuadros 4.A.2 y 4.A.8.

res continúan siendo las responsables de sus hogares y, sobre todo, de la crianza de los hijos, la flexibilidad laboral se ajusta, también, a las estrategias de supervivencia para ocuparse de ambos mundos al borde de un ataque de nervios[42]. En efecto, en los países europeos (como en todas partes), el matrimonio y los hijos son los factores más importantes que favorecen el empleo a tiempo parcial (fig. 4.9). Así pues, el tipo de trabajador que requiere la economía informacional interrelacionada encaja con los intereses de supervivencia de las mujeres, que, en las condiciones del patriarcado, tratan de hacer compatible trabajo y familia, con poca ayuda de sus maridos.

Este proceso de plena incorporación de las mujeres al mercado laboral, y al trabajo remunerado, tiene consecuencias importantes para la familia. La primera es que, con fecuencia, la contribución financiera de la mujer se vuelve decisiva para el presupuesto familiar. Así pues, el poder de negociación femenino en el hogar aumenta de forma significativa. Para empezar, en el patriarcado estricto, la dominación de las mujeres por parte de los hombres afectaba a toda su existencia: su trabajo era crear hogar. Así que la rebelión contra la autoridad patriarcal sólo podía ser extrema y a menudo conducía a la marginalidad. Cuando las mujeres llevaron la paga a casa (por ejemplo, en los Estados Unidos) y los hombres vieron descender sus salarios reales, los puntos de desacuerdo tuvieron que discutirse sin el recurso de utilizar de forma inmediata la represión patriarcal. Es más, la ideología que legitimaba la dominación patriarcal basándose en el privilegio de quién mantenía a la familia resultó decisivamente debilitada. ¿Por qué no iban a ayudar en casa los maridos si ambos miembros de la pareja estaban igualmente ausentes durante largas horas y si ambos contribuían por igual al presupuesto familiar? La pregunta se hizo más acuciante cuando aumentó la dificultad de las mujeres para asumir a la vez el trabajo remunerado, el trabajo doméstico, la crianza de los hijos y el cuidado del marido, mientras que la sociedad seguía organizada en torno a la asunción de un ama de casa a tiempo completo que ya apenas existía. Sin guarderías apropiadas, sin planificación de la conexión espacial entre la residencia, los trabajos y los servicios, y con unos servicios sociales deteriorados[43], las mujeres tuvieron que afrontar la realidad: sus queridos maridos/padres se estaban aprovechando de ellas. Y como su trabajo fuera del hogar abría su mundo y ampliaba sus redes sociales y su experiencia, con frecuencia marcada por la hermandad contra la dureza cotidiana, comenzaron a plantearse cuestiones y a dar respuestas a sus hermanas. El suelo estaba listo para sembrar las ideas feministas que estaban germinando de forma simultánea en los campos de los movimientos socio-culturales.

[42] Michelson, 1985

[43] Servon y Castells, 1996.

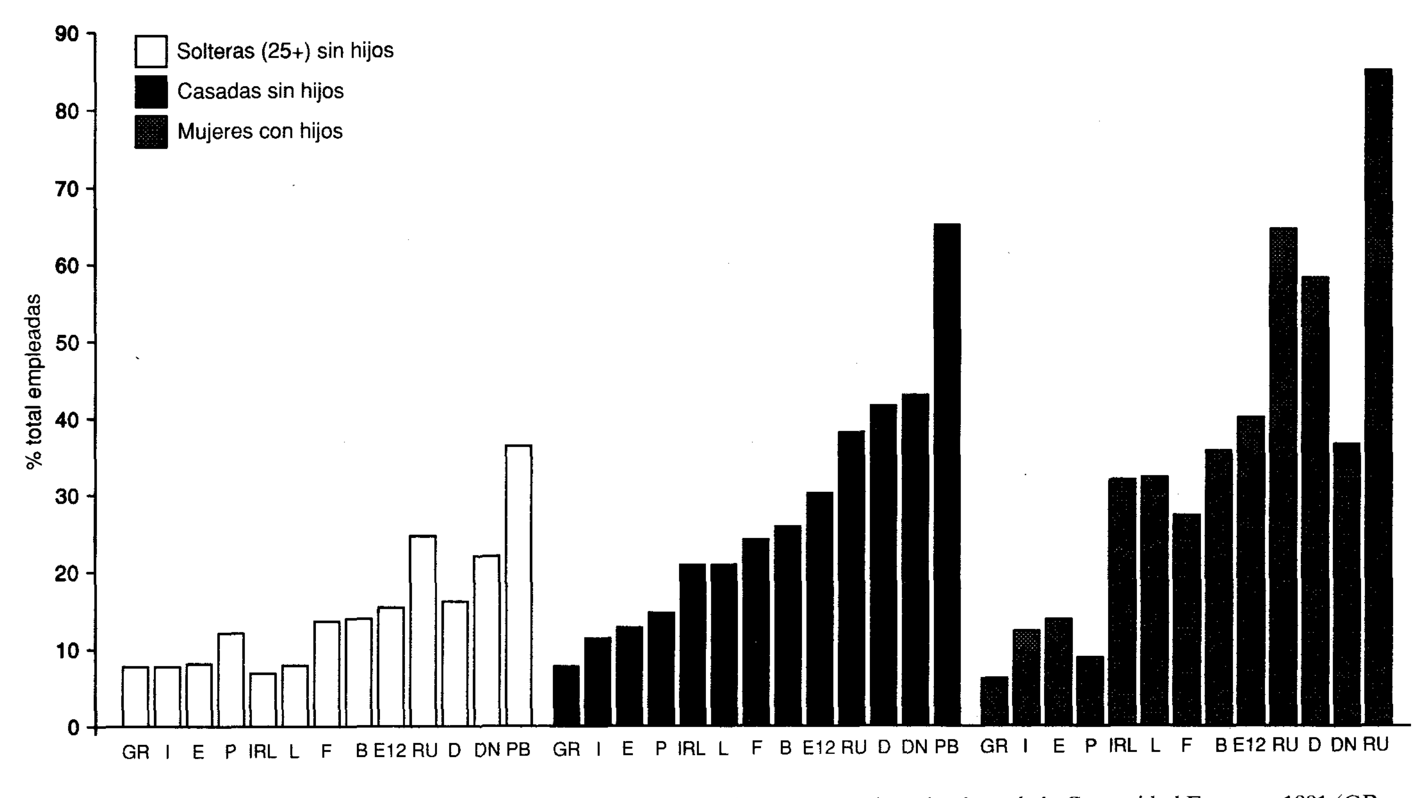


FIGURA 4.9 Mujeres con empleo a tiempo parcial por posición familiar en los estados miembros de la Comunidad Europea, 1991 (GR, Grecia; I, Italia; E, España; P, Portugal; IRL, Irlanda; L, Luxemburgo; F, Francia; B, Bélgica; E12, media de los estados miembros; RU, Reino Unido; D, Alemania; DN, Dinamarca; PB, Países Bajos). *Fuente:* Comisión Europea, *Employment in Europe*, 1993.

LA FUERZA DE SER HERMANAS: EL MOVIMIENTO FEMINISTA

El movimiento feminista, según se manifiesta en su práctica y discursos, es extraordinariamente diverso. Su riqueza y profundidad aumenta cuando analizamos su contorno en una perspectiva global y comparativa, y cuando las historiadoras y teóricas feministas desentierran los registros ocultos de la resistencia de las mujeres y el pensamiento feminista [44]. Limitaré el análisis presentado aquí al movimiento feminista contemporáneo que surgió a finales de los años sesenta, primero en los Estados Unidos y luego en Europa a comienzos de la década de los setenta, y se difundió por todo el mundo en las dos décadas siguientes. También me centraré en los rasgos comunes que hacen de él un movimiento social transformador que desafía al patriarcado, dando cuenta al mismo tiempo de la diversidad de las luchas de las mujeres y del multiculturalismo de su expresión. Como definición operativa preliminar del feminismo, seguiré a Jane Mansbridge al presentarlo en general como «el compromiso para poner fin a la dominación masculina» [45] También coincido con su planteamiento del feminismo como «un movimiento creado en el discurso». Ello no implica que sea sólo discurso o que el debate feminista, como se expresa en los escritos de teóricas y académicas, sea la manifestación primordial del feminismo. Lo que sostengo, de acuerdo con Mansbridge y otras [46], es que la esencia del feminismo, según se ha practicado y narrado, es la (re)definición de la identidad de la mujer: a veces afirmando la igualdad entre hombres y mujeres, con lo que se elimina el género de las diferencias biológicas/culturales, y en otros casos, por el contrario, afirmando la especificidad esencial de las mujeres, al mismo tiempo que frecuentemente se afirma la superioridad de los modos de vida de las mujeres como fuentes de realización humana; o también declarando la necesidad de alejarse del mundo de los hombres y recrear la vida y la sexualidad en hermandad femenina. *En todos los casos, a través de la igualdad, la diferencia o la separación, lo que se niega es la identidad alienada de la mujer tal y como la definen los hombres y tal y como se conserva en la familia patriarcal.* Como escribe Mansbridge:

> Este movimiento creado en el discurso es la entidad que inspira a las activistas del movimiento y ante la que se sienten responsables [...] Esta especie de responsabilidad es una responsabilidad por la identidad [...] Requiere pensar en el colectivo como una identidad valiosa y en una misma como parte de esa identidad. Las identidades feministas suelen lograrse, no darse [...] Hoy, las identidades feministas se crean y refuerzan cuando las feministas se unen, actúan juntas y leen lo que otras feministas han escrito. Hablar y actuar crea teoría de la calle y le otorga sig-

[44] Rowbotham, 1974, 1992; Kolodny, 1984; Spivak, 1990; Massolo, 1992.
[45] Mansbridge, 1995, pág. 29.
[46] Butler, 1990; Chodorow, 1994; Whittier, 1995.

nificado. Leer mantiene en contacto y hace que se continúe pensando. Ambas experiencias, de transformación personal e interacción continua, hacen a las feministas «responsables interiormente» ante el movimiento feminista [47].

Así pues, bajo la diversidad del feminismo, se encuentra una comunidad fundamental: el esfuerzo histórico, individual y colectivo, formal e informal, para redefinir la condición de la mujer en oposición directa al patriarcado.

Para valorar tal esfuerzo y proponer una tipología empírica de los movimientos feministas, recordaré, de forma sucinta, la trayectoria de dichos movimientos en las tres últimas décadas. Para simplificar el argumento, me centraré sobre todo en su lugar de renacimiento, los Estados Unidos, y trataré de corregir el etnocentrismo potencial de este planteamiento con breves observaciones sobre otras zonas del mundo, seguidas de un comentario sobre el feminismo en una perspectiva comparativa.

El feminismo estadounidense: una continuidad discontinua [48]

El feminismo estadounidense tiene una larga historia en un país de historia corta. Desde el nacimiento oficial del feminismo organizado en 1848, en una capilla de pueblo de Seneca Falls (Nueva York), las feministas estadounidenses emprendieron una lucha prolongada en defensa de los derechos de las mujeres a la educación, el trabajo y el poder político, que culminó con su conquista del derecho al voto en 1920. Luego, durante más de medio siglo, el feminismo se mantuvo entre los bastidores de la escena estadounidense. No es que las mujeres dejaran de pelear [49]. Una de las expresiones más célebres de las luchas de las mujeres, el boicot a los autobuses de 1955 en Montgomery (Alabama), que podría considerarse un preludio del movimiento por los derechos civiles en el Sur y cambió la historia estadounidense para siempre, fue protagonizado predominantemente por mujeres afroamericanas que organizaron a sus comunidades [50]. No obstante, no surgió un movimiento de masas explícitamente feminista hasta los años sesenta, a partir del componente de derechos humanos y las tendencias revolucionarias y contraculturales de

---

[47] Mansbridge, 1995, pág. 29.

[48] Para un análisis excelente de la evolución y transformación del *movimiento* feminista estadounidense en las tres últimas décadas, véase Whittier, 1995; para una visión general de las *organizaciones* feministas en los Estados Unidos, véase Ferree y Martin, 1995; para una recopilación bien organizada y útilmente comentada de los *discursos* feministas estadounidenses desde los años sesenta, véase Schneir, 1994. Otras fuentes utilizadas en el análisis se citan de forma específica en el texto.

[49] Rupp y Taylor, 1987.

[50] Barnett, 1995.

los movimientos sociales de esa década[51]. Por una parte, a raíz de los trabajos de la Comisión Presidencial de John F. Kennedy sobre la Condición Jurídica y Social de las Mujeres, en 1963, y de la aprobación del título VII de la Ley de Derechos Civiles de 1964 sobre los derechos de la mujer, un grupo de mujeres influyentes, encabezadas por la escritora Betty Friedan, creó la National Organization of Women (NOW) el 29 de octubre de 1966. NOW se convertiría en la organización nacional más amplia en defensa de los derechos de la mujer y durante las tres décadas siguientes, demostró una importante habilidad política y perdurabilidad, pese a sus crisis ideológicas y organizativas. Llegó a compendiar el denominado feminismo liberal, centrándose en la igualdad de derechos para la mujer en todas las esferas de la vida social, económica e institucional.

Casi al mismo tiempo, las mujeres que participaban en diversos movimientos sociales de carácter radical, sobre todo en SDS (Students for a Democratic Society), comenzaron a organizarse por separado como reacción contra el sexismo dominante y la dominación masculina en las organizaciones revolucionarias que llevaron, no sólo al maltrato personal de las mujeres, sino a la ridiculización de las posturas feministas como burguesas y contrarrevolucionarias. Lo que en diciembre de 1965 comenzó como un taller sobre las «Mujeres en el movimiento» en la convención de SDS y acabó articulándose como Women Liberation, en una convención celebrada en 1967 en Ann Arbor (Michigan), generó un aluvión de grupos de mujeres autónomos, la mayor parte de los cuales se separaron de la política revolucionaria, dominada por los hombres, dando origen al feminismo radical. En estos momentos fundacionales, es justo decir que el movimiento feminista se encontraba dividido ideológicamente entre sus componentes liberales y radicales. Mientras que la primera declaración de NOW comenzaba diciendo: «Nosotros, HOMBRES Y MUJERES [en mayúsculas en el original] que por la presente nos constituimos como la National Organization for Women, creemos que ha llegado el tiempo de un nuevo movimiento para la plena igualdad de los sexos, como parte de la revolución mundial de los derechos humanos que está teniendo lugar dentro y más allá de las fronteras nacionales» [52], el Manifiesto de Redstocking de 1969, que impulsó el feminismo radical en Nueva York, afirmaba: «Identificamos a los hombres como los agentes de nuestra opresión. La supremacía masculina es la forma de dominación más antigua y básica. Todas las demás formas de explotación y opresión (racismo, capitalismo, imperialismo, etc.) son extensiones de la supremacía masculina; los hombres dominan a las mujeres, unos cuantos hombres dominan al resto» [53].

---

[51] Evans, 1979.
[52] Reproducido en Schneir, 1994, pág. 96.
[53] Reproducido en Schneir, 1994, pág. 127.

El feminismo liberal se centró en obtener la igualdad de derechos para las mujeres, incluida la adopción de una enmienda constitucional que, tras ser aprobada por el Congreso, no logró obtener la ratificación requerida de dos tercios de los escaños y acabó siendo derrotada en 1982. No obstante, el significado de esta enmienda era más simbólico que otra cosa, ya que las batallas reales por la igualdad se ganaron en la legislación federal y estatal, y en los tribunales, desde el derecho a una remuneración igual por un trabajo igual, hasta los derechos reproductivos, incluido el derecho al acceso a todas las ocupaciones e instituciones. Estos logros impresionantes, en menos de dos décadas, se obtuvieron mediante una hábil presión política, campañas en los medios de comunicación y apoyo a las candidatas femeninas o a los candidatos que defendían a las mujeres en sus propuestas para ocupar cargos públicos. Fue particularmente importante la presencia en los medios de comunicación de mujeres periodistas que eran feministas o apoyaban las causas feministas. Diversas publicaciones comerciales en cierto modo feministas, como *Ms Magazine*, fundada en 1972, también fueron útiles para llegar a las mujeres estadounidenses más allá de los círculos feministas organizados.

Las feministas radicales, aunque participaron de forma activa en las campañas por la igualdad de derechos, y sobre todo en las movilizaciones para obtener y defender los derechos reproductivos, se centraron en *crear conciencia* mediante la organización de grupos de concienciación sólo de mujeres y la formación de instituciones de una cultura de la mujer autónoma. La defensa de las mujeres contra la violencia masculina (campañas en contra de la violación, entrenamiento de defensa personal, albergues y asesoramiento para mujeres maltratadas) proporcionó un vínculo directo entre las preocupaciones inmediatas de las mujeres y la crítica ideológica del patriarcado en acción. Dentro de la corriente radical, las feministas lesbianas (una de cuyas primeras manifestaciones políticas públicas, la «Amenaza lavanda», apareció en el Segundo Congreso para Unir a las Mujeres, en mayo de 1970 en Nueva York) se convirtieron de inmediato en una fuente de activismo militante, creatividad cultural e innovación teórica. El crecimiento incesante y la amplia influencia del feminismo lesbiano en el movimiento feminista iba a convertirse en una importante fuerza y un desafío fundamental para el movimiento de mujeres, que tuvo que hacer frente a su propio prejuicio interno sobre las formas de la sexualidad y encarar el dilema de dónde trazar la línea para la liberación de la mujer (o si había que trazarla).

Durante un tiempo, las feministas socialistas trataron de asociar el desafío del feminismo radical con los temas más amplios de los movimientos anticapitalistas, vinculándose cuando era necesario con la izquierda política y enzarzándose en un enriquecedor debate con la teoría marxista. Algunas de ellas trabajaron en los sindicatos. Por ejemplo, en 1972, se formó una Coalición de Mujeres Sindicalizadas. Sin embargo, en los años no-

venta, la desaparición, en Estados Unidos, de las organizaciones socialistas y del socialismo como punto de referencia histórico, así como el declive general de la teoría marxista, aminoró la repercusión del feminismo socialista, que permaneció en general confinado al ámbito académico [54].

Sin embargo, la distinción entre feminismo liberal y radical quedó difuminada en la práctica del movimiento y en la ideología de las feministas individuales a partir de mediados de los años setenta. Varios factores contribuyeron a superar las divisiones ideológicas en un movimiento feminista que mantuvo su diversidad y vivió vibrantes debates, así como luchas intestinas, pero que estableció puentes y coaliciones entre sus componentes [55]. Por una parte, como Zillah Eisenstein señaló [56], los temas que abordó el feminismo liberal, a saber, la igualdad de derechos y la desaparición del género de las categorías sociales, suponían tal grado de transformación institucional que acabaría poniéndose en entredicho el patriarcado, incluso dentro de la estrategia más restringida de ser realistas acerca de lograr la igualdad de los géneros. En segundo lugar, la violenta reacción antifeminista de la década de los ochenta, apoyada por la administración republicana que gobernó los Estados Unidos en 1980-1992, provocó la alianza de diferentes ramas del movimiento que, prescindiendo de sus estilos de vida y creencias políticas, se encontraron juntas en las movilizaciones para defender los derechos reproductivos de las mujeres o en la construcción de las instituciones de las mujeres para proporcionar servicios y afirmar la autonomía cultural. En tercer lugar, las organizaciones feministas más radicales habían desaparecido a finales de los años setenta, cuando sus fundadoras agotaron sus fuerzas y sus utopías locales se enfrentaron a batallas diarias con «el patriarcado realmente existente». No obstante, como la mayoría de las feministas radicales nunca renunciaron a sus valores básicos, encontraron refugio en las organizaciones establecidas del feminismo liberal y en los enclaves que el feminismo logró crear dentro de las instituciones convencionales, sobre todo en el ámbito académico (programas de estudios sobre la mujer), en las fundaciones y en los comités de las asociaciones profesionales. Estas organizaciones e instituciones necesitaron el respaldo militante para su tarea, cada vez más difícil, cuando comenzaron a pasar de los abusos más evidentes de los derechos humanos a esferas más polémicas, como la opción reproductiva, la liberación sexual y el avance de la mujer en diversos reductos masculinos. En efecto, cabe sostener que la presencia de las organizaciones liberales ayudó a sobrevivir al feminismo radical como movimiento,

---

[54] Para un análisis del ascenso y caída de una de las organizaciones feministas socialista más dinámica e influyente, Chicago Women's Liberation Union (CWLU), véase Strobel, 1995.

[55] Ferree y Hess, 1994; Ferree y Martin, 1995; Mansbridge, 1995; Spalter-Roth y Schreiber, 1995; Whittier, 1995.

[56] Eisenstein, 1981/1993.

mientras que la mayor parte de los movimientos contraculturales de liderazgo masculino que se originaron en los años sesenta, con la excepción importante del ecologismo, desaparecieron o acabaron sometidos ideológicamente en la década de los ochenta. Como resultado de este proceso múltiple, el liberalismo y el radicalismo, en sus ramas diferentes, acabaron entrelazados en la práctica y en la mente de la mayoría de las mujeres que respaldaban las causas y valores feministas. Hasta el lesbianismo acabó siendo un componente aceptado del movimiento, aunque siguió unido a cierto rechazo táctico dentro de la corriente dominante del feminismo (Betty Friedan se oponía a él), como ejemplificaron las tensiones dentro de NOW a finales de la década de los ochenta tras la «confesión» de bisexualidad de su presidenta, Patricia Ireland.

Otras distinciones alcanzaron mayor importancia para el movimiento feminista a medida que se fue desarrollando, diversificando y llegando, al menos en sus mentes, a la mayoría de las mujeres estadounidenses, entre mediados de la década de los setenta y mediados de la de los noventa. Por una parte, había importantes distinciones en el tipo de *organizaciones* feministas. Por la otra, existían diferencias considerables entre lo que Nancy Whittier denomina «generaciones políticas» dentro del *movimiento* feminista [57].

En lo referente a las organizaciones, Spalter-Roth y Schreiber [58] proponen una útil tipología de base empírica que diferencia entre:

1. Organizaciones de carácter nacional que reivindican la igualdad de derechos, como NOW o la Coalition of Labor Union Women, fundada en 1972. Trataban de forma deliberada de evitar el lenguaje feminista, mientras fomentaban la causa de la mujer en todos los ámbitos de la sociedad, con lo que sacrificaban los principios por la efectividad para aumentar la participación de la mujer en las instituciones dominadas por los hombres. Spalter-Roth y Schreiber concluyen que «pese a las esperanzas de las dirigentes de las organizaciones, que deseaban atraer tanto a las liberales como a las radicales, el uso de un lenguaje políticamente más «aceptable» oscureció las relaciones de dominación y subordinación. Puede que sus esfuerzos no hayan logrado suscitar la concienciación de las mismas mujeres a las que estas organizaciones esperaban representar y dar poder» [59].
2. Proveedoras de servicios directos, como Displaced Homemakers Network (Red de Amas de Casa Desplazadas) y la National Coalition against Domestic Violence (Coalición Nacional contra la

[57] Whittier, 1995.
[58] Spalter-Roth y Schreiber, 1995, págs. 106-108.
[59] Spalter-Roth y Schreiber, 1995, pág. 119.

Violencia Doméstica). Suelen ser redes de grupos locales que reciben apoyo del gobierno y las empresas para sus programas. Su principal problema es la contradicción entre ayudar a las mujeres y darles poder: por lo general, la urgencia del problema tiene prioridad sobre las metas a largo plazo de despertar la conciencia y la autoorganización política.

3. Organizaciones que cuentan con mujeres expertas y dedicadas plenamente a las tareas organizativas, como Women's Legal Defence Fund (Fondo para la Defensa Legal de las Mujeres), el Institute for Women Policy Research (Insitituto para la Investigación de la Política sobre la Mujer), el Center for Women Policy Studies (Centro de Estudios de la Política sobre la Mujer), el Fund for Feminist Majority (Fondo para la Mayoría Feminista, que apoya a las mujeres de las instituciones políticas), el National Institute for Women of Color (Instituto Nacional para las Mujeres de Color) o el National Committee for Pay Equity (Comité Nacional para la Igualdad de Salarios). El reto de este tipo de organización es la ampliación del ámbito de los asuntos de que se ocupan, a medida que entran en la esfera de influencia del movimiento más mujeres y que los temas feministas se diversifican más étnica, social y culturalmente.

Más allá de las organizaciones mayoritarias, existe una miríada de organizaciones locales alternativas de la comunidad de mujeres, muchas de ellas vinculadas en su origen con el feminismo radical, pero que luego evolucionaron siguiendo una gran variedad de trayectorias. Clínicas, cooperativas de crédito, centros de formación, librerías, restaurantes, guarderías, centros de prevención de la violencia contra las mujeres y para hacer frente a sus heridas, grupos de teatro, grupos de música, clubes de escritoras, talleres de arte, además de toda una gama de expresiones culturales, pasaron por diversos altibajos y, por lo general, cuando lograron sobrevivir, lo hicieron minimizando su carácter ideológico e integrándose en la sociedad. En el sentido más amplio, son organizaciones feministas que, en su diversidad y con su flexibilidad, han proporcionado las redes de apoyo, la experiencia y los materiales discursivos para que surja una cultura de la mujer, socavando de este modo el patriarcado donde es más poderoso: la mente de las mujeres.

La otra distinción importante que ha de introducirse para comprender la evolución del feminismo estadounidense es el concepto de Whittier de las generaciones políticas y los microgrupos. En su interesante estudio sociológico sobre la evolución del feminismo radical estadounidense durante tres décadas, expone tanto la continuidad del feminismo como la discontinuidad de los estilos feministas entre comienzos de los años setenta, los años ochenta y los noventa:

Las generaciones políticas son importantes para la continuidad de los movimientos sociales de tres modos. En primer lugar, la identidad colectiva de una generación política permanece a lo largo del tiempo, como ha sucedido con las mujeres que participaron en el movimiento feminista de la década de los setenta. En segundo lugar, cuando declina la protesta, un movimiento social continúa teniendo repercusión si una generación de veteranos del mismo traslada sus elementos clave a las instituciones y otros movimientos sociales. Las instituciones e innovaciones establecidas por los activistas en estos otros escenarios, no sólo sirven de agentes de cambio, sino que también pueden coadyuvar en el resurgimiento de una oleada futura de movilización. En tercer lugar, un movimiento social cambia a medida que entran en él nuevos participantes y redefinen su identidad colectiva. La entrada continua de microgrupos construye una identidad colectiva que se determina por su contexto y, por lo tanto, los activistas que entran durante el resurgimiento, crecimiento y culminación del movimiento difieren unos de otros. Pese a los cambios graduales que ocurren continuamente dentro de los movimientos sociales, existen claramente cambios más pronunciados en ciertos puntos. En esos momentos, una serie de microgrupos convergen en una generación política, cuando sus similitudes mutuas sobrepasan a las diferencias existentes en el conjunto de microgrupos que constituyen una segunda generación política [...] Así, el paso de los movimientos sociales de una generación a otra se vuelve clave para que el movimiento sobreviva a largo plazo [60].

Whittier muestra, basándose en el caso específico de Columbus (Ohio), así como en la revisión de los datos de fuentes secundarias, la persistencia y renovación del movimiento feminista, incluido el feminismo radical, durante tres décadas, de los años sesenta a los noventa. Fundamenta su argumento en diversas fuentes [61]. Parece que la «era postfeminista» fue una manipulación interesada de ciertas tendencias a corto plazo, excesivamente aireadas por los medios de comunicación [62]. Pero Whittier también destaca de forma convincente la profunda transformación del feminismo radical, que llevó, a veces, a que existiera una considerable dificultad para el entendimiento entre las generaciones: «Las recién llegadas al movimiento de mujeres se están movilizando por metas feministas de modos diferentes a los de las activistas más antiguas, que a veces consideran los esfuerzos de sus sucesoras apolíticos o malencaminados [...] Las recién llegadas construyeron un modelo diferente de sí mismas como feministas» [63]. Como resultado de estas profundas diferencias,

es doloroso para las feministas veteranas ver que las que acaban de entrar en el movimiento desechan sus creencias más queridas o cambian las organizaciones

[60] Whittier, 1995, págs. 254-256.
[61] Buechler, 1990; Staggenborg, 1991; Ferree y Hess, 1994; Ferree y Martin, 1995.
[62] Faludi, 1991; Schneir, 1994.
[63] Whittier, 1995, pág. 243.

por las que ellas lucharon. Los debates recientes dentro de la comunidad feminista exacerban los sentimientos de muchas mujeres porque ellas y sus creencias son vulnerables al ataque. En las «guerras de los sexos» en particular, las practicantes lesbianas del sadomasoquismo, junto con mujeres heterosexuales y otras, sostuvieron que las mujeres debían tener el derecho de actuar libremente acerca de cualquier deseo sexual y acusaron a quienes enseñaban otra cosa de ser antisexuales, «tibias» o puritanas[64].

Las principales diferencias entre las generaciones políticas de feministas no parecen estar relacionadas con la antigua divisoria entre liberales y radicales, ya que Whittier coincide en su observación con el desdibujamiento de esa definición ideológica en la acción colectiva de las mujeres cuando se confrontan a una vigorosa reacción violenta del patriarcado. Parece que tres temas diferentes, en cierta medida interrelacionados, interfieren la comunicación entre las veteranas y las recién llegadas al movimiento feminista radical. El primero es la creciente importancia del lesbianismo en el movimiento feminista. No es que estuviera ausente de él en las épocas anteriores o que las feministas radicales se opusieran, sino que los estilos de vida de las lesbianas, y su hincapié en romper el molde de las familias heterosexuales, así como los problemas tácticos para llegar a la corriente mayoritaria de las mujeres desde las trincheras de un movimiento con un núcleo central lesbiano, hizo que el componente no lesbiano del feminismo radical cada vez se sintiera menos a gusto con la notoriedad lesbiana. El segundo, una división mucho más pronunciada, es la importancia que otorgan las nuevas generaciones de feministas a la expresión sexual en todas sus formas. Incluye, por ejemplo, la ruptura del código «clásico» del modo de vestirse feminista, que evitaba las trampas de la feminidad, para resaltar el atractivo sexual y la expresión propia en la presentación de las mujeres. También se extiende a la aceptación de todas las manifestaciones de la sexualidad de las mujeres, incluida la bisexualidad y la experimentación. La tercera división es consecuencia, en realidad, de las otras dos. Más seguras de sí mismas y más separatistas en sus valores culturales y políticos, las feministas radicales más jóvenes, y sobre todo las lesbianas, se muestran más abiertas que las anteriores a colaborar con los movimientos sociales de los hombres y a relacionarse con organizaciones de hombres, precisamente porque se sienten menos amenazadas por esas alianzas, puesto que ya han construido su autonomía, a menudo mediante el separatismo. El principal punto de alianza es el establecido entre las lesbianas y los gays (por ejemplo, en Queer Nation), que comparten su opresión por parte de la homofobia y coinciden en su defensa de la liberación sexual y en su crítica de la familia heterosexual/patriarcal. Sin embargo, Whittier también expone que las feministas radica-

---

[64] Whittier, 1995, pág. 239.

les antiguas y nuevas comparten valores fundamentales y coinciden en las mismas luchas.

Otras tensiones internas del movimiento feminista se originan precisamente por su expansión en todo el conjunto de clases y grupos étnicos de los Estados Unidos [65]. Aunque las pioneras de la década de los sesenta que redescubrieron el feminismo eran en general blancas, de clase media y tenían educación superior, en las tres décadas siguientes los temas feministas se vincularon con las luchas que las mujeres afroamericanas, latinas o de otras minorías étnicas habían venido realizando tradicionalmente en sus comunidades. Las mujeres trabajadoras, tanto a través de los sindicatos como de las organizaciones autónomas de mujeres trabajadoras, se movilizaron en defensa de sus demandas, aprovechando el nuevo contexto de legitimidad para sus luchas. Siguió una diversificación creciente de los movimientos de las mujeres y una cierta vaguedad en su autodefinición feminista. No obstante, según las encuestas de opinión, desde mediados de los años ochenta, la mayoría de las mujeres se relacionaron positivamente con los temas y causas feministas, debido precisamente a que el feminismo no se asociaba con ninguna postura ideológica particular [66]. El feminismo se convirtió en la palabra (y bandera) común para todas las fuentes de opresión de las mujeres como tales, a la que cada mujer, o categoría de mujeres, uniría su reivindicación personal o colectiva y su etiqueta.

Así pues, mediante diversas prácticas y autoidentificaciones, mujeres de orígenes diferentes y con metas diferentes, pero que compartían una fuente de opresión común que las definía desde su exterior, construyeron una nueva identidad colectiva: esto es, de hecho, lo que hizo posible la transición de las luchas de las mujeres al movimiento feminista. Como escribe Whittier: «Propongo definir el movimiento de las mujeres de acuerdo con la identidad colectiva asociada con él, en lugar de hacerlo de acuerdo con sus organizaciones formales [...] Lo que hace a esas organizaciones, redes e individuos parte de un movimiento social es su fidelidad compartida a un conjunto de creencias, prácticas y modos de identificarse que constituyen la identidad feminista colectiva» [67].

¿Son pertinentes estas preguntas y respuestas, inspiradas por la experiencia estadounidense, para el feminismo de otras culturas y países? ¿Pueden relacionarse, en general, con el feminismo los problemas de las mujeres y sus luchas? ¿Hasta qué punto es colectiva esta identidad colectiva cuando se considera a las mujeres en una perspectiva global?

---

65 Morgen, 1988; Matthews, 1989; Blum, 1991; Barnett, 1995; Pardo, 1995.
66 Stacey, 1990; Whittier, 1995.
67 Whittier, 1995, págs. 23 y 24.

¿Es global el feminismo?

Para adelantar una respuesta tentativa a esta pregunta tan fundamental, aunque sea superficialmente, debemos distinguir varias zonas del mundo. En el caso de Europa Occidental, Canadá y Australia, parece evidente que existe un movimiento feminista extendido, diverso y multifacético, en ascenso en la década de los noventa, si bien con intensidades y características diferentes. En Gran Bretaña, por ejemplo, tras un declive a comienzos de los años ochenta, en buena parte motivado por el asalto neoconservador provocado por el thatcherismo, las ideas feministas y la causa de las mujeres calaron toda la sociedad [68]. Al igual que en los Estados Unidos, por una parte, las mujeres lucharon por la igualdad y por obtener poder propio en el trabajo, los servicios sociales, la legislación y la política. Por otra parte, el feminismo cultural y el lesbianismo resaltaron la especificidad de las mujeres y crearon organizaciones alternativas propias. Por su hincapié en las identidades singulares da la impresión de que existe una fragmentación en el movimiento. No obstante, como escribe Gabriele Griffin:

> Es cierto que muchos grupos de mujeres se dan nombres que especifican ciertas identidades [...] Esta identificación proporciona el ímpetu para su activismo. En determinado nivel, el activismo feminista basado en la política de identidad lleva a la fragmentación, que muchas feministas consideran típica del clima político actual y que se supone que está en contraste directo con la homogeneidad, el objetivo común y la movilización de masas del Movimiento (de Liberación) de las Mujeres, todo con letras mayúsculas. Esto me parece un mito, un planteamiento retrospectivo nostálgico de una edad dorada del feminismo que probablemente nunca existió. Las organizaciones feministas articuladas en torno a un solo problema o a una única identidad, que son tan comunes en los años noventa, puede que tengan la desventaja de una política excesivamente singularizada, pero su propia especificidad también puede ser una garantía de su experiencia y su influencia, de un trabajo intenso claramente definido dentro de un ámbito específico [69].

Así, diversas organizaciones monotemáticas pueden operar sobre múltiples problemas de la mujer, y las mujeres pueden participar en diferentes organizaciones. Son este entrelazamiento e interconexión de personas, organizaciones y campañas los que caracterizan a un movimiento feminista vital, flexible y diverso.

En toda Europa, en cada país concreto, el feminismo tiene una amplia presencia, tanto en las instituciones de la sociedad como en la constelación de grupos, organizaciones e iniciativas feministas que se nutren mutuamente, debaten entre sí (a veces acaloradamente) y mantienen un

---

[68] Brown, 1992; Campbell, 1992; Griffin, 1995; Hester *et al.,* 1995.

[69] Griffin, 1995, pág. 4.

flujo incesante de reivindicaciones, presiones e ideas sobre la condición, los temas y la cultura de la mujer. En general, el feminismo, como en los Estados Unidos y Gran Bretaña, se ha fragmentado y ninguna organización o institución particular puede pretender hablar en nombre de las mujeres. Más bien existe una línea transversal a lo largo de toda la sociedad que destaca los intereses de las mujeres y sus valores, de los comités profesionales a las expresiones culturales y los partidos políticos, muchos de los cuales han establecido un porcentaje mínimo de mujeres entre sus dirigentes (en general, la norma, raramente cumplida, determina un 25% de dirigentes y diputados, de tal modo que las mujeres «sólo» están un 50% subrepresentadas).

Las antiguas sociedades estatistas presentan situaciones peculiares [70]. Por una parte, los países estatistas ayudaron/obligaron a la plena incorporación de la mujer al trabajo remunerado, abrieron el acceso a la educación y establecieron un extensa red de servicios sociales y guarderías, aunque se prohibió el aborto durante largo tiempo y no se dispuso de contracepción. Las organizaciones de mujeres estaban presentes en todas las esferas de la sociedad, si bien bajo el control total del Partido Comunista. Por otra parte, el sexismo era dominante y el patriarcado, omnipresente en la sociedad, instituciones y política. Como resultado, maduró una generación de mujeres muy fuertes que sentían su potencial pero que tenían que luchar a diario para abrirse camino y realizar parte de ese potencial. Tras la desintegración del comunismo soviético, el feminismo como movimiento organizado es débil y, hasta ahora, está limitado a unos pocos círculos de intelectuales occidentalizadas, mientras que las antiguas organizaciones paternalistas están desapareciendo. No obstante, la presencia de las mujeres en la esfera pública ha aumentado espectacularmente en la década de los noventa. En Rusia, por ejemplo, el Partido de las Mujeres, aunque bastante conservador en cuanto a sus posiciones y miembros, recibió en torno a un 8% de los votos en las elecciones parlamentarias de 1995, mientras que varias mujeres iban camino de convertirse en figuras políticas clave. Existe un sentimiento extendido en la sociedad rusa acerca de que las mujeres podrían desempeñar un papel decisivo para rejuvenecer el liderazgo político. En 1996, por primera vez en su historia, una mujer fue elegida gobernadora del Distrito Nacional de los Coriacos. Es más, las nuevas generaciones de mujeres, educadas en los valores de la igualdad y con espacio para expresarse personal y políticamente, parecen estar dispuestas para cristalizar su autonomía individual en la identidad y acción colectivas. Es fácil predecir un importante desarrollo del movimiento de las mujeres en Europa Oriental, *bajo sus propias formas de expresión culturales y políticas.*

En el Asia industrializada, sigue reinando el patriarcado, apenas cues-

[70] Funk y Mueller, 1993.

tionado. Ello resulta particularmente sorprendente en Japón, una sociedad con una elevada tasa de participación femenina en la mano de obra, una población femenina bien educada y una corriente vigorosa de movimientos sociales en los años sesenta. Aún así, las presiones de los grupos de mujeres y del Partido Socialista llevaron a que la legislación limitara la discriminación laboral de éstas en 1986[71]. Pero, en general, el feminismo se limita a los círculos académicos y las mujeres profesionales siguen sufriendo una discriminación descarada. En Japón están plenamente presentes los rasgos estructurales necesarios para desatar una fuerte crítica feminista, pero la ausencia, hasta ahora, de esa crítica a una escala suficiente para que tenga repercusión en la sociedad demuestra a las claras que la especificidad social (en este caso, la fortaleza de la familia patriarcal japonesa y el cumplimiento por parte de los hombres de sus deberes como patriarcas, en general) determina el desarrollo real de un movimiento, prescindiendo de las fuentes estructurales de descontento. Las mujeres coreanas están aún más sometidas que las japonesas, aunque recientemente han aparecido los embriones de un movimiento feminista[72]. China sigue al borde del modelo estatista contradictorio de apoyar los derechos de la «mitad del cielo» mientras se la mantiene bajo el control de la «mitad del infierno». Sin embargo, el desarrollo de un vigoroso movimiento feminista en Taiwan, desde finales de la década de los ochenta, desmiente la idea de que la mujer debe estar sometida bajo la tradición patriarcal del confucianismo (véase más adelante)[73].

A lo largo del denominado mundo en vías de desarrollo, la situación es compleja, incluso contradictoria[74]. El feminismo, como expresión ideológica o política autónoma, es claramente el coto vedado de una pequeña minoría de mujeres profesionales e intelectuales, aunque su presencia en los medios de comunicación amplifica su repercusión muy por encima de su número. Además, en diversos países, sobre todo en Asia, las dirigentes se han convertido en figuras destacadas de la política de sus países (en India, Paquistán, Bangladesh, Filipinas, Birmania y quizás Indonesia en un futuro no muy lejano) y en símbolos de la democracia y el desarrollo. Aunque el hecho de que sean mujeres no garantiza sus cualidades como tales y la mayoría de las políticas operan dentro del marco de la política patriarcal, no puede ignorarse su repercusión como modelos, sobre todo para las jóvenes, y para romper los tabúes de la sociedad.

Sin embargo, el acontecimiento más importante, a partir de la década de los ochenta, es el extraordinario ascenso de las organizaciones

[71] Gelb y Lief-Palley, 1994.
[72] Po, 1996.
[73] Po, 1996.
[74] Kahne y Giele, 1992; Massolo, 1992; Caipora Women's Group, 1993; Jaquette, 1994; Kuppers, 1994; Blumberg *et al.,* 1995.

populares, en general puestas en marcha y dirigidas por mujeres, en las áreas metropolitanas del mundo en vías de desarrollo. Fueron estimuladas por los procesos simultáneos de explosión urbana, crisis económica y políticas de austeridad, que dejaron a la gente, y sobre todo a las mujeres, con el dilema simple de luchar o morir. Junto con el aumento del empleo de las mujeres, tanto en las nuevas industrias como en la economía informal urbana, ha transformado su condición, organización y conciencia, como se ha demostrado, por ejemplo, en los estudios realizados por Ruth Cardoso de Leite o Maria da Gloria Gohn en Brasil, Alejandra Massolo en México o Helena Useche en Colombia [75]. De estos esfuerzos colectivos, no sólo se han desarrollado organizaciones populares que han tenido repercusión en las políticas y las instituciones, sino que además ha surgido una nueva identidad colectiva, como mujeres dotadas de poder. Así, Alejandra Massolo, para concluir su análisis de los movimientos sociales urbanos basados en las mujeres de la Ciudad de México, escribió:

> La subjetividad femenina de las experiencias de lucha es una dimensión reveladora del proceso societal de construcción de nuevas identidades colectivas en el escenario de la conflictividad urbana. Los movimientos urbanos de los años setenta y principios de los ochenta hicieron visible, y por lo tanto distinguible, la «insólita» identidad colectiva de segmentos de las clases populares. Las mujeres han sido parte de la fabricación social de esta nueva identidad colectiva —desde sus matrices territoriales cotidianas, reconvertidas en matrices de la acción colectiva que emprendieron. Le otorgaron a la construcción del «nosotros» identidad colectiva, la inherente pluralidad compleja de las motivaciones, significados y expectativas del género femenino que contienen los movimientos populares urbanos, aunque no emerjan de la problemática del género, aunque sean mixtos y las dirigencias masculinas [76].

Es esta presencia masiva de las mujeres en la acción colectiva de los movimientos populares en todo el mundo, y su autoidentificación explícita como actoras colectivas, la que está transformando su conciencia y sus papeles sociales, incluso en ausencia de una ideología feminista articulada.

Sin embargo, aunque el feminismo está presente en muchos países, y se ha producido una explosión de luchas/organizaciones de las mujeres por todo el mundo, *el movimiento feminista muestra formas y orientaciones muy diferentes de acuerdo con los contextos culturales, institucionales y políticos donde surge*. Por ejemplo, el feminismo en Gran Bretaña se vio marcado desde su inicio a finales de los años sesenta por su estrecha relación con los sindicatos, el Partido Laborista, la izquierda socialista y, ade-

---

[75] Cardoso de Leite, 1983; Gohn, 1991; Espinosa y Useche, 1992; Massolo, 1992.

[76] Massolo, 1992, pág. 388.

más, el estado de bienestar[77]. Era más explícitamente político —esto es, orientado hacia el estado— que el feminismo estadounidense y se conectaba de forma más directa con los problemas diarios de las mujeres trabajadoras. No obstante, debido a su proximidad con la política de izquierdas y el movimiento obrero, sufrió durante los años setenta luchas internas debilitadoras entre las diferentes ramas de feministas socialistas y radicales. Por ejemplo, la popular campaña de 1973 «Sueldos para las amas de casa» fue criticada por algunas feministas debido a su aceptación implícita de la posición subordinada de la mujer en el hogar, induciéndola potencialmente a quedarse en su encierro doméstico. Esta vinculación contradictoria con el sindicalismo y la política socialista afectó al mismo movimiento. Como escribió Rowbotham:

> Probablemente existe cierta verdad en el argumento de que la importancia otorgada al apoyo sindical —más determinante en Gran Bretaña que en muchos otros movimientos de liberación de la mujer— influyó en los términos en que se presentó la demanda del aborto. Los rancios salones de juntas de los sindicatos no son los lugares más apropiados para peroratas ilustradas sobre la multiplicidad del deseo femenino. Pero [...] creo que es más probable que sea, en parte, debido a una evasión dentro del propio movimiento de liberación de la mujer. El movimiento quiso evitar contraponer heterosexualidad y lesbianismo, pero en el proceso, la esfera de la autodefinición personal se estrechó y toda discusión sobre el placer heterosexual quedó relegada[78].

En parte como resultado de esta renuencia a afrontar su diversidad y a desviarse de la racionalidad estratégica de la política tradicional, el feminismo británico resultó debilitado por la fuerza inexorable del thatcherismo de la década de los ochenta. No obstante, tan pronto como una nueva generación de feministas se sintió libre de los antiguos lazos de la política partidista y la lealtad sindical, el feminismo resurgió en la década de los noventa, no sólo como feminismo cultural, y como lesbianismo, sino en una multiplicidad de expresiones que incluyen, pero no en una posición hegemónica, al feminismo socialista y el feminismo institucionalizado.

El feminismo español se vio aún más marcado por el contexto político en el que nació, el movimiento democrático contra la dictadura de Franco de mediados de los años setenta[79]. La mayoría de las organizaciones de

---

[77] Rowbotham, 1989.

[78] Rowbotham, 1989, pág. 81.

[79] Mi comprensión del feminismo español proviene de la experiencia y observación directas y personales, así como de conversaciones con diversas mujeres que desempeñaron un papel significativo en el movimiento. Quiero dar las gracias a las mujeres de las que aprendí tanto, sobre todo a Marina Subirats, Françoise Sabbah, Marisa Goñi, Matilde Fernández, Carlota Bustelo, Carmen Martínez-Ten, Cristina Alberdi y Carmen Romero. Naturalmente, la responsabilidad del análisis y la información presentados aquí es exclusivamente mía.

mujeres estaban vinculadas con la oposición antifranquista semiclandestina, como la Asociación de Mujeres Demócratas, influida por el Partido Comunista, y la Asociación de Amas de Casa, organizada territorialmente. Cada tendencia política, sobre todo las de la izquierda revolucionaria, tenía su organización de «masas» de mujeres. En Cataluña y el País Vasco, las organizaciones de mujeres y las feministas también tenían sus organizaciones propias, que reflejaban las divisiones nacionales de la política española. Hacia el fin del franquismo, en 1974-1977, comenzaron a aparecer colectivos feministas autónomos en el clima de liberación cultural y política que caracterizó la España de los años setenta. Uno de los más innovadores e influyentes fue el Frente de Liberación de la Mujer, con base en Madrid. Tenía pocos miembros (menos de 100 mujeres), pero centró su actividad en llamar la atención de los medios de comunicación, utilizando su red de mujeres periodistas, con lo que obtuvo popularidad para las reivindicaciones y discursos de las mujeres. Se centró en el derecho al aborto, el divorcio (ambos ilegales por entonces en España) y la libre expresión de la sexualidad de las mujeres, incluido el lesbianismo. Estaba muy influido por el feminismo cultural y por las ideas francesas/italianas del *feminisme de la différence*, pero también participó en la lucha por la democracia, junto a las organizaciones de mujeres comunistas y socialistas. Sin embargo, con el establecimiento de la democracia en España en 1977, y con la llegada al poder del Partido Socialista en 1982, todos los movimientos feministas autónomos desaparecieron, precisamente debido a su éxito institucional y político. En 1981 se legalizó el divorcio y el aborto, con restricciones, en 1984. El Partido Socialista promovió un Instituto de la Mujer, dentro del gobierno, que actuó como un grupo de presión feminista frente al gobierno. Muchas activistas feministas, y sobre todo las del Frente de Liberación de la Mujer, se unieron al Partido Socialista y ocuparon cargos dirigentes en el parlamento, la administración y, en menor medida, el gobierno. Una destacada feminista socialista del movimiento sindical, Matilde Fernández, fue nombrada ministra de Asuntos Sociales y ejerció su influencia y vigorosa voluntad para fortalecer las causas de las mujeres en la segunda mitad del régimen socialista. En 1993 la reemplazó como ministra Cristina Alberdi, otra veterana del movimiento feminista y prestigiosa jurista. Carmen Romero, la esposa del presidente del gobierno, Felipe González, y militante socialista desde hacía mucho tiempo como él, fue elegida al parlamento y desempeñó un papel importante en la modificación del sexismo tradicional del partido. Por ejemplo, se aprobó una norma en los estatutos del partido que reservaba el 25% de los cargos dirigentes a las mujeres (una promesa que se cumplió en 1997). Así pues, por una parte, la repercusión del feminismo fue importante para mejorar la condición legal, social y económica de las mujeres españolas, así como para facilitar su entrada en cargos prominentes de la política, las empresas y la sociedad en general. En las nue-

vas generaciones, las actitudes del machismo tradicional resultaron espectacularmente erosionadas[80]. Por otra parte, el movimiento feminista desapareció prácticamente como movimiento autónomo, vaciado de sus cuadros y centrado por completo en la reforma institucional. Quedó poco espacio para el feminismo lesbiano y para destacar la diferencia y la sexualidad. No obstante, la nueva tolerancia obtenida en la sociedad española ayudó a que creciera un nuevo feminismo, de orientación más cultural, en los años noventa, más próximo a las tendencias feministas actuales de Gran Bretaña o Francia, y distante de la política tradicional, excepto en el País Vasco, donde mantuvo sus vínculos autodestructivos con el movimiento separatista radical. Así pues, el feminismo español ejemplifica el potencial de utilizar la política y las instituciones para mejorar la condición de las mujeres, así como la dificultad de continuar siendo un movimiento social autónomo cuando se logra la institucionalización.

Nuestra última exploración de las variaciones del feminismo, en el contexto más amplio en el que el movimiento se desarrolla, nos lleva a Italia, donde tuvo lugar el que quizás fue el movimiento feminista de masas más potente e innovador de toda Europa durante la década de los setenta[81]. Como escribe Bianca Beccalli: «De la investigación histórica del feminismo italiano se desprenden dos temas claros: la estrecha asociación entre el feminismo y la izquierda, y el significado particular del entrelazamiento de igualdad y diferencia»[82]. En efecto, el feminismo contemporáneo italiano surgió, al igual que la mayoría de los movimientos feministas de Occidente, de los vigorosos movimientos sociales que sacudieron a Italia a finales de la década de los sesenta y comienzos de la de los setenta. Pero, a diferencia de sus equivalentes, el movimiento feminista italiano incluyó una influyente corriente dentro del sindicalismo italiano y fue bien recibido y apoyado por el Partido Comunista italiano, el mayor fuera del mundo comunista, y el partido que contaba con mayor número de afiliados de Italia. Así pues, las feministas italianas lograron popularizar sus temas, como feministas, entre grandes sectores de mujeres, incluidas las de la clase obrera, durante los años setenta. Las demandas económicas y de igualdad se entretejieron con la liberación de la mujer, la crítica del patriarcado y la subversión de la autoridad, tanto en la familia como en la sociedad. Sin embargo, la relación entre el feminismo y la izquierda, y sobre todo con la izquierda revolucionaria, no fue fácil. En efecto, en di-

---

[80] Alonso Zaldívar y Castells, 1992.

[81] Mi comprensión del movimiento feminista italiano proviene, en buena medida, de mi amistad y conversaciones con Laura Balbo, así como de la observación personal de los movimientos sociales de Milán, Turín, Venecia, Roma y Nápoles a lo largo de los años setenta. Para un análisis más reciente, véase la excelente visión general de Bianca Beccalli, 1994. Sobre el estadio formativo del movimiento y su evolución durante la década de los setenta, véase Ergas, 1985 y Birnbaum, 1986.

[82] Beccalli, 1994, pág. 109.

ciembre de 1975, *il servizio d'ordine* (el servicio de orden) de Lotta Continua, la organización mayor y más radical de extrema izquierda, insistió en proteger la manifestación de las mujeres de esta organización en Roma y cuando éstas rechazaron su protección, les dieron una paliza, provocando la secesión de las mujeres de la organización y la disolución de la propia Lotta Continua unos cuantos meses después. La creciente autonomía de la organización de inspiración comunista Unione delle Donne Italiane (UDI) frente al partido acabó llevando a la autodisolución de la primera en 1978. No obstante, en general, hubo muchos vínculos entre la organización de las mujeres, los sindicatos y los partidos políticos de izquierda (excepto los socialistas), y mucha receptividad entre los dirigentes de los partidos y los sindicatos hacia los problemas de las mujeres e incluso los discursos feministas. Esta estrecha colaboración dio como resultado una de las legislaciones más avanzadas de Europa sobre la mujer trabajadora, así como la legalización del divorcio (mediante referéndum en 1974) y el aborto. Durante un largo periodo, en la década de los setenta, esta colaboración política corrió pareja con la proliferación de colectivos de mujeres que suscitaron los temas de la autonomía de las mujeres, su diferencia cultural, su sexualidad y el lesbianismo como tendencias separadas que interactuaron con el mundo de la política y la lucha de clases. Y, sin embargo,

> al finalizar la década [1970], el feminismo estaba en declive; y el comienzo de los años ochenta presenció su desaparición casi total como movimiento. Dejó de estar presente en las luchas políticas y se fragmentó y distanció aún más, a medida que las activistas feministas fueron comprometiendo sus energías en proyectos y experiencias privados, ya fueran de naturaleza individual o comunal. Así fue como el «nuevo» movimiento feminista, siguiendo el ejemplo de otros «nuevos movimientos sociales» de los años setenta, evolucionó para convertirse sólo en otra forma de política de estilo de vida[83].

¿Por qué fue así? No utilizaré las palabras de Beccalli para dar mi interpretación, aunque no creo que contradiga su relato. Por una parte, las mujeres italianas conquistaron considerables reformas legales y económicas, entraron masivamente en el mercado laboral y las instituciones educativas, debilitando el sexismo y, lo que es más importante, el poder tradicional ejercido por la Iglesia católica sobre sus vidas. Así pues, se ganaron las batallas abiertas y claras en las que la izquierda, los sindicatos y las mujeres podían convergir fácilmente, aunque la victoria no siempre se explotó hasta sus últimas consecuencias, como en el caso de la Ley sobre la Igualdad que, como sostiene Beccalli, no alcanzó a su modelo británica. Al mismo tiempo, la estrecha conexión entre el movimiento de las muje-

[83] Beccalli, 1994, pág. 86.

res y la izquierda provocó la crisis del feminismo político junto con la crisis de la propia izquierda. La izquierda revolucionaria, que vivía en una fantasía marxista/maoísta (elaborada con una inteligencia e imaginación notables, que hacían los paraísos artificiales aún más artificiales), se desintegró en la segunda mitad de la década de los setenta. El movimiento sindical, aunque no tuvo que vérselas con una reacción violenta del neoconservadurismo como en Gran Bretaña o los Estados Unidos, en los años ochenta se enfrentó con las nuevas realidades de la globalización y el cambio tecnológico y hubo de aceptar las limitaciones de la interdependencia internacional del capitalismo italiano. La economía red, que tomó como modelo la Emilia Romagna, hizo a las firmas italianas dinámicas y competitivas, pero al precio de socavar de forma decisiva el poder de negociación sindical, concentrado en las grandes fábricas y el sector público. El Partido Comunista fue apartado del poder por un frente anticomunista encabezado por el Partido Socialista. Y este último utilizó las palancas del poder para financiarse ilegalmente y comprar su sueño de *sorpasso* (esto es, sobrepasar a los comunistas en el voto popular): el sistema judicial cogió a los socialistas antes de que éstos pudieran alcanzar a los comunistas, que, mientras tanto, habían dejado de ser comunistas y se habían unido a la Internacional Socialista. Apenas resulta sorprendente que las feministas italianas, muy políticas, se fueran a casa. Pero no al hogar de sus esposos/padres, sino a la Casa de las Mujeres, a una cultura de las mujeres diversa y vital que, a finales de los años ochenta, había reinventado el feminismo, resaltando la *differenza* sin olvidar la *egalità*. Luce Irigaray y Adrienne Rich reemplazaron a Marx, Mao y Alexandra Kollontai como puntos de referencia intelectuales. No obstante, en los años noventa, los nuevos colectivos continuaron vinculando el discurso feminista y las reivindicaciones de las mujeres, sobre todo en los gobiernos locales controlados por la izquierda. Una de las campañas más innovadoras y activas se ocupó de la reorganización del tiempo, del horario laboral al de atención al público de los comercios y los servicios públicos, para hacerlos flexibles, adaptados a las vidas múltiples de las mujeres. En la década de los noventa, pese a la amenaza política de Berlusconi y los neofascistas, que propugnaban la recuperación de los valores familiares tradicionales, la llegada al poder de una coalición de centro-izquierda, incluido el ahora socialista Partito Democratico di Sinistra (ex comunista) en 1996, abrió la vía para una nueva renovación institucional. Esta vez basándose en un movimiento feminista autónomo y descentralizado que había aprendido las lecciones de «bailar con lobos».

Así pues, el feminismo, y las luchas de las mujeres, tienen altibajos a lo largo de todo el paisaje de la experiencia humana en este fin de milenio, volviendo siempre a la superficie con nuevas formas y cada vez más vinculados con otras fuentes de resistencia a la dominación, a la vez que mantienen la tensión entre la institucionalización política y la autonomía

cultural. Los contextos en los que se desarrolla el feminismo moldean al movimiento en una serie de formas y discursos. Y, no obstante, sostengo que hay un núcleo esencial (sí, he dicho esencial) de valores y fines constituyentes de identidad(es) que impregna toda la polifonía cultural del feminismo.

Feminismo: una polifonía inductiva[84]

La fuerza y vitalidad del movimiento feminista radica en su diversidad, en su adaptabilidad a las culturas y épocas. Por lo tanto, para tratar de encontrar el núcleo fundamental de su fuerza de transformación, compartido por todos los movimientos, primero debemos reconocer su diversidad. Para interpretar el sentido de esa diversidad, propongo una tipología de los movimientos feministas basada en la catalogación de los movimientos sociales de Touraine, presentada en el capítulo 2. El empleo de esta tipología es analítico, no descriptivo. Es imposible reflejar el perfil multifacético del feminismo a lo largo de los países y culturas en los años noventa. Como todas las tipologías, es reduccionista, una circunstancia particularmente desgraciada en lo que se refiere a las prácticas de las mujeres, ya que éstas han reaccionado justamente contra su catalogación y etiquetado constantes en la historia como objetos, más que como sujetos. Además, los movimientos feministas específicos, y las mujeres concretas dentro de ellos, suelen transcender estas y otras categorías, mezclando identidades, adversarios y objetivos en la definición propia de su experiencia y lucha. Asimismo, algunas de las categorías puede que representen a segmentos muy reducidos del movimiento feminista, si bien las considero pertinentes desde el punto de vista analítico. Pero, en general, creo que puede ser útil considerar las distinciones presentadas en el esquema 4.1 como un modo de abordar la diversidad de los movimientos feministas y un paso necesario para investigar lo que tienen en común.

Bajo estos tipos he incluido, al mismo tiempo, acciones colectivas y discursos individuales que se debaten en el feminismo y su entorno. Ello se debe a que, como expuse antes, el feminismo no se agota en las luchas militantes. También es, y algunas veces de forma fundamental, un discurso: un discurso que subvierte el papel de las mujeres en la historia de

---

[84] Al valorar los principales temas del movimiento feminista, no pretendo hacer justicia a la riqueza del debate feminista, ni puedo investigar, aun cuando la conociera, la gama completa de teorías y posiciones de que se dispone para una compresión en profundidad de las fuentes de la opresión de las mujeres y las vías de su liberación. Mi síntesis analítica se orienta al objetivo teórico de este libro: interpretar la interacción de los movimientos sociales que afirman la supremacía de la identidad y la sociedad red, como nueva estructura de dominación en la era de la información. Si este descargo parece defensivo, es que lo es.

los hombres, con lo que transforma la relación históricamente dominante entre espacio y tiempo, como sugiere Irigaray:

Los dioses, Dios, primero crearon el espacio [...] El propio Dios sería tiempo, exteriorizándose en su acción en el espacio, en lugares [...] ¿Acaso podrían invertirse en la diferencia sexual, donde lo femenino se experimenta como espacio, pero a menudo con connotaciones del abismo y la noche [...] mientras que lo masculino se experimenta como tiempo? La transición a una nueva era requiere un cambio en nuestra percepción y concepción del espacio-tiempo, de la forma de habitar en los lugares, y de los continentes, o envoltorios de la identidad[85].

ESQUEMA 4.1 Tipología analítica de los movimientos feministas.

Tipo	*Identidad*	*Adversario*	*Objetivo*
Derechos de las mujeres (liberal, socialista)	Las mujeres como seres humanos	Estado patriarcal y/o capitalismo patriarcal	Igualdad de derechos (incluidos los reproductivos)
Feminismo cultural	Comunidad de mujeres	Instituciones y valores patriarcales	Autonomía cultural
Feminismo esencialista (espiritualismo, (ecofeminismo)	El ser mujer	El modo masculino de ser	Libertad matriarcal
Feminismo lesbiano	Hermandad sexual/ cultural	Heterosexualidad patriarcal	Abolición de los géneros mediante el separatismo
Identidades específicas de las mujeres (étnica, nacional, autodefinida; ej.: feminista lesbiana negra)	Identidad autoconstruida	Dominación cultural	Multiculturalismo sin géneros
Feminismo práctico (trabajadoras, defensa personal, maternidad, etc.)	Mujeres/amas de casa explotadas/ maltratadas	Capitalismo patriarcal	Supervivencia/ dignidad

[85] Irigaray, 1984/1993, pág. 7.

Esta transición y este cambio se están operando mediante un despliegue de movimientos de mujeres, algunos de los cuales se presentan en el esquema 4.1, cuyo contenido trataré de aclarar.

La *defensa de los derechos de la mujer* es lo primordial para el feminismo. En efecto, todas las demás formas incluyen esta afirmación básica de las mujeres como seres humanos, no como muñecas, objetos, cosas o animales, en los términos de la crítica feminista clásica. En este sentido, el feminismo es una extensión del movimiento por los derechos humanos. Este movimiento se presenta en dos versiones, liberal y socialista, aunque esta inclusión como variantes de un mismo tipo puede resultar sorprendente dada su marcada oposición ideológica. En efecto, son diferentes, pero, en lo referente a la identidad, ambos afirman los derechos de las mujeres como iguales a los hombres. Difieren en su análisis de las raíces del patriarcado y en su creencia o incredulidad en la posibilidad de reformar el capitalismo y operar dentro de las reglas de la democracia liberal mientras satisfaga los objetivos supremos de la igualdad. Ambos incluyen en los derechos de las mujeres los económicos y los reproductivos. Y ambos consideran que la obtención de estos derechos es su objetivo, aunque pueden divergir considerablemente en las prioridades tácticas y el lenguaje. Las feministas socialistas consideran que la lucha contra el patriarcado está vinculada necesariamente con la superación del capitalismo, mientras que el feminismo liberal plantea la transformación socioeconómica con una perspectiva más escéptica, centrándose en el avance de la causa de las mujeres con independencia de otras metas.

El *feminismo cultural* se basa en el intento de construir instituciones de mujeres alternativas, espacios de libertad, dentro de la sociedad patriarcal, cuyas instituciones y valores se consideran el adversario. A veces se asocia con el «feminismo de la diferencia», aunque no supone esencialismo. Comienza con la afirmación doble de que las mujeres son diferentes, sobre todo debido a su historia diferencial, y de que en todo caso sólo pueden reconstruir su identidad y encontrar sus propios caminos construyendo su propia comunidad. En muchos casos esto implica el deseo de separación de los hombres o al menos de las instituciones dominadas por éstos. Pero no lleva necesariamente al lesbianismo o al separatismo de los hombres. Pretende construir una autonomía cultural como base de resistencia y, de este modo, orientar las demandas de las mujeres atendiendo a valores alternativos, como la ausencia de competitividad y de violencia, la colaboración y la multidimensionalidad de la experiencia humana, conducentes a una nueva identidad de las mujeres y de su cultura, que podría inducir la transformación cultural de la sociedad en general.

El movimiento de «concienciación», en los orígenes del feminismo radical, se vinculó con el feminismo cultural y originó todo un conjunto de redes de organizaciones e instituciones de mujeres que se convirtieron en espacios de libertad, protección, apoyo y comunicación: librerías, clínicas

sanitarias, cooperativas, todas de mujeres. Aunque estas organizaciones proporcionaban servicios a las mujeres y se convirtieron en herramientas organizativas para diversas movilizaciones en favor de sus derechos, también generaron y difundieron una cultura alternativa que estableció la especificidad de sus valores.

El *feminismo esencialista* avanza un paso más y proclama, de forma simultánea, la diferencia esencial de las mujeres frente a los hombres, arraigada en la biología y la historia, y la superioridad moral/cultural de la feminidad como modo de vida. En la formulación de Fuss, «el esencialismo invoca una feminidad pura u original, una esencia femenina, fuera de las fronteras de lo social y, por lo tanto, no contaminada (aunque quizás reprimida) por el orden patriarcal» [86]. Por ejemplo, para Luce Irigaray, una voz articulada e influyente del feminismo esencialista, «por nuestros labios somos mujeres» [87].

¿Cómo puedo decir esto? Que somos mujeres desde el principio. Que no tenemos que volvernos mujeres por ellos, etiquetadas por ellos, sacralizadas y profanadas por ellos. Que eso ha pasado siempre, sin sus esfuerzos. Y que su historia, sus historias, constituyen el lugar de nuestro desplazamiento [...] Sus propiedades son nuestro exilio. Sus recintos, la muerte de nuestro amor. Sus palabras, la mordaza sobre nuestros labios [...] Corramos a inventar nuestras propias frases. Para que en todo lugar y por siempre podamos seguir abrazando [...] Nuestra fuerza radica en la propia debilidad de nuestra resistencia. Durante largo tiempo han apreciado lo que vale nuestra flexibilidad para sus propios abrazos e impresiones. ¿Por qué no disfrutar nosotras mismas? Mejor que dejarnos someter a su herraje. Mejor que ser fijadas, estabilizadas, inmovilizadas. Separadas [...] Podemos arreglárnoslas sin modelos, normas o ejemplos. No nos demos órdenes, mandatos o prohibiciones. Que nuestros imperativos sólo sean llamadas a movernos, a ser movidas, juntas. Que nunca nos establezcamos leyes, ni moralicemos ni hagamos la guerra [88].

La liberación es «hacer "consciente" a cada mujer del hecho de que lo que ha sentido en su experiencia personal es una condición compartida por todas las mujeres, lo que permite la politización de esa experiencia» [89]. Al aceptar la especificidad de sus cuerpos, las mujeres no quedan atrapadas en la biología, sino que, por el contrario, escapan de su definición por parte de los hombres, que han ignorado su verdadera naturaleza. En un orden masculino, las mujeres serán aniquiladas de forma permanente porque se las caracteriza desde fuera de su experiencia corporal, primordial: sus cuerpos han sido reinterpretados y su experiencia reformulada por los hombres [90]. Sólo reconstruyendo su identidad en

86 Fuss, 1989, pág. 2.
87 Irigaray, 1977/1985, pág. 210.
88 Irigaray, 1977/1985, págs. 215-217.
89 Irigaray, 1977/1985, pág. 164.
90 Fuss, 1989.

virtud de su especificidad biológica y cultural pueden convertirse las mujeres en ellas mismas.

Por ejemplo, el renacimiento del feminismo italiano, a comienzos de la década de los ochenta, lo marcó en cierto modo la afirmación de la diferencia de las mujeres y la primacía otorgada a la reconstrucción de su identidad atendiendo a su especificidad biológica/cultural, expresada en el popular folleto *Più donne che uomini*, publicado por la Librería de la Mujer de Milán. Trataba de abordar la incapacidad de las mujeres para actuar en la esfera pública, destacando su necesidad de trabajar de forma independiente, en buena medida determinada por su especificidad biológica. Encontró un amplio eco entre las mujeres italianas[91].

Otra corriente de esencialismo enlaza la feminidad con la historia y la cultura, y reclama el mito de una era dorada matriarcal en la que los valores de las mujeres y el culto a la diosa aseguraban la armonía social[92]. El espiritualismo y el ecofeminismo también se encuentran entre las manifestaciones más vigorosas del esencialismo, uniendo biología e historia, naturaleza y cultura, en la afirmación de una nueva era construida en torno a los valores de las mujeres y su fusión con la naturaleza[93].

El esencialismo está sometido a un duro ataque en el movimiento feminista, tanto de base política como por parte de las perspectivas intelectuales opuestas. En lo referente a la política, se sostiene[94] que las diferencias esencialistas entre hombres y mujeres hacen el juego a los valores tradicionales del patriarcado y justifican el mantenimiento de la mujer en su dominio privado, en una posición necesariamente inferior. En cuanto al aspecto intelectual, las feministas materialistas, como Christine Delphy y Monique Wittig, consideran el sexo anatómico una construcción social[95]. Para ellas, el género no crea la opresión; más bien es la opresión la que crea el género. La feminidad es una categoría masculina y la única liberación consiste en quitar todo género a la sociedad, suprimiendo la dicotomía hombre/mujer.

No obstante, la afirmación de la especificidad irreductible de las mujeres y la propuesta de reconstruir la sociedad en torno a los valores femeninos tiene un innegable atractivo entre las mujeres y las feministas, a la vez que proporciona la vinculación con las vigorosas tendencias de espiritualismo y ecologismo radical, características de la era de la información.

El *feminismo lesbiano* ha sido el componente de los movimientos feministas de los países desarrollados (y no sólo en los Estados Unidos) que más de prisa ha crecido y el más militante en la última década, organizado

---

91 Beccalli, 1994.
92 Merchant, 1980.
93 Spretnak, 1982; Epstein, 1991.
94 Beccalli, 1994.
95 Delphy, 1984; Wittig, 1992.

en diversos colectivos, así como en comités y tendencias dentro de movimientos feministas más amplios. No puede de ningún modo asimilarse a una orientación sexual particular. Adrienne Rich propone la noción de «continuo lesbiano» para incluir un amplio espectro de experiencias de mujeres, marcadas por su opresión por parte de las instituciones inseparables del patriarcado y la heterosexualidad obligatoria, y su resistencia a las mismas [96]. En efecto, el Manifiesto de las Lesbianas Radicales de los Estados Unidos comienza con la declaración siguiente: «¿Quién es lesbiana? Una lesbiana es la rabia de todas las mujeres condensada en el punto de explosión» [97]. Desde esta perspectiva, el lesbianismo, como la separación radical y consciente de las mujeres de los hombres como fuentes de su opresión, es el discurso/práctica de la liberación. Ello explica el éxito del lesbianismo electivo para muchas mujeres, como el modo de expresar su autonomía frente al mundo de los hombres de una forma intransigente. En palabras de Monique Wittig:

> La negativa a convertirse en heterosexual (o a seguir siéndolo) significa siempre la negativa a convertirse en un hombre o una mujer, conscientemente o no. Para una lesbiana, llega más lejos que la negación del papel de la «mujer». Es la negación del poder económico, ideológico y político del hombre [...] Somos fugitivas de nuestra clase, del mismo modo que los esclavos fugados estadounidenses huían de la esclavitud y se hacían libres. Para nosotras, es una necesidad absoluta; nuestra supervivencia exige que aportemos toda nuestra fuerza a la destrucción de la clase de mujeres dentro de la cual los hombres se apropian de ellas. *Y ello sólo puede lograrse mediante la destrucción de la heterosexualidad* como sistema social que se basa en la opresión de las mujeres por los hombres y que produce la doctrina de la diferencia entre los sexos para justificar esta opresión [98].

Puesto que la heterosexualidad es el supremo adversario, el feminismo lesbiano encuentra en el movimiento gay un aliado potencial, aunque ambivalente (véase más adelante).

Cada vez más, el movimiento feminista se está fragmentando en una *multiplicidad de identidades feministas* que constituyen la definición primordial para muchas feministas. Como sostuve antes, ello no es una fuente de debilidad, sino de fortaleza, en una sociedad caracterizada por redes flexibles y alianzas variables en la dinámica de los conflictos sociales y las luchas de poder. Estas identidades son autoconstruidas aun cuando suelan utilizar la etnicidad, y a veces la nacionalidad, para establecer fronteras. El feminismo negro, el feminismo chicano, el feminismo japonés, el feminismo lesbiano negro, pero también el feminismo lesbiano sadomasoquista, o autodefiniciones territoriales/étnicas, como las Sout-

---

96 Rich, 1980/1993.
97 Reproducido en Schneir, 1994, pág. 162.
98 Wittig, 1992, págs. 13-20. Las cursivas son mías.

hall Black Sisters de Inglaterra [99], no son sino ejemplos de las posibilidades infinitas de identidades autodefinidas mediante las cuales las mujeres se ponen en movimiento [100]. Al hacerlo, se oponen a la uniformidad del feminismo, que consideran una nueva forma de dominación cultural, no ajena a la lógica patriarcal de sobreimponer la oficialidad a la diversidad real de las experiencias de las mujeres. En algunos casos, la identidad propia comienza con un seudónimo, como en el de la escritora feminista negra bell hooks: «Elegí el nombre de bell hooks porque era un nombre de familia, porque tenía un sonido fuerte. Durante toda mi infancia, este nombre se utilizó para hablar de la memoria de una mujer fuerte, una mujer que dijo lo que pensaba [...] Reclamar este nombre era un modo de enlazar mi voz con un legado ancestral de mujeres que hablan, de poder de las mujeres» [101]. Así pues, la construcción propia de la identidad no es la expresión de una esencia, sino una apuesta de poder que las mujeres, tal como son, movilizan para las mujeres tal como quieren ser. Reclamar la identidad confiere poder.

He elegido de forma deliberada un término polémico, *feministas prácticas,* para hacer referencia a la corriente más amplia y profunda de las luchas de las mujeres en el mundo actual, sobre todo en el mundo en vías de desarrollo, pero también entre las mujeres de la clase obrera y las organizaciones comunitarias de los países industrializados. Por supuesto, todas las feministas son prácticas en el sentido de que todas socavan a diario, de modos muy diferentes, los cimientos del patriarcado, ya sea luchando por los derechos de la mujer o desmitificando los discursos patriarcales. Pero también pudiera ser que muchas mujeres sean feministas en la práctica, aunque no reconozcan la etiqueta, o ni siquiera tengan una conciencia clara de oponerse al patriarcado. Así pues, surge la pregunta: *¿puede existir el feminismo sin una conciencia feminista?* ¿No son en la práctica feminismo las luchas y organizaciones de las mujeres a lo largo de todo el mundo por sus familias (sobre todo por sus hijos), sus vidas, su trabajo, su techo, su salud, *su dignidad*? Francamente, estoy indeciso sobre este punto y mi trabajo sobre las comunidades urbanas latinoamericanas y mis lecturas sobre otras zonas del mundo sólo agudizan mi ambivalencia, así que lo más que puedo hacer es transmitirla [102].

Por una parte, sostengo la norma clásica de que «no hay clase sin conciencia de clase» y el principio metodológico fundamental de definir los movimientos sociales por los valores y fines que expresan. Desde esta perspectiva, la aplastante mayoría de luchas y organizaciones de las muje-

---

[99] Griffin, 1995, pág. 79.

[100] Whittier, 1995; Jarrett-Macauley, 1996.

[101] hooks, 1989, pág. 161.

[102] Este tema ha sido discutido por algunas historiadoras feministas. Mi categoría de «feminismo práctico» está próxima a lo que ellas denominan «feminismo social»; véase Offen, 1988; Cott, 1989.

res, en el mundo en vías de desarrollo y más allá, no expresan una conciencia feminista y, lo que es más importante, no se oponen de forma explícita al patriarcado y la dominación masculina, ya sea en su discurso o en los fines de sus movimientos. Los temas del feminismo cultural, del feminismo lesbiano o de la liberación sexual raramente están presentes entre los movimientos populares de mujeres, aunque tampoco están ausentes, como expone la reveladora experiencia del movimiento de lesbianas taiwanés (véase más adelante). No obstante, el feminismo explícito de los países en vías de desarrollo sigue siendo en general elitista, lo que nos dejaría con una división bastante fundamental entre feminismo y luchas de las mujeres, que también tendrían una connotación Norte/Sur. En efecto, el Foro de las Mujeres de la ONU celebrado en Pekín mostró algunas pruebas de esta división, amplificada y aireada por algunas partes interesadas, a saber, la «Cruzada de la Media Luna», formada por el Vaticano y los islamistas, que luchan codo con codo contra el feminismo y los derechos reproductivos de las mujeres.

Por otra parte, a través de su acción colectiva, las mujeres de todo el mundo vinculan su lucha y su opresión con sus vidas cotidianas. Consideran que la transformación de su condición en la familia está conectada con su intervención en la esfera pública. Escuchemos las palabras de una mujer que vive en una chabola de Bogotá, según las recoge Helena Useche en sus relatos de mujeres desde las trincheras de la investigación social activista:

> De unos años para acá la mujer se ha hecho sentir y ahora nos valoran mucho, no más el hecho de que el compañero no vea a la mujer como la que está allá en la casa cocinando, lavando, planchando, sino como una compañera aportando también económicamente, porque ahora es muy rarito el marido que le dice a la mujer: yo trabajo y usted se queda en la casa. Ahí está la alternativa que dimos nosotras como jardines, ayudar a más mujeres, hacerlas conscientes de la situación del pueblo; antes las mujeres no se interesaban ni por eso. Nos preocupamos no solamente por ser mamás sino por saberlo ser [103].

¿Es esto feminismo? Quizá sea una cuestión de traducción cultural. No entre lenguas o continentes, sino entre experiencias. Quizás el desarrollo paralelo de las luchas y organizaciones de las mujeres y los discursos y debates feministas sea solamente un estadio en el desarrollo histórico de un movimiento, cuya existencia global, una vez plenamente desplegada, podría ser el resultado de la interacción y la *transformación recíproca* de ambos componentes.

Si el feminismo es tan diverso que hasta posiblemente incluya a las mujeres de movimientos que no se denominan a sí mismas feministas o

---

[103] Espinosa y Useche, 1992, pág. 48.

incluso que pondrían objeciones al término, ¿tiene sentido mantener la palabra (después de todo, inventada por un hombre, Charles Fourier) o declarar la existencia de un movimiento feminista? Creo que sí, por una importante razón teórica: en todos los tipos de feminismo, presentados en el esquema 4.1, *la tarea fundamental del movimiento, a través de las luchas y los discursos, es de/re/construir la identidad de las mujeres despojando del género a las instituciones de la sociedad.* Se reclaman los derechos de las mujeres, en su nombre, como sujetos autónomos de los hombres y de los papeles que se les asignan bajo el patriarcado. El feminismo cultural construye la comunidad de las mujeres para despertar la conciencia y reconstruir la personalidad. El feminismo esencialista afirma la especificidad irreductible de las mujeres y proclama sus valores superiores autónomos. El feminismo lesbiano, al rechazar la heterosexualidad, vacía de significado la división sexual de la existencia que subyace tanto en la virilidad como en la feminidad. Las identidades múltiples de las mujeres redefinen los modos de ser atendiendo a su experiencia real, ya sea vivida o fantaseada. Y las luchas de las mujeres por la supervivencia y la dignidad les confiere poder, con lo que se subvierte a la mujer patriarcalizada, definida precisamente por su sumisión. Bajo diferentes formas y mediante caminos diferentes, el feminismo diluye la dicotomía patriarcal hombre/mujer tal como se manifiesta en las instituciones y la práctica sociales. Al hacerlo, construye no una, sino muchas identidades, cada una de las cuales, mediante su existencia autónoma, se incauta de micropoderes en la red mundial de las experiencias vitales.

LA FUERZA DEL AMOR: MOVIMIENTOS DE LIBERACIÓN DE LESBIANAS Y GAYS[104]

Toda teoría de creación cultural/política que trata la existencia lesbiana como un fenómeno marginal o menos «natural», como mera «preferencia sexual» o como la

[104] El análisis que se presenta no incluye el estudio de los *temas y valores* gays y lesbianos, ni su relación con las instituciones sociales. Se centra en los *movimientos* gays y de lesbianas y en su repercusión sobre el patriarcado a través de la liberación sexual. Para ser específico, estudiaré dos casos concretos, uno para cada movimiento. Por una parte, expondré el surgimiento de un vigoroso movimiento de lesbianas en Taipei, en la década de los noventa, en interacción con el movimiento feminista y con el movimiento gay. Se trata de un esfuerzo deliberado para alejarnos de las escenas norteamericanas y europeas occidentales de liberación lesbiana y para resaltar la influencia creciente del lesbianismo en culturas tan patriarcales como la china. Por otra parte, analizaré sucintamente la formación y el desarrollo de la comunidad gay de San Francisco, posiblemente una de las más poderosas y visibles comunidades/movimientos gays del mundo. Mi presentación del movimiento de lesbianas en Taipei se basa primordialmente en un excelente estudio realizado por mi alumna de doctorado de Berkeley Lan-chih Po, que además es militante activa del movimiento feminista de Taipei (Po, 1996). También he utilizado para comprender el escenario de Taipei, además

imagen reflejada de las relaciones heterosexuales u homosexuales masculinas está profundamente debilitada por ello [...] Hace mucho que debería haber surgido una crítica feminista de la orientación heterosexual obligatoria para las mujeres.

Adrienne Rich, «Compulsory heterosexuality and lesbian existence», pág. 229.

Nuestro movimiento puede que haya comenzado como la lucha de una minoría, pero lo que ahora estamos tratando de «liberar» es un aspecto de las vidas personales de todas las personas: la expresión sexual.

John d'Emilio, «Capitalism and gay identity», pág. 474.

El patriarcado requiere una heterosexualidad obligatoria. La civilización, según se la conoce en la historia, se basa en tabúes y represión sexual. La sexualidad, como sostuvo Foucault, es una construcción social [105]. La regulación del deseo sustenta las instituciones sociales y, de este modo, canaliza la transgresión y organiza la dominación. Existe una espiral infinita entre deseo, represión, sublimación, transgresión y castigo, que explica gran parte de la pasión, la satisfacción y el fracaso humanos, cuando las epopeyas de la historia se observan desde el lado oculto de la experiencia. Este sistema de dominación coherente, que vincula los corredores del estado con el pulso de la libido mediante la maternidad, la paternidad y la familia, tiene un eslabón débil: la asunción heterosexual. Si se pone en entredicho esta asunción, todo el sistema se desmorona: se cuestiona la vinculación entre el sexo controlado y la reproducción de la especie; se hace posible la hermandad de las mujeres y, luego, su revuelta, deshaciendo la división sexual del trabajo que separa a las mujeres; y la intimidad masculina amenaza la virilidad, con lo que se socava la coherencia cultural de las instituciones dominadas por los hombres. Aunque los análisis históricos muestran la permisividad hacia la homosexualidad masculina en algunas culturas, sobre todo en la Grecia clásica [106], el lesbianismo fue severamente reprimido durante la mayor parte de la experiencia humana, no pese, sino debido a la resistencia a la heterosexualidad. Como escribe Adrienne Rich:

El hecho es que mujeres de todas las culturas y a lo largo de la historia han tratado de tener una existencia independiente, no heterosexual y vinculada entre

---

de mi conocimiento personal, mis conexiones taiwanesas. A este respecto, doy las gracias a You-tien Hsing y Chu-joe Hsia. En cuanto a San Francisco, me he basado en el estudio de campo que realicé a comienzos de los años ochenta con la colaboración de Karen Murphy (Castells y Murphy, 1982; Castells, 1983, págs. 138-172), añadiendo algunas observaciones sobre hechos recientes. No hay espacio aquí para revisar la abundante e importante literatura sobre los temas de los gays o las lesbianas. Para una visión general erudita de esta bibliografía en lengua inglesa, consúltese el excelente *Lesbian and Gay Studies Reader*, editado por Abelove *et al.*, 1993.

[105] Foucault, 1976, 1984a, b.

[106] Halperin *et al.*, 1990.

ellas, en la medida en que su contexto lo hacía posible, a menudo con la creencia de que eran las «únicas» que lo habían hecho. Lo han intentado, a pesar de que pocas mujeres se hallaban en posición económica de resistirse por completo al matrimonio y pese a que los ataques contra las mujeres no casadas se extendieron de la calumnia y la burla, al ginocidio deliberado, incluida la quema y tortura de millones de viudas y solteronas durante la caza de brujas de los siglos XV, XVI y XVII en Europa[107].

En general, la homosexualidad masculina se limitó, en el tiempo y el espacio, a los impulsos adolescentes «ignorados a sabiendas» o las expresiones ocultas en contextos específicos (por ejemplo, en las órdenes religiosas de la Iglesia católica). Debido a que los hombres conservaron sus privilegios de género, clase y raza, la represión de los homosexuales en la sociedad fue/es muy selectiva. No obstante, la norma fundamental del patriarcado era, y es, la organización de la vida en torno a la familia heterosexual, permitiendo de forma fortuita la expresión privada del deseo del mismo sexo a los hombres, siempre que se mantenga en los callejones traseros de la sociedad.

Aunque la resistencia a la heterosexualidad obligatoria ha existido en todos la épocas y culturas, hasta las tres últimas décadas no se han desarrollado en todo el mundo movimientos sociales en defensa de los derechos de los gays y las lesbianas y afirmando la libertad sexual, que comenzaron en los Estados Unidos en 1969-1970, luego en Europa y posteriormente en gran parte del planeta. ¿Por qué en este periodo? Parece haber algunos factores comunes y algunos elementos específicos para cada uno de estos dos movimientos distintos, que explican la oportunidad y las circunstancias de su desarrollo.

El lesbianismo es, en efecto, un componente del movimiento feminista, como propuse anteriormente, si bien las lesbianas buscan alianzas con los hombres gays para luchar contra la dominación cultural de las mujeres heterosexuales. Una vez que la crítica feminista sobre el género de las instituciones socavó la ortodoxia patriarcal, poner en tela de juicio las normas sexuales era la línea de desarrollo lógica para aquellos sectores del movimiento feminista que querían expresar su identidad en todas las dimensiones. Además, la identificación de los hombres como la fuente de opresión de las mujeres hizo cada vez más difícil para éstas su asociación emocional y sexual con sus «enemigos de clase», con lo que se favoreció la expresión del lesbianismo latente que existía en muchas.

En lo que respecta a los hombre gays, su conversión en movimiento parece haber sido inducida por tres factores concurrentes: el clima de rebeldía de los movimientos de los años sesenta, en los que la expresión personal y el cuestionamiento de la autoridad hicieron posible pensar y

[107] Rich, 1980/1993, pág. 230.

hacer lo impensable, y, de este modo, salir a la luz pública; la repercusión del feminismo sobre el patriarcado, poniendo en entredicho la categoría de mujer y, por lo tanto, la de hombre, ya que sólo pueden existir en su dicotomía; y la ferocidad de la represión por una sociedad homófoba que radicalizó incluso a aquellos hombre gays que sólo querían un acomodo[108].

En mi opinión, hubo tres factores adicionales que propiciaron el desarrollo extraordinario, tanto del movimiento de liberación de los gays como el de las lesbianas en los Estados Unidos y otros lugares. Uno es estructural: la formación de una economía informacional avanzada en las grandes áreas metropolitanas condujo a la creación de un mercado laboral innovador y diversificado y a redes empresariales flexibles, y creó nuevos tipos de trabajo para todo tipo de cualificación, independientes de las grandes empresas e instituciones, donde la conducta individual podía regularse con mayor facilidad. El segundo factor se refiere a la popularidad de la liberación sexual como tema de los movimientos de los años sesenta. Por ejemplo, por haber sido testigo cercano del movimiento de Mayo del 68 en París (era profesor ayudante de sociología en el campus de Nanterre, donde comenzó el movimiento), puedo decir que la liberación sexual y la expresión personal eran los fines supremos del movimiento estudiantil radical: de hecho, el movimiento comenzó como una protesta conjunta de hombres y mujeres para obtener el libre acceso a sus dormitorios en la universidad. En torno a la bandera de la liberación sexual, que también sostenía la moral cotidiana del movimiento, tanto en Francia como en los Estados Unidos, el anhelo utópico de liberar el deseo fue la fuerza impulsora de los años sesenta, el grito de unión en torno al cual toda una generación sintió la posibilidad de una vida diferente. Pero la liberación sexual, si ha de ser una verdadera liberación, no tiene límites. Así pues, condujo al rechazo del dictado de la heterosexualidad y, en muchos casos, a la abolición de todos los límites del deseo, abriendo de lleno la exploración de la transgresión, por ejemplo, en el movimiento sadomasoquista, un movimiento muy articulado ideológicamente y que crece de prisa.

El tercer factor que, en mi opinión, indujo de forma paralela los movimientos de lesbianas y gays es más polémico. Hace referencia a la separación, física y psicológica, creada entre hombres y mujeres por el reto feminista al patriarcado. Con ello no quiero decir que las mujeres se convirtieran en lesbianas y los hombres en gays debido a que tenían peleas con sus compañeros heterosexuales. De hecho, la homosexualidad tiene su propia existencia y su pauta de desarrollo es independiente de la heterosexualidad. No obstante, la profunda división que introdujo el efecto conjunto del reto feminista, y la incapacidad de la mayoría de los hombres para afrontar el fin de sus privilegios, reforzó la posibilidad de

---

108 D'Emilio, 1983.

redes de apoyo del mismo sexo, creando un entorno donde toda clase de deseos podían expresarse con mayor facilidad.

Por último, aunque la liberación sexual está en el centro de los movimientos de gays y lesbianas, *la homosexualidad y el lesbianismo no pueden definirse como preferencias sexuales. Son, fundamentalmente, identidades* y, de hecho, dos identidades distintas: lesbiana y gay. Como tales identidades, no vienen dadas; no tienen su origen en cierta forma de determinación biológica. Aunque existe predisposición biológica, la mayor parte de los deseos homosexuales se mezclan con otros impulsos y sentimientos (véase fig. 4.10), de tal modo que la conducta real, las fronteras de la interacción social y la identidad personal se construyen cultural, social y políticamente. Para analizar de forma específica este proceso político de construcción de la identidad, pasaré ahora a los estudios concretos del movimiento de lesbianas de Taipei y de la comunidad gay de San Francisco.

Feminismo, lesbianismo y movimientos de liberación sexual en Taipei[109]

En Taipei, como en la mayor parte del mundo, el movimiento de lesbianas surgió como un componente del movimiento feminista y así permaneció, si bien en los años noventa actuó en estrecha alianza con un movimiento de liberación sexual gay, igualmente vigoroso. El hecho de que tal movimiento, con una extensa influencia entre las jóvenes de Taipei, tuviera lugar en un contexto político cuasiautoritario y en el seno de una cultura profundamente patriarcal muestra la ruptura de los moldes tradicionales por las tendencias globales de la política de la identidad.

El movimiento feminista taiwanés comenzó en 1972, bajo la iniciativa de una intelectual pionera, Hsiu-lien Lu, quien, cuando volvió a Taipei tras terminar su licenciatura en los Estados Unidos, creo un grupo de mujeres, estableció «líneas calientes de socorro» y fundó la Editorial Pionera para editar libros relacionados con la mujer. El «nuevo feminismo» de Lu se hizo eco de los temas clásicos del feminismo liberal, combinados con la idea de modernizar el mercado laboral, desafiando la discriminación sexual y el confinamiento de las mujeres en ciertos papeles: «Las mujeres primero deben ser humanas, luego mujeres»; «las mujeres deben salir de la cocina»; «la discriminación sexual contra las mujeres debe desaparecer y desarrollarse su potencial». Al mismo tiempo, resaltó el genuino carác-

[109] Mi análisis del movimiento de lesbianas de Taipei sigue de cerca el estudio de Lan-chih Po (1996). Además de sus observaciones, también se basa en parte en las ponencias (en chino) presentadas a la conferencia sobre los «Nuevos mapas del deseo: literatura, cultura y orientación sexual», organizada el 20 de abril de 1996 en la Universidad Nacional de Taiwan, Taipei, y en el número especial de la revista *Despertar* (1995, núm. 158-61) sobre la relación entre el feminismo y el lesbianismo.

ter chino de su movimiento y se opuso a algunos de los valores del feminismo occidental, como la eliminación de las diferencias de género o el rechazo del modo de vestirse femenino. Para Lu, «las mujeres deben ser como son». A finales de los años setenta, las feministas se unieron al movimiento de oposición política y, tras la revuelta de Kaoshiung de 1979, fueron reprimidas y Lu, encarcelada. El movimiento organizado no pudo sobrevivir a la represión, pero sí las redes de mujeres, así que, a comienzos de la década de los ochenta, se desarrolló una nueva oleada de feminismo. En 1982, un pequeño grupo de mujeres creó la revista mensual *Despertar* para dar voz a las opiniones de las mujeres y presionar en favor de sus derechos. En enero de 1987, cientos de mujeres tomaron las calles de Taipei en protesta contra la industria sexual de la ciudad. En ese mismo año, tras el levantamiento de la ley marcial que había sometido a la oposición taiwanesa durante décadas, la Fundación Despertar se estableció formalmente: acabó convirtiéndose en la instancia coordinadora de las luchas de las mujeres de Taiwan, mezclando temas liberales, causas radicales y respaldo para una amplia gama de iniciativas de las mujeres. En un movimiento en buena medida espontáneo, a finales de los años ochenta se formaron numerosos grupos de mujeres, como las asociaciones de mujeres divorciadas, de amas de casa, grupos para rescatar a la juventud de la prostitución y otros similares. Los medios de comunicación comenzaron a informar sobre las actividades de estos grupos, aumentando su presencia y atrayendo a un número creciente de mujeres, sobre todo entre los grupos cultos y profesionales de Taipei.

Con el comienzo de la vida política democrática en la década de los noventa (la oposición democrática conquistó el ayuntamiento de Taipei en las elecciones locales), surgió en Taipei un movimiento social diversificado, orientado hacia el cambio cultural. El movimiento de mujeres aumentó en número e influencia y surgió una diferencia interna entre su lucha por los derechos de la mujer, su defensa de las mujeres trabajadoras y la expresión de las nuevas identidades de las mujeres, incluido el lesbianismo. Los campus universitarios fueron literalmente tomados por el feminismo. En mayo de 1995, la directora del «grupo de estudios sobre la mujer» de la Universidad Nacional de Taiwan (la principal del país) fue elegida presidenta del estamento estudiantil, desplazando tanto al candidato del partido del gobierno como a los estudiantes de la oposición política. El apoyo que encontró el movimiento feminista fuera de la universidad entre las mujeres, sobre todo entre las casadas, de la nueva sociedad taiwanesa provocó una serie de debates, en particular en torno a la noción de familia, cuando se revisaron las leyes al respecto en el parlamento.

En este contexto de efervescencia cultural y ascenso de las ideas feministas, varias jóvenes radicales feministas comenzaron a introducir el debate sobre el lesbianismo en Taipei. El «Colectivo Eje» difundió las ideas

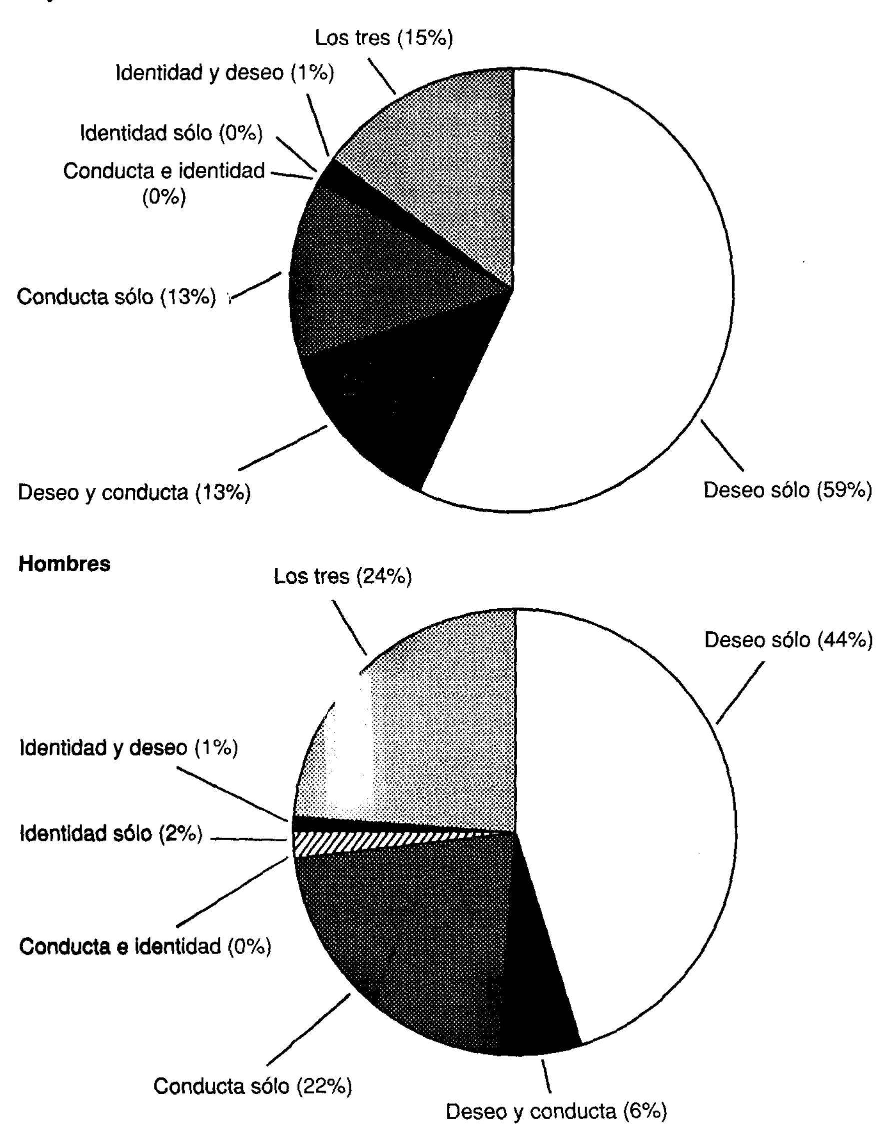


FIGURA 4.10 Interrelación de diferentes aspectos de la homosexualidad: para 150 mujeres (8,6% del total de 1.749) que informan de alguna forma de sexualidad adulta del mismo género; para 143 hombres (10,1% del total de 1.410) que informan de alguna forma de sexualidad adulta del mismo género.

Fuente: Laumann *et al.*, 1994.

de las feministas radicales y las teóricas lesbianas, como Audre Lorde, Adrienne Rich, Gayle Rubin y Christine Delphy, y tradujeron algunos de sus textos al chino. Siguiendo la noción de Lorde de lo «erótico como poder», se creó un nuevo campo de política de identidad, centrado en los cuerpos y la sexualidad de las mujeres. Junto al surgimiento de los grupos de mujeres en los campus, se formó el primer grupo explícitamente lesbiano en Taiwan en 1990: «Entre Nosotras Mujeres (chih-chien)».

El 22 de mayo de 1994, las feministas organizaron un «desfile contra el acoso sexual» por las calles de Taipei, con unas 800 mujeres, sobre todo estudiantes, que marcharon desde sus campus hasta el centro de la ciudad. Durante la marcha, Ho, una académica feminista que había formulado el discurso de la liberación sexual, improvisó un lema: «¡Quiero el orgasmo sexual, no quiero el acoso sexual!», que fue coreado entusiastamente por las participantes en la marcha y resonó con fuerza en las calles de un Taipei patriarcal escandalizado. La mayoría de los periódicos lo publicaron en primera página. La publicidad otorgada a este incidente suscitó un debate fundamental dentro del movimiento feminista. Cuando estaba obteniendo legitimidad y aceptación, mejorando la condición de la mujer y afirmando la igualdad de géneros, a muchas feministas les resultó vergonzoso y potencialmente destructivo identificar el feminismo con la liberación sexual en la opinión pública. Es más, algunas feministas también sostuvieron que la liberación sexual de Occidente era una trampa para las mujeres y que en realidad favorecía a los hombres. Por el contrario, proponían luchar por el «derecho a la autonomía del cuerpo». Ho y otras feministas, relacionadas con el movimiento de lesbianas, defendieron la necesidad de un planteamiento feminista de la liberación sexual, buscando al mismo tiempo la emancipación de las mujeres y la de su sexualidad. En su opinión, la liberación sexual es el modo radical de desafiar la cultura patriarcal, manifestada en el control sobre el cuerpo de la mujer. El movimiento de liberación sexual de las mujeres, que incluía, aunque no exclusivamente, un fuerte componente de lesbianas, pasó a la acción. En 1995, los grupos de estudios sobre la mujer de la Universidad de Taiwan, movilizados para elegir su candidata al gobierno de la universidad, comenzaron a exhibir películas pornográficas en los dormitorios de mujeres. De forma simultánea, se organizó un «festival erótico pionero de la mujer» en diferentes campus. Las actividades de estas mujeres, en su mayoría muy jóvenes, tuvieron una gran repercusión en los medios de comunicación, escandalizaron a la sociedad de Taipei y crearon una preocupación considerable entre las dirigentes feministas, induciendo un agudo debate, a veces cáustico, dentro del feminismo.

En este contexto de despertar feminista y liberación sexual fue donde proliferaron los grupos de lesbianas y gays, rompiendo un tabú bien establecido en la cultura china. Además, en la década de los noventa, la marginalidad tradicional de los homosexuales en Taiwan se había reforzado y

racionalizado por el estigma del sida. Pero, tras la creación del grupo de lesbianas «Entre Nosotras», siguió una explosión de colectivos de lesbianas y gays, en su mayoría en los campus universitarios: grupos de lesbianas como «Entre Nosotras», ALN, «Lambda» (Universidad de Taiwan) y «I Bao»; y grupos gays como «Charla Gay» (Universidad de Taiwan), «NCA» y «En Voz Alta». Otros grupos unieron sus fuerzas entre ambos: «Taller Homosexual», «Nosotros Podemos» (Universidad de Chin-hua), DV8 (Universidad de She-shin), «Quist» (Universidad de Chong-yung), etc. Estos grupos crearon una comunidad homosexual. Aparecieron de forma colectiva y vincularon la sexualidad, el placer y la política, redescubriendo que «lo personal es político». Los bares resultaron cruciales para la información, la interconexión, la educación y, en definitiva, para la producción de la cultura gay y lesbiana. Como escribe Po: «Al igual que los pubs para la creación de la clase obrera británica, los bares gays desempeñaron un papel importante en la formación de las comunidades gay/lesbiana en Taipei»[110].

No obstante, en la era de la información, en la que Taiwan está sumergida de lleno, los gays y las lesbianas no se limitan a los bares en sus redes. Utilizan mucho Internet y los sistemas de tablones de anuncios informáticos como formas de contacto, comunicación e interacción. También han creado «medios alternativos», sobre todo mediante diversas emisoras de radio clandestinas gays/lesbianas. Además, en 1996 se emitían dos programas para gays/lesbianas en las emisoras de radio principales de Taipei.

Más allá de la comunicación, la interconexión y la expresión propias, el movimiento de lesbianas, en estrecha alianza política con el movimiento gay, ha sido activo en diversas campañas, protestas sociales y demandas políticas. Resultó particularmente significativa la movilización en torno a la política sobre el sida. De un lado, las feministas, las lesbianas y los gays tomaron las calles para protestar por la incriminación de los gays por parte de las políticas del gobierno como responsables de la epidemia. De otro, como las mujeres heterosexuales es el grupo de mayor crecimiento de infectados por el VIH en Asia, el grupo feminista «Despertar» abordó el tema como una cuestión de supervivencia de la mujer. En efecto, en Taiwan, el grupo mayor de mujeres infectadas con el virus del sida son amas de casa, víctimas indefensas de los hábitos de prostitución de sus esposos. Los grupos de mujeres de Taiwan actuaron sobre la contradicción de las medidas para prevenir la propagación del sida: ¿cómo podían las mujeres evitar ser contagiadas por sus esposos si no podían ejercer el control de sus vidas sexuales? Al bajar a la tierra los temas de la liberación sexual y mostrar a las mujeres que se estaban enfrentando a una opresión sexual mortal, el movimiento contra el sida, organizado por

---

[110] Po, 1996, pág. 20.

feministas, lesbianas y gays, introdujo un desafío fundamental a la estructura patriarcal de la dominación sexual.

Una segunda línea de acción importante, emprendida por los movimientos de lesbianas y gays en una sociedad extremadamente patriarcal, fue la lucha contra el estigma tradicional y la ocultación. Los gays tuvieron que combatir el estigma de anormalidad. Las lesbianas tuvieron que luchar contra la ocultación. Para ambos, salir a la esfera pública se convirtió en la meta suprema para lograr una existencia social. Las actividades culturales fueron esenciales para ese fin. En 1992, un festival cinematográfico sobre el «cine homosexual» fue el punto de partida para la autoafirmación pública y colectiva. Los públicos lesbiano y gay abarrotaron varias salas de cine y las películas se presentaron con debates sobre «la teoría homosexual». Por cierto, que los activistas de Taiwan y Hong Kong han traducido creativamente al chino el término «marica» por «tongchii», que significa «camarada», de tal modo que «camarada» ya no hace referencia a la fraternidad comunista, sino a la identidad de «homosexual». Comenzando con el festival de cine, diversas actividades culturales, siempre comunales y festivas, modificaron de forma sustancial la percepción de la cultura gay y lesbiana en Taiwan, hasta el punto de que, en 1996, el movimiento se sintió lo bastante fuerte como para señalar el día de san Valentín votando por los diez principales «ídolos gays/lesbianos» entre figuras destacadas del espectáculo, la sociedad y la política (sin duda, no a todos los elegidos les entusiasmó su popularidad entre gays y lesbianas).

En tercer lugar, y sin que sea una sorpresa, los movimientos de gays y lesbianas han buscado controlar el espacio público, simbolizado por su lucha en torno al Parque Nuevo de Taipei, que juraron «recuperar». El parque, próximo a la residencia presidencial, se había convertido en un «espacio homosexual», un lugar importante de reunión y ligues para la comunidad gay. En 1996, la nueva administración municipal democrática estaba planeando la renovación de Taipei, incluido este parque. Temerosos de verse privados de su «espacio liberado», las lesbianas y los gays pidieron participar en el proyecto de diseño, como grandes usuarios del parque, y se organizaron en la red «Primera Línea del Espacio Camarada», exigiendo el uso libre del parque para sus actividades a la luz del día y escapar de su posición social como «la comunidad de la oscuridad».

Cuando las lesbianas aumentaron su influencia y militancia, surgió una serie de conflictos entre ellas y el movimiento feminista en general. El principal fue el concerniente a la revisión del derecho de familia en el parlamento. Las lesbianas criticaron la propuesta de los grupos de mujeres porque asumía la norma de la familia heterosexual, pasando por alto los derechos de los homosexuales. Así pues, las lesbianas y los gays se *movilizaron activamente para obtener la sanción legal del matrimonio en-*

tre miembros del mismo sexo, un tema fundamental, presente en la mayor parte de los movimientos de gays/lesbianas de todo el mundo y sobre el que me extenderé más adelante. El conflicto estimuló la reflexión y el debate en el movimiento feminista, sobre todo en la reconocida Fundación Despertar. Las lesbianas criticaron la hipocresía de los lemas feministas tales como «las mujeres quieren a las mujeres» como expresiones de solidaridad, mientras dejaban de lado la dimensión sexual de ese amor. En 1996, las lesbianas salieron al descubierto dentro del movimiento feminista y sostuvieron con vehemencia sus derechos específicos a ser reconocidas y defendidas como parte legítima del movimiento de mujeres.

Hay varios elementos que merecen destacarse en esta narración sobre el movimiento de las lesbianas en Taipei. Acabó con la idea preconcebida de la perennidad del patriarcado y la heterosexualidad en culturas inspiradas por el confucianismo. Fue una extensión del movimiento feminista, aunque, a la vez, se unió con el movimiento de liberación gay en un frente para la defensa de los derechos a la sexualidad, bajo todas sus formas. Se unió a la movilización contra el sida, relacionándola con las consecuencias de la sumisión sexual de las amas de casa. Tendió un puente entre los debates teóricos de vanguardia sobre el feminismo y el lesbianismo en el mundo y las adaptaciones específicas a la cultura china y a las instituciones sociales taiwanesas, en la década de los noventa. Utilizó toda una gama de expresiones culturales para «aparecer colectivamente» ante la opinión pública. Hizo un uso extensivo de Internet y de los medios de comunicación alternativos, como las emisoras piratas. Vinculó los movimientos sociales urbanos con las luchas políticas de ámbito local. Y profundizó la crítica de la familia patriarcal, participando en una batalla legal y cultural para formular la noción de los matrimonios del mismo sexo y las familias no heterosexuales. Me extenderé sobre estos temas cuando recapitule la relación que existe entre los movimientos de gays y lesbianas y su desafío al patriarcado.

Espacios de libertad: la comunidad gay de San Francisco[111]

Se suele considerar que el movimiento de liberación gay estadounidense tuvo como punto de partida la Revuelta de Stonewall, en Greenwich Village de Nueva York, el 27 de junio de 1969, cuando cientos de gays lucharon contra la policía durante tres días como reacción a una brutal redada, una más de las efectuadas en The Stonewall, un bar gay. A partir de entonces, el movimiento creció a gran velocidad, sobre todo en

[111] Para las fuentes y los métodos de mi estudio sobre la comunidad gay de San Francisco, véase Castells, 1983, sobre todo el apéndice metodológico, págs. 355-362.

las grandes áreas metropolitanas, a medida que los gays salieron a la luz pública, tanto de forma individual como colectiva. En 1969, había unas 50 organizaciones de ámbito nacional; en 1973 el número había ascendido a más de 800. Aunque en Nueva York y Los Ángeles, debido a su tamaño, residían el mayor número de gays, fue en San Francisco donde se formó una comunidad gay visible, organizada y politizada, que durante las dos décadas siguientes transformó el espacio de la ciudad, su cultura y su política. Según mis cálculos (necesariamente aproximados, ya que, por fortuna, no hay datos estadísticos sobre la preferencia sexual), en torno a 1980, la población gay y lesbiana podía representar en torno al 17% de los residentes adultos de la ciudad (dos tercios de ella, hombres gays) y en elecciones locales importantes, debido a su alto índice de participación pueden haber supuesto en torno al 30% de los votantes. Mi conjetura es que, en la década de los noventa, a pesar de las numerosas muertes producidas por la epidemia de sida de mediados de los ochenta, la población gay y lesbiana de San Francisco ha aumentado, sobre todo debido a un incremento de las lesbianas, la continua inmigración gay y la consolidación de las parejas estables del mismo sexo. Y, lo que es más significativo, los gays se asentaron predominantemente en ciertas zonas de la ciudad, formando auténticas comunas, en las que las residencias, las empresas, las propiedades inmobiliarias, los bares, los restaurantes, los cines, los centros culturales, las asociaciones vecinales, las reuniones y celebraciones callejeras formaron un tejido de vida social y autonomía cultural: un espacio de libertad. A partir de este espacio, los gays y las lesbianas se organizaron políticamente y llegaron a ejercer una influencia considerable en el gobierno local de San Francisco, incluido el reclutamiento obligatorio entre gays y lesbianas de, al menos, el 10% de las fuerzas del departamento de policía. Esta concentración espacial de poblaciones gays es una marca de la cultura gay en la mayoría de las ciudades, si bien en la década de los noventa, con la mayor tolerancia social y muchas más personas que reconocen abiertamente su homosexualidad, se han difundido en la mayor parte de la geografía metropolitana de los Estados Unidos, con gran temor de los conservadores homófobos. La razón de esta concentración geográfica en el estadio formativo de la cultura gay es doble: visibilidad y protección. Como Harry Britt, dirigente político de los gays de San Francisco, me dijo en una entrevista hace años: «Cuando los gay están diseminados espacialmente, no son gays debido a su invisibilidad». El acto liberador fundamental para los gays fue/es «aparecer», expresar públicamente su identidad y su sexualidad, y luego resocializarse. Pero ¿cómo es posible ser gay a las claras, en medio de una sociedad hostil y violenta cada vez más insegura acerca de sus valores fundamentales de virilidad y patriarcado? ¿Y cómo se puede aprender una nueva conducta, un nuevo código y una nueva cultura en un mundo donde la sexualidad está implícita en la presentación del yo de cada uno y donde la asunción general es

la heterosexualidad? Para expresarse, los gays siempre se han reunido, en los tiempos modernos, en bares nocturnos y lugares codificados. Cuando tuvieron suficiente conciencia y fuerza para «aparecer» colectivamente, marcaron lugares donde podían estar a salvo juntos e inventar nuevas vidas. Las fronteras territoriales de sus lugares elegidos se convirtieron en la base para la construcción de instituciones autónomas y la creación de una autonomía cultural. Levine ha expuesto el modelo sistemático de las concentraciones espaciales de los gays en las ciudades estadounidenses durante la década de los setenta [112]. Aunque él y otros utilizaron el término «gueto», los militantes gays hablan de «zonas liberadas»: y, en efecto, existe una importante diferencia entre los guetos y las áreas gays, ya que las últimas suelen estar construidas deliberadamente por personas gays para crear su ciudad propia, en el marco de la sociedad urbana más amplia. ¿Por qué San Francisco? Ciudad instantánea, asentamiento para aventureros atraídos por el oro y la libertad, San Francisco siempre fue un lugar de normas morales tolerantes. La Barbary Coast era un punto de encuentro para marineros, viajeros, transeúntes, soñadores, estafadores, empresarios, rebeldes y desviados, un entorno de encuentros casuales y pocas reglas sociales, donde la línea divisoria de lo normal y lo anormal era borrosa. No obstante, en los años veinte, la ciudad decidió volverse respetable, surgiendo como la capital cultural del Oeste estadounidense y creciendo elegantemente bajo la sombra autoritaria de la Iglesia católica, con el apoyo de sus legiones de irlandeses e italianos de clase obrera. Cuando el movimiento de reforma alcanzó al ayuntamiento y la policía en los años treinta, los «desviados» fueron reprimidos y obligados a ocultarse. Así pues, los orígenes pioneros de San Francisco como ciudad libre no bastan para explicar su destino como escenario de la liberación gay. El punto decisivo fue la Segunda Guerra Mundial. San Francisco fue el principal puerto del frente del Pacífico. Pasaron por la ciudad unos 1,6 millones de hombres y mujeres jóvenes: solos, desarraigados, al borde de la muerte y el sufrimiento y compartiendo la mayor parte del tiempo con personas de su mismo sexo, muchos de ellos descubrieron, o eligieron, la homosexualidad. Y muchos fueron licenciados con deshonor de la marina y desembarcados en San Francisco. En lugar de volver a lugares como Iowa a soportar el estigma, se quedaron en la ciudad, y a ellos se unieron otros miles de gays al final de la guerra. Se reunían en bares y formaron redes de apoyo y participación. Desde finales de los años cuarenta, comenzó a surgir una cultura gay. Sin embargo, la transición de los bares a las calles hubo de esperar más de una década, cuando florecieron en San Francisco modos de vida alternativos, con la generación *beatnik*, y en torno a los círculos literarios que se interconectaron en la librería City Lights, con Ginsberg, Kerouac y los poetas de Black Mountain, entre

[112] Levine, 1979.

otros. Esta cultura se concentró espacialmente en la antigua zona italiana de North Beach, cerca de la zona de tolerancia turística de Broadway. Los gays fueron plenamente aceptados en este ambiente tolerante y experimental. Cuando los medios de comunicación se centraron en la cultura *beatnik*, destacaron la amplia presencia de la homosexualidad como una prueba de su desviación. Al hacerlo, dieron publicidad a San Francisco como una meca gay, atrayendo a miles de gays de todos los Estados Unidos. El ayuntamiento respondió con represión, lo que llevó a la formación, en 1964, de la Society of Individual Rights, que defendía a los gays, en conexión con el Tavern Guild, una asociación comercial de gays y propietarios de bares bohemios que luchaba contra el acoso policial. Luego, a finales de la década de los sesenta, la cultura hippy, el movimiento social que tuvo lugar en la zona de la bahía de San Francisco, sobre todo en Berkeley/Oakland, y el surgimiento del movimiento de liberación gay en todos los Estados Unidos, indujo un cambio cualitativo en el desarrollo de la comunidad gay de San Francisco, apoyándose en las redes establecidas a lo largo de la historia. En 1971, por primera vez, el movimiento gay de California tuvo fuerza suficiente para organizar una marcha sobre la capital, Sacramento, en apoyo de sus derechos. En la década de los setenta, en ciertos barrios de San Francisco, sobre todo en la zona de Castro, floreció una comunidad gay que compró o alquiló casas en un ruinoso distrito de clase obrera tradicional, que fue rehabilitado por grupos de gays, corredores de fincas gays y compañías de restauración gays. También se afincaron en la zona las empresas cuyos propietarios eran homosexuales. Desde lugares dispersos, pasando por los bares y las zonas contraculturales, ya en los años setenta, los gays fueron capaces de concentrarse en un barrio que podían llamar suyo. La figura 4.11 muestra la expansión de las zonas residenciales gays en San Francisco, entre los años cincuenta y ochenta, a partir de datos de mi investigación de campo.

No obstante, la construcción de la comunidad gay no fue puramente espontánea. También fue el resultado de una acción política deliberada, sobre todo bajo el impulso del dirigente histórico de la comunidad gay de San Francisco, Harvey Milk. Licenciado por la Universidad Estatal de Nueva York en Albany, no pudo dedicarse a la enseñanza después de ser expulsado de la marina debido a su homosexualidad. Al igual que miles de gays, emigró a San Francisco en 1969. Tras dejar un trabajo como analista financiero, abrió una tienda de fotografía, Castro Camera, en la calle de Castro. Concibió un plan para que los gays evolucionaran de la comunidad a los negocios y el poder. Hizo un llamamiento para que «los gays compraran gay», de tal modo que Castro se convirtiera en algo más que un lugar de ligue, en un lugar propiedad de los gays, donde vivieran y disfrutaran como tales. Luego, si los gays podían comprar gay, y vivir como gays, también podrían votar gay. En

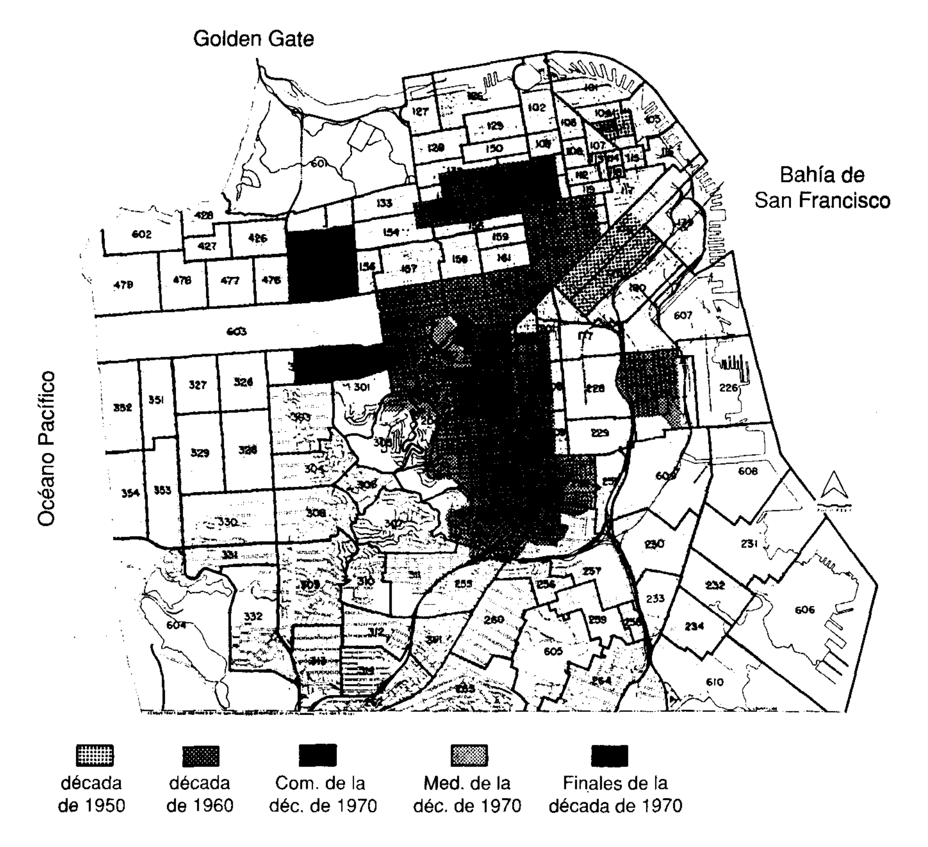


FIGURA 4.11 Zonas residenciales gays en San Francisco.

Fuente: Castells, 1983.

1973, se presentó a supervisor (miembro del consejo municipal) de la ciudad de San Francisco, explícitamente como candidato gay. Le fue bien, pero no salió elegido. Siguió trabajando para crear una base política, fortaleciendo los clubes políticos gays, vinculándolos con el Partido Demócrata y ampliando su programa para abordar temas de política urbana local, como el control de la especulación inmobiliaria. Un acontecimiento político cambió su destino. En 1975, un senador liberal de California, George Moscone, fue elegido alcalde de San Francisco por un estrecho margen. Para asegurarse el respaldo de la ya para entonces poderosa comunidad gay, Moscone nombró a Milk para un puesto importante en la administración local. Por primera vez, un dirigente abiertamente gay se convirtió en un alto cargo de la ciudad. En torno a las mismas fechas, el poderoso movimiento vecinal de San Francisco obtuvo una reforma de la ley electoral que establecía las elecciones para

el consejo municipal de la ciudad (Junta de supervisores) por distritos locales, en lugar de votar en la ciudad en general. Luego en el territorio que la comunidad gay había conquistado en la zona de Castro, que se convirtió en un distrito electoral, Harvey Milk fue elegido supervisor en 1977. Desde esta nueva plataforma, movilizó el poder gay en toda la ciudad y el estado. En 1978 se presentó una propuesta conservadora a los votantes de California para prohibir a los homosexuales enseñar en las escuelas públicas. Los votantes la rechazaron por un 58% de los votos en California, el 75% en San Francisco. Harvey Milk, con una hábil actuación en los medios de comunicación, fue el dirigente de la campaña. En abril de 1978, la Junta de Supervisores aprobó una Ordenanza de Derechos Gays muy liberal. Al mismo tiempo, dos dirigentes lesbianas, Del Martin y Phyllis Lyon, que ocupaban cargos en el servicio de correos del ayuntamiento, recibieron de la ciudad de San Francisco un diploma de honor por sus servicios cívicos —incluido el apoyo a las lesbianas— y por sus veinticinco años de vida juntas. Este y otros avances gays eran más de lo que la cultura homófoba podía tolerar. El 27 de noviembre de 1978, un supervisor conservador de la ciudad, Dan White, un ex policía que había hecho campaña contra la tolerancia hacia «los desviados sexuales», mató a tiros al alcalde George Moscone y al supervisor Harvey Milk en sus despachos del ayuntamiento. Después se entregó a sus antiguos compañeros del departamento de policía. El duelo por Moscone y Milk fue una de las manifestaciones políticas más impresionantes jamás vistas en San Francisco: 20.000 personas marcharon con velas, en silencio, tras escuchar a los oradores, que pidieron al movimiento que siguiera luchando del modo que había enseñado Harvey Milk. La nueva alcaldesa, Dianne Feinstein, nombró a otro dirigente gay, Harry Britt, socialista, para reemplazar a Harvey Milk en su puesto, y después fue elegido supervisor. Durante la década siguiente, los dirigentes homosexuales aumentaron su representación en la Junta de Supervisores de la ciudad y, aunque perdieron unas elecciones en 1992 en favor de un alcalde conservador, volvieron a ser un componente importante de la coalición que apoyó la elección de Willie Brown, veterano dirigente demócrata negro, como alcalde de San Francisco en 1996. Una anécdota de la campaña de 1996 revela el estado de confusión mental de la cultura homófoba en San Francisco, perdida en la incertidumbre de los valores tanto tiempo estimados. El alcalde titular, ex jefe de policía, puede que perdiera su reelección tras un importante error político. Al rezagarse en las encuestas, trató de encontrar un modo de congraciarse con la audiencia gay y se dejó fotografiar desnudo, mientras concedía una entrevista en la ducha a un periodista de la radio también desnudo. La violenta respuesta de los ofendidos votantes, tanto gays como heterosexuales, le hizo perder todas sus posibilidades. El nuevo alcalde renovó el compromiso de dos décadas, por parte

de la ciudad, de respetar y mejorar los derechos de los gays y su cultura, y que fue objeto de varias celebraciones y desfiles ese año.

Sin embargo, la comunidad gay de los años noventa no es la misma que la formada en los setenta, debido a la aparición del sida a comienzos de la década de los ochenta [113]. En diez años, murieron unas 15.000 personas por su causa en San Francisco y a varios miles se les diagnosticó infección por el VIH. La reacción de la comunidad gay fue notable, ya que San Francisco se convirtió en un modelo para todo el mundo en cuanto a autoorganización, prevención y acción política orientada a controlar la epidemia de sida, un peligro para la humanidad. Creo que es exacto decir que el movimiento gay más importante de la década de los ochenta/noventa es el componente gay del movimiento contra el sida, en sus diferentes manifestaciones, de las clínicas a los grupos militantes como ACT UP!. En San Francisco, la primera iniciativa se dirigió a ayudar a los enfermos y evitar que se extendiera la enfermedad. Se emprendió un esfuerzo a gran escala para educar a la comunidad, enseñando y difundiendo procedimientos para mantener unas relaciones sexuales seguras. Tras unos cuantos años, los resultados fueron espectaculares. En la década de los noventa, en San Francisco, y en California, la incidencia de nuevos casos de sida es mucho mayor en la población heterosexual, como resultado del uso de drogas, la prostitución, la infección de las mujeres por hombres imprudentes y, en algunos casos, bancos de sangre contaminados, mientras que la población gay, más educada y mejor organizada, ha visto descender de forma significativa las nuevas infecciones. Se organizó el cuidado de los enfermos a todos los niveles, el Hospital General de San Francisco se convirtió en el primero en establecer una sección permanente de sida y una red completa de voluntarios proporcionó ayuda y alivio a las personas, en el hospital y en casa. Las presiones de los militantes para aumentar los fondos para las investigaciones y para acelerar la obtención de la aprobación de las medicinas experimentales en cuanto se obtenían produjeron resultados considerables. El Hospital de la Universidad de California en San Francisco se convirtió en uno de los centros principales de investigación sobre el sida. En una perspectiva más amplia, la Conferencia Mundial sobre el Sida celebrada en Vancouver en 1996 anunció avances potenciales para controlar la enfermedad y, tal vez, para disminuir su carácter letal en el futuro.

Pero quizás el esfuerzo más importante de la comunidad gay, en San Francisco y en otros lugares, fue la batalla cultural para desmitificar el sida, para quitarle el estigma y para convencer al mundo de que no lo

[113] Para una exposición de la relación entre el movimiento gay, la lucha contra el sida y las reacciones de la sociedad, véanse Coates *et al.,* 1988; Mass, 1990; Heller, 1992; Price y Hsu, 1992; Herek y Greene, 1995; Lloyd y Kuselewickz, 1995.

producía la homosexualidad o la sexualidad. Las redes de contacto, que incluían el contacto sexual pero comprendían muchas otras formas, eran los mensajeros letales, no la homosexualidad [114]. Y la desconexión de esas redes, con lo que se controlaría la epidemia, no se lograría mediante el confinamiento, sino con educación, organización y responsabilidad, respaldadas tanto por las instituciones de salud pública como por la conciencia cívica. Que la comunidad gay, comenzando en San Francisco, pudiera ganar esta penosa batalla fue una contribución decisiva para la humanidad. No sólo porque se evitó un nuevo crimen contra ella, cuando el movimiento combatió con éxito los llamamientos para detectar y confinar a los portadores del virus. Lo fundamental que estaba en juego era la capacidad del mundo para mirar al sida directamente a sus ojos aterradores y afrontar la epidemia, atendiendo a las características del (los) virus y no a nuestros prejuicios y pesadillas. En todo el mundo, se estuvo a punto de considerarlo un castigo divino merecido contra la Nueva Sodoma y, por lo tanto, de no tomar las medidas necesarias para evitar una expansión aún mayor de la enfermedad hasta que hubiera sido demasiado tarde para controlarla. Que no lo hiciéramos, que las sociedades aprendieran a tiempo que no se trataba de una enfermedad homosexual y que las fuentes y vehículos de su expansión debían combatirse en la sociedad en general, fue obra, en buena medida, del movimiento de lucha contra el sida, centrado en la comunidad gay, con sus pioneros (muchos de ellos camino de la muerte) en la ciudad liberada de San Francisco.

Hasta cierto punto relacionada con la epidemia de sida, otra importante tendencia se manifestó en la década de los noventa en la comunidad gay de San Francisco. Los patrones de interacción sexual se volvieron más estables, en parte como un signo del envejecimiento y maduración de algunos segmentos de la comunidad, en parte como modo de canalizar la sexualidad en pautas más seguras. El anhelo de familias del mismo sexo se convirtió en una de las tendencias culturales más intensas entre los gays y, aún más, entre las lesbianas. La comodidad de una relación duradera y monógama se volvió el modelo predominante entre los gays y las lesbianas de mediana edad. En consecuencia, brotó un nuevo movimiento en la comunidad gay para obtener el reconocimiento institucional de esas relaciones estables como familias. Así pues, se buscó la certificación como parejas de hecho de los gobiernos locales y estatales, que conllevaba el derecho a los beneficios del cónyuge. Es más, la legalización de los matrimonios del mismo sexo se convirtió en una importante demanda del movimiento, tomando la palabra a los conservadores en la promoción de los valores familiares y extendiendo el valor de la familia a las formas de amor, de compartir y de criar a los hijos no tradi-

[114] Castells, 1992c.

cionales y no heterosexuales. Lo que comenzó como un movimiento de liberación sexual cerró el círculo en torno a la familia patriarcal, atacando sus raíces heterosexuales y subvertiendo su apropiación exclusiva de los valores familiares.

Como toda acción acarrea una reacción, la domesticación relativa de la sexualidad en las nuevas familias gays y lesbianas indujo paralelamente el desarrollo de culturas sexuales minoritarias (tanto heterosexuales como homosexuales), como el movimiento sadomasoquista y las redes de esclavitud sexual voluntaria, un fenómeno significativo en la escena de San Francisco, sobre todo en la zona de South of Market, en la década de los noventa, aunque identifiqué la importancia de esta revuelta cultural/personal en mi trabajo de campo hace quince años. Los sadomasoquistas, cuya cultura incluye a algunos intelectuales muy elocuentes, critican a los gays de la corriente dominante por tratar de definir nuevas formas de lo «socialmente aceptable», con lo que reproducen la lógica de dominación que ha oprimido a los gays y las lesbianas a lo largo de la historia. Para los sadomasoquistas, el viaje no tiene fin. Así pues, la violencia controlada, la humillación aceptada, las subastas de esclavos, el placer doloroso, la ropa de cuero, los emblemas nazis, las cadenas y los látigos son más que estímulos sexuales. Son expresiones culturales de la necesidad de destruir cualquier valor moral que la sociedad recta les haya dejado, ya que estos valores se han usado tradicionalmente para estigmatizar y reprimir la homosexualidad y la sexualidad. La vergüenza considerable que esta minoría cultural causa a la mayoría de gays y lesbianas es síntoma de que abordan un tema importante, aunque difícil.

Recluida en su gueto cultural, no es probable que la comunidad gay logre la revolución sexual y la subversión del patriarcado que, de forma implícita, son las metas del movimiento, aun cuando no las apoye el segmento creciente de elites masculinas que consumen, más que producen, el movimiento gay. Para alcanzar la liberación gay, parece ser una condición necesaria establecer alianzas estratégicas con las lesbianas y con el movimiento feminista en general. Pero los gays son hombres y su socialización como tales y los privilegios que disfrutan, sobre todo si son blancos y de clase media, limita su incorporación plena a una alianza antipatriarcal. Por ello, en San Francisco, en los años noventa, existe una división creciente entre una alianza de orientación radical entre gays y lesbianas y una elite gay respetable que se ha establecido como un grupo de interés para defender los derechos gays, como minoría tolerada, dentro de las instituciones del patriarcado. No obstante, si esta diversidad puede expresarse dentro de un movimiento más amplio que permite a la gente la libertad de elegir a quién amar, en contradicción con la norma heterosexual, es debido a que Harvey Milk y otros pioneros construyeron una vez una comuna libre en el Oeste.

Recapitulación: identidad sexual y familia patriarcal

El movimiento gay y el de las lesbianas no defienden simplemente los derechos humanos básicos de elegir a quién amar y cómo hacerlo. Son además vigorosas expresiones de identidad sexual y, por lo tanto, de liberación sexual. Por eso, desafían algunos de los cimientos milenarios sobre los que las sociedades se construyeron en la historia: la represión sexual y la heterosexualidad obligatoria.

Cuando las lesbianas, en un medio institucional tan represivo y patriarcal como la cultura china de Taipei, fueron capaces de expresar francamente su sexualidad y reclamar la inclusión de los matrimonios del mismo sexo en el código familiar, se abrió una brecha fundamental en el andamiaje institucional construido para controlar el deseo. Si la comunidad gay es capaz de superar la estigmatización ignorante y ayudar a evitar la epidemia del sida, significa que las sociedades se han vuelto capaces de extraerse de su oscuridad y de mirar toda la diversidad de la experiencia humana sin prejuicios y sin violencia. Y si a las campañas electorales presidenciales, en los Estados Unidos por el momento, no les ha quedado más remedio que tener en cuenta los debates sobre los derechos gays, quiere decirse que ya no se puede dejar de lado o simplemente reprimir el desafío de los movimientos sociales a la heterosexualidad. No obstante, es imposible confinar las fuerzas transformadoras que han liberado los movimientos de identidad sexual dentro de los límites de la tolerancia y el respeto a los derechos humanos. Ponen en movimiento una crítica corrosiva de la normalización sexual y de la familia patriarcal. Su reto es particularmente aterrador para el patriarcado porque tiene lugar en un tiempo histórico en el que la investigación biológica y la tecnología médica permiten la disociación de heterosexualidad, patriarcado y reproducción de la especie. Las familias del mismo sexo que no renuncian a la crianza de los hijos son la expresión más franca de esta posibilidad.

Por otra parte, el desdibujamiento de las fronteras sexuales, desacoplando familia, sexualidad, amor, género y poder, introduce una crítica cultural fundamental en el mundo tal como lo hemos conocido. Por ello, el desarrollo futuro de los movimientos de liberación sexual no será fácil. Al pasar de la defensa de los derechos humanos a la reconstrucción de la sexualidad, la familia y la personalidad, tocan los centros nerviosos de la represión y la civilización, y serán respondidos del mismo modo. El movimiento gay y el de lesbianas tienen por delante un horizonte tormentoso y el sida no será el único rostro espantoso del ataque antisexual. No obstante, si la experiencia del último cuarto de siglo tiene algún valor indicativo, el poder de la identidad parece tornarse mágico cuando es tocado por la fuerza del amor.

FAMILIA, SEXUALIDAD Y PERSONALIDAD EN LA CRISIS DEL PATRIARCADO [115]

En la sociedad que se separa y divorcia, la familia nuclear genera una diversidad de nuevos lazos de parentesco asociados, por ejemplo, con las denominadas familias recombinadas. Sin embargo, la naturaleza de estos lazos cambia en la medida en que están sometidos a una mayor negociación que antes. Las relaciones de parentesco solían darse por sentadas sobre la base de la confianza; ahora la confianza ha de negociarse y concertarse, y el compromiso es un tema importante tanto en esto como en las relaciones sexuales.

Anthony Giddens, *The Transformation of Intimacy*, pág. 96.

La transformación de la familia

La crisis del patriarcado, inducida por la interacción entre el capitalismo informacional y los movimientos sociales feminista y de identidad sexual, se manifiesta en la diversidad creciente de formas de asociación entre la gente para compartir la vida y criar a los hijos. Ilustraré este punto utilizando los datos estadounidenses para simplificar el argumento. Sin embargo, no quiero dar a entender que, por definición, todos los países y culturas sigan esta evolución. Pero si las tendencias sociales, económicas y tecnológicas que subyacen en la crisis del patriarcado están presentes a lo largo del mundo, es plausible que la mayoría de las sociedades reconstruyan o reemplacen sus instituciones patriarcales, si bien a partir de las condiciones específicas de su cultura e historia. La exposición que sigue, basada empíricamente en las tendencias estadounidenses, pretende identificar los mecanismos sociales que conectan la crisis de la familia patriarcal y la transformación de la identidad sexual con la redefinición social de la vida familiar y, de este modo, con los sistemas de personalidad.

No se trata de la desaparición de la familia, sino de su profunda diversificación y del cambio en su sistema de poder. En efecto, la mayoría de la gente continúa casándose: el 90% de los estadounidenses lo hacen a lo largo de su vida. Cuando se divorcian, el 60% de las mujeres y el 75% de los hombres vuelven a casarse, como media, dentro de los tres años siguientes. Y los gays y las lesbianas luchan por su derecho al matrimonio legal. No obstante, los matrimonios tardíos, la frecuencia de las parejas de hecho y las altas tasas de divorcio (estabilizadas en torno a la mitad de los matrimonios totales) y separación se combinan para producir un perfil

---

[115] Los datos que se ofrecen en esta sección proceden de la Oficina del Censo estadounidense y de *The World Almanac and Book of Facts* (1996), a menos que se señale otra cosa. Las publicaciones de la Oficina del Censo utilizadas para recopilar estos datos son: Departamento de Comercio, Administración de Economía y Estadística, Oficina del Censo (1989, 1991, 1992a-d).

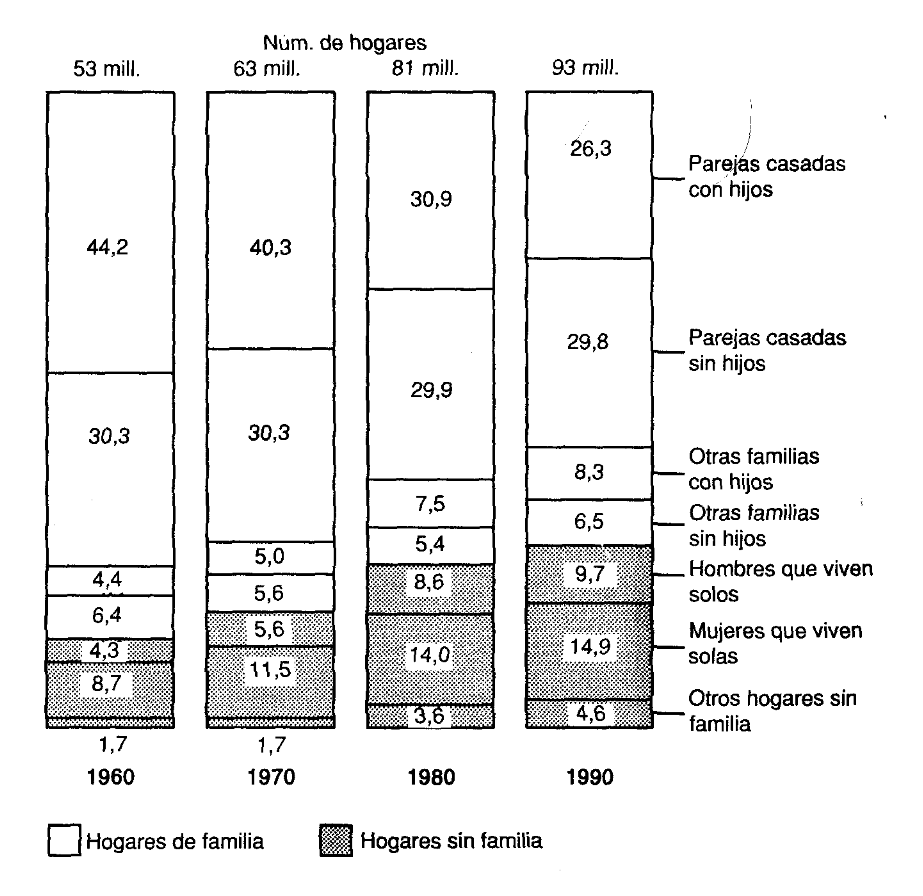


FIGURA 4.12a Composición de los hogares en los Estados Unidos, 1960-1990 (porcentaje).
(hijos= hijos propios menores de dieciocho años)

Fuente: Oficina del Censo estadounidense, 1992a.

cada vez más diverso de vida familiar y no familiar (las figuras 4.12 y 4.12b compendian estas tendencias para 1960-1990 y para 1970-1995). Los denominados «hogares no familiares» se duplicaron entre 1960 y 1995, aumentando del 15% al 29% de los hogares, incluyendo, naturalmente, a los ancianos solos, con lo que reflejan una tendencia demográfica al mismo tiempo que un cambio cultural. Las mujeres representan dos tercios de los hogares de un solo miembro. Lo que es más significativo, la categoría arquetípica «parejas casadas con hijos» descendió del 44,2% de los hogares en 1960 al 25,5% en 1995. Así pues, el «modelo» de la familia nuclear patriarcal es real sólo para algo más de un cuarto de los hogares

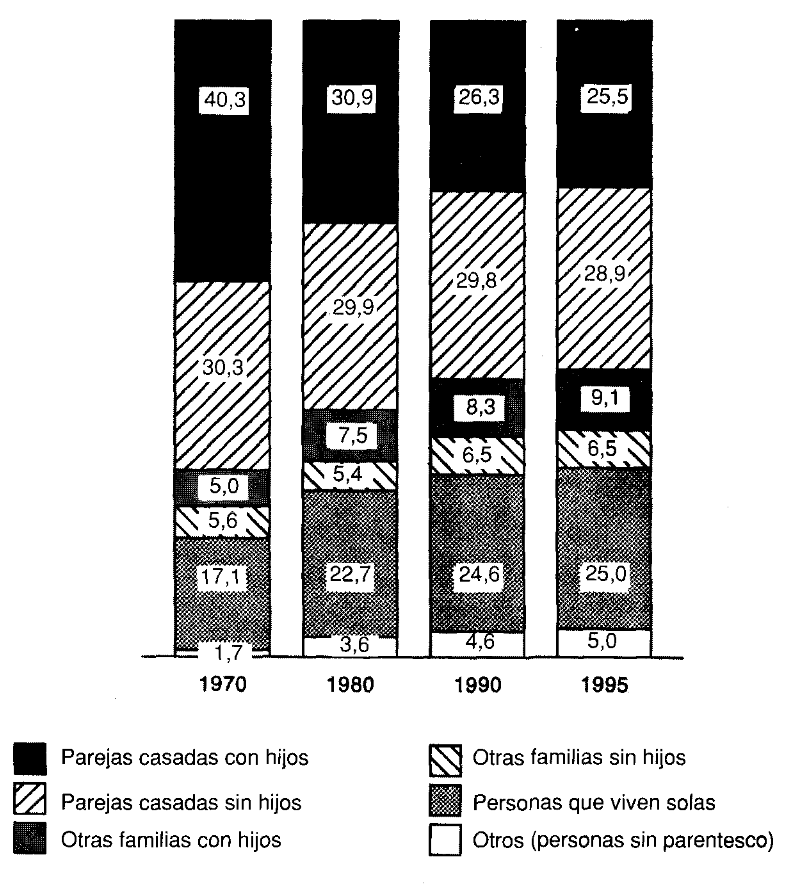


FIGURA 4.12b Composición de los hogares en los Estados Unidos, 1970-1995 (porcentaje).

Fuente: Oficina del Censo estadounidense, 1996.

estadounidenses. Stacey cita fuentes que indican que si consideramos la versión más tradicional del patriarcado, es decir, la pareja casada con hijos, en la que el único que gana el sustento es el varón y la esposa es ama de casa a tiempo completo, la proporción desciende hasta el 7% del total de hogares[116].

La vida de los niños se ha transformado. Como muestra la figura 4.13, más de un cuarto de los niños no vivían con sus dos progenitores en 1990, en contraste con menos de un 13% en 1960. Es más, según un estudio de la Oficina del Censo estadounidense, en 1991 la proporción de hijos que

[116] Stacey, 1990, pág. 28.

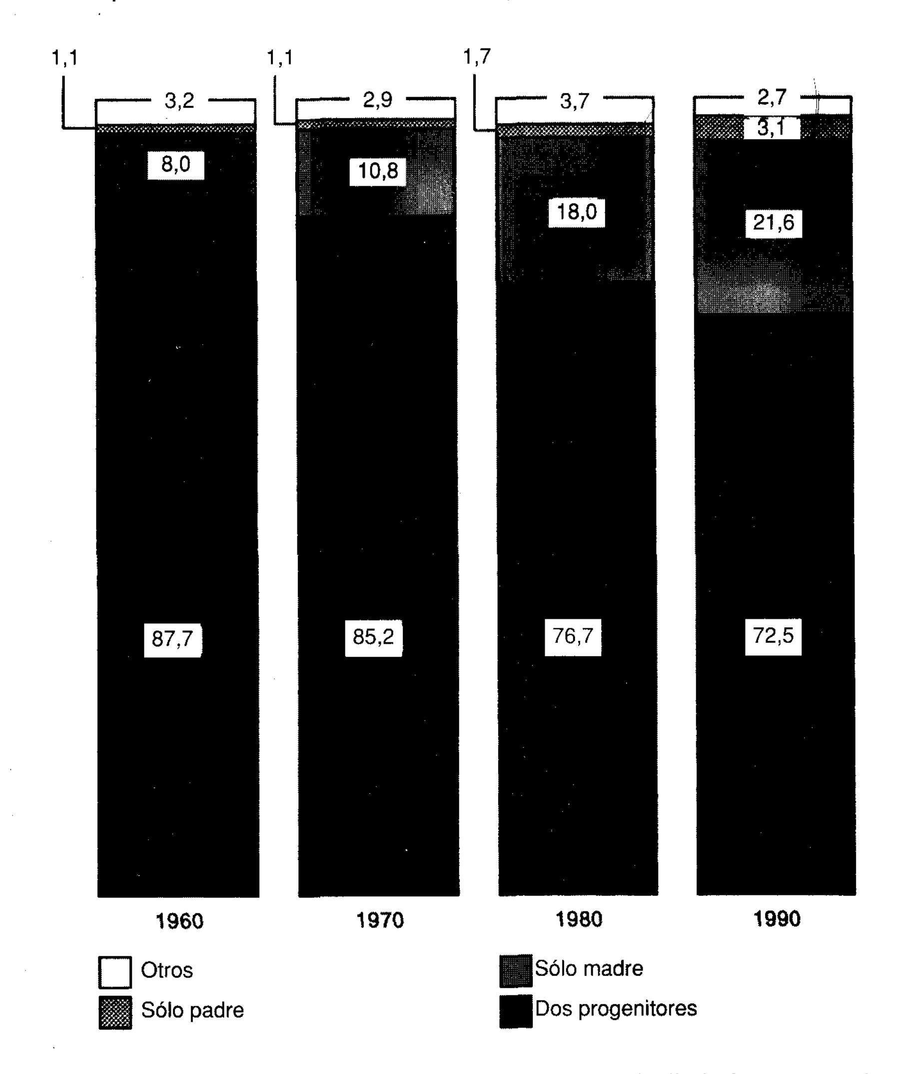


FIGURA 4.13 Organización de la vida de los hijos menores de dieciocho años, por la presencia de los progenitores, en los Estados Unidos, 1960-1990 (distribución porcentual).

Fuente: Oficina del Censo estadounidense (1992a).

vivían con sus dos padres biológicos era sólo del 50,8% [117]. Otras fuentes también calculan que «cerca del 50% del total de los niños no viven con

[117] Oficina del Censo estadounidense, 1994.

ambos padres genéticos»[118]. Las adopciones han aumentado de forma sustancial en las dos últimas décadas y 20.000 niños han nacido mediante la fertilización in vitro[119]. Las *tendencias*, todas apuntando en la misma dirección de la desaparición de la familia nuclear patriarcal, son las que realmente cuentan: la proporción de niños que viven con un solo progenitor se duplicó entre 1970 y 1990, alcanzando el 25% del total. Entre estos niños, la proporción de los que vivían con una madre casada de nuevo aumentó del 7% en 1970 al 31% en 1990. Los hogares cuya cabeza de familia es una madre sola con hijos aumentó un 90,5% en los años setenta y un 21,2% adicional en los ochenta. Los hogares cuyo cabeza de familia es un padre solo con hijos, aunque sólo suponían el 3,1% del total en 1990, crecen aún más de prisa: un 80,6% en la década de los setenta y un 87,2% en la de los ochenta. Las familias cuya cabeza de familia es una mujer sin esposo presente crecieron del 11% del total de las familias en 1970 al 18% en 1994. El porcentaje de niños que viven con su madre se duplicó entre 1970 y 1994, del 11 al 22%, mientras que la proporción de los que viven sólo con su padre se triplicó en el mismo periodo, pasando del 1 al 3%.

Los nuevos perfiles de la organización de la vida se multiplican[120]. En 1980, había 4 millones de familias recombinadas (que incluyen los niños de matrimonios previos); en 1990, 5 millones. En 1992, un cuarto de las mujeres solteras mayores de dieciocho años tenían hijos; en 1993, había 3 millones y medio de parejas no casadas, de las cuales el 35% tenían niños en el hogar; el número de padres no casados con hijos se duplicó de 1980 a 1992; un millón de niños vivían con sus abuelos en 1990 (un 10% más desde los años sesenta), de un total de 3 millones y medio de niños que compartían su hogar con un abuelo. Los matrimonios precedidos por cohabitación ascendieron del 8% de finales de los años sesenta al 49% de mediados de los ochenta y la mitad de las parejas de hecho tienen hijos[121]. Además, con la entrada masiva de la mujer en el mercado de trabajo y su papel indispensable como proveedora de la familia, pocos niños pueden disfrutar del cuidado a tiempo completo de sus madres o de sus padres. En 1990, tanto el esposo como la esposa trabajaban fuera del hogar en cerca de un 70% de las familias de parejas casadas y el 58% de las madres con hijos pequeños trabajaban fuera del hogar. El cuidado de los hijos es un problema importante para las familias y se realizaba en sus hogares por parientes o vecinos en el caso de dos tercios de los niños[122], a los cuales debemos añadir las ayudas domésticas sin registrar. Las mujeres po-

---

[118] Buss, 1994, pág. 168.
[119] Reigot y Spina, 1996, pág. 238.
[120] Reigot y Spina, 1996.
[121] Coleman y Ganong, 1993, pág. 113.
[122] Farnsworth Riche, 1996.

bres, a las que es imposible pagar por el cuidado de sus hijos, se enfrentan a la elección de separarse de ellos o renunciar al trabajo, cayendo luego en la trampa de la beneficencia, que puede llevar a que les quiten a sus hijos [123].

Existen escasas estimaciones fiables sobre los hogares y familias del mismo sexo. Una de las pocas es la realizada por Gonsioreck y Weinrich, según los cuales, un 10% de la población masculina estadounidense es gay y entre un 6 y un 7% de la población femenina es lesbiana [124]. Calculan que en torno a un 20% de la población masculina gay estuvo casada alguna vez y que, entre un 20 y un 50% de ella, tuvo hijos. Las lesbianas suelen ser madres, muchas de ellas de matrimonios heterosexuales previos. Una valoración de ámbito muy amplio propone la cifra de niños que viven con sus madres lesbianas entre 1,5 y 3,3 millones. El número de niños que viven con sus progenitores gays o lesbianas se estima entre 4 y 6 millones [125]. Entre los hogares sin familia, la categoría de crecimiento más rápido es «otros hogares sin familia», que aumentó del 1,7% del total de hogares en 1970 al 5% en 1995. En este grupo, según el censo estadounidense, se encuentran quienes comparten casa, los amigos y las personas sin parentesco. De hecho, esta categoría incluiría tanto a las parejas heterosexuales como a las homosexuales que cohabitan sin hijos.

En cuanto a las proyecciones para el futuro inmediato, utilizando las estimaciones de la Universidad de Harvard sobre la formación de los hogares hasta el año 2000, como porcentaje del total de hogares, las parejas casadas con hijos se espera que desciendan aún más, del 31,5% en 1980 al 23,4% en 2000, mientras que los hogares de una sola persona pueden aumentar del 22,6% al 26,6%, superando estadísticamente al hogar tipo de parejas casadas con hijos [126]. Los padres solos ascenderían ligeramente del 7,7% al 8,7%. Las parejas casadas sin hijos se convertirían en el tipo de hogar más numeroso, pero no predominante, permaneciendo en torno al 29,5% del total, un efecto de la supervivencia mayor de ambos cónyuges, junto con el reemplazo de estas antiguas parejas casadas con hijos por una gama más diversificada de formas de hogar. En efecto, lo que denominan «otros hogares», que comprende modos de organizar la vida hete-

---

[123] Susser, 1991.

[124] Gonsioreck y Weinrich, 1991. La atribución del 10% de homosexualidad para la población en general es un mito demográfico inspirado por una lectura superficial del Informe Kinsey de hace medio siglo (que en realidad informaba de los varones blancos estadounidenses). Como sugiere Laumann *et al.* (1994), con una sólida base empírica, no existe una frontera clara de la homosexualidad que pueda retrotraerse hasta un impulso biológico distintivo. La extensión de la conducta homosexual, en sus diferentes manifestaciones, evoluciona de acuerdo con las normas culturales y los contextos sociales. Para una exposición del tema, véase Laumann *et al.*, 1994, págs. 283-320.

[125] Reigot y Spina, 1996, pág. 116.

[126] Masnick y Ardle, 1994; Masnick y Kim, 1995.

rogéneos, se proyecta que aumenten su proporción del 8,8% en 1980 al 11,8% en 2000. En general, en las estimaciones y proyecciones de la Universidad de Harvard, mientras que en 1960 tres cuartos de los hogares estadounidenses estaban formados por parejas casadas y los hogares no familiares representaban sólo el 15% del total, en el año 2000, las parejas casadas supondrán en torno al 53% y los hogares no familiares aumentarán su proporción al 38%. De este panorama estadístico surge un cuadro de diversificación, de fronteras movibles en la asociación de las personas, con una proporción mayor y en aumento de niños que se socializan en formas familiares que eran marginales, o hasta impensables, sólo hace tres décadas, un instante medido en tiempo histórico [127]. Así que, ¿cuáles son estos nuevos modos de organizarse? ¿Cómo vive ahora la gente, fuera y dentro de la familia, más allá de las fronteras del patriarcado? Sabemos algo sobre ello, tras los estudios pioneros realizados por Stacey, Reigot y Spina, Susser, y otros [128]. Como escribe Stacey:

Las mujeres y los hombres han estado rehaciendo creativamente la vida familiar estadounidense durante las tres últimas décadas de convulsión postindustrial. De las cenizas y residuos de la familia moderna, han sacado un conjunto diverso, a menudo incongruente, de recursos culturales, políticos, económicos e ideológicos, creando nuevas estrategias de género y parentesco para afrontar los retos, las cargas y las oportunidades postindustriales [129].

En el estudio de Reigot y Spina sobre las nuevas formas de las familias, se alcanzan conclusiones similares [130]. No ha surgido un nuevo tipo prevaleciente de familia: la diversidad es la regla. Pero algunos elementos parecen ser cruciales en los nuevos modos de organizarse: *redes de apoyo, concentración creciente en torno a la mujer, sucesión de parejas y modelos a lo largo del ciclo vital.* Las redes de apoyo, a menudo entre los miembros de familias de parejas divorciadas, son una forma nueva e importante de sociabilidad y división de la carga, sobre todo cuando los hijos han de compartirse y mantenerse entre los dos padres, una vez que ambos forman nuevos hogares. Así pues, un estudio sobre las parejas divorciadas de clase media de los suburbios de San Francisco descubrió que un tercio de ellas sostenían lazos de parentesco con las ante-

[127] Según los datos citados por Ehrenreich (1983, pág. 20), en 1957, el 53% de los estadounidenses creían que la gente sin casar eran «enfermos», «inmorales» o «neuróticos» y sólo el 37% los consideraba «neutralmente». En 1976, ya sólo el 33% tenía actitudes negativas hacia los no casados y el 15% percibía de forma favorable a la gente que permanecía soltera.

[128] Stacey, 1990; Susser, 1991, 1996; Reigot y Spina, 1996; véanse también Bartholet, 1990; Gonsioreck y Weinrich, 1991; Brubaker, 1993; Rubin y Riney, 1994; Fitzpatrick y Vagelisti, 1995.

[129] Stacey, 1990, pág. 16.

[130] Reigot y Spina, 1996.

riores esposas y sus familiares [131]. Las redes de apoyo de mujeres son cruciales para las madres solas, así como para las madres que trabajan a tiempo completo, según los casos estudiados tanto por Reigot y Spina, Susser, y Coleman y Ganong [132]. En efecto, como escribe Stacey, «si hay una crisis familiar, es una crisis familiar masculina» [133]. Además, puesto que la mayor parte de la gente sigue tratando de formar familias, a pesar de los desengaños o de las elecciones equivocadas, las familias con padrastros o madrastras y una sucesión de parejas se convierten en la norma. Debido tanto a la experiencia vital como a la complejidad de los hogares, los modos de organizarse dentro de la familia, con la distribución de papeles y responsabilidades, ya no se ajustan a la tradición: deben negociarse. Así, Coleman y Ganong, tras observar la ruptura generalizada de la familia, concluyen: «¿Significa ello el fin de la familia? No. Significa, sin embargo, que muchos de nosotros viviremos en nuevas familias, más complejas. En estas nuevas familias, los papeles, las reglas y las responsabilidades puede que hayan de negociarse más que darse por sentados, como es típico en las familias más tradicionales» [134].

Así pues, el patriarcado en la familia se está eliminando por completo en el caso de la proporción creciente de hogares cuya cabeza de familia es una mujer y desafiando seriamente en la mayoría del resto, debido a las negociaciones y condiciones pedidas por las mujeres y los niños en el hogar. Asimismo, otra proporción creciente de hogares, que quizás pronto alcance casi el 40%, no se refiere a familias, con lo que se evita el significado de la familia patriarcal como una institución en gran parte de la práctica de la sociedad, pese a su imponente presencia como mito.

En estas condiciones, ¿qué sucede con la socialización de los niños, subyacente en la reproducción de la división de géneros de la sociedad y, por lo tanto, en la reproducción del mismo patriarcado?

La reproducción del «maternaje» bajo la no reproducción del patriarcado

No hay espacio dentro de los límites de este capítulo para entrar en detalle en unos datos empíricos complejos, diversificados y polémicos, la mayoría de los cuales están ocultos en los archivos clínicos de los psicólogos infantiles, sobre la transformación de la socialización familiar en el nuevo entorno familiar. Pero creo que pueden adelantarse varias hipótesis atendiendo a la obra clásica de la psicoanalista feminista Nancy

131 Citado en Stacey, 1990, pág. 254.
132 Coleman y Ganong, 1993; Reigot y Spina, 1996; Susser, 1996.
133 Stacey, 1990, pág. 269.
134 Coleman y Ganong, 1993, pág. 127.

Chodorow. En su *Reproduction of Mothering*, propone un modelo psicoanalítico simple, elegante y poderoso de la producción/reproducción del género, un modelo que depuró y complementó en sus escritos posteriores [135]. Aunque su teoría es polémica, y el psicoanálisis no es sin duda el único planteamiento para comprender los cambios de personalidad en la crisis del patriarcado, proporciona, a mi parecer, un útil punto de partida para teorizar esos cambios. Comencemos resumiendo el modelo analítico de Chodorow con sus propias palabras, para luego desarrollar las implicaciones de este modelo para la personalidad y el género en las condiciones de la crisis del patriarcado. Siguiendo a Chodorow, la reproducción del «maternaje» es central para la reproducción del género. Sucede a través de un proceso psicológico inducido socioestructuralmente, que no es producto de la biología, ni de la enseñanza de roles. En sus palabras:

> Las mujeres, como madres, producen hijas con capacidades maternales y el deseo de ser madres. Estas capacidades y necesidades se construyen y crecen en la misma relación madre-hija. En contraste, las mujeres como madres (y los hombres como no madres) producen hijos cuyas capacidades y necesidades de crianza han sido recortadas y reprimidas de forma sistemática. Ello prepara a los hombres para su papel familiar afectivo posterior y para su participación primordial en el mundo impersonal y extrafamiliar del trabajo y la vida pública. La división sexual y familiar del trabajo, en la que las mujeres son madres y participan más en las relaciones interpersonales y afectivas que los hombres, produce en las hijas e hijos una división de las capacidades psicológicas que los lleva a reproducir esta división sexual y familiar del trabajo [...] La principal responsabilidad de las mujeres es el cuidado de los niños dentro y fuera de las familias; las mujeres en general quieren ser madres y se sienten gratificadas por su «maternaje»; y con todos los conflictos y contradicciones, las mujeres han tenido éxito en el «maternaje» [136].

Este modelo de reproducción tiene una repercusión extraordinaria en la sexualidad y, por lo tanto, en la personalidad y la vida familiar: «Como las mujeres son madres, el desarrollo de la elección de objeto heterosexual difiere para hombres y mujeres» [137]. Los niños conservan a sus madres como el primer objeto de amor en su niñez y, debido al tabú fundamental, tienen que pasar por el proceso clásico de separación y resolución de su complejo de edipo, mediante la represión de su unión a la madre. Cuando se hacen adultos, los hombres están dispuestos para encontrar una primera relación con alguien *como* su madre (cursivas de Chodorow). Las cosas son diferentes para las niñas:

[135] Chodorow, 1989, 1994.
[136] Chodorow, 1978, pág. 7.
[137] Chodorow, 1978, pág. 191.

El núcleo transnacional de las economías nacionales

La interdependencia de los mercados financieros y de divisas de todo el mundo, que operan como una unidad en tiempo real, vincula las divisas nacionales. El cambio constante entre dólares, yenes y las divisas de la Unión Europea (euros en el futuro) obliga a la coordinación sistémica de esas divisas como única medida capaz de mantener cierto grado de estabilidad en el mercado de divisas y, de este modo, en la inversión y comercio globales. El resto de las divisas del mundo han quedado ligadas, para todos los fines prácticos, a este triángulo de riqueza. Si el tipo de cambio es sistémicamente interdependiente, también lo son, o lo serán, las políticas monetarias. Y si las políticas monetarias siguen cierta coordinación supranacional, también lo hacen, o lo harán, los tipos de interés preferencial y, en definitiva, las políticas presupuestarias. De ello se deduce que los estados-nación individuales están perdiendo y perderán el control sobre elementos fundamentales de sus políticas económicas[5]. De hecho, ya sucedió en los países en vías de desarrollo en la década de los ochenta y en los europeos durante los comienzos de los años noventa. Barbara Stallings ha mostrado cómo las políticas económicas de los países en vías de desarrollo fueron moldeadas durante la década de los ochenta por las presiones internacionales, ya que las instituciones financieras internacionales y los bancos privados se movilizaron para estabilizar las economías en desarrollo como un prerrequisito para el comercio y la inversión internacionales[6]. En la Unión Europea, el Bundesbank ya es *de facto* el banco central europeo. Por ejemplo, cuando, para controlar la inflación alemana, tras la irresponsable decisión del gobierno de establecer el tipo de cambio de un marco occidental por un marco oriental para unificar Alemania, restringió los tipos de interés, forzó a una deflación en toda Europa, independientemente de la marcha de las economías nacionales. En 1992, el Bundesbank llegó tan lejos como para filtrar a los medios de comunicación sus críticas a la política monetaria británica con el fin de forzar la devaluación de la libra, como acabó ocurriendo.

---

trastara los procesos actuales de interacción de tecnología, globalización de la economía y las comunicaciones, e instituciones políticas con una experiencia pasada de una transformación similar. Confío en que algunos colegas emprendan tal esfuerzo, sobre todo los historiadores, y estaría más que feliz de rectificar mis afirmaciones teóricas en virtud de los resultados de esa investigación. Hasta el momento, los escasos intentos que conozco en esa dirección prestan, en mi opinión, una atención insuficiente a los procesos radicalmente nuevos en la tecnología, las finanzas, la producción, las comunicaciones y la política, de tal modo que, aunque puedan estar en lo cierto en cuanto a los datos históricos, no queda claro por qué el presente es sólo una repetición de la experiencia pasada, más allá de la opinión bastante pedestre de que no hay nada nuevo bajo el sol.

[5] Moreau Deffarges, 1993; *Business Week*, 1995a; Orstrom Moller, 1995; Cohen, 1996.

[6] Stallings, 1992.

mujeres, las relaciones afectivas profundas con otras mujeres son difíciles de conseguir de una forma rutinaria, diaria y continuada. Las relaciones lesbianas sí que tienden a recrear madres-hijas, pero la mayoría de las mujeres son heterosexuales [...] Existe una segunda alternativa [...] Dada la situación triangular y la asimetría emocional de su propia crianza, la relación de una mujer con un hombre *requiere* en el nivel de la estructura psíquica una tercera persona, ya que se estableció originalmente en un triángulo [...] Luego un hijo completa el triángulo relacional para una mujer [142].

En efecto, «las mujeres llegan a querer y necesitar una relación primordial con los hijos» [143]. Para los hombres, una vez más, es diferente, debido a su unión primordial con sus madres y, después, con la figura semejante a sus madres: «Para los hombres, en contraste, sólo la relación heterosexual recrea el primer lazo con su madre; *un hijo la interrumpe* [las cursivas son mías]. Los hombres, además, no se definen en la relación y han llegado a suprimir las capacidades relacionales y a reprimir la necesidad de relacionarse. Esto los prepara para participar en el mundo denegador de afecto del trabajo alienado, pero no para satisfacer las necesidades de intimidad y relaciones fundamentales de las mujeres» [144]. Así pues, «la falta de disponibilidad emocional de los hombres y el compromiso heterosexual menos exclusivo de las mujeres ayuda a asegurar el "maternaje" de estas últimas». En definitiva,

los rasgos institucionalizados de la estructura familiar y las relaciones sociales de reproducción se reproducen a sí mismos. Una investigación psicoanalítica muestra que las capacidades maternales y los compromisos de las mujeres, así como las capacidades y necesidades psicológicas generales que son la base del funcionamiento de sus emociones, se incorporan a la personalidad femenina durante su desarrollo. Como el «maternaje» de las mujeres lo realizan mujeres, crecen con las capacidades y necesidades, y la definición psicológica de ser-en relación, que las compromete con la maternidad. Los hombres, puesto que reciben el «maternaje» de las mujeres, no saben «maternar». Las mujeres «maternan» hijas que, cuando se convierten en mujeres, son madres [145].

El modelo de Chodorow ha sido criticado, de forma particular por las teóricas lesbianas y las feministas materialistas, y acusado de minimizar la homosexualidad, de fijar el patriarcado y de predeterminar la conducta individual. En realidad no es así. La propia Chodorow ha aclarado su punto de vista: «Declaro —contra la generalización— que los hombres y las mujeres aman de tantos modos como hombres y mujeres hay» [146]. Y ha

---

142 Chodorow, 1978, pág. 201.
143 Chodorow, 1978, pág. 203.
144 Chodorow, 1978, pág. 207.
145 Chodorow, 1978, pág. 209.
146 Chodorow, 1994, pág. 71.

depurado su análisis destacando que «la diferenciación no es distinción y separación, sino un modo particular de relacionarse con los otros»[147]. Sostiene, y estoy de acuerdo, que el problema de las mujeres no es reclamar su identidad femenina, sino su identificación con una identidad que ha sido socialmente devaluada bajo el patriarcado. Lo que Chodorow analiza no es un proceso biológico eterno de especificidad masculina/femenina, sino un mecanismo fundamental de reproducción del género y, por lo tanto, de la identidad, sexualidad y personalidad, *en las condiciones del patriarcado y la heterosexualidad*, como ha afirmado repetidas veces.

Mi pregunta, entonces, es si este modelo institucional/psicoanalítico puede ayudarnos a comprender lo que ocurre cuando la familia patriarcal se desintegra. Trataré de enlazar mis observaciones sobre las nuevas formas familiares y los modos de organizar la vida con la teoría de Chodorow[148]. En la condición clásica patriarcal/heterosexual ahora en desaparición, las mujeres heterosexuales se relacionan primordialmente con cuatro tipos de objetos: los hijos como objeto de su «maternaje», las redes de mujeres como su principal apoyo emocional, los hombres como objetos eróticos y los hombres como proveedores de la familia. En las condiciones actuales, para la mayoría de las familias y mujeres, el cuarto objeto ha sido suprimido como proveedor exclusivo. Las mujeres pagan un alto precio, en tiempo de trabajo y en pobreza, por su independencia económica o por su papel indispensable como proveedoras de la familia, pero, en general, la base económica de la familia patriarcal se ha erosionado, ya que la mayor parte de los hombres también necesitan los ingresos de las mujeres para alcanzar un nivel de vida aceptable. Como los hombres ya eran secundarios como elementos de apoyo emocional, esto los deja primordialmente con su papel de objetos eróticos, una fuente menguante de interés para las mujeres en una época de amplio desarrollo de sus redes de apoyo (incluidas las expresiones de afecto en un «continuo lesbiano») y teniendo en cuenta el trabajo que ya tienen para combinar la maternidad con sus vidas laborales.

Así pues, el primer modo de organizar la vida, resultado de la crisis del patriarcado, correspondiendo a la lógica del modelo de Chodorow, es la formación de familias de madre/hijos, que se basan en el apoyo de las redes de mujeres. Estas «comunas de madres/hijos» experimentan de vez en cuando la visita de los hombres, en el caso de las mujeres heterosexuales, en un patrón de parejas sucesivas que dejan tras de sí más hijos y más razones para el separatismo. Cuando las madres envejecen, las hijas se

[147] Chodorow, 1989, pág. 107.

[148] Debo recordar al lector que Chodorow es ante todo una psicoanalista, centrada en la teoría del desarrollo *basada en datos clínicos*. Por lo tanto, este uso de su cauto planteamiento psicoanalítico para construir mis amplias generalizaciones sociológicas va más allá de sus límites habituales y, naturalmente, se acomete bajo mi responsabilidad exclusiva.

CUADRO 5.1 Internacionalización de la economía y las finanzas públicas: tipos de cambio porcentuales, 1980-1993 (y ratios de 1993 a menos que se indique lo contrario).

	Estados Unidos	*Reino Unido*	*Alemania*	*Japón*	*España*	*India*
Deuda externa/	104,2	31,8	538,5(p)	0,0	1.066,7	–25,3
PIB	(9,8)	(5,8/1992)	(16,6)(p)	(0,3/1990)	(10,5)	(5,9)
Deuda externa/	20,1	44,7	325,3(p)	9,9	674,5	–16,5
reservas de divisas	(998,6)	(168,1/1992)	(368,4)(p)	(12,2/1990)	(121,6)	(149,4)
Deuda externa/	133,0	50,5	590,8(p)	9,5	795,5	–55,6
exportaciones	(134,0)	(32,2/1992)	(75,3)(p)	(2,3/1990)	(79,7)	(70,7)
Deuda externa/	92,2	17,5	423,5(p)	—	586,8	–40,7
gastos gobierno	(41,7)	(13,5/1992)	(44,5)(p)	—	(36,4)	(35,4)
Crédito neto	203,0	787,5	223,4(p)	—	—	10,3
exterior/gastos g.	(6,12)	(14,2/1992)	(15,2)(p)	—	—	(4,3)
Inversión directa en	52,8	44,4	52,2	57,1	183,3	—
el extranjero/	(5,5)	(17,9)	(3,5)	(1,1)	(2,8)	—
inversión interna						
Afluencia de inver.	–35,5	–8,9	–50,0	—	236,7	—
extranjera directa/	(2,0)	(10,2)	(0,1)	—	(8,6)	—
inversión interna						

(p) indica datos preliminares.

Nota: Para las cifras y detalles sobre las fuentes y métodos de cálculo, consúltese el apéndice metodológico.

Fuente: Compilado y elaborado por Sandra Moog de las fuentes siguientes: *Government Finance Statistics Yearbook*, vol. 18, Washington D.C., FMI, 1994; *International Financial Statistics Yearbook*, vol. 48, Washington D.C., FMI, 1995; *The Europa World Yearbook*, Londres, Europa Publications, 1982, 1985, 1995; *National Accounts: Detailed Tables, 1980-1992*, vol. 2, París OCDE, 1994; *OECD Economic Outlook*, vol. 58, París, OCDE, 1995; *World Tables, 1994*, Banco Mundial, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.

CUADRO 5.2 Papel del gobierno en la economía y las finanzas públicas: tipos de cambio porcentuales, 1980-1992 (y ratios de 1992, a menos que se indique lo contrario).

	Estados Unidos	*Reino Unido*	*Alemania*	*Japón*	*España*	*India*
Gasto gubernamental/	9,1	13,1	19,7	—	49,4	29,3(p)
PIB	(24,0)	(43,2)	(34,6)		(25,1)	(17,2)(p)
Ingresos fiscales	–15,6	8,0	11,6(p)	18,2	64,2	17,3(p)
presupuestarios/ PIB	(10,8)	(27,0)	(13,5)(p)	(13,0/1990)	(17,4/1991)	(11,2)(p)
Déficit presup./	42,9	8,7	44,4	–78,6	16,2	20,0(p)
PIB	(4,8)	(5,0)	(2,6)	(1,5/1990)	(4,3)	(5,2)(p)
Deuda gob./PIB	91,9	–26,0	78,1	30,1	160,8	28,2(p)
	(52,2)	(34,1)	(28,5)	(53,2/1990)	(39,9)	(52,8)(p)
Empleo gob./	–4,7	–3,1	–0,6	–20,9	—	—
empleo total	(16,2)	(22,2)	(16,4)	(7,2)		
Formación capital	21,2	—	–7,0	—	—	—
gob./form. bruta de capital	(16,0)		(27,9)			
Consumo gob./	–6,9	–2,7	–8,1	66,3	33,8	40,2 (p)
consumo privado	(27,2)	(34,5)	(32,7)	(16,3)	(26,9)	(19,0)(p)

(p) Indica datos preliminares.

Nota: Para las cifras y detalles sobre las fuentes y métodos de cálculo, consúltese el apéndice metodológico.

Fuente: Compilado y elaborado por Sandra Moog de las fuentes siguientes: *Government Finance Statistics Yearbook*, vol. 18, Washington D.C., FMI, 1994; *International Financial Statistics Yearbook*, vol. 48, Washington D.C., FMI, 1995; *The Europa World Yearbook*, Londres, Europa Publications, 1982, 1985, 1995; *National Accounts: Detailed Tables, 1980-1992*, vol. 2, París OCDE, 1994; *OECD Economic Outlook*, vol. 58, París, OCDE, 1995; *World Tables, 1994*, Banco Mundial, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.

que cada vez están mas desamparados en las condiciones actuales de crisis familiar. Su situación puede empeorar, tanto debido a que las mujeres se quedan con ellos en situaciones materiales difíciles, como a que, al buscar autonomía y supervivencia personal, comienzan a descuidarlos del mismo modo que lo hacen los hombres. Puesto que el apoyo del estado de bienestar está disminuyendo, se deja a los hombres y las mujeres la solución de los problemas de sus hijos, mientras pierden el control de sus propias vidas. El aumento dramático del maltrato de niños en muchas sociedades, sobre todo en los Estados Unidos, podría muy bien ser una expresión del desconcierto de la gente acerca de su vida familiar. Al expresarme así, no abrazo en absoluto el argumento neoconservador que culpa al feminismo, o a la liberación sexual, de los problemas de los niños. Estoy llamando la atención sobre un tema fundamental de nuestra sociedad que ha de abordarse sin prejuicios ideológicos: se está descuidando masivamente a los niños, como documentan los científicos sociales y los periodistas [154]. La solución no es el regreso imposible a una familia patriarcal obsoleta y opresiva. La reconstrucción de la familia bajo relaciones igualitarias y la responsabilidad de las instituciones públicas para proporcionar apoyo material y psicológico a los niños son modos posibles de alterar el curso hacia la destrucción masiva de la psique humana que está implícita en la actual inestabilidad vital de millones de niños.

La identidad corporal: la (re)construcción de la sexualidad

Se está produciendo una revolución sexual, pero no la anunciada y pretendida por los movimientos sociales de los años sesenta/setenta, aunque han sido factores importantes para inducir la realmente existente. *Se caracteriza por la desvinculación de matrimonio, familia, heterosexualidad y expresión sexual* (o deseo, como yo lo denomino). Estos cuatro factores, vinculados en el patriarcado moderno de los dos últimos siglos, ahora están en proceso de hacerse autónomos, como parecen mostrar diversas observaciones presentadas en este capítulo. En palabras de Giddens:

> Superficialmente, el matrimonio heterosexual parece retener su posición central en el orden social. En realidad, se ha visto socavado en buena medida por el surgimiento de la relación pura y la sexualidad plástica. Si el matrimonio ortodoxo aún no se considera ampliamente sólo un modo de vida entre otros, como en realidad ya es, se debe en parte al resultado de la mezcla complicada de atracción y repulsión que el desarrollo psíquico de cada sexo crea con respecto al otro [...] Puede que aún se contraigan algunos matrimonios, o que se sostengan, sobre todo en aras de producir o criar hijos. No obstante [...] es probable que la mayoría de los

---

[154] Susser, 1996.

matrimonios heterosexuales (y muchas uniones homosexuales) que no se aproximan a la relación pura evolucionen en dos direcciones, si no caen en la codependencia. Una es una suerte de matrimonio entre compañeros. El grado de participación sexual de los esposos es bajo, pero la relación incorpora cierto grado de igualdad y simpatía mutuas [...] La otra forma es cuando el matrimonio se usa como un hogar base para ambos cónyuges, que sólo tienen un ligero interés emocional el uno en el otro [155].

En ambos casos, la sexualidad se desvincula del matrimonio. Éste ha sido, en efecto, el caso de la mayoría de las mujeres a lo largo de la historia [156], pero la afirmación de la sexualidad de las mujeres, de la homosexualidad tanto de hombres como de mujeres y de la sexualidad electiva están induciendo una distancia creciente entre el deseo de las personas y sus vidas familiares. Sin embargo, esto no se traduce en liberación sexual, sino que, para la mayoría de la población, asustada por las consecuencias de la infidelidad (por la cual ahora también los hombres deben pagar), y, en las décadas de los ochenta y los noventa, por la epidemia de sida, la consecuencia es la pobreza sexual, cuando no la miseria. Al menos eso es lo que cabe inferir de la investigación empírica más amplia y reciente sobre la conducta sexual en los Estados Unidos, realizada en 1992 sobre una muestra nacional representativa [157]. Un 35,5% de los hombres indicó que practicaba el sexo tan sólo unas pocas veces al mes y otro 27,4%, unas pocas veces al año o ninguna vez. En cuanto a las mujeres, los porcentajes respectivos fueron del 37,2% y del 29,7%. Sólo el 7,7% de los hombres y el 6,7% de las mujeres informó que practicaba el sexo cuatro veces o más a la semana, e incluso en la cohorte de 18-24 años (la más activa sexualmente) el porcentaje de frecuencia elevada fue del 12,4% tanto para hombres como para mujeres. Las tasas de actividad elevada (más de cuatro veces semanales) es ligeramente inferior para las parejas casadas que para la población en general (7,3% para los hombres; 6,6% para las mujeres). Estos datos también confirman la brecha del género en los orgasmos que se comunican: el 75% de los encuentros sexuales para los hombres, sólo el 29% para las mujeres, si bien la brecha es más estrecha al informar del «placer» [158]. El número de parejas sexuales en los doce últimos meses muestra una gama limitada de emparejamientos para la gran mayoría de la población: el 66,7% de los hombres y el 74,7% de las mujeres habían tenido sólo una pareja; y el 9,9% y el 13,6%, respectivamente, no tenían ninguna. Así que no cabe hablar de revolución sexual en los Estados Unidos a comienzos de la década de los noventa.

No obstante, bajo la superficie de tranquilidad sexual, la rica base de

[155] Giddens, 1992, págs. 154 y 155.
[156] Buss, 1994.
[157] Laumann *et al.*, 1994.
[158] Laumann *et al.*, 1994, pág. 116.

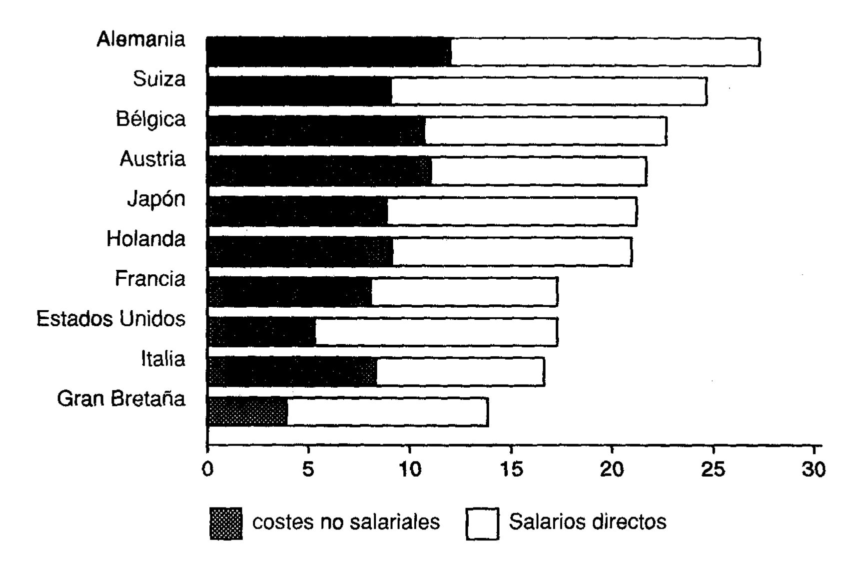


FIGURA 5.2 Costes salariales en la industria, 1994 (dólares por hora).

Fuente: Federación de Empresarios suecos, elaborado por *The Economist,* 27 de enero de 1996.

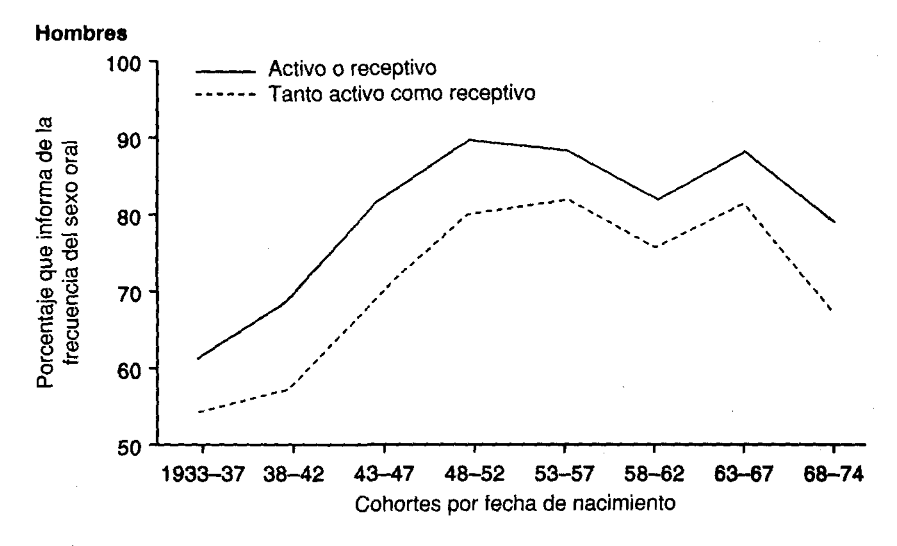
1. Pese a cierta desconexión del estado con la economía, sobre todo en lo referente al empleo directo y la regulación, aún tiene un papel económico considerable que requiere una financiación adicional aparte de los impuestos, aumentando así los pasivos financieros del estado, exceptuando al Reino Unido (véase figura 5.1).
2. El endeudamiento del gobierno, con la importante excepción de Japón, cada vez depende más del crédito exterior, hasta tal punto que ya supera las reservas de divisas de los bancos centrales y ensombrece los resultados de las exportaciones. Refleja el fenómeno más amplio de la brecha creciente entre un crecimiento de los mercados financieros globales más rápido que el aumento del comercio global.
3. El estado japonés ha logrado establecer cierta autonomía fiscal frente al capital extranjero. Sin embargo, lo ha hecho basándose en el endeudamiento interno, financiado con los ingresos de las grandes compañías japonesas, procedentes del proteccionismo y los resultados de la exportación; de este modo, la economía y el estado japoneses se han hecho adictos a los excedentes comerciales y al reciclaje de los beneficios en suelo japonés. Este estado de cosas condujo a la «economía de burbuja» de finales de los años ochenta y, después, cuando la burbuja estalló, a la recesión de comienzos de los noventa.

En general, el entrelazamiento de las economías nacionales, y la dependencia de las finanzas del gobierno de los mercados globales y del crédito exterior, ha creado las condiciones para una crisis fiscal internacional de los estados-nación, incluidos los más ricos y poderosos.

La globalización y el estado de bienestar

La globalización de la producción y la inversión también amenaza al *estado de bienestar*, un elemento clave de las políticas del estado-nación en el medio siglo pasado, y probablemente el componente básico de su legitimidad en los estados industrializados [11]. Ello es así porque cada vez resulta más contradictorio para las empresas operar en los mercados globalizados e integrados, mientras experimentan importantes diferenciales de costes en prestaciones sociales, así como diferentes grados de regulación entre los países. No sólo ocurre entre Norte y Sur, sino también entre los diferentes países de la OCDE; por ejemplo, los costes laborales relacionados con las prestaciones sociales son mucho más bajos en los Estados Unidos que en Alemania (véase la figura 5.2). Pero lo que es una ventaja comparativa de la localización de los Estados Unidos frente a Alemania, se convierte en una desventaja frente a México, tras la entrada en vigor del TLC. Puesto que las empresas, debido a la tecnología de la información, pueden localizarse en muchos lugares diferentes y seguir enlazadas a las redes y mercados globales de producción (véase vol. I, cap. 6), se produce entonces una espiral descendente de reducción de los costes sociales. Los límites a esa «competitividad negativa» en el pasado fueron dobles: por una parte, el desfase en cuanto a productividad y calidad entre los países protegía a los trabajadores de las economías avanzadas frente a los competidores menos desarrollados; por la otra, la presión interna inducía al proteccionismo, de modo que, mediante los aranceles, se aumentaba el precio de las importaciones hasta un nivel en el que se anulara la ventaja comparativa del abastecimiento externo. Ambos límites están desapareciendo. La nueva Organización Mundial de Comercio está estableciendo un sistema de vigilancia para detectar y penalizar las barreras al libre comercio. Aunque la política del comercio internacional condiciona la repercusión real de esos controles, parecería que, a menos que se produzca una inversión espectacular en el proceso de integración económica global, el proteccionismo flagrante a gran escala cada vez se encontrará más sometido a las represalias del resto de los países. En lo que respecta al retraso en cuanto a calidad y productividad, el estudio de Harley Shaiken sobre las fábricas de automóviles estadounidenses en México ha mostrado que la rápida puesta al día de los

[11] Wilensky, 1975; Janowitz, 1976; Navarro, 1994, 1995; Castells, 1996.



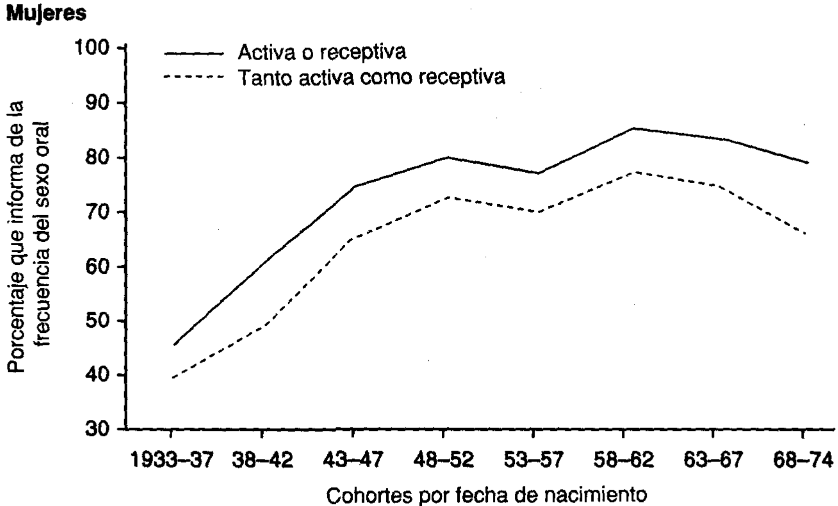


FIGURA 4.14 Frecuencia a lo largo de la vida del sexo oral por cohortes: hombres y mujeres.

Fuente: Laumann *et al.*, 1994.

prana a la necesidad de adaptarse a diferentes entornos y diferentes papeles de adultos. En términos sociológicos, el nuevo proceso de socialización minimiza hasta cierto punto las normas institucionales de la familia patriarcal y diversifica los papeles dentro de la familia. En su aguda exploración del tema, Hage y Powers proponen que, como resultado de tales procesos, surgen nuevas personalidades más complejas, menos seguras

y, sin embargo, más capaces de adaptarse a los roles cambiantes de los contextos sociales, a medida que las nuevas experiencias desencadenan mecanismos adaptativos a una edad temprana [163]. La individualización creciente de las relaciones dentro de la familia tiende a resaltar la importancia de las demandas personales más allá de las reglas de las instituciones. Así pues, la sexualidad se convierte, en el ámbito de los valores sociales, en una necesidad personal que no tiene que ser canalizada e institucionalizada necesariamente dentro de la familia. Cuando la mayoría de la población adulta y un tercio de los niños viven fuera de los límites de la familia nuclear tradicional, y cuando las proporciones van en aumento, la construcción del deseo opera cada vez más sobre las relaciones interpersonales fuera del contexto familiar tradicional: se convierte en una expresión del yo. La socialización de los adolescentes en estos nuevos patrones culturales conduce a un grado más elevado de libertad sexual que el de las generaciones previas, incluidas las de los liberales años sesenta, pese a la amenaza de la epidemia de sida.

Así pues, la revuelta de las mujeres contra su condición, inducida y permitida por su integración masiva en la mano de obra informacional, y los movimientos sociales de identidad sexual han puesto en entredicho a la familia nuclear patriarcal. Esta crisis ha tomado la forma de una separación creciente de las diferentes dimensiones que antes se mantenían juntas en la misma institución: la relación interpersonal de ambos miembros de la pareja; la vida laboral de cada miembro del hogar; la asociación económica entre los miembros del hogar; la realización de las labores domésticas; la crianza de los hijos; la sexualidad; el apoyo emocional. La dificultad de desempeñar todos estos roles al mismo tiempo, una vez que ya no están fijados en una estructura formal institucionalizada, como la familia patriarcal, explica la dificultad de mantener relaciones sociales estables dentro del hogar basado en la familia. Para que éstas sobrevivan, han de surgir nuevas formas institucionalizadas de relación social, de acuerdo con las relaciones transformadas entre los géneros.

Al mismo tiempo, el cambio tecnológico en la reproducción biológica ha permitido disociar la reproducción de la especie de las funciones sociales y personales de la familia. Las posibilidades de la fecundación in vitro, de los bancos de esperma, de las madres de alquiler, de los bebés de la ingeniería genética, abren todo un campo de experimentación que la sociedad tratará de controlar y reprimir lo más posible debido a su amenaza potencial a nuestros cimientos morales y legales. No obstante, el hecho de que las mujeres puedan tener hijos propios sin ni siquiera conocer al padre, o que los hombres, incluso tras la muerte, puedan utilizar madres de alquiler para tener a sus hijos, corta la relación fundamental entre biolo-

[163] Hage y Powers, 1992.

tacular entre mediados de la década de los ochenta y mediados de la de los noventa[21]. La televisión y la radio se privatizaron a gran escala, y las cadenas gubernamentales que quedaron con frecuencia acabaron no distinguiéndose de la televisión privada, ya que se sometieron a la disciplina de los índices de audiencia y a los ingresos de la publicidad[22]. Los periódicos se concentraron en grandes consorcios, a menudo con el respaldo de grupos financieros. Y, lo que es más importante, los negocios de los medios de comunicación se hicieron globales, con el capital, el talento, la tecnología y la propiedad de las empresas girando por todo el mundo, fuera del alcance de los estados-nación (véase fig. 5.3). No se deduce de ello que los estados no tengan una influencia en los medios de comunicación. Los gobiernos siguen controlando medios importantes, poseen acciones y tienen mecanismos de influencia en una amplia gama de los medios de comunicación del mundo*. Y el mundo de los negocios se cuida mucho de irritar a los guardianes de los mercados potenciales: cuando el Star Channel de Murdoch fue reprendido por el gobierno de China debido a sus opiniones liberales sobre la política china, Star se congració con él cancelando el servicio de noticias de la BBC de la programación china del canal e invirtiendo en una edición telefónica del *Diario del Pueblo*. Pero si los gobiernos siguen conservando influencia sobre los medios, han perdido gran parte de su poder, excepto en los medios que se encuentran bajo el control directo de los estados autoritarios. Es más, los medios necesitan mostrar su independencia como un ingrediente clave de su credibilidad, no sólo frente a la opinión pública, sino con respecto a la pluralidad de ostentadores del poder y anunciantes, ya que el sector de la publicidad es el cimiento económico de las empresas de medios de comunicación. Si un medio determinado se liga demasiado a una opción política explícita o reprime de forma sistemática cierto tipo de información, restringirá su audiencia a un segmento relativamente pequeño, apenas será capaz de obtener beneficios en el mercado y no atraerá el interés de la mayoría del público. Por otra parte, cuanto más independiente, abierto y creíble es un medio, más atrae información, vendedores y compradores de un amplio espectro. La independencia y profesionalidad no sólo son ideologías gratificantes para los medios de comunicación: también se traducen en buenos negocios, incluida a veces la posibilidad de vender su independencia a un precio más elevado cuando surge la ocasión.

Una vez que se reconoce la independencia de los medios, y una vez

---

[21] MacDonald, 1990; Doyle, 1992; Pérez-Tabernero *et al.*, 1993; Instituto Dentsu de Estudios Humanos, 1994; *The Economist*, 1994, 1996.

[22] Pérez-Tabernero *et al.*, 1993.

* Es revelador, en este sentido, el esfuerzo del gobierno del Partido Popular en España en 1997 para controlar la televisión digital, favoreciendo a un grupo empresarial afín, en contra del proyecto más avanzado del grupo PRISA, por considerarlo hostil a su partido.

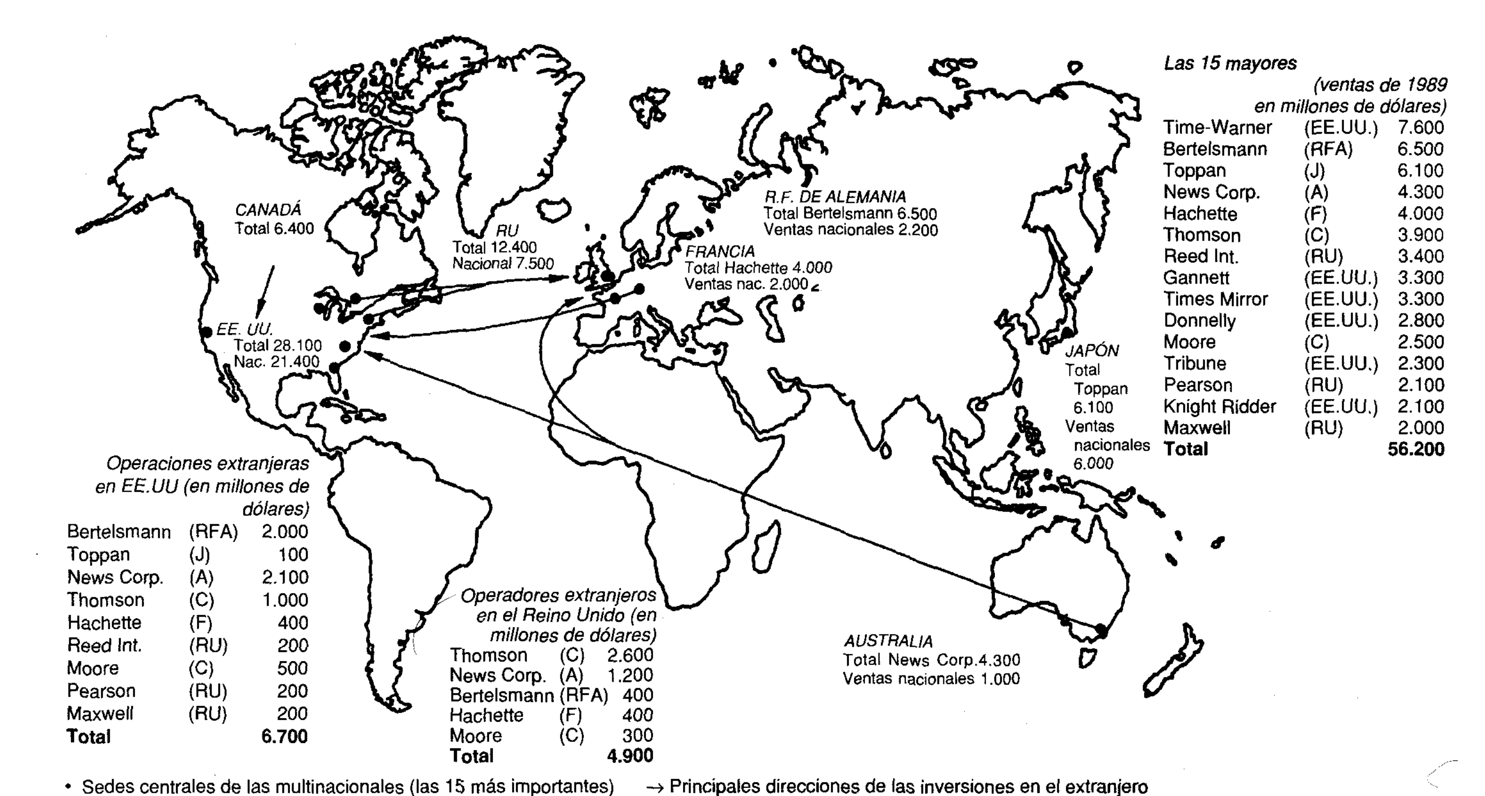


FIGURA 5.3 Volumen y localización de las actividades de las 15 mayores multinacionales de edición y medios de comunicación (Alemania, Canadá, Francia y Australia son las principales exportadoras; los Estados Unidos y el Reino Unido, los principales importadores)

Fuente: Fortune (23 de abril de 1990) e informes anuales de las compañías, elaborados por MacDonald, 1990.

5

¿EL ESTADO IMPOTENTE?

En 1978, Nicos Poulantzas escribió: «Lo específico del estado capitalista es que absorbe el tiempo y espacio sociales, establece sus matrices y monopoliza su organización, convirtiéndolos, por su acción, en redes de dominio y poder. Por eso, la nación moderna es producto del estado» [1]. Ya no es así. El control estatal sobre el espacio y el tiempo se ve superado cada vez más por los flujos globales de capital, bienes, servicios, tecnología, comunicación y poder. La captura, por parte del estado, del tiempo histórico mediante su apropiación de la tradición y la (re)construcción de la identidad nacional es desafiada por las identidades plurales definidas por los sujetos autónomos. El intento del estado de reafirmar su poder en el ámbito global desarrollando instituciones supranacionales socava aún más su soberanía. Y su esfuerzo por restaurar la legitimidad descentralizando el poder administrativo regional y local refuerza las tendencias centrífugas, al acercar a los ciudadanos al gobierno pero aumentar su desconfianza hacia el estado-nación. Así pues, mientras que el capitalismo global prospera y las ideologías nacionalistas explotan por todo el mundo, el estado-nación, tal y como se creó en la Edad Moderna de la historia, parece estar perdiendo su poder, aunque, y

[1] Poulantzas, 1978, pág. 109; la traducción es mía.

su derrota final, llegará la pérdida de una piedra angular del poder estatal.

En general, la globalización/localización de los medios y de la comunicación electrónica equivale a la desnacionalización y desestatificación de la información, siendo las dos tendencias inseparables hasta el momento.

¿Un mundo sin ley?

La globalización del crimen subvierte aún más el estado-nación, transformando profundamente los procesos de gobierno y paralizando en muchos casos al estado. Ésta es una tendencia crucial que se reconoce con tanta facilidad como se hace caso omiso de sus consecuencias[28]. Un capítulo completo (en el volumen III, cap. 3) analiza la que es una de las tendencias más importantes de nuestro mundo, y distintiva con respecto a otros periodos, pero es necesario, en este punto del argumento, incluir una tendencia tan crucial en nuestra compresión de la crisis actual del estado-nación. No es nueva la capacidad de penetración del crimen y su repercusión en la política, pero sí la vinculación global del crimen organizado, su condicionamiento de las relaciones internacionales, tanto económicas como políticas, debido a la escala y el dinamismo de la economía criminal. Es nueva la profunda penetración, y eventual desestabilización, de los estados nacionales en una variedad de contextos, bajo la influencia del crimen transnacional. Aunque el tráfico de drogas es el sector industrial más significativo en la nueva economía criminal, toda clase de tráficos ilícitos se unen en este sistema en la sombra que extiende su alcance y poder sobre el mundo: armas, tecnología, materiales radioactivos, obras de arte, seres humanos, órganos humanos, asesinos de alquiler y contrabando de cualquier artículo rentable de un lugar a otro, se conectan a través de la madre de todos los delitos: el blanqueo de dinero. Sin él, la economía criminal no sería global ni muy rentable. Y, a través del blanqueo de dinero, la economía criminal se conecta con los mercados financieros globales, de los cuales es un componente considerable y una fuente de especulación constante. Según la Conferencia de la ONU sobre la Economía Criminal Global celebrada en Nápoles en octubre de 1994[29], un cálculo razonable establecería la cifra del capital procedente de fuentes ilegales que se blanquea en el sistema financiero global en torno a los 750.000 millones de dólares anuales. Estos flujos de capital deben ser procesados con mayor movilidad y flexibilidad que los que se originan en cualquier otra industria, ya que su circulación constante es lo que les per-

---

[28] Arrieta *et al.,* 1991; Roth y Frey, 1992; Smith, 1993; Lodato, 1994; Sterling, 1994; Golden, 1995; Handelman, 1995; Johnson, 1995; WuDunn, 1996.

[29] ONU, Consejo Económico y Social, 1994.

El núcleo transnacional de las economías nacionales

La interdependencia de los mercados financieros y de divisas de todo el mundo, que operan como una unidad en tiempo real, vincula las divisas nacionales. El cambio constante entre dólares, yenes y las divisas de la Unión Europea (euros en el futuro) obliga a la coordinación sistémica de esas divisas como única medida capaz de mantener cierto grado de estabilidad en el mercado de divisas y, de este modo, en la inversión y comercio globales. El resto de las divisas del mundo han quedado ligadas, para todos los fines prácticos, a este triángulo de riqueza. Si el tipo de cambio es sistémicamente interdependiente, también lo son, o lo serán, las políticas monetarias. Y si las políticas monetarias siguen cierta coordinación supranacional, también lo hacen, o lo harán, los tipos de interés preferencial y, en definitiva, las políticas presupuestarias. De ello se deduce que los estados-nación individuales están perdiendo y perderán el control sobre elementos fundamentales de sus políticas económicas[5]. De hecho, ya sucedió en los países en vías de desarrollo en la década de los ochenta y en los europeos durante los comienzos de los años noventa. Barbara Stallings ha mostrado cómo las políticas económicas de los países en vías de desarrollo fueron moldeadas durante la década de los ochenta por las presiones internacionales, ya que las instituciones financieras internacionales y los bancos privados se movilizaron para estabilizar las economías en desarrollo como un prerrequisito para el comercio y la inversión internacionales[6]. En la Unión Europea, el Bundesbank ya es *de facto* el banco central europeo. Por ejemplo, cuando, para controlar la inflación alemana, tras la irresponsable decisión del gobierno de establecer el tipo de cambio de un marco occidental por un marco oriental para unificar Alemania, restringió los tipos de interés, forzó a una deflación en toda Europa, independientemente de la marcha de las economías nacionales. En 1992, el Bundesbank llegó tan lejos como para filtrar a los medios de comunicación sus críticas a la política monetaria británica con el fin de forzar la devaluación de la libra, como acabó ocurriendo.

---

trastara los procesos actuales de interacción de tecnología, globalización de la economía y las comunicaciones, e instituciones políticas con una experiencia pasada de una transformación similar. Confío en que algunos colegas emprendan tal esfuerzo, sobre todo los historiadores, y estaría más que feliz de rectificar mis afirmaciones teóricas en virtud de los resultados de esa investigación. Hasta el momento, los escasos intentos que conozco en esa dirección prestan, en mi opinión, una atención insuficiente a los procesos radicalmente nuevos en la tecnología, las finanzas, la producción, las comunicaciones y la política, de tal modo que, aunque puedan estar en lo cierto en cuanto a los datos históricos, no queda claro por qué el presente es sólo una repetición de la experiencia pasada, más allá de la opinión bastante pedestre de que no hay nada nuevo bajo el sol.

[5] Moreau Deffarges, 1993; *Business Week*, 1995a; Orstrom Moller, 1995; Cohen, 1996.

[6] Stallings, 1992.

La política económica japonesa se determina esencialmente por la relación entre la balanza comercial y el tipo de cambio con Estados Unidos. En cuanto a éste último, la economía más autosuficiente, sólo pudo seguir siéndolo, pese a un considerable déficit comercial durante la década de los ochenta, financiando el aumento del gasto gubernamental mediante la deuda, en buena medida de préstamos de capital extranjero. Al hacerlo así, la prioridad de la política económica estadounidense de los años noventa pasó a ser la reducción del gigantesco déficit presupuestario, que amenazaba con convertirse en el agujero negro de la economía mundial. Su independencia económica era una ilusión, que probablemente se disipará en el futuro, cuando los niveles de vida reflejen la competitividad en la economía global, una vez que se levante el colchón de los préstamos masivos al gobierno, que quedaron fuera de control durante el mandato del presidente Reagan [7]. Cabe sostener que el grado de libertad que tienen los gobiernos para establecer su política económica se ha reducido de forma drástica en los años noventa, pues su política presupuestaria se ve atrapada entre los derechos automáticos heredados del pasado y la elevada movilidad del capital experimentada en el presente, y que probablemente aumentará en el futuro [8].

Esta dificultad creciente del gobierno para controlar la economía (un hecho celebrado por muchos economistas liberales) se ve acentuada por el aumento de la transnacionalización de la producción, no sólo debido a la repercusión de las empresas multinacionales, sino sobre todo a las redes de producción y comercio en las que las empresas están integradas [9]. De ahí se infiere que desciende la capacidad de los gobiernos para asegurar en sus territorios la base productiva para generar ingresos. Cuando las empresas y las personas ricas encuentran paraísos fiscales en todo el mundo y cuando la contabilidad del valor añadido en un sistema de producción internacional se vuelve cada vez más dificultosa, surge una nueva crisis fiscal del estado, como expresión de una contradicción creciente entre la internacionalización de la inversión, la producción y el consumo, por una parte, y las bases nacionales de los sistemas fiscales, por la otra [10]. ¿Es un accidente que los dos países más ricos del mundo, en términos per cápita, sean Luxemburgo y Suiza? Muy bien pudiera ser que una de las últimas batallas del estado-nación se estuviera luchando en el espacio de la cibercontabilidad, entre los concienzudos inspectores fiscales y los sofisticados abogados transnacionales.

---

[7] Thurow, 1992; Cohen, 1993.
[8] Chesnais, 1994; Nunnenkamp *et al.*, 1994.
[9] Buckley, 1994.
[10] Guehenno, 1993.

Un intento de evaluación estadística de la nueva crisis fiscal del estado en la economía global

En este punto del análisis, puede que sea útil observar la evolución de las finanzas de los gobiernos en el periodo de aceleración de la globalización de las economías nacionales, entre 1980 y comienzos de los años noventa. Para limitar la complejidad del análisis, he seleccionado seis países: las tres economías de mercado mayores (Estados Unidos, Japón y Alemania); la más abierta de las economías europeas mayores (Reino Unido); otro país europeo, España, que, aunque es la décima economía de mercado del mundo, presenta un grado de desarrollo económico/tecnológico inferior al de los países del G-7; y una importante economía del mundo de industrialización reciente, la India. A partir de las estadísticas compiladas y elaboradas por mi ayudante Sandra Moog, se han confeccionado los cuadros 5.1 y 5.2, que presentan una visión general de algunos indicadores de las finanzas públicas y de la actividad económica relacionados con el proceso de internacionalización de las economías. No entraré en detalles, sino que utilizaré estos cuadros para ampliar y especificar el argumento sobre la globalización y el estado presentado en las páginas precedentes.

Examinemos primero el grupo de los cuatro países (Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y España) que parecen seguir, en términos muy amplios, líneas similares, si bien con diferencias que resaltaré. Los gastos gubernamentales han aumentado y ahora representan entre un cuarto y más del 40% del PIB. Los puestos de trabajo en la administración han descendido en todas partes. La proporción del consumo del gobierno ha disminuido en los tres países principales, mientras que ha ascendido en España. La proporción de la formación de capital del gobierno ha aumentado en los Estados Unidos y descendido en Alemania. Los ingresos fiscales de los gobiernos centrales han disminuido en los Estados Unidos, mientras que han subido en el resto de los países, de forma considerable en España. El déficit gubernamental ha aumentado, y lo ha hecho sustancialmente en los Estados Unidos y Alemania. La deuda del gobierno ha descendido en el Reino Unido, aunque aún representa en torno al 34% del PIB, y ha aumentado de forma espectacular en España, Alemania y los Estados Unidos, donde en 1992 representaba el 52,2% del PIB. La financiación del déficit gubernamental ha llevado a los cuatro países a incrementar, en algunos casos de forma cuantiosa, la dependencia de la deuda externa y el crédito neto exterior. La relación de la deuda externa y el crédito neto exterior con el PIB, las reservas de divisas de los bancos centrales, los gastos del gobierno y las exportaciones de los países muestran, en términos generales, *una dependencia creciente de los gobiernos de los mercados de capital globales*. Así pues, para los Estados Unidos, entre 1980 y 1993, la deuda externa del gobierno como porcentaje del PIB se

CUADRO 5.1 Internacionalización de la economía y las finanzas públicas: tipos de cambio porcentuales, 1980-1993 (y ratios de 1993 a menos que se indique lo contrario).

	Estados Unidos	*Reino Unido*	*Alemania*	*Japón*	*España*	*India*
Deuda externa/	104,2	31,8	538,5(p)	0,0	1.066,7	–25,3
PIB	(9,8)	(5,8/1992)	(16,6)(p)	(0,3/1990)	(10,5)	(5,9)
Deuda externa/	20,1	44,7	325,3(p)	9,9	674,5	–16,5
reservas de divisas	(998,6)	(168,1/1992)	(368,4)(p)	(12,2/1990)	(121,6)	(149,4)
Deuda externa/	133,0	50,5	590,8(p)	9,5	795,5	–55,6
exportaciones	(134,0)	(32,2/1992)	(75,3)(p)	(2,3/1990)	(79,7)	(70,7)
Deuda externa/	92,2	17,5	423,5(p)	—	586,8	–40,7
gastos gobierno	(41,7)	(13,5/1992)	(44,5)(p)	—	(36,4)	(35,4)
Crédito neto	203,0	787,5	223,4(p)	—	—	10,3
exterior/gastos g.	(6,12)	(14,2/1992)	(15,2)(p)	—	—	(4,3)
Inversión directa en	52,8	44,4	52,2	57,1	183,3	—
el extranjero/	(5,5)	(17,9)	(3,5)	(1,1)	(2,8)	—
inversión interna						
Afluencia de inver.	–35,5	–8,9	–50,0	—	236,7	—
extranjera directa/	(2,0)	(10,2)	(0,1)	—	(8,6)	—
inversión interna						

(p) indica datos preliminares.

Nota: Para las cifras y detalles sobre las fuentes y métodos de cálculo, consúltese el apéndice metodológico.

Fuente: Compilado y elaborado por Sandra Moog de las fuentes siguientes: *Government Finance Statistics Yearbook*, vol. 18, Washington D.C., FMI, 1994; *International Financial Statistics Yearbook*, vol. 48, Washington D.C., FMI, 1995; *The Europa World Yearbook*, Londres, Europa Publications, 1982, 1985, 1995; *National Accounts: Detailed Tables, 1980-1992*, vol. 2, París OCDE, 1994; *OECD Economic Outlook*, vol. 58, París, OCDE, 1995; *World Tables, 1994*, Banco Mundial, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.

CUADRO 5.2 Papel del gobierno en la economía y las finanzas públicas: tipos de cambio porcentuales, 1980-1992 (y ratios de 1992, *a menos que se indique lo contrario*).

	Estados Unidos	*Reino Unido*	*Alemania*	*Japón*	*España*	*India*
Gasto gubernamental/	9,1	13,1	19,7	—	49,4	29,3(p)
PIB	(24,0)	(43,2)	(34,6)		(25,1)	(17,2)(p)
Ingresos fiscales	–15,6	8,0	11,6(p)	18,2	64,2	17,3(p)
presupuestarios/	(10,8)	(27,0)	(13,5)(p)	(13,0/1990)	(17,4/1991)	(11,2)(p)
PIB						
Déficit presup./	42,9	8,7	44,4	–78,6	16,2	20,0(p)
PIB	(4,8)	(5,0)	(2,6)	(1,5/1990)	(4,3)	(5,2)(p)
Deuda gob./PIB	91,9	–26,0	78,1	30,1	160,8	28,2(p)
......	(52,2)	(34,1)	(28,5)	(53,2/1990)	(39,9)	(52,8)(p)
Empleo gob./	–4,7	–3,1	–0,6	–20,9	—	—
empleo total	(16,2)	(22,2)	(16,4)	(7,2)		
Formación capital	21,2	—	–7,0	—	—	—
gob./form. bruta	(16,0)		(27,9)			
de capital						
Consumo gob./	–6,9	–2,7	–8,1	66,3	33,8	40,2 (p)
consumo privado	(27,2)	(34,5)	(32,7)	(16,3)	(26,9)	(19,0)(p)

(p) Indica datos preliminares.

Nota: Para las cifras y detalles sobre las fuentes y métodos de cálculo, consúltese el apéndice metodológico.

Fuente: Compilado y elaborado por Sandra Moog de las fuentes siguientes: *Government Finance Statistics Yearbook,* vol. 18, Washington D.C., FMI, 1994; *International Financial Statistics Yearbook,* vol. 48, Washington D.C., FMI, 1995; *The Europa World Yearbook,* Londres, Europa Publications, 1982, 1985, 1995; *National Accounts: Detailed Tables, 1980-1992,* vol. 2, París OCDE, 1994; *OECD Economic Outlook,* vol. 58, París, OCDE, 1995; *World Tables, 1994,* Banco Mundial, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.

duplicó con creces; como porcentaje de las reservas de divisas, aumentó hasta un 20% y, en 1993, representaba casi diez veces el nivel de las reservas de divisas totales; como porcentaje de las exportaciones, ascendió hasta un 133%; y como porcentaje de los gastos gubernamentales, casi se duplicó, para alcanzar el 41,7% de los gastos totales. En cuanto al crédito neto exterior, ascendió en estos catorce años hasta un asombroso 456%, aumentando un 203% su relación con el gasto gubernamental, para alcanzar un nivel equivalente al 6% del gasto gubernamental. Como la inversión directa en el extranjero de los Estados Unidos aumentó hasta un 52,8%, mientras que la afluencia de inversión extranjera directa disminuyó hasta un 35,5%, cabe sostener que el gobierno federal de los Estados Unidos se ha vuelto en buena medida dependiente de los mercados de capital globales y el crédito exterior.

La historia es algo diferente para el Reino Unido, Alemania y España, pero las tendencias son similares. Es importante tener en cuenta que, mientras que el Reino Unido parece ser menos dependiente, Alemania está aumentando su dependencia del capital extranjero mucho más deprisa que los Estados Unidos, como muestran varios indicadores: la deuda externa del gobierno en relación con el PIB (aumento del 538,5%), en relación con las reservas de divisas (aumento del 325,3%) y en relación con las exportaciones (aumento del 590,8%). El crédito neto exterior del gobierno alemán ha alcanzado un nivel que supera el 15% del gasto gubernamental y su deuda externa es equivalente al 44,5% del gasto gubernamental, en ambos casos porcentajes más elevados que los de los Estados Unidos. Así pues, pese a unos buenos resultados de las exportaciones en la década de los ochenta, Alemania, a diferencia de Japón, ha incrementado de forma considerable la dependencia internacional de su estado nacional.

Resulta bastante interesante que India, pese a haber aumentado el gasto del gobierno, el consumo y el endeudamiento, parezca ser mucho menos dependiente de la deuda externa: en efecto, todos sus indicadores de dependencia financiera muestran un crecimiento negativo para el periodo, con la excepción de la relación entre el crédito exterior del gobierno y el gasto gubernamental, que se sigue manteniendo a un nivel modesto. Un aumento considerable de la proporción de los ingresos fiscales en el PIB es sólo parte de la explicación, siendo la principal, la sustancial aceleración del crecimiento económico en India en la última década. Sin embargo, debe destacarse que, aunque el tipo de cambio de los indicadores de la dependencia financiera del gobierno en India haya sido negativo durante el periodo, el grado de dependencia sigue siendo muy elevado (la deuda externa representa más del 70% de las exportaciones y casi el 150% de las reservas de divisas).

Como suele ocurrir, Japón es diferente. Su gobierno no se vio afectado por el crédito exterior durante la década de los ochenta. Su déficit presupuestario en relación con el PIB es, con mucho, el más bajo y des-

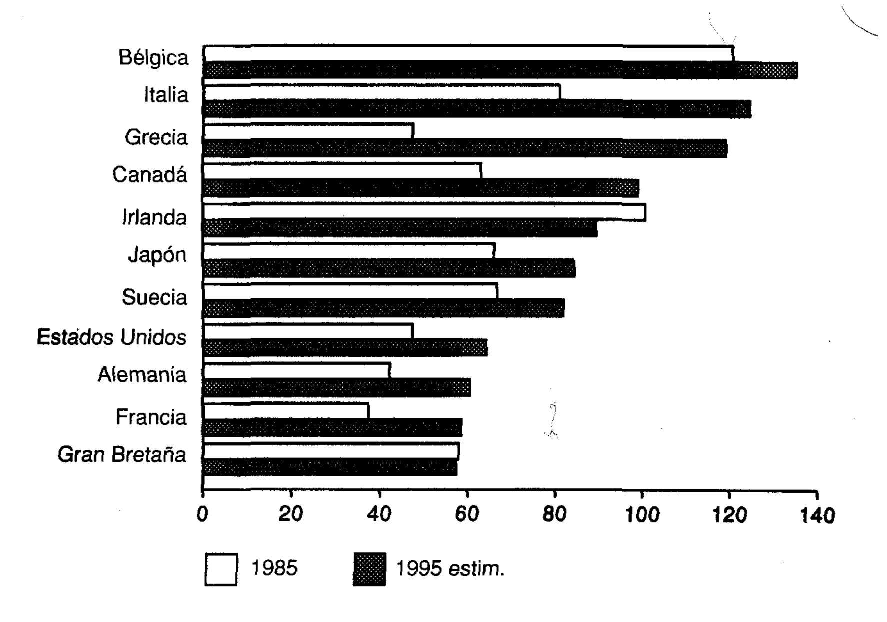


FIGURA 5.1 Pasivos financieros netos del gobierno (porcentaje del PIB).

Fuente: OCDE, elaborado por *The Economist*, 20 de enero de 1996.

cendió de forma considerable durante el periodo 1980-1993. Por otra parte, el consumo del gobierno aumentó, al igual que su deuda, y Japón presenta una relación entre la deuda y el PIB (más del 50%) tan elevada como la estadounidense. Estas observaciones indican que las finanzas del gobierno japonés se sustentan en el endeudamiento interno. También reflejan la mayor competitividad de la economía japonesa y el considerable superávit en las balanzas comercial y de pagos acumulado por el país. Así que el estado japonés es mucho más autónomo que otros frente al resto del mundo, pero su economía es mucho más dependiente de los resultados del comercio internacional, ya que el capital japonés financia a su gobierno con las ganancias de su competitividad. De este modo, lo que parece ser una excepción a la regla de la dependencia del gobierno y su creciente déficit, no lo es. Las grandes empresas japonesas dominan la economía mundial y su competitividad financia al estado, cuyo consumo ha aumentado mucho más de prisa que en cualquiera de los demás países estudiados. El estado japonés muestra una dependencia financiera de segundo orden respecto a los movimientos de la economía internacional, vía su endeudamiento con los bancos japoneses, que acumulan los beneficios de sus *keiretsu*.

Cabe subrayar tres grandes tendencias en lo que respecta a los argumentos presentados en este capítulo:

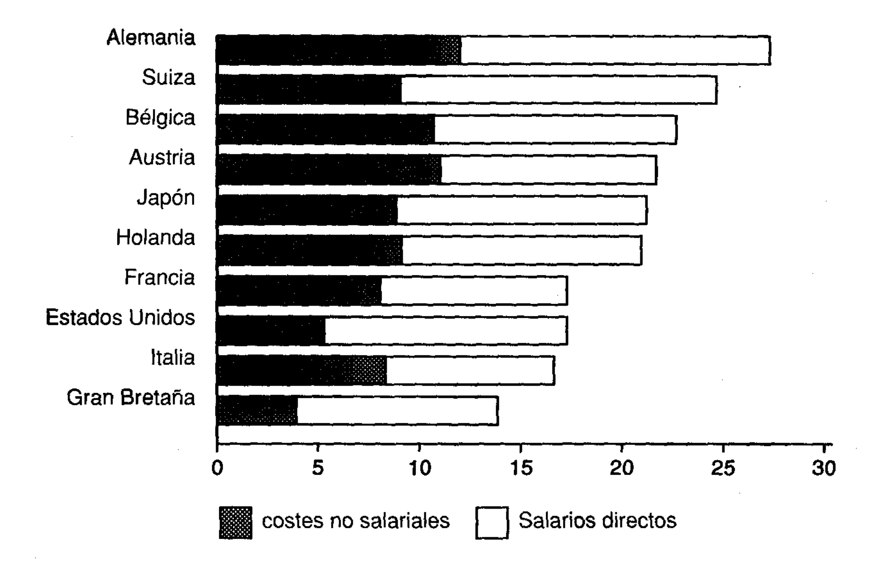


FIGURA 5.2 Costes salariales en la industria, 1994 (dólares por hora).

Fuente: Federación de Empresarios suecos, elaborado por *The Economist,* 27 de enero de 1996.

1. Pese a cierta desconexión del estado con la economía, sobre todo en lo referente al empleo directo y la regulación, aún tiene un papel económico considerable que requiere una financiación adicional aparte de los impuestos, aumentando así los pasivos financieros del estado, exceptuando al Reino Unido (véase figura 5.1).
2. El endeudamiento del gobierno, con la importante excepción de Japón, cada vez depende más del crédito exterior, hasta tal punto que ya supera las reservas de divisas de los bancos centrales y ensombrece los resultados de las exportaciones. Refleja el fenómeno más amplio de la brecha creciente entre un crecimiento de los mercados financieros globales más rápido que el aumento del comercio global.
3. El estado japonés ha logrado establecer cierta autonomía fiscal frente al capital extranjero. Sin embargo, lo ha hecho basándose en el endeudamiento interno, financiado con los ingresos de las grandes compañías japonesas, procedentes del proteccionismo y los resultados de la exportación; de este modo, la economía y el estado japoneses se han hecho adictos a los excedentes comerciales y al reciclaje de los beneficios en suelo japonés. Este estado de cosas condujo a la «economía de burbuja» de finales de los años ochenta y, después, cuando la burbuja estalló, a la recesión de comienzos de los noventa.

En general, el entrelazamiento de las economías nacionales, y la dependencia de las finanzas del gobierno de los mercados globales y del crédito exterior, ha creado las condiciones para una crisis fiscal internacional de los estados-nación, incluidos los más ricos y poderosos.

La globalización y el estado de bienestar

La globalización de la producción y la inversión también amenaza al *estado de bienestar*, un elemento clave de las políticas del estado-nación en el medio siglo pasado, y probablemente el componente básico de su legitimidad en los estados industrializados [11]. Ello es así porque cada vez resulta más contradictorio para las empresas operar en los mercados globalizados e integrados, mientras experimentan importantes diferenciales de costes en prestaciones sociales, así como diferentes grados de regulación entre los países. No sólo ocurre entre Norte y Sur, sino también entre los diferentes países de la OCDE; por ejemplo, los costes laborales relacionados con las prestaciones sociales son mucho más bajos en los Estados Unidos que en Alemania (véase la figura 5.2). Pero lo que es una ventaja comparativa de la localización de los Estados Unidos frente a Alemania, se convierte en una desventaja frente a México, tras la entrada en vigor del TLC. Puesto que las empresas, debido a la tecnología de la información, pueden localizarse en muchos lugares diferentes y seguir enlazadas a las redes y mercados globales de producción (véase vol. I, cap. 6), se produce entonces una espiral descendente de reducción de los costes sociales. Los límites a esa «competitividad negativa» en el pasado fueron dobles: por una parte, el desfase en cuanto a productividad y calidad entre los países protegía a los trabajadores de las economías avanzadas frente a los competidores menos desarrollados; por la otra, la presión interna inducía al proteccionismo, de modo que, mediante los aranceles, se aumentaba el precio de las importaciones hasta un nivel en el que se anulara la ventaja comparativa del abastecimiento externo. Ambos límites están desapareciendo. La nueva Organización Mundial de Comercio está estableciendo un sistema de vigilancia para detectar y penalizar las barreras al libre comercio. Aunque la política del comercio internacional condiciona la repercusión real de esos controles, parecería que, a menos que se produzca una inversión espectacular en el proceso de integración económica global, el proteccionismo flagrante a gran escala cada vez se encontrará más sometido a las represalias del resto de los países. En lo que respecta al retraso en cuanto a calidad y productividad, el estudio de Harley Shaiken sobre las fábricas de automóviles estadounidenses en México ha mostrado que la rápida puesta al día de los

---

[11] Wilensky, 1975; Janowitz, 1976; Navarro, 1994, 1995; Castells, 1996.

trabajadores mexicanos igualaba la productividad de los estadounidenses en unos dieciocho meses. Se han observado procesos similares en Asia [12]. Y (los europeos deberían recordarlo) la productividad laboral estadounidense sigue siendo la más alta del mundo, eliminando así un diferencial potencial de competitividad europea que aún podría permitir un generoso estado de bienestar. En una economía cuyos mercados centrales de capital, bienes y servicios se integran cada vez más a escala global, queda poco espacio para estados de bienestar muy diferentes en economías con niveles relativamente similares de productividad laboral y calidad productiva. Sólo un contrato social global (que redujera la brecha sin igualar necesariamente las condiciones sociales y laborales), ligado a acuerdos arancelarios internacionales, podría evitar la desaparición de los estados de bienestar más generosos. No obstante, puesto que en la nueva economía global, liberalizada e interconectada, ese contrato de largo alcance es improbable, los estados de bienestar están reduciendo su tamaño a un denominador común inferior que mantiene la marcha en espiral hacia abajo [13]. Al hacerlo, se desvanece un componente fundamental de la legitimidad y estabilidad del estado-nación, no sólo en Europa, sino en todo el mundo, desde los estados de bienestar de las clases medias de Chile o México hasta los restos de los estados de bienestar estatistas de Rusia, China o India, o el estado de bienestar urbano en los Estados Unidos inducido por las luchas sociales de los años sesenta.

Así pues, el estado-nación cada vez es más impotente para controlar la política monetaria, decidir su presupuesto, organizar la producción y el comercio, recabar los impuestos sobre sociedades y cumplir sus compromisos para proporcionar prestaciones sociales. En suma, ha perdido la mayor parte de su poder económico, si bien aún cuenta con cierta capacidad regulatoria y un control relativo sobre sus súbditos.

Redes globales de comunicación, audiencias locales y reguladores estatales

Las perspectivas de una regulación y control nacionales no son mucho mejores en otro ámbito decisivo del poder estatal: los medios y la comunicación. El control de la información y el entretenimiento y, mediante ellos, de las opiniones e imágenes ha sido, a lo largo de la historia, el instrumento de sostén del poder estatal, que se perfeccionaría en la era de los medios de comunicación de masas [14]. En este ámbito, el estado-nación se enfrenta a tres importantes retos interconectados: la globalización y el entrecruzamiento de la propiedad; la flexibilidad y la penetración de la

[12] Shaiken, 1990; Rodgers, 1994.
[13] Sengenberger y Campbell, 1994; Navarro, 1995; Castells, 1996.
[14] Mattelart, 1991.

tecnología; la autonomía y la diversidad de los medios de comunicación (véase vol. I, cap. 5). De hecho, ya se ha rendido a ellos en la mayoría de los países [15]. Hasta comienzos de los años ochenta, con la excepción importante de los Estados Unidos, la mayoría de las televisiones del mundo estaban controladas por el gobierno, y las radios y los periódicos estaban bajo la coacción potencial de la buena voluntad del gobierno, incluso en los países democráticos. Hasta en los Estados Unidos, la Comisión Federal de Comunicaciones ejercía un estrecho control sobre los medios electrónicos, no siempre exento de sesgos de intereses especiales [16], y las tres principales cadenas de televisión monopolizaban el 90% de la audiencia, encuadrando, si no moldeando, la opinión pública. Todo cambió en una década [17], por el impulso de la tecnología. La diversificación de los modos de comunicación, el enlace de todos los medios en un hipertexto digital, que abrió la vía para el multimedia interactivo, y la incapacidad para controlar las emisiones de los satélites a través de las fronteras o la comunicación por ordenador mediante línea telefónica, acabaron con las formas tradicionales de defensa reguladora. La explosión de las telecomunicaciones y el desarrollo del cable proporcionaron los vehículos para un poder de emisión sin precedentes. El mundo de los negocios observó la tendencia y aprovechó la oportunidad. Se realizaron megafusiones y se movilizó capital a lo largo del mundo para tomar posición en la industria de los medios, una industria que podía unir el poder en las esferas económica, cultural y política [18]. Durante la década de los ochenta, se presionó a los gobiernos nacionales de varias formas [19]: opinión pública, o publicada, que clamaba por la libertad y la diversidad de los medios de comunicación; compra de los medios nacionales en dificultades; distribución en diversos medios de comunicación de opiniones de columnistas que escribían la apología de la comunicación sin cortapisas; promesas de complacencia política, si no apoyo, para casi todos los que estaban en el poder o que tuvieran la posibilidad de estarlo en el futuro; y, no menos importante, beneficios personales para aquellos cargos públicos que fueran condescendientes. La política simbólica, al asimilar la liberalización de los medios con la modernización tecnológica, desempeñó un importante papel para inclinar la opinión de la elite en favor del nuevo sistema de medios de comunicación [20]. Apenas hay un país, con excepción de China, Singapur y el mundo fundamentalista islámico, donde la estructura institucional y comercial de los medios no experimentara un giro espec-

15 Blumenfield, 1994; Brenner, 1994; Chong, 1994; Graf, 1995.

16 Cohen, 1986.

17 Doyle, 1992; Irving *et al.*, 1994; Negroponte, 1995; Scott *et al.*, 1995; Campo Vidal, 1996.

18 MacDonald, 1990.

19 Gerbner *et al.*, 1993; Campo Vidal, 1996.

20 Vedel y Dutton, 1990.

tacular entre mediados de la década de los ochenta y mediados de la de los noventa[21]. La televisión y la radio se privatizaron a gran escala, y las cadenas gubernamentales que quedaron con frecuencia acabaron no distinguiéndose de la televisión privada, ya que se sometieron a la disciplina de los índices de audiencia y a los ingresos de la publicidad[22]. Los periódicos se concentraron en grandes consorcios, a menudo con el respaldo de grupos financieros. Y, lo que es más importante, los negocios de los medios de comunicación se hicieron globales, con el capital, el talento, la tecnología y la propiedad de las empresas girando por todo el mundo, fuera del alcance de los estados-nación (véase fig. 5.3). No se deduce de ello que los estados no tengan una influencia en los medios de comunicación. Los gobiernos siguen controlando medios importantes, poseen acciones y tienen mecanismos de influencia en una amplia gama de los medios de comunicación del mundo*. Y el mundo de los negocios se cuida mucho de irritar a los guardianes de los mercados potenciales: cuando el Star Channel de Murdoch fue reprendido por el gobierno de China debido a sus opiniones liberales sobre la política china, Star se congració con él cancelando el servicio de noticias de la BBC de la programación china del canal e invirtiendo en una edición telefónica del *Diario del Pueblo*. Pero si los gobiernos siguen conservando influencia sobre los medios, han perdido gran parte de su poder, excepto en los medios que se encuentran bajo el control directo de los estados autoritarios. Es más, los medios necesitan mostrar su independencia como un ingrediente clave de su credibilidad, no sólo frente a la opinión pública, sino con respecto a la pluralidad de ostentadores del poder y anunciantes, ya que el sector de la publicidad es el cimiento económico de las empresas de medios de comunicación. Si un medio determinado se liga demasiado a una opción política explícita o reprime de forma sistemática cierto tipo de información, restringirá su audiencia a un segmento relativamente pequeño, apenas será capaz de obtener beneficios en el mercado y no atraerá el interés de la mayoría del público. Por otra parte, cuanto más independiente, abierto y creíble es un medio, más atrae información, vendedores y compradores de un amplio espectro. La independencia y profesionalidad no sólo son ideologías gratificantes para los medios de comunicación: también se traducen en buenos negocios, incluida a veces la posibilidad de vender su independencia a un precio más elevado cuando surge la ocasión.

Una vez que se reconoce la independencia de los medios, y una vez

---

[21] MacDonald, 1990; Doyle, 1992; Pérez-Tabernero *et al.*, 1993; Instituto Dentsu de Estudios Humanos, 1994; *The Economist*, 1994, 1996.

[22] Pérez-Tabernero *et al.*, 1993.

* Es revelador, en este sentido, el esfuerzo del gobierno del Partido Popular en España en 1997 para controlar la televisión digital, favoreciendo a un grupo empresarial afín, en contra del proyecto más avanzado del grupo PRISA, por considerarlo hostil a su partido.

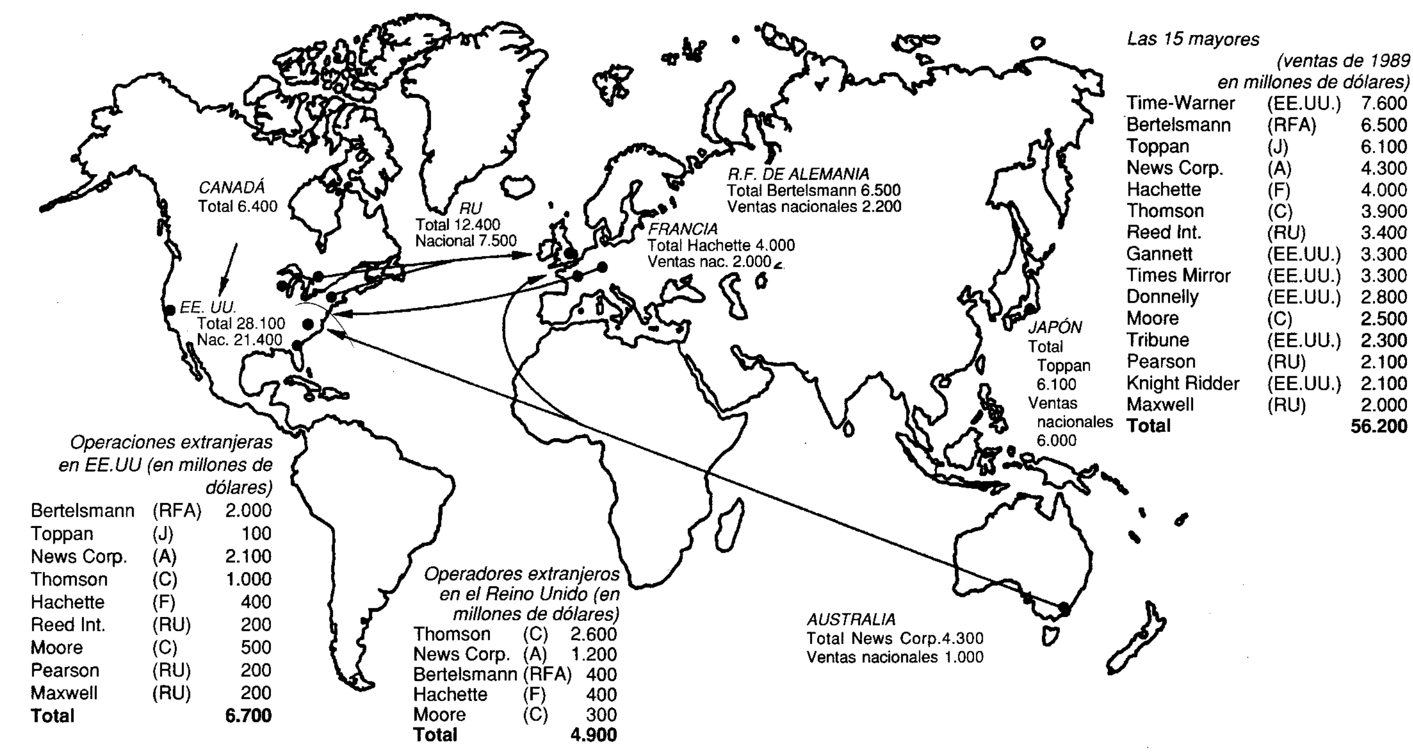


FIGURA 5.3 Volumen y localización de las actividades de las 15 mayores multinacionales de edición y medios de comunicación (Alemania, Canadá, Francia y Australia son las principales exportadoras; los Estados Unidos y el Reino Unido, los principales importadores)

Fuente: Fortune (23 de abril de 1990) e informes anuales de las compañías, elaborados por MacDonald, 1990.

que el estado-nación acepta esta cualidad como prueba esencial de su carácter democrático, se cierra el círculo: todo intento de recortar la libertad de los medios tendrá un coste político, ya que la ciudadanía, no necesariamente quisquillosa en cuanto a la precisión de las noticias, defiende celosamente el privilegio de recibir información de fuentes que no estén sometidas al estado. Por este motivo, hasta los estados autoritarios están perdiendo la batalla sobre los medios de comunicación en la era de la información. La capacidad de la información y las imágenes de difundirse vía satélite, videocasete o Internet se ha expandido de forma espectacular, de tal modo que la censura de noticias cada vez resulta menos efectiva en los principales centros urbanos de los países autoritarios, precisamente los lugares donde viven las elites ilustradas alternativas. Es más, puesto que los gobiernos de todo el mundo quieren también «hacerse globales» y los medios de comunicación globales son su herramienta de acceso, con cierta frecuencia entran en tratos con sistemas de comunicación de doble sentido que, aun cuando avanzan despacio y con cautela, acaban minando su dominio sobre la comunicación.

En un movimiento paralelo a la globalización de los medios, también ha habido en muchos países, gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación como la transmisión por satélite de costes compartidos, un extraordinario crecimiento de los medios locales, sobre todo de la radio y la televisión por cable. La mayoría de estos medios de comunicación locales, que suelen compartir la programación, han establecido una fuerte conexión con públicos populares específicos, dejando a un lado las opiniones estandarizadas de los medios de comunicación de masas. Al hacerlo, se escapan de los canales tradicionales de control (ya sean directos o indirectos) que los estados-nación han establecido frente a las cadenas de televisión y los principales periódicos. La creciente autonomía política de los medios locales y regionales, que utilizan las tecnologías flexibles de comunicación, es una tendencia tan importante como la globalización de los medios para conformar las actitudes públicas. Es más, ambas tendencias convergen en muchos casos, cuando las grandes empresas globales de medios de comunicación compran nichos de mercado con la idea de captar la especificidad de las audiencias formadas en torno a los medios locales[23].

La comunicación a través del ordenador también se escapa del control del estado-nación, marcando la entrada en una nueva era de comunicación extraterritorial[24]. La mayoría de los gobiernos parecen estar aterrorizados ante tal perspectiva. En enero de 1996, el ministro de Tecnología de la Información francés anunció la intención de su gobierno de propo-

[23] Levin, 1987; Abramson *et al.*, 1988; Scheer, 1994; Spragen, 1995; Fallows, 1996.

[24] Kahn, 1994; *Financial Technology International Bulletin*, 1995; Kuttner, 1995; Ubois, 1995.

ner a la Unión Europea una serie de medidas para prohibir el libre acceso a Internet. El suceso que provocó este plan de censura tecnológica desde el país que alentó los ideales revolucionarios de libertad en Europa, así como Minitel, fue la última batalla de Mitterrand. Tras su muerte, su médico publicó un libro que revelaba que Mitterrand padeció cáncer de próstata durante los catorce años de su mandato presidencial. El libro fue prohibido en Francia, a petición de la familia de Mitterrand, pero todo el mundo pudo leerlo en la red. La furia del gobierno francés fue más lejos de este caso particular. Estaba claro que ya no podían hacerse cumplir las decisiones del gobierno o los tribunales sobre la información. Y el control de la información había sido, mucho antes de la era de la información, la base del poder estatal[25]. Hubo tentativas similares, en torno a las mismas fechas, de los gobiernos chino, alemán y estadounidense sobre una variedad de temas que iban de la información financiera y política en China a la pornografía infantil en los Estados Unidos[26]. El meollo de la cuestión eran los flujos de información transnacionales, que hacían difícil tomar medidas legales contra la fuente de información aun cuando fuera detectada. Todavía sigue debatiéndose cuáles son las posibilidades técnicas reales para recortar el acceso a Internet sin dejar fuera de la red a todo un país. Parecería que la censura y los castigos *ex post facto*, así como los mecanismos de protección que cada cual aplique, resultan más factibles que interferir la comunicación. Pero aun cuando las medidas externas de protección fueran efectivas, mermarían la red, dificultando el acceso a mucha información útil y disminuyendo la extensión y el ámbito de la interactividad. Además, para poder limitar la red de forma selectiva, todos los países conectados a ella tendrían que llegar a un acuerdo sobre los temas que quieren que se prohíban y luego establecer un sistema de seguimiento conjunto, que sin duda sería puesto en tela de juicio en los países democráticos por inconstitucional. En efecto, en los Estados Unidos, en junio de 1996, una comisión judicial federal de Pensilvania declaró inconstitucional la mayor parte de la nueva ley federal que pretendía regular el material pornográfico difundido en la red. En una decisión contundente, los tres jueces escribieron: «Del mismo modo que la fuerza de Internet es el caos, la fuerza de nuestra libertad depende del caos y la disonancia de la expresión sin restricciones que la Primera Enmienda protege»[27]. En 1997 el Tribunal Supremo de los Estados Unidos confirmó la inconstitucionalidad de dicha ley y consagró el principio de libre expresión en Internet. Así pues, en los años venideros, los estados-nación lucharán para controlar la circulación de la información en las redes de telecomunicaciones interconectadas a escala global. En mi opinión es una batalla perdida y, con

---

[25] Couch, 1990.

[26] Berman y Weitzner, 1995; Faison, 1996; Lewis, 1996a.

[27] Citado por Lewis, 1996b.

su derrota final, llegará la pérdida de una piedra angular del poder estatal.

En general, la globalización/localización de los medios y de la comunicación electrónica equivale a la desnacionalización y desestatificación de la información, siendo las dos tendencias inseparables hasta el momento.

¿Un mundo sin ley?

La globalización del crimen subvierte aún más el estado-nación, transformando profundamente los procesos de gobierno y paralizando en muchos casos al estado. Ésta es una tendencia crucial que se reconoce con tanta facilidad como se hace caso omiso de sus consecuencias[28]. Un capítulo completo (en el volumen III, cap. 3) analiza la que es una de las tendencias más importantes de nuestro mundo, y distintiva con respecto a otros periodos, pero es necesario, en este punto del argumento, incluir una tendencia tan crucial en nuestra compresión de la crisis actual del estado-nación. No es nueva la capacidad de penetración del crimen y su repercusión en la política, pero sí la vinculación global del crimen organizado, su condicionamiento de las relaciones internacionales, tanto económicas como políticas, debido a la escala y el dinamismo de la economía criminal. Es nueva la profunda penetración, y eventual desestabilización, de los estados nacionales en una variedad de contextos, bajo la influencia del crimen transnacional. Aunque el tráfico de drogas es el sector industrial más significativo en la nueva economía criminal, toda clase de tráficos ilícitos se unen en este sistema en la sombra que extiende su alcance y poder sobre el mundo: armas, tecnología, materiales radioactivos, obras de arte, seres humanos, órganos humanos, asesinos de alquiler y contrabando de cualquier artículo rentable de un lugar a otro, se conectan a través de la madre de todos los delitos: el blanqueo de dinero. Sin él, la economía criminal no sería global ni muy rentable. Y, a través del blanqueo de dinero, la economía criminal se conecta con los mercados financieros globales, de los cuales es un componente considerable y una fuente de especulación constante. Según la Conferencia de la ONU sobre la Economía Criminal Global celebrada en Nápoles en octubre de 1994[29], un cálculo razonable establecería la cifra del capital procedente de fuentes ilegales que se blanquea en el sistema financiero global en torno a los 750.000 millones de dólares anuales. Estos flujos de capital deben ser procesados con mayor movilidad y flexibilidad que los que se originan en cualquier otra industria, ya que su circulación constante es lo que les per-

---

[28] Arrieta *et al.*, 1991; Roth y Frey, 1992; Smith, 1993; Lodato, 1994; Sterling, 1994; Golden, 1995; Handelman, 1995; Johnson, 1995; WuDunn, 1996.

[29] ONU, Consejo Económico y Social, 1994.

mite evitar que los departamentos encargados de la aplicación de la ley los localicen.

La repercusión de estas tendencias en los estados nacionales se produce a lo largo de tres líneas principales:

1. En muchos casos, toda la estructura del estado, que a menudo incluye las esferas más altas, está penetrada por vínculos criminales, ya sea mediante corrupción, amenazas o financiamiento político ilegal, con lo que se causan estragos en la gestión de los asuntos públicos.
2. Las relaciones internacionales entre los estados-nación, en muchos países, acaban dependiendo en grados diferentes de la buena o mala colaboración en la lucha contra la economía criminal. El caso típico hasta ahora ha sido el de las relaciones entre los Estados Unidos y algunos países latinoamericanos (Colombia, Bolivia, México, Paraguay, Panamá), pero se está convirtiendo en un fenómeno más amplio, a medida que la economía criminal se diversifica (por ejemplo, la preocupación alemana con el tráfico de materiales radiactivos organizado por la mafia rusa; o la inquietud del gobierno ruso sobre la participación creciente de la mafia siciliana y los cárteles de Colombia en la mafia rusa).
3. Los flujos financieros de origen criminal, cada vez más importantes, son elementos clave para estimular o desestabilizar economías nacionales enteras, de tal modo que la política económica ya no puede gestionarse en muchos países y zonas del mundo sin incluir en escena este factor altamente impredecible.

Antes, los gobiernos nacionales muy afectados por las intrigas de la economía criminal eran un puñado de sospechosos habituales, como Italia o Colombia. Ya no es así. La importancia del fenómeno, su alcance global, el volumen de su riqueza e influencia y su conexión afianzada con las finanzas internacionales hacen que los lazos criminales con la corrupción política sean un rasgo frecuente en los principales países. Por ejemplo, los *yakuzas* (bandas japonesas de delincuencia organizada) han internacionalizado recientemente sus conexiones. Y los lazos francos y menos francos de los *yakuzas* con los dirigentes gubernamentales japoneses son bien conocidos, hasta el punto de que el Ministerio de Obras Públicas fue considerado, durante largo tiempo, la vía de intercambio de contratos gubernamentales por generosas aportaciones de las empresas patrocinadas por los *yakuzas* al Partido Liberal Democrático, un sistema no demasiado distinto de los programas de desarrollo del *Mezzogiorno* de los democristianos italianos en relación con la Mafia. O, cuando en 1996 una serie de crisis bancarias estremecieron Japón, dando como resultado el impago de

préstamos de miles de millones de dólares, se suscitaron serias sospechas sobre el papel de los *yakuzas* para obligar a los directores de los bancos a conceder esos préstamos, incluida la muerte de dos banqueros [30]. En otro contexto, la presunta penetración de las organizaciones criminales rusas, con conexiones internacionales, en varias esferas del gobierno de uno de los estados más poderosos del mundo es un hecho preocupante. Y la cadena de escándalos políticos que han sacudido a los gobiernos de todo el mundo en la década de los noventa (un tema que analizaré en el capítulo 6) no deja de estar relacionada, en muchos casos, con la lucha de poder continua entre las estructuras del crimen organizado y las estructuras de los estados-nación. Es más, hasta los principales gobiernos, que se creen relativamente inmunes a la penetración del crimen en sus niveles más elevados, sufren las sacudidas de las maniobras políticas criminales. Por ejemplo, cuando en 1994-1995 la economía mexicana se derrumbó, pese a los préstamos masivos estadounidenses, debido a una crisis política provocada en parte, como sostendré más adelante, por la penetración de los traficantes de drogas en la cúpula del partido gobernante mexicano, el dólar sufrió un descenso considerable y el marco se disparó en los mercados de divisas. Ello desestabilizó el sistema monetario europeo, por el temor de los inversores a que el déficit del gobierno estadounidense aumentara debido al esfuerzo necesario para levantar a México de su quiebra potencial. En este torbellino de crimen, capital y poder, no existe un lugar seguro. Ni instituciones nacionales seguras.

Así pues, la globalización, en sus diferentes dimensiones, socava la autonomía y el poder de tomar decisiones del estado-nación. Y esto ocurre en el momento preciso en que el ejercicio del poder estatal en el ámbito internacional también está sujeto a las limitaciones del multilateralismo en defensa, política exterior y política pública global, como la política medioambiental.

EL ESTADO-NACIÓN EN LA ERA DEL MULTILATERALISMO

El periodo posterior a la guerra fría se caracteriza por una interdependencia multilateral creciente entre los estados-nación [31]. Ello se debe fundamentalmente a tres factores: la disolución o relajación de los bloques militares construidos en torno a las dos superpotencias, la espectacular repercusión de la nueva tecnología en la guerra y la percepción social del carácter global de los desafíos de la humanidad debido al ma-

---

[30] WuDunn, 1996.

[31] Baylis y Rengger, 1992; McGrew *et al.*, 1992; Falk, 1995; Orstrom Moller, 1995; Alonso Zaldívar, 1996.

yor conocimiento e información, como en el caso de la seguridad medioambiental.

Con la desaparición de la Unión Soviética, y prescindiendo de las posibles tensiones futuras entre Rusia, China y la OTAN, también desaparecieron los principales mecanismos que estabilizaban los lazos estratégicos de la mayoría de los estados-nación en torno a las dos superpotencias[32]. Aunque la OTAN continúa organizándose en torno a la alianza de Occidente encabezada por los Estados Unidos, sus funciones se están redefiniendo en la segunda mitad de la década de los noventa hacia el cumplimiento de tareas de seguridad, en nombre de un amplio consorcio de naciones, en asociación, siempre que sea posible, con la ONU. La nueva noción de seguridad global y colectiva[33], que surgió por primera vez con la Guerra del Golfo para hacer frente a la amenaza común al suministro de petróleo de Oriente Próximo, implica una relación simbiótica entre las fuerzas militares más capaces (los ejércitos profesionales de los Estados Unidos y el Reino Unido), los financiadores de las operaciones (Japón, Alemania y los emiratos árabes en primer lugar) y las declaraciones retóricas en nombre del mundo civilizado (a menudo realizadas por los dirigentes franceses). El intento deliberado de esta alianza basada en la OTAN de hacer participar a Rusia en operaciones conjuntas, como en el caso de Bosnia, es indicativo de la transformación de los objetivos de las alianzas militares, de la dominación de las superpotencias a la vigilancia conjunta de un orden mundial vacilante contra las potenciales amenazas impredecibles al sistema. El nuevo sistema de seguridad se está construyendo, fundamentalmente, contra bárbaros del exterior que aún no tienen nombre[34]. Al hacerlo, los estados-nación, incluidos los más poderosos, se ven envueltos en redes de intereses y negociaciones que se rearticulan en formatos diferentes según cada tema. Sin la necesidad de poseer una capacidad de decisión trascendental en situaciones de vida o muerte, como era el caso en la confrontación potencial de las superpotencias y sus aliados en la era nuclear de la guerra fría, el ir saliendo del paso en una política exterior con geometría variable se traduce en la creciente incapacidad de cualquier estado para actuar por sí mismo en el ámbito internacional. Por esencia, la política exterior es multilateral en este fin de milenio[35]. Dos importantes excepciones afectan al grado de integración en este sistema de seguridad colectiva: Rusia, aún una superpotencia nuclear, y China, en vías de convertirse en una superpotencia[36]. No obstante, puesto que no es probable que ninguna de ellas organice a un conjunto de aliados permanentes en torno a sus intereses (pese a los lazos de

[32] Alonso Zaldívar, 1996; McGrew, 1992b.

[33] McGrew, 1992a; Mokhtari, 1994.

[34] Rosenau, 1990; Berdal, 1993; Guehenno, 1993.

[35] Frankel, 1988; McGrew *et al.*, 1992.

[36] Boardmann, 1994; Alonso Zaldívar, 1996.

China con Pakistán), su aislamiento relativo y la profunda desconfianza mutua no contradicen el carácter multilateral del nuevo sistema de seguridad, sino que sólo le añade complejidad.

Los rápidos cambios en la tecnología militar también están debilitando la capacidad del estado-nación para decidir en solitario [37]. Ahora, la guerra depende esencialmente de la electrónica y la tecnología de la comunicación, como demostró la Guerra del Golfo. La devastación masiva que puede infligirse a distancia, mediante el lanzamiento de misiles y ataques aéreos, es capaz de dejar fuera de juego en pocas horas a un ejército considerable, sobre todo si sus defensas se inutilizan mediante contramedidas electrónicas y si los blancos se han identificado por satélite y procesado por ordenadores a miles de kilómetros para dirigir el fuego real en esta guerra invisible. La guerra electrónica depende, como siempre lo ha hecho la guerra, de la tecnología. La diferencia en el periodo actual es, por una parte, la velocidad del cambio tecnológico, que vuelve obsoletas las armas en muy poco tiempo [38]. Ello obliga a la mejora continua de los sistemas de armas si se pretende que los ejércitos vayan a combatir realmente con otros ejércitos, en lugar de controlar a su propio pueblo, como sucede aún en gran parte de la humanidad. Los ejércitos con baja tecnología no son tales, sino fuerzas de policía disfrazadas. Por otra parte, el carácter de la nueva tecnología militar requiere un ejército profesional cuyo personal disponga de los conocimientos necesarios para manipular armamento informatizado y sistemas de comunicación. Esto proporciona una ventaja a los países con un nivel tecnológico avanzado, independientemente del tamaño de sus fuerzas armadas, como ilustran los casos de Israel y Singapur. Debido al papel esencial de la tecnología, los estados-nación que aún esperan afirmar su capacidad para ejercer la violencia acaban dependiendo permanentemente de los suministradores de tecnología, no sólo de *hardware*, sino de recursos humanos. Sin embargo, esta dependencia ha de situarse en el contexto de una diversificación creciente de las armas bélicas convencionales, a medida que los países se industrializan y la tecnología se difunde [39]. Así pues, Brasil e Israel pueden ser proveedores eficientes de equipo bélico avanzado. Francia, el Reino Unido, Alemania, Italia y China han aumentado su papel, junto con los Estados Unidos y Rusia, como proveedores de los ejércitos del mundo. Y surge un patrón cada vez más complejo de colaboración y competencia, en el que China compra cazas avanzados a Rusia y tecnología de comunicaciones a los Estados Unidos, y Francia vende misiles a quien quiera comprarlos, con un servicio postventa de entrenamiento y mantenimiento incluidos. Además, han proliferado los mercados globales ilegales de armas, de todo

[37] McInnes, 1992.
[38] McInnes y Sheffield, 1988; Grier, 1995.
[39] McGrew, 1992b.

tipo de armas, haciendo posible la amplia difusión de cualquier tecnología, desde los «Stingers» hasta los «Patriots», del gas nervioso a los mecanismos de bloqueo electrónico. Ello conlleva que, a diferencia de otros periodos históricos, ningún estado sea autosuficiente en la producción de equipo bélico, con la excepción esencial de los Estados Unidos (ya que Rusia ahora depende tecnológicamente en microelectrónica y comunicaciones). Pero ello no implica que todos los estados-nación estén condenados a convertirse en colonias estadounidenses. Más bien es lo contrario. La falta de un claro adversario ha relajado los controles tecnológicos del Departamento de Defensa estadounidense y puede disponerse ampliamente de las tecnologías más esenciales y de las armas convencionales. Como los estados-nación no pueden controlar las fuentes de suministro del equipo último modelo, dependen permanentemente, en el ejercicio potencial de su poder bélico, no de los Estados Unidos, sino de diversas redes globales de suministro. El hecho de que los Estados Unidos sean autosuficientes en cuanto a tecnología (y sólo debido al esfuerzo del Pentágono para dejar de depender de la fabricación japonesa de semiconductores) les otorga el título de ser la única superpotencia verdadera. No obstante, ni siquiera este hecho se traduce en una soberanía plena sobre su política exterior debido a su débil posición financiera y política en cuanto al envío de sus fuerzas al exterior[40]. Es más, como sostiene McInnes, «el carácter de la guerra moderna ha llevado a los pensadores militares a preguntarse si un conflicto de alta intensidad podría merecer los costes que supone (prescindiendo de si se utilizan armas nucleares o no) y si, aun cuando dicha guerra ocurriera, podría sostenerse durante algún tiempo [dado lo caras que resultan las armas de alta tecnología y lo rápido que pueden destruirse]»[41].

La evolución tecnológica da un nuevo giro a las relaciones internacionales hacia el multilateralismo. La industrialización de nuevas regiones del mundo, la difusión del conocimiento científico y tecnológico, y el tráfico ilegal de todo ha impulsado, y sigue haciéndolo, la proliferación de las capacidades de la guerra nuclear, química y biológica[42]. Así pues, aunque los estados-nación dependen cada vez más de la tecnología de vanguardia en la guerra convencional, también tienen acceso a lo que denominaría «tecnologías de veto», esto es, armas de destrucción masiva que por su propia existencia pueden disuadir a un estado más poderoso de ganar. El «equilibrio del terror» global está en proceso de descentralizarse en muchos «equilibrios del terror» locales. Esta tendencia obliga, por un parte, a las principales potencias a emprender una acción concertada y multilateral para evitar el control de esas armas por parte de nuevos paí-

[40] Savigear, 1992.
[41] McInnes, 1992, pág. 156.
[42] McGrew, 1992b.

ses, fuerzas políticas o grupos terroristas. Por otra parte, una vez que algunos países llegan de todos modos a poseer estas armas, el sistema de seguridad global se ve obligado a intervenir para equilibrar las fuerzas de destrucción de cada zona del mundo, con el fin de evitar peligrosas confrontaciones locales [43]. Sigue una compleja y enmarañada red de niveles diferentes de poder destructivo, que se controlan mutuamente con acuerdos específicos y procesos negociados de desarme y retirada. En esa red, ningún estado-nación, ni siquiera los Estados Unidos, es ya libre, puesto que un cálculo equivocado o un exceso en el ejercicio de su poder superior podría desatar un holocausto nuclear o bacteriológico local. La humanidad vivirá durante un largo tiempo con los monstruos de la destrucción que hemos creado, ya sea para la aniquilación masiva estandarizada o miniaturizada para una matanza personalizada. En tales circunstancias, la tarea fundamental de los estados-nación (y no sólo de las superpotencias, como en el periodo de la guerra fría) consiste ahora en limitar el ejercicio real de su propio poder militar, con lo que se debilita su razón de ser original.

Los estados-nación también se enfrentan a los límites de su legitimidad y, en definitiva, de su poder, con respecto a la gestión global del entorno planetario [44]. Debido a la creciente capacidad de la informática, la ciencia y la tecnología aportan conocimientos sin precedentes sobre la degradación de la naturaleza y sobre sus consecuencias para nuestra especie. En una evolución afín, como se mostró en el capítulo 3, el movimiento ecologista ha despertado la conciencia ecológica de sociedades de todo el mundo, haciendo presión sobre la responsabilidad de los gobiernos de detener la marcha hacia la catástrofe. No obstante, los estados-nación individuales son impotentes, por sí mismos, para actuar sobre temas como el calentamiento global, la capa de ozono, la deforestación del planeta, la contaminación de las reservas de agua, el agotamiento de la vida oceánica y demás. Por lo general, los esfuerzos de los estados para unirse toman la forma de espectáculos internacionales y retórica solemne, más que de una aplicación real de programas de acción conjunta. Lipschutz y Coca escriben, para concluir su investigación global sobre las políticas medioambientales concertadas:

La posibilidad de que exista una dirección hegemónica o de que surja una autoridad central coordinadora parece remota con respecto a los asuntos medioambientales. Y la probabilidad de una coordinación multilateral efectiva parece también lejana, debido a importantes incertidumbres acerca de los costes y beneficios de la protección y gestión del medio ambiente. A estas barreras y condiciones añadiríamos diversos factores cuyo origen está en la naturaleza del propio estado: la inca-

---

[43] Daniel y Hayes, 1995.

[44] Rowlands, 1992; Vogler, 1992; Morin y Kern, 1993; Wapner, 1995; Hempel, 1996.

pacidad fundamental de los gobiernos para controlar los procesos destructivos en juego, la escasez de palancas políticas efectivas y la importancia de la extracción de recursos básicos (y de ahí la destrucción medioambiental) para las alianzas sociales clave del estado [45].

Ello no obedece necesariamente a la ignorancia o mala fe de los gobiernos, sino a que cada estado-nación continúa actuando en nombre de sus intereses propios o de los intereses de los grupos de votantes que valora más [46]. Al hacerlo, el multilateralismo se convierte en un foro de debate y en un ámbito de negociación, más que en una herramienta para ejercer la responsabilidad colectiva. Siguiendo una lógica habermasiana de «desplazamiento de la crisis», «la contradicción medioambiental-económica fundamental y global queda desplazada al nivel del estado-nación» [47]. Paradójicamente, esta obstinación de los estados-nación conduce a su debilitamiento como instituciones políticas viables, a medida que los ciudadanos de todo el mundo se dan cuenta de la incapacidad de estos aparatos tan caros y engorrosos para abordar los principales problemas que tiene la humanidad. Así pues, para superar su inoperancia creciente, los estados-nación se asocian cada vez más, orientándose hacia un nuevo orden de gobierno supranacional.

EL GOBIERNO GLOBAL Y EL SUPER ESTADO-NACIÓN

Como escribieron Streeck y Schmitter, «si se quiere una explicación sintética del impulso renovado de la integración europea a mediados de la década de los ochenta, probablemente se diría que es el resultado de un alineamiento entre dos tipos de intereses: los de las grandes firmas europeas, que pugnan por superar las ventajas competitivas percibidas en relación con el capital japonés y estadounidense, y los de las elites estatales, que tratan de restablecer, al menos, parte de la soberanía política que han perdido de forma gradual en el ámbito nacional como resultado de la creciente interdependencia internacional» [48]. En ambos supuestos, por intereses comerciales e intereses políticos, lo que se buscaba no era la supranacionalidad, sino la reconstrucción del poder estatal basado en la nación a un nivel más elevado, un nivel en el que pueda ejercerse cierto grado de control sobre los flujos de riqueza, información y poder. *La formación de la Unión Europea (como sostendré en el volumen III) no es un proceso de construcción del estado federal europeo del futuro, sino la cons-*

---

45 Lipschutz y Coca, 1993, pág. 332.
46 Castells (en prensa).
47 Hay, 1994, pág. 87.
48 Streeck y Schmitter, 1991, pág. 148.

trucción de un cártel político, el cártel de Bruselas, en el que los estados-nación europeos puedan seguir haciéndose, de forma colectiva, con cierto grado de soberanía en el nuevo desorden global, y luego distribuir los beneficios entre sus miembros, bajo reglas incesantemente negociadas. Por este motivo, en lugar del comienzo de la era de la supranacionalidad y de la gobernación global, estamos presenciando la aparición del super estado-nación, es decir, de un estado que expresa, en una geometría variable, los intereses agregados de sus miembros constituyentes [49].

Cabe extrapolar un argumento similar para la pluralidad de instituciones internacionales que comparten la gestión de la economía, de la seguridad, del desarrollo y del medio ambiente en este mundo de fin de milenio [50]. La Organización Mundial de Comercio ha sido establecida para hacer compatible el comercio libre con las restricciones comerciales en un mecanismo continuo de control y negociación. La ONU compite para establecer su nuevo papel doble como fuerza de vigilancia legítima en nombre de la paz y los derechos humanos y como centro de los medios de comunicación del mundo, organizando conferencias cada seis meses sobre los titulares de la humanidad: medio ambiente, población, exclusión social, mujeres, ciudades y temas similares. El club de los países del G-7 se ha autodesignado supervisor de la economía global, permitiendo, por si acaso, que Rusia mire por la ventana e indicando al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial que mantengan la disciplina en los mercados financieros y las divisas, tanto global como localmente. La OTAN, después de la guerra fría, ha surgido como el núcleo de una poderosa fuerza militar para vigilar el nuevo desorden mundial. El TLC está afianzando la integración económica del hemisferio occidental, con la incorporación potencial de Chile, que desmiente su etiqueta de norte (en las siglas inglesas). Por otra parte, MERCOSUR está afirmando la independencia de América del Sur, incrementado su comercio con Europa y no con los Estados Unidos. Varias instituciones internacionales de cooperación del Pacífico tratan de construir una comunidad de intereses, superando la desconfianza histórica que existe entre los principales actores del Pacífico asiático (Japón, China, Corea y Rusia). Los países de todo el mundo utilizan las antiguas instituciones, como ASEAN (Asociación de Naciones del Sureste Asiático) o la Organización de la Unidad Africana, o incluso las instituciones postcoloniales, como la Commonwealth británica o el sistema de cooperación francés, como plataformas para establecer empresas en común con una diversidad de objetivos que apenas podrían alcanzar los estados-nación independientes. La mayoría de las valoraciones de este proceso creciente de internacionalización de las polí-

[49] Orstrom Moller, 1995.

[50] Berdal, 1993; Rochester, 1993; Bachr y Gordenker, 1994; Dunaher, 1994; Falk, 1995; Kraus y Knight, 1995; supervisión del FMI/Banco Mundial, 1995.

ticas estatales parecen dudar de la posibilidad de un gobierno global como una soberanía plenamente compartida, pese al interés potencial de la idea. Más bien, el gobierno mundial suele considerarse la convergencia negociada de los intereses y políticas de los gobiernos nacionales[51]. Los estados-nación y sus elites son demasiado celosos de sus privilegios para rendir la soberanía, excepto bajo la promesa de beneficios tangibles. Además, según los sondeos de opinión, es muy improbable que, en el futuro previsible, la mayoría de los ciudadanos de un país acepten la integración plena en un estado federal supranacional[52]. La experiencia estadounidense de construcción de una nación federal es tan específica en la historia que, pese a su atractivo innegable, difícilmente puede ser un modelo para los federalistas de fin de milenio de otras regiones del mundo.

Además, la creciente incapacidad de los estados para tratar los problemas globales que tienen repercusión en la opinión pública (desde el destino de las ballenas hasta la tortura de los disidentes en todo el mundo) lleva a que las sociedades civiles tomen en sus manos cada vez más las responsabilidades de la ciudadanía global. De este modo, Amnistía Internacional, Greenpeace, Médicos Sin Fronteras, Oxfam y tantas otras organizaciones humanitarias no gubernamentales se han convertido en una importante fuerza en el ámbito internacional en la década de los noventa, atrayendo con frecuencia más fondos, actuando con mayor eficacia y recibiendo una mayor legitimidad que los esfuerzos internacionales patrocinados por los gobiernos. La «privatización» del humanitarismo global hace cada vez más débil uno de los últimos razonamientos sobre la necesidad del estado-nación[53].

En suma, lo que estamos presenciando es, al mismo tiempo, la soberanía compartida en la gestión de los principales temas económicos, medioambientales y de seguridad, y, por otra parte, el atrincheramiento de los estados-nación como componentes básicos de esta enmarañada red de instituciones políticas. Sin embargo, el resultado de este proceso no es el reforzamiento de los estados-nación, sino la erosión sistémica de su poder a cambio de su perduración. Ello se debe, sobre todo, a que los procesos de conflicto, alianza y negociación constantes hacen a las instituciones internacionales poco efectivas, de tal modo que la mayor parte de su energía política se gasta en el proceso y no en el producto, lo cual ralentiza seriamente la capacidad de intervención de los estados, incapaces de actuar por sí mismos, pero paralizados cuando tratan de hacerlo colectivamente. Es más, las instituciones internacionales, en parte para escapar de esa parálisis, en parte a causa de la lógica inherente a toda burocracia grande, tienden a tener vida propia. Al hacerlo, definen su mandato de tal modo

[51] Comisión sobre la Gobernación Global de la ONU, 1995.
[52] Orstrom Moller, 1995.
[53] Guehenno, 1993; Rubert de Ventós, 1994; Falk, 1995.

que tienden a suplantar el de sus estados constituyentes, instituyendo *de facto* una burocracia global. Por ejemplo, es completamente falso, como las críticas de la izquierda suelen sostener, que el Fondo Monetario Internacional sea un agente del imperialismo estadounidense o de cualquier imperialismo. Es un agente de sí mismo, movido fundamentalmente por la ideología de la ortodoxia económica neoclásica y por la convicción de ser el baluarte de la mesura y la racionalidad en un mundo peligroso construido sobre esperanzas irracionales. La sangre fría que he presenciado personalmente en la conducta de los tecnócratas del FMI para ayudar a destruir la sociedad rusa en los momentos críticos de la transición en 1992-1995 no tenía nada que ver con la dominación capitalista. Era, como en el caso de África y de América Latina, un honrado y firme compromiso ideológico de enseñar racionalidad financiera a los pueblos del mundo, como única base sólida para construir una nueva sociedad. Al proclamar la victoria en la guerra fría para el capitalismo liberal (una afrenta histórica para los duros combates de la socialdemocracia contra el comunismo soviético), los expertos del FMI no actúan bajo la guía de los gobiernos que los nombran, o de los ciudadanos que los pagan, sino como cirujanos que desmembran diestramente los restos de los controles políticos sobre las fuerzas de mercado. Al hacerlo, pueden despertar un profundo resentimiento entre los ciudadanos de todo el mundo, que sienten el pleno impacto de estas instituciones globales sobre sus vidas, socavando a sus estados-nación obsoletos.

Así pues, el papel creciente desempeñado por las instituciones internacionales y los consorcios supranacionales en las políticas mundiales no puede equipararse con la desaparición del estado-nación. Pero el precio que pagan los estados-nación por su supervivencia precaria como segmentos de redes de estados es el de su pérdida de importancia, con lo que se debilita su legitimidad y, en última instancia, se fomenta su impotencia.

IDENTIDADES, GOBIERNOS LOCALES Y DECONSTRUCCIÓN DEL ESTADO-NACIÓN

El 25 de diciembre de 1632, el Condeduque de Olivares escribió a su rey, Felipe IV:

Tenga V. Majd. por el negocio más importante de su Monarquía el hacerse rey de España; quiero decir, señor, que no se contente V. Majd. con ser rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, conde de Barcelona, sino que trabaje y piense con consejo maduro y secreto por reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla, sin ninguna diferencia en todo aquello que mira de dividir límites, puertos secos, el poder de celebrar cortes de Castilla, Aragón y Portugal en la

parte que quisiere, a poder introducir V. Majd. acá y allá ministros de las naciones promiscuamente [...] que si V. Majd. lo alcanza será el príncipe más poderoso del mundo[54].

El rey siguió su consejo, con lo que indujo un proceso que acabó llevando a la revuelta de los Segadores en Cataluña, a la revuelta contra el estanco de la sal en el País Vasco y a la rebelión e independencia final de Portugal. Al mismo tiempo, también puso, en el proceso, los cimientos del estado-nación español moderno y centralizado, si bien de una manera tan precaria que provocó casi tres siglos de levantamientos, represiones, guerras civiles, terrorismo e inestabilidad institucional[55]. Aunque el estado español, hasta 1977, representaba una situación extrema de homogeneidad impuesta, la mayoría de los estados-nación modernos, sobre todo el estado revolucionario francés, se han construido sobre la negación de las identidades históricas/culturales de sus constituyentes en beneficio de la identidad que mejor se acopla a los intereses de los grupos sociales dominantes que se encuentran en los orígenes del estado. Como sostuve en el capítulo 1, el estado, no la nación (definida cultural o territorialmente, o de ambos modos), creó el estado-nación en la *Edad Moderna*[56]. Una vez que se establecía una nación, bajo el control territorial de un estado dado, la historia compartida sí indujo lazos sociales y culturales, así como intereses económicos y políticos, entre sus miembros. No obstante, la representación desigual de intereses sociales, culturas y territorios en el estado-nación sesgó las instituciones nacionales hacia los intereses de las elites que lo originaron y su geometría de alianzas, abriendo paso a crisis institucionales cuando las identidades sometidas, arraigadas en la historia o restauradas ideológicamente, fueron capaces de movilizarse para obtener una renegociación de su contrato nacional histórico[57].

La estructura del estado-nación presenta una diferenciación territorial que, al compartir o no compartir los poderes, expresa alianzas y oposiciones entre los intereses sociales, las culturas, las regiones y las nacionalidades que componen el estado. Como aduje en otro lugar[58], la diferenciación territorial de las instituciones estatales explica en buena medida el misterio aparente de por qué los estados suelen estar gobernados en nombre de los intereses de una minoría, aunque no se basen necesariamente en la opresión. Los grupos sociales subordinados y las minorías culturales, nacionales y regionales sí tienen acceso al poder en los niveles inferiores del estado, en los territorios donde viven. Así pues,

[54] Citado por Elliot y De la Peña, 1978, pág. 95.

[55] Alonso Zaldívar y Castells, 1992.

[56] Norman, 1940; Halperin Donghi, 1969; Tilly, 1975; Gellner, 1983; Giddens, 1985; Rubert de Ventós, 1994.

[57] Hobsbawm, 1990; Blas Guerrero, 1994.

[58] Castells, 1981.

surge una geometría compleja en la relación entre el estado, las clases sociales, los grupos sociales y las identidades presentes en la sociedad civil. En cada comunidad y en cada región, las alianzas sociales y su expresión política son específicas, correspondiendo a la relación de poder local/regional existente, la historia del territorio y su estructura económica específica. Esta diferenciación de alianzas de poder según las distintas regiones y comunidades es un mecanismo esencial para mantener en equilibrio, en general, los intereses de diversas elites que se benefician conjuntamente de las políticas del estado, si bien en proporciones, dimensiones y territorios diferentes[59]. Los notables locales y regionales intercambian el poder en su territorio por su fidelidad a las estructuras de dominación nacional, donde los intereses de las elites nacionales o globales son más fuertes. Los notables locales son los intermediarios entre las sociedades locales y el estado nacional: son, al mismo tiempo, negociantes políticos y jefes locales. Como los acuerdos que se alcanzan entre los actores sociales en los gobiernos locales no suelen corresponder a las alianzas políticas que se establecen entre los diversos intereses sociales en el ámbito nacional, el sistema de poder local no se desarrolla fácilmente a lo largo de líneas de partido estrictas, ni siquiera en la situación europea de democracias dominadas por los partidos. Las alianzas sociales locales y regionales suelen ser acuerdos específicos, articulados en torno al liderazgo local. Así pues, los gobiernos locales y regionales son, al mismo tiempo, la manifestación del poder estatal descentralizado, el punto de contacto más cercano entre el estado y la sociedad civil, y la expresión de identidades culturales que, aunque hegemónicas en un territorio determinado, están escasamente representadas en las elites dirigentes del estado-nación[60].

En el capítulo 1 he sostenido que la creciente diversificación y fragmentación de los intereses sociales en la sociedad red da como resultado su agregación en la forma de identidades (re)construidas. Así pues, una pluralidad de identidades transmiten al estado-nación las aspiraciones, demandas y objeciones de la sociedad civil. La incapacidad creciente del estado-nación para responder *simultáneamente* a este vasto conjunto de demandas provoca lo que Habermas denomina una «crisis de legitimación»[61] o, en el análisis de Richard Sennett, «la caída del hombre público»[62], la figura que constituye la base de la ciudadanía democrática. Para superar esta crisis de legitimación, los estados descentralizan algo de su poder a las instituciones políticas locales y regionales. Este movimiento oca-

[59] Dulong, 1978; Tarrow, 1978.

[60] Gremion, 1976; Ferraresi y Kemeny, 1977; Rokkan y Urwin, 1982; Borja, 1988; Ziccardi, 1995; Borja y Castells, 1996.

[61] Habermas, 1973.

[62] Sennett, 1978.

siona dos tendencias convergentes. Por una parte, debido a la diferenciación territorial de las instituciones estatales, las identidades de las minorías regionales y nacionales encuentran su expresión más fácil en los ámbitos local y regional. Por otra parte, los gobiernos nacionales tienden a centrarse en controlar los desafíos estratégicos planteados por la globalización de la salud, la comunicación y el poder, dejando, por lo tanto, que los niveles inferiores de gobierno asuman la responsabilidad de vincularse con la sociedad en la gestión de los asuntos de la vida cotidiana, para reconstruir la legitimidad mediante la descentralización. Sin embargo, una vez que tiene lugar esta descentralización de poder, los gobiernos locales y regionales pueden tomar la iniciativa en nombre de sus poblaciones y pueden participar en estrategias de desarrollo frente al sistema global, con lo que acaban entrando en competencia con sus propios estados matrices.

Esta tendencia aparece en todo el mundo en la década de los noventa. En los Estados Unidos, la desconfianza creciente hacia el gobierno federal corre parejas con un resurgimiento de los gobiernos locales y estatales como lugares de atención pública. En efecto, según las encuestas de opinión de mediados de los años noventa[63], esta relocalización del gobierno ofrece la vía más inmediata para la relegitimación de la política, ya sea en la forma de populismo ultraconservador, como en el movimiento de los «derechos de los condados», o en la del renacido Partido Republicano, que construye su hegemonía atacando al gobierno federal[64]. En la Unión Europea, aunque se han transferido a Bruselas considerables áreas de soberanía, la responsabilidad de muchos asuntos de la vida cotidiana, incluidos, en muchos países, la educación, la política social, la cultura, la vivienda, el medio ambiente y los servicios urbanos, ha pasado a los gobiernos regionales y locales[65]. Es más, las regiones y ciudades de Europa se han unido en redes institucionales que sortean a los estados nacionales y constituyen uno de los grupos de presión más formidables, actuando de forma simultánea en las instituciones europeas y en sus gobiernos nacionales respectivos. Además, las ciudades y regiones participan activamente en las negociaciones directas con las empresas multinacionales y se han convertido en los agentes más importantes de las políticas de desarrollo económico, ya que los gobiernos nacionales están limitados en sus acciones por las regulaciones de la Unión Europea[66]. En América Latina, la reestructuración de la política pública para superar la crisis de la década de los ochenta dio un nuevo ímpetu a los gobiernos municipales y estatales, cuyo papel había sido tradicionalmente ensom-

---

63 Encuesta de opinión pública del Roper Center, 1995.
64 Balz y Brownstein, 1996.
65 Orstrom Moller, 1995.
66 Borja *et al.*, 1992; Goldsmith, 1993; Graham, 1995.

brecido por su dependencia del gobierno nacional, con la importante excepción de Brasil. Los gobiernos locales, provinciales y estatales de México, Brasil, Bolivia, Ecuador, Argentina y Chile se beneficiaron, en las décadas de los ochenta y los noventa, de la descentralización del poder y los recursos, y emprendieron una serie de reformas sociales y económicas que están transformando la geografía institucional de América Latina. Al hacerlo, no sólo compartían el poder con el estado-nación, sino, lo que es más importante, creaban la base para una nueva legitimidad política en favor del estado local[67].

China está experimentado una transformación fundamental similar, en la que Shanghai y Guandong controlan las principales vías de acceso a la economía global, y muchas ciudades y provincias de todo el país organizan sus lazos propios con el nuevo sistema de mercado. Aunque Pekín parece mantener el control político con mano de hierro, en realidad, el poder del Partido Comunista chino se basa en un delicado equilibrio entre el poder compartido y la distribución de riqueza entre las elites nacionales, provinciales y locales. Esta articulación central/provincial/local del estado chino en el proceso de acumulación primitiva muy bien puede ser el elemento clave para asegurar una transición ordenada del estatismo al capitalismo[68]. Cabe observar una situación similar en la Rusia postcomunista. El equilibrio de poder entre Moscú y las elites locales y regionales ha sido crucial para la estabilidad relativa del estado ruso en medio de una economía caótica, como en el caso del reparto de poder y beneficios entre el gobierno federal y los «generales del petróleo» de Siberia Occidental; o entre las elites moscovitas y las elites locales, tanto en la Rusia europea como en el Lejano Oriente[69]. Por otra parte, cuando las demandas de una identidad nacional no se reconocieron como se debía y acabaron tratándose torpemente, como en el caso de Chechenia, la guerra que siguió fue en buena medida responsable del descarrilamiento de la transición rusa[70]. Así pues, del esplendor de Barcelona a la agonía de Grozni, la identidad territorial y los gobiernos locales/regionales se han convertido en las fuerzas decisivas en el destino de los ciudadanos, en las relaciones entre el estado y la sociedad y en la remodelación de los estados-nación. Una investigación sobre los datos comparativos de la descentralización política parece apoyar el dicho popular según el cual los gobiernos nacionales en la era de la información son demasiado pequeños para manejar las fuerzas globales, pero demasiado grandes para manejar las vidas de la gente[71].

---

67 Ziccardi, 1991, 1995; Laserna, 1992.
68 Cheung, 1994; Li, 1995; Hsing, 1996.
69 Kiselyova y Castells, 1997.
70 Khazhanov, 1995.
71 Borja y Castells, 1996.

LA IDENTIFICACIÓN DEL ESTADO

La institucionalización selectiva de la identidad en el estado tiene un efecto indirecto muy importante sobre la dinámica general del estado y la sociedad. A saber, no todas las identidades son capaces de encontrar refugio en las instituciones de los gobiernos locales y regionales. De hecho, una de las funciones de la diferenciación territorial del estado es mantener el principio de la igualdad universal, mientras organiza su aplicación como desigualdad segregada. Separados y desiguales es la norma que subyace, por ejemplo, en la vigorosa autonomía local de los gobiernos locales de los Estados Unidos[72]. La concentración de los pobres y las minorías étnicas en el centro de las ciudades estadounidenses o en las *banlieues* periféricas francesas tiende a establecer un confinamiento espacial de los problemas sociales, mientras disminuye el grado de recursos públicos disponibles, precisamente a causa de la autonomía local. La autonomía local/regional refuerza territorialmente a las elites e identidades dominantes, mientras despoja a aquellos grupos sociales que no están representados en esas instituciones autónomas de gobierno o que están aislados y confinados en un gueto[73]. En esas condiciones, pueden tener lugar dos procesos diferentes. Por una parte, las identidades que tienden a ser inclusoras utilizan su control de las instituciones regionales para ampliar las bases sociales y demográficas de su identidad. Por la otra, las sociedades locales atrincheradas en una posición defensiva construyen sus instituciones autónomas como mecanismos de exclusión. Un ejemplo del primer proceso es la Cataluña democrática: está gobernada por catalanes en catalán, aunque en la década de los noventa la mayoría de la población adulta no nació en Cataluña, ya que tradicionalmente las mujeres catalanas de origen han procreado por debajo de la tasa de reposición. Pero el proceso de integración cultural y asimilación social para los inmigrantes del sur de España es relativamente suave, de tal modo que sus hijos serán catalanes culturales (véase el capítulo 1). Lo que es importante en este ejemplo es observar cómo una identidad cultural/nacional determinada, ser catalán, utiliza el control del estado local/regional para sobrevivir como identidad, tanto reforzando su posición de negociación frente al estado-nación español como utilizando su dominio de las instituciones regionales/locales para integrar a los no catalanes, con lo que los produce como catalanes y reproduce a Cataluña mediante familias sustitutas.

Surge una situación totalmente diferente cuando las identidades e intereses que dominan las instituciones locales rechazan la noción de integración, como en las comunidades divididas por la etnia. La mayoría de

[72] Blakely y Goldsmith, 1993.

[73] Smith, 1991.

las veces, el rechazo de la cultura oficial es contestado por los excluidos enorgulleciéndose su identidad excluida, como en muchas comunidades latinas de las ciudades estadounidenses o en el caso de los jóvenes *beurs* de los guetos franceses de norteafricanos[74]. Estas minorías étnicas excluidas no pretenden acceder al estado local, sino apelar al estado nacional para que sus derechos sean reconocidos y sus intereses defendidos, por encima y contra los gobiernos locales/estatales, como en el caso de las minorías estadounidenses que reclaman programas de «acción afirmativa» para paliar siglos de discriminación institucional y social. Sin embargo, el estado-nación, para sobrevivir a su crisis de legitimidad frente a la «mayoría», va cediendo más poder y recursos a los gobiernos locales y regionales. Al hacerlo, cada vez es menos capaz de igualar los intereses de las diversas identidades y grupos sociales representados en el estado-nación general. Así pues, el aumento de las presiones sociales amenaza el equilibrio de todo el estado. La creciente incapacidad del estado-nación para responder a tales presiones, a causa de la descentralización de su poder, deslegitima aún más su papel protector y representativo frente a las minorías discriminadas. En consecuencia, estas minorías buscan refugio en sus comunidades locales, en estructuras no gubernamentales de autocontrol[75]. Así pues, lo que comenzó como un proceso de relegitimación del estado, mediante el paso del poder nacional al local, puede acabar profundizando la crisis de legitimación del estado-nación y la tribalización de la sociedad en comunidades construidas en torno a identidades primarias, como se expuso en el capítulo 1.

En el límite, cuando el estado-nación no representa a una identidad fuerte, o no deja espacio para que una coalición de intereses sociales consiga poder bajo una identidad (re)construida, una fuerza social/política definida por una identidad particular (étnica, territorial, religiosa) puede tomar el estado a fin de hacerlo la expresión exclusiva de esa identidad. Éste es el proceso de formación de los estados fundamentalistas, como la República Islámica de Irán o las instituciones de gobierno estadounidenses propuestas por la Coalición Cristiana en la década de los noventa. A primera vista, parecería que el fundamentalismo otorga un nuevo y vigoroso aliento al estado-nación, en una versión histórica actualizada. Pero, en realidad, es la manifestación más profunda de su defunción. Como expuse en el capítulo 1, la expresión del islam no es, y no puede ser, el estado-nación (una institución secular), sino la *umma*, la comunidad de creyentes. La *umma* es, por definición, transnacional y debe alcanzar a todo el universo. Éste es también el caso de la Iglesia católica, un movimiento transnacional y fundamentalista que pretende convertir a todo el planeta al único Dios verdadero, utilizando, cuando es posible, el apoyo de cual-

[74] Sánchez Jankowski, 1991; Wieviorka, 1993.
[75] Wacquant, 1994; Trend, 1996.

quier estado. Desde esta perspectiva, un estado fundamentalista no es un estado-nación, tanto en su relación con el mundo como en su relación con la sociedad que vive en el territorio nacional. Frente al mundo, el estado fundamentalista tiene que maniobrar, en alianza con otros aparatos de creyentes, sean estados o no, hacia la expansión de la fe, hacia la reconstrucción de las instituciones nacionales, internacionales y locales en torno a los principios de la fe: el proyecto fundamentalista es una teocracia global, no un estado nacional religioso. Frente a la sociedad definida por el territorio, el estado fundamentalista no pretende representar los intereses de todos los ciudadanos y de todas las identidades presentes en él, sino ayudar a esos ciudadanos, en sus distintas identidades, a encontrar la verdad de Dios, la única verdad. Por lo tanto, el estado fundamentalista, aunque desencadena la última oleada de poder absoluto del estado, lo hace, en realidad, negando la legitimidad y durabilidad del estado-nación.

Así pues, la danza de la muerte actual entre identidades, naciones y estados deja, por una parte, estados-nación vacíos de historia que van a la deriva en el altamar de los flujos globales de poder; y por la otra, identidades nacionales atrincheradas en sus comunidades o movilizadas por la conquista de un estado-nación asediado; en medio, los estados locales se esfuerzan por reconstruir la legitimidad e instrumentalidad navegando por las redes transnacionales e integrando a las sociedades civiles locales.

Ilustremos el significado concreto de esta proposición centrándonos en la evolución reciente de dos importantes estados-nación que sufren (como muchos otros del mundo) una crisis estructural en la década de los noventa: México y los Estados Unidos.

CRISIS CONTEMPORÁNEAS DE LOS ESTADOS-NACIÓN: EL ESTADO PRIÍSTA MEXICANO Y EL GOBIERNO FEDERAL DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA DÉCADA DE LOS NOVENTA

El análisis de la crisis del estado-nación, como se presenta en este capítulo, puede resultar más claro ilustrándolo con un sucinto estudio de crisis específicas. Sin embargo, el lector debe tener en cuenta que las observaciones e interpretaciones que se presentan aquí no pretenden ser estudios completos de crisis del estado, dados los límites de este capítulo, aun cuando se basen en un conocimiento empírico del tema. De una amplia gama de posibilidades a lo largo de todo el mundo, he seleccionado, en parte por razones de conocimiento personal, dos casos importantes. En primer lugar, el estado priísta mexicano, porque, *tras haber sido uno de los regímenes políticos más estables del mundo durante cerca de seis décadas, se desintegró en unos cuantos años bajo el impacto combinado, se-*

gún sostengo, de la globalización, la identidad y una sociedad civil transformada. En segundo lugar, considero importante explorar los efectos actuales de los procesos descritos más arriba sobre el gobierno federal de los Estados Unidos, aun cuando sea un caso excepcional debido al tamaño de su economía, la flexibilidad de su política y el alto grado de descentralización de la estructura estatal. Porque es precisamente esta excepcionalidad[76] la que hace pertinente desde el punto de vista analítico la observación del estado-nación estadounidense, pues *si hasta un estado con un alcance global, arraigado en un federalismo flexible, entra en crisis como consecuencia de las tendencias actuales presentadas en este capítulo, cabría considerar que el análisis propuesto tiene un valor general.*

TLC, Chiapas, Tijuana y la agonía del estado priísta[77]

Tras dos décadas de inestabilidad postrevolucionaria, México pasó a construir uno de los estados más efectivos, si no más democráticos, del mundo. Se organizó en torno al que acabó conociéndose como el Partido Revolucionario Institucional (PRI), resaltando de forma literal el proyecto político de institucionalizar la revolución de 1910-1917 en la diversidad de sus actores e ideales. El estado priísta fue capaz de someter a los centros de poder competidores que condicionaban la política latinoamericana en la mayoría de los países de la región: el ejército y la Iglesia católica. Sobrevivió diestramente a su conexión íntima e inexcusable con los Estados Unidos, manteniendo vivo el nacionalismo mexicano y afirmando la autonomía política mientras disfrutaba, en general, de buenas relaciones con su poderoso vecino. Se las arregló para construir una fuerte identidad nacional indígena, tendiendo un puente a la memoria de las civilizaciones precolombinas, mientras mantenía en la marginación y el olvido a su 10% de población india. También logró fomentar un considerable crecimiento económico entre 1940 y 1974, para crear la duodécima mayor economía del mundo en los años noventa. Y con la excepción de los asesinatos ordenados por los terratenientes y caciques, las matanzas políticas ocasionales (por ejemplo, Tlatelolco en 1968) y algunas acciones limitadas de las guerrillas izquierdistas, la violencia era rara en la

---

[76] Lipset, 1996.

[77] El análisis de México presentado aquí se basa en tres conjuntos de fuentes: a) periódicos y revistas mexicanos y de otros países, así como la *Revista Mexicana de Sociología*; b) diversas fuentes publicadas, que incluyen Mejía Barquera *et al.*, 1985; Berins Collier, 1992; Gil *et al.*, 1993; Cook *et al.*, 1994; Partido Revolucionario Institucional, 1994; Trejo Delarbre, 1994a,b; Aguirre *et al.*, 1995; *Business Week*, 1995c; Golden, 1995; Márquez, 1995; Pérez Fernández del Castillo *et al.*, 1995; Summers, 1995; *The Economist*, 1995b,c; Tirado y Luna, 1995; Woldenberg, 1995; Ziccardi, 1995; Moreno Toscano, 1996; y c) mi conocimiento personal de México después de veinticinco años de estudio regular de ese país.

política mexicana. En efecto, la transmisión del poder de un presidente a otro era ordenada, predecible e incuestionable. Cada presidente designaba a su sucesor y salía de la escena política para siempre. Y cada presidente traicionaba a su predecesor, pero nunca lo criticaba ni investigaba sus acciones. La extendida corrupción sistémica era ordenada, seguía unas reglas y, en realidad, era un importante elemento estabilizador en la política mexicana: cada presidente renovaba la distribución de los cargos políticos en toda la estructura del estado, lo que llevaba a decenas de miles de nombramientos cada seis años. Mientras estaban en el cargo, los nombrados tenían la posibilidad de beneficiarse personalmente de su posición, bajo formas diferentes. Esta rotación colectiva de elites políticas, en un sistema muy beneficioso, aseguraba la disciplina colectiva, ya que cada uno esperaba su oportunidad, que probablemente llegaría siempre que se respetaran las reglas del juego. El castigo por romper las reglas de la disciplina, el silencio, la paciencia y, sobre todo, la jerarquía, era el exilio eterno de toda posición importante de poder y riqueza en el país, incluida la presencia en los medios de comunicación y los cargos académicos significativos. Dentro del PRI, diferentes fracciones políticas (camarillas) competían por el poder, pero nunca rompían la disciplina colectiva de partido y nunca objetaban la autoridad del presidente, quien decidía en última instancia toda disputa. Pero la clave de la estabilidad social y política del estado mexicano estaba en el elaborado sistema de conexiones entre el PRI y la sociedad civil. Se basaba en la incorporación orgánica de los sectores populares, sobre todo mediante los sindicatos (Confederación de Trabajadores Mexicanos, CTM), que controlaban a la clase obrera; la Confederación Nacional Campesina (CNC), que controlaba a los campesinos, en su mayoría en un sistema de uso comunal de la tierra de propiedad estatal (ejidos), establecido por la revolución agraria; y la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), que trataba de organizar a sectores populares heterogéneos, aunque con mucho menor éxito. Este sistema de clientelismo político no se basaba, en su mayor parte, en la manipulación y la represión, sino en la entrega real de puestos de trabajo, salarios, subsidios sociales, bienes (incluida la tierra) y servicios (incluidos los servicios urbanos) en un amplio plan populista. La burguesía mexicana y el capital extranjero estaban esencialmente excluidos del sistema de poder, aunque el PRI solía representar sus intereses, puesto que sin duda era un partido pro capitalista, si bien en una versión nacional populista. En efecto, la mayoría de los grupos empresariales, con la excepción del grupo autónomo de Monterrey, eran fruto del estado mexicano. Por último, y menos importante, las elecciones se amañaban sistemáticamente mediante fraude e intimidación cuando era necesario. Pero, en la mayoría de los casos, el PRI habría ganado (aunque no en todos los casos y en todas las elecciones, como sucedía) debido a la efectividad de un sistema populista fraguado en la sociedad mediante redes, fa-

milismo y lealtades personales en una cadena vertical de reciprocidades que abarcaban todo el país. En este sentido, el sistema priísta no era sólo un régimen político, sino la propia estructura del estado mexicano, según existía en el siglo XX.

Luego, todo se vino abajo en menos de una década, entre mediados de los años ochenta y mediados de los noventa. Incluso en el caso improbable de que el primer presidente mexicano del siglo XXI fuera de nuevo un candidato del PRI, presidiría un estado muy diferente, puesto que el sistema político descrito ya se ha derrumbado. En 1994, el primer año de existencia legal del TLC, expresión institucional de la globalización plena de la economía mexicana, tuvieron lugar los siguientes hechos: los zapatistas se sublevaron en Chiapas, el primer día del año; el candidato presidencial del PRI, Luis Donaldo Colosio, fue asesinado (la primera vez que sucedía algo así en medio siglo); el peso mexicano se derrumbó y México casi incumple el pago de sus obligaciones, a pesar del respaldo sin precedentes de los Estados Unidos y del FMI, enviando ondas sísmicas a toda la economía mundial; el secretario general del PRI, José Francisco Ruiz Massieu (cuya primera esposa eran hermana del presidente Salinas) fue asesinado y su hermano, procurador general de la república suplente, fue declarado sospechoso de encubrir el asesinato y huyó del país; Raúl Salinas, hermano del entonces presidente Carlos Salinas y estrecho colaborador en los negocios presidenciales, fue acusado de dirigir el asesinato de Ruiz Massieu y encarcelado; las conexiones de Raúl Salinas con los cárteles de la droga y con el blanqueo de miles de millones de dólares salieron a la luz pública; el presidente Carlos Salinas, unos días antes de dejar el cargo en diciembre de 1994, rechazó todas las fechorías de que se le acusaba, manteniendo una huelga de hambre de veinticuatro horas y, tras recibir el consuelo cortés de su sucesor, el presidente Zedillo, dejó el país; su partida abrió, por primera vez hasta entonces, un aluvión de denuncias públicas y acusaciones recíprocas de políticos mexicanos de todas las facciones, incluidos antiguos presidentes, que decidieron jugarse el todo por el todo. Aunque las elecciones presidenciales de agosto de 1994 las ganó el PRI, en un proceso electoral relativamente limpio, el miedo generalizado a la inestabilidad y la violencia si este partido resultaba derrotado fueron cruciales para la victoria. Los resultados electorales en las elecciones estatales, municipales y al Congreso celebradas con posterioridad indicaron una clara tendencia ascendente de los votos hacia la oposición conservadora, el Partido de Acción Nacional (PAN) y hacia los críticos de izquierda organizados en torno al Partido de la Revolución Democrática (PRD). El presidente Zedillo cedió una parte considerable de control sobre la máquina electoral, nombró a independientes y miembros del PAN para altos cargos de su gobierno y parecía estar preparado para ser el presidente de la transición hacia un tipo diferente de régimen y, quizás, de estado. Pero el PRI parecía pensar otra cosa. En noviembre de 1996,

rechazó el consenso con los otros partidos sobre ley de la reforma política. En julio de 1997, el PRI perdió, por primera vez, la mayoría absoluta en la Cámara de representantes, el PAN se hizo con varios gobiernos regionales y, sobre todo, el líder del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, se convirtió en el primer alcalde (regente) elegido por el pueblo en Ciudad de México.

El futuro político de México es aún incierto, con las fuerzas políticas y los dirigentes políticos de varios orígenes e ideologías buscando posiciones de cara a la nueva era política. La única certeza es que el PRI ha finalizado su curso histórico [78]. Y la *pregunta es por qué y cómo este importante acontecimiento político se relaciona con el argumento general, presentado aquí, sobre la crisis del estado-nación como resultado de los conflictos inducidos por las contradicciones existentes entre la globalización y la identidad.*

La transformación actual de México y la crisis de su estado-nación comenzaron en 1982, cuando México fue incapaz de pagar los intereses de su deuda exterior, pese a que su producción de petróleo se multiplicó justo en el momento en que las dos crisis de suministro de crudo de 1974 y 1979 aumentaron de forma considerable sus precios en el mundo. Después de que el gobierno de López Portillo (1976-1982) terminara con la repentina nacionalización de la banca mexicana, en un intento desesperado de reafirmar el control estatal sobre una economía que se internacionalizaba rápidamente, las elites políticas y empresariales del país, los Estados Unidos y los intereses empresariales internacionales decidieron, de algún modo (no sé exactamente cómo), que México era un país demasiado importante para que se dejara que lo gobernaran los populistas tradicionales. Una nueva generación de *técnicos*, más que *políticos*, llegó al poder, sustituyendo con economistas, financieros y politólogos formados en los Estados Unidos a los *licenciados* de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, como era la tradición. No obstante, las nuevas elites aún tenían que ser además licenciados de la UNAM y pertenecer al linaje de alguna de las familias políticas tradicionales del PRI. En el caso de Carlos Salinas, era la red del anterior presidente Miguel Alemán, vía el padre de Salinas, secretario de Comercio en 1958-1964, y el tío de Salinas, Ortiz Mena, secretario de Hacienda entre 1958 y 1982. Miguel de la Madrid, un tecnócrata vinculado a los círculos integristas católicos, fue el presidente de transición, de 1982 a 1988, encargado de poner en orden las finanzas mexicanas y preparar el nuevo equipo de dirigentes jóvenes, técnicamente competentes y osados en política, que crearían un nuevo país y un nuevo estado a partir del PRI: las figuras principales fueron Carlos Salinas, graduado de Harvard,

---

78 En noviembre de 1996, las elecciones locales de los estados de México e Hidalgo fueron ganadas arrolladoramente por los partidos de oposición. Las elecciones locales, regionales y legislativas de julio de 1997 infligieron una decisiva derrota al PRI.

secretario de Presupuesto, y Manuel Camacho, graduado de Princeton, secretario de Desarrollo Urbano. Pero el programa de austeridad aplicado por De la Madrid en la década de los ochenta hundió a México en la recesión y rompió el pacto social con los sindicatos y los sectores populares urbanos. Los dirigentes sindicales tuvieron cuidado de no poner en peligro sus privilegios, pero los obreros industriales, los empleados del sector público y las vecindades populares sintieron el dolor de la reestructuración. Después, en 1985, un terremoto asoló Ciudad de México, derrumbando hogares y empresas, y desatando protestas sociales. Se puso en movimiento una coalición política alternativa, organizada por Cuauhtémoc Cárdenas (hijo del general Cárdenas, el dirigente populista histórico del PRI de los años treinta), atrayendo a la izquierda del PRI, de donde procedía él mismo. El PRI a duras penas sobrevivió a las elecciones presidenciales de 1988: Ciudad de México, Guadalajara y Ciudad Juárez votaron contra él. Carlos Salinas, candidato priísta, fue elegido debido al fraude, siendo esta vez la diferencia de votos lo suficientemente pequeña como para que éste se convirtiera en el factor decisivo. Salinas, hombre inteligente y de buena formación, entendió el mensaje. Nombró a su antiguo amigo Manuel Camacho regente de Ciudad de México y le dejó dar rienda suelta a sus instintos: programas sociales, negociación con la sociedad civil, democratización. El nuevo presidente (con la influyente ayuda del «Rasputín mexicano», el asesor internacional José Córdoba, francés de nacimiento pero de padres españoles) se centró en asegurar la plena integración de México en la economía global. Sus opiniones eran claras: «Contemplamos una intensa globalización económica de los mercados y la revolución del conocimiento y la tecnología nos hace vivir, más que nunca, una historia universal única» [79]. En efecto, su meta profesional (y candidatura semioficial) para cuando abandonara la presidencia era convertirse en el primer secretario general de la Organización Mundial de Comercio, de reciente institución. En consecuencia, apretó el cinturón de México, redujo abruptamente el gasto público, modernizó la infraestructura de las comunicaciones y las telecomunicaciones, privatizó la mayoría de las empresas públicas, internacionalizó la banca, liberalizó el comercio y abrió el país a la inversión extranjera. Mientras que los niveles de vida cayeron en picado para la mayoría de la gente, la inflación se redujo considerablemente, la economía mexicana creció de forma sustancial, las exportaciones se incrementaron y afluyó la inversión extranjera, de tal modo que en 1993 México se convirtió en el país con la mayor cantidad de inversión extranjera directa del mundo. Las reservas de divisas se acumulaban de prisa. Los pagos de la deuda externa estaban bajo control. Funcionaba la globalización. Salinas también lanzó un ataque sin precedentes contra los

[79] Citado por Berins Collier, 1992; pág. 134.

dirigentes sindicales corruptos (en realidad, un aviso para toda la organización sindical) y prometió luchar contra la corrupción y el tráfico de drogas, aunque, en esos temas, la historia puede que juzgue pronto sus logros reales. En el proceso, redujo de forma espectacular los salarios reales de los obreros mexicanos y empobreció a grandes sectores de la población. También lanzó un programa nacional de solidaridad, Pronasol, dirigido por uno de sus colaboradores más cercanos, Luis Donaldo Colosio, mientras que encargaba a Camacho ocuparse de los inquietos habitantes de Ciudad de México y a Ernesto Zedillo, de modernizar el sistema educativo. Contra el telón de fondo de un gran sufrimiento humano, la economía mexicana fue transformada en unos años, hasta el punto de que los Estados Unidos y los inversores internacionales decidieron que había llegado el momento de licenciar a México, dando la bienvenida a esta nación de más de 90 millones de habitantes al Club del Primer Mundo (la OCDE), aun cuando más del 50% de sus ciudadanos estuvieran viviendo por debajo del umbral de pobreza y en torno a un 30% en la pobreza absoluta. La firma del TLC, en 1993, fue la cota más alta de esta estrategia de integración de México en la economía mundial. Era el momento del triunfo de Salinas. También era el momento de designar quién sería el próximo presidente. En lugar de elegir a Camacho, el más fuerte y popular de su círculo interno, se decidió por Colosio, otro joven técnico que, aunque no pertenecía a la vieja guardia del PRI, era presidente del partido y considerado más abierto al compromiso por el aparato. Resulta irónico que el mejor amigo de Camacho en el PRI, Ruiz Massieu, fuera el secretario general del partido. Pero estaba allí precisamente para combatir a los «dinosaurios», la vieja guardia. Camacho se sintió contrariado por su relegación, tanto por razones personales como políticas, y, por primera vez en la política mexicana, comunicó sus pensamientos al presidente y en público. Pero no tuvo opción. A finales de 1993, parecía que todo estaba bajo control y que Salinas había logrado su *perestroika* precisamente evitando el error que, en su opinión, había cometido Gorbachov: reformar la política antes de reformar la economía.

Entonces, el 1 de enero de 1994, el primer día de la era del TLC, atacaron los zapatistas. Ya he analizado las causas, las circunstancias y el significado del movimiento zapatista (capítulo 2), así que sólo voy a considerar aquí la repercusión del movimiento en la crisis del estado mexicano. Fue devastadora. No debido a que pusiera realmente en peligro el poder estatal desde el punto de vista militar, sino porque en seguida se convirtió en el grito de unión de una sociedad civil que, en su gran mayoría, estaba herida en lo económico y alienada en lo político. Además, una rebelión genuinamente india y campesina asestaba un importante golpe a la mitología del PRI. Los pobres, los campesinos, los indios no eran los beneficiarios sometidos y agradecidos de la revolución, sino los excluidos, y luchaban por ello. El velo de hipocresía tras el que México había estado

viviendo durante décadas se había rasgado irreversiblemente. El rey estaba desnudo, al igual que lo estaba el PRI.

Segundo acto. Salinas, nervioso por la reacción de Camacho, decidió solicitar de nuevo sus servicios (con propósitos e intenciones que me son desconocidos) para reparar el daño hecho en Chiapas. Camacho fue nombrado comisionado para la paz del presidente. Su hábil negociación conciliatoria y la popularidad de los zapatistas desató una nueva ronda de intrigas en el PRI a comienzos de 1994. Como la campaña de Colosio tardaba en despegar, la posibilidad de que el presidente diera marcha atrás a su decisión y nombrara a Camacho en vez de Colosio se convirtió en un rumor generalizado. Colosio, el candidato presidencial, un tecnócrata capaz y bien intencionado (planificador regional formado en la Universidad de Pensilvania), no era miembro de la vieja guardia. El aparato del partido ya estaba tenso por el nombramiento de Colosio, pero Camacho era demasiado: astuto políticamente, tenía sus propias conexiones en el partido, apoyo de las bases populares, buenos resultados en los sondeos de opinión y una actitud inflexible. Tanto Colosio como Camacho supondrían serios problemas para el aparato del partido si llegaban a convertirse en presidentes. Pero aún peor que uno u otro era la incertidumbre acerca de cuál de ellos sería nombrado e incluso la posibilidad de una alianza entre ambos. A medida que continuaban las negociaciones en Chiapas, y a medida que la campaña de Colosio se empantanaba, se intensificaban las tensiones en el aparato del partido, sobre todo en algunos sectores con intereses muy concretos y mucho que perder.

Una vez alcanzado este punto del análisis, he de introducir un nuevo elemento que, en mi opinión informada, es absolutamente decisivo, aun cuando carezco de pruebas sólidas: *el nuevo papel de México en el crimen organizado global*. Desde los años sesenta, México cultivó y exportó marihuana, pero no más (en realidad, menos) que algunas zonas de los Estados Unidos, como California del Norte y Kentucky. La producción de heroína comenzó a escala limitada en la década de los setenta. Pero el gran cambio se produjo en los años ochenta, cuando la formación de las redes de droga globales y el aumento de la presión estadounidense sobre las rutas caribeñas y centroamericanas llevó a los cárteles colombianos a compartir parte del comercio vinculado con los Estados Unidos con los cárteles mexicanos, proporcionándoles una cantidad de cocaína equivalente a la que fueran capaces de pasar de contrabando a los Estados Unidos al servicio de los colombianos. El tráfico se disparó y se organizaron poderosos cárteles mexicanos: en Tamaulipas y en el Golfo, en torno a García Abrego; en Ciudad Juárez, en torno a Amado Carrillo; en Tijuana, en torno a los hermanos Arellano Félix, entre otros. Añadieron el provechoso cultivo de la heroína y su tráfico. Luego, las anfetaminas. Después, todo. En miles de millones de dólares. Para trabajar de forma prudente y profesional, siguieron el modelo de Cali y no el de Medellín.

Evitar las muertes innecesarias, ser discretos. Ser fríos, eficientes, comprar a quien se necesite: policía, investigadores de drogas, jueces, fiscales, cargos locales y estatales y jefes del PRI lo más elevados posible. Cada dólar invertido en corrupción es rentable porque crea una red que, al extenderse, multiplica el respaldo y asegura el silencio. Así pues, mientras la nueva elite tecnopolítica de México se afanaba por vincularse a la economía global, importantes sectores del aparato priísta, junto con autoridades estatales y locales de diversas filiaciones políticas, establecieron su propia conexión con la «otra economía global». Para 1994, la nueva «mafiocracia» ya era lo bastante fuerte como para defender sus intereses, pero no estaba lo bastante establecida como para hacerlos efectivos y desaparecer en las avenidas financieras del blanqueo de dinero. Necesitaban más tiempo, tiempo predecible. Y tanto Colosio como Camacho eran impredecibles y peligrosos para sus intereses. Decidieron matarlos: a Colosio, con una bala; a Camacho, con una campaña de opinión bien organizada que le culpara moralmente del destino de Colosio. Tuvieron éxito. No por casualidad, Colosio fue asesinado en Tijuana. Zedillo, organizador de la campaña de Colosio y uno de los cuatro miembros del círculo interno de Salinas (otro era Pedro Aspe, ministro de Hacienda), tomó su lugar. Es un economista competente y bien formado, graduado de Yale. No obstante, sus conexiones políticas eran tenues y su destreza como político no estaba probada. No es que la conexión criminal se saliera plenamente con la suya, pero al menos había cambiado las reglas del juego. Cualquiera que se adentrara en su territorio, lo haría a su propio riesgo.

El siguiente de la fila fue el secretario general del PRI, que parecía ir demasiado lejos en la investigación de la muerte de Colosio, aún sin resolver cuando se escribió este texto. Esta vez, la pista del asesino del secretario general José Francisco Ruiz Massieu llegó hasta un prominente parlamentario priísta, hasta el cártel de Tamaulipas y, en última instancia, hasta Raúl Salinas, hermano y estrecho colaborador del presidente. Por extraño que parezca, el hermano de Ruiz Massieu, que era el fiscal especial del estado contra el tráfico de drogas, ha sido formalmente acusado de estar en la nómina de los cárteles. Es demasiado pronto para afirmar más allá de toda duda qué hacía cada cual y, ciertamente, más allá de mi conocimiento y competencia. No obstante, lo que resulta pertinente para el análisis es que, en la decisiva crisis política de 1994, la conexión traficantes de drogas-PRI desempeñó un importante papel en los asesinatos, intimidaciones y encubrimientos que destruyeron las reglas tradicionales del juego político y abrieron el camino para la defunción del estado priísta. Debe destacarse que no era un caso típico de infiltración política de la mafia. *Fue el alcance global de estas redes criminales, su implicación en las relaciones entre los Estados Unidos y México, y la participación de los niveles más elevados del estado los que hicieron significativa la crisis*

como ejemplo del modo en que la globalización del crimen desestabiliza a estados-nación poderosos y estables.

Los asesinatos políticos, la infiltración obvia de elementos criminales en el estado, el desafío de los zapatistas, apoyados por la mayoría de la opinión pública, y los conflictos internos del PRI debilitaron la confianza de los inversores extranjeros en la estabilidad del mercado emergente mexicano. Las salidas de capital comenzaron en marzo de 1994, tras el asesinato de Colosio el 23 de marzo. Pese a ello, Salinas y su secretario Aspe decidieron mantener el tipo de cambio fijo, utilizando las abundantes reservas de México para compensar las pérdidas de capital extranjero. Contaban con invertir la tendencia, pero eso no sucedió. Cuando Zedillo tomó el control, el 1 de diciembre de 1994, sintió pánico ante la situación real, reflejada en los libros de contabilidad secretos. Apresuró una devaluación que empeoró las cosas. La huida de capital que siguió dejó a México al borde del incumplimiento de pagos y sacudió los mercados de Buenos Aires y São Paulo. El presidente de los Estados Unidos vino al rescate, en el marco del TLC, y llegó a saltarse al Congreso para aportar 20.000 millones como garantía, sacados de las reservas federales. El FMI también arrimó el hombro con un préstamo de 8.000 millones (el más grande jamás concedido) y concertó varios tratos, de tal modo que, a mediados de 1995, México ya se encontraba con un colchón de 50.000 millones de dólares, a cambio de los cuales perdió para siempre su independencia económica.

Más allá de la reestructuración económica, con su elevado coste social, y los nuevos vínculos con el crimen global, otro elemento esencial en la defunción del estado priísta fue la movilización de la sociedad civil mexicana, sobre todo en los principales centros urbanos. Esta movilización fue ambigua porque la componían intereses sociales, culturas y proyectos sociales muy diferentes. Unió a importantes sectores de la clase media profesional, que se beneficiaba de las perspectivas de una economía dinámica, pero anhelaba la democratización, un gobierno limpio y unos límites a la burocracia. Pero también arrojó a la batalla contra el estado priísta a los empleados del sector público, que veían amenazada su seguridad; a los barrios populares urbanos, temerosos del desmoronamiento de los mecanismos de redistribución de tierra y servicios; a los estudiantes, que se movilizaron en torno a símbolos renovados de cambio social; y a los pobres, millones de ellos, en las ciudades y el campo, que luchaban por sobrevivir por todos los medios. Y aunque el escepticismo político va en ascenso, y no muchos mexicanos creen verdaderamente que su destino dependa de la alternancia de los partidos políticos, existe consenso sobre la incapacidad absoluta del estado priísta. La desintegración de la legitimidad populista equivale al fin de las alianzas orgánicas populistas, que constituyen el núcleo del sistema.

El limitado esfuerzo democratizador emprendido durante el gobierno

de Salinas tomó la forma de la devolución de poder y recursos a los gobiernos locales y estatales, junto con la tolerancia de las victorias electorales de la oposición en diversos estados y ciudades importantes, sobre todo en el norte. La serie de monografías sobre los gobiernos municipales en la década de los noventa, coordinada por Alicia Ziccardi [80], muestra mejoras notables en la administración local, sobre todo en León, Durango, Torreón y México D.F., entre otros. No obstante, la repercusión política de estos éxitos relativos fue el debilitamiento aún mayor del estado priísta, ya que en todos los casos se estableció una conexión más fuerte entre las administraciones municipales, en muchos casos, en manos de los partidos de oposición, y las sociedades civiles locales. Hasta en México D.F., el gobierno municipal del representante presidencial, el regente Manuel Camacho, acabó estableciendo sus propias bases electorales entre la población, sorteando al aparato tradicional del PRI. Así pues, en general, el esfuerzo por democratizar y descentralizar el poder en los niveles inferiores del estado, mientras el presidente y sus tecnócratas dirigían la economía global, creó una distancia mayor entre todos los segmentos de la población y las dependencias presidenciales. Puesto que la esencia del estado mexicano era la posición divina del presidente mientras ocupaba el cargo, la falta de reverencia general, incluso en los momentos del triunfo de Salinas, tocaba las campanas por uno de los regímenes políticos más duraderos de este siglo.

El estado-nación mexicano proseguirá, en un nuevo curso histórico, porque las raíces del nacionalismo están sólidamente plantadas en los corazones de los mexicanos. Sin embargo, no será el mismo estado-nación creado por el PRI y aunque aún es influyente y hábil, me atrevo a afirmar que cada vez será más impotente.

Desde la perspectiva económica, México y el mundo han entrado en una nueva era, de la cual el primero es probablemente un pionero. Larry Summers, uno de los expertos en finanzas internacionales más destacados y actor clave en el relanzamiento mexicano, escribió a finales de 1995, con la perspectiva que proporciona el paso del tiempo: «La crisis de México [en 1994] fue inducida por las innovaciones financieras de los años recientes, y los avances en la tecnología de la información y las comunicaciones hicieron que se propagara de un modo sin precedentes. Luego no es de extrañar que Michel Camdessus, del Fondo Monetario Internacional, la haya definido como la primera crisis del siglo XXI» [81]. Ello se tradujo en el hecho de que la política económica mexicana en el futuro, toda clase de política, tendrá que estar estrechamente coordinada con la política económica estadounidense y con los mercados financieros internacionales.

---

[80] Ziccardi, 1991, 1995.

[81] Summers, 1995, pág. 46.

En cuanto a la política, México habrá de habérselas, de ahora en adelante, con la penetración de su aparato estatal, a todos los niveles, por las redes criminales globales. Resulta dudoso que su policía y sistema judicial sean inmunes a esa penetración, con lo cual se hace extremadamente difícil la recuperación de la plena autonomía estatal frente al crimen. En efecto, parece que la mayor parte de las revelaciones acerca de las conexiones de la droga con el sistema político, incluidas las que se refieren a Raúl Salinas, proceden de la labor investigadora del servicio de información estadounidense, lo que hace depender de éste a los dirigentes mexicanos.

En la política interna, una sociedad civil más culta y movilizada está experimentando nuevos modos de expresión y organización, en contradicción directa con el estado priísta y a menudo más desarrollados en el ámbito local. La globalización y segmentación crecientes de los medios de comunicación están socavando el dominio que el grupo Televisa, un imperio multimedia aliado tradicionalmente con el estado priísta, tenía sobre el «infoentretenimiento».

Y, simbólicamente, el poder de la identidad, declarado por Marcos y los zapatistas, ha hecho algo más que quitar el velo a la autocomplacencia ideológica de México: ha tendido puentes entre los verdaderos indios, los verdaderos pobres y los sectores urbanos educados en busca de nuevas utopías movilizadoras. En el proceso, la nación mexicana volvió a unirse, esta vez contra el estado priísta.

El pueblo contra el estado: la crisis de legitimidad del gobierno federal de los Estados Unidos[82]

La crisis del estado estadounidense en la década de los noventa es una crisis de legitimidad que, sostengo, va más allá de la corriente libertaria tradicional en la política estadounidense. Se inicia en las profundidades de la sociedad civil, expresando su descontento sobre varios temas distintos que convergen en el cuestionamiento del papel, la función y el poder del gobierno federal, afirmado por el Tribunal Supremo desde sus deci-

---

[82] Uno de los mejores relatos sobre los acontecimientos políticos de los Estados Unidos en la primera mitad de la década de los noventa es el realizado por Balz y Brownstein, 1996. Remito a ese libro para fuentes adicionales. Para situar la cultura antigubernamental estadounidense en una perspectiva histórica, véanse Lipset, 1996 y Kazin, 1995. Para una útil información complementaria y análisis sobre los asuntos tratados en esta sección, véanse Stanley y Niemi, 1992; Davidson, 1993; Bennett, 1994; Black y Black, 1994; Murray y Herrnstein, 1994; Woodward, 1994; Barone y Ujifusa, 1995; Campbell y Rockman, 1995; Greenberg, 1995; Himmelfarb, 1995; Pagano y Bowman, 1995; Roper Center of Public Opinion and Polling, 1995; Dionne, 1996; Fallows, 1996. Para una rigurosa crítica sociológica de las tesis de Murray, véase Fischer *et al.*, 1995.

siones memorables de 1810 y 1819. La repercusión política inmediata de esta desconfianza renovada hacia el gobierno es la creciente influencia de un Partido Republicano reconstruido, claramente inclinado hacia la derecha, como proclamó en las elecciones del Congreso y de gobernadores en 1994, y confirmó hasta cierto punto en las del Congreso de 1996 que mantuvieron al *Grand Old Party* (GOP) en el control de ambas cámaras. No obstante, la influencia de los sentimientos antiestatales va más allá del electorado republicano para abarcar a los votantes independientes, como los representados por Ross Perot, que rechazan en su conjunto el sistema de partidos actual. La postura antiestado también incluye a un creciente número de grupos demócratas, de tal modo que el presidente Clinton, en su discurso de 1996 sobre el estado de la nación, llegó a anunciar «el fin del gran gobierno».

En efecto, la reelección de Clinton en 1996 se debió, en buena parte, a que asumió muchos de los temas republicanos contra el estado de bienestar y el gasto gubernamental, junto con una postura firme sobre la ley y el orden, y la promesa de conservar los programas sociales para la clase media, con lo que hábilmente pasó a ocupar el centro-derecha del espectro político. Como afirmó Theda Skocpol al comentar los resultados de las elecciones presidenciales de 1996, «independientemente del balance partidista, algo del cambio del debate que se registró en 1994 va a permanecer con nosotros. Es simplemente la idea de que no se puede utilizar al gobierno federal para grandes iniciativas aun cuando los problemas nacionales sean grandes» [83]. Además, las elecciones de 1996 registraron una desafección creciente del electorado hacia todos los candidatos políticos: sólo el 49% de los ciudadanos con derecho a voto lo ejercieron y Clinton obtuvo sólo el 49% de ese 49%. Mantener los poderes ejecutivo y legislativo en manos políticas diferentes parece ser el resultado de una voluntad colectiva implícita de reforzar el sistema de controles y equilibrios, de modo que ningún gobierno tenga un poder excesivo.

Por el momento, esta fuerte tendencia antiestatal afecta profundamente a la política, pero no a la estructura del estado. Pero parece estar camino de transformar la base institucional y el programa político del gobierno en los Estados Unidos. Si las propuestas aprobadas por el Congreso republicano en 1995 o la versión modificada de esas políticas llegan a entrar en vigor, como es posible que ocurra, el gobierno federal trasferiría a los gobiernos estatales, para el año 2002, la responsabilidad y los fondos para gestionar docenas de importantes programas, incluidos la asistencia social, Medicaid, la formación laboral y la protección medioambiental, por una cantidad estimada de 200.000 millones de dólares de gasto anual [84]. Además, los fondos se proporcionarían como transferencias en

[83] Citado por Toner, 1996.
[84] *Business Week*, 1995e.

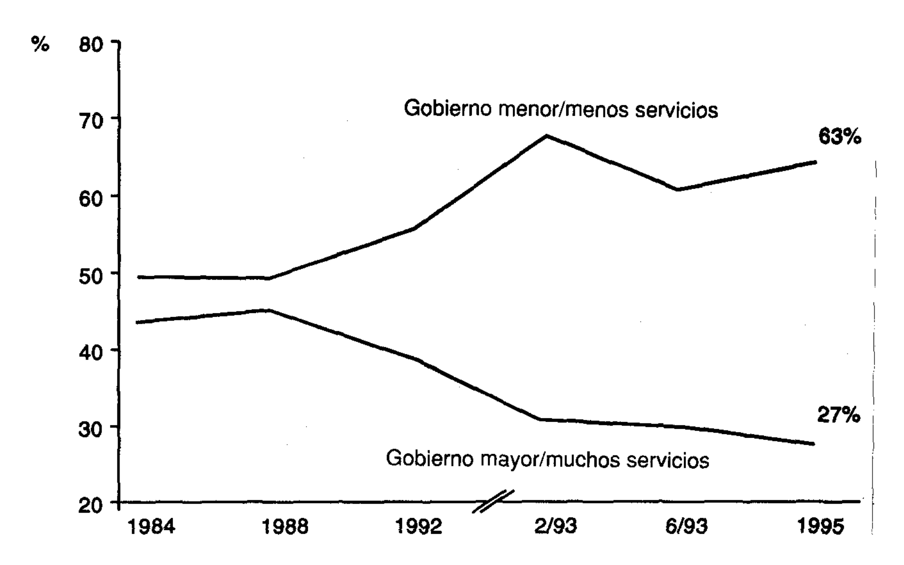


FIGURA 5.4 Actitudes de la opinión pública acerca del tamaño del gobierno y la prestación de servicios en los Estados Unidos, 1984-1995 (resultados de la pregunta: «¿Preferiría un gobierno menor con menos servicios o un gobierno mayor con muchos servicios?»).

Fuente: Encuestas realizadas por ABC News/*The Washington Post*, 1984, 1988, 1992 y febrero de 1993; y *The Los Angeles Times*, junio de 1993 y enero de 1995.

bloque, de tal modo que la decisión final sobre su uso estaría en las manos de los estados, aunque con algunas condiciones, cuyo contenido es objeto de luchas feroces en el Congreso. El gobierno del presidente Clinton también pensaba ceder una responsabilidad creciente a los estados en varias áreas importantes, incluida la política de transportes. Asimismo, los esfuerzos para recortar el déficit presupuestario en siete años, tanto por parte de los republicanos como del presidente Clinton, llevarán a una reducción sustancial del gasto, tanto en el ámbito federal como estatal. El gasto de Medicaid puede reducirse hasta un 30% (esto es, 270.000 millones de dólares) entre 1995 y 2002. Los organismos federales que desempeñan un importante papel en la regulación del gobierno, como la Agencia de Protección del Medio Ambiente y la Comisión Federal de Comunicaciones, probablemente verán muy recortados su poder y financiación. En efecto, la reducción del déficit presupuestario, basada en un razonamiento económico, se ha convertido en la herramienta más poderosa para disminuir el gobierno federal, que contabilizó un déficit anual de 203.000 millones de dólares en 1995. El movimiento combinado hacia la devolución del poder a los estados y condados, la desregulación, la pérdida de derechos a la asistencia social, la reducción drástica del gasto y los

créditos, y los recortes de impuestos (incluida la posibilidad, en el futuro, de una auténtica revolución fiscal) están operando una redefinición fundamental del poder y los objetivos del gobierno federal y, de este modo, del estado estadounidense.

Las fuerzas que impulsan esta transformación del papel del gobierno en los Estados Unidos surgen de un rechazo profundo y explícito al gobierno federal por parte de una gran mayoría de estadounidenses en la década de los noventa (véase la figura 5.4). Balz y Brownstein resumen los datos de los sondeos de opinión y los estudios políticos sobre el tema del modo siguiente:

El descontento hacia el gobierno se manifiesta ahora en dos fuertes corrientes. Por una parte, la gran mayoría de los estadounidenses suscriben una crítica populista que ataca a Washington por derrochador, ineficaz, estar al servicio de intereses especiales y abarrotado de políticos arteros e interesados que dirían cualquier cosa con tal de ser elegidos. (Este alejamiento populista del gobierno es más fuerte entre los votantes blancos de clase obrera, el mismo grupo que ha afrontado la mayor presión económica durante las dos últimas décadas). Desde un segundo frente, un número menor, pero aún considerable, de estadounidenses censuran al gobierno sobre bases ideológicas, como una imponente bestia que todo lo abarca y erosiona la libertad individual y la confianza en uno mismo, oponiéndose a la religión y favoreciendo a las minorías y los pobres. La desconfianza hacia Washington ha resultado ser un ingente obstáculo para los esfuerzos demócratas por recabar apoyo para las nuevas iniciativas gubernamentales, hasta para aquellas orientadas a combatir la inseguridad económica mediante la extensión de la formación laboral o una asistencia sanitaria garantizada. La hostilidad hacia Washington es ahora parte de la cultura estadounidense tanto como la reverencia a la bandera[85].

Es precisamente esta divisoria entre la lealtad renovada al símbolo de la nación (la bandera) y la desobediencia creciente a las instituciones federales (Washington) la que caracteriza a una crisis de legitimidad.

En el capítulo 2, al tratar los movimientos sociales, analicé brevemente la sublevación contra el nuevo orden global en los Estados Unidos, adelantando diversas ideas sobre las raíces y características de movimientos como la milicia estadounidense, «los derechos de los condados», el movimiento del «uso sensato» y movilizaciones heterogéneas de «patriotas» antigubernamentales. En este capítulo, me centro en el impacto de tales movimientos y de tendencias más amplias en la opinión pública sobre la política y el estado. No cabe reducir los sentimientos antiestatales en la sociedad estadounidense de la década de los noventa a su manifestación más extrema, aunque el movimiento patriota sí compendia los valo-

---

[85] Balz y Brownstein, 1996, pág. 13.

res y la ira expresados en grandes sectores de la sociedad, de los que se hacen eco las diatribas radiofónicas de Rush Limbaugh. Los sentimientos y la política contra el gobierno federal son el punto de convergencia de una vasta gama de tendencias ideológicas, económicas y sociales tan profundamente arraigadas en la relación entre la globalización, la construcción de la identidad y la política, no es arriesgado predecir que independientemente del partido que gane las elecciones en el año 2000, ya sea el GOP o un Partido Demócrata renovado, se verá empujado a un reacondicionamiento de las instituciones políticas estadounidenses en el siglo XXI. Una revisión de los principales componentes de este populismo conservador de los años noventa ayudará a comprender la complejidad del proceso y la extensión de la crisis que se cierne en el horizonte, más allá de las variaciones del ciclo político.

Una primera y vigorosa tendencia es una nueva clase de populismo económico en reacción contra la marginación de una alta proporción de los trabajadores estadounidenses que sufren el impacto de la reestructuración económica global. Los beneficios de las grandes empresas y de la bolsa de valores en 1996 y 1997 fueron los más elevados de la historia, aunque el índice Dow Jones caía bruscamente cada vez que se anunciaba una creación de puestos de trabajo sustancial. La tecnología está induciendo, de forma lenta pero segura, un aumento de la productividad. La mayor parte de las mujeres ahora obtienen ingresos. La creación de puestos de trabajo no tiene precedentes (11 millones de nuevos puestos durante el gobierno del presidente Clinton). No obstante, la profunda insatisfacción e inseguridad son un reflejo del estancamiento o descenso de los niveles de vida para la mayoría de la población, junto con la inestabilidad estructural introducida en el mercado laboral por el trabajo flexible, la interconexión de las firmas y la creciente dependencia de los modelos de inversión, producción y comercio transnacionales (véase el volumen I). Sin duda, este sentimiento es más contra las grandes empresas que contra el estado y, de hecho, demanda implícitamente una intervención gubernamental más activa, como en la campaña por el proteccionismo. Pero aviva la ira contra el gobierno federal porque se considera a Washington, acertadamente, el gestor de la globalización, sobre todo tras la firma del TLC, que pasó a simbolizar la creciente interdependencia económica de los Estados Unidos. Los temas políticos contenidos en este movimiento encaminan, en potencia, al proteccionismo económico, la restricción de la inmigración y la discriminación contra los inmigrantes. Sus implicaciones conducen a una oposición frontal a los intereses empresariales, para los que el libre comercio y el libre movimiento del capital, y de la mano de obra muy cualificada, son esenciales. Ello introduce una contradicción explosiva dentro del Partido Republicano, como se demostró en las primarias presidenciales de 1996, con la alarma del liderazgo del GOP ante el éxito inicial de la candidatura populista de Buchanan. También existe una

contradicción similar en el Partido Demócrata, pues la mayor parte de los sindicatos y muchos grupos minoritarios se oponen al TLC y a la plena movilidad de capital y puestos de trabajo en una economía global abierta, agenda que en general apoyan los dirigentes demócratas y sin duda fomentan Clinton y Gore.

Otra corriente de opinión pública, en parte coincidente con el proteccionismo económico, es la que propone el aislacionismo, manifestada por una amplia oposición popular a enviar tropas estadounidenses al exterior en ausencia de una amenaza claramente percibida a la seguridad nacional interna, condición que no cumplían Somalia ni Bosnia. Con el desvanecimiento de la Unión Soviética, la lógica de la movilización nacional se perdió en las mentes y los corazones de la gente, y el ejercicio regular de la posición de superpotencia militar, tan atrayente para las elites económicas, intelectuales y políticas, no parece justificar el coste ni el sufrimiento. El rechazo a que las tropas estadounidenses presten servicio bajo la bandera de la ONU se convirtió en el punto de encuentro contra el multilateralismo y contra la pérdida de la soberanía estadounidense en la compleja red de instituciones internacionales que caracterizan la era posterior a la guerra fría, como la Organización Mundial de Comercio.

Una tercera corriente de opinión hace referencia a un amplio rechazo hacia lo que se considera una interferencia del gobierno en las vidas privadas, la familia y las comunidades locales. Es el caso del «movimiento de la escuela en el hogar», frecuentemente asociado con el fundamentalismo cristiano, en el cual los padres se niegan a enviar a sus hijos a la escuela y rechazan la necesidad de un certificado de estudios. O los movimientos de «los derechos de los condados» o «el uso sensato» contra la regulación medioambiental, mezclando la defensa de la autonomía local, sobre todo en el Oeste, con los intereses de las compañías madereras y mineras. O la preocupación creciente y extendida por las amenazas a la intimidad desde el estado informatizado, alimentando tendencias libertarias de diferentes tipos, según los niveles de educación y el contexto social.

Los movimientos en favor de los valores familiares y contra el aborto, las campañas antigays y el fundamentalismo religioso (con mucha frecuencia de evangélicos blancos) forman la base de una corriente social extensa y diversificada, de la cual, como se mencionó en los capítulos 1 y 2, la Coalición Cristiana es la expresión política más potente y organizada, con un millón y medio de miembros y 1.200 secciones en 50 estados. En efecto, se ha convertido, a mediados de la década de los noventa, en el bloque de votantes más importante del Partido Republicano y en la fuerza decisoria en muchas elecciones locales, estatales y federales, reconocida como el equivalente funcional de lo que los sindicatos solían ser en el Partido Demócrata. En principio, el fundamentalismo cristiano no es un movimiento antiestatal. En efecto, su sueño sería ser una teocracia, una nación en la que mora Dios, con un gobierno que aplica las leyes de

Dios, como han hecho en algunas juntas escolares que llegaron a controlar en California, o en la decisión del Senado de Tennessee en febrero de 1996 de colocar los Diez Mandamientos en las oficinas y las escuelas públicas, requiriendo su observancia. No obstante, bajo el régimen constitucional actual de libertad religiosa y separación de la Iglesia y el estado, la reconstrucción de la nación cristiana exige en primer lugar el desmantelamiento del estado secularizado tal como es hoy día. El desarrollo extraordinario del fundamentalismo cristiano en la última década en los Estados Unidos y su conversión en una fuerza política bien organizada pueden relacionarse con la reconstrucción de la identidad y con la resistencia a la desintegración de la familia tradicional. Es un rechazo del feminismo, la liberación gay y el fin del patriarcado. Y de los esfuerzos del gobierno para aplicar las leyes que apoyan la elección de las mujeres, la igualdad de los géneros y la tolerancia cultural. Pero más allá de esa reacción, arraigada en la inseguridad personal, hay un intento de reconstruir la identidad y el significado en virtud de un pasado idealizado, el pasado de la familia y la comunidad en una sociedad homogénea que ahora se está reconstruyendo en los nuevos suburbios y en los pueblecitos de una vida rural que se extingue. Esta reacción es especialmente espectacular si se observa contra el telón de fondo del derrumbamiento actual de la familia patriarcal en los Estados Unidos (véase el capítulo 4). La pugna contra la crisis del patriarcado es tan vigorosa como la oposición al nuevo orden económico global en su desafío de los valores liberales y la clase política, deslegitimando, de este modo, al que perciben como su representante, el gobierno federal.

La crítica de las leyes e instituciones federales se vuelve aún más virulenta cuando se vincula con la hostilidad clasista y racial hacia los pobres y las minorías raciales. Por ello, la deslegitimación selectiva del estado de bienestar, ya combatido por las tendencias económicas, cristaliza el sentimiento popular, las votaciones políticas y la hostilidad antigubernamental. Digo selectivo porque la seguridad social y Medicare (que suponen en torno a los dos tercios del presupuesto del estado de bienestar estadounidense) continúan recibiendo el apoyo de una gran mayoría de la población, de tal modo que resulta muy difícil reformar el sistema (véase la figura 5.5). Por otra parte, los programas de asistencia social, los subsidios sociales para los pobres, los programas de formación y la acción afirmativa para las minorías soportan el ataque de una mayoría que se niega a pagar impuestos para sostener «a los otros» y estigmatiza a los pobres, culpándolos de su conducta, por ejemplo, atribuyendo a los subsidios de la asistencia social el crecimiento exponencial del número de «niños nacidos de niñas». En las «teorías» presentadas por los asesores académicos del movimiento en contra de la asistencia social, la Inglaterra victoriana y su moralidad rigurosa se convierten en el modelo, y los pobres y las minorías son sentenciados a una permanente posición inferior por su coefi-

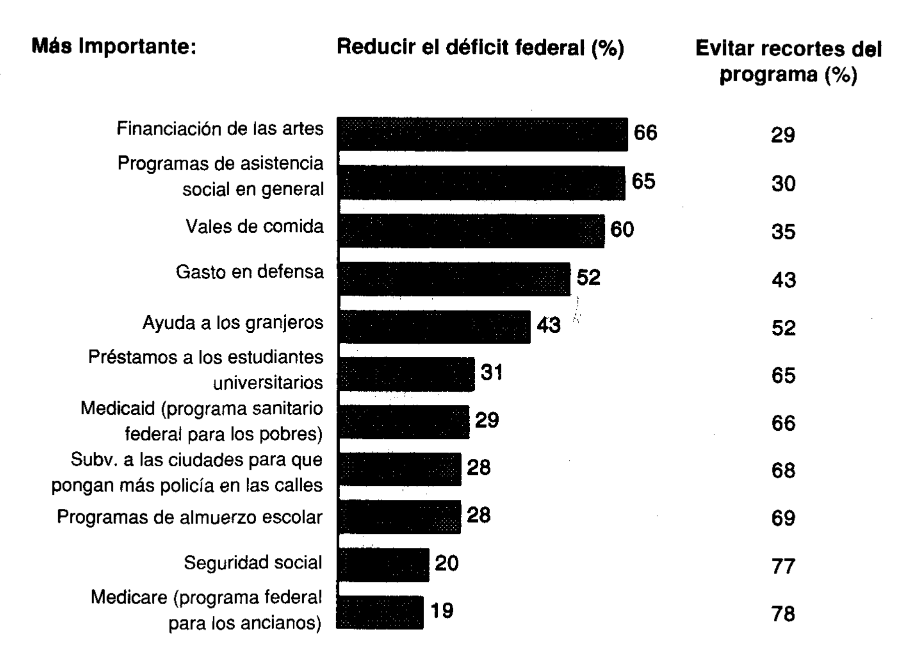


FIGURA 5.5 Actitudes hacia los programas del gobierno federal y la reducción del déficit presupuestario federal en los Estados Unidos, 1995 (resultados de la pregunta: «Para cada uno de los programas siguientes, ¿piensa que es más importante reducir el presupuesto federal o evitar que el programa sea recortado de forma considerable?»).

Fuente: Encuesta de Gallup Organization para CNN/*USA Today*, 24-26 de febrero de 1995.

ciente intelectual determinado biológicamente[86]. Una manifestación más de la ruptura de la solidaridad social es la cólera especial mostrada por los «varones blancos airados» que extienden su rechazo hacia la acción afirmativa para las mujeres, con lo que provocan una división potencial más entre los ciudadanos desafectos. La movilización de una proporción considerable de la sociedad civil contra el estado de bienestar en los Estados Unidos lleva, al mismo tiempo, a la segmentación de la sociedad y al debilitamiento del estado, cada vez más presionado para que se convierta en un aparato represivo del ascenso de las «clases peligrosas». El hincapié en el voluntariado comunitario y la caridad como sustitutos del estado de bienestar, aunque refuerza la importancia de una sociedad civil solidaria, es sobre todo una pantalla ideológica para no afrontar el abandono cínico de una responsabilidad colectiva con el pretexto de ejercer la responsabilidad individual.

---

[86] Murray y Herrnstein, 1994; Himmelfarb, 1995.

Todas estas dimensiones de la revuelta de los ciudadanos a veces coinciden con los intereses sin restricciones del capitalismo empresarial (como en la crítica de la asistencia social o el ecologismo) y otras veces están en franca oposición a ellos (como en la crítica de la globalización y la flexibilidad laboral). Pero, a pesar de ser muy diferentes y provenir de distintas fuentes, todas convergen en una oposición frontal al papel importante del gobierno federal, que caracteriza al estado-nación estadounidense según estaba constituido en el último medio siglo.

Pero aclaremos este punto. En su conjunto, el populismo conservador estadounidense de la década de los noventa no es un movimiento libertario y no se hace eco de la tradición del republicanismo antigubernamental. Algunos de sus componentes más importantes, como se ha descrito antes, demandan en realidad políticas muy estatistas, haciendo que el estado imponga los valores de algunos segmentos organizados de la sociedad sobre los individuos y las familias. Éste es sin duda el caso de los fundamentalistas cristianos, cuya creciente influencia en los gobiernos locales y estatales se considera un medio de imponer la conducta piadosa sobre toda la sociedad que se encuentra bajo su jurisdicción. Igual sucede con las políticas económicas proteccionistas, cuya aplicación plena requeriría un esfuerzo decisivo por parte del gobierno federal para controlar y orientar toda la economía estadounidense. Así pues, *la crisis del estado-nación no proviene sólo de la hegemonía cultural de los valores antiestatales, sino de la convergencia de desafíos de varias ideologías e intereses en el cuestionamiento del gobierno federal de los Estados Unidos, según se ha constituido en la historia*, ya sea para reducir radicalmente su papel (libertarismo tradicional) o para ocuparlo en nombre de una nueva misión de reconstruir la nación estadounidense bajo la guía de Dios y apartados del nuevo orden global. Por ello, esta crisis de legitimidad, aunque subyace en la «revolución republicana» de 1994, no puede equipararse a ella. Transciende partidos y grupos de votantes, y afecta a los obreros industriales tanto como a los granjeros, a los varones airados tanto como a los contribuyentes irritados.

Estas corrientes tan diversas y vigorosas suelen organizarse en torno a dos temas que se convierten en la bandera común: rechazar los impuestos y llevar armas. Al privar al gobierno, y en particular al federal, de los ingresos fiscales, la acción estatal se acaba limitando gradualmente. En una sociedad y una economía de demandas crecientes frente a las políticas públicas, la reducción de la base impositiva fuerza al estado a concentrarse en sus funciones esenciales, sobre todo mantener la ley y el orden y proporcionar la infraestructura de la nueva economía informacional global, mientras paga los intereses de una deuda heredada de la guerra fría de Reagan. Así pues, se vuelve incapaz de realizar las otras funciones y, de este modo, se ve obligado a «dejar en paz a la gente».

Por otra parte, en opinión de una parte importante de la población, el derecho a llevar armas es el cimiento fundamental de la libertad ciudadana, reconocido en la constitución estadounidense. Aunque muchos estadounidenses no están de acuerdo con este estado de cosas, el hecho es que hay 300 millones de armas en los hogares estadounidenses y se dispone de armamento bélico en el mercado.

Poderosas organizaciones y grupos de presión como Americans for Tax Reform, la National Federation of Independent Business y la legendaria Asociación Nacional del Rifle luchan con éxito para socavar el control del estado sobre el dinero y las armas. Mi Dios, mi familia, mi comunidad, mi dinero, mi arma parecen ser los valores que moldean la conciencia y la conducta de una proporción cada vez más importante del pueblo estadounidense, en oposición directa a las reglas, los programas y los funcionarios del gobierno federal y con una hostilidad creciente hacia las empresas globales y el multilateralismo institucional.

La difusión de estos temas y actitudes en la sociedad estadounidense se ha visto ayudada por la creciente localización, segmentación y diferenciación de los medios de comunicación y por la extensión de la comunicación electrónica interactiva. En este sentido, la clave ha sido la creciente influencia de la radio local, que emite programas de varias emisoras, y la explosión de las charlas y consultas radiofónicas. Entre 1988 y 1995, el número de emisoras especializadas en charlas radiofónicas se duplicó, alcanzando 1.200. La nueva tecnología por satélite y la relajación de la reglamentación sobre falsas imputaciones contribuyeron a su desarrollo e influencia. Rush Limbaugh, la estrella de las charlas radiofónicas, tenía una audiencia semanal de 20 millones en 600 emisoras en todo el país, convirtiéndose así en una fuerza política potencial. En 1994, el nuevo GOP rindió homenaje, en una comida pública, a Limbaugh, el hombre que, más que ningún otro, había popularizado la causa del ultraconservadurismo y las posturas antigubernamentales por todo el país. Además de la radio, el nuevo movimiento populista, como se indicó en el capítulo 2, utilizó todo el potencial de las nuevas tecnologías de la comunicación, incluido Internet, pero también el fax, para coordinar sus acciones e ideas y para difundirlos entre receptores seleccionados y cargos electos. La desmasificación de los medios sorteó los tradicionales canales de control indirecto entre la clase política y la audiencia, desencadenando la difusión de todo tipo de información e ideas, incluidas las más escandalosas, distorsionadas e injustas, entre millones de personas. El límite entre la publicación de lo adecuado y lo inaceptable, establecido cuidadosamente durante décadas por una libertad de prensa en general responsable, quedó irreversiblemente borroso.

Pese a la distorsión de las expresiones de ira, estas tendencias sociales no son caprichos temporales de la opinión pública. Los sondeos de opi-

nión disponibles en la década de los noventa muestran su persistencia y su profundidad (véase el capítulo 6). Están arraigadas en importantes transformaciones estructurales, presentadas en este libro, y se procesan en la cultura e instituciones específicas de la sociedad estadounidense. Como escriben Balz y Brownstein:

Tras todos estos movimientos de la derecha que se arremolinan e hinchan está el miedo a un mundo que se escapa de control [...] Cuando la economía se reestructura bajo las presiones de la globalización y de la nueva tecnología, y la estructura cultural de la sociedad se resiente bajo el desmoronamiento de la familia de dos progenitores, estamos en una de esas épocas [en las que gran número de estadounidenses se sientes desarraigados por acontecimientos que no pueden comprender ni controlar]. «La gente siente que no controla su propia vida», dijo el encuestador republicano Frank Luntz. «Que ya no puede moldear su futuro» [87].

Y culpan de ello al estado que han construido durante el último medio siglo, anhelando retomar el control sobre sus vidas en sus comunidades y en sus familias, y separándose del gobierno. En este proceso, son ayudados por un Partido Republicano que había estado fuera del poder parlamentario durante tres décadas y entonces vio la oportunidad de afirmarlo para las décadas venideras. Pero lo está haciendo surcando las olas de sentimientos antigubernamentales y anti*establishment*, así que está jugando con fuego. Como concluyen Balz y Brownstein: «Toda la energía intelectual del Partido Republicano se enfoca ahora a encontrar nuevos modos de reducir el ámbito y alcance del gobierno federal» [88]. Sin embargo, puesto que este partido también representa poderosos intereses empresariales, incorporados a la economía global y a las instituciones internacionales, al convertirse en el instrumento del populismo antiestatal construye una explosiva contradicción interna entre su base popular antigubernamental y fundamentalista, y su papel tradicional de representante del capitalismo empresarial y de defensa del *establishment*. La percepción franca de esa contradicción y la probable desafección consiguiente de una profunda tendencia populista, que transciende las líneas del partido, puede provocar una crisis fundamental en el sistema político estadounidense. Muy bien pudiera desestabilizar el cuidadoso equilibrio que los padres fundadores y el Tribunal Supremo habían establecido a lo largo de la historia entre lo local y lo federal, entre el gobierno y la sociedad, lo cual desataría potencialmente la crisis del estado-nación estadounidense.

---

[87] Balz y Brownstein, 1996, pág. 173.
[88] Balz y Brownstein, 1996, pág. 295.

Estructura y proceso en la crisis del estado

Destaquemos los elementos analíticos importantes que se derivan de estos sucintos estudios específicos de crisis estatales. Tanto en México como en los Estados Unidos observamos el impacto directo de la globalización y la reestructuración capitalista sobre la legitimidad del estado, mediante el desmantelamiento parcial del estado de bienestar, la disolución de las estructuras productivas tradicionales, la inestabilidad laboral creciente, la extrema desigualdad social y la vinculación de los segmentos valiosos de la economía y la sociedad en redes globales, mientras que grandes sectores de la población y del territorio quedan desconectados del sistema dinámico globalizado: todos los procesos que he analizado en el volumen I y que, como hemos visto, cobran su tributo en la capacidad del estado para responder a las demandas sociales y, en definitiva, en la legitimidad del estado. Es más, la estrecha conexión de la economía mexicana con la estadounidense, institucionalizada por el TLC, y la vinculación electrónica de sus mercados financieros con los mercados globales en tiempo real, hizo que el derrumbamiento del peso en 1994-1995 fuera muy diferente de cualquier crisis económica previa, ejemplificando en realidad, como ya se indicó, «la primera crisis financiera del siglo XXI». Además, en el caso de México, la penetración en el estado de la economía criminal global añade un sesgo pronunciado a la desorganización de las instituciones políticas y a su crisis de legitimidad.

En el caso de los Estados Unidos (aún no en el de México), la crisis del patriarcado, con sus raíces en la economía informacional y en el desafío de los movimientos sociales, profundizó la inseguridad y el temor entre grandes sectores de la población, provocando el alejamiento del estado secular y de las instituciones legales y políticas que se mostraban receptivas a los derechos de las mujeres. Para un sector significativo de la población, ello condujo al atrincheramiento en la afirmación de Dios, la familia y la comunidad como valores eternos e incuestionables.

En ambos casos, las crisis estructurales que socavaron la legitimidad del estado interactuaron con el desarrollo de movimientos sociales que, bajo formas específicas para cada sociedad, afirmaban identidades alternativas y rechazaban de forma explícita la legitimidad del gobierno federal. Aunque estos movimientos basados en la identidad sólo implicaban a una minoría de activistas, sus demandas y reclamaciones fueron procesadas por el sistema político y encontraron un eco, hay que admitir que distorsionado, en la población en general. Existe una conexión innegable entre la repercusión simbólica de los zapatistas y el rechazo generalizado al estado priísta en la sociedad mexicana, poniendo fin al que una vez fue el sistema político más duradero del mundo. En cuanto a los Estados Unidos, aunque los patriotas son más un síntoma que una causa, la crisis de

legitimidad se manifiesta en la amplia desconfianza hacia el gobierno, sobre todo el gobierno federal, y hacia los políticos y partidos, sobre todo hacia aquellos vinculados con la política establecida. El ascenso de la popularidad de los republicanos conservadores a mediados de la década de los noventa está ligado, en buena medida, a su campaña políticamente suicida contra las mismas instituciones del gobierno que quieren controlar.

En ambos casos, México y los Estados Unidos, los nuevos sistemas de comunicación electrónica han sido decisivos para amplificar la repercusión de movimientos relativamente pequeños sobre la opinión pública en general, al alimentar a los medios de comunicación y por su interconexión horizontal sin restricciones.

Así pues, existe una conexión empíricamente observable y significativa desde el punto de vista analítico entre la globalización, la informacionalización, la reestructuración capitalista, los movimientos basados en la identidad y la crisis de la legitimidad política tanto en el estado mexicano como en el estadounidense, si bien con formas diferentes, específicas de cada sociedad. Qué es lo primero en la inducción de la causalidad es, desde la perspectiva metodológica, una pregunta errónea, porque la estructura y el proceso interactúan de forma inseparable en la secuencia que lleva a la crisis del estado. Sería difícil imaginar el impacto de los zapatistas en México sin el profundo impacto de la globalización en la economía y la sociedad. Pero los zapatistas no eran el resultado de la crisis económica: existían antes, en las luchas de los indios y los campesinos apoyadas por los sacerdotes católicos y en la voluntad revolucionaria de los refugiados de los movimientos de la izquierda radical de la década de los setenta. El libertarismo en los Estados Unidos tiene una larga tradición y el aislacionismo es una tentación perenne de un poderoso país del tamaño de un continente, como lo es la tentación opuesta hacia el imperialismo. Que uno u otro prevalezca en un periodo histórico particular no está escrito de antemano, ya que el resultado preciso de la interacción entre los elementos que he identificado, que constituyen al mismo tiempo la estructura y el proceso, es en buena medida indeterminado. Así que, pese a la revolución republicana de 1994, Clinton volvió a ganar en las elecciones presidenciales de 1996, debido en buena parte a las contradicciones internas del electorado republicano al ser movilizado, al mismo tiempo, en nombre de los intereses empresariales y de los temas del populismo de derechas. No obstante, el propio Clinton, para ganar, tuvo que apartarse mucho de la plataforma demócrata tradicional, con lo que fomentó la distancia entre las esperanzas de muchos demócratas y las realidades de la política.

El hecho de que la respuesta social y política al nuevo desorden global proviniera de «la izquierda» en México y de «la derecha» en los Estados Unidos se debe, en parte, a la especificidad histórica de los sistemas

políticos y, en parte, a las características de la crisis que tenían que solventar. Es decir, puesto que el estado en ambos casos era incapaz de proporcionar la protección prometida y, en lugar de ello, se convirtió en el gestor activo del proceso de globalización/reestructuración, el desafío contra el estado se organizó desde fuera de la base de apoyo tradicional a las reformas emprendidas por el gobierno: los demócratas del gobierno profederal en los Estados Unidos; el sistema populista priísta en México. Ello no descarta que, en el futuro, pueda desarrollarse un movimiento de izquierda a favor del estado de bienestar y del gobierno en ambos países, pero tendría que prosperar fuera de los salones de la clase política, debido precisamente a su crisis de legitimidad.

Esta indeterminación de los procesos políticos no invalida el interés de una comprensión analítica general, porque los materiales que hemos sacado a la luz y sus vinculaciones son la materia de que están hechas las instituciones políticas y los procesos políticos de nuestro tiempo. En cuanto al análisis de la relación que existe entre las fuentes de la crisis del estado y las nuevas formas de lucha y competencia política, es necesario considerar, primero, la dinámica específica de los actores políticos en el nuevo paradigma informacional, un ejercicio que intentaré en el capítulo 6.

EL ESTADO, LA VIOLENCIA Y LA VIGILANCIA: DEL GRAN HERMANO A LAS HERMANAS PEQUEÑAS

¿Es realmente impotente el estado en la sociedad red? ¿No estamos presenciando, por el contrario, el resurgir de la violencia y la represión por todo el mundo? ¿No se está enfrentando la privacidad a los mayores peligros de la historia humana, debido a la penetración de las nuevas tecnologías de la información? ¿No llegó el Gran Hermano, como predijo Orwell, en torno a 1984? ¿Y cómo puede ser impotente el estado cuando posee una capacidad tecnológica formidable y controla una cantidad de información sin precedentes? [89]

Estas preguntas esenciales y habituales mezclan datos contradictorios con una teoría confusa. No obstante, su tratamiento es fundamental para comprender la crisis del estado. En primer lugar, la imaginería del Gran Hermano debe desecharse empíricamente cuando hace referencia a la conexión entre nuestras sociedades y la profecía orwelliana. En efecto, George Orwell muy bien podría haber estado en lo cierto respecto al objeto de su profecía, el estalinismo, no el estado capitalista liberal, si la historia política y la tecnología hubieran seguido una trayectoria diferente en el último medio siglo, algo que sin duda estaba dentro del ám-

[89] Burnham, 1983; Lyon, 1994.

bito de lo posible. Pero el estatismo se desintegró en contacto con las nuevas tecnologías de la información, en lugar de ser capaz de dominarlas (véase el volumen III), y éstas liberaron el poder de la interconexión y la descentralización, socavando realmente la lógica centralizadora de las instrucciones de un solo sentido y la vigilancia burocrática vertical (véase el volumen I). Nuestras sociedades no son prisiones ordenadas, sino junglas desordenadas.

Sin embargo, las nuevas y poderosas tecnologías de la información pueden ponerse al servicio de la vigilancia, el control y la represión por parte de los aparatos del estado (policía, cobro de impuestos, censura, supresión de la disidencia política y cosas similares). Pero también pueden ser utilizadas por los ciudadanos para mejorar su control sobre el estado, mediante el acceso legítimo a la información de los bancos de datos públicos, interactuando con sus representantes políticos por línea telefónica, viendo las sesiones políticas en directo y, finalmente, comentándolas en directo [90]. Asimismo, las nuevas tecnologías pueden permitir a los ciudadanos grabar sucesos, con lo cual proporcionan pruebas visuales de los excesos cometidos, como en el caso de las organizaciones ecologistas globales que distribuyen el poder del vídeo a los grupos locales de todo el mundo para que informen de los delitos medioambientales y, de este modo, presionar a los culpables ecológicos. Lo que hace el poder de la tecnología es reforzar de forma extraordinaria las tendencias arraigadas en la estructura y las instituciones sociales: las sociedades opresivas pueden serlo más con las nuevas herramientas de vigilancia, mientras que las sociedades democráticas y participativas pueden incrementar su apertura y representatividad distribuyendo más el poder político con el poder de la tecnología. Así pues, el impacto directo de las nuevas tecnologías de la información sobre el poder y el estado es un asunto empírico, sobre el cual los datos son muy diversos. Pero hay una tendencia más profunda y fundamental en marcha, que debilita realmente el poder del estado-nación: la difusión creciente tanto de la capacidad de vigilancia como del potencial de violencia fuera de las instituciones del estado y más allá de las fronteras de la nación.

Los informes sobre la amenaza creciente a la intimidad conciernen menos al estado como tal que a las organizaciones empresariales y las redes de información privadas o, en su caso, las burocracias públicas que siguen su propia lógica como aparatos, en lugar de actuar en nombre del gobierno. Los estados, a lo largo de la historia, han reunido información sobre sus súbditos, muy a menudo mediante medios brutales, rudimentarios pero muy efectivos. Sin duda, los ordenadores cambiaron de forma cualitativa la capacidad de cruzar la información, combinando datos sobre la seguridad social, la salud, el carnet de identidad, la residencia y el

---

[90] Anthes, 1993; Betts, 1995; Gleason, 1995.

empleo. Pero con la excepción limitada de los países anglosajones, arraigados en una tradición libertaria, la gente de todo el mundo, de la Suiza democrática a la China comunista, se ha pasado la vida pendiente de los archivos de información sobre la residencia, el trabajo y cualquier aspecto de su relación con el gobierno. Por otra parte, si es cierto que el trabajo policial se ha visto facilitado por las nuevas tecnologías, también se ha vuelto extraordinariamente complicado por la sofisticación similar, y a veces superior, del crimen organizado en la utilización de las nuevas tecnologías (por ejemplo, la interferencia de las comunicaciones de la policía, la conexión electrónica, el acceso a los datos informáticos, etc.). *La cuestión real es otra: es el acopio de información sobre los individuos por parte de las firmas comerciales y las organizaciones de todo tipo, y la creación de un mercado para esta información.* La tarjeta de crédito, más que el carnet de identidad, está acabando con la intimidad. Es el instrumento mediante el cual las vidas de la gente pueden ser clasificadas, analizadas y seleccionadas con fines de mercadotecnia (o chantaje). Y la noción de la tarjeta de crédito como fe de vida en el registro civil debe extenderse a una variedad de ofertas comerciales, desde los programas para pasajeros habituales a los servicios al consumidor de todo artículo posible y la pertenencia a asociaciones diversas. *Más que un «Gran Hermano» opresivo, son una miríada de «hermanas pequeñas» bien intencionadas, que se relacionan con cada uno de nosotros de forma personal porque saben quiénes somos. Son ellas las que han invadido todos los ámbitos de la vida.* En efecto, lo que hacen los ordenadores es posibilitar la reunión, el procesamiento y el uso para fines específicos de gran cantidad de información individual, de tal modo que nuestro nombre pueda imprimirse y la oferta, personalizarse o enviarse por correo o transmitirse a millones de individuos. O, en un ejemplo elocuente de la nueva lógica tecnológica, el V-chip, implantado en los televisores estadounidenses en 1997, que permite a los hogares programar la censura, de acuerdo con un sistema de códigos que también se implanta en las señales de televisión emitidas desde los canales. Así, se descentraliza la vigilancia en lugar de centralizar el control.

David Lyon, en su interesante libro sobre el tema, ha insistido en el desarrollo crucial de esta extensión de la vigilancia más allá de las fronteras del estado[91]. Lo que denomina «el ojo electrónico» es una sociedad de «vigilancia» más que un «estado de vigilancia». Después de todo, éste es el núcleo de la teoría de Foucault sobre los micropoderes, aunque confundió a muchos de sus lectores superficiales al denominar «estado» al que, según su propia opinión, en realidad es «el sistema»; es decir, la red de fuentes de poder en varios dominios de la vida social, incluido el poder en la familia. Si, en la tradición weberiana, restringimos el concepto de es-

[91] Lyon, 1994.

tado al conjunto de instituciones que ostentan el monopolio legítimo de los instrumentos de la violencia, y por estado-nación, la delimitación territorial de ese poder [92], parecería que, en realidad, estamos presenciando la difusión del poder de vigilancia y violencia (simbólica o física) en la sociedad en general.

Esta tendencia es aún más evidente en la nueva relación entre el estado y los medios de comunicación. Dada la creciente interdependencia legal y financiera de los medios, el aumento de la capacidad tecnológica pone en manos de los medios la posibilidad de espiar al estado y de hacerlo en nombre de la sociedad o de grupos de interés específicos (véase el capítulo 6). Cuando, en 1991, una emisora de radio española grabó la conversación mantenida a través de teléfonos celulares por dos cargos socialistas, la emisión de sus comentarios, muy críticos con el presidente socialista, desencadenó una crisis política. O cuando, en Inglaterra, el príncipe Carlos y su amiga se recrearon al teléfono en elaboraciones postmodernas sobre el Tampax y asuntos relacionados, la publicación en la prensa amarilla de estas conversaciones conmocionó a la corona británica. Sin duda, las revelaciones de los medios de comunicación, o las murmuraciones, siempre han sido una amenaza para el estado y una defensa de los ciudadanos. Pero las nuevas tecnologías y el nuevo sistema de medios de comunicación han aumentado de forma exponencial la vulnerabilidad del estado ante los medios y, por lo tanto, ante el mundo empresarial y la sociedad en general. En términos históricos relativos, hoy el estado es más vigilado que vigilante.

Es más, aunque el estado-nación conserva la capacidad de ejercer la violencia [93], está perdiendo su monopolio porque sus principales contrincantes están organizándose en redes transnacionales de terrorismo o grupos comunales que recurren a la violencia suicida. En el primer caso, el carácter global del terrorismo (político, criminal o ambos) y de sus redes suministradoras de información, armas y financiación requiere una cooperación sistémica entre la policía de los estados-nación, de tal modo que la unidad operativa es cada vez más una fuerza policial transnacional [94]. En el segundo caso, cuando los grupos comunales, o las bandas locales, renuncian a su pertenencia al estado-nación, el estado cada vez se hace más vulnerable a la violencia arraigada en la estructura social de su sociedad, como si los estados fueran a verse permanentemente envueltos en una guerra de guerrillas [95]. Así, el estado se enfrenta a una contradicción: si no usa la violencia, desaparece como estado; si la utiliza de forma casi

[92] Giddens, 1985.
[93] Tilly, 1995.
[94] Fooner, 1989.
[95] Wieviorka, 1988.

permanente, pierde una buena parte de sus recursos y legitimidad, puesto que supondría un estado de excepción interminable. Así que el estado sólo puede aplicarla siempre y cuando esté en juego la supervivencia de la nación o del estado-nación. Debido a la resistencia creciente de las sociedades a apoyar el uso continuado de la violencia, excepto en situaciones extremas, la dificultad del estado para recurrir a ella, a una escala suficiente para que sea efectiva, conduce a la disminución de su capacidad de hacerlo frecuentemente y, de este modo, a la pérdida gradual de su privilegio como poseedor de los instrumentos de la violencia.

Así pues, la capacidad de vigilancia se difunde en la sociedad, el monopolio de la violencia se ve desafiado por las redes transnacionales no estatales y la capacidad de reprimir la rebelión es erosionada por el comunalismo y tribalismo endémicos. Aunque el estado-nación aún resulta imponente en su uniforme reluciente y los cuerpos y las almas de la gente siguen siendo torturados de forma rutinaria en todo el mundo, los flujos de información sortean y a veces someten al estado; las guerras terroristas atraviesan las fronteras nacionales; y las turbas comunales agotan a la patrulla de la ley y el orden. El estado aún se basa en la violencia y la vigilancia, pero ya no posee su monopolio ni puede ejercerlas desde sus límites nacionales.

LA CRISIS DEL ESTADO-NACIÓN Y LA TEORÍA DEL ESTADO

En su artículo fundamental sobre la democracia, el estado-nación y el sistema global, David Held resume su análisis escribiendo que

> el orden internacional se caracteriza hoy tanto por la persistencia del sistema del estado soberano como por el desarrollo de estructuras de autoridad plurales. Las objeciones a ese sistema híbrido son rigurosas. Queda la incógnita de si ofrece soluciones a los problemas fundamentales del pensamiento político moderno, que se ha venido preocupando, entre otras cosas, de las razones y la base del orden y la tolerancia, de la democracia y la responsabilidad, y del gobierno legítimo [96].

Aunque prosigue ofreciendo su propuesta optimista para legitimar al estado en su reencarnación postnacional, los vigorosos argumentos en contra de la continuidad de la soberanía del estado que adelanta en las páginas precedentes explican su dubitativo renglón final: «Existen buenas razones para ser optimista acerca de los resultados, y pesimista» [97]. En este contexto, no estoy seguro de qué significa «opti-

[96] Held, 1991, pág. 161.
[97] Held, 1991, pág. 167.

mista» ni «pesimista». No tengo una simpatía particular por los estados-nación modernos que movilizaron a sus pueblos en matanzas masivas en el siglo más sangriento de la historia humana, el siglo XX [98]. Pero es un asunto de opinión. *Lo que realmente importa es que el nuevo sistema de poder se caracteriza, y en eso estoy de acuerdo con David Held, por la pluralidad de las fuentes de autoridad (y, añadiría, de poder), siendo el estado-nación sólo una de ellas.* De hecho, ésta parece haber sido la regla histórica, más que la excepción. Como sostiene Spruyt, el estado-nación moderno tenía diversos «competidores» (las ciudades-estado, los pactos comerciales, los imperios) [99], así como, añadiría, alianzas militares y diplomáticas, que no desaparecieron, sino que coexistieron con el estado-nación a lo largo de su desarrollo en la Edad Moderna. Sin embargo, lo que parece estar surgiendo ahora, por las razones presentadas en este capítulo, es la pérdida de peso relativo del estado-nación dentro del ámbito de la soberanía compartida que caracteriza al escenario de la política mundial actual. Hirst y Thompson, cuya vigorosa crítica de los enfoques simplistas sobre la globalización resalta la importancia continuada de los estados-nación, reconocen, no obstante, el nuevo papel del estado:

> Las formas emergentes de gobierno de los mercados internacionales y otros procesos económicos incluyen a los principales gobiernos nacionales, pero en un nuevo papel: los estados funcionan menos como entidades «soberanas» y más como componentes de un «sistema de gobierno» internacional. Las funciones centrales del estado-nación serán proporcionar legitimidad y asegurar la responsabilidad de los mecanismos de gobierno supranacionales y subnacionales [100].

Es más, aparte de su compleja relación con las expresiones heterogéneas de poder/representación política, el estado-nación cada vez está más sometido a la competencia más sutil y más preocupante de fuentes de poder que no están definidas y, a veces, son indefinibles. Son redes de capital, producción, comunicación, crimen, instituciones internacionales, aparatos militares supranacionales, organizaciones no gubernamentales, religiones transnacionales y movimientos de opinión pública. Y por debajo del estado están las comunidades, las tribus, las localidades, los cultos y las bandas. Así que, aunque los estados-nación continúan existiendo, y seguirán haciéndolo en el futuro previsible, son, y cada vez lo serán más, *nodos de una red de poder más amplia.* Con frecuencia se enfrentarán a otros flujos de poder de la red, que contradicen directamente el ejercicio de su autoridad, como les sucede en la actualidad a los ban-

---

[98] Tilly, 1995.
[99] Spruyt, 1994.
[100] Hirst y Thompson, 1996, pág. 171.

cos centrales siempre que tienen la ilusión de oponerse al asedio de una divisa determinada por los mercados globales. O, a este respecto, cuando los estados-nación, juntos o por separado, deciden erradicar la producción, el tráfico o el consumo de drogas, una batalla perdida repetidas veces durante las dos últimas décadas en todas partes, excepto en Singapur (con todas las implicaciones que conlleva esta observación). Los estados-nación han perdido su soberanía porque el propio concepto de soberanía, desde Bodin, supone que no es posible perder «un poquito de soberanía»: precisamente éste era el *casus belli* tradicional. Los estados-nación puede que retengan su capacidad de toma de decisiones, pero, al convertirse en partes de una red de poderes y contrapoderes, son en sí mismos impotentes: dependen de un amplio sistema de aplicación de la autoridad y la influencia de múltiples fuentes. Esta afirmación, que creo que es coherente con las observaciones y elaboraciones presentadas en este capítulo, tiene serias consecuencias para la teoría y la práctica del estado.

Durante décadas, la teoría del estado ha estado dominada por el debate entre el institucionalismo, el pluralismo y el instrumentalismo en sus diferentes versiones [101]. Los institucionalistas, en la tradición weberiana, han destacado la autonomía de las instituciones del estado, siguiendo la lógica interna de un estado determinado en la historia una vez que los vientos de ésta plantaron sus semillas en un territorio que se convirtió en su base nacional. Los pluralistas explican la estructura y la evolución del estado como el resultado de una variedad de influencias en una (re)forma incesante de éste, de acuerdo con la dinámica de una sociedad civil plural, en una práctica constante del proceso constitucional.

Los instrumentalistas, marxistas o historicistas consideran al estado la expresión de los actores sociales que persiguen sus intereses y logran el dominio, ya sea sin oposición dentro del estado («el comité ejecutivo de la burguesía») o como el resultado inestable de luchas, alianzas y compromisos. Pero, como Giddens, Guehenno y Held sostienen, en todas las escuelas de pensamiento, *la relación entre el estado y la sociedad, y, de este modo, la teoría del estado, se considera en el contexto de la nación y tiene al estado-nación como marco de referencia.* ¿Qué sucede cuando, en la formulación de Held, la «comunidad nacional» ya no es la «comunidad relevante» como tal marco de referencia? [102] ¿Cómo podemos concebir intereses sociales no nacionales y diversificados representados en el estado o que luchan por él? ¿Todo el mundo? Pero la unidad relevante para los flujos de capital no es la misma que para el trabajo, para los movimientos sociales o para las identidades culturales. ¿Cómo enlazar los intereses y

[101] Carnoy, 1984.
[102] Held, 1991, pág. 142 y 143.

valores expresados, de forma global y local, en una geometría variable, en la estructura y las políticas del estado-nación? Así pues, *desde el punto de vista de la teoría*, debemos reconstruir las categorías para comprender las relaciones de poder sin presuponer la intersección necesaria de la nación y el estado, esto es, separando la identidad de la instrumentalidad. Las nuevas relaciones de poder, más allá del estado-nación impotente, deben comprenderse como la capacidad de controlar las redes instrumentales globales en virtud de identidades específicas o, desde la perspectiva de las redes globales, de someter toda identidad en el cumplimiento de las metas instrumentales transnacionales. El control del estado-nación, de un modo o de otro, se convierte sólo en un medio más de afirmar el poder; es decir, en la capacidad de imponer una voluntad/interés/valor determinados, prescindiendo del consenso. La teoría del poder, en este contexto, reemplaza a la teoría del estado, como expondré en la conclusión a este volumen.

Sin embargo de esto no se deduce que el estado-nación se haya vuelto irrelevante y que vaya a desaparecer. En la mayoría de los casos, no lo hará, al menos durante un largo tiempo, debido a razones paradójicas que tienen más que ver con el comunalismo que con el estado. En efecto, en un mundo de redes globales aculturales y transnacionales, las sociedades tienden, como se ha propuesto en los capítulos precedentes, a atrincherarse en las identidades y a construir/reconstruir las instituciones como expresiones de esas identidades. Por ello, estamos presenciando, al mismo tiempo, la crisis del estado-nación y la explosión de los nacionalismos [103]. El fin explícito de la mayoría de estos nacionalismos, pero no de todos, es construir o reconstruir un nuevo estado-nación, basado en la identidad, no sólo en la herencia histórica del control territorial. Al hacerlo, en muchos casos, los nacionalismos desafían y acaban llevando a la crisis a los estados-nación existentes que se construyeron sobre alianzas históricas o sobre la negación, total o parcial, de algunas de las identidades de los grupos que lo conforman. Así pues, los nacionalismos contemporáneos son, de hecho, un factor importante para provocar la crisis de los estados-nación constituidos a lo largo de la historia, como ilustran las experiencias recientes de la Unión Soviética, Yugoslavia y África, y como quizás suceda en el futuro de Asia (India, Sri Lanka, Birmania, Malaisia, Indonesia) e incluso (¿quién sabe?) de Europa (España, Reino Unido, Italia, Bélgica). Cuando estos nuevos nacionalismos basados en la identidad alcancen la fase de estados, encontrarán los mismos límites que los estados-nación actuales frente a los flujos de poder globales. Sin embargo, su construcción no se orientará a afirmar la soberanía, sino a oponerse a la soberanía de otros estados, mientras navegan en el sistema global en un proceso interminable de negociación y ajuste. Algunos auto-

[103] Cohen, 1996.

res utilizan el concepto de «forma neomedieval de orden político universal»[104]. Como sucede con toda caracterización «neo», sospecho que falsea la historia. Sin embargo, es una interesante imagen para transmitir la noción de unos estados autónomos e impotentes que, sin embargo, siguen siendo instrumentos de iniciativa política y fuentes de autoridad condicional.

Los estados-nación que se mantienen fuertes en medio de la turbulencia histórica, como Japón o Corea del Sur, también lo hacen basándose en la homogeneidad social y la identidad cultural. Pero incluso en esos casos está surgiendo una contradicción creciente entre los intereses de las grandes empresas multinacionales japonesas o coreanas, que ahora se están haciendo realmente globales para sobrevivir a la competencia feroz, y el dominio territorial y los intereses políticos de los estados japonés o coreano, con lo que se socava lo que constituyó la base histórica del próspero estado desarrollista[105].

Así pues, el comunalismo construye/mantiene a los estados en la sociedad recientemente globalizada, pero, con el tiempo, los debilita de forma decisiva tal y como estaban constituidos en la Edad Moderna y quizás cuestione la propia idea de estado-nación al atraparlo en identidades específicas[106].

CONCLUSIÓN: EL REY DEL UNIVERSO, SUN TZU Y LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

Así que, ¿está desapareciendo el estado en tanto que práctica histórica? Martin Carnoy responde a esta pregunta con una negativa rotunda[107]. Sostiene, y coincido con él, que la competitividad nacional sigue siendo una función de las políticas nacionales y el atractivo de las economías para las multinacionales extranjeras es una función de las condiciones económicas locales, que las multinacionales dependen mucho de sus estados de origen para obtener protección directa o indirecta, y que las políticas nacionales sobre recursos humanos-capital son esenciales para la productividad de las unidades económicas localizadas en un territorio nacional. Apoyando este argumento, Hirst y Thompson exponen que, si además de la relación entre las empresas multinacionales y el estado, incluimos la amplia gama de políticas mediante las cuales los estados-nación pueden utilizar sus poderes reguladores para facilitar o bloquear los movimientos de capital, trabajo, información y bienes, resulta evidente

[104] Bull, 1977, pág. 254, citado por Held, 1991.
[105] Johnson, 1982; Castells, 1992a.
[106] Guehenno, 1993.
[107] Carnoy, 1993, pág. 88.

que, en este punto de la historia, el desvanecimiento del estado-nación es una falacia [108].

Sin embargo, en la década de los noventa, los estados-nación han sido transformados de sujetos soberanos en actores estratégicos, ocupándose de sus intereses y de los que se supone que representan, en un sistema global de interacción, en una situación de soberanía compartida sistémicamente. Ostentan una considerable influencia, pero apenas tienen poder por sí mismos, aislados de las macrofuerzas supranacionales y los microprocesos subnacionales. Es más, cuando actúan estratégicamente en el ámbito internacional, están sometidos a una tremenda tensión interna. Por una parte, para fomentar la productividad y competitividad de sus economías, deben aliarse estrechamente con los intereses económicos globales y guiarse por las reglas globales favorables a los flujos de capital, mientras piden a sus sociedades que esperen pacientemente el goteo de los beneficios creados por la iniciativa empresarial. Asimismo, para ser buenos ciudadanos de un orden mundial multilateral, los estados-nación han de cooperar entre sí, aceptar la ley del más fuerte en la geopolítica y contribuir debidamente al sometimiento de las naciones renegadas y los agentes de un desorden potencial, prescindiendo de los sentimientos reales de sus ciudadanos, por lo general, estrechos de miras. Pero, por otra parte, los estados-nación sobreviven más allá de la inercia histórica debido al comunalismo defensivo de las naciones y los pueblos de su territorio, aferrándose a su último refugio para no ser arrastrados por el torbellino de los flujos globales. Así pues, cuanto más resaltan los estados la identidad, menos efectivos resultan como coagentes de un sistema global de poder compartido. Cuanto más triunfan en la escena planetaria, en estrecha asociación con los agentes de la globalización, menos representan a sus grupos nacionales. En casi todo el mundo, la política del fin de milenio está dominada por esta contradicción fundamental.

De este modo, muy bien pudiera ser que los estados-nación estén alcanzando la posición del rey del universo de Saint-Exupéry, con el poder de ordenar al sol que salga cada día. Desde el este. Pero, al mismo tiempo, mientras pierden soberanía, surgen como importantes actores intermediarios, en un mundo puramente estratégico como del que informaba el tratado de guerra de Sun Tzu, hace 2.500 años:

> Es deber de un general ser reservado y, así, asegurar el secreto; recto y justo y, así, mantener el orden. Debe ser capaz de confundir a sus oficiales y hombres mediante falsos informes y apariencias, y, así, mantenerlos en la ignorancia total. Alterando sus disposiciones y cambiando sus planes, mantiene al enemigo sin un conocimiento definido. Cambiando su campamento y tomando rutas sinuosas evita

[108] Hirst y Thompson, 1996.



que el enemigo prevea su propósito. En el momento crítico, el caudillo de un ejército actúa como aquel que ha trepado hasta la cima y luego arroja la escalera tras de sí [109].

Así es como los estados impotentes pueden aún salir victoriosos y, de este modo, aumentar su influencia. A condición de que se desprendan de la escalera de sus naciones, con lo cual inducen la crisis de la democracia.

[109] Sun Tzu (*c.* 505-496 a.C.), 1988, págs. 131-133.

6

LA POLÍTICA INFORMACIONAL Y LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

INTRODUCCIÓN: LA POLÍTICA DE LA SOCIEDAD

El poder solía estar en manos de los príncipes, las oligarquías y las elites dirigentes; se definía como la capacidad de imponer la voluntad propia sobre los otros para modificar su conducta. Esta imagen ya no se adecua a nuestra realidad. El poder está en todas partes y en ninguna: en la producción en serie, en los flujos financieros, en los modos de vida, en el hospital, en la escuela, en la televisión, en las imágenes, en los mensajes, en las tecnologías [...] Puesto que el mundo de los objetos se escapa de nuestra voluntad, nuestra identidad ya no se define por lo que hacemos sino por lo que somos y, de este modo, se hace a nuestras sociedades algo más próximas a la experiencia de las llamadas sociedades tradicionales, buscando el equilibrio más que el progreso. Ésta es la pregunta central a la que deben responder la acción y el pensamiento políticos: cómo restablecer un vínculo entre el espacio excesivamente abierto de la economía y el mundo excesivamente cerrado y fragmentado de las culturas [...] Lo fundamental no es tomar el poder, sino recrear la sociedad, inventar de nuevo la política, evitar el conflicto ciego entre los mercados abiertos y las comunidades cerradas, superar el colapso de las sociedades en las que aumenta la distancia entre los incluidos y los excluidos, los de dentro y los de fuera.

Alain Touraine, «Lettre a Lionel», págs. 36-38, 42.

El desdibujamiento de las fronteras del estado-nación confunde la definición de ciudadanía. La ausencia de una sede clara de poder diluye el control social y difunde los desafíos políticos. El ascenso del comunalismo

en sus diferentes formas debilita el principio de participación política en el que se basa la política democrática. La creciente incapacidad del estado para controlar los flujos de capital y garantizar la seguridad social disminuye su importancia para el ciudadano medio. El hincapié en las instituciones locales de gobierno aumenta la distancia entre los mecanismos de control político y la gestión de los problemas globales. El vaciamiento del contrato social entre el capital, los sindicatos y el estado manda a todo el mundo a casa para luchar por sus intereses individuales, contando exclusivamente con sus fuerzas propias. Como escribe Guehenno:

La democracia liberal se basaba en dos postulados, puestos en entredicho en la actualidad: la existencia de una esfera política, sede del consenso social y el interés general, y la existencia de actores provistos de su propia energía que ejercían sus derechos y manifestaban sus poderes incluso antes de que la sociedad los constituyera como sujetos autónomos. Hoy, en lugar de sujetos autónomos, sólo hay situaciones efímeras, que sirven de soporte a alianzas provisionales apoyadas por las capacidades movilizadas para cada ocasión. En lugar de un espacio político, sede de la solidaridad colectiva, sólo hay percepciones dominantes, tan efímeras como los intereses que las manipulan. Hay una atomización y homogeneización simultáneas. Una sociedad que se fragmenta interminablemente, sin memoria ni solidaridad, una sociedad que recobra su unidad sólo en la sucesión de imágenes a las que los medios vuelven cada semana. Es una sociedad sin ciudadanos y, en definitiva, una no sociedad. Esta crisis no es —como les gustaría a los europeos con la esperanza de escapar de ella— la crisis de un modelo particular, el modelo estadounidense. Sin duda, los Estados Unidos llevan a su extremo la lógica de confrontación de intereses que disuelve la idea de un interés común; y la gestión de las percepciones colectivas alcanza en los Estados Unidos un grado de complejidad sin paralelo en Europa. No obstante, los casos límite nos ayudan a comprender las situaciones medias, y la crisis estadounidense revela nuestro futuro[1].

La transformación de la política y de los procesos democráticos en la sociedad red es aún más profunda que la presentada en estos análisis. Porque, a los procesos citados arriba, he de añadir, como principales factores inductores de esta transformación, las consecuencias directas de las nuevas tecnologías de la información sobre el debate político y las estrategias de búsqueda del poder. Esta dimensión tecnológica interactúa con las tendencias más amplias características de la sociedad red y con las reacciones comunales a los procesos dominantes que surgen de esta estructura social. Pero añade un toque poderoso a esta transformación, induciendo la que denomino *política informacional.* Así pues, aunque Bobbio está en lo cierto al apuntar las diferencias persistentes entre la derecha y la izquierda política en todo el mundo (debido básicamente a su preocupación muy divergente por la igualdad social)[2], la derecha,

---

[1] Guehenno, 1993, pág. 46. La traducción es mía.

[2] Bobbio, 1994.

la izquierda y el centro deben procesar sus proyectos y estrategias a través de un medio tecnológico similar si quieren llegar a la sociedad y de este modo asegurarse el apoyo de suficientes ciudadanos para lograr el acceso al estado. Sostengo que este medio tecnológico induce nuevas reglas de juego que, en el contexto de las transformaciones sociales, culturales y políticas presentadas en este libro, afectan de forma importante a la sustancia de la política. El punto clave es que los medios electrónicos (incluidas no sólo la televisión y la radio, sino todas las formas de comunicación, como los periódicos e Internet) se han convertido en el espacio privilegiado de la política. No es que toda la política pueda reducirse a imágenes, sonidos o manipulación simbólica, pero, sin ellos, no hay posibilidad de obtener o ejercer el poder. Así pues, todos acaban jugando al mismo juego, aunque no del mismo modo ni con el mismo propósito.

En aras de la claridad, he de prevenir al lector, desde el comienzo de este análisis, contra dos versiones simplistas y erróneas de la tesis según la cual los medios electrónicos dominan la política. Por una parte, a veces se sostiene que los medios imponen sus elecciones políticas a la opinión pública. No es así porque, como expondré más adelante, los medios son extremadamente diversos. Sus vínculos con la política y la ideología son muy complejos e indirectos, si bien con obvias excepciones, cuya frecuencia depende de los países, periodos y medios específicos. De hecho, en muchos casos, las campañas de los medios pueden apoyar al público contra la clase política, como sucedió en los Estados Unidos durante la crisis del Watergate o en la década de 1990 en Italia, cuando la mayor parte de los medios apoyaron la campaña judicial anticorrupción tanto contra los partidos políticos tradicionales como contra Berlusconi, pese a que éste poseía los tres canales privados de televisión. Por otra parte, la opinión pública se considera a menudo un recipiente pasivo de mensajes, fácilmente abierto a la manipulación. Una vez más, los datos empíricos lo contradicen. Como sostuve en el volumen I, capítulo 5, hay un proceso de interacción de doble sentido entre los medios y su audiencia en cuanto al impacto real de los mensajes, que son deformados, apropiados y ocasionalmente subvertidos por la audiencia. En el contexto estadounidense, el análisis de Page y Saphiro de las actitudes ciudadanas hacia los temas políticos, en una perspectiva de largo plazo, muestra la independencia y el sentido común de la opinión pública colectiva en la mayoría de las circunstancias[3]. En general, los medios están arraigados en la sociedad y su interacción con el proceso político es muy indeterminada, dependiendo del contexto, las estrategias de los actores políticos y la interacción específica entre un conjunto de rasgos sociales, culturales y políticos.

---

[3] Page y Shapiro, 1992.

Al señalar el papel crucial de los medios electrónicos en la política contemporánea, afirmo algo diferente. Afirmo que, debido a los efectos convergentes de la crisis de los sistemas políticos tradicionales y del espectacular aumento de la penetración de los nuevos medios, la comunicación y la información políticas han quedado capturadas en el espacio de los medios. Fuera de su esfera sólo hay marginalidad política. Lo que pasa en este espacio político dominado por los medios no está determinado por ellos: es un proceso social y político abierto. Pero la lógica y la organización de los medios electrónicos encuadra y estructura la política. Sostendré, basándome en algunos datos y con la ayuda de diversos ejemplos transculturales, que este encuadre de la política por su captura en el espacio de los medios (una tendencia característica de la era de la información) repercute no sólo en las elecciones, sino en la organización política, en la toma de decisiones y en el gobierno, modificando en definitiva la naturaleza de la relación existente entre el estado y la sociedad. Y como los sistemas políticos se siguen basando en formas organizativas y estrategias políticas de la era industrial, se han quedado obsoletos en cuanto a política y ven negada su autonomía por los flujos de información de los que dependen. Ésta es una fuente fundamental de la crisis de la democracia en la era de la información.

Para explorar sus contornos, utilizaré datos y ejemplos de varios países. Estados Unidos es la democracia que alcanzó primero este estadio tecnológico, en un sistema político muy abierto y desestructurado, por lo que manifiesta muy bien la tendencia más amplia. Sin embargo, rechazo, por supuesto, la idea de que el «modelo estadounidense» tenga que ser seguido por los demás países del mundo. Nada tiene un arraigo más específico en la historia que las instituciones políticas y los actores políticos. No obstante, del mismo modo que los hábitos y procedimientos democráticos originados en Inglaterra, Estados Unidos y Francia se difundieron por todo el mundo en los dos últimos siglos, sostendría que la política informacional, según se practica en los Estados Unidos (por ejemplo, el dominio de la televisión, la mercadotecnia política informatizada, el sondeo inmediato como instrumento de navegación política, la difamación como estrategia política, y así sucesivamente) es un buen indicador de los tiempos que vendrán, con todas las traducciones culturales/institucionales debidas. Para ampliar el ámbito del análisis, también expondré ejemplos de los recientes procesos políticos en el Reino Unido, Rusia, España, Italia y Japón, y en un esfuerzo por abarcar las nuevas democracias de los países en vías de desarrollo, me centraré en el caso de Bolivia. Basándome en estas observaciones, trataré de enlazar los procesos de transformación social, institucional y tecnológica que se encuentran en las raíces de la crisis de la democracia en la sociedad red. Para concluir, exploraré el potencial de las nuevas formas de «democracia informacional».

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN COMO ESPACIO DE LA POLÍTICA EN LA ERA DE LA INFORMACIÓN

La política y los medios: la conexión ciudadana

Voy a exponer mi argumento antes de elaborarlo empíricamente. En el contexto de la política democrática, el acceso a las instituciones del estado depende de la capacidad para movilizar una mayoría de votos de los ciudadanos. En las sociedades contemporáneas, la gente recibe la información y forma su opinión política esencialmente a través de los medios, sobre todo de la televisión (cuadros 6.1 y 6.2). Es más, al menos en los Estados Unidos, la televisión es la fuente de noticias más creíble y su credibilidad ha aumentado con el paso del tiempo (figura 6.1). Así pues, para actuar en las mentes y voluntades de la gente, las opciones políticas en conflicto, encarnadas en partidos y candidatos, utilizan los medios como vehículo fundamental de comunicación, influencia y persuasión. Al ha-

CUADRO 6.1 Fuentes de noticias en los Estados Unidos, 1959-1992 (%)

Fecha	*Televisión*	*Periódicos*	*Radio*	*Revistas*	*Gente*
Diciembre 1959	51	57	34	8	4
Noviembre 1961	52	57	34	9	5
Noviembre 1963	55	53	29	6	4
Noviembre 1964	58	56	26	8	5
Enero 1967	64	55	28	7	4
Noviembre 1968	59	49	25	7	5
Enero 1971	60	48	23	5	4
Noviembre 1972	64	50	21	6	4
Noviembre 1974	65	47	21	4	4
Noviembre 1976	64	49	19	7	5
Diciembre 1978	67	49	20	5	5
Noviembre 1980	64	44	18	5	4
Diciembre 1982	65	44	18	6	4
Diciembre 1984	64	40	14	4	4
Diciembre 1986	66	36	14	4	4
Noviembre 1988	65	42	14	4	5
Diciembre 1990	69	43	15	3	7
Febrero 1991	81	35	14	4	6
Noviembre 1992	69	43	16	4	6

Nota: La pregunta era: «¿Dónde suele obtener la mayoría de las noticias acerca de lo que sucede hoy en el mundo: en los periódicos, la radio, la televisión, las revistas, hablando con la gente o dónde?» (se permitían múltiples respuestas).

Fuente: Encuestas de Roper Organization para el Servicio Informativo de Televisión (varios años).

CUADRO 6.2 Fuentes de información política de los residentes de Cochabamba, Bolivia, 1996

Fuente de información	*% que declara la principal fuente de información*	*% que expresa preferencia por una fuente*
Periódicos	32,0	8,7
Radio	43,3	15,7
Televisión	51,7	46,0
Otros	4,7	—

Fuente: Encuesta sobre las fuentes de información de los residentes de Cochabamba, Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social, Cochabamba, 1996.

cerlo, en la medida en que los medios son relativamente autónomos del poder político, los actores políticos tienen que guiarse por las reglas, la tecnología y los intereses de éstos. Los medios encuadran la política. Y puesto que el propio gobierno depende de la reelección o elección para un cargo se vuelve dependiente de la valoración diaria del impacto político de sus decisiones sobre la opinión pública, medido por las encuestas de opinión, los grupos seleccionados y los análisis de imagen. Además, en un mundo cada vez más saturado de información, los mensajes más efectivos son los más simples y los más ambivalentes, que dejan lugar para las propias proyecciones de la gente. Las imágenes son las que mejor se adecuan a esta caracterización. Los medios audiovisuales son los principales alimentadores de las mentes de la gente en lo que respecta a los asuntos públicos.

Pero ¿quiénes son los medios? ¿Cuál es la fuente de su autonomía política? ¿Y cómo encuadran la política? En las sociedades democráticas, los medios mayoritarios son, esencialmente, grupos empresariales cada vez más concentrados e interconectados a escala global, aunque, al mismo tiempo, están muy diversificados y se orientan hacia mercados segmentados (véase el capítulo 5 y el volumen I, capítulo 5). En la última década, la televisión y la radio de propiedad estatal han aproximado su conducta a la de los grupos de medios de comunicación privados para sobrevivir a la competencia global y, de este modo, dependen igualmente de los índices de audiencia[4]. Éstos resultan esenciales porque la principal fuente de ingresos de las empresas de medios de comunicación es la publicidad[5]. Para obtener unos buenos resultados de audiencia, se requiere un medio atractivo y, en el caso de las noticias, credibilidad. Sin credibilidad, las noticias carecen de valor, ya sea en términos de dinero o

[4] Pérez-Tabernero *et al.*, 1993.
[5] MacDonald, 1990.

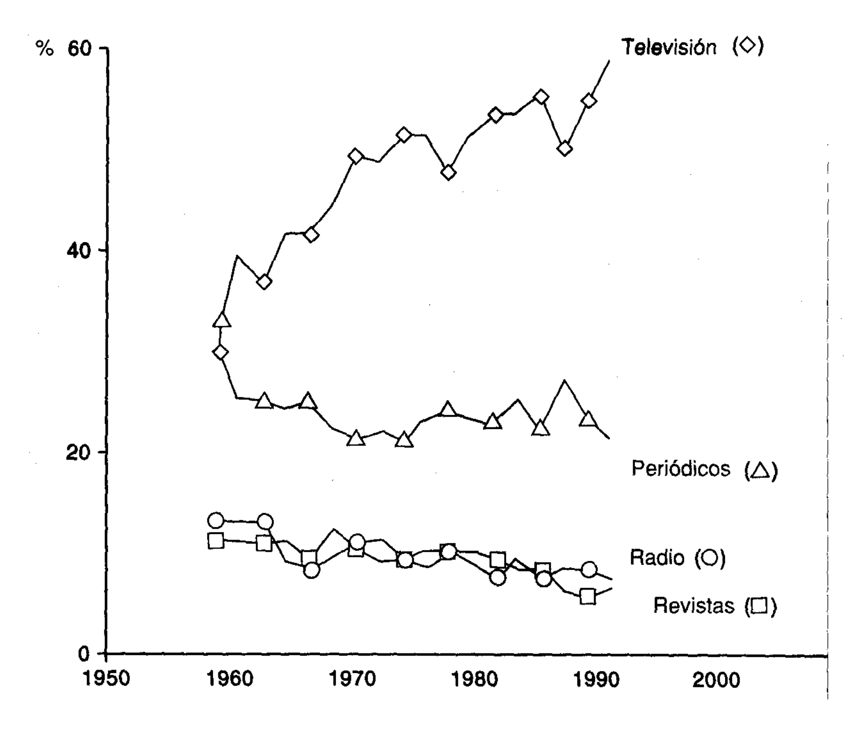


FIGURA 6.1 Credibilidad de las fuentes de noticias en los Estados Unidos, 1959-1991.

Fuente: Roper Organization, *America's Watching: Public Attitudes toward Television*, Nueva York, 1991.

de poder. La credibilidad requiere una distancia relativa frente a las opciones políticas, dentro de los parámetros de los valores morales y políticos mayoritarios. Es más, sólo desde una posición de independencia creíble puede esta independencia apostarse de forma ocasional a un apoyo político franco y oportunista o a un trato financiero oculto a cambio de respaldo, mediante la difusión o supresión de información. Esta autonomía de los medios, arraigada en sus intereses comerciales, también encaja bien con la ideología de la profesión y con la legitimidad y la dignidad de los periodistas. Ellos informan, no toman partido. La información es fundamental, los análisis de las noticias deben estar documentados, la opinión debe estar regulada y el distanciamiento es la regla. Este doble lazo de independencia, de las empresas y de los profesionales, se ve reforzado por el hecho de que el mundo de los medios de comunicación está sometido a una competencia constante, aun cuando sea cada vez más una competencia oligopólica. Si una cadena de televisión o un periódico pierde credibilidad, la competencia le quitará su cuota de audiencia

(mercado). Así pues, por una parte, los medios deben estar próximos a la política y al gobierno, lo bastante próximos como para acceder a la información, para beneficiarse de la regulación y, en muchos países, para recibir subsidios considerables. Por otra parte, deben ser lo suficientemente neutrales y distantes como para mantener su credibilidad, siendo de este modo los intermediarios entre ciudadanos y partidos en la producción y consumo de flujos de información e imágenes, que son la base de la formación de la opinión pública, el voto y la toma de decisiones políticas.

Una vez que la política es apresada en el espacio de los medios, los propios actores políticos cierran el campo de la política de los medios organizando la acción política fundamentalmente en torno a los medios: por ejemplo, filtrando información para favorecer un proyecto personal o político determinado. De forma inevitable, esto conduce a contrafiltraciones, con lo cual los medios se convierten en el campo de batalla en el que las fuerzas y personalidades políticas, así como los grupos de presión, tratan de debilitarse mutuamente, para recoger los beneficios en las encuestas de opinión, en las urnas, en los votos parlamentarios y en las decisiones del gobierno.

Naturalmente, la política de los medios no excluye otras formas de actividad política. Las campañas populares han demostrado su vitalidad en los años recientes, como muestran la Coalición Cristiana en los Estados Unidos, el Partido Verde en Alemania o el Partido Comunista en Rusia. Los mítines masivos y las manifestaciones callejeras siguen siendo rituales esenciales en las campañas políticas españolas, francesas, italianas o brasileñas. Y los candidatos aún deben viajar, aparecer, estrechar manos, ir a mítines, besar a los niños (pero con cuidado), dirigirse a los estudiantes, a los policías y a todo grupo étnico posible (pero no en Francia). No obstante, con la excepción de las actividades para recoger fondos, el objetivo principal de estas formas de política individualizada es presentar a la persona, o el mensaje, en los medios, ya sea en las noticias de televisión de la franja de mayor audiencia, una tertulia radiofónica o un artículo de primera plana en un periódico influyente. En las campañas políticas españolas (y supongo que también en las de otros países), a los principales candidatos que hablan en un mitin público se les advierte con una luz roja en el micrófono cuando hay cobertura en directo de la televisión (durante uno o dos minutos) y entonces pasan de forma automática a un texto preprogramado sobre un tema de su elección, sin tener en cuenta lo que estuvieran diciendo al público que tienen delante. En las elecciones estadounidenses, los mítines en las ciudades, las reuniones en las escuelas infantiles, las paradas a lo largo de la ruta del autobús, tren o avión del candidato se determinan de acuerdo con los tiempos y lugares de cobertura potencial de los medios. Salen a escena aclamadores y abucheadores para crear espectáculo.

Sin embargo, vuelvo a repetir, decir que los medios de comunicación son el espacio de la política no significa que la televisión dicte lo que la gente decide o que la capacidad de gastar dinero en la publicidad televisiva o de manipular las imágenes, por sí misma, sea un factor decisivo. Todos los países, y sobre todo los Estados Unidos, están llenos de ejemplos en los que el aluvión de propaganda televisiva no fue suficiente para elegir a un candidato o una mediocre actuación en los medios no evitó que un candidato ganara (aunque también abundan los ejemplos de la notable repercusión de la presencia en la televisión para lanzar y sostener a un político; por ejemplo, Ronald Reagan o Ross Perot en los Estados Unidos, Felipe González en España, Berlusconi en Italia, Zhirinovski en Rusia en 1993, Aoshima en Tokio en 1995). En el Brasil de la década de los noventa, Collor de Mello fue elegido presidente desde la nada debido a su magistral actuación televisiva, pero el pueblo tomó las calles para obligarlo a dimitir cuando resultó evidente que era un sinvergüenza que saqueaba al estado. Tres años después, Fernando Henrique Cardoso, que no carece de habilidad en televisión, pero al que obviamente disgustan los artificios televisivos, fue elegido presidente por una mayoría abrumadora porque, como ministro de Hacienda, había sido capaz de controlar la hiperinflación por primera vez en décadas, aunque el apoyo de O Globo Televisão a su candidatura ayudó sin duda. Ni la televisión ni otros medios determinan los resultados políticos por sí mismos, debido precisamente a que la política de los medios es un ámbito contradictorio, donde actúan diversos actores y estrategias, con diferentes habilidades y resultados varios, a veces con consecuencias inesperadas. La *mediocracia* no contradice la democracia porque es tan plural y competitiva como el sistema político. Es decir, no mucho. No obstante, si consideramos el sistema previo de una democracia dominada por los partidos, donde las organizaciones de éstos, en buena parte aisladas de la mayoría de los ciudadanos, decidían por completo los programas y los candidatos políticos, es discutible cuál sistema proporciona una participación más amplia de los ciudadanos, al menos una vez que hemos pasado los tiempos mitológicos de las reuniones comunales como mecanismos de decisión.

No obstante, *el tema crucial es que, sin una presencia activa en los medios, las propuestas o candidatos políticos no tienen posibilidad de reunir un apoyo amplio.* La política de los medios no es toda la política, pero toda la política deber pasar a través de los medios para influir en la toma de decisiones. Al hacerlo, *queda fundamentalmente encuadrada en su contenido, organización, proceso y liderazgo por la lógica inherente del sistema de medios, sobre todo por los nuevos medios electrónicos.* En cuanto al modo exacto como ocurre, será de ayuda examinar la evolución real de la política de los medios, comenzando con la experiencia estadounidense de las tres últimas décadas.

La política espectáculo y el marketing político: el modelo estadounidense

La transformación de la política estadounidense en las tres últimas décadas del siglo XX ha sido el resultado de tres procesos interconectados: a) el declive de los partidos políticos y de su papel para seleccionar candidatos; b) el surgimiento de un sistema de medios de comunicación complejo, centrado en la televisión pero con una diversidad creciente de medios flexibles, interconectados electrónicamente; y c) el desarrollo del marketing político, con encuestas de opinión constantes, sistemas de retroalimentación entre la votación y la política, comentarios en los medios de comunicación, propaganda selectiva por correo informatizado y bancos de teléfonos, y los ajustes en tiempo real, de los candidatos y los temas, al formato que puede ganar [6].

Aunque la transformación del sistema político estadounidense tiene profundas raíces en tendencias sociales y culturales, la manifestación más directa de estas transformaciones fueron las reformas electorales del Comité McGovern-Frazer en respuesta a la Convención Nacional Demócrata de 1968, donde el aparato del partido eligió a Humphrey como candidato presidencial y no a Eugene McCarthy, más popular. Con el nuevo sistema, los delegados a la convención se eligieron, en su vasta mayoría, mediante primarias directas entre los contendientes presidenciales [7]. Así, mientras que en la década de los cincuenta el 40% de los delegados fueron elegidos por este método, en la de 1990 la proporción alcanzó el 80% [8]. Además, una serie de reformas en la financiación de las campañas han obligado a los candidatos a contar más con su destreza para recabar fondos y los contactos directos con la sociedad, y mucho menos con el respaldo del partido. Los grupos de interés y los ciudadanos en general han empujado a las organizaciones de los partidos a los bastidores de la política estadounidense [9]. Ambas tendencias han reforzado de forma extraordinaria el papel de los medios de comunicación: se han convertido en los intermediarios privilegiados entre los candidatos y el público, influyendo decisivamente en las primarias presidenciales, así como en las elecciones para el congreso y los gobernadores. Y como la publicidad en los medios y las campañas orientadas a éstos son muy caras, los candidatos han de acudir al apoyo de donantes privados y comités de acción política externos al sistema de partidos [10].

El papel político de los medios de comunicación ha evolucionado considerablemente en las tres últimas décadas, tanto en cuanto a tecnolo-

[6] Abramson *et al.*, 1988; Patterson, 1993; Roberts y McCombs, 1994; Balz y Brownstein, 1996.

[7] Patterson, 1993, pág. 30-33.

[8] Ansolabehere *et al.*, 1993, pág. 75.

[9] Magleby y Nelson, 1990.

[10] Garber, 1984, 1996; Gunlicks, 1993.

gía como en cuanto a organización. Los expertos consideran que el momento decisivo en la relación entre los medios, las encuestas y la política fue la campaña de John Kennedy en 1960 [11]. Kennedy no sólo basó por primera vez su campaña en las encuestas y la estrategia televisiva, sino que su victoria se debió en buena medida a su debate televisado con Nixon (el primero del género), que dominó, mientras que la audiencia radiofónica del mismo debate eligió a Nixon como ganador [12]. A partir de entonces, la televisión se convirtió en el mecanismo que establecía el programa de la política estadounidense. Aunque periódicos influyentes como *The New York Times* o *The Washington Post* son fuentes cruciales de información de investigación y de tendencias de opinión, sólo los acontecimientos que se presentan en la televisión alcanzan una audiencia lo bastante grande como para establecer o invertir una tendencia en la opinión pública. Así pues, la televisión, los periódicos y la radio operan como un sistema, en el que los periódicos suelen informar de un hecho y desarrollarlo, la televisión lo digiere y lo difunde a una audiencia amplia y las tertulias radiofónicas proporcionan una oportunidad para la interacción de los ciudadanos y para el debate partidista personalizado sobre los temas suscitados por la televisión [13]. Este papel político cada vez más importante de la televisión ha inducido dos importantes rasgos. Por una parte, el gasto político en la televisión se ha disparado: a comienzos de la década de los sesenta, se gastaba en publicidad televisiva en torno al 9% del presupuesto de las campañas políticas nacionales, mientras que en la de 1990 la proporción se acercaba al 25% de unos presupuestos mucho mayores; en 1990 unos 203 millones de dólares fueron a tiempo de emisión de publicidad política [14]; y en 1994, se gastaron 350 millones de dólares en anuncios políticos televisivos [15]. La cifra de las elecciones de 1996 puede haber superado los 800 millones. Por otra parte, la labor de los asesores de los candidatos se ha convertido en un factor esencial en las campañas políticas, así como para obtener apoyo u oposición para las decisiones del gobierno. Lo que realmente importa no es tanto el hecho del que se informa, sino el debate que se crea a su alrededor, cómo se debate, quién lo debate y durante cuánto tiempo se debate. La victoria, no la explicación o la aclaración, se vuelve el tema fundamental. Por ejemplo, en 1993-1994, tras meses de enconado debate sobre la propuesta de reforma del plan de sanidad de Clinton, que ocupó de forma extensa la atención de los medios, las encuestas indicaron que la gran mayoría de los estadounidenses estaban confusos e inseguros acerca del contenido

[11] Jacobs y Shapiro, 1995.
[12] Ansolabehere *et al.*, 1993, pág. 73.
[13] Friedland, 1996.
[14] Ansolabehere *et al.*, 1993, pág. 89.
[15] Freeman, 1994.

de la propuesta y del fondo de las críticas contra el plan. No importa. Lo que el bombardeo de la controversia en los medios, alimentada por las compañías de seguros, las asociaciones médicas y la industria farmacéutica, logró hacer fue acabar con la propuesta incluso antes de que llegara al Congreso para ser votada, y menos aún fuera discutida por la ciudadanía [16]. Los medios de comunicación se han convertido en el principal escenario político.

La tecnología ha transformado el papel político de los medios, no sólo por sus efectos en los mismos, sino al vincular el sistema de medios en tiempo real con el marketing político [17]. Desde finales de la década de los sesenta, la introducción de los ordenadores en la tabulación de las encuestas condujo al «sondeo estratégico», que probaba diferentes estrategias políticas en grupos seleccionados de votantes potenciales para modificar la estrategia, la forma e incluso el contenido del mensaje a medida que se desarrollaba la campaña [18]. En las dos décadas siguientes, los especialistas en encuestas como Patrick Caddell, Peter Hart y Robert Teeter influyeron de forma decisiva en la estrategia de las campañas y se convirtieron en intermediarios clave entre los candidatos, los ciudadanos y los medios de comunicación. Junto con los asesores de imagen y los publicistas políticos, crearon campañas, programas, temas y personas, retroalimentando las tendencias de opinión en los informes de los medios de comunicación y viceversa [19]. A medida que la tecnología aceleraba los informes de los medios y aumentaba la velocidad y flexibilidad de los sistemas de información, los efectos de la retroalimentación y de los comentarios se convirtieron en actividades diarias, de tal modo que en la mayoría de los despachos de los altos cargos políticos, comenzando por la Casa Blanca, los estrategas de la comunicación se reúnen cada día a primeras horas de la mañana para seguir el pulso de la nación, dispuestos a intervenir en tiempo real, incluso cambiando mensajes y programas de actividades de la mañana a la tarde según la información de las fuentes principales (CNN, cadenas de televisión, principales periódicos de la mañana) [20]. El hecho de que los propios medios sean capaces de dar una noticia en cualquier momento mediante la información ininterrumpida significa que los guerreros de la comunicación deben estar constantemente alerta, codificando y traduciendo toda decisión política al lenguaje de la política de los medios y midiendo los efectos con encuestas y grupos seleccionados. Los expertos en encuestas y los asesores de imagen se han convertido en actores políticos decisivos, capaces de hacer y deshacer

---

16 Fallows, 1996.
17 D. West, 1993.
18 Moore, 1992, págs. 128 y 129.
19 Mayer, 1994.
20 Fallows, 1996.

presidentes, senadores, congresistas y gobernadores, mezclando tecnología de la información, mediología, astucia política y magia arrogante. Y cuando se equivocan, por ejemplo, en sus encuestas, siguen siendo influyentes porque sus errores cambian las tendencias políticas, como en el caso de las primarias republicanas de New Hampshire en 1996, en la que los errores de las encuestas empeoraron los resultados de Forbes al medir sus votos contra las equivocadas predicciones alcistas de los sondeos de los días previos [21].

A medida que los medios diversificaron y descentralizaron su alcance en la década de los noventa, su dominio de las actitudes y conductas políticas se hizo más amplio [22]. La televisión local por cable y las tertulias radiofónicas personalizaron las audiencias y permitieron que los políticos orientaran mejor su mensaje, mientras que los grupos de interés y los sectores ideológicos del electorado tuvieron mayor capacidad para presentar sus argumentos sin el filtro cauto de los medios mayoritarios. Los aparatos de vídeo se convirtieron en herramientas esenciales para distribuir los mensajes grabados en este medio en los mítines de las ciudades y en los hogares particulares mediante el correo selectivo. La cobertura de veinticuatro horas de C-Span y CNN permitió la distribución inmediata de noticias e informaciones políticas preparadas. Por ejemplo, el dirigente republicano Newt Gingrich pudo televisar (por C-Span) un apasionado discurso antiliberal en el hemiciclo del Congreso sin miedo de suscitar reacciones hostiles ya que, más allá del alcance de las cámaras, la sala estaba vacía. La restricción de la emisión de mensajes a ciertas zonas o grupos sociales, a través de las emisoras locales, está fragmentando la política nacional y socavando la influencia de las cadenas de televisión, pero a la vez abarca una proporción aún mayor de expresiones políticas en el universo de los medios electrónicos. Además, Internet se ha convertido, a mediados de los años noventa, en el vehículo para la propaganda de campaña, los foros de debate controlados y la conexión con los militantes [23]. Con frecuencia, los programas o anuncios de televisión hacen referencia a una dirección de Internet donde puede encontrarse información o ampliación de los argumentos, mientras que la comunicación a través del ordenador recoge los acontecimientos de los medios o de la publicidad política televisada para establecer un anzuelo electrónico para los ciudadanos interesados.

Al incorporar la política a su espacio electrónico, los medios encuadran de forma decisiva el proceso, los mensajes y los resultados, prescindiendo del objetivo real o de la efectividad de los mensajes específicos. No es que el medio sea el mensaje, porque las opciones políticas difieren

[21] Mundy, 1996.
[22] Garber, 1996; Hacker, 1996.
[23] Klinenberg y Perrin, 1996.

y las diferencias importan, pero, al entrar en el espacio de los medios, los proyectos políticos y los políticos se moldean en forma particular[24]. ¿En qué forma?

Para comprender cómo la lógica de los medios encuadra la política, debemos hacer referencia a *los principios generales que gobiernan las noticias de los medios: la carrera de los índices de audiencia, en competencia con el entretenimiento; el distanciamiento necesario de la política para inducir credibilidad*. Todo ello se traduce en las asunciones tradicionales de la cobertura de noticias, tal como las identifica Gitlin: «A las noticias les interesa el acontecimiento, no la condición subyacente; la persona, no el grupo; el conflicto, no el consenso; el hecho que "adelanta la noticia", no el que la explica»[25]. Sólo las «malas noticias» relativas a un conflicto, drama, tratos ilegales o conducta objetable son noticias interesantes. Puesto que las noticias se construyen cada vez más para que se equiparen a los espectáculos de entretenimiento o a los acontecimientos deportivos (y compitan con ellos), su lógica también lo hace. Requiere drama, suspense, conflicto, rivalidades, codicia, engaño, ganadores y perdedores y, si es posible, sexo y violencia. Siguiendo el ritmo y el lenguaje de los deportes, se informa «de la política como carrera de caballos», como de un juego interminable de ambiciones, maniobras, estrategias, contraestrategias, con la ayuda de confidencias privilegiadas y encuestas constantes de opinión de los mismos medios. Éstos proporcionan una atención decreciente a lo que los políticos tienen que decir: el tiempo medio de declaraciones políticas transmitidas por noticia descendió de 42 segundos en 1968 a menos de 10 segundos en 1992[26]. La actitud distante de los medios se convierte en cinismo cuando literalmente todo se interpreta como un puro juego estratégico. La información de noticias proporciona la base para esos análisis, pero resultan considerablemente reforzados por los espectáculos de expertos (como *Crossfire* de CNN), que se construyen en torno a unos comentaristas vociferantes, maleducados y opuestos en todo que, por supuesto, sonríen y se estrechan las manos al final, subrayando de este modo que todo es un espectáculo. Como sostiene James Fallows, las valoraciones rápidas, estridentes y sumarias de la política efectuadas por expertos de la televisión, cada vez más populares, repercuten de forma directa en la cobertura de los acontecimientos en las noticias de la televisión y en los periódicos[27]. En otras palabras, las afirmaciones de los medios sobre la política se convierten en acontecimientos políticos por sí mismos, con anuncios semanales de ganadores y perdedores en la carrera política. Como escribe Sandra Moog:

---

[24] Patterson, 1993; Balz y Brownstein, 1996; Fallows, 1996.
[25] Gitlin, 1980, pág. 28.
[26] Patterson, 1993, pág. 74.
[27] Fallows, 1996.

Los relatos de las noticias tienden a convertirse en meras discusiones de las reacciones públicas ante la cobertura de noticias recientes. Quiénes son los ganadores y los perdedores, qué índices de popularidad han ascendido y cuáles han caído como resultado de los acontecimientos políticos del último mes, la última semana o el último día. Las frecuentes encuestas de opinión pública realizadas por las agencias de noticias hacen posible este tipo de hiperreflexión, al proporcionar una base, supuestamente objetiva, para las especulaciones de los periodistas acerca de las repercusiones de las acciones políticas y las reacciones periodísticas a esas acciones, sobre la valoración pública de los diferentes políticos[28].

Un encuadre adicional y esencial de la información de las noticias políticas es la personalización de los acontecimientos[29]. Los políticos, no la política, son los actores del drama. Y como pueden cambiar sus propuestas programáticas mientras surcan las aguas políticas, lo que queda en la mente de la mayoría de la gente es la motivación personal y las imágenes personales como fuente de la política. Así pues, las cuestiones de carácter pasan al primer plano de la agenda política: el mensajero se convierte en el mensaje.

El encuadre de las noticias políticas se extiende al encuadre de la propia política cuando los estrategas juegan con los medios para influir en los votantes. Así pues, como sólo las malas noticias son noticia, la publicidad política se concentra en los mensajes negativos, orientados a destruir las propuestas del oponente, mientras el programa propio se presente en términos muy generales. En efecto, los experimentos de la ciencia política muestran que es mucho más probable que se retengan los mensajes negativos y que influyan en la opinión política[30]. Es más, como la política está personalizada en un mundo de creación de imagen y culebrones, la difamación se convierte en el arma más potente[31]. Los proyectos políticos, las propuestas del gobierno y las carreras políticas pueden socavarse e incluso destruirse con la revelación de una conducta impropia (el Watergate de Nixon inauguró la nueva era); con la exposición de una vida privada alejada de las normas morales estrictas y el encubrimiento de la información (Gary Hart); o con la acumulación de acusaciones, rumores o insinuaciones, que los medios airean una tras otra tan pronto como el impacto de una acusación comienza a desvanecerse (¿Bill y Hillary Clinton?). En algunos casos, las acusaciones no probadas tienen consecuencias personales dramáticas, como el suicidio del político implicado (por ejemplo, el ministro de Hacienda socialista francés Pierre Beregovoy en 1993). Así pues, el seguimiento diario de los ataques personales y los contraataques, o la amenaza de hacerlo con acusaciones similares, se con-

---

[28] Moog, 1996, pág. 20.
[29] Ansolabehere *et al.*, 1993; Fallows, 1996.
[30] Ansolabehere e Iyengar, 1995.
[31] Garramone *et al.*, 1990; Fallows, 1996.

vierte en una parte fundamental de la vida política. En efecto, en la campaña presidencial de 1992, los asesores de Clinton obligaron a los republicanos a minimizar su interés en la aventura extramarital de Clinton amenazando con explayarse en la supuesta relación de Bush con una antigua ayudante suya de la Casa Blanca: habían encontrado otra Jennifer[32]. Los estrategas de la comunicación y los portavoces son los centros de la política informacional.

La creciente restricción de la exposición en los medios del contenido de las propuestas políticas (excepto en los medios segmentados ajenos a la audiencia de masas; por ejemplo, la televisión pública o los extensos informes especiales de los periódicos) lleva a una simplificación extrema de los mensajes políticos. Se escudriñan los complejos programas políticos para seleccionar unos cuantos temas clave que se destacarán para una amplia audiencia en términos dicotómicos: pro vida o pro planificación familiar; derechos de los gays o ataque a los gays; seguridad social y déficit presupuestario contra presupuesto equilibrado y desmantelamiento del seguro médico. La política de referéndum imita los concursos de la televisión, con la bocina electoral anunciando los ganadores y los perdedores, y las campanas (encuestas) preelectorales anunciando advertencias. Imágenes, mensajes codificados y política de carrera de caballos entre héroes y villanos (cambian los papeles de forma periódica), en un mundo de pasiones falsificadas, ambiciones ocultas y apuñalamientos por la espalda: tal es la política estadounidense, encuadrada por los medios electrónicos y, de este modo, transformada en virtualidad real política, que determina el acceso al estado. ¿Podría ser este «modelo estadounidense» el precedente de una tendencia política más amplia, característica de la era de la información?

¿Se está «americanizando» la política europea?

No y sí. No, porque los sistemas políticos europeos se basan mucho más en los partidos políticos, con una larga tradición bien establecida y considerables raíces en su historia, cultura y sociedad específicas. No, porque las culturas nacionales tienen su importancia y lo que es admisible en los Estados Unidos sería inadmisible en la mayor parte de Europa y en realidad al supuesto agresor le acabaría saliendo el tiro por la culata: por ejemplo, era un hecho conocido que Mitterrand mantuvo una duradera relación extramarital, de la que tuvo una hija. Nunca se utilizó contra él, pese a sus muchos enemigos, y si se hubiera hecho, a la mayoría de los ciudadanos le habría parecido ignominioso inmiscuirse en la vida privada del presidente (los medios de comunicación del Reino Unido ocupan una

[32] Swan, 1992.

posición intermedia entre los Estados Unidos y la mayor parte de Europa en cuanto al respeto a la vida privada de los dirigentes políticos). Asimismo, hasta finales de la década de los ochenta, la mayor parte de la televisión europea estaba controlada por el gobierno, por lo cual el acceso político a ella estaba regulado y la publicidad pagada sigue estando prohibida. Incluso con la liberalización y privatización de la televisión, las cadenas privadas (por ejemplo, ITV británica o Antena-3 española) siguen una norma autorreguladora de equilibrio político para conservar su credibilidad. Así pues, existen diferencias sustanciales tanto en los medios como en sus relaciones con los sistemas políticos en los Estados Unidos y Europa[33].

Por otra parte, aunque los candidatos y programas los seleccionan y deciden los partidos, los medios de comunicación se han vuelto tan importantes en Europa como en los Estados Unidos para decidir los resultados de las candidaturas políticas[34]. Los medios (y sobre todo la televisión) son la fuente fundamental de información y opinión política de la gente, y los principales atributos de la política informacional, identificados en los Estados Unidos, caracterizan también a la política europea: simplificación de los mensajes, publicidad y sondeos profesionales como herramientas políticas, personalización de las opciones, negativismo como arma política, creación de imagen y comentarios en los medios como mecanismos esenciales para conquistar el poder y mantenerlo. Revisemos brevemente algunos datos comparativos.

En el Reino Unido[*], la televisión era la principal fuente de noticias políticas para el 58% de la gente en la década de los ochenta: aumentó hasta el 80% en la década de los noventa[35], siendo los periódicos la principal fuente para el 20% restante. Sin embargo, la publicidad televisiva pagada es ilegal en Gran Bretaña y se otorga a los partidos emisiones gratuitas tanto durante la campaña como fuera de ellas. No obstante, la desregulación, la privatización y la multiplicación de fuentes de información televisada han alejado a la audiencia de la publicidad política formal y la han dirigido hacia los reportajes políticos[36]. Los comentarios sobre la publicidad de los partidos en los programas habituales se volvieron más influyentes que la propia publicidad. Por ejemplo, en 1992, el Partido Laborista emitió un espacio sobre Jennifer, una joven que tenía que esperar un año para que la operaran del oído debido a la crisis del sistema sanitario. Cuando su identidad (mantenida en el anonimato) fue revelada, el tema

[33] Siune y Truetzschler, 1992; Kaid y Holtz-Bacha, 1995.

[34] Guehenno, 1993; Kaid y Holtz-Bacha, 1995.

[35] Moog, 1996.

[*] Este texto se escribió antes de las elecciones británicas de 1997. No ha habido necesidad de cambiarlo porque, desde el punto de vista analítico, se ha verificado el argumento presentado.

[36] Berry, 1992.

real acabó siendo la incapacidad de los laboristas para guardar información confidencial, lo que socavó su capacidad para que se confiara en ellos como gobierno[37]. La publicidad negativa, sobre todo de los *tories*, se convirtió en el centro de la campaña de 1992 y desempeñó un papel importante en la victoria conservadora[38]. Las encuestas inmediatas, el correo selectivo, el empleo de publicidad profesional y de empresas de relaciones públicas, los acontecimientos y discursos orientados a la creación de imágenes y frases aisladas, los sofisticados anuncios profesionales con actores y montajes fotográficos, el enfoque en la imagen y no en la política son los ingredientes básicos de la política británica de los años noventa, tanto como lo son en los Estados Unidos[39]. La personalización de la política tiene una larga tradición en Gran Bretaña, con dirigentes tan contundentes como Winston Churchill, Harold Wilson o Margaret Thatcher. Sin embargo, la nueva ola de personalización no tiene relación con los dirigentes históricos y carismáticos, sino con cualquiera que se presente para el puesto de primer ministro. Así pues, en 1987, los laboristas centraron su campaña sobre una pareja «joven y atractiva», Neil y Glenys Kinnock, y presentaron como principal emisión del partido para las elecciones una biografía televisada titulada *Kinnock*, producida por Hugh Hudson, el director de *Carros de fuego*[40]. En 1992, dos de las cinco emisiones conservadoras para las elecciones se centraron en John Major (*Major-The Journey*, producida por Schlesinger, director de *Cowboy de medianoche*, presentando el ascenso de Major de la clase obrera de Brixton[41]). La personalización lleva a la difamación como estrategia política, y ése ha sido el caso también en la política británica reciente: en la campaña de 1992, Kinnock fue atacado en los tabloides *tories* (y luego los relatos fueron retomados por las noticias de la televisión) con imputaciones que iban de sus supuestas conexiones con la mafia a su vida privada (el denominado «asunto Boyo»). Paddy Ashdown, dirigente demócrata liberal, fue atacado públicamente por su vida sexual. Y aunque Axford y otros sugieren que tras las elecciones de 1992 los medios británicos parecían dispuestos a refrenarse en el uso de «trucos sucios», esta disciplina recién profesada no parece haber excluido a la Familia Real[42]. En efecto, escribiendo en 1996, parece seguro predecir que las nuevas elecciones generales británicas, marcadas por la probabilidad de una victoria laborista, se caracterizarán por una explosión de intentos de difamación contra el liderazgo emergente de Tony Blair.

El advenimiento de la democracia rusa también supuso la introduc-

---

[37] Scammell y Semetko, 1995.
[38] Berry, 1992; Scammell y Semetko, 1995.
[39] Axford *et al.*, 1992; Philo, 1993; Franklin, 1994.
[40] Philo, 1993, pág. 411.
[41] Scammell y Semetko, 1995, pág. 35.
[42] Axford *et al.*, 1992.

ción de las campañas orientadas a la televisión de estilo estadounidense desde las elecciones parlamentarias de diciembre de 1993 [43]. En las decisivas elecciones presidenciales de 1996, Yeltsin fue capaz de recobrar el control del electorado, en peligro de pasarse a Ziuganov debido a la desesperación popular, en las últimas semanas de la campaña, mediante un bombardeo en los medios de comunicación y la utilización, por primera vez en Rusia, del correo selectivo informatizado, las encuestas dirigidas y la propaganda segmentada. La campaña de Yeltsin combinó viejas y nuevas estrategias en el uso de los medios pero, en ambas, la televisión fue el centro. Por una parte, los canales gubernamentales y privados se alinearon con Yeltsin y utilizaron las noticias y la programación como vehículos de propaganda anticomunista, incluida la emisión de varias películas sobre los horrores del estalinismo en las semanas anteriores a la votación. Por otra parte, se diseñó cuidadosamente la publicidad política de Yeltsin. Una compañía de asesoría política, Niccolò M. (M. de Maquiavelo) desempeñó un papel importante en la concepción de una estrategia mediática en la que Yeltsin aparecería en las noticias regulares de televisión, mientras que la publicidad política se centraría en personas reales (conozco a una de ellas) que explicarían su apoyo a éste. Los anuncios terminaban con las palabras «Yo creo, quiero y espero», seguidas de la firma de Yeltsin, su única presencia en ellos. Yekaterina Yegorova, directora de Niccolò M., entendía que, en sus propias palabras: «La idea que respalda su ausencia es que Yeltsin, como presidente, aparece con tanta frecuencia en la pantalla [en las noticias regulares] que si también estuviera en los anuncios, la gente acabaría harta de él» [44]. Así pues, la «personalización ausente», al combinar diferentes formas de mensajes mediáticos, se convirtió en una nueva estrategia sutil en un mundo saturado de propaganda audiovisual. Algunos asesores republicanos de California también desempeñaron un papel consultivo sobre la tecnología política en la campaña de Yeltsin (si bien muy inferior a lo que proclaman), así como diversos consejeros políticos y mediáticos, lanzando a Rusia a la política informacional antes de que tuviera tiempo de convertirse en una sociedad informacional. Funcionó: escasos de fondos, poder y tecnología, los comunistas se basaron en la organización popular a gran escala, un medio demasiado primitivo para contrarrestar la alianza de la televisión, la radio y los principales periódicos, que se unieron en torno a Yeltsin. Aunque hubo otros factores que desempeñaron un papel en las elecciones rusas (rechazo del comunismo, miedo al desorden, demagogia electoral, hábiles decisiones presidenciales de último minuto, sobre todo acerca de Chechenia, la incorporación de Lébed al gobierno de Yeltsin antes de la segunda vuelta de las

[43] Hughes, 1994.
[44] *Moscow Times*, 1996, pág. 1.

elecciones), los sistemas políticos antiguo y nuevo se enfrentaron y el resultado fue una victoria aplastante de Yeltsin, después de ir muy rezagado en las encuestas cuatro meses antes.

La joven democracia española también aprendió deprisa las nuevas artes de la política informacional[45]. En las elecciones generales de 1982, el diestro uso de los medios de comunicación y la personalización en torno a la figura de un dirigente extraordinario, Felipe González, llevó a los socialistas (PSOE) a un triunfo electoral sin precedentes. Después, en 1986 y 1989, los socialistas de González fueron reelegidos dos veces con mayoría absoluta e incluso ganaron en 1985 un referéndum nacional para unirse a la OTAN en las condiciones más difíciles. Además de los méritos propios de la política socialista, tres importantes factores contribuyeron al aplastante dominio político del Partido Socialista en la década de los ochenta: la carismática personalidad de Felipe González y su vigorosa presencia en los medios de comunicación, sobre todo en televisión, ya fuera en debates frente a frente, en entrevistas periodísticas o en acontecimientos políticos televisados; la sofisticación tecnológica de los estrategas políticos socialistas que, por primera vez en España, utilizaron grupos seleccionados, sondeos constantes, análisis/diseño de imagen y selección de temas en tiempo y espacio, en una estrategia coherente y sostenida de propaganda política que no se detuvo después del día de las elecciones; y el monopolio gubernamental de la televisión, que proporcionó una clara ventaja al gobierno hasta que las críticas constantes de la oposición sobre la cobertura televisiva, así como las convicciones democráticas de González, condujeron a la liberalización y privatización parcial de la televisión en la década de los noventa. Por otra parte, fue la pérdida de la batalla en los medios de comunicación en los años noventa la que primero erosionó al gobierno socialista en España en 1993 y después llevó al poder a un gobierno de derecha en 1996. En la sección siguiente, me extenderé sobre los escándalos políticos y la política de la corrupción como una estrategia esencial de la política informacional, utilizando de nuevo, entre otros casos, este ejemplo español contemporáneo tan revelador. Pero es importante subrayar, mientras se expone la posible extrapolación de la política de estilo estadounidense a Europa, que la España contemporánea no tiene nada que aprender de los Estados Unidos en cuanto a técnicas de politiqueo mediático, difamación y efectos de retroalimentación entre encuestas, informaciones y actuaciones.

Aunque de un modo menos espectacular (después de todo, España es un país de intenso dramatismo), la política de la mayoría de las democracias europeas ha acabado dominada por procesos similares. Así pues, los observadores de Francia se rebelaron contra la «telecracia»[46], mientras

[45] Alonso Zaldívar y Castells, 1992.
[46] *Esprit*, 1994, págs. 3 y 4.

que otros destacan la llegada de la «democracia virtual»[47]. El repentino ascenso al poder de Berlusconi en Italia se vinculó directamente con el nuevo papel desempeñado por los medios en la política italiana[48]. El análisis comparativo de otros países europeos en la década de los noventa[49] describe una situación de transición compleja, de medios de comunicación que dominan la difusión de la información, mientras los partidos están faltos de equipo y fondos, y regulados de forma estricta, por lo que les resulta difícil adaptarse al nuevo entorno tecnológico. El resultado parece ser que, por una parte, los partidos políticos mantienen en general su autonomía frente a los medios con el apoyo del estado. Por otra, debido al acceso restringido de los partidos a los medios, la gente forma cada vez más sus opiniones políticas a partir de fuentes externas al sistema político, con lo que se acentúa la distancia entre partidos y ciudadanos[50]. Así pues, mientras que las instituciones, la cultura y la historia hacen a la política europea muy específica, la tecnología, la globalización y la sociedad red incitan a los actores e instituciones políticas a participar en la política informacional impulsada por la tecnología. Sostengo que ésta es una tendencia histórica nueva, que afectará en oleadas sucesivas a todo el mundo, si bien en condiciones históricas específicas que introducen variaciones sustanciales en la competición política y en la conducción de la política. Bolivia proporciona una oportunidad excepcional para probar esta hipótesis.

El populismo electrónico de Bolivia: el compadre Palenque y la llegada de Jach'a Uru[51]

Si tuviéramos que seleccionar el país con más posibilidades del mundo de resistirse a la globalización de la cultura y de afirmar la política populista, Bolivia sería un candidato obvio. Su identidad india está muy presente en la memoria colectiva de su población (aun cuando el 67% se considere mestiza) y mucha gente habla el aymara y el quechua. El nacionalismo es la ideología suprema de todos los partidos políticos. Desde la revolución de 1952, los sindicatos mineros y campesinos bolivia-

---

47 Scheer, 1994.

48 Di Marco, 1994; Santoni Rugiu, 1994; Walter, 1994.

49 Kaid y Holtz-Bacha, 1995.

50 Di Marco, 1993.

51 Estoy en deuda, por su ayuda en la elaboración de esta sección sobre la política mediática boliviana, con Fernando Calderón, de La Paz, y con Roberto Laserna, de Cochabamba. El análisis se basa en los siguientes estudios realizado por investigadores bolivianos: Mesa, 1986; Archondo, 1991; Contreras Basnipeiro, 1991; Saravia y Sandoval, 1991; Laserna, 1992; Albo, 1993; Mayorga, 1993; Pérez Iribarne, 1993a, b; Ardaya y Verdesoto, 1994; Calderón y Laserna, 1994; Bilbao La Vieja Díaz *et al.*, 1996; Szmukler, 1996.

nos se encuentran entre los actores sociales y militantes más concienciados y organizados de América Latina. El principal partido nacionalista-populista, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, ha estado en el poder, y fuera de él, las cuatro últimas décadas y sigue manteniendo la presidencia en 1996, con el apoyo de la izquierda nacionalista del Movimiento Bolivia Libre y del movimiento katarista (indigenista)*. Las tensiones sociales y la militancia política provocaron frecuentes golpes militares, que no siempre disgustaron a la embajada estadounidense, hasta que la participación abierta de militares de alta graduación en el tráfico de drogas a finales de los años setenta y el cambio de política con Carter modificaron la actitud estadounidense, facilitando la restauración de una democracia estable en 1982, con la llegada al poder de una coalición de izquierda. Desde entonces, aunque aumentaron las tensiones sociales debido a las políticas de ajuste estructural introducidas por el MNR en 1985 (que después proseguirían otros gobiernos), la democracia parece estar sólidamente establecida. Se desarrolló una viva lucha política, en la que los partidos se formaban, dividían y reformaban, y se forjaron las alianzas políticas más inverosímiles para alcanzar el poder estatal. Así pues, la movilización social y la política democrática estaban y están vivas y gozan de buena salud en Bolivia, dejando, en apariencia, poco espacio para que una variante andina de política informacional transforme el escenario político. Y sin embargo, desde 1989, la política de La Paz-El Alto (la capital boliviana y su periferia de asentamientos populares) ha estado dominada por un movimiento político organizado en torno a Carlos Palenque, un antiguo músico folclórico de origen humilde que se convirtió en presentador de radio y televisión, luego en propietario de una red de medios de comunicación (RTP, Radio Televisión Popular) y por último en dirigente de Conciencia de Patria (Condepa), fundada el 21 de septiembre de 1988 en Tihuanaco, la antigua capital del mundo aymara. Aunque la historia pueda parecer conocida, en realidad, es inusual, compleja y reveladora.

La saga de Palenque comenzó en 1968, cuando en torno a su grupo folclórico Los Caminantes creó un programa de radio que incorporó de forma gradual el contacto directo con la audiencia, utilizando un lenguaje popular, con una mezcla de español y aymara, que ayudaba a la gente de los estratos urbanos pobres a comunicarse sin sentirse intimidada por el formalismo de los medios. En 1978, comenzó un programa de televisión, donde ofrecía una plataforma para que la gente expresara sus quejas. Se presentó como el compadre de su audiencia y también se refería a sus interlocutores como compadres y comadres, con lo que nivelaba el ámbito

* En 1997 obtuvo la presidencia por mayoría popular el derechista y ex dictador Hugo Banzer, con el apoyo del dirigente de izquierda socialdemócrata Jaime Paz Zamora, que fue nombrado primer ministro.

de la comunicación e introducía una referencia a una comunidad fundamental, arraigada en las tradiciones aymara y católica [52]. En 1980 logró comprar Radio Metropolitana y después el Canal 4, una emisora de televisión de La Paz. Pronto se convirtieron en los medios más escuchados de la zona de La Paz y siguen siéndolo: el 25% de la audiencia radiofónica declaró que sólo escuchaba la Metropolitana.

En la estrategia comunicativa de Palenque hay cinco elementos cruciales. El primero es la personalización de los espectáculos, con compadres y comadres enérgicos que representan diversos grupos, como la comadre Remedios Loza, una mujer común (mujer de pollera), un tipo humano nunca antes visto en televisión, pese a ser la imagen misma de las familias populares de La Paz; o el compadre Paco, cercano a la clase media; o su esposa, Mónica Medina de Palenque, una antigua bailarina de flamenco que asume el papel de la mujer prudente por naturaleza. La personalización de la interacción con la audiencia no se detiene en los programas en vivo, sino que se extiende a gran parte de la programación. Por ejemplo, aunque el Canal 4 emite los mismos culebrones latinoamericanos que captan la atención en todo el mundo de habla hispana, el compadre Palenque y su equipo comentaban personalmente los acontecimientos y dramas de varios episodios y participaban con su audiencia para relacionar el relato de los culebrones con las vidas diarias de los paceños. En segundo lugar está la orientación hacia las mujeres, sobre todo las de clases inferiores, y su prominente presencia en los programas. En tercer lugar, existe una conexión directa con las preocupaciones y alegrías de la gente, con programas como «Los sábados del pueblo» que se emiten en directo con la participación de cientos de personas en los barrios urbanos; o «La tribuna del pueblo», en la que la gente denuncia en directo los abusos que sufre. En cuarto lugar está la disposición a escuchar las quejas de la gente, dando oído a los lamentos que surgen de la dolorosa integración de la vida rural e india en la descontrolada periferia urbana de La Paz. Y, en quinto lugar, aparece la referencia religiosa, que legitima la esperanza como voluntad de Dios, con la promesa de la llegada de Jach'a Uru, el día en que, según la tradición aymara, todos los sufrimientos tendrán fin.

Sin embargo, no fue un camino llano el que llevó a Palenque a una posición de relieve. Debido a su crítica de las autoridades, con el pretexto de una entrevista radiofónica con un importante traficante de drogas, la red RTP fue clausurada dos veces por el gobierno, en junio y noviembre de 1988. Pero la protesta masiva y la decisión del Tribunal

[52] Compadre y comadre son términos que significan pertenencia a la comunidad. Aúnan elementos de la tradición aymara y la celebración católica (por ejemplo, los padrinos y las madrinas de los niños bautizados). Como tales, se espera de los compadres y las comadres que comprendan, colaboren, compartan y asuman la reciprocidad.

Supremo propiciaron su reapertura unos meses después. La respuesta de Palenque fue crear un partido (Condepa) y presentarse a presidente. En las primeras elecciones en las que participó, en mayo de 1989, Condepa se convirtió en el cuarto partido nacional y el primero de la capital. En las elecciones municipales, ganó la alcaldía de El Alto (la cuarta área urbana más grande de Bolivia) y entró en el concejo municipal de La Paz. En las elecciones municipales siguientes, Mónica Medina de Palenque se convirtió en alcaldesa de La Paz, puesto que mantuvo hasta 1996. Condepa también está presente en el Congreso Nacional: entre otros diputados, la comadre Remedios desempeñó un notable papel para impulsar la legislación en favor de la mujer boliviana. Pese a su populismo, Condepa no desarrolló una actitud de confrontación con los diversos gobiernos. En 1989 sus votos ayudaron a elegir en el Congreso al presidente Jaime Paz Zamora, a pesar de su tercer lugar en el voto popular. Y cuando en 1993 fue elegido un nuevo presidente del MNR, Sánchez de Losada, Condepa, aunque no participó en el gobierno, colaboró con él en varias iniciativas legislativas*.

El éxito del compadre Palenque no ocurrió en un vacío social. Poseía un mensaje de libertad, no sólo un medio de comunicación, que parecía encajar bien con la experiencia real de las masas urbanas de La Paz. Apeló a la identidad cultural de los inmigrantes recientes mediante el uso del lenguaje, el hincapié en las tradiciones aymaras y la referencia al folclore y la religión. Contra las medidas de ajuste económico y la integración en la economía global, expuso el sufrimiento diario de los obreros desplazados y los pobres urbanos, los abusos a los que eran sometidos con el pretexto de la racionalidad económica. El compadre Palenque se convirtió en la voz de los que carecían de ella. Utilizando los medios como plataforma, pero vinculándolos con las instituciones locales donde Condepa estaba presente, Palenque dirigió una serie de programas sociales, uno de los más logrados orientado a ayudar a los trabajadores industriales desplazados por la reestructuración y privatización de la economía. Rechazando el imperativo categórico de la globalización, el compadre Palenque propuso (si bien en términos bastante vagos) un modelo de «desarrollo endógeno», basado en los recursos propios de Bolivia y contando con el espíritu comunal de su pueblo. Así pues, la influencia de Condepa no es sólo una manipulación de los medios de comunicación: sus temas hacen referencia al sufrimiento real de la gente de La Paz y su lenguaje se comunica directamente con la identidad cultural y local de los estratos populares de La Paz y El Alto (hasta el punto de que el movimiento sigue

* En 1997, el compadre Palenque sufrió una crisis matrimonial que acabó con el divorcio de su mujer, la ex alcaldesa de La Paz. Poco después, Carlos Palenque murió de un infarto. Pero el movimiento sigue, con la comadre Remedios al frente.

siendo en general local, autorizando a algunos especialistas a hablar de un «ayllu metropolitano»)[53]. Sin embargo, sin el poder de los medios y sin una estrategia de comunicación perspicaz, que mezcla la radio y la televisión de entretenimiento con un espacio para las quejas públicas y con la construcción de una confianza carismática entre los dirigentes y la audiencia, Condepa se habría visto reducido a un papel menor, como pasó con otros movimientos populistas en Bolivia, como la Unidad Cívica Solidaridad de Max Fernández. En efecto, en 1996, los bolivianos confían en los medios más que en sus representantes políticos (cuadro 6.3).

CUADRO 6.3 Opinión de los ciudadanos bolivianos sobre qué instituciones representan sus intereses

Institución	*% de opinión favorable*
Congreso de diputados	3,5
Cualquier partido político	3,4
Presidente	3,3
Alcalde	6,9
Comités vecinales	11,3
Sindicatos	12,6
Medios de comunicación de masas	23,4

Nota: Respuestas a la pregunta: «¿Cree que las siguientes instituciones representan sus intereses?» (porcentaje de todos los ciudadanos encuestados; muestra representativa nacional).

Fuente: varios autores, 1996.

Así que la política mediática no tiene por qué ser monopolio de los grupos de interés influyentes o de partidos políticos establecidos que usan el poder de la tecnología para perfeccionar la tecnología del poder. Como la influencia del compadre Palenque parece indicar, el comunalismo basado en la identidad y los movimientos de la gente pobre, a veces bajo la forma de milenarismo religioso, pueden acceder a la política mayoritaria mediante la utilización de los medios. Al hacerlo, obligan a otros actores políticos a jugar a un juego similar (como en el caso de Bolivia en la década de los noventa), con lo que contribuyen a encerrar la política en el espacio de los medios, si bien con características específicas que encajan con la tradición cultural, las condiciones económicas y la dinámica política bolivianas. Es más, pese a la orientación comunal de Condepa, en la experiencia del compadre Palenque encontramos una se-

[53] Ayllu es la forma tradicional de una comunidad territorial/cultural en la tradición aymara.

rie de rasgos que no son distintos de las tendencias más amplias de la política informacional, descrita anteriormente: la extremada personalización del liderazgo; la simplificación de los mensajes en términos dicotómicos: bueno y malo; la preeminencia de los juicios morales y religiosos como marco de una vida pública y personal; la importancia decisiva del lenguaje, las imágenes y los símbolos emitidos electrónicamente para movilizar la conciencia y decidir la política; la volatilidad del talante público, perdido en la sensación de que el mundo gira fuera de control; la dificultad de encajar estas nuevas expresiones políticas en las categorías políticas tradicionales (hasta el punto de que algunos analistas bolivianos hacen referencia al surgimiento de una «política informal» paralela a la «economía informal»)[54]; y, en última instancia, también encontramos, entre estos compadres y comadres, una dependencia de su capacidad financiera para apoyar la política mediática, con lo que se crea un círculo de retroalimentación (o un círculo vicioso) entre el poder, los medios y el dinero. Aunque la «resurrección de un ayllu metropolitano»[55] muestra los límites de la globalización, es habitando en el espacio de los flujos mediáticos como las culturas tradicionales y los intereses populares afirman su poder. Al hacerlo, sobreviven, pero se transforman al mismo tiempo, entrando en un nuevo mundo de sonidos e imágenes, de charangos de modulación electrónica, de cóndores protegidos y de un Jach'a Uru con guión televisivo.

LA POLÍTICA INFORMACIONAL EN ACCIÓN: LA POLÍTICA DEL ESCÁNDALO[56]

En la última década, se han visto sacudidos sistemas políticos de todo el mundo y han sido destruidos numerosos dirigentes políticos en una sucesión constante de escándalos. En algunos casos, se han derrumbado

---

[54] Ardaya y Verdesoto, 1994.

[55] Archondo, 1991.

[56] Esta sección se basa en parte en una lectura de los periódicos y revistas de diferentes países, así como en el conocimiento personal de algunos acontecimientos. Considero innecesario proporcionar referencias detalladas para hechos que son del conocimiento público. Una visión general internacional de los escándalos políticos se proporciona en Longman, 1990, *Political Scandals and Causes Célèbres since 1945*. Un importante volumen comparativo sobre el tema es Heidenheimer *et al.*, 1989. Pueden encontrarse relatos históricos sobre los escándalos políticos estadounidenses en Fackler y Lin, 1995 y Ross, 1988. Balz y Brownstein (1996, pág. 27 ss.) proporcionan un relato reciente de los escándalos del Congreso en los Estados Unidos. En Johansen (1990) se encuentra una bibliografía anotada de la corrupción estadounidense. Fuentes adicionales utilizadas en esta sección son: King, 1984; Markovits y Silverstein, 1988a; Bellers, 1989; Ebbinghausen y Neckel, 1989; Bouissou, 1991; Morris, 1991; Sábato, 1991; Barker, 1992; *CQ Researcher*, 1992; Meny, 1992; Phillips, 1992; Swan, 1992; Tranfaglia, 1992; Barber, 1993; Buckler, 1993; DeLeon, 1993; Grubbe, 1993; Roman, 1993; *Esprit*, 1994; Gumbel, 1994; Walter, 1994; Arlachi, 1995; Fackler y Lin, 1995; García Cotarelo, 1995; Johnson, 1995; Sechi, 1995; Thompson, 1995.

partidos políticos atrincherados sólidamente en el poder durante casi medio siglo, llevándose consigo en su desaparición el régimen político que habían moldeado en su interés. Entre los ejemplos importantes de esta evolución están los democristianos italianos, que se desintegraron literalmente en la década de los noventa; el Partido Liberal Democrático japonés, que se dividió y perdió el gobierno por primera vez en 1993, aunque el partido como tal sobrevivió y sigue gobernando en coalición o en minoría; o el Partido del Congreso de India que, tras gobernar la mayor democracia del mundo durante cuarenta y cuatro años de los más de cuarenta y ocho desde la Independencia, sufrió una derrota humillante en beneficio de los nacionalistas hindúes en las elecciones de 1996, después de un importante escándalo que involucró al dirigente del Congreso Narasimha Rao, poniendo fin, en apariencia, a un sistema político construido en torno al dominio incontestado de los sucesores de Nehru. Con la excepción de las democracias escandinavas y unos cuantos países pequeños, no sé de ningún país de Norteamérica, América Latina, Europa Oriental y Occidental, Asia o África donde no hayan estallado en los años recientes importantes escándalos políticos con consecuencias significativas y a veces dramáticas [57].

En unos cuantos casos, los escándalos se referían a la moralidad personal de un dirigente (por lo general, un hombre impulsado de forma impropia por la sexualidad o la embriaguez). Pero, en la mayoría de los casos, el tema era la corrupción política, es decir, según la definición de Carl Friedrich: «Siempre que alguien ostenta el poder y está encargado de hacer ciertas cosas, esto es, es un funcionario responsable u ocupa un cargo, es inducido por recompensas monetarias o de otro tipo, no legales, a emprender acciones que favorecen a quienquiera que proporciona las recompensas y, por lo tanto, perjudican al público y sus intereses» [58]. En algunos casos, los cargos gubernamentales sólo tomaron el dinero, sin necesidad de correr. O eso creyeron. Desde el presidente Roh de Corea del Sur hasta el de Brasil Collor de Mello y de algunos miembros del ejército ruso o del Congreso de los Estados Unidos a algunos altos cargos de los gobiernos socialistas español y francés, oleada tras oleada de escándalos políticos relacionados con la corrupción se han convertido en el ingrediente básico de la vida pública en todo el mundo en la década de los noventa. ¿Por qué es así? ¿Son nuestros sistemas políticos los más corruptos de la historia? Lo dudo. El uso y abuso del poder en beneficio personal es uno de esos rasgos que consideraría propios de la «naturaleza humana» si tal entidad existiera [59]. Ésta es precisamente una de las razones por las

[57] Heidenheimer *et al.*, 1989; Longman, 1990; Garment, 1991; *CQ Researcher*, 1992; Meny, 1992; Grubbe, 1993; Roman, 1993; Gumbel, 1994; Walter, 1994; Thompson, 1995.

[58] Friedrich, 1966, pág. 74.

[59] Leys, 1989.

que la democracia se inventó y se convirtió en la forma de gobierno más buscada, si no ideal. Entre bastidores, en las situaciones en que el estado controlaba la información, las elites políticas, tanto en los tiempos antiguos como en épocas recientes, establecían alegremente su sistema impositivo personalizado sobre sujetos y grupos de interés, estando las principales diferencias en el grado de arbitrariedad de los sobornos y en la disfuncionalidad variable de las contribuciones ocultas para la conducción de los asuntos públicos. Así, una primera observación apunta al hecho de que la denuncia de la corrupción podría ser precisamente un buen indicador de una sociedad democrática y de la libertad de prensa [60]. Por ejemplo, bajo la dictadura de Franco, España sufrió el saqueo directo del país a manos del entorno del dictador, comenzando con las famosas visitas de doña Carmen a joyerías cuyos propietarios nunca se atrevieron a mandar la cuenta a su excelencia. Ningún observador serio afirmaría que la corrupción política en España fue más importante durante el gobierno socialista de la década de los ochenta que bajo Franco [61]. Y, sin embargo, mientras que durante la dictadura la corrupción era sobre todo un cotilleo entre amigos de confianza, la vida política en la democracia española de los noventa se vio alterada por completo por las revelaciones y las acusaciones de corrupción gubernamental y conducta ilegal. Es más, en las democracias establecidas desde hace tiempo, con libertad de prensa, como en los Estados Unidos, la frecuencia de la corrupción política, según se informa en la prensa, sube y baja, sin una tendencia clara a largo plazo, como cabe observar en la figura 6.2, elaborada por Fackler y Lin para los cien últimos años [62]. Sin embargo, hay un aumento muy espectacular de información sobre la corrupción en torno a la época del Watergate de Nixon, precisamente el hecho que impresionó la imaginación de periodistas y políticos por la posibilidad de hacer caer al cargo más poderoso de la tierra, obteniendo y difundiendo información perjudicial. El estudio histórico realizado por King sobre la corrupción política en Gran Bretaña [63] durante el siglo XIX muestra la capacidad de penetración del fenómeno, que provocó la Ley de Reforma de 1867 para recortar esas prácticas, según progresaba la democracia. Y Bouissou informa de que, en 1890, la prensa japonesa denunció un fraude electoral generalizado cuando el periódico *Asahi* escribió que «quienquiera que compre estas elecciones estará en venta una vez elegido» [64]. Además, en un análisis muy perspicaz, Barker ha mostrado que, cuando los actos ilegales cometidos por los políticos no proporcionan suficiente munición para desacreditarlos, otros tipos de conducta (por ejemplo, el sexo impropio) se convierten en la ma-

---

[60] Markovits y Silverstein, 1988.
[61] Alonso Zaldívar y Castells, 1992.
[62] Fackler y Lin, 1995.
[63] King, 1989.
[64] Bouissou, 1991, pág. 84.

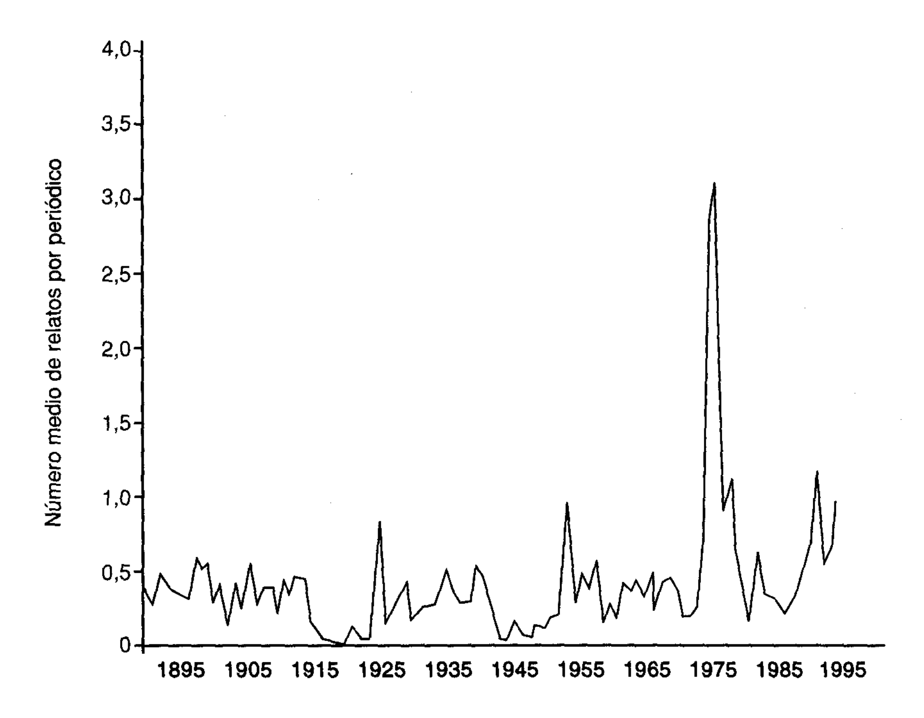


FIGURA 6.2 Número medio de relatos de corrupción por periódico en los Estados Unidos, 1890-1992

Fuente: Fackler y Lin, 1995.

teria prima del escándalo político[65]. Así, utilizando la serie internacional de Longman de escándalos políticos[66], calculó que la proporción de escándalos políticos ilegales y no ilegales para todos los países (73:27) se acercaba relativamente a la proporción de los Estados Unidos o Francia, pero era muy diferente en el Reino Unido (41:59), de tal modo que el sexo y el espionaje se habían convertido allí en el equivalente funcional de las comisiones y los sobornos de otros países. La corrupción en sí parece ser menos significativa que los escándalos (esto es, corrupción o fechorías reveladas) y su repercusión política[67].

Así que, ¿por qué ahora? Si no es probable que la corrupción esté en su punto más alto de la historia, ¿por qué estalla en todos los medios y por qué afecta de forma tan devastadora a los sistemas y actores políticos en la década de los noventa? Hay diversos factores institucionales y ten-

---

65 Barker, 1992.
66 Longman, 1990.
67 Lowi, 1988.

dencias macropolíticas que han debilitado los sistemas políticos, haciéndolos más vulnerables a la confusión creada en la opinión pública. La competencia política y la lucha por influir en el centro del espectro político del electorado han minimizado el contraste ideológico a medida que los partidos/coaliciones, una vez asegurado su núcleo de partidarios, se esfuerzan todo lo posible por arrebatar los temas y posiciones a sus adversarios. Esto se traduce en un desdibujamiento de las posiciones políticas y en la tendencia, por parte de los ciudadanos, de ser más sensibles a la fiabilidad de los partidos y candidatos que a sus posiciones ante los problemas. La personalización de la política también centra la atención en los dirigentes y en su carácter, con lo que se abre la vía para los ataques precisamente sobre esas cualidades como forma de ganar votos. La potente economía criminal global en ascenso se ha infiltrado en las instituciones estatales de muchos países, con frecuencia en los niveles más elevados del gobierno, lo que proporciona munición para crear escándalos y también se utiliza la información para amenazar a los políticos y lograr su sumisión. Los factores geopolíticos también desempeñan su papel: así, los sistemas políticos italiano y japonés, organizados en torno a la Democracia Cristiana y el Partido Liberal Democrático respectivamente, se establecieron a raíz de la Segunda Guerra Mundial con una ayuda e influencia considerables de los Estados Unidos, para instalar un baluarte contra el comunismo en dos democracias que eran cruciales en el contexto de la guerra fría y donde los partidos comunista y socialista eran fuertes[68]. Las conexiones antiguas y bien conocidas de algunos notables democristianos con la Mafia[69] y de algunos liberales demócratas con la *Yakuza*[70] no fueron un obstáculo para el apoyo incesante de las fuerzas internacionales e internas a esos partidos, en la medida en que su reemplazo era una operación excesivamente arriesgada. En el contexto posterior a la guerra fría, cada partido queda abandonado a su suerte, a los movimientos del mercado político de cada país; la disciplina interna de los partidos se vuelve menos estricta, porque es más fácil permitir una competencia feroz en ausencia de un enemigo exterior. Guehenno también ha sugerido que, en un mundo de estados-nación evanescentes y compromisos ideológicos inciertos, las recompensas por ocupar un cargo ya no son diferentes de las ofrecidas en la sociedad en general, es decir, en definitiva, dinero, como la clave de los proyectos personales u organizativos, desde disfrutar de la vida hasta proporcionar el sustento a la familia o ayudar a causas humanitarias[71].

Todos estos factores parecen contribuir a que los sistemas políticos

---

[68] Johnson, 1995.
[69] Tranfaglia, 1992.
[70] Bouissou, 1991; Johnson, 1995.
[71] Guehenno, 1993.

sean vulnerables a la corrupción. Pero hay algo más, algo que, en mi opinión, cambia la naturaleza de los sistemas políticos en las sociedades contemporáneas. *Sostengo que la política de los escándalos es el arma elegida para luchar y competir en la política informacional.* El argumento puede resumirse así: en general, la política se ha encerrado en el espacio de los medios. Los medios se han vuelto más poderosos que nunca, tecnológica, financiera y políticamente. Su alcance global y su interconexión les permiten escapar de los controles políticos estrictos. Su capacidad para hacer periodismo de investigación y su autonomía relativa frente al poder político los convierte en la fuente principal de información y de opinión para la sociedad en general. No es que los medios sean el Cuarto Poder: son más bien el campo de las luchas por el poder. La política mediática es una operación cada vez más cara, encarecida aún más por toda la parafernalia de la política informacional: encuestas, publicidad, marketing, análisis, creación de imagen y procesamiento de la información. Los sistemas institucionales actuales de financiación política no están a la altura de la tarea. Los actores políticos padecen una infrafinanciación crónica y la brecha entre los gastos necesarios y los ingresos legales ha aumentado de forma exponencial, y continúa haciéndolo[72]. Así pues, tras agotar todas las fuentes legales, las aportaciones personales y los tratos comerciales, los partidos y los políticos suelen recurrir a la única fuente real de dinero: contribuciones bajo cuerda del mundo empresarial y los grupos de interés, a cambio, obviamente, de decisiones del gobierno en favor de sus intereses[73]. *Ésta es la matriz de la corrupción política sistémica, a partir de la cual se desarrolla una red en la sombra de negocios e intermediarios.* Una vez que la corrupción se extiende y después de que unas cuantas personas añaden su comisión personal a los canales de financiación política, todo el mundo de la política y los medios de comunicación sabe (o cree que sabe) que, si se mira de cerca y durante el tiempo suficiente, puede encontrarse información perjudicial sobre casi todos. Entonces comienza la caza y los asesores políticos preparan la munición para atacar o defenderse; los periodistas cumplen su labor como informadores de investigación, buscando material para incrementar su público y sus ventas; los mercenarios y chantajistas rastrean información que pueda utilizarse en un posible soborno o para vender a las partes interesadas. De hecho, la mayoría del material perjudicial publicado por los medios es filtrado por los propios actores políticos o por intereses comerciales asociados. Por último, una vez que se crea el mercado para la información política perjudicial, si no existe suficiente material bien definido, pueden aparecer las alegaciones, insinuaciones e incluso invenciones, dependiendo, por supuesto, de la ética individual de los políticos, periodistas y medios de comunicación. En

[72] Weinberg, 1991; Freeman, 1994; Pattie *et al.*, 1995.
[73] Meny, 1992.

efecto, la estrategia de la política de los escándalos no pretende necesariamente dar un golpe inmediato a partir de un escándalo. Es el flujo constante de varios escándalos de diversas clases y con grados diferentes de verosimilitud, de la información seria sobre un incidente menor a alegaciones dudosas sobre un tema importante, el que teje el hilo donde las ambiciones políticas acaban estranguladas y los sueños políticos agostados, a menos que se haga un trato, con lo que se retroalimenta el sistema. Lo que cuenta es la repercusión final sobre la opinión pública, por la acumulación de muchos impactos diferentes [74]. Como en el antiguo dicho ruso, «no puedo recordar si ella robó un abrigo o si se lo robaron a ella».

El estadio superior de la política de los escándalos es la investigación judicial o parlamentaria, que lleva al procesamiento y, cada vez con mayor frecuencia, al encarcelamiento de dirigentes políticos [75]. Los jueces, fiscales y miembros de las comisiones de investigación entran en una relación simbiótica con los medios de comunicación. Protegen a los medios (asegurando su independencia) y con frecuencia los alimentan con filtraciones calculadas. A cambio, son protegidos por los medios, se convierten en sus héroes y, a veces, en políticos de éxito con su apoyo. Juntos, luchan por la democracia y un gobierno transparente, controlan los excesos de los políticos y, en definitiva, sacan el poder del proceso político, difundiéndolo en la sociedad. Al hacerlo, también pueden deslegitimar a los partidos, a los políticos, a la política y, en última instancia, a la democracia en su encarnación actual [76].

La política del escándalo, practicada en la década de los noventa contra el partido socialista español en el gobierno ofrece una ilustración interesante de este análisis*. Tras la victoria socialista en las elecciones de 1989 (la tercera consecutiva), una coalición de grupos de interés entre bambalinas decidió que era el momento de poner fin al dominio incontestado de los socialistas en la vida política española, un dominio que podía preverse que llegaría hasta el siglo XXI. Para evitarlo, desde distintos ámbitos, se procedió a la demolición de la influencia y la imagen socialista en la opinión de los ciudadanos [77]. Esta heteróclita coalición de intereses se vio favorecida por dos factores. Por un lado, el factor fundamental sin el cual dicha estrategia política no hubiera sido factible: la corrupción e ilegalidad que caracterizaron algunas actuaciones de la administración, so-

[74] Barker, 1992; *CQ Researcher*, 1992.

[75] Garment, 1991; García Cotarelo, 1995; Thompson, 1995.

[76] Bellers, 1989; Arlachi, 1995; García Cotarelo, 1995; Fallows, 1996.

* Los siguientes párrafos han sido añadidos a la edición española y escritos por el autor en el verano de 1997, para tener en cuenta nuevos datos conocidos con posterioridad a la redacción del original inglés.

[77] Cacho, 1994; García Cotarelo, 1995; *Temas*, 1995; Miralles, 1992; Cacho y García-Abadillo, 1992; Cerdán y Rubio, 1995; Chomon y Calvo, 1994; Díaz Herrera y Tijeras, 1991; Rubio y Cerdán, 1997.

bre todo socialista, por ser la que ostentaba más poder, pero también conservadora (por ejemplo, en Burgos y en las Baleares). En particular, la corrupción de altos niveles de la seguridad (Ministerio del Interior, Guardia Civil) y de los altos niveles de la gestión económica (Gobernador del Banco de España) pusieron en cuestión la integridad del conjunto del gobierno. Y pronto se hizo evidente que los partidos políticos, y en particular el partido socialista, recurrían a métodos ilegales de financiación.

Por otro lado, el periodismo de investigación, que se desarrolló en España en las dos últimas décadas amparado en la protección judicial y en el nuevo clima democrático, proporcionó un instrumento esencial para airear los trapos sucios de cualquiera cuando conviniese. Una llamada de teléfono de algún despechado en alguna trama, o la filtración interesada por alguna de las partes implicadas ponía en marcha a avezados reporteros para quienes el descubrimiento de un escándalo se convertía en un trampolín profesional[77a].

La mayor parte de los escándalos antisocialistas fueron publicados inicialmente por un periódico de nueva creación, *El Mundo*, un periódico de excelente nivel profesional y escasos escrúpulos políticos, que nació con la mirada puesta en la destrucción del gobierno socialista. Se ha especulado sobre qué intereses podía haber tras tal empeño. Cierto es que el notorio aventurero de las finanzas Mario Conde había invertido en ese periódico, pero también lo había hecho en otros medios de comunicación, en aras de su estrategia de influencia política. El principal accionista de *El Mundo* era, y es, una empresa editorial italiana controlada por el mítico Agnelli, el patrón de la FIAT y de múltiples negocios, no siempre diáfanos, con conexiones históricas en los sectores más conservadores de la Democracia Cristiana italiana, un partido atravesado por oscuras tramas. Sin embargo, no está claro cuál podría ser el interés directo de Agnelli en la destrucción del socialismo español.

El análisis del proceso parece que debe hacerse en sentido inverso: el nuevo medio de comunicación surge de una iniciativa personal empresarial que gana un mercado que surgía en esos momentos: el mercado del cerco informativo a la corrupción socialista. Su director y fundador es un profesional de relieve, influido por el buen periodismo estadounidense, que decidió vengarse de su expulsión de su anterior periódico, *Diario 16*, expulsión que él atribuyó a círculos del gobierno. Una vez creado un instrumento de expresión que pronto probó su eficacia, empezó a recibir «encargos», o sea filtraciones e informaciones confidenciales que, convenientemente aderezadas y dosificadas, se convirtieron en campañas de denuncia que pronto cubrieron todo el espectro de la administración socialista. Otros órganos de prensa, desde el conservador *ABC* hasta el pro-

---

[77a] Véase el interesante reportaje sobre el periodismo de investigación relativo a los escándalos políticos: Nieto, 1997.

gresista *El País,* adoptaron una estrategia informativa similar, adaptada a las estrategias político-comerciales propias de cada medio. A partir de los datos del periodismo de investigación, así como de rumores presentados como datos, publicaciones sensacionalistas y tertulias radiofónicas (en particular en la cadena COPE, propiedad de la Iglesia Católica), bombardearon a la audiencia con denuncias de todos los tonos, hasta que la televisión, incluida la televisión gubernamental, se hizo eco de las mismas, difundiéndolas a toda la opinión pública.

Aunque hubo diversos escándalos a lo largo de los ochenta, el punto inicial de la campaña antisocialista surge en enero de 1990 con la denuncia (primero en la prensa de Andalucía, luego en la de Madrid) del tráfico de influencias por parte de uno de los hermanos del vicepresidente del gobierno y número dos del partido socialista. Aunque las fechorías de este sinvergüenza de poca monta no eran de gran importancia, y aunque los tribunales absolvieron al vicepresidente de toda culpa, el «asunto Guerra» ocupó los titulares de los medios españoles durante dos años, provocando, en enero de 1991, la dimisión del vicepresidente, que se negó tozudamente a condenar en público a su hermano. El caso Guerra fue, tácticamente, una brillante iniciativa para abrir brecha en la credibilidad pública socialista porque en la defenestración política del vicepresidente convergieron las fuerzas antisocialistas y los antiguerristas del propio partido socialista, haciendo frente común en contra de la dictadura interna que, según ellos, imponía el vicesecretario general desde el aparato del partido. De modo que, por distintos caminos, se llegó a una casi unanimidad mediática en la condena y censura de Guerra y del llamado «guerrismo» dentro del partido. Pero esta fácil victoria fue el principio, no el fin, del proceso de hostigamiento informativo al sistema de poder socialista, en último término encarnado por Felipe González.

La nueva campaña se centró en la denuncia de la financiación ilegal del Partido Socialista mediante un entramado de empresas que recibían fondos, sin aparente justificación, por parte de bancos y grandes compañías. La denuncia se inició a partir de las revelaciones de un contable de una de esas empresas, despechado por haber sido despedido y no haber obtenido la compensación que reclamaba. Así se inició el «caso Filesa», que desembocó en una investigación judicial que llevó al procesamiento de varios dirigentes socialistas y apartamiento político de varios cuadros importantes de la dirección del partido. Cuando, pese a todas estas acusaciones, a la división interna suscitada en el partido y al desprestigio en amplios sectores de la opinión pública, los socialistas aún consiguieron suficientes escaños para formar gobierno una cuarta vez, en 1993, se aceleró el ritmo de los escándalos políticos en los medios de comunicación y en la escena judicial. El gobernador del Banco de España, Mariano Rubio, fue descubierto en el centro de una red financiera que utilizaba información

privilegiada en su propio beneficio, red que incluía a destacados miembros de la elite financiera cercana al poder económico socialista, entre ellos el ex Superministro de Economía Miguel Boyer: en enero de 1997 la Audiencia Nacional acabó imputando a Rubio y a su asociado Manuel de la Concha, ex síndico de la Bolsa de Madrid, delitos de falsedad, cohecho, negociaciones prohibidas a los funcionarios públicos, tráfico de influencias, fraude fiscal y uso de información privilegiada. El primer civil nombrado Director General de la legendaria Guardia Civil resultó ser un truhán que cobraba comisiones, especulaba con la construcción de cuarteles y se apropiaba los fondos reservados del gobierno, acumulando una fortuna personal en un tiempo récord hasta que lo descubrieron (también por filtración desde dentro de la Guardia Civil por guardias corruptos represaliados), huyó a Laos y fue finalmente detenido en Bangkok y repatriado a una cárcel española en un episodio tragicómico que hizo sentir vergüenza propia a todo el país. Más aún: un oficial resentido del CESID (el servicio de espionaje español) filtró documentos altamente comprometedores, entre ellos pruebas de escuchas ilegales a diversas personalidades, incluido el rey. Y para completar la desintegración de la moral pública, policías encarcelados por su participación en la creación de los GAL, los grupos de asesinos contratados por la policía española para llevar a cabo la guerra sucia contra ETA, fueron persuadidos por periodistas, políticos y jueces para declarar sobre el origen de las órdenes recibidas. A partir de ahí, la plana mayor del primer ministerio del Interior socialista pasó a ser acusada y algunos de sus miembros encarcelados, como inductores y organizadores de secuestros y asesinatos, con cargo a fondos públicos.

De importancia capital en este proceso político fue la actitud de los jueces, que mostraron una gran independencia con respecto al gobierno y, en varios casos individuales, no desperdiciaron oportunidad de hostigar a la administración socialista. Las cosas fueron de mal en peor para los socialistas como resultado de una arriesgada y teóricamente brillante maniobra de Felipe González. En 1993 consiguió reclutar al más famoso, y probablemente más incisivo, de los jueces de la Audiencia Nacional para las listas electorales socialistas como diputado independiente, en prueba de la voluntad de lucha contra la corrupción y con la promesa de un alto cargo en el ministerio de Justicia. Fue un desastre. Ya fuera porque el puesto (responsable del Plan Nacional antidroga) no era lo bastante elevado (versión socialista) o porque el juez se decepcionó por lo que vio (versión del juez), éste dejó el gobierno y el parlamento, se reintegró a su puesto en la Audiencia Nacional y se convirtió en el más ferviente perseguidor de toda potencial fechoría a los niveles más elevados del gobierno. Mediante esta auténtica oleada de investigaciones judiciales y parlamentarias, algunas de las cuales llevaron a procesamientos, otras a condenas, y otras se desvanecieron por falta de pruebas, los escándalos políticos

ocuparon las primeras planas de los medios de comunicación españoles diariamente durante seis años, paralizando literalmente la acción de gobierno, destruyendo figuras políticas y empresariales, y socavando decisivamente al PSOE, la fuerza política más importante del país.

Los socialistas acabaron perdiendo las elecciones de 1996, aunque por poco, merced a la extraordinaria credibilidad de su líder, Felipe González. Pero fue una última victoria en la derrota: un año más tarde, González, agotado por las embestidas sufridas desde fuera y desde dentro de su ámbito, dimitió como secretario general, aunque su proyección política, nacional e internacional, sigue siendo considerable, mostrando así los límites de la capacidad destructiva de la política del escándalo.

Por qué y cómo ocurrió en España este bombardeo antisocialista mediático/judicial, que acabó cambiando el curso político del país, es un tema complejo sobre el que no existen datos fiables más allá de las teorías conspirativas simplistas de los propios afectados. Como siempre, la realidad es más compleja que cualquier hipótesis reduccionista. Puede aventurarse que se trata de una serie de factores entrelazados. Por un lado, y esto es esencial, hay una materia prima: muchos de los hechos «escandalosos» tenían una base real. La financiación ilegal de los partidos, de todos los partidos, es una gangrena de la democracia y se traduce en el tráfico de influencias como medio para mantenerse en el poder o para volver a él cuando se pierde. Al amparo de la hegemonía socialista en todos los niveles de la administración florecieron prácticas de corrupción de distinto tipo, desde el ladronzuelo municipal hasta el tiburón financiero, y los controles fueron obviamente ineficaces en muchos casos. Un factor significativo para entender la amplitud de la corrupción se refiere a la cultura del dinero fácil (frecuentemente confundida con el triunfo del mercado) en los años felices del auge socialista. Quienes estaban cerca de las fuentes de enriquecimiento pero no podían beneficiarse directamente tuvieron que asumir una santidad cotidiana que era tanto más heroica cuanto la mayoría de cuadros socialistas de la administración carecían de verdadera motivación ideológica y eran, en su gran mayoría, recién llegados a la política, al transformarse el PSOE en un partido de aluvión por su rápido éxito en los albores de la democracia. Por otro lado, la escasa transformación del aparato policial y militar heredado del franquismo tuvo su secuela no sólo en la persistencia de prácticas de terrorismo de estado, sino en la alianza de dirigentes socialistas con un sector de dicho aparato contra el sector más reaccionario, alianza por la que hubo que pagar un tributo: el de condonar en la práctica, al menos en los primeros tiempos, la tortura, la venganza y la represión policial al margen de la ley.

Sobre este trasfondo de actos ilegales o en los márgenes de la ley, y en todo caso moralmente condenables por la mayoría de los ciudadanos, jugaron estrategias de información/desinformación que conectaron los materiales susceptibles de escándalo con la opinión pública mediante la utili-

zación de los medios de comunicación, que, a su vez, buscaron esos materiales, y su difusión, como medio de acrecentar su influencia, sus ventas y su prestigio profesional. Sí parece que hubo conspiraciones, si por ello entendemos grupos de intereses organizados que diseñaron estrategias de difusión de informaciones (verdaderas, falsas o medias verdades) para favorecer sus intereses. Pero probablemente (no tengo datos comunicables para afirmarlo) no hubo una gran conspiración, sino muchas conspiraciones parciales, entrecruzadas, aliadas u opuestas según los momentos y según los casos. Como mínimo, pueden identificarse las siguientes fuentes de «informaciones escandalosas» en torno a estrategias políticas convergentes contra el poder socialista:

—Las fuerzas conservadoras tradicionales, en un amplio arco que va desde los restos del franquismo hasta importantes sectores de la Iglesia Católica, incluyendo el Opus Dei.

—Las fuerzas políticas de derechas, que probablemente desempeñaron un papel aglutinante en los años noventa, como instrumento de alternativa política, en el que finalmente debían converger los efectos de la demolición de los socialistas en la opinión pública.

—Las tendencias internas del Partido Socialista, pugnando entre sí para ganar cuotas de poder y, sobre todo, para desprestigiar a los adversarios dentro del partido en la opinión de Felipe González, líder indiscutible que en última instancia decidía el reparto de las cuotas de poder. Tanto unas tendencias como otras parecen haber desempeñado un papel importante en la filtración de informaciones y en la predisposición de algunos medios de comunicación en contra de la tendencia rival. En este sentido, no puede hablarse con propiedad de una conspiración antisocialista, puesto que los socialistas también conspiraron los unos contra los otros, participando en coalición con adversarios del socialismo en contra de sus «compañeros de partido», en una buena demostración de la fragilidad de las fronteras doctrinales como delimitación de redes de poder.

—La lucha entre grandes grupos financieros, en particular la lucha entre el núcleo tradicional de la Banca española, aliado con el Banco de España, y los advenedizos de la especulación financiera, de los que Mario Conde y su Banesto eran un símbolo, pero cuyas redes empezaban a multiplicarse, cercando a la oligarquía tradicional, en alianza con agentes especulativos internacionales. Las alianzas cambiantes entre estos grupos financieros, los medios de comunicación, los partidos políticos y las tendencias internas en el Partido Socialista es un tema tan poco conocido como decisivo a la hora de interpretar la recomposición del sistema de poder por la política del escándalo.

—Tampoco hay que olvidar el factor personal. Las rencillas y descontentos acumulados a través de los años por quienes ven frustradas sus ambiciones personales de medrar a la sombra del poder. Tal es el caso de nu-

merosos intelectuales y comentaristas transformados en contertulios radiofónicos y editorialistas virulentos en contra de un poder socialista que, en su opinión, les relegó en beneficio de protegidos políticos mucho menos listos y capacitados. O el caso de algunos empresarios, como Ruiz Mateos, que atribuyeron su ruina al gobierno socialista y juraron venganza, incluso dedicando a ello su vida y su fortuna, como en el caso del susodicho.

—Las grandes maniobras de competencia y alianza entre los grupos de comunicación, en un momento de constitución del nuevo sistema audiovisual español, aparecen como decisivas en la determinación de qué escándalos se publican, cuándo y dónde. En este sentido, los intrépidos periodistas investigadores son, esencialmente, peones a pesar suyo de estrategias más amplias entre grupos tales como Prensa Española, PRISA, Zeta, La Vanguardia, El Correo, Grupo 16, El Mundo o la Iglesia Católica. El control de concesiones de licencias de radio y televisión, el acceso a la publicidad pública y las facilidades de crédito han sido elementos determinantes en la participación o no de los medios en las campañas periodístico-políticas, en el tono adoptado y en la evolución de su actitud. En cuanto una tendencia política pierde (por ejemplo, el guerrismo en el PSOE), todos los medios se ceban sobre el árbol caído, a la vez como prueba de su independencia y como elemento de advertencia hacia los nuevos (y transitorios) dirigentes.

—Y, en fin, una opinión pública difusa, tanto en el mundo mediático como en otros sectores de la vida española, según la cual el dominio socialista era excesivo y la arrogancia de algunos de sus dirigentes intolerable, por lo cual las elites sociales informadas debían reaccionar y exponer el verdadero rostro de los socialistas a un electorado seducido que, en su mayoría, siguió votando socialista en cuatro elecciones consecutivas.

Así pues, en definitiva y prescindiendo de la motivación personal o intereses empresariales específicos, los medios de comunicación afirmaron su poder de forma colectiva y, en alianza con el poder judicial, trataron de que la clase política española, incluido el Partido Popular, aprendieran la lección para el futuro.

Los vericuetos de la política, sin embargo, son difícilmente predecibles, de modo que, en realidad, en 1997 el Partido Popular en el Gobierno, sacó la lección contraria. En lugar de aceptar el poder de los medios decidió, con el apoyo de alguno de ellos, y en particular de *El Mundo*, controlar directamente los medios de comunicación, atacando frontalmente al grupo considerado como hostil a las fuerzas conservadoras, el grupo PRISA. Para ello, utilizando su control de la Compañía Telefónica, el gobierno tomó el control de Antena 3 Televisión, uno de los dos únicos canales privados de televisión, y apoyó la creación de una plataforma de televisión digital afín, Vía Digital, favoreciéndola desde el gobierno en contra de su competidor Canal Digital, del grupo PRISA. Todo ello a pesar de las re-

criminaciones recibidas desde Bruselas por los organismos de la Comisión Europea encargados de velar por la libre competencia.

En el momento de escribir este texto, en el verano de 1997, pareciera que la antigua estrategia del ordeno y mando estatal sobre los medios de comunicación en el caso español confirma la pervivencia del poder del Estado sobre la lógica propia del ámbito mediático. Ello me permite proponer una hipótesis al lector, hipótesis verificable en el plazo de meses o de unos pocos años: el efecto político contraproducente de dicha estrategia, al igual que ocurrió con Berlusconi cuando obtuvo el control de los seis canales nacionales de televisión en Italia. La razón es triple:

—La falta de credibilidad de un sistema mediático que repite el mismo mensaje en todas sus manifestaciones lleva a la aparición de medios alternativos (incluidas las televisiones autonómicas de distinta tendencia política) o a su inutilización como canal de formación de opiniones políticas.

—La autonomía de los profesionales de los medios tiende a crear expresiones no controladas, con el apoyo y solidaridad de los profesionales en los casos de represión empresarial, como ocurrió en los medios de comunicación durante la dictadura franquista.

—Y, en fin, la situación de monopolio informativo a través de la televisión tradicional tiene los años contados, incluso en España, en la medida en que la televisión por cable y por satélite desarrolle su implantación, proponiendo alternativas, en parte mediante emisiones situadas fuera del control territorial del gobierno español.

En suma, la estrategia de control absoluto de la televisión por parte del gobierno del Partido Popular más bien parece ser un órdago político coyuntural para intentar alcanzar una mayoría absoluta en las siguientes elecciones que un proyecto estatista perdurable. La historia dirá, a muy corto plazo.

En cualquier caso, lo verdaderamente pertinente para nuestro propósito analítico es la utilización de los escándalos políticos y de su difusión en los medios de comunicación como el arma fundamental de actores políticos, sectores empresariales y grupos de interés para luchar entre sí. Al hacerlo, transformaron la política española para siempre, situándola preferentemente en el ámbito de los medios de comunicación.

Lo característico de la política del escándalo es que todos los actores políticos que la practican quedan atrapados en la misma trama. El cazador de hoy es la presa de mañana. Un ejemplo que viene al caso es la aventura de Berlusconi en Italia. Los hechos son conocidos: explotó su control de las tres cadenas de televisión privadas para montar una campaña devastadora contra el corrupto sistema político italiano [78]. Luego

[78] Walter, 1994.

creó, en tres meses, un «partido» a medida (Forza Italia, bautizado así por el grito de ánimo de los hinchas del equipo nacional de fútbol italiano) y, en alianza con el partido neofascista y la Liga Norte, ganó las elecciones generales de 1994 y se convirtió en primer ministro. En teoría, el control del gobierno le daba autoridad sobre las otras tres cadenas de televisión gubernamentales. Pero la autonomía de los medios y de los periodistas fue sólidamente afirmada. Pese a la abrumadora presencia de Berlusconi en las empresas mediáticas (en periódicos y revistas, así como en televisión), tan pronto como se convirtió en primer ministro, el poder judicial y los medios, de nuevo juntos, lanzaron un resuelto asalto sobre sus fraudes financieros y comisiones ocultas, socavando sus negocios, llevando a la justicia a algunos de sus socios, procesándolo a él mismo y, en definitiva, perjudicando su imagen de tal modo que el parlamento censuró su gobierno. Luego, en 1996, el electorado lo rechazó, eligiendo en su lugar a la coalición de centro-izquierda L' Ulivo, cuyo principal componente, el Partito Democratico di Sinistra, ex comunista y ahora socialista, todavía no había estado en el gobierno nacional y, de este modo, había salvado su reputación.

La lección, extremadamente importante, de esta evolución de la política italiana es que la influencia empresarial abrumadora en los medios no equivale al control político en la política informacional. El sistema mediático, con sus vinculaciones simbólicas con las instituciones judiciales y procesales de la democracia, establece su ritmo propio y recibe señales de todo el espectro del sistema político, para transformarlas en ventas e influencia, sin que importe el origen y el destino de las repercusiones políticas. La regla de oro es que lo más valioso es lo que tiene mayor repercusión en una situación determinada. Una vez que un político o partido pierde la importancia, no vuelve a ser tema de las noticias. El sistema político queda absorbido en la turbulencia interminable de los informes, las filtraciones, las contrafiltraciones y la creación de escándalos de los medios. Sin duda, algunos osados estrategas políticos tratan de montar al tigre, situándose ellos mismos en las empresas mediáticas, estableciendo alianzas y seleccionando y cronometrando las descargas de información. Esto es exactamente lo que trató de hacer Berlusconi. Su destino acabó siendo similar al de aquellos especuladores financieros que pretendieron conocer el curso de la navegación en los impredecibles mercados financieros globales. En la política del escándalo, como en otros ámbitos de la sociedad red, el poder de los flujos arrolla a los flujos de poder.

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

Unamos los distintos hilos que hemos identificado sobre la transformación del estado-nación y el proceso político en las sociedades contem-

poráneas. Cuando se tejen en una urdimbre histórica, revelan la crisis de la democracia como la hemos conocido en este siglo[79].

El estado-nación, definidor del dominio, los procesos y el objeto de la ciudadanía, ha perdido gran parte de su soberanía, socavada por las dinámicas de los flujos globales y las redes transorganizativas de riqueza, información y poder. Particularmente crítica para su crisis de legitimidad es la incapacidad del estado para cumplir sus compromisos como estado de bienestar, debido a la integración de la producción y el consumo en un sistema global interdependiente y los procesos relacionados de reestructuración capitalista. En efecto, el estado de bienestar, en sus diferentes manifestaciones, según la historia de cada sociedad, fue una fuente crucial de legitimidad política en la reconstitución de las instituciones de gobierno tras la Gran Depresión de la década de los treinta y la Segunda Guerra Mundial[80]. El rechazo del keynesianismo y el declive del movimiento obrero pueden acentuar la desaparición del estado-nación soberano debido al debilitamiento de su legitimidad.

La (re)construcción del significado político atendiendo a identidades específicas cuestiona de modo fundamental el propio concepto de ciudadanía. El estado sólo puede cambiar la fuente de su legitimidad de representar la voluntad del pueblo y proporcionarle bienestar a la afirmación de una identidad colectiva, mediante su identificación con el comunalismo, excluyendo otros valores e identidades minoritarias. En efecto, éste es el origen de los estados nacionalistas fundamentalistas, étnicos, territoriales o religiosos, que parecen surgir de las crisis políticas de legitimidad actuales. Sostengo que no pueden, y no lo harán, sostener la democracia (es decir, la democracia liberal), porque los propios principios de representación entre los dos sistemas (ciudadanía nacional, identidad singular) son contradictorios.

A la crisis de legitimidad del estado-nación debemos añadir la crisis de credibilidad del sistema político, basada en una competencia abierta entre los partidos políticos. Atrapado en el ámbito de los medios, reducido a un liderazgo personalizado, dependiente de una compleja manipulación tecnológica, empujado a una financiación ilegal, arrastrado por los escándalos políticos, el sistema de partidos ha perdido su atractivo y su fiabilidad y, a todos los fines prácticos, es un resto burocrático, privado de la confianza pública[81].

Como resultado de estos tres procesos convergentes e interactuantes, la opinión pública y las expresiones individuales y colectivas muestran una desafección creciente y fundamental hacia los partidos, los políticos y

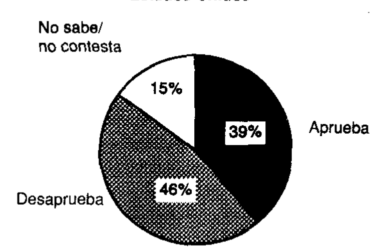
[79] Minc, 1993; Guehenno, 1993; Patterson, 1993; Ginsborg, 1994; Touraine, 1995b; Katznelson, 1996; Weisberg, 1996.

[80] Navarro, 1995.

[81] West, 1993; Anderson y Comiller, 1994; Mouffe, 1995; Navarro, 1995; Salvati, 1995; Balz y Brownstein, 1996.

Pregunta: **¿Aprueba o desaprueba el modo en que Bill Clinton desempeña su puesto como presidente?**

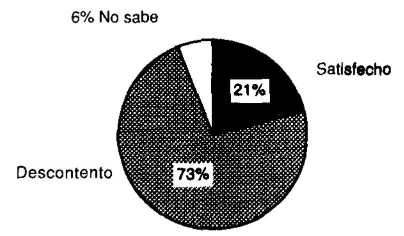
Estados Unidos



Nota: En una encuesta de CBS News/*New York Times* realizada justo antes de las elecciones de noviembre de 1992, el 37% de las respuestas aprobaban el modo en que Bush desempeñaba su puesto como presidente. El 56% lo desaprobaban.
Fuente: Encuesta realizada por CBS News/*New York Times*, 21-24 de junio de 1993.

Pregunta: **¿Está usted satisfecho o descontento con el señor Major como primer ministro?**

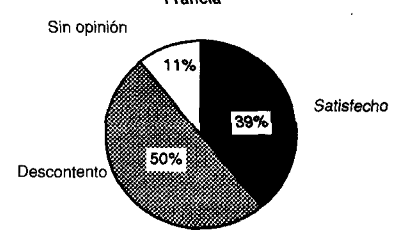
Gran Bretaña



Nota: El porcentaje que dice estar satisfecho es el más bajo para un primer ministro británico atendiendo a los datos de las encuestas disponibles.
Fuente: Encuesta realizada por Social Surveys (Gallup Poll) Ltd., 26-31 de mayo de 1993.

Pregunta: ¿Está satisfecho o descontento con François Mitterrand como presidente de la República?

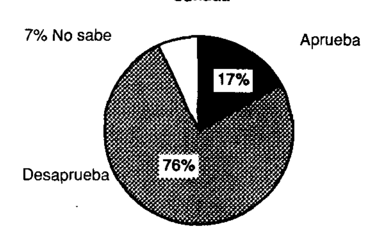
Francia



Fuente: Encuesta realizada por el Institut Français d'Opinion Publique et d'Etude de Marchés (IFOP) para *Le Journal du Dimanche*, 6-13 de mayo de 1993.

Pregunta: ¿Aprueba o desaprueba el modo en que Brian Mulroney desempeña su puesto como primer ministro?

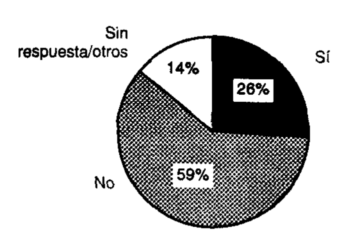
Canadá



Nota: Brian Mulroney fue sucedido como primer ministro por Kim Campbell el 25 de junio de 1993.
Fuente: Encuesta realizada por Gallup Canadá, 13-18 de enero de 1993.

Pregunta: ¿Apoya al gabinete de Miyawaza?

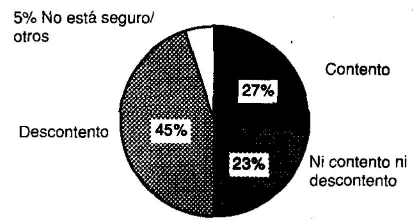
Japón



Fuente: Encuesta realizada por *Yomiuri Shimbun*, mayo de 1993.

Pregunta: ¿Está contento o descontento con el trabajo realizado, durante el último mes, por Giuliano Amato como presidente del gabinete?

Italia



Fuente: Encuesta realizada por DOXA, 19 de enero de 1993.

FIGURA 6.3 Valoración de la aprobación que reciben diversos gobiernos, *c.* 1993.
Fuente: Compilado y elaborado por el Roper Center of Public Opinion and Polling, 1995.

la política profesional. Así pues, en los Estados Unidos, según una encuesta del Times Mirror Center realizada en septiembre de 1994: «Miles de entrevistas mantenidas con los votantes estadounidenses este verano no muestran una dirección clara en el pensamiento político del público que no sea la frustración con el sistema actual y una viva receptividad hacia soluciones e instancias políticas alternativas» [82]. En 1994, el 82% de quienes respondieron a una encuesta nacional de Harris no pensaban que el gobierno representara sus intereses (contra el 72% en 1980) y el 72% consideraba que en realidad el gobierno representaba a los grupos de interés (el 68% identificaba estos grupos como intereses comerciales); en la misma línea, una encuesta Roper de 1995 descubría que el 68% de quienes respondían pensaban que no había muchas diferencias entre republicanos y demócratas y el 82% deseaba que se creara un nuevo partido [83]. La figura 6.3 muestra la amplia desafección a los gobiernos de todas las afiliaciones políticas en seis de los siete países miembros del club del G-7, según se refleja en las encuestas de opinión pública.

Sin embargo, este escepticismo hacia los partidos mayoritarios y la política no significa necesariamente que la gente ya no vote o que no le preocupe la democracia. Porque, en gran parte del mundo, la democracia no se ha alcanzado hasta hace poco, después de un esfuerzo tremendo, conquistada con sangre, sudor y lágrimas, así que la gente no está muy dispuesta a renunciar a la esperanza. En efecto, cuando percibe la posibilidad de una acción política significativa, se moviliza con entusiasmo, como lo hizo en torno a la elección de Fernando Henrique Cardoso como presidente de Brasil en 1994. Incluso en las democracias veteranas, donde se han venido practicando los rituales de las elecciones libres durante doscientos años (excepto para la mitad del pueblo, las mujeres) la participación política pasa por altibajos. No se vota mucho en los Estados Unidos (49% en las elecciones presidenciales de 1996; 54% en las de 1992; 51% en las de 1984; 68% en las de 1968), pero las tasas de participación suelen ser elevadas (entre el 65% y el 80%) en Francia, Italia, España, Alemania y la mayoría de los países europeos (véase el cuadro 6.4). No obstante, los europeos no confían en sus políticos más que los estadounidenses [84]. Parecería que el individualismo, más que la desafección política, explica la excepcionalidad estadounidense [85].

Existen, sin embargo, claras expresiones de un alejamiento de la política creciente en todo el mundo, a medida que la gente observa la incapacidad del estado para resolver sus problemas y experimenta el instrumentalismo cínico de los políticos profesionales. Una de estas

[82] Citado por Balz y Brownstein, 1996, pág. 28.
[83] Citado por Navarro, 1995, pág. 55.
[84] *Eurobarometer* (varios años).
[85] Lipset, 1996.

CUADRO 6.4 Número de votantes en las elecciones a la cámara baja del parlamento: cifras recientes comparadas con las tasas de las décadas de 1970 y 1980 (%)

	Décadas 1970-1980		
	Porcentaje medio de votantes	*Rango de votantes*	*Década 1990 (unas elecciones)*
Alemania	88,6	84,3-91,1	79,1 (1994)
Francia (1ª vot.)	76,0	66,2-83,2	68,9 (1993)
España	73,9	70,6-77,0	77,3 (1993)
Estados Unidos	42,6	33,4-50,9	50,8 (1992) 36,0 (1994)
Italia	91,4	89,0-93,2	86,4 (1992)
Japón	71,2	67.9-74,6	67,3 (1993)
Reino Unido	74,8	72,2-78,9	75,8 (1992)

Fuentes: Para las décadas de 1970 y 1980, *The International Almanac of Electoral History*, 3ª ed. rev., Thomas T. Mackie y Richard Rose, Washington, DC, Macmillan Press, 1991; para las elecciones recientes, *The Statesman's Yearbook, 1994-1995 y 1995-1996*, Brian Hunter, ed., Nueva York, St Mantin's Press, 1994, 1995; Estados Unidos, *Vital Statistics on American Politics*, 4ª ed., Harold W. Stanley y Richard G. Niemi, Washington, DC, CQ Press, 1994.
Compilado por Sandra Moog.

expresiones es el creciente apoyo que recibe una variedad de fuerzas de «tercer partido» y de partidos regionales, ya que, en la mayoría de los sistemas políticos, la confrontación final para tomar el poder ejecutivo nacional tiene lugar entre dos candidatos que representan dos coaliciones amplias. Así pues, votar por una tercera vía se convierte en un voto de protesta contra el sistema político general y quizás en un intento de construir una alternativa diferente, a menudo de base local o regional. Sandra Moog y yo hemos elaborado un índice de voto para los partidos mayoritarios de algunas democracias importantes de continentes diferentes, midiendo su evolución en varios momentos durante las décadas de los ochenta y los noventa [86]. Como se muestra en la figura 6.4, la tendencia general parece confirmar la proporción decreciente del voto para los partidos mayoritarios a lo largo del tiempo. Sin embargo, hay algunas inflexiones de la tendencia cuando algún partido logra movilizar a su electorado, como lo hizo el Partido Popular en España en las elecciones de 1996. Los ritmos políticos específicos introducen variaciones en la tendencia general. No obstante, en conjunto, la tendencia pronosticada parece surgir claramente. Aunque la mayoría de los votantes siguen orientados hacia el voto útil —esto es, apoyar a los candidatos con una

[86] Para fuentes, definiciones y métodos de cálculo, véase el apéndice metodológico.

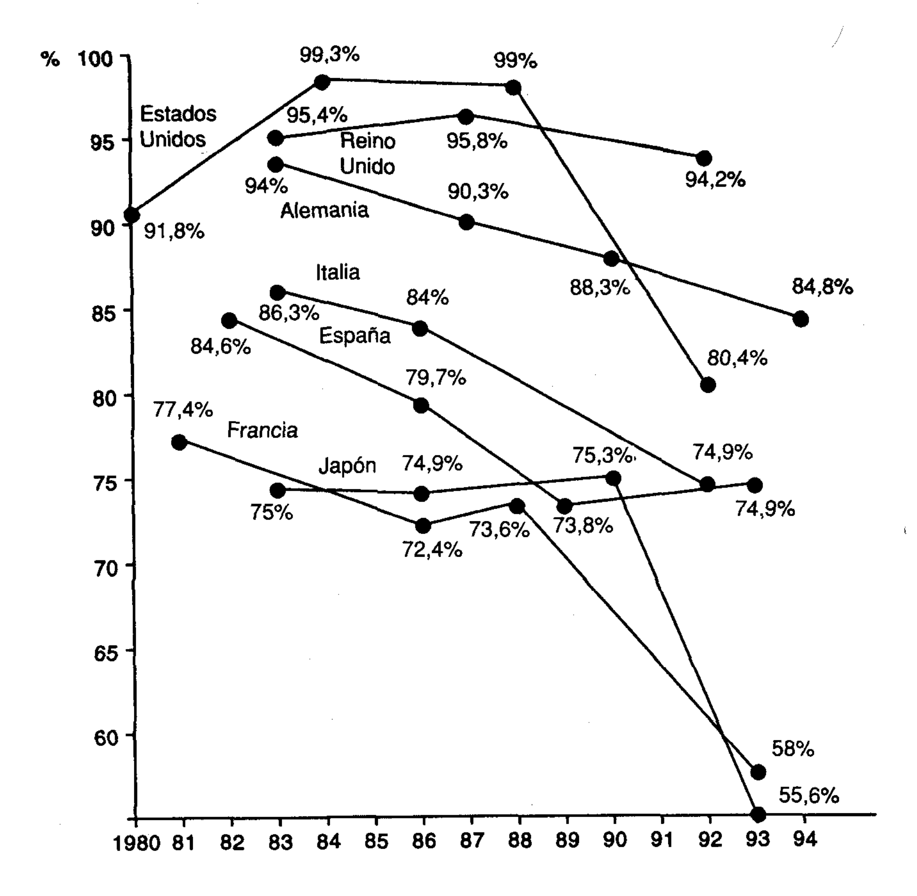


FIGURA 6.4 Grado de apoyo a los partidos mayoritarios en las elecciones nacionales, 1980-1994 (las cifras de los Estados Unidos son las de las elecciones presidenciales; el resto son los resultados de la cámara baja del parlamento).

Fuente: véase el apéndice metodológico para cifras y fuentes; compilado y elaborado por Sandra Moog.

posibilidad real de ser elegidos—, la erosión de su apoyo afecta a la propia capacidad de predecir las posibilidades electorales, con lo que se refuerza la crisis de credibilidad de las principales coaliciones y se acaba precipitando su desaparición, como sucedió en la política italiana (democristianos, socialistas) y en la estadounidense (el Congreso demócrata) en 1994. Sin embargo, Zaller y Hunt, en su excelente análisis de la campaña presidencial de Ross Perot durante 1992, advierten de los límites de la política del «tercer partido». Según escriben:

Incluso en una democracia de masas como la de Estados Unidos, ser un gran comunicador no es suficiente para obtener el puesto más elevado de la nación. Además es necesario ser aceptado por los poderes existentes. El sistema estadounidense de elegir presidentes, a pesar de la volatilidad inherente a un proceso de nominación que otorga la autoridad final a masas de votantes volátiles y a menudo desentendidas de la política, sigue siendo una fuerza institucional poderosa, capaz de obligar a los candidatos a pasar por ella en lugar de rodearla[87].

La pregunta es: ¿hasta cuando? ¿Cuánta distancia, y cuánto tiempo, puede mantenerse entre el anhelo del electorado de opciones políticas alternativas y su formulación por las instituciones de la política mayoritaria, en una situación en la que la política mediática puede lanzar (y extinguir) nuevas estrellas en cuestión de horas?

No obstante, por ahora, la mayoría de la gente de la mayor parte de los países sigue constreñida en sus elecciones por el peso de las instituciones, las maquinarias políticas y las tradiciones políticas. En estas circunstancias, un indicador adicional de desafección política al sistema de partidos tradicional es la volatilidad del electorado en todo el mundo, que hace caer partidos gobernantes y acelera el tempo de la alternancia política. Tan sólo en cinco años, en 1992-1997, los votantes cambiaron de los republicanos a los demócratas en las elecciones presidenciales estadounidenses de 1992, de los demócratas a los republicanos en las elecciones al Congreso de 1994, y de nuevo a Clinton (después de que pusiera de relieve su imagen de «nuevo demócrata») en 1996 (pero no volvieron a los demócratas en el Congreso); de los socialistas a los conservadores en las presidenciales francesas; de los socialistas a los conservadores y de vuelta a los socialistas en las legislativas francesas; del centro a la derecha, luego al centro-izquierda en Italia; de los socialistas+nacionalistas a los conservadores+nacionalistas en España; de los conservadores a una coalición múltiple, luego a los conservadores en un gobierno en minoría en Japón; de los socialistas a los conservadores y de nuevo a los socialistas el Grecia; de nada a Fernando Henrique Cardoso en Brasil; de los demócratas a los comunistas en las elecciones parlamentarias de Rusia, luego otra vez a Yeltsin en las elecciones presidenciales; y de los *tories* a los laboristas en el Reino Unido en 1997. Así pues, la gente, descontenta y descorazonada, cambia de una opción a otra con velocidad creciente, experimentando, en la mayoría de los casos, desengaños sucesivos. Con cada nueva decepción, se deteriora la moral, se consolida el cinismo y se desvanece la esperanza.

Como resultado de las tendencias presentadas, está apareciendo otro rasgo importante: la fragmentación creciente del sistema político. Así, aun cuando las elecciones indias de 1996 marcaron probablemente el fin de una era de dominio del Partido del Congreso, los nacionalistas indios,

---

87 Zaller y Hunt, 1994, pág. 386.

ganadores de las elecciones, no pudieron mantener el gobierno al contar sólo con un tercio de los escaños. En mayo de 1996 se constituyó un «frente unido» heterogéneo para llevar al gobierno a una alianza incierta de partidos de izquierda, partidos regionales y partidos de las castas inferiores, cuyo surgimiento en las elecciones fue la principal razón para la crisis del régimen político. India, cuya estabilidad política democrática era la envidia del mundo en vías de desarrollo, puede que haya entrado en una situación de fragmentación política estructural y de regionalización de la política.

Entre las principales democracias, sólo Alemania parece mantener la estabilidad política en la década de los noventa, pero eso era así antes de que Kohl emprendiera en 1996, bajo las presiones de la competencia global, la reducción del estado de bienestar y la reforma de la cogestión industrial, temas nucleares del consenso político alemán. Es posible que las elecciones de 1998 marquen el fin de Kohl, el padre del euro.

Como consecuencia de estos hechos, en términos generales, no estamos asistiendo a la retirada de la gente de la escena política, sino a la penetración del sistema político por la política simbólica, las movilizaciones por problemas concretos, el localismo, la política de referéndum y, sobre todo, el apoyo específico al liderazgo personalizado. Con los partidos políticos desvaneciéndose, ha llegado el tiempo de los salvadores. Ello introduce una impredecibilidad sistémica. Podría resultar en una regeneración personalizada de la política, como en el caso de Fernando Henrique Cardoso, o quizás con Colin Powell (sería irónico, pero estimulante desde el punto de vista histórico, ver a un afroamericano republicano, hijo de un inmigrante jamaicano, relegitimar la política estadounidense). Pero también podría acabar en una llamarada demagógica que desintegrara las instituciones políticas, pusiera en peligro la estabilidad mundial o lanzara un nuevo asalto a la razón.

Cualquiera que sea el futuro, lo que la observación del presente parece indicar es que, bajo formas diferentes y en los distintos procesos que he abordado en este capítulo y los previos, estamos presenciando la fragmentación del estado, el carácter impredecible del sistema político y la singularización de la política. Puede que siga existiendo libertad política, ya que la gente continuará luchando por ella. Pero la democracia política, tal y como la concibieron las revoluciones liberales del siglo XVIII y se difundió por el mundo en los siglos XIX y XX, se ha convertido en un cascarón vacío. No es que sea una «democracia formal»: la democracia vive de esas mismas «formas», como el el sufragio universal secreto y el respeto a las libertades civiles [88], pero las nuevas condiciones institucionales, culturales y tecnológicas del ejercicio democrático han vuelto obsoleto el sistema de partidos existente y el régimen actual de política competitiva,

---

[88] Katznelson, 1996.

como mecanismos adecuados de representación política en la sociedad red. La gente lo sabe y lo siente, pero también sabe, en su memoria colectiva, lo importante que es evitar que los tiranos ocupen el espacio evanescente de la política democrática. Los ciudadanos aún son ciudadanos, pero dudan de qué ciudad y de quién es la ciudad.

CONCLUSIÓN: ¿RECONSTRUIR LA DEMOCRACIA?

Son éstas sin duda palabras alarmantes. En este punto, resulta tentador aprovechar la oportunidad para ofrecer una disertación sobre mi modelo personal de democracia informacional. No se preocupe. Por razones que presentaré en la conclusión general de este libro (en el volumen III), me he prohibido las prescripciones normativas y la admonición política. Sin embargo, en estricta equidad hacia la esperanza política, concluiré comentado los caminos potenciales de la reconstrucción democrática, *tal y como se manifiestan en la práctica observada de las sociedades a mediados de la década de los noventa*, prescindiendo de mis opiniones personales sobre su bondad. Como, afortunadamente, los embriones de la nueva política democrática son numerosos y diversos a lo largo del mundo, restringiré mi comentario a tres tendencias que considero particularmente importantes para el futuro de la política informacional.

La primera es la recreación del estado local. En muchas sociedades de todo el mundo, la democracia local, por las razones expuestas en el capítulo 5, parece estar floreciendo, al menos en términos relativos a la democracia política nacional. Ello es particularmente cierto cuando los gobiernos regionales y locales colaboran mutuamente y extienden su alcance a la descentralización vecinal y la participación ciudadana. Cuando se suman los medios electrónicos (la comunicación a través del ordenador o las emisoras de radio y televisión locales) para extender la participación y la consulta de los ciudadanos (por ejemplo, en Amsterdam o en la Prefectura de Fukuoka), las nuevas tecnologías contribuyen a aumentar la participación en el gobierno local. Las experiencias de autogestión local, como la desarrollada por la municipalidad de Cuiaba, en el Mato Grosso brasileño, muestran la posibilidad de reconstruir vínculos de representación política para *compartir* (si no controlar) los desafíos de la globalización económica y el carácter impredecible de la política. Existen límites obvios a este localismo, ya que acentúa la fragmentación del estado-nación. Pero, estrictamente por lo que se puede observar, las tendencias más vigorosas de legitimación de la democracia a mediados de la década de los noventa se están dando, en todo el mundo, en el ámbito local [89].

---

[89] Cooke, 1994; Graham, 1995; Ziccardi, 1995; Borja y Castells, 1996.

Una segunda perspectiva que suele discutirse en la literatura[90] y en los medios de comunicación[91] es la oportunidad que ofrece la comunicación electrónica para incrementar la participación política y la comunicación horizontal entre los ciudadanos. En efecto, el acceso a la información por línea telefónica y la comunicación a través del ordenador facilita la difusión y recuperación de información y ofrece posibilidades de interacción y debate en un foro electrónico autónomo, sorteando el control de los medios. Los referendos indicativos sobre una gran variedad de temas pueden proporcionar una útil herramienta cuando se usan con cuidado, sin ceder a la estructura demasiado simplificada de la política de referéndum. Lo que es más importante, los ciudadanos podrían formar, y están formando, sus propias constelaciones políticas e ideológicas, evitando las estructuras políticas establecidas y creando, de este modo, un ámbito político adaptable. Sin embargo, a las perspectivas de una democracia electrónica se le pueden dirigir serias críticas, como ya se está haciendo[92]. Por una parte, si esta forma de política democrática surgiera como un instrumento de debate, representación y decisión importante, sin duda institucionalizaría una forma de «democracia ateniense» tanto nacional como internacionalmente. Es decir, mientras que una elite relativamente pequeña, culta y rica de unos cuantos países y ciudades tendría acceso a una herramienta extraordinaria de información y participación política que mejoraría realmente la ciudadanía, las masas incultas y desconectadas del mundo y del país permanecerían excluidas del nuevo núcleo democrático, como lo estuvieron los esclavos y los bárbaros en los inicios de la democracia en la Grecia clásica. Por otra parte, la volatilidad del medio podría inducir una acentuación de la «política espectáculo», con sus explosiones de modas y mitos, una vez que el poder racionalizador de los partidos y las instituciones fuera sorteado por los flujos de talantes políticos repentinamente convergentes y divergentes. En otras palabras, la política por línea telefónica podría empujar a la individualización de la política y de la sociedad hasta un punto en que la construcción de la integración, el consenso y las instituciones se volviera peligrosamente difícil de alcanzar.

Para explorar este tema, mis alumnos del seminario de doctorado en Sociología de la Sociedad Informacional de Berkeley hicieron un seguimiento en línea de Internet en la primavera de 1996. Los resultados de su análisis revelan algunas tendencias interesantes. Así, Klinenberg y Perrin observaron que, en las primarias republicanas presidenciales de los Estados Unidos de 1996, la utilización de Internet desempeñó un papel importante para difundir información sobre los candidatos (Dole), así como

[90] Ganley, 1991.
[91] *The Economist*, 1995a.
[92] Grupo de Expertos de Alto Nivel, 1996.

para buscar apoyo (Buchanan) y contribuciones (todos los candidatos)[93]. No obstante, los canales de comunicación eran inspeccionados y controlados muy estrechamente, por lo que, en realidad, se convirtieron en un sistema de comunicación de sentido único, más potente y flexible que la televisión, pero no más abierto a la participación ciudadana. Esto podría cambiar en el futuro, pero parece que la lógica de la política informacional restringe la apertura del sistema, ya que los candidatos deben controlar los mensajes de sus redes para que no se les haga responsables de posturas o declaraciones que sean perjudiciales o que no conecten con el electorado. Un control político estricto y la apertura electrónica parecen excluirse mutuamente en el sistema presente. Así pues, mientras los partidos políticos y las campañas organizadas controlen el proceso político, la participación electrónica de los ciudadanos será relegada en la política informacional en lo referente a las elecciones formales y la toma de decisiones.

Por otra parte, Steve Bartz, en el caso del movimiento ecologista, y Matthew Zook, en el de la milicia estadounidense, descubrieron un proceso de obtención de poder de los grupos populares que utilizaban Internet como un instrumento de información, comunicación y organización[94]. Parece que es en el ámbito de la política simbólica y en el desarrollo de las movilizaciones orientadas hacia un tema concreto de grupos e individuos ajenos al sistema político mayoritario, donde la nueva comunicación electrónica puede tener los efectos más espectaculares. Su repercusión sobre la democracia no está clara. Por un lado, permitir que la movilización por problemas concretos se desarrolle al margen de la política formal puede socavar aún más las instituciones de la democracia. Por el otro, si la representación política y la toma de decisiones pudieran encontrar un vínculo con estas nuevas fuentes de participación de los ciudadanos preocupados, sin quedar en manos de una elite entendida en tecnología, podría reconstruirse una nueva clase de sociedad civil, con lo que se permitiría una popularización electrónica de la democracia.

El desarrollo de la política simbólica y de la movilización en torno a causas «no políticas», sea electrónicamente o de otro modo, es la tercera tendencia que puede darse en el proceso de reconstrucción de la democracia en la sociedad red. Las causas humanitarias, como las apoyadas por Amnistía Internacional, Médicos sin Fronteras, Greenpeace, Oxfam, Food First y cientos de miles de grupos activistas y organizaciones no gubernamentales, tanto locales como globales de todo el mundo, son el factor movilizador proactivo más vigoroso en la política informacional[95]. Estas movilizaciones se desarrollan en torno a temas que gozan de un amplio consenso y que no están necesariamente alineados con uno u otro

[93] Klinenberg y Perrin, 1996.
[94] Bartz, 1996; Zook, 1996.
[95] Guehenno, 1993.

partido político. En efecto, en lo referente a su posición oficial, la mayoría de los partidos políticos parecen apoyar la mayor parte de estas causas. Y la mayoría de las organizaciones humanitarias se abstienen de respaldar a un partido político determinado, excepto en temas y momentos específicos. Buena parte de estas movilizaciones se encuentran entre los movimientos sociales y las acciones políticas, ya que se dirigen a los ciudadanos, pidiéndoles que presionen a las instituciones públicas o a las empresas privadas que pueden cambiar las cosas en el tema particular de que se ocupa la movilización. En otros casos sí apelan directamente a la solidaridad de la gente. En definitiva, su horizonte es actuar sobre el proceso político; es decir, influir en la gestión de la sociedad que realizan los representantes de ésta. Pero no utilizan necesariamente y, de hecho, no lo hacen con mucha frecuencia, los canales de representación política y toma de decisiones, por ejemplo, eligiendo sus candidatos para el puesto. Estas formas de movilización política, que podrían definirse como política no partidista, orientada a un tema concreto, parecen obtener cada vez mayor legitimidad en todas las sociedades y condicionar las reglas y resultados de la competición política formal. Relegitiman la preocupación por los asuntos públicos en las mentes y vidas de la gente. Lo hacen introduciendo nuevos procesos políticos y nuevos temas políticos, con lo que contribuyen a la crisis de la democracia liberal clásica, mientras que fomentan la aparición de la democracia informacional, aún por descubrirse.

Conclusión: EL CAMBIO SOCIAL EN LA SOCIEDAD RED

En los albores de la era informacional, una crisis de legitimidad está vaciando de significado y función a las instituciones de la era industrial. Superado por las redes globales de riqueza, poder e información, el estado-nación moderno ha perdido buena parte de su soberanía. Al tratar de intervenir estratégicamente en este escenario global, el estado pierde capacidad de representar a sus electorados, arraigados en un territorio histórico. En un mundo donde el multilateralismo es la regla, la separación entre naciones y estados, entre la política de representación y la política de intervención, desorganiza la unidad contable sobre la que se construyó la democracia liberal y se ejerció en los dos últimos siglos. La privatización de los organismos públicos y el declive del estado de bienestar, aunque alivian a las sociedades de algunas cargas burocráticas, empeoran las condiciones de vida para la mayoría de los ciudadanos, rompen el contrato social entre el capital, el trabajo y el estado, y eliminan buena parte de la red de seguridad social, el sostén del gobierno legítimo para el ciudadano de a pie. Desgarrado por la internacionalización de las finanzas y la producción, incapaz de adaptarse a la interconexión de las empresas y la individualización del trabajo, y cuestionado por la feminización del empleo, el movimiento obrero se desvanece como una fuente importante de cohesión social y representación de los trabajadores. No desaparece, pero se convierte, primordialmente, en un agente político integrado

en el ámbito de las instituciones públicas. Las iglesias mayoritarias, que practican una forma de religión secularizada dependiente tanto del estado como del mercado, pierden mucha de su capacidad de imponer una conducta a cambio de proporcionar consuelo y vender suelo celestial. El reto al patriarcado y la crisis de la familia patriarcal alteran la secuencia de transmisión ordenada de los códigos culturales de generación en generación y sacuden los cimientos de la seguridad personal, obligando a los hombres, las mujeres y los niños a encontrar nuevos modos de vida. Las ideologías políticas que emanan de las instituciones y organizaciones industriales, del liberalismo democrático basado en el estado-nación al socialismo basado en el trabajo, se ven privados de significado real en el nuevo contexto social. Por lo tanto, pierden su atractivo y, para tratar de sobrevivir, se embarcan en una serie de adaptaciones interminables, corriendo detrás de la nueva sociedad enarbolando banderas polvorientas de guerras olvidadas.

Como resultado de estos procesos convergentes, se drenan las *fuentes* de las que denomino en el capítulo 1 *identidades legitimadoras*. Las instituciones y organizaciones de la sociedad civil, que se construyeron en torno al estado democrático y al contrato social entre capital y trabajo, se han convertido, en general, en caparazones vacíos, cada vez menos capaces de relacionarse con las vidas y los valores de la gente en la mayoría de las sociedades. Es, en efecto, una ironía trágica que cuando la mayoría de los países del mundo han logrado finalmente el acceso a las instituciones de la democracia liberal (en mi opinión, la base de toda democracia política), estas instituciones están tan distantes de la estructura y los procesos con importancia real, que aparecen ante la mayoría de la gente como una mueca sarcástica en el nuevo rostro de la historia. En este fin de milenio, el rey y la reina, el estado y la sociedad civil, están ambos desnudos, y sus hijos ciudadanos vagan a través de diversos hogares adoptivos.

La disolución de las identidades compartidas, que equivale a la disolución de la sociedad como sistema social significativo, muy bien pudiera ser el estado de cosas de nuestro tiempo. Nada dice que tengan que surgir nuevas identidades, que nuevos movimientos sociales tengan que recrear la sociedad y que se reconstruirán nuevas instituciones en unos *lendemains qui chantent*. A primera vista, estamos siendo testigos del surgimiento de un mundo hecho exclusivamente de mercados, redes, individuos y organizaciones estratégicas, aparentemente gobernados por modelos de «expectativas racionales» (la nueva e influyente teoría económica), excepto cuando esos «individuos racionales» disparan de repente a su vecino, violan a una pequeña o envenenan el aire del metro con gas nervioso. No hay necesidad de identidades en este nuevo mundo: instintos básicos, impulsos de poder, cálculos estratégicos centrados en uno mismo y, en el nivel macrosocial, «los rasgos claros de una dinámica nómada y bárbara, de un elemento dionisiaco que amenaza con inundar to-

das las fronteras y volver problemáticas las normas políticas-legales y civilizadas internacionales»[1]. Un mundo cuyo contrapunto podría ser, como ya estamos viendo en diversos países, una reafirmación nacionalista por parte de los restos de las estructuras estatales, abandonando toda pretensión de legitimidad y recuperando de la historia el principio del poder por el poder, a veces envuelto en retórica nacionalista. En los paisajes que hemos explorado en los dos primeros volúmenes de este libro, hemos percibido las semillas de una sociedad cuya *Weltanschauung* se dividiría entre la antigua lógica de *Macht* y una nueva lógica de *Selbstanschauung*[2].

Sin embargo, también hemos observado la aparición de vigorosas identidades de resistencia, que se atrincheran en los paraísos comunales y se niegan a ser barridas por los flujos globales y el individualismo radical. Construyen sus comunidades en torno a los valores tradicionales de Dios, patria y familia, y aseguran los cercados de sus campamentos con emblemas étnicos y defensas territoriales. Las identidades de resistencia no se limitan a los valores tradicionales. También pueden construirse en torno a movimientos sociales proactivos, que optan por establecer su autonomía en su resistencia comunal mientras no tengan la fuerza suficiente para llevar a cabo un asalto a las instituciones opresivas a las que se oponen. En general, éste es el caso del movimiento de las mujeres, que construyen su espacio donde surge una nueva conciencia antipatriarcal; y es sin duda el caso de los movimientos de liberación sexual, cuyos espacios de libertad, de los bares a los barrios, son mecanismos esenciales de autorreconocimiento. Incluso el movimiento ecologista, cuyo horizonte último es cosmológico, a menudo comienza en los patios traseros y las comunidades de todo el mundo, protegiendo espacios antes de emprender la conquista del tiempo.

Así pues, las identidades de resistencia son tan decisivas en la sociedad red como lo son los proyectos individualistas que resultan de la disolución de las antiguas identidades legitimadoras que solían constituir la sociedad civil de la era industrial. Sin embargo, estas identidades resisten, apenas se comunican. No se comunican con el estado, excepto para luchar y negociar en nombre de sus intereses/valores específicos. Rara vez se comunican entre sí porque se construyen en torno a principios muy distintos que definen un «dentro» y un «fuera». Y como la lógica comunal es la clave de su supervivencia, no se aceptan las autodefiniciones individuales. Así, por una parte, las elites globales dominantes que habitan el espacio de los flujos tienden a estar formadas por individuos sin identidad («ciudadanos del mundo»); mientras que, por otra parte, la gente que se resiste

---

[1] Panarin, 1994, pág. 37.

[2] *Macht*= Potencia; *Weltanschauung*= visión del mundo centrada en la cultura. *Selbstanschauung* (neologismo propuesto) = visión del mundo centrada en el yo.

a la privación de derechos económicos, culturales y políticos tiende a sentirse atraída hacia la identidad comunal.

Debemos, entonces, añadir otra capa al dinamismo social de la sociedad red. Junto con los aparatos del estado, las redes globales y los individuos centrados en sí mismos, también hay comunidades formadas en torno a la *identidad de resistencia.* Sin embargo, todos estos elementos no se articulan juntos, sus lógicas se excluyen mutuamente y su coexistencia no es probable que sea pacífica.

Por lo tanto, el surgimiento de las *identidades proyecto* (véase el capítulo 1) se convierte en la cuestión clave, capaz en potencia de reconstruir una nueva suerte de sociedad civil y, a la larga, un nuevo estado. A este respecto, no seré prescriptivo ni profético, sino que más bien me extenderé sobre los resultados provisionales de mi observación de los movimientos sociales y los procesos políticos. Mi análisis no excluye la posibilidad de que unos movimientos sociales bastante diferentes a los considerados aquí puedan tener un importante papel en la constitución de la sociedad futura. Pero, a fecha de hoy, fines de 1996, no he detectado sus señales.

Las nuevas *identidades proyecto* no parecen surgir de antiguas identidades de la sociedad civil de la era industrial, sino del desarrollo de las *identidades de resistencia* actuales. Creo que existen razones teóricas, así como argumentos empíricos, para esa trayectoria en la formación de nuevos sujetos históricos. Pero, antes de proponer algunas ideas sobre el tema, he de aclarar cómo las identidades proyecto surgen de las identidades de resistencia que hemos observado.

El hecho de que una comunidad se construya en torno a una identidad de resistencia no significa que probablemente evolucione hacia la construcción de una identidad proyecto. Puede muy bien mantenerse como una comunidad defensiva. O, también, puede convertirse en un grupo de interés y unirse a la lógica de la negociación generalizada, la lógica dominante en la sociedad red. No obstante, en otros casos, las identidades de resistencia pueden generar identidades proyecto, orientadas hacia la transformación de la sociedad en su conjunto, en continuidad con los valores de una resistencia comunal a los intereses globales establecidos por los flujos globales de capital, poder e información.

Las comunidades religiosas pueden convertirse en movimientos fundamentalistas religiosos que pretenden la remoralización de la sociedad, el restablecimiento de los valores eternos y divinos y la reunión de todo el mundo, o al menos de los barrios cercanos, en una comunidad de creyentes, fundando de este modo una nueva sociedad.

La trayectoria del nacionalismo en la era de la información es más indeterminada, según la observación de la experiencia reciente. Por una parte, puede conducir al atrincheramiento en un estado-nación reconstruido, relegitimándolo en nombre de la nación más que del estado. Por

la otra, puede reemplazar al estado-nación moderno afirmando las naciones más allá del estado y construyendo redes multilaterales de instituciones políticas en una geometría variable de soberanía compartida.

La etnicidad, aunque es un ingrediente esencial tanto de la opresión como de la liberación, parece que suele formularse en apoyo de otras identidades comunales (religiosa, nacional, territorial), más que inducir a la resistencia o a nuevos proyectos por sí misma.

La identidad territorial está en las raíces del alza mundial de gobiernos locales y regionales como actores significativos de representación e intervención, más apropiados para adaptarse a la variación interminable de los flujos globales. La reinvención de la ciudad-estado es una característica sobresaliente de esta nueva era de globalización, tal y como ocurrió durante el ascenso de una economía mercantil internacional en el origen de la Edad Moderna.

Las comunas de mujeres y los espacios de libertad de identidad sexual se proyectan en la sociedad en general, socavando el patriarcado y reconstruyendo la familia de un modo nuevo e igualitario que implica la pérdida de género de las instituciones sociales, en oposición al capitalismo patriarcal y al estado patriarcal.

El ecologismo pasa de la defensa del entorno, la salud y el bienestar propios, al proyecto ecológico de integrar humanidad y naturaleza basándose en la identidad sociobiológica de la especie y asumiendo el significado cosmológico de la humanidad.

Estos proyectos de identidad surgen de la resistencia comunal más que de la reconstrucción de las instituciones de la sociedad civil, debido a la crisis de estas instituciones y a la aparición de identidades de resistencia, originadas precisamente en las nuevas características de la sociedad red que socavan las primeras e inducen las últimas. A saber, la globalización, la reestructuración capitalista, la interconexión organizativa, la cultura de la virtualidad real y la primacía de la tecnología por la tecnología, los rasgos clave de la estructura social de la era de la información, son las fuentes mismas de la crisis del estado y de la sociedad civil tal y como estaban constituidos en la era industrial. También son las fuerzas contra las que se organiza la resistencia comunal, con nuevos proyectos de identidad surgiendo potencialmente en torno a esas resistencias. La resistencia y los proyectos contradicen la lógica dominante de la sociedad red, emprendiendo luchas defensivas y ofensivas en torno a los tres ámbitos fundacionales de esta nueva estructura social: espacio, tiempo y tecnología.

Las comunidades de resistencia defienden su espacio, sus lugares, contra la lógica sin lugares del espacio de los flujos que caracteriza el dominio social en la era de la información (volumen I, capítulo 6). Reclaman su memoria histórica y afirman la permanencia de sus valores contra la disolución de la historia en el tiempo atemporal y la celebración de lo efímero en la cultura de la virtualidad real (volumen I, capítulo 7). Utilizan

la tecnología de la información para la comunicación horizontal de la gente y la plegaria comunal, mientras que rechazan la nueva idolatría de la tecnología y conservan los valores trascendentales contra la lógica deconstructora de las redes informáticas autorreguladoras.

Los ecologistas afirman el control de los usos del espacio en nombre tanto de la gente como de la naturaleza contra la lógica antinatural y abstracta del espacio de los flujos. Proponen la visión cosmológica del tiempo glacial, integrando a la especie humana en su entorno evolutivo, y rechazan la aniquilación del tiempo por la pérdida de las secuencias, lógica inserta en el tiempo atemporal (volumen I, capítulo 7). Y apoyan el uso de la ciencia y la tecnología para la vida, mientras que se oponen al dominio de la vida por la ciencia y la tecnología.

Las feministas y los movimientos de identidad sexual afirman el control de sus espacios más inmediatos, sus cuerpos, sobre la desencarnación del espacio de los flujos, influido por el patriarcado, donde las imágenes reconstruidas de la mujer y los fetiches de la sexualidad disuelven su humanidad y niegan su identidad. También luchan por el control de su tiempo, ya que la lógica atemporal de la sociedad red amontona papeles y funciones sobre las mujeres, sin adaptar sus nuevas vidas a una nueva medida del tiempo; de tal modo que el horario alienado se convierte en la expresión más concreta de las tareas de una mujer liberada en una organización social no liberada. Los movimientos de mujeres y de identidad sexual también pretenden utilizar la tecnología para mejorar sus derechos (por ejemplo, sus derechos reproductivos y el derecho a controlar sus cuerpos) contra los usos patriarcales de la ciencia y la tecnología, expresados en la sumisión de la mujer a los rituales y prejuicios médicos arbitrarios, o en la falta temporal de voluntad de algunas instituciones científicas para combatir el sida mientras se consideró que era una enfermedad homosexual. En el momento en que la humanidad alcanza la frontera tecnológica del control social sobre la reproducción biológica de la especie, se libra una batalla fundamental entre los cuerpos como identidades autónomas y los cuerpos como artefactos sociales. Por ello, la política de la identidad comienza con nuestros cuerpos.

Así pues, la lógica dominante en la sociedad red provoca sus propios desafíos en la forma de identidades de resistencia comunales y de identidades proyecto que surgen potencialmente de esos espacios, *en condiciones y mediante procesos que son específicos de cada contexto institucional y cultural.* La dinámica contradictoria resultante se encuentra en el centro del proceso histórico mediante el cual se está constituyendo una nueva estructura social y la carne y hueso de nuestras sociedades. ¿Dónde está el poder en esta estructura social? ¿Y qué es el poder en estas condiciones?

El poder, como se sostuvo y mostró en cierta extensión en este volumen y en el primero de este libro, ya no se concentra en las instituciones (el estado), las organizaciones (empresas capitalistas) o los controladores

simbólicos (empresas mediáticas, iglesias). Se difunde en redes globales de riqueza, poder, información e imágenes, que circulan y se transmutan en un sistema de geometría variable y geografía desmaterializada. Pero no desaparece. *El poder sigue rigiendo la sociedad; todavía nos da forma y nos domina.* No sólo porque los aparatos de distintos tipos aún pueden disciplinar los cuerpos y silenciar las mentes. Esta forma de poder es eterna y, al mismo tiempo, se está desvaneciendo. Es eterna porque los humanos somos, y seremos, predadores. Pero, en su forma actual de existencia, se está desvaneciendo: el ejercicio de este tipo de poder es cada vez menos efectivo para los intereses que pretende servir. Los estados pueden disparar, pero puesto que el perfil de sus enemigos y el paradero de sus contendientes son cada vez menos claros, tienden a hacerlo al azar, con la probabilidad de dispararse ellos mismos.

El nuevo poder reside en los códigos de información y en las imágenes de representación en torno a los cuales las sociedades organizan sus instituciones y la gente construye sus vidas y decide su conducta. La sede de este poder es la mente de la gente. Por ello, en la era de la información, el poder es al mismo tiempo identificable y difuso. Sabemos lo que es, pero no podemos hacernos con él porque es una función de una batalla interminable en torno a los códigos culturales de la sociedad. Quien gane la batalla de la mente de la gente gobernará, porque los aparatos rígidos y potentes no serán un rival, en un espacio de tiempo razonable, para las mentes movilizadas en torno al poder de redes alternativas y flexibles. Pero puede que las victorias sean efímeras, ya que la turbulencia de los flujos de información mantendrá a los códigos en un torbellino constante. Por este motivo son tan importantes las identidades y, en definitiva, tan poderosas en esta estructura de poder en cambio constante, porque construyen intereses, valores y proyectos en torno a la experiencia y se niegan a disolverse, estableciendo una conexión específica entre naturaleza, historia, geografía y cultura. Las identidades fijan el poder en algunas zonas de la estructura social y desde allí organizan su resistencia o sus ofensivas en la lucha informacional sobre los códigos culturales que construyen la conducta y, de este modo, las nuevas instituciones.

En estas condiciones, ¿quiénes son los sujetos de la era de la información? Ya conocemos, o al menos así lo sugiero, las fuentes de las que probablemente surgen. También añadiría que creo que conocemos de dónde no es probable que se desarrollen. Por ejemplo, el movimiento obrero parece estar superado en la historia. No es que vaya a desaparecer por completo (aunque se está debilitando en buena parte del mundo) o que haya perdido toda su importancia. De hecho, los sindicatos son actores políticos influyentes en muchos países. Y en muchos casos son la principal herramienta, o la única, de los trabajadores para defenderse de los abusos del capital y el estado. Pero debido a los rasgos estructurales y los procesos históricos que he tratado de transmitir en los dos primeros volúmenes

de este libro, el movimiento obrero no parece adecuado para generar, por sí mismo y a partir de él, una identidad proyecto capaz de reconstruir el control social y las instituciones sociales en la era de la información. Los militantes sindicales serán sin duda parte de la nueva dinámica social transformadora. Estoy menos seguro de que los sindicatos vayan a serlo.

Los partidos políticos también han agotado su potencial como agentes autónomos de cambio social, atrapados en la lógica de la política informacional y cuando su principal plataforma, las instituciones del estado-nación, han perdido gran parte de su importancia. Sin embargo, siguen siendo instrumentos esenciales para procesar las demandas de la sociedad, encabezadas por los movimientos sociales, en el ámbito de la política nacional, internacional y supranacional. En efecto, aunque los movimientos sociales son los que tendrán que proveer los nuevos códigos bajo los cuales puedan repensarse las sociedades y restablecerse partidos políticos de algún tipo (quizás en nuevas encarnaciones informacionales), los partidos siguen siendo entidades cruciales para institucionalizar la transformación social. Son negociadores influyentes más que innovadores poderosos.

Así pues, los movimientos sociales que surgen de la resistencia comunal a la globalización, la reestructuración capitalista, la organización en red, el informacionalismo incontrolado y el patriarcado —esto es, hasta el momento, ecologistas, feministas, fundamentalistas religiosos, nacionalistas y localistas— son los sujetos potenciales de la era de la información. ¿De qué forma se expresan? Aquí mi análisis es necesariamente más especulativo, aunque me siento obligado a sugerir algunas hipótesis, basadas lo más posible en las observaciones presentadas en este volumen.

Las entidades que expresan proyectos de identidad orientados a cambiar los códigos culturales deben ser movilizadoras de símbolos. Han de actuar sobre la cultura de la virtualidad real que encuadra la comunicación en la sociedad red, subvirtiéndola en nombre de valores alternativos e introduciendo códigos que surgen de proyectos de identidad autónomos. He observado dos clases principales de estas entidades potenciales. A la primera la denominaré *los profetas*. Son personalidades simbólicas cuyo papel no es el de los dirigentes carismáticos o el de los estrategas sagaces, sino el de dar un rostro (o una máscara) a una sublevación simbólica, de tal modo que hablen en nombre de los insurgentes. Así, los rebeldes sin voz la adquieren y su identidad puede entrar en el ámbito de las luchas simbólicas y tener posibilidad de lograr el poder, en la mente de la gente. Por supuesto, éste es el caso del Subcomandante Marcos, dirigente de los zapatistas mexicanos. Pero también del compadre Palenque de La Paz-El Alto. O de Asahara, el gurú del culto asesino japonés. O, para destacar la diversidad de expresión de esos oráculos potenciales, el caso del dirigente nacionalista catalán Jordi Pujol, cuya moderación, racionalidad e ingenio estratégico oculta a menudo su determinación paciente de

insertar a Cataluña como una nación entre las otras naciones europeas, hablando en su nombre y reconstruyendo su identidad carolingia. Puede ser la voz de un nuevo y original tipo de nacionalismo sin estado en la Europa informacional. En otro ejemplo diferente, la conciencia ecológica suele ser representada por cantantes de rock populares, como Sting en su campaña por salvar la Amazonia. Una clase diferente de profeta podría ser el neoludita Unabomber en los Estados Unidos, vinculando la tradición anarquista con la defensa violenta de la naturaleza esencial contra los males de la tecnología. En los movimientos fundamentalistas islámicos o cristianos, diversos líderes religiosos (no daré nombres) asumen un papel dirigente similar, al interpretar los textos sagrados para exponer la verdad de Dios con la esperanza de que alcance y conmueva las mentes y las almas de los futuros creyentes. Los movimientos de los derechos humanos también suelen depender de la actuación de personalidades simbólicas inflexibles, como es el caso de la tradición de los disidentes rusos, representados en la historia por Sájarov y ejemplificados en la década de los noventa por Sergéi Kovalov. He optado de forma deliberada por mezclar los géneros en mis ejemplos para indicar que hay «buenos» y «malos» profetas según las preferencias individuales, incluida la mía. Pero todos ellos son profetas en el sentido de que señalan el camino, afirman los valores y actúan como emisores de símbolos, convirtiéndose a su vez en símbolos, de tal modo que el mensaje es inseparable del mensajero. Las transiciones históricas, a menudo operadas en medio de instituciones que se desmoronan y de formas políticas exhaustas, siempre han sido el tiempo de los profetas. Y debe serlo aún más en la transición a la era de la información, es decir, a una estructura social organizada en torno a los flujos de información y la manipulación de símbolos.

Sin embargo, la segunda y *principal* entidad detectada en nuestro viaje por las tierras habitadas por los movimientos sociales es una *forma de organización e intervención interconectada y descentralizada, característica de los nuevos movimientos sociales*, que refleja y contrarresta la lógica interconectada de dominio de la sociedad informacional. Éste es claramente el caso del movimiento ecologista, construido en torno a redes nacionales e internacionales de actividad descentralizada. Pero también he mostrado que es el caso entre los movimientos de mujeres, los movimientos rebeldes contra el orden global y los movimientos fundamentalistas religiosos. Estas redes hacen algo más que organizar la actividad y compartir la información. *Son los productores y distribuidores reales de códigos culturales*. No sólo en la Red, sino en sus múltiples formas de intercambio e interacción. Su repercusión en la sociedad raramente proviene de una estrategia concertada, manipulada por un centro. Sus campañas de mayor éxito, sus iniciativas más llamativas, suelen resultar de «turbulencias» en la red interactiva de comunicación de múltiples capas, como en la producción de una «cultura verde» por parte de un foro universal en el

que se unen las experiencias de conservar la naturaleza y sobrevivir al capitalismo al mismo tiempo. O en la desaparición del patriarcado como resultado del intercambio de las experiencias de las mujeres en los grupos de mujeres, las revistas de mujeres, las librerías de mujeres, las películas de mujeres, las clínicas de mujeres y las redes de apoyo de mujeres para criar a los hijos. Es este carácter descentralizado y sutil de las redes de cambio social el que hace tan difícil percibir e identificar los nuevos proyectos de identidad que están en camino. Como nuestra visión histórica está tan acostumbrada a los batallones ordenados, las banderas al viento y las proclamas de cambio social que siguen un guión, nos sentimos perdidos cuando nos enfrentamos a la sutil penetración de los cambios incrementales de símbolos procesados a través de redes multiformes, fuera de las sedes del poder. En estos callejones traseros de la sociedad, ya sea en redes electrónicas alternativas o en redes populares de resistencia comunal, es donde he percibido los embriones de una nueva sociedad, labrados en los campos de la historia por el poder de la identidad.

Continuará.

APÉNDICE METODOLÓGICO

APÉNDICE PARA LOS CUADROS 5.1 Y 5.2

Los ratios y tipos de cambio de los cuadros 5.1 y 5.2 se calcularon utilizando datos provenientes de varias fuentes estadísticas diferentes. Los cuadros que siguen se han organizado para mostrar las cifras reales utilizadas en los cálculos, así como los ratios y tipos de cambio que se calcularon utilizando esos datos. En las filas en las que se presentan los datos originales, se han indicado las fuentes en la columna del extremo derecho, utilizando las abreviaturas siguientes:

GFSY	=	*Government Finance Statistics Yearbook*, vol. 18, Washington DC, FMI, 1994.
IFSY	=	*International Financial Statistics Yearbook*, vol. 48, Washington DC, FMI, 1995.
EWY	=	*The Europa World Yearbook*, Londres, Europa Publications, 1982, 1985, 1995.
OECDNA	=	*National Accounts: Detailed Tables, 1980-1992*, vol. 2, París, OCDE, 1994.
WT	=	*World Tables, 1994*, Banco Mundial, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.

Los cuadros se han dispuesto en orden alfabético por países. Para cada país, el cuadro 5.1A proporciona los datos, los cálculos y las fuentes para el cuadro 5.1, mientras que el cuadro 5.2A proporciona información para el cuadro 5.2.

A continuación se presenta una lista de definiciones y explicaciones de nuestros cálculos. En los apéndices de los materiales utilizados como fuentes, pueden encontrarse las definiciones completas de todas las categorías incluidas en estos cuadros y las descripciones de las fuentes de datos originales y los métodos de cálculo.

Tipos de cambio	=	medias del periodo de los tipos de cambio de mercado y de los tipos de cambio oficiales.
Reservas de divisas	=	reservas que no sean de oro según la valoración nacional.
Exportaciones	=	exportaciones de mercancía, franco a bordo.
Deuda externa	=	distinguida de la deuda interna según la residencia del prestamista cuando es posible y, si no, según la divisa en la que se denominan los instrumentos de la deuda.
Inversión interna	=	calculada multiplicando las cifras de cada país del cuadro mundial de «Inversión como porcentaje del PIB» del IFSY por la del PIB del país. La inversión comprende la formación bruta de capital fijo y el aumento de los stocks.

Una (p) después de una cifra indica que es preliminar.
Una (f) indica una cifra final.
Un * indica que hay un cambio en los métodos de cálculo en relación con las figuras de los años previos.

Los cuadros 5.1 y 5.2, y estos apéndices han sido compilados y elaborados por Sandra Moog.

Alemania: CUADRO 5.1A: Internacionalización de la economía y de las finanzas públicas (en miles de millones de marcos alemanes, a menos que se indique lo contrario).

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1993(%)*	*Fuente*
Tipo de cambio medio (marco por dólar)	1,8177	1,6595	1,5617	1,6533	1,6228		IFSY'95
PIB (ma)	1.470,0	2.647,6	2.813,0	2.853,7	2.977,7		IFSY'95
(1990 ma)	(1.942,4)	(2.548,6)	(2.593,5)	(2.549,5)	2.608,3)		IFSY'95
Deuda ext. gob.	38,05	243,21	311,73*	472,87(p)			IFSY'95
Deuda ext. gob./PIB(%)	2,6	9,2	28,5	16,6		538,5	
Crédito neto ext. gob.	20,84	45,05	68,52*	161,14(p)			
Reservas de div. totales menos oro (en mill. dólares)	48,592	63,001	90,967	77,640	77,363		IFSY'95
Reservas de div. totales menos oro (en miles de mill. de ma)	88,33	104,55	121,25	128,36	125,54		
Deuda ext. gob. en divisas/reservas de divisas(%)	43,1	232,6	257,1	368,4		325,3(p)	
Exportaciones	350,33	665,81	658,47	628,39	677,81		IFSY'95
Deuda ext. gob./exportaciones (%)	10,9	36,5	47,3	75,3		590,8	
Gastos gob.	447,54	860,74	1.022,95*	1.062,38(p)			IFSY'95
Deuda ext. gob./gastos gob. (%)	8,5	28,3	30,5	44,5		423,5(p)	

Gastos gob. crédito neto ext.(%)	4,7	5,2	6,7	15,2		223,4	
Inversión interna (form. bruta de capital fijo + aumentos stocks)	367,73	680,43	706,06	684,89	738,47		IFSY'95
Inversión directa en el extranjero (en miles de m. de dólares)	4,7	23,72	19,67	14,48	14,65		IFSY'95
Inversión directa en el extranjero (en miles de mill. de ma)	8,54	39,36	30,72	23,94	23,77		
Inversión directa en el extranjero/ inversión int. (%)	2,3	5,8	4,4	3,5	3,2	52,2	
Afluencia de inv. extranj. directa (en miles de m. de dólares)	0,33	4,07	2,44	0,32	-3,02		IFSY'95
Afluencia de inv. extr. dir.(en miles de mill. de ma)	0,60	6,75	3,81	0,53	–4,90		
Afluencia de inv. extranj. directa/ inversión interna (%)	0,2	1,0	0,5	0,1	–0,7	–50,0	

Alemania: Cuadro 5.2A: Papel del gobierno en la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de marcos alemanes, a menos que se indique lo contrario).

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1992(%)*	*Fuente*
PIB	1.470,9	2.647,6	2.813,0	2.853,7	2.977,7		ISFY'95
Gastos gob.	447,54	860,74	1.022,95*	1.062,38(p)			ISFY'95
Gastos gob. PIB(%)	30,4	32,5	36,4	37,2(p)		19,7	
Ingresos fiscales pres. gob. central)	177,54	351,74	378,82(p)*				GFSY'90,94
Ingresos fiscales PIB(%)	12,1	13,3	13,5(p)			11,6(p)	
Déficit pres. gob.	–26,91	–62,29	–73,10*	–75,56(p)			IFSY'95
Déficit pres. gob./ PIB(%)	1,8	2,3	2,6	2,6		44,4	
Deuda gob.	235,77	680,81	801,57	902,52(p)			IFSY'95
Deuda gob (%) PIB	16,0	25,7	28,5	31,6		78,1	
Empleo gob. (empleados en miles)	3.929	4.307	4.340				OECDNA'92
Empleo total	23.818	26.183	26.432				OECDNA'92

Empleo gob./ empleo total(%)	16,5	16,5	16,4			–0,6	
Consumo gob.	298,0	466,5	502,9	508,5	520,2		IFSY'95
Consumo priv.	837,0	1.448,8	1.536,3	1.588,9	1.644,5		IFSY'95
Consumo gob./ consumo privado(%)	35,6	32,2	32,7	32,0	31,6	–8,1	
Gastos capital gob.	101.52	175,92	197,72	199,51			EWY'84,95
Formación bruta capital fijo	337,98	652,07	709,22	705,71			EWY'85,95
Gastos capital gob./ formación bruta capital fijo(%)	30,0	27,0	27,9	28,3		–7,0	

España: Cuadro 5.1A Internacionalización de la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de pesetas a menos que se indique lo contrario)

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1993(%)*	*Fuente*
Tipo de cambio medio (pesetas por dólar)	71,70	103,91	102,38	127,26	133,96		IFSY'95
PIB (pts.) (1990 pts.)	15.168 (37.305)	54.901 (51.269)	59.002 (51.625)	60.904 (51.054)	64.673 (52.064)		IFSY'95
Deuda ext. gob.	133,6	2.968,8	3.259,9	6.364,6	5.893,0		IFSY'95
Deuda ext. gob./ PIB(%)	0,9	5,4	5,5	10,5	9,1	1.066,7	
Crédito neto ext. gob.		1.775,0	124,2	2.712,9	462,4		
Reservas de divisas totales menos oro (en millones de dól.)	11.863	65.822	45.504	41.045	41.569		IFSY'95
Reservas de divisas totales menos oro (en miles de m. pts.)	850,60	6.839,56	4.658,70	5.233,39	5.568,58		
Deuda ext. gob./ reservas div.(%)	15,7	43,4	70,0	121,6	105,8	674,5	
Exportaciones	1.493,2	6.225,7	6.605,7	7.982,3	9.795,2		IFSY'95
Deuda ext. gob./ exportaciones(%)	8,9	47,7	49,3	79,7	60,2	795,5	
Gastos gob.	2.522,7	13.102,1	14.835,5	17.503,0	17.034,0		IFSY'95

Deuda ext. gob./ gastos gob. (%)	5,3	22,7	22,0	36,4	34,6	586,8	
Crédito ext. neto gob./ gastos gob. (%)		13,5	0,9	15,5	2,7		
Inversión interna (formación bruta capital fijo + aumentos stocks)	3.518,98	13.505,65	13.393,45	12,119,90	12,740,85		IFSY'95
Inversión directa en el extranjero (en millones de dólares)	311	4.442	2.192	2.652	4.170		IFSY'95
Inversión directa en el *extranjero (en miles* de mill. de ptas.)	22,30	461,57	224,42	337,49	558,61		
Inversión directa en el extranjero/inversión interna(%)	0,6	3,4	1,7	2,8	4,4	183,3	
Afluencia de inversión extranjera directa *(en millones de dól.)*	1.493	12.493	13.276	8.144	9.700		IFSY'95
Afluencia de inversión extranjera directa (en miles de m.de pts.)	107,05	1.298,15	1.359,20	1.306,41	1.299,41		
Afluencia de inversión extranjera directa/ inversión interna(%)	3,0	9,6	10,1	8,6	10,2	236,7	

España: CUADRO 5.2A: Papel del gobierno en la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de pesetas a menos que se indique lo contrario).

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1992(%)*	*Fuente*
PIB	15.168	54.901	59.002	60.904	64.673		IFSY'95
Gastos gob.	2.552,7	13.102,1	14.835,5	17.503,0	17.034,0		IFSY'95
Gastos gob. PIB(%)	16,8	23,9	25,1	28,7	26,3	49,4	
Ingresos fiscales (pres. gob. central)	1.602,4	9.530,6					GFSY'90,94
Ingresos fiscales PIB(%)	10,6	17,4				64,2(1991)	
Déficit presupuestario gob.	–555,8	–1.758,0	–2.523,5	–4.221,4	–4.943,9		IFSY'95
Déficit presupuestario gob./PIB(%)	3,7	3,2	4,3	6,9	7,6	16,2	
Deuda gob.	2.316,7	20.837,3	23.552,7	28.708,9	34.448,0		IFSY'95
Deuda gob. PIB (%)	15,3	38,0	39,9	47,1	53,3	160,8	
Empleo gob. OECDNA'92 (empleados en miles)		2.041	2.084				

Empleo total		9.789	9.616				OECDNA'92
Empleo gob./ empleo total (%)		20,8	21,7				
Consumo privado	9.992	34.244	37.220	38.511	40.854		IFSY'95
Consumo gob.	2.008	8.882	10.027	10.669	10.992		IFSY'95
Consumo gob./ consumo privado (%)	20,1	25,9	26,9	27,7	26,9	33,8	
Formación bruta de capital fijo	3.368	13.041	12.859	12.040	12.709		IFY'95

Estados Unidos: CUADRO 5.1A: Internacionalización de la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de dólares, a menos que se indique lo contrario.

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1993(%)*	*Fuente*
PIB (dólares) (1990 dólares)	2.708,1 (4.275,6)	5.722,9 (5.458,3)	6.020,2 (5.673,5)	6.343,3 (5.813,2)	6.738,4 (6.050,4)		IFSY'95
Deuda externa gob.	129,7	491,7	549,7	622,6			IFSY'95
Deuda externa gob./ PIB (%)	4,8	8,6	9,1	9,8		104,2	
Crédito neto ext. gob.	0,2	68,8	57,6	91,4			IFSY'95
Reservas de divisas totales menos oro	15,60	66,66	60,27	62,35	63,28		IFSY'95
Deuda externa gob./ reservas de divisas(%)	831,4	737,6	912,1	998,6		20,1	
Exportaciones	225,57	421,73	448,16	464,77	512,52		IFSY,95
Deuda externa gob./ exportaciones (%)	57,5	116,6	122,7	134,0		133,0	
Gastos gob.	596,6	1.429,1	1.445,1	1.492,4			IFSY'95
Deuda externa gob./ gastos gob. (%)	21,7	34,4	38,0	41,7		92,2	
Crédito ext. neto gob./ gastos gob.	0,03	4,8	4,0	6,12		203,0	

Inversión interna (formación bruta de capital fijo + aumentos de stocks)	541,62	875,60	939,15	1.052,99	1.246,60		IFSY'95
Inversión directa en el extranjero	19,23	31,30	41,01	57,87	58,44		IFSY'95
Inversión directa en el extranjero/ inversión interna (%)	3,6	3,6	4,4	5,5	4,7	52,8	
Afluencia de inversión extranjera directa	16,93	26,09	9,89	21,37	60,07		IFSY'95
Afluencia inversión extranjera directa/ inversión interna	3,1	3,0	1,1	2,0	4,8	–35,5	

Estados Unidos: CUADRO 5.2A: Papel del gobierno en la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de dólares a menos que se indique no contrario).

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1992(%)*	*Fuente*
PIB	2.708,1	5.722,9	6.020,2	6.343,3	6.738,4		IFSY'95
Gastos gob.	596,6	1.429,1	1.445,1	1.492,4			IFSY'95
Gastos gob. PIB (%)	22,0	25,0	24,0	23,5		9,1	
Ingresos fiscales (pres. gob. central)	346,83	635,54	651,00	706,79			GFSY'88, '94
Ingresos fiscales PIB (%)	12,8	11,1	10,8	11,1		–15,6	
Déficit presup. gob.	–76,2	–272,5	–289,3	–254,1			IFSY'95
Déficit presup. gob./ PIB (%)	2,8	4,8	4,0			42,9	
Deuda gob.	737,7	2.845,0	3.142,4	3.391,9			IFSY'95
Deuda gob./ PIB (%)	27,2	49,7	52,2	53,5		91,9	
Empleo gob. (empleados en miles)	14.890	16.893	16.799				OECDNA'95
Empleo total	87.401	103.499	103.637				OECDNA'92

Empleo gob./ empleo total (%)	17,0	16,3	16,2			–4,7	
Consumo e inversión gob.	507,1	1.099,3	1.125,3	1.148,4	1.175,3		IFSY'95
Consumo privado	1.748,1	3.906,4	4.136,9	4.378,2	4.628,4		IFSY'95
Consumo gob./ consumo privado (%)	29,0	28,1	27,2	26,2	25,4	–6,9	
Formación capital gob.	72,7	139,6	150,6	155,1	160,8		IFSY'95
Formación bruta de capital fijo	549,8	876,5	938,9	1.037,1	1.193,7		IFSY'95
Formación capital gob./ formación bruta de capital fijo (%)	13,2	15,9	16,0	15,0	13,5	21,2	

India: CUADRO 5.1A: Internacionalización de la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de rupias a menos que se indique lo contrario).

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1993(%)*	*Fuente*
Tipo de cambio medio (rupias por dólar)	8,659	22,724	25,918	30,493	31,374		IFSY'95
PIB (rupias) (rupias 1990)	1.360,1 (3.031,6)	6.160,6 (5.381,3)	7.028,3 (5.629,1)	7.863,6 (5.824,6)			IFSY'95
Deuda ext. gob.	107,6	369,5	412,2(p)	464,5(f)			IFSY'95
Deuda ext. gob./ PIB(%)	7,9	6,0	5,3(p)	5,9(f)		–25,3	
Crédito neto ext. gob.	7,0	54,2	46,8	55,8			
Reservas divisas tot. menos oro (en mill. de dólares)	6.944	3.627	5.757	10.199	19.698		IFSY'95
Reservas tot. divisas menos oro (en miles de mill. de rupias)	60,13	82,42	149,21	311,00	618,01		
Deuda ext. gob./res. divisas(%)	178,9	448,3	276,3(p)	149,4(f)		–16,5	
Exportaciones	67,52	401,23	508,71	656,89	785,94		IFSY'95

Deuda ext. gob./ exportaciones (%)	159,4	92,1	81,0(p)	70,7(f)		–55,6	
Gastos gob.	180,3	1.050,5	1.209,6(p)	1.310,7(f)			IFSY'95
Deuda ext. gob./ gastos gob. (%)	59,7	35,2	34,1(p)	35,4(f)		–40,7	
Crédito ext. neto gob./ gastos (%)	3,9	5,2	3,9	4,3	10,3		
Inversión interna (formación bruta de capital fijo + aumentos de stocks)	284,26	1.410,78	1.637,59	1.674,95			IFSY'95

India: Cuadro 5.2A: Papel del gobierno en la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de rupias a menos que se indique lo contrario).

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1992(%)*	*Fuente*
PIB	1.360,1	6.160,6	7.028,3	7.863,6			IFSY'95
Gastos gob.	180,3	1.050,5	1.209,6(p)	1.310,7(f)			IFSY'95
Gastos gob. PIB (%)	13,3	17,1	17,2(p)	16,7(f)		29,3(p)	
Ingresos fiscales (gob. central cons.)	132,7	673,6	787,8(p)	848,7(f)			GFSY'90 ,94
Ingresos fiscales PIB (%)	9,8	10,9	11,2	10,8(f)		17,3(p)	
Déficit presup. gob.	–88,6	–358,2	–366,5(p)	–372,0			IFSY'95
Déficit presup. gob./ PIB (%)	6,5	5,8	5,2	4,7		–20,0(p)	
Deuda gob.	561,0	3.312,0	3.714,0(p)	4.136,6(f)			IFSY'95
Deuda gob. % PIB	41,2	53,8	52,8(p)	52,6		28,2	
Consumo gob.	130,8	694,6	785,9	910,5			IFSY'95
Consumo privado	992,9	3.848,0	4.245,6	4.795,9			IFSY'95

Consumo gob./ consumo privado (%)	13,2	18,1	18,5	19,0		40,2	
Formación bruta de capital fijo	262,8	1.367,8	1.511,8	1.643,8			EWY'85, ' 95

Japón: CUADRO 5.1A: Internacionalización de la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de yenes, a menos que se indique lo contrario).

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1993(%)*	*Fuente*
Tipo de cambio medio (yen por dólar)	226,74	134,71	126,65	111,20	102,21		IFSY'95
PIB (yenes) (1990 yenes)	240.176 (271.500)	451.297 (422.720)	463.145 (428.210)	465.972	469.240		IFSY'95 (WT'94)
Deuda ext. gob.	621	1.186(1990)					IFSY'95
Deuda ext. gob./ PIB (%)	0,3	0,3				0,0(1990)	
Reservas de divisas totales menos oro (en millones de dól.)	24.636	72.059	71.623	98.524	125.860		IFSY'95
Reservas de divisas totales menos oro (en miles de mill. de yenes)	5.586	9.707,1	9.071,1	10.956	12.864		
Deuda ext. gob./ reservas divisas(%)	11,1	12,2				9,9(1990)	
Exportaciones	29.382	42.359	43.011	40.200	40.470		IFSY'95
Deuda ext. gob./ exportaciones(%)	2,1	2,3(1990)				9,5(1990)	
Gastos gob.	44.137						IFSY'95

Deuda ext. gob./ gastos gob.	1,4						
Inversión directa (formación bruta de cap. fijo + aumentos de stocks)	77.337	146.672	144.038	139.326	135.610		IFSY'95
Inversión directa en el extranjero (en miles de mill. de dólares)	2,39	30,74	17,24	13,74	17,97		IFSY'95
Inversión directa en el extranjero (en miles de mill. de yenes)	541,91	4.140,99	2.183,45	1.527,89	1.836,71		
Inversión directa en el extranjero/inver. interna (%)	0,7	2,8	1,5	1,1	1,4	57,1	
Afluencia de invers. extr. directa (en miles de mill. de dólares)	0,28	1,37	2,72	0,10	0,89		IFSY'95
Afluencia de invers. extr. directa (en miles de mill. de yenes)	63,49	184,55	344,49	11,12	90,97		
Afluencia de invers. extrajera directa/ Inversión(%)	0,08	0,13	0,23	0,01	0,07	(irregular)	

Japón: CUADRO 5.2A: Papel del gobierno en la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de dólares a menos que se indique lo contrario).

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1992(%)*	*Fuente*
PIB	240.176	451.297	463.145	465.972	469.240		IFSY'95
Gastos gob.	44.137						IFSY'95
Gastos gob./PIB(%)	0,18						
Ingresos fiscales (pres. gob. central)	26.392	58.730(1990)					GFSY'90, '94
Ingresos fiscales/ PIB(%)	11,0	13,0(1990)				18,2(1990)	
Déficit pres. gob.	16.872	6.781(1990)					IFSY'95
Déficit pres. gob./ PIB(%)	7,0	1,5				–78,6(1990)	
Deuda gob.	98.149	239.932(1990)					IFSY'95
Deuda gob. PIB(%)	40,9	53,2(1990)				30,1(1990)	
Empleo gob. (empleados en miles)	43.070	54.185	55.381				OECDNA'92
Empleo total	3.911	3.960	3.975				OECDNA'92

Empleo gob./ empleo total(%)	9,1	7,3	7,2			–20,9	
Consumo gob.	23.568	41.232	43.258	44.666	46.108		IFSY'95
Consumo privado	240.176	255.084	264.824	270.919	277.677		IFSY'95
Consumo gob./ consumo privado(%)	9,8	16,2	16,3	16,5	16,6	66,3	
Formación de capital fijo bruto	75.420	143.429	142.999	141.322			EWY'85, '95

Reino Unido: CUADRO 5.1A: Internacionalización de la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de libras esterlinas a menos que se indique lo contrario).

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1993(%)*	*Fuente*
Tipo medio de cambio (libras por dólares)	0,4299	0,5652	0,5664	0,6658	0,6529		IFSY'95
PIB (libras) (1990 libras)	231,7 (423,49)	575,32 (540,31)	597,24 (537,45)	630,71 (549,59)	668,87 (570,72)		IFSY'95
Deuda externa gob.	10,14	28,45	34,89				IFSY'95
Deuda externa gob./ PIB(%)	4,4	4,9	5,8			31,8(1992)	
Créditos netos ext.	1,43	5,50	4,71				
Reservas de divisas totales menos oro (en miles de m. dól.)	20,65	41,89	36,64	36,78	41,01		IFSY'95
Reservas de divisas totales menos oro (en miles de m. libr.)	8,73	23,68	20,75	24,49	26,78		
Deuda externa gob./ reservas divisas(%)	116,2	120,1	168,1			44,7(1992)	
Exportaciones	47,36	104,88	108,51	120,94	133,03		IFSY'95
Deuda ext. gob./ exportaciones (%)	21,4	27,1	32,2			50,5(1992)	
Gastos gob.	88,48	229,15	257,89				GSFY'90, '94

Deuda externa gob./gastos gob.	11,5	12,4	13,5			17,4(1992)	
Créditos ext. netos gob./gastos (%)	1,6	18,3	14,2			787,5(1992)	
Inversión interna (formación bruta de capital fijo + aumento de stocks)	38,94	92,63	91,97	95,24	103,67		IFSY '95
Inversión directa en el extranjero (en millones de dól.)	11,23	16,40	19,35	25,64	29,95		IFSY'95
Inversión directa en el extranjero (en millones de libr.)	4,83	9,27	10,96	17,07	19,55		
Inversión directa en el extranjero/inver. interna (%)	12,4	10,0	11,9	17,9	18,9	44,4	
Afluencia de inver. extranjera directa (en millones de dól.)	10,12	16,06	16,49	14,56	10,94		IFSY'95
Afluencia de inver. extranjera directa (en millones de libr.)	4,35	9,08	9,34	9,69	7,14		
Afluencia de inver. extranjera directa/inversión interna (%)	11,2	9,8	10,2	10,2	6,9	–8,9	

Reino Unido: CUADRO 5.2A: Papel del gobierno en la economía y las finanzas públicas (en miles de millones de libras esterlinas a menos que se indique lo contrario).

	1980	*1991*	*1992*	*1993*	*1994*	*Tipo de cambio 1980-1992(%)*	*Fuente*
PIB (libras) (1990 libras)	231,7 (423,49)	575,32 (540,31)	597,24 (537,45)	630,71 (549,59)	668,87 (570,72)		IFSY'95
Gastos gob.	88,48	229,15	257,89				GSFY'90, '94
Gastos gob. PIB(%)	38,2	39,8	43,2			13,1	
Ingresos fiscales (presup. gob. central)	58,04	159,87	161,21			8,0	GSFY'90, '94
Ingresos fiscales PIB (%)	25,0	27,8	27,0				
Déficit presupuestario gob.	–10,73	–5,69	–30,0				IFSY'95
Déficit presupuestario gob. PIB (%)	4,6	1,0	5,0			8,7	
Deuda gob.	106,75	189,65	203,51				IFSY'95
Deuda gob. PIB (%)	46,1	33,0	34,1			–26,0	
Empleo gob. (empleados en miles)	5.349	5.129	4.915				OECDNA'92

Empleo total	23.314	22.559	22.138				OECDNA'92
Empleo gob./ empleo total (%)	22,9	22,7	22,2			–3,1	
Consumo gob.	49,98	124,11	131,88	137,97	144,08		IFSY'95
Consumo privado	138,56	364,97	381,72	405,46	428,08		IFSY'95
Consumo gob./ consumo total (%)	36,1	34,0	34,5	34,0		–2,7	
Gasto capital gob.		20,23	20,08	19,64			EWY'95
Formación de capital fijo gob.		41,79	45,99	49,56			EWY'95
Gastos capital gob./ formación bruta de capital fijo (%)	48,4	43,7	39,6				

APÉNDICE PARA LA FIGURA 6.4: GRADO DE APOYO A LOS PARTIDOS MAYORITARIOS EN LAS ELECCIONES NACIONALES, 1980-1994

Los porcentajes de la figura 6.4 se han calculado utilizando los resultados electorales de las elecciones a la cámara baja del parlamento, excepto en el caso de los Estados Unidos, donde se usaron los resultados de las elecciones presidenciales. Los partidos se consideraron mayoritarios si habían participado en el gobierno, con las excepciones del Partido Comunista Francés y del Partido Comunista Italiano.

Para las fuentes, véase la última fila del cuadro de cada país. Todos los datos proceden de una de las fuentes siguientes:

EWY = *Europa World Yearbook*, Londres, Europa Publications, 1982-1995.
SY = *Statesman's Yearbook*, ed. Brian Hunter, Nueva York, St Martin's Press, 1994-1995, 1995-1996.
MDI = *Ministerio del Interior*, citado en *España fin de siglo*, de Carlos Alonso Zaldívar y Manuel Castells, Madrid, Alianza Editorial, 1992.
Valles = «The Spanish general election of 1993», de Joseph M. Valles, *Electoral Studies*, 1994, 13 (I), pág. 89.

Todas las cifras de los cuadros son porcentajes.

Alemania: Votos para el Bundestag.

	1983	*1987*	*1990*	*1994*
Partidos mayoritarios				
CDU/CSU	48,8	44,2	43,8	41,5
P. Socialdemócrata (SPD)	38,2	37,0	33,5	36,4
Demócratas liberales (FDP)	7,0	9,1	11,0	6,9
Otros partidos				
Comunistas (DKP)	0,2			
Socialistas dem. (antiguos com.)				
Partido Soc. Dem. (PDS) (ant. P. Com. RDA)			2,4	4,4
Partido Republicano			1,2	1,9
P. Dem. Nac. (NDP)	0,2	0,6		
Verdes (+ Alianza'90 en 1990 y 1994)	5,6	8,3	5,0	7,3
P. Ecológico Democrático (ODP)		0,3		
Partido de las Mujeres		0,2		
Otros		0,3	2,1	1,7
Votos totales para los partidos mayoritarios	**94,0**	**90,3**	**88,3**	**84,8**
Fuente:	EWY-84	EWY-88	EWY-92	EWY-95

España: Votos para el Congreso de los Diputados.

	1982	*1986*	*1989*	*1993*
Partidos mayoritarios				
PAD + PDP (+PL en 1988= CP)	26,4	26,1		
P. Popular (AP se convierte en PP en 1989)			26,0	34,6
U. de Centro Dem. (UCD)	9,8			
Centro Democrático y Social (CDS)		9,2	8,0	1,8
P. Socialista Obrero Español (PSOE)	48,4	44,4	39,8	38,5
Otros partidos				
P. Com. Español (PCE)	3,9			
Izquierda Unida (IU)		4,7	9,1	9,5
Partido N. Vasco (PNV)	1,9	1,5	1,2	1,2
Conv. y Unión (CiU)	3,7	5,1	5,1	4,9
Otros	5,9	9,1	10,8	9,4
Votos totales para los partidos mayoritarios	**84,6**	**79,7**	**73,8**	**74,9**
Fuente:	MDI	MDI	MDI	Valles

Estados Unidos: Voto popular para el presidente.

	1980	*1984*	*1988*	*1992*
Partidos mayoritarios				
Demócratas	41,0	40,5	45,6	42,9
Republicanos	50,8	58,8	53,4	37,5
Otros				
John Anderson	6,6			
Ross Perot				18,9
Otros	1,6	0,7	1,0	0,8
Votos totales para los partidos mayoritarios	**91,8**	**99,3**	**99,0**	**80,4**
Fuente:	EWY-81	EWY-88	EWY-90	EWY-94

Francia: Votos de la primera vuelta para la Asamblea Nacional.

	1981 (1ª vot.)	*1986 (1ª vot.)*	*1988 (1ª vot.)*	*1993 (1ª vot.)*
Partidos mayoritarios				
RPR	20,8	11,2	19,2	20,4
UDF	19,2	8,3	18,5	19,1
RPR + UDF		21,5		
Socialistas (PS)		31,0	34,8	17,6
MR de G		0,4	1,1	0,9
PS + MR de G	37,4			
Otros partidos				
Comunistas (PCF)	16,1	9,8	11,3	9,2
Otros de izquierda	0,8	1,0	1,7	3,6
Extrema izquierda	1,4	1,5		3,6
Otros de derecha	2,8	3,9	2,9	5,0
Extrema derecha	0,4	0,2		
Front National		9,7	9,7	12,4
Ecologistas		1,2		0,1
Les Vert				4,0
Regionalistas		0,1		
Otros			0,9	4,2
Votos totales para los partidos mayoritarios	**77,4**	**72,4**	**73,6**	**58**
Fuente:	EWY-82	EWY-88	EWY-90	EWY-95

Italia: Votos para la Cámara de Diputados.

	1983	*1987*	*1992*
Partidos mayoritarios			
Republicanos (PRI)	5,1	3,7	4,4
Liberales (PLI)	2,9	2,1	2,8
Democristianos (DC)	32,9	34,3	29,7
Socialdemócratas (PSDI)	4,1	3,0	2,7
Socialistas (PSI)	11,4	14,3	13,6
P. Comunista (PCI)	29,9	26,6	
P. Dem. de la izquierda (ant. comunista)			16,1
Comunistas refundados (ant. comunistas)			5,6
Otros partidos			
Mov. Social Italiano (MSI)	6,8	5,9	5,4
Nueva Izquierda Unida (Demócratas proletarios + Lotta Continua)			
Demócratas proletarios	1,5	1,7	
Radicales (PR)	2,2	2,6	
Partidos regionales			
Liga Norte			8,7
Sudtiroler Volkpartei	0,5		
La Rete			1,9
Verdes		2,5	2,8
Otros	2,7	3,3	6,3
Votos totales para los partidos mayoritarios	**86,3**	**84,0**	**79,9**
Fuente:	EWY-84	EWY-88	SY-94-95

Japón: Votos para la Cámara de Representantes.

	1983	*1986*	*1990*	*1993*
Partidos mayoritarios				
Demócrata Liberal (PDL)	45,8	49,4	46,1	36,62
Nuevo Club Lib. (NCL) (reun. a PDL en 1986)	2,4	1,8		
P. Dem. Soc. (PDS)	7,3	6,5	4,8	3,51
Socialistas (PSJ) (se convierte en P. Socialdemócrata de Japón en 1992)	19,5	17,2	24,4	15,43
Otros partidos				
Partido Progresista			0,4	
Komeito	10,1	9,4	8,0	8,14
Nuevo P. de Japón (NPJ)				8,05
P. Renovado de Japón				10,10
Fed. Socialdem. (FSD) (+ P. Un. Soc. Dem. en 1993)	0,7	0,8	0,9	0,73
Comunistas (PCJ)	9,3	8,8	8,0	7,70
Independientes	4,9	5,8	7,3	6,85
Sakigate				2,00
Otros	0,1	0,2	0,1	0,23
Votos totales para los partidos mayoritarios	**75,0**	**74,9**	**75,3**	**55,56**
Fuente:	EWY-86	EWY-88	EWY-90	EWY-95

Reino Unido: Votos para la Cámara de los Comunes.

	1983	*1987*	*1992*
Partidos mayoritarios			
Conservadores	42,4	42,3	41,9
Liberales (+Sociald.)	25,4	22,6	17,9
Partido Laborista	27,6	30,9	34,4
Otros partidos			
P. Lab. Soc. y Dem.	0,4	0,5	0,5
Plaid Cymru	0,4	0,4	0,5
P. Nacional Escocés	1,1	1,3	1,9
Sinn Fein	0,3	0,3	
P. Union. Pop. Ulster	0,1		
Unionistas del Ulster	0,8		
P. Unionista Dem.	0,5		
(los tres)		1,2	1,2
Otros	1,0	0,5	1,8
Votos totales para los partidos mayoritarios	**95,4**	**95,8**	**94,2**
Fuente:	EWY-86	EWY-90	EWY-95

BIBLIOGRAFÍA

Abelove, Henry, Michele Alina Barale y David M. Halperin (eds.) (1993): *The Lesbian and Gay Studies Reader*, Nueva York, Routledge.

Abramson, Jeffrey B., F. Christopher Artertone y Cary R. Orren (1988): *The Electronic Commonwealth: The Impact of New Media Technologies in Democratic Politics*, Nueva York, Basic Books.

Adler, Margot (1979): *Drawing Down the Moon: Witches, Druids, Goddess-worshippers, and Other Pagans in America Today*, Boston, Beacon.

Aguirre, Pedro *et al.* (1995): *Una reforma electoral para la democracia. Argumentos para el consenso*, México, Instituto de Estudios para la transición democrática.

Ajmatova, Anna (1995): *Selected Poems*, trad. de D. M. Thomas, Londres, Penguin.

Al-Azmeh, Aziz (1993): *Islams and Modernities*, Londres, Verso.

Alberdi, Inés (ed.) (1995): *Informe sobre la situación de la familia en España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.

Albo, Xavier (1993): *¿Y de Kataristas a MNRistas? La sorprendente y audaz alianza entre aymaras y neoliberales en Bolivia*, La Paz, CEDOINUNITAS.

Alexander, Herbert E. (1992): *Financing Politics. Money, Elections, and Political Reform*, Washington DC, CQ Press.

Allen, Thomas B. (1987): *Guardian of the Wild. The Story of the National Wildlife Federation, 1936-1986*, Bloomington, Indiana.

Alley, Kelly D. *et al.* (1995): «The historical transformation of a grass-roots environmental group», *Human Organization*, 54 (4), págs. 410-416.

Alonso Zaldívar, Carlos (1996): *Variaciones sobre un mundo en cambio*. Madrid, Alianza Editorial.
— y Manuel Castells (1992): *España fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial.
Ammerman, Nancy, (1987): *Bible Believers: Fundamentalists in the Modern World*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.
Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso (2ª ed., 1991).
Anderson, P. y P. Comiller (eds.) (1994): *Mapping the West European Left*, Londres, Verso.
Ansolabehere, Stephen e Iyengar, Shanto (1994): «Riding the wave and claiming ownership over issues: the joint effects of advertising and news coverage in campaigns», *Public Opinion Quarterly*, 58, págs. 335-357.
— *et al.* (1993): *The Media Game: American Politics in the Television Age*, Nueva York, Macmillan.
Anthes, Gary H. (1993): «Government ties to Internet expand citizens' access to data», *Computerworld*, 27 (34), pág. 77.
Anti-Defamation League (1994): *Armed and Dangerous*, Nueva York,
Anti-Defamation League of B'nai B'rith.
Anti-Defamation League (1995): *Special Report: Paranoia as Patriotism: Far-Right Influence on the Militia Movement*, Nueva York, Anti-Defamation League of B'nai B'rith.
Aoyama, Yoshinobu (1991): *Riso Shakai: kyosanto sengen kara shinri'e* (La sociedad ideal: del Manifiesto Comunista a la Verdad), Tokio, AUM Press.
Appiah, Kwame Anthony y Henry Louis Gates jr. (eds.) (1995): *Identities*, Chicago, The University of Chicago Press.
Archondo, Rafael (1991): *Compadres al micrófono: la resurección metropolitana del ayllu'*, La Paz, Hisbol.
Ardaya, Gloria y Luis Verdesoto (1944): *Racionalidades democráticas en construcción*, La Paz, ILDIS.
Arlachi, Pino (1995): «The Mafia, Cosa Nostra, and Italian institutions», en Sechi (eds.), págs. 153-163.
Armond, Paul (1995): «Militia of Montana meeting at the Maltby Community Center», *World Wide Web*, MOM site, 11 de febrero.
Armstrong, David (1995): «Cyberhoax!», *Columbia Journalism Review*, septiembre/octubre.
Arquilla, John y David Rondfeldt (1993): «Cyberwar is coming!», *Comparative Strategy*, 12 (2), págs. 141-165.
Arrieta, Carlos G. *et al.* (1991): *Narcotráfico en Colombia. Dimensiones políticas, económicas, jurídicas e internacionales*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
Asahara, Shoko (1994): *Metsubo no Hi* (El día del Juicio Final), Tokio, AUM Press.
— (1995): *Hi Izuru Kuni Wazawai Chikashi* (Los desastres se acercan a la nación como el sol naciente), Tokio, AUM Press.
Astrachan, Anthony (1986): *How Men Feel. Their Response to Women's Demands for Equality and Power*, Garden City, Nueva York, Anchor Press/Doubleday.
Athanasiou, Tom (1996): *Divided Planet: The Ecology of Rich and Poor*, Boston, Little, Brown.
Axford, Barrie *et al.* (1992): «Image management, stunts, and dirty tricks: the



marketing of political brands in television campaigns», *Media, Culture, and Society*, 14 (4), págs. 637-651.

Azevedo, Milton (ed.) (1991): *Contemporary Catalonia in Spain and Europe*, Berkeley, University of California, Gaspar de Portola Catalonian Studies Program.

Bachr, Peter R. y Leon Gordenker (1994): *The U.N. in the 1990s*, Nueva York, St Martin's Press.

Badie, Bertrand (1992): *L'état importe: essai sur l'occidentalisation de l'ordre politique*, París, Fayard.

Bakhash, Shaul (1990): «The Islamic Republic of Iran, 1979-1989», *Middle East Focus*, 12 (3), págs. 8-12, 27.

Balta, Paul (ed.) (1991): *Islam: Civilisations et sociétés*, París, Editions du Rocher.

Balz, Dan y Ronald Brownstein (1996): *Storming the Gates. Protest Politics and the Republican Revival*, Boston, Little, Brown.

Barber, Benjamin R. (1993): «Letter from America, September 1993: the rise of Clinton, the fall of democrats, the scandals of the media», *Government and Opposition*, 28 (4), págs. 433-443.

Barker, Anthony (1992): *The Upturned Stone: Political Scandals in Twenty Democracies and their Investigation Process*, Colchester, University of Essex, Essex Papers in Politics and Government.

Barnett, Bernice McNair (1995): «Black women's collectivist movement organizations: their struggles during the "doldrums", en Ferree y Martin (eds.), págs. 199-222.

Barone, Michael y Grant Ujifusa (1995): *The Almanac of American Politics 1996*, Washington, National Journal.

Barron, Bruce y Anson Shupe (1992): «Reason for growing popularity of Christian reconstructionism: the determination to attain dominion», en Misztal y Shupe (eds.), págs. 83-96.

Bartholet, E. (1990): *Family Bonds, Adoption and the Politics of Parenting*, Nueva York, Houghton Mifflin.

Bartz, Steve (1996): «Environmental organizations and evolving information technologies», Berkeley, University of California, Departamento de Sociología, trabajo de seminario inédito para SOC 290.2, mayo.

Baylis, John y N. J. Rengger (eds.) (1992): *Dilemmas of World Politics. International Issues in a Changing World*, Oxford, Clarendon Press.

Beccalli, Bianca (1994): «The modern women's movement in Italy», *New Left Review*, 204, marzo/abril, págs. 86-112.

Bellah, Robert N., William M. Sullivan, Ann Swidler y Steven M. Tipton (1985): *Habits of the Heart. Individualism and Commitment in American Life*, Berkeley, University of California Press (citado en la edición de Perennial Library de Harper y Row, Nueva York, 1986) [edición castellana: *Hábitos del corazón*, Madrid, Alianza, 1985].

Bellers, Jürgen (ed.) (1989): *Politische Korruption*, Munster, Lit.

Bennett, David H. (1995): *The Party of Fear: the American Far Right from Nativism to the Militia Movement*, Nueva York, Vintage Books.

Bennett, William J. (1994): *The Index of Leading Cultural Indicators: Facts and Figures on the State of American Society*, Nueva York, Touchstone.

Berdal, Mats R. (1993): *Whither U.N. Peacekeeping?: An Analysis of the Changing*

Military Requirements of U.N. Peacekeeping with Proposals for its Enhancement, Londres, Brassey's for International Institute of Strategic Studies.
Berins Collier, Ruth (1992): *The Contradictory Alliance. State-Labor Relationships and Regime Changes in Mexico*, Berkeley, University of California, International and Area Studies.
Berlet, Chips y Matthew N. Lyons (1995): «Militia nation», *The Progressive*, junio.
Berman, Jerry y Daniel J. Weitzner (1995): «Abundance and user control: renewing the democratic heart of the First Amendment in the age of interactive media», *Yale Law Journal*, 104 (7), págs. 1.619-1.637.
Bernard, Jessie (1987): *The Female World from a Global Perspective*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press.
Berry, Sebastian (1992): «Party strategy and the media: the failure of Labour's 1991 election campaign», *Parliamentary Affairs*, 45 (4), págs. 565-581.
Betts, Mitch (1995): «The politicizing of cyberspace», *Computerworld*, 29 (3), pág. 20.
Bilbao La Vieja Díaz, Antonio, Ernesto Pérez de Rada y Ramiro Asturizaga (1996): «CONDEPA movimiento patriótico», La Paz, ONU/CIDES, monografía no publicada.
Birnbaum, Lucia Chiavola (1986): *Liberazione della donna: Feminism in Italy*, Middletown (Conn.), Wesleyan University Press.
Black, Gordon S. y Benjamin D. Black (1994): *The Politics of American Discontent: How a New Party can Make Democracy Work Again*, Nueva York, John Wiley and Sons.
Blakely, Edward y William Goldsmith (1993): *Separate Societies: Poverty and Inequality in American Cities*, Filadelfia, Temple University Press.
Blas Guerrero, Andrés (1994): *Nacionalismos y naciones en Europa*, Madrid, Alianza Editorial.
Blossfeld, Hans-Peter (ed.) (1995): *The New Role of Women: Family Formation in Modern Societies*, Boulder (Col.), Westview Press.
Blum, Linda (1991): *Between Feminism and Labor: The Politics of the Comparable Worth Movement*, Berkeley, University of California Press.
Blumberg, Rae Lesser, Cathy A. Rakowski, Irene Tinker y Michael Monteon (eds.) (1995): *EnGENDERing Wealth and Wellbeing*, Boulder (Col.), Westview Press.
Blumenfield, Seth D. (1994): «Developing the global information infrastructure», *Federal Communications Law Journal*, 47 (2), págs. 193-196.
Blumstein, Philip y Pepper Schwartz (1983): *American Couples: Money, Work, Sex*, Nueva York, William Morrow.
Boardmann, Robert (1994): *Post-socialist World orders: Russia, China, and the UN system*, Nueva York, St Martin's Press.
Bobbio, Norberto (1994): *Destra e sinistra: ragioni e significati di una distinzione politica*, Roma, Donzelli editore [edición castellana: *Derecha e izquierda*, Madrid, Taurus, 1996].
Borja, Jordi (1988): *Estado y ciudad*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias.
— y Manuel Castells (1996): *Local and Global: The Management of Cities in the Information Age*, Londres, Earthscan.
— *et al.* (1992): *Estrategias de desarrollo e internacionalización de las ciudades eu-*

ropeas: las redes de ciudades, Barcelona, Consultores Europeos Asociados, informe de investigación.
Bouissou, Jean-Marie (1991): «Corruption à la Japonaise», *L'Histoire*, 142, marzo, págs. 84-87.
Bramwell, Anna (1989): *Ecology in the 20th Century: A History*, New Haven, Yale University Press.
Bramwell, Anna (1994): *The Fading of the Greens: The Decline of Environmental Politics in the West*, Nueva Haven, Yale University Press.
Brenner, Daniel (1994): «In search of the multimedia grail», *Federal Communications Law Journal*, 47 (2), págs. 197-203.
Broadcasting & Cable (1995): «Top of the week», mayo.
Brown, Helen (1992): *Women Organising*, Londres, Routledge.
Brown, Michael (1993): «Earth worship or black magic?» *The Amicus Journal*, 14 (4), págs. 32-34.
Brubaker, Timothy H. (ed.) (1993): *Family Relations: Challenges for the Future*, Newbury Park (Cal.), Sage.
Bruce, Judith, Cynthia B. Lloyd y Ann Leonard (1995): *Families in Focus: New Perspectives of Mothers, Fathers, and Children*, Nueva York, Population Council.
Brulle, Robert J. (1996): «Environmental discourse and social movement organizations: a historical and rhetorical perspective on the development of US environmental organizations», *Sociological Inquiry*, 66 (1), págs. 58-83.
Buci-Glucksman, Christine (1987): *Gramsci et l'état*, París, Grasset.
Buckler, Steve (1993): *Dirty Hands: the Problem of Political Morality*, Brookfield, Averbury.
Buckley, Peter (ed.) (1994): *Cooperative Forms of Transnational Corporation activity*, Londres y Nueva York, Routledge.
Buechler, Steven M. (1990): *Women's Movement in the United States*, Brunswick (NJ), Rutgers University Press.
Bull, Hedley (1977): *The Anarchical Society*, Londres, Macmillan.
Burgat, François y William Dowell (1993): *The Islamic Movement in North Africa*, Austin (Tejas), University of Texas Center for Middle Eastern Studies.
Burnham, David (1983): *The Rise of the Computer State*, Nueva York, Vintage.
Business Week (1995a): «The future of money», 12 de junio.
Business Week (1995b): «Hot money», 20 de marzo.
Business Week (1995c): «Mexico: Salinas is fast becoming a dirty word», 25 de diciembre, págs. 54 y 55.
Business Week (1995d): «The new populism», marzo.
Business Week (1995e): «Power of the states», agosto, págs. 49-56.
Buss, David M. (1994): *The Evolution of Desire: Strategies of Human Mating*, Nueva York, Basic Books.
Butler, Judith (1990): *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, Routledge.
Cabré, Anna (1990): «¿Es compatible la protección de la familia con la liberación de la mujer?» en Instituto de la Mujer (ed.): *Mujer y Demografía*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
— y Antonio Domingo (1992): «La Europa después de Maastrich: reflexiones desde la demografía», *Revista de Economía*, 13, págs. 63-69.

Cacho, Jesús (1994): *MC: un intruso en el laberinto de los elegidos*, Madrid, Temas de Hoy.
Caipora Women's Group (1993): *Women in Brazil*, Londres, Latin American Bureau.
Calabrese, Andrew y Mark Borchert (1996): «Prospects for electronic democracy in the United States: rethinking communication and social policy», *Media, Culture, and Society*, 18, págs. 249-268.
Calderón, Fernando (1995): *Movimientos sociales y política*, México, Siglo XXI.
— y Roberto Laserna (1994): *Paradojas de la modernidad*, La Paz, Fundación Milenio.
— *et al.* (1996): *Esa esquiva modernidad: desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y el Caribe*, Caracas, Nueva Sociedad/UNESCO.
Calhoun, Craig (ed.) (1994): *Social Theory and the Politics of Identity*, Oxford, Blackwell.
Camilleri, J. A. y K. Falk (1992): *The End of Sovereignty*, Aldershot, Edward Elgar.
Campbell, B. (1992): «Feminist politics after Thatcher», en H. Hinds *et al.* (eds.): *Working Out: New Directions for Women's Studies*, Londres, Taylor and Francis, págs. 13-17.
Campbell, Colin y Bert A. Rockman (eds.) (1995): *The Clinton Presidency: First Appraisals*, Chatham (NJ), Chatham House.
Campo Vidal, Manuel (1996): *La transición audiovisual*, Barcelona, Ediciones B.
Cardoso de Leite, Ruth (1983): «Movimientos sociais urbanos: balanco critico», en *Sociedade e politica no Brasil pos-64*, São Paulo, Brasiliense.
Carnoy, Martin (1984): *The State and Political Theory*, Princeton (NJ), Princeton University Press.
— (1993): «Multinationals in a changing world economy: whither the nation-state?», en Carnoy *et al.* (eds.), págs. 45-96.
— (1994): *Faded Dreams: The Politics and Economics of Race in America*, Nueva York, Cambridge University Press.
—, Manuel Castells, Stephen S. Cohen y Fernando H. Cardoso (1993): *The New Global Economy in the Information Age*, University Park (PA), Penn State University Press.
Carre, Olivier (1984): *Mystique et politique: Lecture révolutionnaire du Coran by Sayyed Qutb*, París, Editions du Cerf-Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
Carrere d'Encausse, Hélène (1987): *Le grand défi: Bolcheviks et nations, 1917-1930*, París, Flammarion.
— (1993): *The End of the Soviet Empire: The Triumph of Nations*, Nueva York, Basic Books (edición original francesa, 1991).
Castells, Manuel (1981): «Local government, urban crisis, and political change», en *Political Power and Social Theory: A Research Annual*, Greenwich (CT), JAI Press, 2, págs. 1-20.
— (1983): *The City and the Grassroots: A cross-cultural Theory of Urban Social Movements*, Berkeley, University of California Press y Londres, Edward Arnold [versión castellana: *La ciudad y las masas*, Madrid, Alianza, 1987].
— (1992a): «Four Asian tigers with a dragon head: a comparative analysis of the state, economy, and society in the Asian Pacific Rim», en Richard Appelbaum

y Jeffrey Henderson (eds.): *States and Development in the Asian Pacific Rim*, Newbury Park (CA), Sage, págs. 33-70.
— (1992b): *La nueva revolución rusa*, Madrid, Sistema.
— (1992c): «Las redes sociales del SIDA», discurso de apertura del Simposio de Ciencias Sociales, Congreso Mundial sobre la Investigación del SIDA, Madrid, mayo de 1992.
— (1996): «El futuro del estado del bienestar en la sociedad informacional», *Sistema*, 131, marzo, págs. 35-53.
— y Karen Murphy (1982): «Cultural identity and urban structure: the spatial organization of San Francisco's gay community», en Norman I. Fainstein y Susan S. Fainstein (eds.): «Urban Policy Under Capitalism», *Urban Affairs Annual Reviews*, vol. 22, Beverly Hills, Sage Publications, págs. 237-260.
—, Shujiro Yazawa y Emma Kiselyova (1996): «Insurgents against the global order: a comparative analysis of the Zapatistas in Mexico, the American Militia and Japan's Aum Shinrikyo», *Berkeley Journal of Sociology*, 40, págs. 21-60.
Castells, Nuria (en prensa): «Environmental policies and international agreements in the European Union: a comparative analysis», Amsterdam, Universidad de Amsterdam, Departamento de Economía, tesis doctoral inédita.
Chatterjee, Partha (1993): *The Nation and its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton (NJ), Princeton University Press.
Chesnais, François (1994): *La mondialisation du capital*, París, Syros.
Cheung, Peter T. Y. (1994): «Relations between the central government and Guandong», en Y. M. Yeung y David K. Y. Chu (eds.): *Guandong: Survey of a Province Undergoing Rapid Change*, Hong Kong, The Chinese University Press, págs. 19-51.
Cho, Lee-Jay y Moto Yada (eds.) (1994): *Tradition and Change in the Asian family*, Honolulu, University of Hawaii Press.
Chodorov, Nancy (1978): *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, University of California Press.
— (1989): *Feminism and Psychoanalitical Theory*, New Haven, Yale University Press.
— (1994): *Feminities, Masculinities, Sexualities: Freud and Beyond*, Lexington (KY), University Press of Kentucky.
Chong, Rachelle (1994): «Trends in communication and other musings on our future», *Federal Communications Law Journal*, 47 (2), págs. 213-219.
Choueri, Youssef M. (1993): *Il fondamentalismo islamico: Origine storiche e basi sociali*, Bolonia, Il Mulino.
Coalition for Human Dignity (1995): *Against the New World Order: the American Militia Movement*, Portland (Oregon), Coalition for Human Dignity Publications.
Coates, Thomas J *et al.* (1988): *Changes in Sex Behavior of Gay and Bisexual Men since the Beginning of the AIDS Epidemics*, San Francisco, University of California, Center for AIDS Prevention Studies.
Cobble, Dorothy S. (ed.) (1993): *Women and Unions: Forging a Partnership*, Nueva York, International Labour Review Press.
Cohen, Roger (1996): «Global forces batter politics», *The New York Times*, domingo 17 de noviembre, d. 4, págs. 1-4.

Cohen, Stephen (1993): «Geo-economics: lessons from America's mistakes», en Carnoy *et al.*, págs. 97-148.
Cohen, Jeffrey E. (1986): «The dynamics of the "revolving door" on the FCC», *American Journal of Political Science*, 30 (4).
Coleman, Marilyn y Lawrence H. Ganong (1993): «Families and marital disruption», en Brubaker (ed.), págs. 112-128.
Coleman, William E. jr. y Willian E. sr. Coleman, (1993): *A Rhetoric of the People: the German Greens and the New Politics*, Westport (Conn.), Praeger.
Collier, George A. (1995): *Restructuring Ethnicity in Chiapas and the World*, Stanford University, Department of Anthropology (publicado en español en Nash *et al.* [eds.], págs. 7-20).
— y Elizabeth Lowery Quaratiello (1994): *Basta! Land and the Zapatista Rebellion in Chiapas*, Oakland, California, Food First Books.
Conquest, Robert (ed.) (1967): *Soviet Nationalities Policy in Practice*, Nueva York, Praeger.
Contreras Basnipeiro, Adalid (1991): «Medios múltiples, pocas voces: inventario de los medios de comunicación de masas en Bolivia», *Revista UNITAS*, págs. 61-105.
Cook, María Elena *et al.* (eds.) (1994): *The Politics of Economic Restructuring: State-society Relations and Regime Change in Mexico*, La Jolla, University of California at San Diego, Center for US-Mexican Studies.
Cooke, Philip (1994): *The Cooperative Advantage of Regions*, Cardiff, University of Wales, Centre for Advanced Studies.
Cooper, Jerry (1995): *The Militia and the National Guard in America since Colonial Times: a Research Guide*, Westport (Conn.), Greenwood Press.
Cooper, Marc (1995): «Montana's mother of all militias», *The Nation*, 22 de mayo.
Corn, David (1995): «Playing with fire», *The Nation*, 15 de mayo.
Costain, W. Douglas y Anne N. Costain (1992): «The political strategies of social movements: a comparison of the women's and environmental movements», en *Congress and the Presidency*, 19 (1), págs. 1-27.
Cott, Nancy (1989): «What's in a name? The limits of "social feminism"; or, expanding the vocabulary of women's history», *Journal of American History*, 76, págs. 809-829.
Couch, Carl J. (1990): «Mass communications and state structures», *The Social Science Journal*, 27 (2), págs. 111-128.
CQ Researcher (1992): Número especial: «Politicians and Privacy», 2 (15), 17 de abril.
Dalton, Russell J. (1994): *The Green Rainbow: Environmental Groups in Western Europe*, New Haven: Yale University Press.
— y Manfred Kuechler (1990): *Challenging the Political Order: New Social and Political Movements in Western Democracies*, Cambridge, Polity Press.
Daniel, Donald y Bradd Hayes (eds.) (1995): *Beyond Traditional Peacekeeping*, Nueva York, St Martin's Press.
Davidson, Osha Grey (1993): *Under Fire: the NRA and the Battle for Gun Control*, Nueva York, Henry Holt.
David, John (ed.) (1991): *The Earth First! Reader*, Salt Lake City, Peregrine Smith Books.

Dees, Morris y James Corcoran (1996): *Gathering Storm: America's Militia Network*, Nueva York, Harper-Collins.
Dekmejian, R. Hrair (1995): *Islam in Revolution: Fundamentalism in the Arab world*, Syracuse (Nueva York), Syracuse University Press.
Delcroix, Catherine (1995): «Algeriennes et Egyptiennes: enjeux et sujets de sociétés en crise», en Dubet y Wieviorka (eds.), págs. 257-272.
DeLeon, Peter (1993): *Thinking about Political Corruption*, Armonk (Nueva York), M. E. Sharpe.
Delphy, Christine (ed.) (1994): «Particularisme et universalisme», París, *Nouvelles Questions Feministes*, núm. 17/17/18.
D'Emilio, John (1980/1993): «Capitalism and gay identity», en Abelove *et al.* (eds.), págs. 467-476.
DeMont, John (1991): «Frontline fighters», *Mclean's*, 104 (50), págs. 46 y 47.
Departamento de Comercio, Dirección General de Economía y Estadística, Oficina del Censo de los Estados Unidos, informes sobre la población actual. Washington DC.
— (1989): *Singleness in America: Single Parents and their Children: Married-couple Families with their Children.*
— (1991): *Population Profile of the United States, 1991*, series P23, núm. 173.
— (1992a): *Households, Families, and Children: a 30-year Perspective*, P23-181.
— (1992b): *When Households Continue, Discontinue, and Form*, de Donald J. Hernández, P23, núm. 179.
— (1992c): *Marriage, Divorce, and Remarriage in the 1990s*, de Arthur J. Norton y Louisa F. Miller, P23-180.
— (1992d): *Population Trends in the 1980s*, P-23, núm. 175.
Despertar (1995), número especial, núm. 158-1961, Taipei (en chino).
Deutsch, Karl (1953): *Nationalism and Social Communication: an Inquiry into the Foundations of Nationality* (consultado en la edición de 1966, Cambridge (Mass.), MIT Press.
De Vos, Susan (1995): *Household Composition in Latin America*, Nueva York, Plenum Press.
Diamond, Irene y Gloria Orenstein (1990): *Reweaving the World: the Emergence of Ecofeminism*, San Francisco, Sierra Club Books.
Diani, Mario (1995): *Green Networks: a Structural Analysis of the Italian Environmental Movement*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
Dickens, Peter (1990): «Science, social science and environmental issues: Ecological movements as the recovery of human nature», ponencia preparada para la reunión de la British Association for the Advancement of Science, University of Swansea, agosto.
Dietz, Thomas y Linda Kalof (1992): «Environmentalism among nation-states», *Social Indicators Research*, 26, págs. 353-366.
Di Marco, Sabina (1993): «Se la televisione guarda a sinistra», *Ponte*, 49 (7), págs. 869-878.
— (1994): «La televisione, la politica e il cavaliere», *Ponte*, 50 (2), págs. 9-11.
Dionne, E. J. (1996): *They Only Look Dead: Why Progressives Will Dominate the Next Political Era*, Nueva York, Simon & Schuster.
Dobson, Andrew (1990): *Green Political Thought: An Introduction*, Londres, Unwin Hyman.

— (ed.) (1991) *The Green Reader: Essays toward a Sustainable Society*, San Francisco, Mercury House.
Doyle, Marc (1992): *The Future of Television: a Global Overview of Programming, Advertising, Technology and Growth*, Lincolnwood (Ill.), NTC Business Books.
Drew, Christopher (1995): «Japanese sect tried to buy US arms, technology, Senator says», *New York Times*, 31 de octubre, A5.
Dubet, François y Michel Wieviorka (eds.) (1995): *Penser le sujet*, París, Fayard.
Duffy, Ann y Norene Pupo (eds.) (1992): *Part-time Paradox: Connecting Gender, Work and Family*, Toronto, The Canadian Publishers.
Dulong, René (1978): *Les regions, l'état et la société locale*, París, Presses Universitaires de France.
Dunaher, Kevin (ed.) (1994): *50 Years is Enough: the Case against the World Bank and the IMF*, Boston, South End Press.
Ebbinghausen, Rolf y Sighard, Neckel (eds.) (1989): *Anatomie des politischen Skandals*, Frankfurt, Suhrkamp.
Ehrenreich, Barbara (1983): *The Hearts of Men: American Dreams and the Flight from Commitment*, Garden City (NY), Anchor Press/Doubleday.
Eisenstein, Zillah R. (1981/1993): *The Radical Future of Liberal Feminism*, Boston, Northeastern University Press.
Ejército Zapatista de Liberación Nacional (1994): *Documentos y comunicados*, México, Ediciones Era (con prefacio de Antonio García de León y crónicas de Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis).
—/ Subcomandante Marcos (1995): *Chiapas: del dolor a la esperanza*, Madrid, Los libros de la catarata.
Eley, Geoff y Ronald Grigor Suny (eds.) (1996): *Becoming National: a Reader*, Nueva York, Oxford University Press.
Elliott. J. H. y J. F. de la Peña (1978): *Memoriales y cartas del Condeduque de Olivares*, Madrid, Alfaguara.
Environmental and Planning C: Government and Policy, vol. 13, págs. 503-524.
Epstein, Barbara (1991): *Political Protest and Cultural Revolution: Nonviolent Direct Action in the 1970s and 1980s*, Berkeley, University of California Press.
— (1995): «Grassroots environmentalism and strategies for social change», *New Political Science*, 32, págs. 1-24.
Ergas, Yasmine (1985): *Nelle maglie della politica: femminismo, istituzione e politiche sociale nell'Italia degli anni settanta*, Milán, Feltrinelli.
Espinosa, María y Helena Useche (1992): *Abriendo camino: historias de mujeres*, Bogotá, FUNDAC.
Esposito, John L. (1990): *The Iranian Revolution: its Global Impact*, Miami, Florida International University Press.
Esprit (1994): «Editorial: face à la telecratie», 5, págs. 3 y 4.
Etzioni, Amitai (1993): *The Spirit of Community: Rights, Responsibilities, and the Communitarian Agenda*, Nueva York, Crown.
Evans, Sara (1979): *Personal Politics: the Roots of Women's Liberation in Civil Rights Movement and the New Left*, Nueva York, Knopf.
Eyerman, Ron y Andrew Jamison (1989): «Environmental knowledge as an organizational weapon: the case of Greenpeace», *Social Science Information*, 28 (1), págs. 99-119.

Fackler, Tim y Tse-Min Lin (1995): «Political corruption and presidential elections, 1929-1992», *The Journal of Politics*, 57 (4), págs. 971-993.

Faison, Seth (1996): «Chinese cruise Internet, wary of watchdogs», *New York Times*, 5 de febrero, pág. A1.

Falk, Richard (1995): *On Humane Governance: Towards a New Global Politics*, University Park (PA), Pennsylvania State University Press.

Fallows, James (1996): *Breaking the News: How the Media Undermine American Democracy*, Nueva York, Pantheon.

Faludi, Susan (1991): *Backlash: the Undeclared War on American Women*, Nueva York, Crown.

Farnsworth Riche, Martha (1996): «How America is changing —the view from the Census Bureau, 1995», en *The World Almanac and Book of Facts*, 1996, págs. 382 y 383.

Fassin, Didier (1996): «Exclusions, underclass, marginalidad: figures contemporaines de la pauvreté urbaine en France, aux Etats-Unis et en Amerique Latine», *Revue Française de Sociologie*, 37, págs. 37-75.

Ferraresi, Franco y Pietro Kemeny (1977): *Classi sociali e politica urbana*, Roma, Officina Edizioni.

Ferrater Mora, Josep (1960): *Les formes de la vida catalana*, Barcelona, Editorial Selecta.

Ferree, Myra Marx y Beth B. Hess (1994): *Controversy and Coalition: the New Feminist Movement across Three Decades of Change*, Nueva York, Maxwell Macmillan.

— y Patricia Yancey Martin (eds.) (1995): *Feminist Organizations: Harvest of the Women's Movement*, Filadelfia, Temple University Press.

Ferrer i Girones, F. (1985): *La persecutio politica de la llengua catalana*, Barcelona, Edicions 62.

Financial Technology International Bulletin (1995): «a lawless frontier», 12 (12), pág. 10.

Fischer, Claude S. (1982): *To Dwell among Friends: Personal Networks in Town and City*, Chicago, University of Chicago Press.

— *et al.* (1995): *Inequality by Design*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

Fisher, Robert y Joseph Kling (eds.) (1993): *Mobilizing the Community: Local Politics in the Era of the Global City*, Thousand Oaks (CA), Sage.

Fitzpatrick, Mary Anne y Vangelisti, Anita L. (eds.) (1995): *Explaining Family Interactions*, Thousand Oaks (CA), Sage.

FMI y Banco Mundial (1995): *A Meeting of a Multinational Group of Parliamentarians Involved in Oversight of the IMF and the World Bank*, Washington DC, US Government Printing Office.

Fooner, Michael (1989): *Interpol: Issues in World Crime and International Criminal Justice*, Nueva York, Plenum Press.

Foucault, Michel (1976): *La volonté de savoir: histoire de la sexualité*, vol. I, París, Gallimard [edición castellana: *Historia de la sexualidad,* Madrid, Siglo XXI, 1995, 3 vols.].

— (1984a): *L'usage des plaisirs: histoire de la sexualité*, vol. II, París, NRF.

— (1984b): *La souci de soi: histoire de la sexualité*, vol. III, París, NRF.

Frankel, J. (1988): *International Relations in a Changing World*, Oxford, Oxford University Press.

Frankland, E. Gene (1995): «The rise, fall, and recovery of Die Grunen», en Richardson y Rootes (eds.), págs. 23-44.
Franklin, Bob (1994): *Packaging Politics: Political Communications in Britain's Media Democracy*, Londres, Edward Arnold.
Freeman, Michael (1994): «Polls set spending record», *Mediaweek*, 4 (44), pág. 6
Friedland, Lewis A. (1996): «Electronic democracy and the new citizenship», *Media, Culture, and Society*, 18, págs. 185-211.
Friedrich, Carl, J. (1966): «Political pathology», *Political Quarterly*, 37, pág. 74.
Fujita, Shoichi (1995): *Aum Shinrikyo Jiken* (Los incidentes de Aum Shinrikyo), Tokio, Ashai-Shinbunsha.
Funk, Nanette y Magda Mueller (eds.) (1993): *Gender Politics and Post-Communism: Reflections from Eastern Europe and the Former Soviet Union*, Nueva York, Routledge.
Fuss, Diana (1989): *Essentially Speaking: Feminism, Nature, and Difference*, Londres, Routledge.
Ganley, Gladys G. (1991): «Power to the people via personal electronic media», *The Washington Quarterly*, primavera, págs. 5-22.
Gans, Herbert J. (1995): *The War against the Poor: the Underclass and Anti-poverty Policy*, Nueva York, Basic Books.
Garaudy, Roger (1990): *Integrismes*, París, Belfont [edición castellana: *Los integrismos,* Barcelona, Gedisa, 1996].
Garber, Doris A. (1984): *Mass Media in American Politics*, 2ª ed., Washington DC, CQ Press.
— (1996): «The new media and politics — what does the future hold?», *Political Science and Politics*, 29 (1), págs. 33-36.
García Cotarelo, Ramón (1995): *La conspiración*, Barcelona, Ediciones B.
García de León, Antonio (1985): *Resistencia y utopía: memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, vol. 2, México, Ediciones Era.
García-Ramón, Maria Dolors y Joan Nogué-Font (1994): «Nationalism and geography in Catalonia», en Hooson (ed.), págs. 197-211.
Garment, Suzanne (1991): *Scandal: the Culture of Mistrust in American Politics*, Nueva York, New York Times Books.
Garramone, Gina M. *et al.* (1990): «Effects of negative political advertising on the political process», *Journal of Broadcasting and Electronic Media*, 34 (3), págs. 299-311.
Gates, Henry Louis jr. (1996): *The Future of the Race*, Nueva York, Alfred Knopf.
Gelb, Joyce y Marian Lief-Palley (eds.) (1994): *Women of Japan and Korea: Continuity and Change*, Filadelfia, Temple University Press.
Gellner, Ernest (1983): *Nations and Nationalism*, Ithaca (NY), Cornell University Press (publicado originalmente por Blackwell, Oxford) [edición castellana: *Naciones y nacionalismos,* Madrid, Alianza, 1997].
Gerami, Shahin (1996): *Women and Fundamentalism: Islam and Christianity*, Nueva York, Garland.
Gerbner, George, Hamid Mowlana y Kaarle Nordenstreng (eds.) (1993): *The Global Media Debate: its Rise, Fall, and Renewal*, Norwood (NJ), Ablex.
Giddens, Anthony (1985): *A Contemporary Critique of Historical Materialism,*

vol. II: *The Nation-state and Violence*, Berkeley: University of California Press.
— (1991): *Modernity and Self-identity: Self and Society in the Late Modern Age*, Cambridge, Polity Press [edición castellana: *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Ed 62, 1995].
— (1992): *The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies*, Stanford, Stanford University Press [edición castellana: *La transformación de la identidad*, Madrid, Cátedra, 1996].
Gil, Jorge *et al.* (1993): «La red de poder mexicana: el caso de Miguel Alemán», *Revista Mexicana de Sociología*, 3/95, págs. 103-120.
Ginsborg, Paul (ed.) (1994): *Stato dell'Italia*, Milano, Il Saggiatore.
Giroux, Henry A. (1996): *Fugitive Cultures: Race, Violence and Youth*, Nueva York, Routledge.
Gitlin, Todd (1980): *The Whole World is Watching: Mass Media in the Making and Unmaking of the New Left*, Berkeley, University of California Press.
Gleason, Nancy (1995): «Freenets: cities open the electronic door», *Government Finance Review*, 11 (4), págs. 54 y 55.
Godard, Francis (ed.) (1996): *Villes*, número especial de *Le Courrier du CNRS*, París, Centre National de la Recherche Scientifique.
Gohn, Maria da Gloria (1991): *Movimientos sociais e luta pela moradia*, São Paulo, Edicoes Loyola.
Golden, Tim (1995): «A cocaine trail in Mexico points to official corruption», *New York Times*, 19 de abril, págs. 1, 8.
Goldsmith, M. (1993): «The Europeanisation of local government», *Urban Studies*, 30, págs. 683-699.
Gole, Nilufer (1995): «L'emergence du sujet islamique», en Dubet y Wieviorka (eds.), págs. 221-234.
Gonsioreck, J. C. y Weinrich, J. D. (1991): *Homosexuality: Research Implications for Public Policy*, Newbury Park (CA), Sage.
Goode, William J. (1993): *World Changes in Divorce Patterns*, New Haven, Yale University Press.
Gottlieb, Robert (1993): *Forcing the Spring: the Transformation of the American Environmental Movement*, Washington DC, Island Press.
Graf, James E. (1995): «Global information infrastructure first principles», *Telecommunications*, 29 (1), págs. 72 y 73.
Graham, Stephen (1995): «From urban competition to urban collaboration? The development of interurban telematic networks», *Environment and Planning C: Government and Policy*, 13, págs. 503-524.
Granberg, A. (1993): «The national and regional commodity markets in the USSR: trends and contradictions in the transition period», *Papers in Regional Science*, 72, pág. 1.
— y H. Spehl (1989): *Regionale Wirstchaftspolitik in der UdSSR und der BRD*, informe para el Cuarto Seminario Soviético-Alemán Occidental sobre Desarrollo Regional, Kiev, 1-10 de octubre de 1989.
Greenberg, Stanley B. (1995): *Middle Class Dreams: The Politics of Power of the New American Majority*, Nueva York, Times Books.
Gremion, Pierre (1976): *Le pouvoir périphérique*, París, Seuil.

Grier, Peter (1995): «Preparing for the 21st century information war», *Government Executive*, 28 (8), págs. 130-132.
Griffin, Gabriele (ed.) (1995): *Feminist Activism in the 1990s*, Londres, Francis and Taylor.
— *et al.* (eds.) (1994): *Stirring It: Challenges for Feminism*, Londres, Francis and Taylor.
Grosz, Elizabeth (1995): *Space, Time, and Perversion*, Londres, Routledge.
Grubbe, Peter (1993): *Selbstbedienungsladen: vom Verfall der demokratischen Moral*, Wuppertal, Hammer.
Grupo de Expertos de Alto Nivel (1996): *The Information Society in Europe*, Informe para la Comisión Europea, Bruselas, Comisión de la Unión Europea.
Guehenno, Jean Marie (1993): *La fin de la démocratie*, París, Flammarion. Leído en la traducción española, Barcelona, Paidós, 1995.
Gumbel, Andrew (1994): «French deception», *New Statesman and Society*, 7, 328, pág. 24.
Gunlicks, Arthur B. (ed.) (1993): *Campaign and Party Finance in North America and Western Europe*, Boulder (Col.), Westview Press.
Habermas, Jürgen (1973): *Legitimation Crisis*, Boston, Beacon Press.
Hacker, Kenneth L. (1996): «Missing links and the evolution of electronic democratization», *Media, Culture, and Society*, 18, págs. 213-323.
Hadden, Jeffrey y Hanson Shupe (1989): *Fundamentalism and Secularization Reconsidered*, Nueva York, Paragon House.
Hage, Jerald y Charles Powers (1992): *Postindustrial Lives. Roles and Relationships in the 21ts Century*, Londres, Sage.
Halperin, David M., John J. Winkler y Froma I. Zeitlin (eds.) (1990): *Before Sexuality: the Construction of Erotic Experience in the Ancient Greek World*, Princeton (NJ), Princeton University Press.
Halperin Donghi, Tulio (1969): *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial.
Handelman, Stephen (1995): *Comrade Criminal: Russia's New Mafiya*, New Haven, Yale University Press.
Hay, Colin (1994): «Environmental security and state legitimacy», *Capitalism, Nature, Socialism*, 1, págs. 83-98.
Heard, Alex (1995): «The road to Oklahoma City», *The New Republic*, 15 de mayo.
Heidenheimer, Arnold J., Michael Johnston y Victor T. LeVine (eds.) (1989): *Political Corruption: a Handbook*, New Brunswick (NJ), Transaction.
Held, David (1991): «Democracy, the nation-state and the global system», *Economy and Society*, 20 (2), págs. 138-172.
— (ed.) (1993): *Prospects for Democracy*, Cambridge, Polity Press.
Heller, Karen S. (1992): «Silence equals death: discourses on AIDS and identity in the gay press, 1981-1986», tesis doctoral inédita, San Francisco, Universidad de California.
Helvarg, David (1995): «The anti-enviro connection», *The Nation*, 22 de mayo.
Hempel, Lamont C. (1996): *Environmental Governance: the global Challenge*, Washington DC, Island Press.
Herek, Gregory M. y Beverly Greene (eds.) (1995): *HIV, Identity and Community: the HIV Epidemics*, Thousand Oaks (CA), Sage.

Hernández Navarro, Luis (1995): *Chiapas: la guerra y la paz*, México, ADN Editores.

Hester, Marianne, Liz Kelly y Jill Radford (1995): *Women, Violence, and Male Power: Feminist Activism, Research and Practice,* Filadelfia, Open University Press.

Hicks, L. Edward (1994): *Sometimes in the Wrong, but Never in Doubt: George S. Benson and the Education of the New Religious Right*, Knoxville, University of Tennessee Press.

Himmelfarb, Gertrude (1995): *The De-moralization of Society: from Victorian Virtues to Modern Values*, Nueva York, Alfred Knopf.

Hirkett, Mervyn (1992): *Some to Mecca Turn to Pray. Islamic Values in the Modern World*, St Albans, Claridge Press.

Hiro, Dilip (1989): *Holy Wars: The Rise of Islamic Fundamentalism,* Nueva York, Routledge.

Hirst, Paul y Grahame Thompson (1996): *Globalization in Question: the International Economy and the Possibilities of Governance*, Cambridge, Polity Press.

Hobsbawm, Eric J. (1990): *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1992): *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica (versión ampliada y actualizada de la publicación original en inglés de 1990).

— (1994): *The Age of Extremes: a History of the World, 1914-1991*, Nueva York, Pantheon Books [versión castellana: *The Age of Extremes,* Barcelona, Crítica, 1995].

Hochschild, Jennifer L. (1995): *Facing up to the American Dream: Race, Class, and the Soul of the Nation,* Princeton (NJ), Princeton University Press.

Holliman, Jonathan (1990): «Environmentalism with a global scope», *Japan Quarterly*, julio-septiembre, págs. 284-290.

hooks, bell (1989): *Talking Back: Thinking Feminist, Thinking Black*, Boston, South End Press.

— (1990): *Yearning: Race, Gender, and Cultural Politics,* Boston, South End Press.

— (1993): *Sisters of the Yaw: Black Women and Self-Recovery*, Boston, South End Press.

Hooson, David (1994a): «Ex-Soviet Identities and the return of geography», en Hooson (ed.), págs. 134-140.

— (ed.) (1994b): *Geography and National Identity*, Oxford, Blackwell.

Horsman, M. y A. Marshall (1994): *After the Nation State*, Nueva York, HarperCollins.

Horton, Tom (1991): «The green giant», *Rolling Stone*, 5 de septiembre, págs. 43-112.

Hsia, Chu-joe (1996), comunicación personal.

Hsing, You-tien (1996): *Making Capitalism in China: the Taiwan Connection*, Nueva York, Oxford University Press.

Hughes, James (1994): «The "Americanization" of Russian politics: Russia's first television election, December 1993», *The Journal of Communist Studies and Transition Politics*, 10 (2), págs. 125-150.

Hulsberg, Werner (1988): *The German Greens: a Social and Political Profile*, Londres, Verso.

Hunter, Robert (1979): *Warriors of the Rainbow: a Chronicle of the Greenpeace Movement*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
— «Issues, candidate image and priming: the use of private polls in Kennedy's 1960 presidential campaign», *American Political Science Review*, 88 (3), págs. 527-540.
Inoguchi, Takashi (1993): «Japanese politics in transition: a theoretical review», *Government and Opposition*, 28 (4), págs. 443-455.
Instituto Dentsu de Estudios Humanos (1994): *Media in Japan*, Tokio, DataFlow International.
Irigaray, Luce (1977/1985): *Ce sexe qui n'en est pas un*, leído en la traducción inglesa (1985): Ithaca (NY), Cornell University Press [versión castellana: *Ese sexo que no es uno,* Madrid, Saltes, 1982].
— (1984/1993): *Ethique de la difference sexuelle*, leído en la traducción inglesa (1993): Ithaca (NY), Cornell University Press.
Irving, Larry *et al.,* (1994): «Steps towards a global information infrastructure», *Federal Communications Law Journal*, 47 (2), págs. 271-279.
Ivins, Molly (1995): «Fertilizer of hate», *The Progressive*, junio.
Jacobs, Lawrence R. y Robert Y. Shapiro (1995): «The rise of presidential polling: the Nixon White House in historical perspective», *Public Opinion Quarterly*, 59, págs. 163-195.
Janowitz, Morris (1976): *Social Control of the Welfare State*, Chicago, University of Chicago Press.
Jacquette, Jane S. (ed.) (1994): *The Women's Movement in Latin America. Participation and Democracy*, Boulder (Colo.), Westview Press.
Jarrett-Macauley, Delia (ed.) (1996): *Reconstructing Womanhood, Reconstructing Feminism: Writings on Black Women*, Londres, Routledge.
Jelen, Ted (ed.) (1989): *Religion and Political Behavior in America*, Nueva York, Praeger.
— (1991): *The Political Mobilization of Religious Belief*, Nueva York, Praeger.
Johansen, Elaine R. (1990): *Political Corruption: Scope and Resources. An Annotated Bibliography*, Nueva York, Garland.
Johnson, Chalmers (1982): *MITI and the Japanese Miracle*, Stanford, Stanford University Press.
— (1995): *Japan: Who Governs? The Rise of the Developmental State*, Nueva York, W. W. Norton.
Johnston, R. J. David Knight y Eleanor Kofman (eds.) (1988): *Nationalism, Self-determination, and Political Geography*, Londres, Croom Helm.
Jordan, June (1995): «In the land of white supremacy», *The Progressive*, junio.
Judge, David, Gerry Stokes y Hall Wolman (1995): *Theories of Urban Politics,* Thousand Oaks (CA), Sage.
Juergensmayer, Mark (1993): *The New Cold War? Religious Fundamentalism Confronts the Secular State*, Berkeley, University of California Press.
Jutglar, Antoni (1966): *Els burgesos catalans*, Barcelona, Fontanella.
Kahn, Robert E. (1994): «The role of government in the evolution of the Internet», *Communications of the ACM*, 37 (8), págs. 15-19.
Kahne, Hilda y Janet Z. Giele (eds.) (1992): *Women's Work and Women's Lives: The Continuing Struggle Worldwide*, Boulder (Colo.), Westview Press.

Kaid, Lynda Lee y Christina Holtz-Bacha (eds.) (1995): *Political Advertising in Western Democracies*, Thousand Oaks (CA), Sage.
Kaminiecki, Sheldon (ed.) (1993): *Environmental Politics in the International Arena: Movements, Parties, Organizations, Policy*, Albany, State University of New York Press.
Kanagy, Conrad L. *et al.* (1994): «Surging environmentalisms: changing public opinion or changing publics», *Social Science Quarterly*, 75 (4), págs. 804-819.
Katznelson, Ira (1996): *Liberalism's Crooked Circle: Letters to Adam Michnick*, Princeton (NJ), Princeton University Press.
Kazin, Michael (1995): *The Populist Persuasion: an American History*, Nueva York, Basic Books.
Keating, Michael (1995): *Nations against the State: the New Politics of Nationalism in Quebec, Catalonia, and Scotland*, Nueva York, St Martin's Press.
Keen, Sam (1991): *Fire in the Belly: on Being a man*, Nueva York, Bantam Books.
Kelly, Petra (1994): *Thinking Green: Essays on Environmentalism, Feminism, and Nonviolence*, Berkeley, Parallax Press.
Kepel, Gilles (1995): «Entre societé et communauté: les musulmans au Royaume-Uni et en France aujourd'hui», en Dubet y Wieviorka (eds.), págs. 273-288.
Khazanov, Anatoly M. (1985): *After the USSR: Ethnicity, Nationalism, and Politics in the Commonwealth of Independent States*, Madison, University of Wisconsin Press.
Khosrokhavar, Farhad (1995): «Le quasi-individu: de la néo-communauté à la nécro-communauté», en Dubet y Wieviorka (eds.), págs. 235-256.
Khoury, Philip y Joseph Kostiner (eds.) (1990): *Tribes and State Formation in the Middle East*, Berkeley, University of California Press.
Kim, Marlene (1993): «Comments», en Cobble (ed.), págs. 85-92.
King, Anthony (1984): «Sex, money and power: political scandals in Britain and the United States», Colchester, University of Essex, Essex Papers in Politics and Government.
King, Joseph P. (1989): «Socioeconomic development and corrupt campaign practices in England», en Heidenheimer *et al.* (eds.)., págs. 233-250.
Kiselyova, Emma y Manuel Castells (1997): *The New Russian Federalism in Siberia and the Far East*, Berkeley, University of California, Center for Eastern European and Slavic Studies/Center for European Studies, trabajo de investigación.
Klanwatch/Militia Task Force (KMTF) (1996): «False Patriots. The Threat from Antigovernment Extremist», Montgomery (Alabama), Southern Poverty Law Center.
Klinenberg, Eric y Andrew Perrin (1996): «Symbolic politics in the Information Age: the 1996 presidential campaign in cyberspace», Berkeley, University of California, Department of Sociology, trabajo de investigación para Soc 290.2, inédito.
Kolodny, Annette (1984): *The land before Her: Fantasy and Experience of the American Frontiers, 1630-1860*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
Kozlov, Viktor (1988): *The peoples of the Soviet Union*, Bloomington (Ind.), Indiana University Press.

Kraus, K. y A. Knight (1995): *State, Society, and the UN System: Changing Perspectives on Multilateralism*, Nueva York, United Nations University Press.
Kuppers, Gary (ed.) (1994): *Compañeras: Voices from the Latin American Women's Movement*, Londres, Latin American Bureau.
Kuttner, Robert (1995): «The net as free-market utopía? Think again», *Business Week*, 4 de septiembre, pág. 24.
Lamberts-Bendroth, Margaret (1993): *Fundamentalism and Gender: 1875 to Present*, New Haven (CT), Yale University Press.
Langguth, Gerd (1984): *The Green Factor in German Politics: from Protest Movement to Political Party*, Boulder (Colo.), Westview Press.
Lasch, Christopher (1980): *The Culture of Narcissism*, Londres, Abacus.
Laserna, Roberto (1992): *Productores de democracia: actores sociales y procesos políticos*, Cochabamba, Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social.
Lash, Scott y John Urry (1994): *Economies of Signs and Space*, Londres, Sage.
Laumann, Edward O. *et al.* (1994): *The Social Organization of Sexuality: Sexual Practices in the United States*, Chicago, University of Chicago Press.
L'Avenç: Revista d'Història (1996): número especial: «Catalunya-Espanya», núm. 200, febrero.
Lavrakas, Paul J. *et al.* (eds.) (1995): *Presidential Polls and the New Media*, Boulder (Colo.), Westview Press.
Lawton, Kim A. (1989): «Whatever happened to the Religious Right?», *Christianity Today*, 15 de diciembre, pág. 44.
Leal, Jesús *et al.* (1996): *Familia y vivienda en España*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Instituto de Sociología, informe de investigación.
Lechner, Frank J. (1991): «Religion, law, and global order», en Robertson y Garrett (eds.), págs. 263-280.
Lesthaeghe, R. (1995): «The second demographic transition in Western countries: an interpretation», en Mason y Jensen (eds.), págs. 17-62.
Levin, Murray B. (1987): *Talk Radio and the American Dream*, Lexington (MA), Hearth.
Levine, Martin (1979): «Gay ghetto», en Martin Levine (ed.), *Gay Men,* Nueva York, Harper & Row.
Lewis, Bernard (1988): *The Political Language of Islam*, Chicago, University of Chicago Press.
Lewis, Peter H. (1996a): «Judge temporarily blocks law that bars indecency on Internet», *New York Times,* 16 de febrero, págs. C1-C16.
— (1996b): «Judges turn back law to regulate Internet decency», *New York Times*, 13 de junio, pág. A1.
Leys, Colin (1989): «What is the problem about corruption?», en Heindenheimer *et al.* (eds.), págs. 51-66.
L'Histoire (1993): dossier especial «Argent, politique et corruption: 1789-1993» mayo, 166, pág. 48 ss.
Li, Zhilan (1995): «Shangai, Guandong ruheyu zhongyang zhouxuan» (¿Cómo negociaron Shangai y Guandong con el gobierno central?), *The Nineties Monthly*, diciembre, 311, págs. 36-39.
Lienesch, Michael (1993): *Redeeming America: Piety and Politics in the New Christian Right*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Lipschutz, Ronnie D. y Ken Coca (1993): «The implications of global ecological interdependence», en Ronnie D. Lipschutz y Ken Coca (eds.), *The State and Social Power in Global Environmental Politics*, Nueva York, Columbia University Press.
Lipset, Seymour M. (1996): *American Exceptionalism: a Double-edged Sword*, Nueva York, Norton.
— y Raab, Earl (1978): *The Politics of Unreason: Right-wing Extremism in America, 1790-1970*, Nueva York, Harper & Row.
Lloyd, Gary A. y J. Kuselewickz (eds.) (1995): *HIV Disease: Lesbians, Gays, and the Social Services*, Nueva York, Haworth Press.
Lodato, Saverio (1994): *Quindici anni di Mafia*, Milán, Biblioteca Universale Rizzoli.
Longman (1990): *Political Scandals and Causes Célèbres since 1945*, Londres, Longman's International Reference Compendium.
Lowi, Theodore J. (1988): «Prefacio» en Markovits y Silverstein (eds.), págs. vii-xii.
Luecke, Hanna (1993): *Islamischer Fundamentalismus — Rueckfall ins Mittelalter oder Wegbereiter der Moderne?*, Berlín, Klaus Schwarz Verlag.
Lyday, Corbin (ed.) (1994): *Ethnicity, Federalism and Democratic Transition in Russia: A Conference Report*, Informe de una Conferencia patrocinada por el Programa de Berkeley-Stanford de Estudios Soviéticos y Postsoviéticos celebrada en Berkeley del 11 al 17 de noviembre de 1993.
Lyon, David (1994): *The Electronic Eye: the Rise of Surveillance Society*, Cambridge, Polity Press [edición castellana: *El ojo electrónico*, Madrid, Alianza, 1995].
MacDonald, Greg (1990): *The Emergence of Multimedia Conglomerates*, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo, Programa de Empresas Multinacionales, documento de trabajo 70.
McDonogh, Gary W. (ed.) (1986): *Conflict in Catalonia*, Gainsville, University of Florida Press.
McGrew, Anthony G. (1992a): «Global politics in a transitional era», en McGrew *et al.* (eds.), págs. 312-330.
— (1992b): «Military technology and the dynamics of global militarization», en McGrew *et al.* (eds.), págs. 83-117.
— Lewis, Paul G. *et al.* (1992): *Global Politics: Globalization and the Nation State*, Cambridge, Polity Press.
McInnes, Colin (1992): «Technology and modern warfare», en Baylis y Rengger (eds.), págs. 130-158.
— y G. D. Sheffield (ed.) (1988): *Warfare in the 20th Century: Theory and Practice*, Londres, Unwin Hyman.
McLaughlin, Andrew (1993): *Regarding Nature: Industrialism and Deep Ecology*, Albany, State University of New York Press.
Macy, Joanna (1991): *World as Lover, World as Self*, Berkeley, Parallax Press.
Magleby, David B. y Candice J. Nelson (1990): *The Money Chase: Congressional Campaign Finance Reform*, Washington DC, Brookings Institution.
Maheu, Louis (1995): «Les mouvements sociaux: plaidoyer pour une sociologie de l'ambivalence», en Dubet y Wieviorka (eds.), págs. 313-334.
Mainichi Shinbun (1995), 1 de mayo.

Manes, Christopher (1990): *Green Rage: Radical Environmentalism and the Un making of Civilization*, Boston, Little Brown.
Mansbridge, Jane (1995): «What is the feminist movement?», en Ferree y Martin (eds.), págs. 27-34.
Markovits, Andrei S. y Mark Silverstein (eds.) (1988a): *The Politics of Scandal: Power and Process in Liberal Democracies*, Nueva York, Holmes y Meier.
— (1988b): «Power and process in liberal democracies», en Markovits y Silverstein (eds.), págs. 15-37.
Márquez, Enrique (1995): *Por qué perdió Camacho*, México, Océano.
Marsden, George M. (1980): *Fundamentalism and American Culture: the Shaping of the 20th Century Evangelicalism, 1870-1925*, Nueva York, Oxford Univesity Press.
Martínez Torres, María Elena (1994): «The Zapatista rebellion and identity», Berkeley, University of California, Program of Latin American Studies, trabajo de investigación inédito.
— (1996): «Networking global civil society: the Zapatista movement. The first informational guerrilla», Berkeley, University of California, trabajo de seminario para CP 229 (inédito).
Marty, Martin E. (1988): «Fundamentalism as a social phenomenon», *Bulletin of the American Academy of Arts and Sciences*, 42, págs. 15-29.
— y Appleby, Scott (eds.) (1991): *Fundamentalism Observed*, Chicago, University of Chicago Press.
Masnick, George S. y Nancy M. Ardle (1994): *Revised US Households Projections: New Methods and New Assumptions*, Cambridge (Mass.), Harvard University, Graduate School of Design/John F. Kennedy School of Government, Joint Center for Housing Studies, Working Paper Series.
— y Joshua M. Kim (1995): *The Decline of Demand: Housing's Next Generation*, Cambridge (Mass.), Harvard University Joint Center for Housing Studies, Working Paper Series.
Mason, Karen O. y Jensen, An-Magritt (1995): *Gender and Family Change in Industrialized Countries*, Nueva York, Oxford University Press.
Mass, Lawrence (1990): *Dialogues of the Sexual Revolution*, Nueva York, Haworth Press.
Massolo, Alejandra (1992): *Por amor y coraje: Mujeres en movimientos urbanos de la Ciudad de México*, México, El Colegio de México.
Mattelart, Armand (1991): *La communication-monde: histoire des idées et des strategies*, París, La Decouverte.
Matthews, Nancy A. (1989): «Surmounting a legacy: the expansion of racial diversity in a local anti-rape movement», *Gender and Society*, 3, págs. 519-533.
Maxwell, Joe y Andrés Tapia (1995): «Guns and Bibles», *Christianity Today*, 39 (7), pág. 34.
Mayer, William G. (1994): «The polls — poll trends: the rise of the new media», *Public Opinion Quarterly*, 58, págs. 124-146.
Mayorga, Fernando (1993): *Discurso y política en Bolivia*, La Paz, ILDIS-CERES.
Mejía Barquera, Fernando *et al.* (1985): *Televisa: el quinto poder,* México, Claves Latinoamericanas.

Melchett, Peter (1995): «The fruits of passion», *New Statesman and Society*, 28 de abril, págs. 37 y 38.
Melucci, Alberto (1995): «Individualisation et globalisation: au-delà de la modernité?», en Dubet y Wieviorka (eds.), págs. 433-448.
Meny, Yves (1992): *La corruption de la République*, París, Fayard.
Merchant, Carolyn (1980): *The Death of Nature: Women, Ecology, and the Scientific Revolution*, Nueva York, Harper and Row.
Mesa, Carlos D. (1986): «Cómo se fabrica un presidente», en *Cuarto Intermedio*, págs. 4-23.
Michelson, William (1985): *From Sun to Sun: Daily Obligations and Community Structure in the Lives of Employed Women and their Families*, Totowa (NJ), Rowman and Allanheld.
Mikulsky, D. V. (1992): *Ideologicheskaya kontsptsiya Islamskoi partii vorzrozhdeniya* (Concepto ideológico del Partido de Renovación Islámica), Moscú, Fondo Gorbachov.
Minc, Alain (1993): *La nouveau Moyen Age*, París, Gallimard [edición castellana: *La nueva Edad Media*, Madrid, Temas de Hoy, 1994].
Misztal, Bronislaw y Anson Shupe (1992a): «Making sense of the global revival of fundamentalism», en Bronislaw y Shupe (eds.), págs. 3-9.
— (1992b): *Religion and Politics in Comparative Perspective: Revival of Religious Fundamentalism in East and West*, Westport (Conn.), Praeger.
Mitchell, Juliet (1966): «Women: the longest revolution», *New Left Review*, 40, noviembre/diciembre.
Miyadai, Shinji (1995): *Owarinaki Nichijo of Ikiro* (Vivir en la vida cotidiana interminable), Tokio, Chikuma-Shobo.
Moen, Matthew C. (1992): *The Transformation of the Christian Right*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.
— y Gustafson Lowell S. (eds.) (1992): *The Religious Challenge to the State*, Filadelfia, Temple University Press.
Mokhtari, Fariborz (ed.) (1994): *Peacemaking, Peacekeeping and Coalition Warfare: the Future of the UN*, Washington DC, National Defense University.
Monnier, Alain y Catherine Guibert-Lantoine (1993): «La conjoncture démographique: l'Europe et les pays développés d'outre-mer», *Population*, 48 (4), págs. 1.043-1.067.
Moog, Sandra (1995): «To the root: the mobilization of the culture concept in the development of radical environmental thought», Berkeley, University of California, Department of Anthropology, trabajo de seminario para Anthro. 250X (inédito).
— (1996): «Electronic media and informational politics in America», Berkeley, University of California, Department of Sociology, trabajo de investigación para Soc. 290.2 (inédito).
Moore, David W. (1992): *The Superpollsters: How They Measure and Manipulate Public Opinion in America*, Nueva York, Four Walls Eight Windows.
Moreau Deffarges, Philippe (1993): *La mondialisation: vers la fin des frontières?*, París, Dunod.
Moreno Toscano, Alejandra (1996): *Turbulencia política: causas y razones del 94*, México, Océano.
Morgen, Sandra (1988): «The dream of diversity, the dilemmas of difference: race

and class contradictions in a feminist health clinic», en J. Sole (ed.), *Anthropology for the Nineties*, Nueva York, Free Press.
Morin, Edgar y Anne B. Kern (1993): *Terre-Patrie*, París, Seuil.
Morris, Stephen D. (1991): *Corruption and Politics in Contemporary Mexico*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
Moscow Times (1996): «Style beats substance in ad campaigns», 30 de mayo, pág. 1.
Moser, Leo (1985): *The Chinese Mosaic: the Peoples and Provinces of China*, Londres, Westview Press.
Mouffe, Chantal (1995): «The end of politics and the rise of the radical right», *Dissent*, otoño, pág. 488.
Mundy, Alicia (1996): «Taking a poll on polls», *Media Week*, 6 (8), págs. 17-20.
Murray, Charles y Richard Herrnstein (1994): *The Bell Curve: Intelligence and Class Structure in American Life*, Nueva York, Free Press.
Nadal i Farreras, Joaquim y Philippe Wolff (eds.) (1992): *Historia de Cataluña*, Barcelona, Oikos-Tau.
Nair, Sami (1996): «La crisis argelina», en *Claves*, abril, págs. 14-17.
Nakazawa, Shinichi *et al.* (1995): «AUM Jiken to wa Nandatta no ka» (¿Fue Aum un incidente?), en *Kokoku Hihyo*, junio.
Nash, June *et al.* (1995): *La explosión de comunidades en Chiapas*, Copenhague, International Working Group on Indian Affairs, documento IWGIA núm. 16.
Navarro, Vicente (1994): *The Politics of Health Policy: The US Reforms, 1980-1994*, Oxford, Blackwell.
— (1995): «Gobernabilidad, desigualdad y estado del bienestar. La situación en Estados Unidos y su relevancia para Europa», Barcelona, ponencia presentada en el Simposio Internacional sobre Gobernabilidad, Desigualdad y Políticas Sociales, organizado por el Institut d'Estudis Socials Avancats, 23-25 de noviembre (inédita).
Negroponte, Nicholas (1995): *Being Digital*, Nueva York, Alfred Knopf [edición castellana: *El mundo digital*, Barcelona, Ediciones B, 1996].
Nieto, Miguel Ángel (1997): *Cazadores de Noticias*, Madrid, Temas de Hoy.
Norman, E. Herbert (1940): *Japan's Emergence as a Modern State: Political and Economic Problems of the Meiji Period*, Nueva York, Institute of Pacific Relations.
Nunnenkamp, Peter *et al.* (1994): *Globalisation of Production and Markets*, Tubinga, Kieler Studien, J. C. B. Mohr.
OCDE (1993-1995): *Employment Outlook*, París, OCDE.
OCDE (1994a): *The OECD Jobs Study*, París, OCDE.
OCDE (1994b): *Women and Structural Change: New Perspectives*, París, OCDE.
OCDE (1995): *Labour Force Statistics*, París, OCDE.
Offen, Karen (1988): «Defining feminism: a comparative historical approach», *Signs*, 14 (11), págs. 119-157.
Oficina del Censo de los Estados Unidos (1994): *Diverse Living Arrangements of Children*, Washington DC.
— (1996): *Composition of American households*, Washington DC, Department of Commerce.
Ohama, Itsuro (1995): «AUM toitu Danso» (Aum como un intento de desconectarse de la historia), en *Seiron*, julio.

ONU (1970-1995): *Demographic Yearbook*, varios años, Nueva York, Naciones Unidas.
ONU (1995): *Women in a Changing Global Economy: 1994 World Survey on the Role of Women in Development*, Nueva York, Naciones Unidas.
ONU, Comisión sobre el Gobierno Global (1995): *Report of the Commission*, Nueva York, Naciones Unidas.
ONU, Consejo Económico y Social (1994): «Problems and Dangers Posed by Organized Transnational Crime in the Various Regions of the World», documento de fondo de la Conferencia Ministerial Mundial sobre el Delito Transnacional Organizado, Nápoles, 21-23 de noviembre (inédito).
Orr, Robert M. (1995): «Home-grown terrorism plagues both the US and Japan», *Tokyo Business*, julio.
Orstrom, Moller, J. (1995): *The Future European Model: Economic Internationalization and Cultural Decentralization*, Westport (Conn.), Praeger.
Osawa, Masachi (1995): «AUM wa Naze Sarin ni Hashitakka?» (¿Por qué AUM utilizó sarin?), en *Gendai*, octubre.
Ostertag, Bob (1991): «Greenpeace takes over the world», *Mother Jones*, marzo-abril, págs. 32-87.
Oumlil, Ali (1992): *Islam et état national*, Casablanca, Editions Le Fennec.
Page, Benjamin I. y Robert Y. Shapiro (1992): *The Rational Public: Fifty Years of Trends in American's policy Preferences*, Chicago, University of Chicago Press.
Pagano, Michael A. y Ann O'M. Bowman (1995): «The state of American federalism, 1994-1995», *Publius: The Journal of Federalism*, 25 (3), págs. 1-21.
Panarin, Alexander S. (1994): «Rossia v evrazii: geopolitisichie vyzovy i tsivilizatsionntye otvetny», *Voprosy Filosofii*, 12, págs. 19-31 (leído en *Russian Social Science Review: A Journal of Translations*, mayo-junio de 1996, págs. 35-53).
Pardo, Mary (1995): «Doing it for the kids: Mexican American community activists, border feminists?», en Ferree y Martin (eds.), págs. 356-371.
Partido Revolucionario Institucional (1994): *La reforma del PRI y el cambio democrático en México*, México Editorial Limusa.
Patterson, T. E. (1993): *Out of Order: How the Decline of the Political Parties and the Growing Power of the News Media Undermine the American Way of Electing Presidents*, Nueva York, Alfred Knopf.
Pattie, Charles *et al.* (1995): «Winning the local vote: The effectiveness of constituency campaign spending in Great Britain, 1983-1992», *American Political Science Review*, 89 (4), págs. 969-985.
Pérez-Argote, Alfonso (ed,) (1989): *Sociología del nacionalismo*, Vitoria, Argitarapen Zerbitzua Euskal Herriko Unibertsitatea.
Pérez-Fernández del Castillo, Germán *et al.* (1995): *La voz de los votos: un análisis crítico de las elecciones de 1994*, México, Miguel Angel Porrúa Grupo Editorial.
Pérez Iribarne, Eduardo (1993a): *La opinión pública al poder*, La Paz, Empresa Encuestas y Estudios.
— (1993b): «La televisión imposible», *Fe y Pueblo*, 3, págs. 67-84.
Pérez-Tabernero, Alfonso *et al.* (1993): *Concentración de la comunicación en Europa: empresa comercial e interés público*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, Centre d'Investigació de la Comunicació.

Phillips, Andrew (1992): «Pocketbook politics: Britain's Tories face a tough fight against Labour Party rivals in an April election», *Maclean's*, 105 (12), págs. 22-25.
Philo, Greg (1993): «Political advertising, popular belief and the 1992 British general election», *Media, Culture, and Society*, 15 (3), págs. 407-418.
Pi, Ramón (ed.) (1996): *Jordi Pujol: Cataluña, España*, Madrid, Espasa Hoy.
Pinelli, Antonella (1995): «Women's condition, low fertility, and emerging union patterns in Europe», en Mason y Jensen (eds.), págs. 82-104.
Pipes, Richard (1954): *The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism, 1917-1923*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
Piscatori, James (1986): *Islam in a World of Nation-states*, Cambridge, Cambridge University Press.
Pi-Sunyer, Oriol (1991): «Catalan politics and Spanish democracy: the matter of cultural sovereignty», en Azevedo (ed.), págs. 1-20.
Plant, Judith (1991): «Ecofeminism», en Dobson (ed.), págs. 100-104.
Po, Lan-chih (1996): «Feminism, identity, and women's movements: theoretical debates and a case study in Taiwan», Berkeley, University of California, Department of City and Regional Planning, trabajo de investigación (inédito).
Poguntke, Thomas (1993): *Alternative Politics: the German Green Party*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
Pollith, Katha (1995): «Subject to debate», *The Nation*, 260 (22), pág. 784.
Porrit, Jonathan (1994): *Seeing Green: the Politics of Ecology Explained*, Oxford, Blackwell.
Portes, Alejandro *et al.* (eds.) (1989): *The Informal Economy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
Poulantzas, Nicos (1978): *L'état, le pouvoir, le socialisme*, París, Presses Universitaires de France-Politiques [edición castellana: *Estado, poder y socialismo,* Madrid, Siglo XXI, 1980].
Prat de la Riba, Enric (1906): *La nacionalitat catalana*, Barcelona, Edicions 62, reeditada en 1978.
Price, Vincent y Mei-Ling Hsu (1992): «Public opinions about AIDS policies: the role of misinformation and attitudes towards homosexuals», *Public Opinion Quarterly*, 56 (1).
Puiggene i Riera, Ariadna *et al.* (1991): «Official language policies in contemporary Catalonia», en Azevedo (ed.), págs. 30-49.
Putnam, Robert (1995): «Bowling alone: America's declining social capital», *Journal of Democracy*, 6 (1), págs. 65-78.
Reigot, Betty Polisar y Rita K. Spina (1996): *Beyond the Traditional Family. Voices of Diversity*, Nueva York, Springer Verlag.
Rich, Adrienne (1980/1993): «Compulsory heterosexuality and lesbian existence», en Abelove *et al.* (eds.), págs. 227-254.
Richardson, Dick y Rootes, Chris (eds.) (1995): *The Green Challenge: The Development of Green Parties in Europe*, Londres, Routledge.
Riechmann, Jorge y Francisco Fernández Buey (1994): *Redes que dan libertad: introducción a los nuevos movimientos sociales*, Barcelona, Paidos.
Riesebrodt, Martin (1993): *Pious Passion: the Emergence of Modern Fundamentalism in the United States and Iran*, Berkeley, University of California Press.
Roberts, Marilyn y Maxwell McCombs (1994): «Agenda setting and political ad-

vertising: origins of the news agenda», *Political Communication*, 11, págs. 249-262.
Robertson, Roland y William R. Garrett (eds.) (1991): *Religion and Global Order*, Nueva York, Paragon House.
Rochester, J. Martin (1993): *Waiting for the Millenium: the UN and the Future of World Order*, Columbia (SC), University of South Carolina Press.
Rodgers, Gerry (ed.) (1994): *Workers, Institutions and Economic Growth in Asia*, Ginebra, International Institute of Labour Studies.
Rojas, Rosa (1995): *Chiapas: la paz violenta*, México, Ediciones La Jornada.
Rokkan, Stein y Derek W. Urwin (eds.) (1982): *The Politics of Territorial Identity*, Londres, Sage.
Roman, Joel (1993): «La gauche, le pouvoir, les medias: à propos du suicide de Pierre Beregovoy», *Esprit*, 6, págs. 143-146.
Rondfeldt, David (1995): «The battle for the mind of Mexico», publicado electrónicamente en junio de 1995 en la *home page* de RAND Corporation. Disponible en http://www.eco.utexas.edu/homepages/faculty/cleaver/chiapas95/netawars.
Roper Center of Public Opinion and Polling (1995): «How much government, at what level?: change and persistence in American ideas», *The Public Perspective*, 6 (3).
Rosenau, J. (1990): *Turbulence in World Politics*, Londres, Harvester Wheatsheaf.
Ross, Loretta J. (1995): «Saying it with a gun», *The Progressive*, junio.
Ross, Shelley (1988): *Fall from Grace: Sex, Scandal, and Corruption in American Politics from 1702 to present*, Nueva York, Ballantine.
Roth, Jurgen y Marc Frey (1992): *Die Verbrecher Holding: das vereinte Europa im Griff der Mafia*, Piper and Co. (leído en la traducción española, Madrid, Anaya/Mario Muchnik, 1995).
Rovira i Virgili, A. (1988): *Catalunya: Espanya*, Barcelona, Edicions de la Magrana (publicado originalmente en 1912).
Rowbotham, Sheila (1974): *Hidden from History: Rediscovering Women in History from the 17th Century to the Present*, Nueva York, Pantheon Books.
— (1989): *The Past is Before Us: Feminism and Action since the 1960s*, Londres, Pandora.
— (1992): *Women in Movement: Feminism and Social Action*, Nueva York, Routledge.
Rowlands, Ian H. (1992): «Environmental issues and world politics», en Baylis y Rengger (eds.), págs. 287-309.
Rubert de Ventós, Xavier (1994): *Nacionalismos: el laberinto de la identidad*, Madrid, Espasa-Calpe.
Rubin, Rose M. y Rose Riney (1994): *Working Wives and Dual-earner Families*, Westport (Conn.), Praeger.
Ruiz-Cabañas, Miguel (1993): «La campaña permanente de México: costos, beneficios y consecuencia», en Smith (ed.), págs. 207-220.
Rupp, Leila J. y Verta Taylor (1987): *Survival in the Doldrums: the American Women's Rights Movement, 1945 to the 1960s*, Nueva York, Oxford University Press.
Sabato, Larry J. (1991): *Feeding Frenzy: How Attack Journalism has Transformed American Politics*, Nueva York, Free Press.

Saboulin, Michel y Suzanne Thave (1993): «La vie en couple marié: un modele qui s'affaiblit», en INSEE, *La Société française: données sociales*, París, INSEE.
Salaff, Janet (1981): *Working Daughters of Hong Kong*, Cambridge, Cambridge University Press.
— (1988): *State and Family in Singapore: Restructuring a Developing Society*, Ithaca, Cornell University Press.
— (1992): «Women, family and the state in Hong Kong, Taiwan and Singapore», en Richard Appelbaum y Jeffrey Henderson (eds.), *States and Development in the Asian Pacific Rim*, Newbury Park (CA), Sage Publications.
Salmin, A. M. (1992): *SNG: Sostoyanie i perspektivy razvitiya*, Moscú, Fondo Gorbachov.
Salrach, Josep M. (1996): «Catalunya, Castella i Espanya vistes per si mateixes a l'edad mitjana», *L'Avenç*, 200, págs. 30-37.
Saltzman-Chafetz, Janet (1995): «Chicken or egg? A theory of relationship between feminist movements and family change», en Mason y Jensen (eds.), págs. 63-81.
Salvati, Michele (1995): «Italy's fateful choices», *New Left Review*, 213, págs. 79-96.
Sánchez, Magaly e Yves Pedrazzini (1996): *Los malandros: la culture de l'urgence chez les jeunes des quartiers populaires de Caracas*, París, Fondation Humanisme et Développement.
Sanchez Jankowski, Martin (1991): *Islands in the Street: Gangs and American Urban Society*, Berkeley, University of California Press.
— (1996): «Crime, violence, and youth in America», ponencia presentada en la Conferencia del Center for Western European Studies sobre Marginalidad Urbana en Francia y los Estados Unidos, Berkeley, University of California, mayo (inédita).
Santoni Rugiu, Antonio (1994): «La bisciopedagogía», *Ponte*, 50 (2), págs. 20-25.
Saravia, Joaquín y Godofredo Sandoval (1991): *Jach'a Uru: ¿la esperanza de un pueblo?*, La Paz, CEP-ILDIS.
Savigear, Peter (1992): «The United States: superpower in decline?», en Baylis y Rengger (eds.), págs. 334-353.
Scammell, Margaret y Holli A. Semetko (1995): «Political advertising on television: the British experience», en Kaid y Holtz-Bacha (eds.), págs. 19-43.
Scanlan, J. (ed.) (1990): *Surviving the Blues: Growing up in the Thatcher Decade*, Londres, Virago.
Scarce, Rik (1990): *Eco-warriors: Understanding the Radical Environmental Movement*, Chicago, Noble Press.
Schaeffer, Francis (1982): *Time for Anger: the Myth of Neutrality*, Westchester (Ill.), Crossway Books.
Scharf, Thomas (1994): *The German Greens: Challenging the Consensus*, Oxford, Berg.
Scheer, Leo (1994): *La democratie virtuelle*, París, Flammarion.
Scheff, Thomas (1994): «Emotions and identity: a theory of ethnic nationalism», en Calhoun (ed.), págs. 277-303.
Schlesinger, Philip (1991): «Media, the political order and national identity», *Media, Culture, and Society*, 13, págs. 297-308.

Schneir, Miriam (ed.) (1994): *Feminism in our Time: The Essential Writings, World War II to the Present*, Nueva York, Vintage Books.
Scott, Allen (1995): *From Silicon Valley to Hollywood: Growth and Development of the Multimedia Industry in California*, Los Ángeles, UCLA's Lewis Center for Regional Policy Studies, documento de trabajo núm. 13, noviembre de 1995.
Scott, Beardsley *et al.* (1995): «The great European multimedia gamble», *McKinsey Quarterly*, 3, págs. 142-161.
Sechi, Salvatore (ed.) (1995): *Deconstructing Italy: Italy in the Nineties*, Berkeley, University of California, International and Area Studies, Research Series.
Sengenberger, Werner y Duncan Campbell (eds.) (1994): *Creating Economic Opportunities: The Role of Labour Standards in Industrial Restructuring*, Ginebra, OIT, International Institute of Labour Studies.
Sennett, Richard (1978): *The Fall of Public Man*, Nueva York, Vintage Books [edición castellana: *El declive del hombre público,* Barcelona, Ed. 62, 1978].
— (1980): *Authority*, Nueva York, Alfred Knopf [edición castellana: *La autoridad,* Madrid, Alianza, 1980].
Servon, Lisa y Manuel Castells (1996): *The Feminist City: a Plural Blueprint*, Berkeley, University of California, Institute of Urban and Regional Development, documento de trabajo.
Shabecoff, Philip (1993): *A Fierce Green Fire: The American Environmental Movement*, Nueva York, Hill and Wang.
Shaiken, Harley (1990): *Mexico in the Global Economy: High Technology and Work Organization in Export Industries*, La Jolla (CA), University of California at San Diego, Center for US-Mexican Studies.
Shapiro, Jerrold L. *et al.* (eds.) (1995): *Becoming a Father: Contemporary Social, Developmental, and Clinical Perspectives*, Nueva York, Springer Verlag.
Sheps, Sheldon (1995): «Militia — History and Law FAQ», World Wide Web, septiembre.
Shimazono, Susumu (1995): «AUM Shinrikyo no Kiseki» (Trayectoria de Aum Shinrikyo), Tokio, Iwanami-Shoten.
Simpson, John H. (1992): «Fundamentalism in America revisited: the fading of modernity as a source of symbolic capital», en Misztal y Shupe (eds.), págs. 10-27.
Singh, Tejpal (1982): *The Soviet Federal State: Theory, Formation, and Power in the Middle East*, Nueva Delhi, Sterling.
Sisk, Timothy D. (1992): *Islam and Democracy: Religion, Politics and Power in the Middle East,* Washington DC, United States Institute of Peace Press.
Siune, Karen y Wolfgang Truetzschler (eds.) (1992): *Dynamics of Media Politics. Broadcast and Electronic Media in Western Europe*, Londres, Sage.
Sklair, Leslie (1991): *The Sociology of the Global System*, Londres, Harvester/Wheatsheaf.
Slezkine, Yuri (1994): «The USSR as a communal apartment, or how a Socialist state promoted ethnic particularism», *Slavic Review*, 53 (2), págs. 414-452.
Smith, Anthony D. (1986): *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Blackwell.
— (1989): «The origins of nations», *Ethnic and Racial Studies*, 12 (3), págs. 340-367 (citado de Eley y Suny [eds.], 1996, pág. 125).

Smith, Michael P. (1991): *City, State, and Market: The Political Economy of Urban Society*, Oxford, Blackwell.
Smith, Peter H. (ed.) (1993): *El combate a las drogas en América*, México, Fondo de Cultura Económica.
Solé-Tura, Jordi (1967): *Catalanisme i revolució burgesa: la síntesi de Prat de la Riba*, Barcelona, Edicions 62.
Spalter-Roth, Roberta y Schreiber, Ronnee (1995): «Outsider issues and insider tactics: strategic tensions in the women's policy network during the 1980s», en Ferree y Martin (eds.), págs. 105-127.
Spence, Jonathan D. (1966): *God's Chinese Son: the Taiping Heavenly Kingdom of Hong Xiuquan*, Nueva York, Norton.
Spitz, Glenna (1988): «Women's employment and family relations: a review», *Journal of Marriage and the Family*, 50, págs. 595-618.
Spivak, Gayatri Chakravorty (1990): *The Postcolonial Critique: Interviews, Strategies, Dialogues* (ed. Sarah Harasym), Nueva York, Routledge.
Spragen, William C. (1995): *Electronic Magazines. Soft News Programs on Network Television*, Westport (Conn.), Praeger.
Spretnak, Charlene (ed.) (1982): *The Politics of Women's Spirituality: Essays on the Rise of Spiritual Power within the Women's Movement*, Nueva York, Anchor.
Spruyt, Hendrik (1994): *The Sovereign State and its Competitors*, Princeton (NJ), Princeton University Press.
Stacey, Judith (1990): *Brave New Families: Stories of Domestic Upheaval in Late Twentieth Century America*, Nueva York, Basic Books.
Staggenborg, Susan (1991): *The Pro-choice Movement*, Nueva York, Oxford University Press.
Stallings, Barbara (1992): «International influence on economic policy: debt, stabilization, and structural reform», en Stephan Haggard y Robert Kaufman (eds.), *The Politics of Economic Adjustment*, Princeton (NJ), Princeton University Press, págs. 41-88.
Standing, Guy (1990): «Global feminization through flexible labor», *World Development*, 17 (7), págs. 1.077-1.096.
Stanley, Harold W. y Richard G. Niemi (1992): *Vital Statistics on American Politics*, 3ª ed., Washington DC, CQ Press.
Starovoytova, Galina (1994): «Conferencia en el Centro de Estudios Eslavos y de Europa Oriental», Universidad de California en Berkeley, 23 de febrero.
Stebelsky, Igor (1994): «National identity of Ukraine», en Hooson (ed.), págs. 233-248.
Sterling, Claire (1994): *Thieves' World: the Threat of the New Global Network of Organized Crime*, Nueva York, Simon and Schuster.
Stern, Kenneth S. (1996): *A Force upon the Plain: the American Militia Movement and the Politics of Hate*, Nueva York, Simon and Schuster.
Stevens, Mark (1995): «Big boys will be cow boys», *The New York Times Sunday Magazine*, 19 de noviembre, págs. 72-79.
Streeck, Wolfgang y Philippe C. Schmitter (1991): «From national corporatism to transnational pluralism: organized interests in the single European market», *Politics and Society*, 19 (2), págs. 133-163.

Strobel, Margaret (1995): «Organizational learning in the Chicago Women's Liberation Union», en Ferree y Martin (eds.), págs. 145-164.
Summers, Lawrence (1995): «Ten lessons to learn», *The Economist*, 23 de diciembre, págs. 46-48.
Sun Tzu (*c.* 505-496 a. C.): *On the Art of War*, traducción con notas críticas de Lionel Giles, Singapur, Graham Brash, 1988 (publicado por primera vez en inglés en 1910).
Suny, Ronald Grigor (1993): *The Revenge of the Past: Nationalism, Revolution, and the Collapse of the Soviet Union*, Stanford, Stanford University Press.
Susser, Ida (1982): *Norman Street: Poverty and Politics in an Urban Neighborhood*, Nueva York, Oxford University Press.
— (1991): «The separation of mothers and children», en John Mollenkopf y Manuel Castells (eds.), *Dual City: Restructuring New York*, Nueva York, Russell Sage, págs. 207-224.
— (1996): «The construction of poverty and homelessness in US cities», *Annual Reviews of Anthropology*, 25, págs. 411-435.
— (en prensa): «The flexible woman: re-gendering labor in the Informational society», *Critique of Anthropology*.
Swan, Jon (1992): «Jennifer», *Columbia Journalism Review*, 31 (4), pág. 36.
Szasz, Andrew (1994): *EcoPopulism: Toxic Waste and the Movement for Environmental Justice*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
Szmukler, Mónica (1996): *Políticas urbanas y democracia: la ciudad de la Paz entre 1985 y 1995*, Santiago de Chile, ILADES.
Tanaka, Martin (1995): «La participación política de los sectores populares en América Latina», *Revista Mexicana de Sociología*, 3, págs. 41-65.
Tarrow, Sydney (1978): *Between Center and Periphery*, New Haven (Conn.), Yale University Press.
Tello Díaz, Carlos (1995): *La rebelión de las cañadas*, México, Cal y Arena.
Temas (1995): número especial «Prensa y poder», 5, págs. 18-50.
The Economist (1994): «Feeling for the future: special survey of television», 12 de febrero.
The Economist (1995a): «The future of democracy», 17 de junio, págs. 13 y 14.
The Economist (1995b): «The Mexican connection», 26 de diciembre, págs. 39 y 40.
The Economist (1995c): «Mexico: the long haul», 26 de agosto, págs. 17-19.
The Economist (1996): «Satellite TV in Asia: a little local interference», 3 de febrero.
The Gallup Poll Monthly (1995), abril, 355, pág. 2.
The Nation (1995): Editorial, 15 de mayo.
The New Republic (1995a): «An American darkness», 15 de mayo.
The New Republic (1995b): «TRB form Washington», 15 de mayo.
The New York Times (1995): «Where cotton's king, trouble reigns», 9 de octubre, pág. A6.
The New York Times Sunday (1995a): «The rich: a special issue», 19 de noviembre.
The New York Times Sunday (1995b): «The unending search for demons in the American imagination», 23 de julio, pág. 7.
The Progressive (1995): «The far right is upon us», junio.

The World Almanac of Books and Facts, 1996 (1996): Nueva York, Funk and Wagnalls Corporation, World Almanac Books.
Thompson, Dennis F. (1995): *Ethics in Congress: from Individual to Institutional Corruption*, Washington DC: The Brookings Institution.
Thurman, Joseph E. y Gabriele Trah (1990): «Part-time work in international perspective», *International Labour Review*, 129 (1), págs. 23-40.
Thurow, Lester (1992): *Head to Head: the Coming Economic Battle between Japan, Europe, and the United States*, Nueva York, Morrow.
Tibi, Bassam (1988): *The Crisis of Modern Islam: a Pre-industrial Culture in the Scientific-technological Age*, Salt Lake City: Utah University Press.
— (1992b): *Die fundamentalische Herausforderung: der Islam und die Weltpolitik*, Munich, Beck Press.
— (1992b): *Religious Fundamentalism and Ethnicity in the Crisis of the Nation-state in the Middle-East: Superordinate Islamic and Pan-Arabic Identities and Subordinate Ethnic and Sectarian Identities*, Berkeley, University of California, Center for German and European Studies, documento de trabajo.
Tilly, Charles (ed.) (1975): *The Formation of Nation states in Western Europe*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
— (1995): «State-incited violence, 1900-1999», *Political Power and Social Theory*, 9, págs. 161-179.
Time (1995): «Hell raiser: a Huey Long for the 90s: Pat Buchanan wields the most lethal weapon in Campaign 96: scapegoat politics», 6 de noviembre.
Tirado, Ricardo y Matilde Luna (1995): «El Consejo Coordinador Empresarial de México: de la unidad contra el reformismo a la unidad para el Tratado de Libre Comercio (1975-1993)», *Revista Mexicana de Sociología*, 4, págs. 27-60.
Toner, Robin (1996): «Coming home from the revolution», *The New York Times*, domingo 10 de noviembre, 4, pág. 1.
Tonry, Michael (1995): *Malign Neglect: Race, Crime, and Punishment in America*, Nueva York, Oxford University Press.
Touraine, Alain (1965): *Sociologie de l'action*, París, Seuil [edición castellana: *Sociología de la acción*, Barcelona, Ariel, 1972].
— (1966): *La conscience ouvrière*, París, Seuil.
— (1988): *La parole et le sang: politique et société en Amérique Latine*, París, Odile Jacob.
— (1992): *Critique de la modernité*, París, Fayard [edición castellana: *Crítica de la modernidad*, Madrid, Temas de Hoy, 1993].
— (1994): *Qu'est-ce que la démocratie?*, París, Fayard [edición castellana: *¿Qué es la democracia?*, Madrid, Temas de Hoy, 1994].
— (1995a): «La formation du sujet», en Dubet y Wieviorka (eds.), págs. 21-46.
— (1995b): *Lettre à Lionel, Michel, Jacques, Martine, Bernard, Dominique... et vous*, París, Fayard.
— *et al.* (1996): *Le grand refus: réflexions sur la grève de décembre 1995*, París, Fayard.
Tranfaglia, Nicola (1992): *Mafia, Politica e Affari, 1943-91*, Roma, Laterza.
Trejo Delarbre, Raúl (1994a): *Chiapas: la comunicación enmascarada. Los medios y el pasamontañas*, México, Diana.
— (ed.) (1994b): *Chiapas: La guerra de las ideas*, México, Diana.

Trend, David (ed.) (1996): *Radical Democracy: Identity, Citizenship, and the State*, Nueva York y Londres: Routledge.

Trías, Eugenio (1996): «Entrevista: el modelo catalán puede ser muy útil para Europa», *El Mundo*, 30 de junio, pág. 32.

Tsuya, Noriko O. y Karen O. Mason (1995): «Changing gender roles and below-replacement fertility in Japan», en Mason y Jensen (eds.), págs. 139-167.

Twinning, David T. (1993): *The New Eurasia: a Guide to the Republics of the Former Soviet Union*, Westport (Conn.), Praeger.

Ubois, Jeff (1995): «Legitimate government has its limits», *Midrange Systems*, 8 (22), pág. 28.

Vajrayana Sacca (1994), agosto, núm. 1, Tokio, Aum Press.

Valdés, Teresa y Enrique Gomariz (1993): *Mujeres latinoamericanas en cifras*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer.

Varios Autores (1996): *La seguridad humana en Bolivia: percepciones políticas, sociales y económicas de los bolivianos hoy*, La Paz, PRON-AGOB-PNUD-ULDIS.

Vedel, Thierry y William H. Dutton (1990): «New media politics: shaping cable television policy in France», *Media, Culture, and Society*, 12 (4), págs. 491-524.

Vicens Vives, Jaume (1959): *Historia social y económica de España y América*, Barcelona, Ariel.

— y Monserrat Llorens (1958): *Industrials i Politics del Segle XIX*, Barcelona, Editorial Teide.

Vilar, Pierre (1964): *Catalunya dins l'Espanya Moderna*, Barcelona, Edicions 62 [edición castellana: *Cataluña en la España moderna,* Barcelona, Crítica, 1987, 3 vols.].

— (ed.) (1987-1990): *Història de Calalunya*, Barcelona, Edicions 62, 8 vols.

Vogler, John (1992): «Regimes and the global commons: space, atmosphere and oceans», en McGrew *et al.* (eds.), págs. 118-137.

Wacquant, Loic J. D. (1994): «The new urban color line: the state and fate of the ghetto in postfordist America», en Calhoun (ed.), págs. 231-276.

Walter, David (1994): «Winner takes all: the incredible rise — and could it be fall— of Silvio Berlusconi», *Contents*, 23 (4/5), págs. 18-24.

Wapner, Paul (1995): «Politics beyond the state: environmental activism and world civic politics», *World Politics*, abril, págs. 311-340.

— (1996): *Environmental Activism and World Civic Politics*, Albany (NY), State University of New York Press.

Weinberg, Steve (1991): «Following the money», *Columbia Journalism Review*, 30 (2), págs. 49-51.

Weisberg, Jacob (1996): *In Defense of Government: the Fall and Rise of Public Trust*, Nueva York, Scribner.

Wellman, Barry (1979): «The community question», *American Journal of Sociology*, 84, págs. 1.201-1.231.

WEPIN Store (1995): «Michigan Militia T-shirt», World Wide Web, West El Paso Information Network.

West, Cornel (1993): *Race Matters*, Boston, Beacon Press.

— (1996): «Black strivings in a twilight civilization», en Gates y West (eds.), págs. 53-112.

West, Darrell M. (1993): *Air Wars: Television Advertising in Election Campaigns, 1952-1992*, Washington DC, CQ Press.
Whisker, James B. (1992): *The Militia*, Lewiston (NY), E. Mellen Press.
Whittier, Nancy (1995): *Feminist Generations: the Persistence of the Radical Women's Movement*, Filadelfia, Temple University Press.
Wideman, Daniel J. y Rohan B. Preston (eds.) (1995): *Soulfires: Young Black Men on Love and Violence*, Nueva York, Penguin.
Wiesenthal, Helmut (1993): *Realism in Green Politics: Social Movements and Ecological Reform in Germany*, ed. de John Ferris, Manchester, Manchester University Press.
Wieviorka, Michel (1988): *Sociétés et terrorisme*, París, Fayard.
— (1993): *La démocratie à l'épreuve: nationalisme, populisme, ethnicité*, París, La Decouverte.
Wilcox, Clyde (1992): *God's Warriors: the Christian Rigth in the 20th century America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
Wilensky, Harold (1975): *The Welfare State and Equality: Structural and Ideological Roots of Public Expenditures*, Berkeley, University of California Press.
Williams, Lance y Scott Winokour (1995): «Militia extremists defend their views», *San Francisco Examiner*, 23 de abril.
Wilson, William Julius (1987): *The Truly Disadvantaged: the Inner City, the Underclass, and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press.
Winerip, Michael (1996): «An American place: the paramilitary movement. Ohio case typifies the tensions between Militia Groups and law», *The New York Times*, 23 de junio, pág. A1.
Wittig, Monique (1992): *The Straight Mind*, Boston, Beacon Press.
Woldenberg, José (1995): *Violencia y política*, México, Cal y Arena.
Woodward, Bob (1994): *The Agenda: Inside the Clinton White House*, Nueva York, Simon and Schuster.
WuDunn, Sheryl (1996): «Uproar over a debt crisis: does Japan's mob bear part of the blame?», *The New York Times*, 14 de febrero, pág. C1.
Yazawa, Shujiro (1996): *Japanese Social Movements since World War II*, Boston, Beacon Press.
Yoshino, Kosaku (1992): *Cultural Nationalism in Contemporary Japan*, Londres, Routledge.
Zaller, John y Mark Hunt (1994): «The rise and fall of candidate Perot: unmediated versus mediated politics», parte I, *Political Communications*, 11, págs. 357-390.
Zaretsky, Eli (1994): «Identity theory, identity politics: psychoanalysis, marxism, post-structuralism», en Calhoun (ed.), págs. 198-215.
Zeskind, Leonard (1986): *The Christian Identity Movement: Analyzing its Theological Rationalization for Racist and Anti-semitic Violence*, Atlanta (GA), National Council of the Churches of the Christ in the USA, Center for Democratic Rnewal.
Ziccardi, Alicia (ed.) (1991): *Ciudades y gobiernos locales en la América Latina de los noventa*, México, Miguel Ángel Porrúa Grupo Editorial.
— (ed.) (1995): *La tarea de gobernar: gobiernos locales y demandas ciudadanas*, México, Miguel Ángel Porrúa Grupo Editorial.

Zisk, Betty H. (1992): *The Politics of Transformation: Local Activism in the Pea[ce] and Environmental Movements*, Westport (Conn.), Praeger.

Zook, Matthew (1996): «The unorganized militia network: conspiracies, compu ters, and community», Berkeley, University of California, Department of So ciology, documento de seminario para SOC290.2 (inédito).

ÍNDICE ANALÍTICO

Las páginas en cursiva indican información que aparece en figuras o cuadros.

